Marqués de Sade

Los crímenes del amor



BIBLIOTECA DIGITAL MINERD-DOMINICANA LEE

En 1790, un año después del estallido de la Revolución francesa, el marqués de Sade es puesto en libertad en el manicomio de Charenton, donde había sido trasladado desde la prisión de la Bastilla. Entre 1787 y 1788 Sade había redactado en veinte cuadernos una serie de narraciones ordenadas de manera que a una "aventura pícara" siguiera una aventura seria o trágica. Al quedar en libertad y acuciado por necesidades económicas, Sade decide a instancias de su editor relegar estas historias y dar a la imprenta en su lugar una serie de novelas libertinas anónimas, de cuya paternidad renegará una y otra vez, como *La filosofía en el tocador* y *La Nueva Justine*. Pero en los años siguientes, sus pretensiones literarias y un afán por salir del anonimato le mueven a preparar meticulosamente las once "nouvelles" que van a formar *Los crímenes del amor*.

La obra aparecerá en 1800, y es la primera que publica con su nombre. Para poder inscribirlo en la cubierta, Sade ha tenido que suprimir términos escandalosos, "escabrosos o impíos" de labios de sus libertinos: el erotismo inicial queda suavizado ante el temor a ser acusado de indecencia por la censura.

Abre la colección, que se publica por primera vez íntegra en castellano (incluidos los fragmentos suprimidos por el autor), una trama basada en un hecho histórico, *Juliette y Raunai*, y conforme avanza el volumen, Sade se va liberando de la descripción y comienza a ofrecer personajes cada vez más monstruosos. Así, a partir del relato *Rodrigo, o la torre encantada* se abre paso el tema del incesto, que alcanza alturas trágicas y edípicas en las últimas historias. Incesto buscado como forma suprema del amor en *Ernestina*, o cometido por error en *Florville y Courval, o el fatalismo*. El "divino marqués" logra una negrura ambiental y psicológica propia de la novela gótica en estos relatos, que describen el viaje de la pasión hacia el crimen.

Título original: *Les Crimes de l'amour*

Marqués de Sade, 1800

PRÓLOGO

En 1800, fecha en la que aparecen los cuatro tomitos que recogen bajo el subtítulo de novelas «heroicas y trágicas, precedidas de una “Idea sobre las novelas”», *Les Crimes de l'amour*[1] el mundo acaba de dar un vuelco de consecuencias inimaginables para sus propios autores: once años antes, la Revolución Francesa había acabado con el Antiguo Régimen dando paso a nuevas formas de vida y de relaciones sociales de las que todavía es hoy heredero el mundo occidental. Pocos días antes de ese 14 de Julio liberador, Donatien Alphonse François, marqués de Sade, ha sido trasladado «desnudo como un gusano» de la Bastilla al hospicio para enfermos mentales de Charenton: desde la ventana de esa fortaleza en la que penaba desde 1784 habría gritado a los transeúntes, cuando ya empezaban a oírse los truenos que precedían a la tormenta revolucionaria, que estaban degollando y asesinando a los prisioneros. El 4 de julio, M. de Launay, director de la Bastilla, ordena ese traslado mientras se dispone a resistir el furor del pueblo de París, que, desatado, toma la prisión y, además de asesinar a Launay, arrasa la celda en la que había vivido el marqués: la biblioteca de seiscientos libros, muebles y retratos, así como algunos manuscritos, desaparecen.

Al año siguiente la Asamblea Nacional deroga las *lettres de cachet* por las que el marqués de Sade había pasado doce años encarcelado: las *lettres de cachet* eran órdenes de encarcelamiento que el rey emitía sin tener que dar cuenta de los motivos ni de las causas que las provocaban; en el caso del marqués de Sade, como en el de otros hijos de la aristocracia y de las mejores familias de conducta algo calavera, el rey las firmaba a petición de la familia, dado que ciertas condenas implicaban no sólo la ejecución de los «criminales», sino el paso de sus propiedades a la corona; y Sade ya había sido condenado a muerte por sodomización, tortura y envenenamiento con cantáridas de varias jóvenes en 1772, y ejecutado en efigie junto con su criado Latour en Aix. En esa ocasión, Sade pudo librarse del arresto, viajar a Italia, regresar a su castillo de La Coste donde sólo cinco años más tarde de aquella fecha será detenido y encarcelado durante 12 años.

Cuando sale en libertad en abril de 1790, Sade apenas puede moverse tras ese periodo de inmovilidad que lo ha engordado y abotargado. Distintos avatares le llevarán de nuevo a prisión, porque la leyenda de su nombre le persigue, tanto ante las autoridades republicanas como ante Napoleón Bonaparte. En última instancia es en esos años finales de la década cuando va a publicar, a instancias de su editor, novelas anónimas, de cuya paternidad renegará una y otra vez, como *La filosofía en el tocador* y *La Nueva Justine, o las desgracias de la virtud, seguido de la*

Historia de Juliette, su hermana, o las Prosperidades del vicio. Pero sus pretensiones literarias y sus necesidades no le permitían vivir en el anonimato; si en el frontispicio de *Aline y Valcour* estampa ya una firma: «el ciudadano S***», *Los crímenes del amor* ya vienen firmados por «D. A. F. Sade, autor de *Aline y Valcour».*

En febrero de 1784, cuatro años después de pisar por primera vez la Bastilla, Sade decide la escritura de una obra amplia de la que *Los crímenes del amor* forman parte[2]: durante un año, entre la primavera de 1787 y abril de 1788, redacta en veinte cuadernos de 21 x 18 cm lo que el «Catálogo razonado de las obras del autor en la época del 1 de octubre de 1788» titula como *«Cuentos y fabliaux del siglo XVIII por un trovador provenzal*. Esta obra forma 4 volúmenes adornados con una estampa para cada cuento. Estas historias están entremezcladas de manera que una aventura alegre o incluso picara, aunque siempre contenida en las normas del pudor y la decencia, sigue de forma inmediata a una aventura seria o trágica. Todos los temas son nuevos. Sólo tres han sido sacados de novelas o de la historia»: veinte cuadernos, de los que han desaparecido el 2 y el 7, y que, además de textos como *Les Infortunes de la vertu (Los infortunios de la virtud)* —redacción inicial de *Justine, ou les Malheurs de la vertu (Justine, o las desgracias de la virtud)—, Le Président mistifié (El presidente burlado)*, etc., contienen varios títulos más que no llegó a componer, observaciones de escritura, resúmenes, recapitulaciones, opiniones sobre la calidad de los relatos…

El proyecto se modificará con el tiempo: según los *Cahiers* redactados en 1803-1804 en la Bastilla, Sade pretendía reagrupar bajo el título de *Boccace français (Boccaccio francés)* los relatos trágicos de *Los crímenes del amor* y el resto de los cuentos alegres o galantes[3]. Desechado el plan inicial, Sade prepara meticulosamente las once *nouvelles* que van a formar *Los crímenes del amor*, con alternancia de tono en la ordenación, que no sigue el orden cronológico de la escritura; Sade pretende insertarse en la tradición literaria y abre su libro con una trama sacada de la historia *(Juliette y Raunai)*, para luego irse liberando de la descripción y ofrecer personajes cada vez más monstruosos de varia imaginación: hay, sin embargo, una constante en las novelas de la segunda parte, que arrancan con *Rodrigo, o la torre encantada*, especie de pausa en la progresión hacia el horror total: esa constante es el incesto, que ya aparecía esbozado psicológicamente en el citado *Juliette y Raunai*, y que alcanza alturas trágicas y edípicas en las novelas colocadas por Sade al final de su recopilación. Incesto buscado como «forma suprema del amor» en *Ernestina*, o cometido por error, dado que ni Florvillle ni Courval *(Florville y Courval, o el fatalismo)* conocen su parentesco, o remate de una teoría de la educación libertina impartida por un padre a su hija *(Eugénie de Franvall)*.

La belleza del Mal

Esas pretensiones y el título de «hombre de letras», que no puede reclamar dado que niega la autoría de sus novelas fuertemente connotadas por el erotismo, se ven claramente tanto en la disposición de *Los crímenes del amor* como en la cuidadosa revisión que hace de esos «viejos» manuscritos: habían sido escritos doce años antes, desde la primavera de 1878 al 1 de octubre de 1788, en vísperas de la terrible conmoción que va a alterar el mundo tal como Sade lo conocía antes de ser encerrado en la Bastilla; el Antiguo Régimen y la testa coronada de Luis XVI han caído abriendo una etapa absolutamente distinta en las relaciones del escritor con el mundo. De ese cotejo de los manuscritos con el texto impreso se desprenden varias conclusiones de primera importancia[4]; dejando a un lado las variantes estilísticas, muy numerosas, la pretensión del texto revisado es clara: poder inscribir en la cubierta el nombre del autor, que para ello debe eliminar de la vieja redacción términos escandalosos, «escabrosos o impíos» de los labios de sus libertinos, que «semejantes a los grandes criminales de *La Nueva Justine*, erigían en principios, en largos discursos, la negación de todo altruismo, la preeminencia de sus deseos, el desprecio de la vida humana. Justificaban su inmoralidad pretendiendo seguir la sola ley de la naturaleza[5]».

Además de términos, también desaparecen detalles de escasa importancia en principio pero que podrían aguzar el ojo de los censores: por ejemplo, Ernestina aparece vestida y no desnuda después de ver ejecutar a Sanders mientras Oxtiern la ultraja; esa preocupación por la decencia no altera, sin embargo, la realidad profunda de unas tramas en las que pervive el fondo: incestos, crueldades, muertes, torturas, sufrimientos. El contenido mismo de las novelas sólo se ve alterado en un caso, en *Lorenza y Antonio*, cuyo desenlace pasa de trágico a feliz. El acento ideológico también varía; la cabeza de la monarquía ha rodado bajo la guillotina, y un tono levemente republicano impone correcciones en distintos términos —«súbditos» sustituye a «ciudadanos», «igualdad» a «honor», «gobierno» a «familia real», «Estado» a «soberano» etc.)—, o la desaparición del elogio del monarca ilustrado sueco Gustavo III *(Ernestina)*.

Y, junto a términos y detalles, la revisión que el ciudadano Sade hace una vez recuperada la libertad elimina discursos y retira de la boca de sus protagonistas para sortear la censura la parte más combativa: «un ateísmo radical y un rechazo sistemático de las leyes morales y de las convenciones de la sociedad[6]». Los protagonistas de estos crímenes por amor igualan en pensamiento y obra a los personajes de las novelas que Sade no firmaba con su nombre: ateos radicales que propinan golpes de razón contra la Iglesia y niegan cimientos

sociales como la fidelidad conyugal o el papel de la madre: en *Eugénie de Franval* se esboza en filigrana la eliminación materna de *La filosofía en el tocador*, *etc.* Pero Sade va a «convertirse» retocando las dos entidades principales de sus novelas: por un lado, utiliza trazos más negros para describir a los malvados y sus acciones, cuya indecencia sale acentuada; por otro, la grandeza moral de las víctimas, que, descrita en un tono más apastelado, se permiten tras la corrección dar lecciones de moral a sus verdugos, hasta el punto de conseguir enternecerlos varias veces y salir indemnes de las trampas *(Miss Henriette Stralson).* También el erotismo inicial queda paliado ante el temor a ser acusado de indecencia por la censura: Sade elimina o suaviza esas escenas; pero, si se resigna a vestir a la protagonista desnuda o a velar descripciones de cuerpos, la sangre fría con que, por ejemplo, Eugénie envenena a su madre no desaparece, ni los hechos fundamentales de los «crímenes»: incestos, horrores, monstruosidades. El crimen sigue ahí, subrayado incluso por la sutileza con que se presenta, por el patetismo burlón con que se describe el sufrimiento de las víctimas.

Para no chocar con las convenciones, Sade finge dar un paso atrás en la descripción de los aspectos más brillantes del terror y de la agresión sobre las víctimas suavizando sus martirios, eliminando la espectacularidad de los crímenes; pero en el texto impreso compensa esa mengua de los manuscritos analizando y describiendo de manera más sutil e interiorizada el sufrimiento y dejando que aflore en el imaginario la quiebra de los valores morales sustentados por el Antiguo Régimen: así consigue un patetismo más profundo, teñido de ironía, en las víctimas, una negrura ambiental y psicológica que adensa el horror de la trama, y unas descripciones del viaje de la pasión hacia el crimen que tuvieron continuadores en los novelistas del XIX, empezando por Balzac y siguiendo por el Stendhal de los relatos o novelas conocidas como *Crónicas italianas*, título y recopilación ajenos al autor de *El rojo y el negro*.

Idea sobre las novelas

La preocupación de Sade por ofrecerse al lector como un «hombre de letras» que enlaza con la tradición literaria, y no como autor de unos títulos que, aunque publicados anónimamente, todos le adjudicaban, le induce a escribir un prólogo a sus *Crímenes del amor* que justifique esa pretensión. A finales del siglo XVIII aún no estaba fijado el estatuto de la novela: podría decirse que el género era «reciente», pese a que con Cervantes la ficción narrativa hubiera alcanzado, paradójicamente, su culminación; y pese a que en 1670 Pierre-Daniel Huet ya hubiese iniciado en Francia la investigación histórica sobre los orígenes de la novela. Son varios los contemporáneos de Sade que se sintieron obligados a blandir una lanza a favor del

género narrativo: en 1771 Claude Joseph Dorat, y en 1772 Louis d'Ussieux, anteponen a sus relatos unos textos prológales cuya pretensión es idéntica a la de Sade cuando abre sus *nouvelles* de *Los crímenes del amor* con una «Idea sobre las novelas». Frente a la pujanza de la poesía y del teatro, cuyo origen en tiempos inmemoriales no necesitaba defensa alguna, la novela no había «prendido». Esos dos narradores citados se remontaban en la búsqueda de linaje —como en los linajes de la sociedad, tenía que ser antiguo para gozar de legitimidad— a Oriente y, de manera más precisa, a los árabes, pese a que un siglo antes Huet ya la atribuía, como Sade, a los griegos.

Pero hay en Sade, lo mismo que en Huet, una localización más antigua todavía: «digo que hay que buscar su primer origen en la naturaleza del espíritu del hombre, inventivo, aficionado a novedades y ficciones, deseoso de aprender y de comunicar lo que ha inventado y lo que ha aprendido, y que esa inclinación es común a todos los hombres de todo tiempo y lugar», proclama Huet. Y Sade avanza un paso más y atribuye el género a dos necesidades: la de rezar y la de amar. Dado que lo sagrado está vinculado al hombre desde siempre (al menos en la visión del mundo que tenía Sade), la evolución de las creencias permite al novelista examinar las costumbres; y, en primer lugar, la de la pasión. En un borrador de la «Idea sobre las novelas», escrito en los primeros meses de 1788, cuando aún pensaba en el volumen de cuentos del «trovador provenzal», y titulado «Advertencia[7]», contempla las costumbres en su doble vertiente de virtud y vicio; ahí ya sugiere que los cuadros en que la primera sucumbe a manos del segundo producen descripciones más brillantes; y el lector tiene derecho a leerlas porque dejan en su espíritu una lección de moral mucho más eficaz que los idílicos cuadros de la virtud en su esplendor o las recomendaciones de la religión. La visión de los tortuosos caminos del vicio conmueve, remueve más el corazón del hombre, «verdadero dédalo de la naturaleza».

Que la lectura tiene un alcance moral y que actúa sobre las pasiones de ese corazón, era un tópico manido ya desde los púlpitos, que, o la prohibían precisamente por eso, o querían convertirla en simple apéndice del perpetuo elogio de Dios y del rey a que está obligado todo súbdito; el resto son «envenenadores», a los que hay que tratar como tales, «prohibiendo y castigando, incluso con religiosa severidad», escribe el abate Dinouart, citando a san Agustín precisamente en 1771, en su breve folleto *El arte de callar*. Para este eclesiástico mundano (1716-1786), que en su juventud había escrito sobre los temas más diversos, y cuyo libro *El triunfo del sexo* (1746) le había valido un disgusto con el obispo de Amiens, «la Iglesia es, en verdad, una madre tierna y compasiva que no exige la muerte del pecador (…) pero su ternura tiene límites. (…) Se traspasa la lengua a los que blasfeman por ira,

¿y habríamos de guardarnos de tocar a quienes lo hacen por máximas y por dogmas?[8]»…

Pero si unos abogaban por las novelas edificantes —para la *Enciclopedia* lo es, por ejemplo, *La Nueva Eloísa* de Rousseau— que deben proporcionar al lector recursos que le permitan evitar las trampas del amor, y convertirse en un apéndice de la moral, Sade defiende la novela como espejo de la realidad, y en la realidad hay pasiones que, descritas en toda su crudeza, tienen más posibilidades de aleccionar al lector y, por tanto, de corregirle; con un añadido, además: la descripción de las pasiones en todo su furor no sólo tiene más fuerza compulsiva sobre quien lee, sino que su capacidad para alcanzar la belleza es mayor que el triunfo de la virtud. No es nueva la argucia de describir lo prohibido so capa de *corrigere mores* (véase, por poner un ejemplo cercano, el prólogo de Fernando de Rojas a *La Celestina).* Ese paseo por la realidad tenía en la Historia una de sus fuentes, porque, si el autor elige bien, si son hechos históricos edificantes lo que novela, puede ir mucho más allá de los historiadores: la ficción crea situaciones y documentos que el historiador se ve impotente en ocasiones para aportar. Al debate que en el siglo XIX francés trata de distinguir y diferenciar ficción e historia, Sade aporta una sutileza: abre *Los crímenes del amor* haciendo una reverencia a favor de ésta con *Juliette y Raunai*, pero rápidamente se refugia en aquélla; ha pagado tributo a la tradición y no volverá a tocar la historia, salvo, si se quiere, en *Rodrigo, o la torre encantada*, donde lo único que aprovecha es un marco para unos hechos legendarios.

Once novelas: autocensura del manuscrito a la primera edición

Julieta y Raunai, o la conspiración de Amboise / Juliette et Raunai, ou la conspiration d'Amboise

Este relato, «empezado el 13 de abril de 1788» según anota el manuscrito, fue el último escrito de los destinados a formar *Los crímenes del amor*. El trabajo de reescritura trata de impedir cualquier detalle que choque con las convenciones, pese a que se enfrentan el Bien y el Mal, los protestantes a sus perseguidores católicos. Sade impone una libertad total a la verdad histórica; si las primeras páginas siguen esa verdad en el marco, su mezcla con la ficción permite al novelista inventar personajes como Juliette y utilizar pinceles recreativos para describir la psicología de los protagonistas; y también permite que Castelnau y Raunai sean perdonados cuando en realidad subieron al cadalso en Amboise. Como pórtico a *Los crímenes del amor* Sade da a su primera novela un final feliz, no sin antes haber ampliado el panorama y los ojos del lector: el poder del duque de

Guise es omnímodo, y por lo tanto puede cometer todas las monstruosidades capaces de ser engendradas por la imaginación.

La doble prueba / La double Épreuve

En *La doble prueba* la historicidad desaparece por completo para dar paso a la teatralidad; este relato, el más largo del conjunto, además de presentar una galería de personajes más abierta y amplia, mantiene relaciones con los cuentos de fascinación oriental y con el mundo cortés y trovadoresco, pero ninguna con la crueldad de los «crímenes». El retrato de costumbres y de caracteres tiene sus puntos de divergencia en las dos damas, Nelmours y Dolsé, puestas a prueba por el duque Ceilcour: Sade pinta desde los conceptos morales, antes que del natural, dos caracteres de mujer tan opuestos que parecen proceder del fondo religioso medieval que legislaba sin paliativos sobre la mujer virtuosa y la malvada. Si algo tienen que ver esas dos mujeres con el mundo sadiano, habría que buscarlo en esa oposición femenina y en un añadido que Sade pone en labios de Nelmours ante la erupción volcánica con que le regala Ceilcour: «¡Ah! ¡Qué sublime horror! ¡Qué hermosa es incluso en sus desórdenes la naturaleza! ¡En verdad que esto podría servir de materia a reflexiones muy filosóficas!» La «malvada» Nelmours tiende por naturaleza hacia el desorden, aunque éste sea producto efímero y teatral de elementos fundamentales como el Aire, la Tierra o el Agua, dominados por genios y hadas sobrenaturales. Juliette se exaltará en cambio ante la realidad de un Vesubio que explota.

A Le Grandic le cuesta encontrar conexiones con el mundo sadiano, con el que también podría relacionarse el personaje masculino, el duque de Ceilcour: «A la vez que se refiere de forma implícita a la producción novelesca de su siglo, este relato ofrece un discreto parentesco con el imaginario sadiano. Si Dolsé y Nelmours son un pálido reflejo de Justine y de Juliette, el duque Ceilcour que tanto gusta de las escenificaciones mágicas y sofisticadas podría ser un eco en sordina de los grandes pervertidos de Silling», lugar que sirve de escenario a las crueldades de *Las ciento veinte jornadas de Sodoma*.

Miss Henriette Stralson /Miss Henriette Stralson

Un personaje que encarna el Mal absoluto protagoniza este relato donde la heroína es capaz de conmover a Lord Granwel y de engañarle: la seducida seduce a un seductor cuya maldad no nace solamente de sus sentidos: Granwel, como otros malvados sadianos, se justifica remitiéndose a la naturaleza, que necesita tanto el mal como el bien para sus miras; Granwel va más allá de los malvados

tradicionales; no sólo no se arrepiente sino que trata de legitimar el Mal, o, mejor dicho, trataba de legitimarlo en un párrafo que, presente en el manuscrito, desaparece en la edición[9]; para Granwel sólo hay crimen cuando se contrarían esas miras de la naturaleza, cuando se resiste a ellas, tal como piensa también el duque de Blangis en las *Ciento veinte jornadas de Sodoma*: «He recibido esas inclinaciones de la naturaleza, y la irritaría resistiéndome a ellas; si me las dio malas, es porque así se volvían necesarias para sus miras[10]».

Entre el manuscrito y la edición, Sade pinta con lápiz más negro y duro al satélite de Granwel, un Gave cuyo nacimiento oscuro y la sumisión al Lord queda subrayado con alguna réplica incorporada al texto; por otro lado, de labios de Granwel desaparecen los pensamientos más subversivos que hemos recogido en nota, y algunas líneas en las que cuestiona la virtud: «¡Oh, virtud! ¿En qué difieres pues del vicio, si los remordimientos que das son los mismos que nacen de los crímenes[11]?»

A diferencia de otros relatos, y mientras Gave engaña a un prometido algo bobalicón, es Henriette la víctima que pasa al ataque; Henriette es la mujer fuerte, capaz de razonar con su verdugo, de utilizar su propio lenguaje y llevarle a su terreno hasta el punto de conseguir que Granwel la libere en dos ocasiones, y en la tercera ocasión consiga al menos morir matando.

Faxelange, o los errores de la ambición / Faxelange, ou les Torts de l'ambition

Los cambios en el título mismo de este relato anuncian el deslizamiento de su asunto entre el manuscrito y la publicación; anotó en aquél «La joven engañada» y «El marido engañador», pero más tarde desplazó la causa y la culpa de las desgracias que le sobrevienen a Faxelange hacia sus padres y hacia ella misma: cegados por el relumbrón de la apariencia del supuesto barón de Franlo, los padres de Faxelange y la propia joven se lanzan a preparar un matrimonio que no es más que una estratagema del malvado. Si en el manuscrito Faxelange es la víctima de una mente monstruosa, los retoques del texto impreso sitúan a ésta en el campo de los culpables, pues cae por voluntad propia y fascinada por la riqueza en las trampas que el Mal le tiende. Maestro de la seducción y el engaño, Franlo deja que sus palabras descubran un temperamento cínico y añadan su nombre a la lista de personajes plenamente sadianos: sus maldades tienen por fundamento las leves de la naturaleza y por misión conseguir, exclusivamente para sí, una igualdad que las leves sociales han perturbado expulsándole del lugar que ocupaba, como expresa uno de los fragmentos eliminados (nota 5, pág. 542); en la edición de 1800, Franlo, víctima de unos usos sociales que lo han llevado al

bandidaje, no pretende otra cosa que recuperar, gracias a las riquezas que roba, su rango dentro de la sociedad. Desaparecen asimismo su crueldad —sólo en parte— y su cínico desprecio hacia la vida humana (nota 6, pág. 542) si ésta pone obstáculos a sus miras de resocialización por arriba.

Frente a él, un personaje perfectamente inscrito en la sociedad del Antiguo Régimen como es Goé tiene que asumir, mal que le pese, los valores institucionales del sistema, y, tras acabar en nombre del rey con el seductor perverso, elimina los sentimientos que lo habían llevado a perseguir la liberación de Faxelange: porque, una vez mancillada, una vez vistos los errores que han llevado a Faxelange a su perdición, ésta no puede resituarse otra vez en la vida social como si no hubiera ocurrido nada; y tampoco puede tener sitio alguno en el corazón y los sentimientos de su liberador; el convento o la muerte son su único destino.

Florville y Courval, o el fatalismo / Florville et Courval, ou le Fatalisme

Del manuscrito a las prensas cambia poco el texto de este relato que tiene en las dos heroínas, *Mme.* de Verquin y *Mme.* de Lérince, dos encarnaciones opuestas: la primera, del libertinaje; la segunda, de la virtud; en medio, la joven Florville, sobre cuyo camino de iniciación a la vida se volverán ambas. A la hora de dar su texto a la imprenta, Sade presta a la primera unas bases teóricas a su libertinaje (en el añadido que comienza: «Heroína gala», pág. 247), resultado de su experiencia de la vida, mientras hace de la segunda un retrato de devoción y virtud, acompañándolo de las morales palabras de M. de Saint-Prât, otro de los ejemplos de bondad. Pero Sade concentra su reescritura en la muerte de esos tres personajes femeninos: rehace la de *Mme.* de Verquin, cambia algo en la de Florville y crea por completo la de *Mme.* de Lérince.

El primer caso es el más significativo; son cinco páginas lo que Sade añade (págs. 266-270) al texto manuscrito para hacer de la muerte de la libertina un ejemplo de muerte epicúrea, tan serena como la que los púlpitos proclamaban que era la hora final de los mismísimos bienaventurados; en el manuscrito Sade se limitaba a informar del fallecimiento de *Mme.* de Verquin en unas pocas líneas con la apostilla de un mesonero: «Su final ha reparado bien su vida, ha muerto como santa». En ese momento de feliz agonía, *Mme.* de Verquin recuerda los racimos que ha exprimido a la vida y, en perfecta quietud, se entrega a la naturaleza sin temor a nada que exista más allá de la raya que separa la vida de la muerte. *Mme.* de Lérince en cambio, pese a su vida virtuosa, se acerca a esa raya en medio de tormentos, espanto e inquietud ante su destino sobrenatural.

También cambia Sade la muerte de Florville, que en la edición no utiliza un puñal, recurso bien avalado por la tradición literaria para los suicidas, sino que se lanza sobre una de las pistolas de Senneval y se salta la tapa de los sesos, en una escena de un patetismo claramente prerromántico que debe relacionarse con el sueño en que ve la sangre de su seductor, al que ha matado; sueño añadido al manuscrito, y en el que, sin Florville saberlo, se unen las sangres de ambos, del seductor y de la seducida; en otro de sus sueños también verá «una nube de sangre» que le arrebata a su hijo. Sade juega con el tejido de esos sueños, y con leves modificaciones y supresiones, convierte a la que iba a ser símbolo de virtud en un monstruo de crueldad: se encadenan los homicidios —en distintas variantes: denuncia de su propia madre, que termina subiendo al cadalso, asesinato de su amante, de su hijo—, y los deseos perversos para terminar con un incesto: he ahí los frutos de la virtud.

Rodrigo, o la torre encantada / Rodrigue, ou la Tour enchantée

En el cuaderno 3, donde aparece casi la totalidad del texto de *Rodrigo, o la torre encantada*, Sade había preparado unas líneas para insertar «en el prefacio del editor»: «Respecto a la torre encantada nuestro autor debe sin duda reclamarlo totalmente, el fondo de la anécdota es auténtico, figura en Abul-Cacim-Tarib-Aben-Tariq. Rodrigo, príncipe afeminado, atraía a su corte a las hijas de todos sus vasallos, entre las que se encontró Florinda, hija del conde Julián. La violó. Su padre, que estaba en África, conoce esa funesta noticia por la carta alegórica que nuestro autor ha conservado: sublevó a los moros y regresó a España al mando de ellos. Rodrigo no sabe qué va a ser de él. No tiene ningún lugar, ningún suelo. Va a registrar la torre encantada donde le aseguran que hay tesoros. Encuentra una estatua del tiempo que golpea con su maza y que lleva una inscripción que anuncia a Rodrigo sus desgracias. El príncipe se adentra en la torre y ve un gran curso de agua pero nada de dinero. Sube, manda cerrar la torre, un trueno lo arrebata. Ya no ve más que vestigios. A pesar de sus malos augurios Rodrigo reúne un ejército, lucha, es derrotado, muerto, sin que su cuerpo pueda ser hallado. He ahí todo lo que el pasaje ha proporcionado a nuestro autor. Basta ver si lo que ha añadido merece que reclame la propiedad de la anécdota completamente».

La nota aparece tachada, y con motivo, pues en su «Idea sobre las novelas» repite ese fragmento casi al pie de la letra sin cargarlo sobre la espalda del editor (pág. 51). Fuentes de larga influencia, porque la maldición de Rodrigo ya acosaba su imaginación como demuestran sus notas durante su encarcelamiento en Vincennes (1778-1784); en *Aline et Valcour*, novela de ese período, en la carta 38 de Déterville a Valcour figura el inicio de la historia del rey Rodrigo, que resulta

interrumpida por la acción de la epístola. No hay, por otra parte, diferencias entre el manuscrito y la edición en volumen de la novela. El Rodrigo que Sade dibuja aquí no es más que un fruto del mal que reina en el mundo, y que Dios ha creado y conoce.

Lorenza y Antonio / *Laurence et Antonio*

Redactado en una semana, del 24 al 31 de enero de 1788, el relato *Lorenza y Antonio* supone un grado más en la vuelta de tuerca que el marqués de Sade va dando a sus personajes monstruosos. Pero doce años más tarde, al editarlo en volumen, Sade suaviza considerablemente el retrato y las palabras de Cario Strozzi: elimina frases en las que cuestiona todo y sólo admite para sí mismo el poder absoluto de obrar a su antojo, y difumina las escenas donde predominan la sangre y el erotismo. Es la naturaleza la única norma que admite Strozzi como límite a la pasión que siente por su nuera; intenta que Lorenza comparta sus teorías y ceda a sus deseos en un largo discurso que el autor elimina casi por completo en la edición de 1800; largo discurso (véase el pasaje eliminado en la nota 104) en el que se adelantan ideas que sí figuran en las novelas que Sade no se atrevía a firmar con su nombre: buscando su justificación en el mundo antiguo, en la democracia ateniense y en la república romana, Strozzi arremete contra los lazos familiares, contra la religión, define a la mujer como bien común de todos los hombres y aboga por el deseo y la naturaleza como máximas normas de conducta.

Consciente del ataque que las propuestas de Strozzi suponen para el orden constituido, en el manuscrito (véase nota 105) justifica la esclavitud de la mujer en nombre de la naturaleza y de la historia y aduce razones de orden político basadas en el honor para motivar el asesinato de una esposa infiel. Ese razonamiento ha desaparecido, igual que la escena de la repetida violación de Lorenza y la patética crueldad del desenlace con la tortura y muerte de Lorenza y Antonio, cuyos cuerpos son dejados de pasto a las bestias. Antes ambos amantes, sobre todo Lorenza, habrán sufrido torturas y humillaciones que Strozzi y su verdugo realizan con una violencia inusitada en estos relatos, tan inusitada que el autor se ve obligado a pintar a un Strozzi arrepentido que se suicida. De este modo, una novela oscura, trágica y negra se suaviza, sobre todo con ese desenlace que ha abreviado (véase nota 107). De este modo, entre el manuscrito y su reescritura Sade hace un retrato más breve y menos cruel de Strozzi, mientras la heroína, que termina volviendo sus preces hacia Dios, recibe un trato menos trágico y no se convierte en ejemplo de sumisión absoluta de la mujer al poder del hombre porque de los labios de Strozzi han desaparecido las justificaciones teóricas de esa esclavitud femenina. Así reescrita, *Lorenza y Antonio* sale de las manos de su autor

expurgada de teorías escandalosas, y de una crueldad constante y trágica, con vistas a la inscripción de Sade en el número de los escritores con nombre.

Ernestina / Ernestine

En principio, Sade tituló esta novela *Ernestina, o las secuelas de la seducción (Ernestine, ou les suites de la séduction)*. En la reescritura para la edición de 1800 aporta numerosas observaciones de ambiente, dando mayor entidad a la parte introductoria de la novela, a ese viajero que va a trasladar una historia contada y a la vez vivida, pues conoce al protagonista de las maldades cometidas en las personas de Ernestina y su prometido. Ese viajero encarna al filósofo ilustrado que admira costumbres distintas de las de su tierra, menosprecia el lujo de la vida ciudadana y alaba los usos ancestrales de la aldea. Su elogio del rey sueco Gustavo III, monarca absoluto y ejemplo de rey déspota para los Ilustrados, queda sustancialmente rebajado: entre el manuscrito y la edición no sólo había rodado la cabeza de Luis XVI, sino que el propio Gustavo III había sido asesinado.

Asimismo quedan sacrificados los conceptos de honor y honra del Antiguo Régimen en aras de una igualdad natural que sólo tiene una medida privilegiada: la virtud social. En el radical optimismo que domina *Ernestina* —cuento moral, casi de hadas por la bondad de su desenlace—, Sade ha privilegiado un personaje, el de Oxtiern, que se redime arrepintiéndose de su monstruosa conducta con la pareja de amantes y sintiendo en la redacción definitiva un dolor y un sufrimiento sinceros por su pasado, hasta el punto de desear la muerte para librarse del horror que experimenta por sí mismo.

Dorgeville, o el criminal por virtud / Dorgeville, ou le Criminal par vertu

La virtud engañada y burlada por el vicio es la lección que da este relato en el que un hombre generoso y amante de su familia se casa con su propia hermana sin saberlo; pero esa boda no es más que el cebo que le preparan su desconocida hermana y el perverso amante de ésta, a quienes no cuesta nada convertir a Dorgeville en víctima, aunque antes del encuentro fraterno su desconocimiento de la naturaleza humana ya le había hecho sentir las consecuencias de enfrentarse a un mundo perverso con las solas armas de la bondad y la virtud.

En la revisión del manuscrito, Sade ahonda en la visión de los dos extremos: por un lado, añade al personaje de Dorgeville una tolerante arenga (en la pág. 421) en la que apostrofa a los supuestos padres de Virginie exaltando la sensibilidad de la mujer abandonada y arremetiendo contra los prejuicios sociales; por otro, utiliza

la más negra de las paletas para hacer que Cécile, una vez descubierta, explique en un largo discurso el carácter monstruoso de sus actos, subrayando el incesto para hacer patente a su hermano la estupidez de la virtud; y, por más que Dorgeville la vea escarnecida, es el amor que ha sentido por su hermana lo que termina siendo la causa de su muerte. Además desaparecen, en las palabras que Cécile dirige a su hermano, sus ideas sobre la incompatibilidad del siglo y la virtud; ningún ejemplo más revelador que el de Dorgeville: su bondad no ha hecho otra cosa que alentar acciones monstruosas.

La condesa de Sancerre, o la rival de su hija / La Comtesse de Sancerre, ou la Rivale de sa filie

El calificativo de «anécdota» que figura en el subtítulo no tiene el significado que podríamos atribuirle hoy: hay escritores del siglo XVIII que prefieren ese término al de «historia» o al de «nouvelle»; en ellos ha podido encontrar Sade también el ambiente de las cortes ducales de la Borgoña del siglo XV, en las que floreció, entre cruentas guerras de propiedad territorial, el amor cortés de los trovadores.

Con cierto parentesco con *Lorenza y Antonio*, este relato escrito entre el 6 y el 21 de mayo de 1787 —fechas que abarcan además la escritura de *Emilia de Tourville*, el final de *Faxelange*, el inicio de *Miss Henriette Stralson*, y textos ajenos a los *Crímenes* como *El Talión* y *Lecciones de la naturaleza*— no sufre cambios significativos en la preparación del texto para la imprenta: Sade subraya en ellos la violencia de los encuentros entre los amantes, cuyos sentimientos llevan a cierto paroxismo, además de aligerar con retoques el retrato de Amélie, a la que pinta con trazos de modelo de virtud, lo mismo que a su enamorado Monrevel en el desenlace. Como novedad, el monstruo es aquí una mujer: la madre de Amélie.

Eugénie de Franvall / Eugénie de Franval

Sade escribió varias versiones de este relato, *Eugénie de Franval*, colocado al final de los *Crímenes* como una especie de paroxismo, y considerado por su autor el mejor del volumen: poco importa la condenación del vicio, que sólo es descrito para exaltar la virtud y corregir las costumbres —tópico literario desde finales de la Edad Media, empezando por *La Celestina*—, su observación sobre las dos posibles clases de incesto —un incesto sin consecuencias para las convenciones sociales, otro que provocaría crímenes de gran alcance— trata de justificar su audacia y paliarla con consideraciones de orden moral; porque hay dos escenas que constituyen el foco narrativo y que la censura no podía admitir: la educación

sexual y filosófica para el incesto que Eugénie y su padre cometen y el episodio de voyeurismo de Valmont (ese desfloramiento de Eugénie por su padre y la escena de voyeurismo de Valmont ya habían sido restablecidas en el texto de sus ediciones por editores de Sade como Heine y Lely); sólo en *Lorenza y Antonio y* en *Eugénie de Franval* incluye Sade descripciones eróticas, abusos y humillaciones de las víctimas, pero su alcance es menor en el manuscrito; por otro lado, desaparecen en la edición de 1800.

Aquí el incesto no es sólo algo premeditado, sino resultado de un curso de educación más amplio que la lección de sexualidad natural que Franval, Pigmalión de erotismo, da a su hija; pero ese incesto es la meta a la que conduce el desarrollo teórico de la filosofía libertina del personaje masculino, a pesar de que, entre el manuscrito y la edición, Sade ha suavizado la impiedad sustancial de Franval: sus lecciones van avanzando y desarrollando las principales ideas de la moral libertina: Dios sólo es una quimera que los poderosos utilizan para someter a los débiles; los lazos familiares, incluido el de la maternidad, carecen de sentido en el orden de la naturaleza, de ahí que cualquier sentimiento derivado de esa dependencia, desde el filial al conyugal, vuelva a ser otra trampa de sometimiento impensable en la naturaleza, que sólo se rige por el placer y el interés personal y rechaza todo lo que pueda obstaculizar su búsqueda. Aunque Sade ha mantenido estos razonamientos de Franval, sin embargo ha eliminado la réplica en la que Eugénie defiende la ley de la semilla paterna como único valor intrínseco (véase nota 126).

El carácter cruel de Franval sufre una suavización escasa: en el manuscrito, cuando Franval pone en manos de su hija el veneno que ha de acabar con la vida de la madre, se alegra y siente placer pensando en los tormentos que va a sufrir *Mme.* de Franval; ante las reservas de Eugénie, le da un veneno que no la retuerza tanto como la primera droga —o eso es lo que dice; más adelante se ve que la esposa y madre ha muerto entre los terribles dolores provocados por el primer veneno—; en la edición, en cambio, sólo pervive esa escena del dolor de la agonía materna, necesario para que Eugénie inicie su «des-educación» en maldad.

Sade no sólo ha suavizado o eliminado las teorías inmorales; aquí y allá han caído también frases que subrayaban la filosofía libertina y el goce incrementado por la ruptura de las convenciones: por ejemplo, el entusiasmo y la felicidad que aporta un amor culpable como el incesto se ven reforzados porque previamente Franval ha golpeado a su mujer, una más de las esposas sadianas que casi siempre aparecen como víctimas, sobre todo en *La filosofía en el tocador*, pero también en varios relatos de los *Crímenes del amor*.

Por lo demás, los principales personajes responden a tópicos sadianos como la descuidada educación que los monstruos han recibido en su infancia o un desenlace clemente para ellos: tras el desencadenamiento de elementos naturales, frecuentes en la novela negra, Franval retrocede y se ve llevado como otros malvados de Sade por la mano del novelista hacia un suicidio que puede parecer un castigo, pero que puede ser «la última manifestación de una ironía que no cesa de aparecer en su conducta a lo largo de todo el relato[12]». Eugénie en cambio ha tenido una educación «muy cuidada», pero en el libertinaje: su padre quiere hacer de ella un «otro yo» femenino; en ambos casos, el resultado de la falta de educación y de la educación libertina es el mismo: una perversión que, en el caso de la hija, le hace ver «un amigo» en su padre, a quien, de acuerdo con las enseñanzas naturales que ha recibido, sacrifica todo.

Yendo más lejos, Sade busca en la esposa, que trata de llevar al buen camino a Eugénie, una cómplice de sus amores incestuosos; por otro lado, Franval cruza los amores de la madre con los del pretendiente de la hija, un Valmont que asiste a la ceremonia cuasi religiosa de la exaltación erótica de Eugénie, convertida en ídolo, mientras Franval sufre, se inquieta y goza, entre cajas, viendo a su hija convertida en objeto erótico de quien puede ser su rival.

M. ARMIÑO

Bibliografía

En el prólogo a nuestra edición de *La Nueva Justine, o las Desgracias de la virtud* (Valdemar, 2003) puede verse un estudio biográfico, así como una bibliografía en extenso de, y sobre, el marqués de Sade.

Sobre Los crímenes del amor

Sade, Marquis de: *Les Crimes de l'amour. Nouvelles héroïques et tragiques; précédés d'une Idée sur les romans et ornees de gravures, par D. A. F. Sade, auteur d'Aline et Valcour*. À Paris, chez Massé, éditeur-propiétaire, rue Helvétius, nº 580. An VII [1800], 4 vols. in 12 de XLIII— 228, 274, 256 y 246 págs.

——, selección preparada por Gilbert Lely, «10/18», 1971.

——, selección preparada por Béatrice Didier, «Le Livre de Poche», 1972.

Sade, Marqués de: *Les Crimes de l'amour*, edición de Éric Le Grandic, presentada por Michel Delon [con análisis y cotejo de dieciocho de los veinte cuadernos manuscritos (4010 de la Bibliothèque National de France)], Zulma, 1995.

Sade, Marqués de, *Los crímenes del amor*, selección y traducción de J. F. Vidal Jové, 2 vols. Alborak de Ediciones, 1971.

Sade, Marqués de: *Los crímenes del amor*, t. I [edición inconclusa], traducción de M. Armiño, Madrid, 1981.

——*Los crímenes del amor*, en *Obras escogidas*, traducción de M. Armiño, Editorial Babilonia, 1991 [contiene los mismos «relatos» del libro de la ficha anterior].

Obras del marqués de Sade en español

——*La filosofía en el tocador*, traducción y notas de M. Armiño, Editorial Valdemar, 1998.

——*La nueva Justine o Las desgracias de la virtud*, traducción y notas de M. Armiño, Editorial Valdemar, 2003.

——«La Verdad», en *Antología esencial de la poesía francesa*, edición de M. Armiño, Espasa, 2006.

——*Las ciento veinte jornadas de Sodoma*, traducción y notas de M. Armiño, Editorial Valdemar, 2006.

Nota sobre la edición

Sigo el texto preparado por Eric le Grandic citado en la bibliografía, que presenta numerosas variantes y diferencias entre el manuscrito de los 18 cuadernos existentes y la primera edición en cuatro volúmenes de 1800. En Notas traduzco algunas de esas divergencias, aquellas que me han parecido más significativas para la elaboración del papel de escritor «serio» que el marqués de Sade, una vez liberado de la Bastilla, buscaba alcanzar, y aquellas otras que muestran de manera palmaria la autocensura del autor ante las nuevas circunstancias políticas y morales del momento de la publicación.

Devuelvo al original los nombres italianos que Sade traduce a francés, pero castellanizo Ernestina, por ejemplo, nombre que Sade afrancesa directamente del sueco. La puntuación de los fragmentos eliminados no aparece revisada ni rematada en el manuscrito, donde además hay algunos blancos dejados por Sade en busca del término adecuado. Las notas del marqués de Sade aparecen en Notas de Sade; las mías, incluyendo los fragmentos censurados o información sobre personajes o problemas textuales, figuran al final del libro en Notas.

M. A.

Amor, fruto delicioso que el Cielo permite a la tierra producir para la felicidad de la vida, ¿por qué es preciso que hagas nacer crímenes? ¿Y por qué el hombre abusa de todo?

Noches, de Young[1]



IDEA SOBRE LAS NOVELAS

Se llama novela *[román]*[13] a la obra fabulosa compuesta a partir de las aventuras más singulares de la vida de los hombres.

Pero ¿por qué lleva el nombre de novela este género de obra?

¿En qué pueblo debemos buscar su fuente, cuáles son los más célebres?

¿Y cuáles son, en fin, las reglas que hay que seguir para alcanzar la perfección del arte de escribirla?

He ahí las tres cuestiones que nos proponemos tratar[14], comencemos por la etimología de la palabra.

Dado que nada nos informa sobre cuál fue el nombre de esta composición entre los pueblos de la Antigüedad, en mi opinión sólo debemos aplicarnos a descubrir por qué motivo llevó entre nosotros el que aún le damos.

La lengua *romance [romane]* era, como se sabe, una mezcla del idioma céltico y del latín, en uso durante las dos primeras estirpes de nuestros reyes; es bastante razonable pensar que las obras del género de que hablamos, compuestas en esa lengua, debieron llevar su nombre, y que debió decirse *romane* para designar la obra en que se trataba de aventuras amorosas, como se dijo *romance* para hablar de las endechas del mismo género. Vano sería buscar una etimología diferente a esta palabra; al no ofrecernos el sentido común ninguna otra, parece fácil adoptar ésta.

Pasemos, pues, a la segunda cuestión.

¿En qué pueblo debemos hallar la fuente de esta clase de obras, y cuáles son los más célebres?

La opinión más común cree descubrirla entre los griegos; de ahí pasó a los moros, de quienes la tomaron los españoles para transmitirla luego a nuestros trovadores, de quienes nuestros *romanciers* de caballerías la recibieron.

Aunque yo respete esa filiación, y me someta a ella a veces, estoy lejos sin embargo de adoptarla rigurosamente; en efecto, ¿no resulta muy difícil en siglos en que los viajes eran tan poco conocidos y en que las comunicaciones se hallaban tan interrumpidas? Hay modas, costumbres, gustos que no se trasmiten en absoluto; inherentes a todos los hombres, nacen, naturalmente, con ellos; dondequiera que

existan, se encuentran huellas inevitables de esos gustos, de esas costumbres y de esas modas.

No lo dudemos: fue en las regiones en que primero reconocieron a los dioses donde las novelas brotaron, y, por consiguiente, en Egipto, cuna cierta de todos los cultos; en cuanto los hombres *supusieron* unos seres inmortales, les hicieron actuar y hablar; a partir de entonces, ya tenemos metamorfosis, fábulas, parábolas, novelas; en una palabra, tenemos obras de ficción desde que la ficción se apodera del espíritu de los hombres. Tenemos libros fabulosos desde que aparecen las quimeras: cuando los pueblos, guiados al principio por los sacerdotes, después de haberse degollado por sus fantásticas divinidades se arman finalmente por su rey o por su patria, el homenaje ofrecido al heroísmo equilibra el de la superstición: entonces no sólo ponen muy acertadamente a los héroes en el lugar de los dioses, sino que cantan a los hijos de Marte como habían celebrado a los del cielo; aumentan los grandes hechos de su vida; o, cansados de hablar de ellos, crean personajes que se les parecen… que los superan: y muy pronto surgen nuevas novelas, más verosímiles sin duda, y mucho más aptas para el hombre que las que no celebraron sino fantasmas. Hércules[2], gran capitán, debió combatir valerosamente a sus enemigos: y ya tenemos al héroe y la historia; Hércules destruyendo monstruos, partiendo de un tajo gigantes: y ya tenemos al dios… la fábula y el origen de la superstición; pero de la superstición razonable, puesto que no tiene otra base que la recompensa del heroísmo, el reconocimiento debido a los libertadores de una nación, mientras la que forja seres increados y jamás vistos sólo tiene el temor, la esperanza y el desorden de la mente por motivo. Cada pueblo tuvo, pues, sus dioses, sus semidioses, sus héroes, sus historias verdaderas y sus fábulas; como se acaba de ver, algo pudo ser verdad en lo que se refería a los héroes; todo lo demás fue fraguado, todo lo demás fue fabuloso, todo fue obra de invención, todo fue novela, porque los dioses sólo hablaron por el órgano de hombres que, más o menos interesados en este ridículo artificio, no dejaron de componer el lenguaje de los fantasmas de su mente con cuanto imaginaron más acabado para seducir o asustar y, por consiguiente, con lo más fabuloso: «Es una opinión admitida, dice el sabio Huet[15], que el nombre de novela se daba antaño a las historias, y que después se aplicó a las ficciones, lo cual es testimonio irrefutable de que las unas han venido de las otras».

Hubo, pues, novelas escritas en todas las lenguas, en todas las naciones, cuyo estilo y hechos se calcaron tanto sobre las costumbres nacionales como sobre las opiniones admitidas por esas naciones.

El hombre está sujeto a dos debilidades que afectan a su existencia, que la

caracterizan. Por todas partes es menester que *suplique*, por todas partes es menester que *ame:* he ahí la base de todas las novelas; las ha hecho para pintar a los seres a los que *imploraba*, las ha hecho para celebrar a aquellos que *amaba*. Las primeras, dictadas por el terror o la esperanza, debieron de ser sombrías, gigantescas, llenas de mentiras y ficciones: tales son las que Esdrás[16] compuso durante el cautiverio de Babilonia. Las segundas, llenas de delicadeza y sentimientos: tal es la de Teágenes y Cariclea de Heliodoro[17]; pero como el hombre *suplicó*, como *amó* por todas partes, en todos los puntos del globo que habitó, hubo novelas, es decir, obras de ficción que tan pronto pintaron los objetos fabulosos de su culto como los más reales de su amor.

No hay, por tanto, que aplicarse a buscar la fuente de este género de escribir en tal o cual nación de modo preferente; por lo que acabamos de decir, hay que convencerse de que todas lo han empleado más o menos en razón de la mayor o menor inclinación que han experimentado, bien hacia el amor, bien hacia la superstición.

Ahora, una ojeada rápida sobre las naciones que mejor han aceptado estas obras, sobre esas obras mismas, y sobre quienes las escribieron; traigamos el hilo hasta nuestros días para poner a nuestros lectores en situación de establecer algunas ideas comparativas.

Arístides de Mileto[18] es el novelista más antiguo de que habla la Antigüedad; pero sus obras ya no existen. Sabemos sólo que titulaban sus cuentos los *milesios*; una pulla del prefacio del *Asno de oro* parece probar que las producciones de Arístides eran licenciosas: *Voy a escribir en ese género*, dice Apuleyo, al comenzar su *Asno de oro*[19]

Antonio Diógenes[20], contemporáneo de Alejandro, escribió en un estilo más pulido *Los Amores de Dinias y de Dercilis*, novela llena de ficciones, de sortilegios, de viajes y de aventuras muy extraordinarias que Le Seurre copió en 1745 en una obrita más singular aún; porque, no contento con hacer viajar a sus héroes por países conocidos como Diógenes, los pasea tan pronto por la luna como por los infiernos.

Vienen luego las aventuras de *Sinonis* y *Rodanis* de Yámblico; los amores de *Teágenes y Cariclea*, que acabamos de citar; la *Ciropedia*, de Jenofonte; los amores de *Dafnis y Cloe*, de Longo; los de *Ismena e Ismenia*, y muchos otros, o traducidos, o totalmente olvidados en nuestros días[21].

Los romanos, más inclinados a la crítica y a la maldad que al amor o a la súplica, se contentaron con algunas sátiras como las de Petronio y de Varrón, que nos guardaríamos mucho de clasificar en el número de las novelas[22].

Los galos, más cerca de esas dos debilidades, tuvieron sus bardos, a los que puede mirarse como los primeros novelistas de la parte de Europa que hoy habitamos. La profesión de esos bardos era, según Lucano, escribir en verso las acciones inmortales de los héroes de su nación, y cantarlas al son de un instrumento que se parecía a la lira; muy pocas de estas obras son conocidas en nuestros días. Tuvimos luego los hechos y gestas de Carlomagno, atribuidas al arzobispo Turpin, y todas las novelas de la Tabla Redonda, los *Tristán*, los *Lanzarote del Lago*, los *Percival*, escritas todas con la mira de inmortalizar a héroes conocidos o inventar, siguiendo a éstos, otros que, adornados por la imaginación, les superen en maravillas. Pero ¡qué distancia entre éstas, largas, enojosas, apestadas de superstición, y las novelas griegas que las habían precedido! ¡Qué barbarie y grosería sucedían a novelas llenas de gusto y de agradables ficciones cuyos modelos nos habían dado los griegos! Pues aunque hubo otros, desde luego, antes que ellos, al menos entonces sólo se conocía a éstos.

Luego aparecieron los trovadores, y, aunque debe mirárselos más como poetas que como novelistas, la multitud de bellos cuentos que compusieron en prosa, les otorgan, sin embargo, con justo motivo, un lugar entre los escritores de que hablamos. Para convencerse, échese una ojeada a sus *fabliaux*, escritos en lengua *romance*, bajo el reinado de Hugo Capeto, y que Italia copió con tanta diligencia.

Esta hermosa parte de Europa, gimiente todavía bajo el yugo sarraceno, lejos todavía de la época en que debía ser cuna del renacimiento de las artes, apenas había tenido novelistas hasta el siglo X; aparecieron poco más o menos por la misma época que nuestros trovadores en Francia, y los imitaron; atrevámonos a aceptar esa gloria: no fueron en absoluto los italianos los que se convirtieron en nuestros maestros en este arte, como dice *La Harpe* (pág. 242, vol. III)[23], al contrario, fue entre nosotros donde ellos se formaron; fue en la escuela de nuestros trovadores donde Dante, Boccaccio, el Tasso, e incluso un poco Petrarca, esbozaron sus composiciones; casi todas las novelitas de Boccaccio se encuentran en nuestros *fabliaux*.

No ocurre lo mismo con los españoles, instruidos en el arte de la ficción por los moros, que a su vez lo recibieron de los griegos, cuyas obras, todas, de ese género poseían traducidas en árabe; hicieron deliciosas novelas, imitadas por

nuestros escritores; luego volveremos sobre ello.

A medida que la galantería adoptó una nueva faz en Francia, la novela se perfeccionó, y fue entonces, es decir, a comienzos del siglo último, cuando d'Urfé escribió su novela *L'Astrée*, que nos hizo preferir, con justísimo motivo, sus encantadores pastores del Lignon a los valientes extravagantes de los siglos XI y XII[24]. El furor de la imitación se apoderó entonces de todos aquellos a quienes la naturaleza había dado gusto por este género; el sorprendente éxito de *L'Astrée*, que aún se leía a mediados de este siglo, había inflamado completamente las cabezas, y fue imitada sin llegar a ser igualada. Gomberville, La Calprenède, Desmarets, Scudéry[25] creyeron superar a su original poniendo príncipes o reyes en el lugar de los pastores del Lignon, y volvieron a caer en el defecto que evitaba su modelo; la Scudéry cometió la misma falta que su hermano; como él, quiso ennoblecer el género de d'Urfé, y, como él, puso enojosos héroes en el lugar de bellos pastores. En vez de representar en la persona de Ciro a un príncipe como lo pinta Herodoto, compuso un Artamenes más loco que todos los personajes de *L'Astrée*… un amante que no sabe más que llorar de la mañana a la noche, y cuyas languideces hartan en lugar de interesar; los mismos inconvenientes tiene su *Clélie*, donde presta a los romanos, a quienes desnaturaliza, todas las extravagancias de los modelos que seguía, y que nunca fueron mejor desfigurados.

Permítasenos retroceder un instante para cumplir la promesa que acabamos de hacer de echar una ojeada sobre España.

Desde luego, si la caballería había inspirado en Francia a nuestros novelistas, ¡hasta qué grado no había calentado igualmente los cascos allende los montes! El catálogo de la biblioteca de don Quijote, graciosamente hecho por Miguel Cervantes, lo demuestra con toda evidencia; pero sea como fuere, el célebre autor de las memorias del mayor loco que haya podido venir a la mente de un novelista no tenía ciertamente rivales. Su inmortal obra, conocida por toda la tierra, traducida a todas las lenguas, y que debe considerarse como la primera de todas las novelas, domina sin duda, más que ninguna otra, el arte de narrar, de entremezclar agradablemente las aventuras, y particularmente el de instruir deleitando. *Este libro*, decía Saint Evremond, *es el único que releo sin aburrirme, y el único que querría haber escrito*[26]. Las doce novelitas del mismo autor, llenas de interés, de sal y de finura, acaban por situar en el primer rango a este escritor español, sin el cual nosotros quizá no hubiéramos tenido ni la encantadora obra de Scarron ni la mayoría de las de Le Sage.

Después de d'Urfé y de sus imitadores, después de las Ariadnas y las

Cleopatras, los Faramundos y los Polixandros, de todas esas obras, en fin, en que el héroe, suspirando durante nueve volúmenes, se sentía muy dichoso de casarse en el décimo; después, digo, de todo este fárrago, hoy día ininteligible, apareció *Mme.* de la Fayette[27], quien, aunque seducida por el lánguido tono que encontró establecido en quienes la precedían, abrevió no obstante mucho; y, al hacerse más concisa, se volvió más interesante. Se ha dicho, porque era mujer (como si ese sexo, naturalmente más delicado, más apto para escribir novela, no pudiera pretender, en este género, muchos más laureles que nosotros), se ha pretendido, digo, que, ayudada hasta el infinito, La Fayette hizo sus novelas gracias a la ayuda de La Rochefoucauld para las ideas y de Segrais por lo que se refiere al estilo. Sea como fuere, nada tan interesante como *Zaïde*, ni más agradablemente escrito que *La Princesse de Cléves*. Amable y encantadora mujer, si las Gracias sostenían tu pincel, ¿por qué no había de estarle permitido entonces al amor dirigirlo alguna vez?

Apareció Fénelon[28], y creyó que se volvía interesante dictando poéticamente una lección a soberanos que jamás la siguieron; voluptuoso amante de Guyon[29], tu alma tenía necesidad de amar, tu espíritu sentía la de pintar; si hubieras abandonado el pedantismo, o el orgullo de enseñar a reinar, hubiéramos tenido de ti obras maestras en lugar de un libro que ya no se lee. No ocurrirá lo mismo contigo, delicioso Scarron[30]: hasta el fin del mundo tu inmortal novela hará reír, tus cuadros no envejecerán nunca. *Télémaque*, que sólo tenía un siglo para vivir, perecerá bajo las ruinas de ese siglo que ya no existe, y tus comediantes de Le Mans, querido y amable hijo de la locura, divertirán incluso a los lectores más graves mientras haya hombres sobre la tierra.

Hacia finales del mismo siglo, la hija del célebre Poisson (Mme. de Gómez)[31], en un género muy distinto al de los escritores de su sexo que le habían precedido, escribió obras que no por ello eran menos agradables, y sus *Journées amasantes*, así como sus *Cent Nouvelles*, constituirán, a pesar de muchos defectos, el fondo de la biblioteca de todos los aficionados a este género. Gómez entendía su arte, no podría negársele ese justo elogio. Mademoiselle de Lussan, las *Mme.* de Tencin, de Graffigny, Élie de Beaumont y Riccoboni rivalizaron con ella; sus escritos, llenos de delicadeza y de gusto, honran con toda seguridad a su sexo. Las *Lettres péruviennes*, de Graffigny[32], serán siempre un modelo de ternura y de sentimiento, como las de milady Catesby, escritas por Riccoboni, podrán servir eternamente a quienes sólo busquen la gracia y la ligereza del estilo.

Pero volvamos al siglo en que lo hemos dejado, acuciados por el deseo de alabar a mujeres amables que daban en este género tan buenas lecciones a los hombres.

El epicureísmo de las Ninon de Lenclos, de las Marion de Lorme, del marqués de Sévigné y de La Fare, de los Chaulieu, de los Saint-Evremond, de toda esa sociedad encantadora que, de regreso de las languideces del Dios de Citerea, comenzaba a pensar, como Buffon, *que en amor no había de bueno más que lo físico*[33], cambió pronto el tono de las novelas. Los escritores que aparecieron luego sintieron que las insulseces ya no divertirían a un siglo pervertido por el Regente[34], un siglo de vuelta de las locuras caballerescas, de las extravagancias religiosas y de la adoración de las mujeres, y, pareciéndole más sencillo divertir a esas mujeres o corromperlas que servirlas o incensarlas, crearon sucesos, cuadros, conversaciones más a la moda del día; disimularon el cinismo, las inmoralidades, bajo un estilo agradable y festivo, a veces incluso filosófico, y, cuando menos, agradaron si no instruyeron.

Crébillon[35] escribió *Le Sopha, Tanzai, Les Egarements de cœur et d'esprit, etc.* Novelas todas que elogiaban el vicio y se alejaban de la virtud, pero que, cuando se publicaron, debían pretender los mayores éxitos.

Marivaux[36], más original en su manera de pintar, con más nervio, ofreció al menos caracteres, cautivó el alma e hizo llorar; pero con semejante energía, ¿cómo se podía tener un estilo tan preciosista, tan amanerado? Demostró sobradamente que la naturaleza jamás concede al novelista todos los dones necesarios para la perfección de su arte.

El objetivo de Voltaire fue completamente distinto: sin otro designio que dar cabida a la filosofía en sus novelas, abandonó todo por ese proyecto. ¡Con qué destreza lo logró! Y a pesar de todas las críticas, ¿*Candide* y *Zadig* no serán siempre obras maestras?[37]

Rousseau, a quien la naturaleza había concedido en delicadeza y en sentimiento lo que sólo dio a Voltaire en inteligencia, trató la novela de muy distinta manera. ¡Cuánto vigor, cuánta energía en *Héloïse!* Cuando Momo dictaba *Candide* a Voltaire, el Amor trazaba con su llama todas las páginas ardientes de *Julie*, y puede decirse con razón que este libro sublime jamás tendrá imitadores. Ojalá esta verdad haga caer la pluma de las manos a esa multitud de escritores efímeros que, desde hace treinta años, no cesan de darnos malas copias de ese inmortal original; que comprendan, pues, que, para alcanzarlo, se necesita un alma de fuego como la de Rousseau, un espíritu filósofo como el suyo, dos cosas que la naturaleza no reúne dos veces en el mismo siglo[38].

Mientras tanto, Marmontel[39] nos daba cuentos que él llamaba morales no

porque enseñasen la moral (según un estimable literato), sino porque pintaban nuestras costumbres[40], aunque quizá excesivamente concebidas dentro del género amanerado de Marivaux. Por otra parte, ¿qué son esos cuentos? Puerilidades escritas únicamente para mujeres y niños, y que nunca parecerán salidas de la misma mano que *Bèlisaire*, obra que por sí sola bastaría para la gloria del autor: quien escribió el capítulo decimoquinto de este libro, ¿debía pretender acaso la pequeña gloria de darnos cuentos rosas?

Finalmente, las novelas inglesas, las vigorosas obras de Richardson y de Fielding[41], vinieron a enseñar a los franceses que no es pintando las fastidiosas languideces del amor o las aburridas conversaciones de alcoba como pueden obtenerse éxitos en este género, sino trazando caracteres viriles que, juguetes y víctimas de esa efervescencia del corazón conocida con el nombre de amor, nos muestren a la vez tanto sus peligros como sus desgracias; sólo de ahí pueden obtenerse estos desarrollos, estas pasiones tan bien trazadas en las novelas inglesas. Fue Richardson, fue Fielding quienes nos enseñaron que el estudio profundo del corazón del hombre, verdadero dédalo de la naturaleza, es el único que puede inspirar al novelista, cuya obra debe mostrarnos no solamente cómo es el hombre, o cómo se presenta, que es deber del historiador, sino tal como puede ser, tal como deben volverle las modificaciones del vicio y todas las sacudidas de las pasiones. Hay, por tanto, que conocerlas todas, hay que emplearlas todas si se quiere trabajar ese género; ahí aprendimos también que no siempre se interesa haciendo triunfar la virtud; que ciertamente hay que tender a ello tanto como se pueda, pero que esta regla, ni en la naturaleza ni en Aristóteles, es esencial para la novela, que ni siquiera es la que debe guiar el interés: se trata sólo de una regla a la que querríamos que todos los hombres se sometieran para felicidad nuestra; porque cuando la virtud triunfa, al ser las cosas lo que deben ser, nuestras lágrimas se secan antes de derramarse; pero si, tras las más rudas pruebas, vemos al final a la virtud abatida por el vicio, necesariamente nuestras almas se desgarran, y por habernos emocionado excesivamente, por haber *ensangrentado nuestros corazones en la desgracia*, como decía Diderot, la obra debe producir inevitablemente interés, lo único que asegura los laureles.

Que alguien me responda: si después de doce o quince volúmenes, el inmortal Richardson hubiera acabado *virtuosamente* por convertir a Lovelace, y hacerle casarse *apaciblemente* con Clarisa, ¿se hubieran derramado al leer esta novela, tomada en sentido contrario, las deliciosas lágrimas que arranca de todos los seres sensibles? Es, por tanto, la naturaleza lo que hay que captar cuando se trabaja este género, es el corazón del hombre, la más singular de sus obras, y no la virtud, porque la virtud, por bella, por necesaria que sea, no es, sin embargo, más

que uno de los modos de ese corazón asombroso cuyo profundo estudio tan necesario es para el novelista, y cuyos pliegues todos debe necesariamente trazar la novela, espejo fiel de ese corazón.

Sabio traductor de Richardson, Prévost[42], a quien debemos que haya pasado a nuestra lengua las bellezas de ese escritor célebre, ¿no te debemos, por mérito propio, un tributo plenamente merecido de elogios? ¿No te podríamos denominar con justicia el *Richardson francés?* Sólo tú poseiste el arte de interesar largo tiempo mediante fábulas implexas sosteniendo siempre el interés, incluso al diversificarlo; sólo tú llevaste siempre tus episodios lo bastante bien como para que la intriga principal ganara más que perdiera en su multiplicación o en su complicación. De ahí que sea esa cantidad de sucesos que te reprocha La Harpe[43], no sólo es lo que produce en ti el efecto más sublime, sino al mismo tiempo lo que prueba mejor tanto la bondad de tu espíritu como la excelencia de tu genio. *«Les Mémoires d'un homme de qualité y,* finalmente (para añadir a lo que nosotros pensamos de Prévost lo que otros también han pensado), *Cleveland, L'Histoire d'un Grecque moderne, Le Monde moral, Manon Lescaut* sobre todo[3], están llenas de esas escenas enternecedoras *y* terribles que sorprenden e interesan de manera irresistible; las situaciones de estas obras, felizmente tratadas, presentan momentos en que la naturaleza se estremece de horror», *etc.* Eso es lo que se llama escribir novelas, eso es lo que, en la posteridad, asegurará a Prévost un puesto que no ha de alcanzar ninguno de sus rivales.

Vinieron luego los escritores de mediados de este siglo: Dorat[44], tan amanerado como Marivaux, tan frío, tan poco moral como Crébillon, pero escritor más agradable que los dos con quienes lo comparamos; la frivolidad de su siglo disculpa la suya, y, además, poseyó el arte de captarla bien.

Encantador autor de *La Reine de Golconde*[45], ¿me permites que te ofrezca un laurel? Raramente hubo ingenio más agradable, y los cuentos más bonitos del siglo no pueden compararse con el que te inmortaliza; a un tiempo más amable y más feliz que Ovidio, puesto que el héroe, salvador de Francia, prueba, al reclamarte al seno de tu patria, que es tan amigo de Apolo como de Marte, respondes a la esperanza de ese gran hombre añadiendo todavía algunas lindas rosas sobre el seno de tu bella Aline.

D'Arnaud[46], émulo de Prévost, puede pretender a menudo superarle; los dos templaron sus pinceles en el Éstige; pero d'Arnaud suaviza en ocasiones el suyo en los flancos del Elíseo; Prévost, más enérgico, no alteró nunca las tintas de aquel con que trazó *Cleveland*.

R…[47] inunda al público; necesita una imprenta a la cabecera de su cama; por suerte, sólo ésta gemirá con sus *terribles producciones*; un estilo bajo y rastrero, aventuras repugnantes, siempre inspiradas en las peores compañías; ningún otro mérito, en fin, sino el de una prolijidad… que sólo los mercaderes de pimienta le agradecerán.

Quizá deberíamos analizar aquí esas novelas nuevas, cuyos méritos principales son el sortilegio y la fantasmagoría, situando a su cabeza *El Monje*[48], superior, desde todos los puntos de vista, a los extravagantes impulsos de la brillante imaginación de Radcliffe; pero esa disertación sería demasiado larga. Convengamos sólo en que este género, a pesar de lo que puedan decir, no carece indudablemente de mérito; resultaba el fruto indispensable de las sacudidas revolucionarias que hacían resentirse a Europa entera. Para quien conocía todas las desgracias con que los malvados pueden abrumar a los hombres, la novela resultaba tan difícil de hacer como monótona de leer; no había ningún individuo que, en cuatro o cinco años, no hubiera sufrido más infortunios de los que en un siglo podría pintar el novelista más famoso de la literatura; había, pues, que apelar a la ayuda del infierno para escribir temas de interés y hallar en el país de las quimeras lo que se sabía corrientemente con sólo ojear la historia del hombre en esta edad de hierro. Pero ¡cuántos inconvenientes presentaba esta manera de escribir! El autor de *El Monje* no los evitó más que Radcliffe; necesariamente, una de dos: o hay que desarrollar el sortilegio, y desde ese momento dejáis de interesarnos, o no hay que levantar nunca el velo, y entonces nos encontramos en la más horrible inverosimilitud. Cuando en este género aparezca una obra lo bastante buena para alcanzar la meta sin romperse contra uno u otro de esos escollos, lejos de reprocharle sus medios, la propondremos entonces como modelo[49].

Antes de emprender nuestra tercera y última cuestión: *¿Cuáles son las reglas del arte de escribir novela?*, creo que debemos responder a la perpetua objeción de algunos espíritus atrabiliarios que, para darse el barniz de una moral de la que a menudo su corazón está muy lejos, no cesan de deciros: *¿Para qué sirven las novelas?*

¿Que para qué sirven, hombres hipócritas y perversos? Porque sólo vosotros planteáis esa ridícula cuestión: sirven para pintaros tal como sois. Orgullosos individuos que queréis sustraeros al pincel porque teméis sus efectos; si es posible expresarse así, por ser la novela *el cuadro de costumbres seculares,* es tan esencial como la historia para el filósofo que quiere conocer al hombre; porque el buril de ésta únicamente le pinta cuando se deja ver, y entonces ya no es él; la ambición y el orgullo cubren su frente con una máscara que sólo nos deja ver esas dos pasiones,

y no al hombre. El pincel de la novela, por el contrario, capta su interior… lo toma cuando se quita esa máscara, y el apunte, mucho más interesante, es al mismo tiempo mucho más verdadero; he ahí la utilidad de las novelas. Fríos censores que no las amáis, os parecéis a aquel lisiado que decía: *¿Para qué sirven los retratos?*

Si es cierto, por tanto, que la novela es útil, no temamos esbozar aquí algunos de los principios que creemos necesarios para llevar este género a la perfección. Sé de sobra que es difícil cumplir esa tarea sin proporcionar armas que volverán contra mí; ¿no me hago doblemente culpable de no haberlo *hecho bien* si demuestro que sé qué es lo necesario para *hacerlo bien?* ¡Ah!, dejemos esas vanas consideraciones, ¡que se inmolen al amor por el arte!

El conocimiento más esencial que exige es, por supuesto, el del corazón del hombre. Ahora bien, todas las personas bienintencionadas estarán de acuerdo con nosotros cuando afirmamos que ese importante conocimiento sólo se adquiere a través de las *desgracias* y los *viajes*; es menester haber visto a hombres de todas las naciones para conocerlos bien; hay que haber sido su víctima para saber apreciarlos; la mano del infortunio, al exaltar el carácter de aquel a quien aplasta, lo pone a la distancia justa a que hay que estar para estudiar a los hombres; los ve desde ahí como el pasajero percibe las olas furiosas romperse contra el escollo sobre el que le ha arrojado la tempestad. Mas, sea cual fuere la situación en que le haya colocado la naturaleza o el destino, si quiere conocer a los hombres, que hable poco cuando está con ellos; no se aprende nada cuando uno habla, uno sólo se instruye escuchando; por eso los charlatanes no son por lo general sino imbéciles.

¡Oh, tú que quieres recorrer esta espinosa carrera!, no pierdas de vista que el novelista es el hombre de la naturaleza; ella lo creó para que fuera su pintor; si no ama a su madre desde que ésta lo trajo al mundo, que no escriba nunca, no lo leeremos; pero si siente esa sed ardorosa de pintar todo, si entreabre con estremecimiento el seno de la naturaleza para buscar allí su arte y para sacar de allí los modelos, si tiene la fiebre del talento y el entusiasmo del genio, que siga la mano que le guía: ha adivinado al hombre, lo pintará; dominado por su imaginación, que ceda a ella, que embellezca lo que se ve; el tonto coge una rosa y la deshoja, el hombre de genio la respira y la pinta: a éste es al que leeremos.

Pero al aconsejarte que embellezcas, te prohíbo apartarte de la verosimilitud: el lector tiene derecho a enfadarse cuando se da cuenta de que quieren exigir demasiado de él; ve que tratan de engañarle, su amor propio sufre; ya no cree nada desde que sospecha que quieren engañarle.

Sin ningún dique por otra parte que te contenga, usa a tu gusto el derecho de atentar contra todas las anécdotas de la historia, cuando la ruptura de ese freno se vuelva necesaria para los placeres que nos preparas: te lo repito una vez más, no se te pide que seas verdadero, sino solamente verosímil; exigir demasiado de ti sería perjudicar los goces que esperamos: no reemplaces, sin embargo, lo verdadero por lo imposible, y que lo que tú inventes esté bien dicho; sólo se te perdonará que pongas tu imaginación en el lugar de la verdad, con la condición expresa de adornar y deslumbrar. Nunca se tiene derecho a decir mal, cuando se puede decir cuanto se quiere; si, como R…, sólo escribes *lo que todo el mundo sabe*, aunque nos dieras, como él, cuatro volúmenes al mes, no merece la pena coger la pluma; nadie te obliga al oficio que haces; mas si lo emprendes, hazlo bien. No lo adoptes, sobre todo, como una ayuda para tu existencia; tu trabajo se resentiría de tus necesidades; le transmitirías tu debilidad; tendría la palidez del hambre; otros oficios hay para ti; haz zapatos, y no escribas libros. No por ello te estimaremos menos y, al no aburrirnos, quizá te querramos más.

Una vez trazado tu esquema, trabaja con ardor para ampliarlo, pero sin encerrarte en los límites que al principio parecía imponerte: te volverías enteco y frío con ese método; son impulsos lo que de ti queremos, no reglas; ve más allá de tus planes, varíalos, auméntalos: sólo trabajando vienen las ideas. ¿Por qué no admites que la que te acucia cuando escribes puede ser tan buena como la dictada por el plan que trazaste? En esencia, sólo exijo de ti una cosa: que sostengas el interés hasta la última página; marras ese objetivo si cortas tu relato con incidentes, o demasiado repetidos, o que no afectan al tema; que los que permitas estén más cuidados aún que el fondo; debes al lector compensaciones cuando le fuerzas a abandonar lo que le interesa para empezar un incidente: puede permitirte que le interrumpas, pero no te perdonará que le aburras. Que tus episodios nazcan siempre del fondo del tema, y que vuelvan a él; si haces viajar a tus héroes, debes conocer bien los países adonde los guías, lleva la magia hasta el punto de identificarme con ellos; piensa que yo paseo a su lado por todas las regiones en que los sitúas, y que, quizá más instruido que tú, no perdonaré ni una inverosimilitud de costumbres, ni un defecto de indumentaria, y menos aún un error de geografía: como nadie te obliga a tales escapadas, es menester que tus descripciones locales sean reales, o que te quedes al amor de la lumbre junto a tu chimenea; es el único caso en tus obras en que no puede tolerarse la invención, a menos que las regiones adonde me transportes sean imaginarias, e, incluso en tal hipótesis, siempre exigiré la verosimilitud.

Evita el amaneramiento de la moral; no es en una novela donde se busca; si los personajes que tu plan necesita están obligados a razonar algunas veces, que

sea siempre sin una afectación, sin la pretensión de hacerlo; nunca es el autor quien debe moralizar, sino el personaje, e incluso a éste sólo se le permite cuando se ve forzado a ello por las circunstancias.

Una vez en el desenlace, que sea natural, nunca forzado, nunca maquinado, sino siempre nacido de las circunstancias; no exijo de ti, como los autores de la *Enciclopedia*, que esté *conforme al deseo del lector*. ¿Qué placer le queda cuando ha adivinado todo? El desenlace debe ser como los acontecimientos lo preparen, como la verosimilitud lo exija, como la imaginación lo inspire, y con estos principios, que dejo a tu inteligencia y a tu gusto ampliar, si no lo haces bien, lo harás al menos mejor que nosotros; pues debemos admitir que en las novelas que van a leerse, el audaz vuelo que nos hemos permitido tomar no siempre esté de acuerdo con la severidad de las reglas del arte; mas esperamos que la extremada verdad de los caracteres quizá las compense. La naturaleza, más extraña de lo que nos la pintan los moralistas, escapa en todo momento a los diques que la política de éstos querría prescribirle; uniforme en sus planes, irregular en sus efectos, su seno, siempre agitado, se parece al hogar de un volcán, de donde brotan unas veces piedras preciosas que sirven para el lujo de los hombres; otras, globos de fuego que los aniquilan; grande, cuando puebla la tierra, tanto de Antoninos como de Titos; horrible, cuando vomita Andrónicos o Nerones; pero siempre sublime, siempre majestuosa, siempre digna de nuestros estudios, de nuestros pinceles y de nuestra respetuosa admiración, porque sus designios nos son desconocidos; porque, esclavos de sus caprichos o de sus necesidades, no debemos regular nuestros sentimientos hacia ella por lo que éstos nos hacen sentir, sino por su grandeza, por su energía, cualesquiera que puedan ser los resultados.

A medida que los espíritus se corrompen, a medida que una nación envejece, gracias a que la naturaleza está más estudiada y mejor analizada, gracias a que los prejuicios se destruyen mejor, es preciso darlos más a conocer. Esta ley es la misma para todas las artes; sólo avanzando se perfeccionan; sólo mediante ensayos llegan a la meta. Sin duda, no era preciso ir tan lejos en esos tiempos horribles de ignorancia en que, agobiados por las cadenas religiosas, se castigaba con la muerte a quien quería apreciarlas, en que las hogueras de la Inquisición llegaban a ser el premio del talento; mas en nuestro actual estado partimos siempre del siguiente principio: cuando el hombre ha sopesado todos sus frenos, cuando con una mirada audaz su ojo mide sus barreras, cuando, a ejemplo de los Titanes[50], osa llevar hasta el cielo su audaz mano y, armado de sus pasiones como aquéllos lo estaban de las lavas del Vesubio[51], no teme ya declarar la guerra a quienes antaño le hacían temblar, cuando sus extravíos mismos sólo le parecen legitimados por sus estudios, ¿no se le debe hablar entonces con la misma energía

que él mismo emplea para guiarse? En una palabra, ¿el hombre del siglo XVIII es acaso el del XI?

Terminemos con una afirmación positiva: las novelas que hoy damos son absolutamente nuevas y en absoluto bordadas sobre temas conocidos. Esta cualidad tiene quizá cierto mérito en un tiempo en que todo parece estar *hecho*, en que la imaginación agotada de los autores no parece que ya pueda nada nuevo, y en que no se ofrecen al público más que complicaciones, extractos o traducciones.

Sin embargo, *La torre encantada* y *La conspiración de Amboise* tienen algunos fundamentos históricos. Por la sinceridad de nuestras confesiones se ve cuán lejos estamos de querer engañar al lector; hay que ser original en este género, o no meterse en él.

He aquí lo que en una y otra de estas novelas se puede encontrar en las fuentes que indicamos.

El historiador árabe Abu-coecim-terif-aben-tariq[4], escritor bastante poco conocido por nuestros literatos del día, refiere lo que sigue a propósito de *La torre encantada*: «Rodrigo, príncipe afeminado, atraía a su corte, por motivos voluptuosos, a las hijas de sus vasallos, y abusaba de ellas. De este número fue Florinda, hija del conde Julián. La violó. Su padre, que estaba en África, recibió la noticia en una carta alegórica de su hija; sublevó a los moros, y volvió a España a su cabeza. Rodrigo no sabe qué hacer, no hay fondos en sus tesoros, en ninguna parte; va a registrar la Torre encantada, junto a Toledo, donde le dicen que debe de haber sumas inmensas; penetra en ella, y ve una estatua del Tiempo que golpea con su maza y que, mediante una inscripción, anuncia a Rodrigo todos los infortunios que le aguardan; el príncipe avanza, y ve una gran tina de agua, pero no dinero. Vuelve sobre sus pasos; manda cerrar la torre; un rayo acaba con el edificio: sólo quedan de él vestigios. El rey, pese a estos funestos pronósticos, reúne un ejército, se bate ocho días cerca de Córdoba, y es muerto sin que su cuerpo pueda ser hallado».

Eso es lo que nos ha proporcionado la historia; léase ahora nuestra obra y véase si la multitud de acontecimientos que hemos añadido a la sequedad de ese hecho merece que consideremos la anécdota como propia[5].

En cuanto a *La conspiración de Amboise*, léase en Garnier, y se verá cuán poco nos ha prestado la historia.

Ninguna guía nos ha precedido en las demás novelas; fondo, narración, episodios, todo es nuestro. Quizá no sea de lo más afortunado; ¡qué importa!, siempre hemos creído, y nunca dejaremos de estar convencidos de ello, que vale más inventar, aunque sea débil, que copiar o traducir; uno tiene la pretensión del genio, y cuando menos es una pretensión; ¿cuál puede ser la del plagiario? No conozco oficio más bajo, no concibo confesiones más humillantes que esas a las que ciertos hombres se ven forzados al confesarse a sí mismos que deben de carecer de ingenio, ya que están obligados a tomar prestado el de los demás.

Respecto al traductor, no quiera Dios que le quitemos su mérito; pero no hace sino exaltar a nuestros rivales; y aunque sólo sea por el honor de la patria, ¿no vale más decir a esos altivos rivales: *También nosotros sabemos crear?*

Finalmente, debo responder al reproche que me hicieron cuando apareció *Aline et Valcour*. Según dicen, mis pinceles son demasiado fuertes: presto al vicio trazos demasiado odiosos. ¿Quiere saberse la razón? No pretendo hacer amar el vicio; no tengo, como Crébillon y como Dorat, el peligroso proyecto de lograr que las mujeres amen a los personajes que las engañan; quiero, por el contrario, que los detesten; es el único medio que puede impedirles ser sus víctimas; y para lograrlo, he pintado tan espantosos a mis héroes que siguen la carrera del vicio que, desde luego, no inspirarán piedad ni amor. Me atrevo a decir que, en esto, soy más moral que quienes se creen autorizados a embellecerlos; las perniciosas obras de tales autores se parecen a esos frutos de América que, bajo el colorido más brillante, llevan la muerte en su seno; esa traición de la naturaleza, cuyo motivo no nos corresponde descubrir, no está hecha para el hombre. Nunca, repito, nunca pintaré el crimen bajo otros colores que los del infierno; quiero que se lo vea al desnudo, que se le tema, que se le deteste, y no conozco otra forma de conseguirlo que mostrándolo con todo el horror que lo caracteriza. ¡Ay de aquellos que lo rodean de rosas! Sus miras no son tan puras, y no los copiaré jamás. Que no se me atribuya, por tanto, según esos sistemas, la novela de J…[52]; nunca escribí obras semejantes ni las escribiré nunca; sólo imbéciles o malvados pueden sospechar o acusarme incluso de ser su autor, pese a la autenticidad de mis negativas, y el más soberano desprecio será en adelante la única arma con que combatiré sus calumnias.

JULIETTE Y RAUNAI

O

LA CONSPIRACIÓN DE AMBOISE

Novela histórica

No bien hubo devuelto la paz de Cateau-Cambrésis a Francia, en 1559[53], la tranquilidad de que la privaba desde hacía casi treinta años una multitud innúmera de enemigos, cuando disensiones intestinas, más peligrosas que la guerra, vinieron a acabar de perturbar su seno. La diversidad de cultos que en ella reinaba, los celos, la ambición de la excesiva cantidad de héroes que en ella florecía, la escasa energía del gobierno, la muerte de Enrique II, la debilidad de Francisco II, todas estas causas permitían, en fin, presumir que si los enemigos dejaban respirar a Francia, pronto alumbraría ella misma un incendio interior tan fatal como las perturbaciones que acababan de desgarrarla en el exterior.

Felipe II, rey de España, tenía deseos de paz; sin preocuparse por tratar con los Guise, se prestó a acuerdos relativos al rescate del condestable de Montmorency, a quien había hecho prisionero en la jornada de San Quintín, a fin de que este primer oficial de la corona pudiera trabajar con Enrique II en una paz deseada por todas las potencias.

Así pues, encontrándose el duque de Guise y el Condestable dispuestos a luchar por el crédito y la consideración, desearon, antes de emplear sus fuerzas, apuntalarlas mediante alianzas que las consolidasen. Desde el fondo de su prisión y actuando con estas miras, el Condestable había casado a Damville, su segundo hijo, con Antoinette de la Mark, nieta de la célebre Diana de Poitiers[54], en ese entonces duquesa de Valentinois, que lo dirigía todo en la corte de Enrique, su amante.

Por su parte, los Guise concluyeron con igual propósito el matrimonio de Carlos III, duque de Lorena, y jefe de su casa, con Madame Claude, segunda hija del rey[6][55].

Enrique II deseaba la paz con tanto ardor por lo menos como el rey de España. Príncipe suntuoso y galante, hastiado de guerras, temeroso de los Guise,

deseoso de recuperar al Condestable, al que quería tiernamente, y de trocar, por fin, los laureles inciertos de Marte por las guirnaldas de mirtos y rosas con que le gustaba coronar a Diana, puso todo en marcha para acelerar las negociaciones: fueron concluidas.

Antonio de Bourbon, rey de Navarre[56], había podido enviar, en su nombre, ministros al congreso; los que había diputado se habían visto obligados, para ser oídos, a encargarse de las comisiones del rey de Francia; Antonio no se consolaba de esa afrenta: era el Condestable quien había hecho la paz, entraba triunfante en la corte, iba a ella con la intención de tomar de nuevo las riendas del gobierno; los Guise le acusaban de haber acelerado unas negociaciones que, cierto, rompían sus cadenas, pero que estaban muy lejos de ofrecer a Francia motivos para congratularse: éstos eran los principales personajes de la escena, éstas eran las razones secretas que, animando a unos y otros, encendían sordamente la chispa de odios que iban a producir las horribles catástrofes de Amboise.

Ya se ve: la envidia, la ambición, he ahí las causas reales de disturbios en los que el interés de Dios no fue más que pretexto. ¡Oh, religión[57]! Hasta qué punto te respetan los hombres; cuando tantos horrores emanan de ti, ¿no puede sospecharse por un momento que no eres entre nosotros sino el manto bajo en el que se envuelve la Discordia cuando quiere destilar su veneno sobre la tierra? ¡Cómo! Si existe un Dios, ¿qué importa la forma en que los hombres le adoren? ¿Son virtudes o ceremonias lo que exige? Si no quiere de nosotros más que corazones puros, ¿puede ser honrado mejor por un culto que por otro cuando la adopción del primero en lugar del segundo debe costar tantos crímenes a los hombres?

Nada igualaba por entonces el sorprendente avance de las reformas de Lutero y de Calvino; los desórdenes de la corte de Roma, su intemperancia, su ambición, su avaricia habían forzado a esos dos ilustres sectarios a mostrar a una Europa sorprendida cuántas trapacerías, artimañas e indignos fraudes había en el seno de una religión que se suponía proceder del Cielo. Todo el mundo abría los ojos, y la mitad de Francia había sacudido ya el yugo romano para adorar al Ser supremo, no como osaban prescribirlo unos hombres perversos y corrompidos, sino como parecía enseñarlo la naturaleza.

Concluida la paz, y no teniendo los poderosos rivales de que acabamos de hablar otras preocupaciones que envidiarse y destruirse, no dejaron de apelar al culto en ayuda de la venganza, ni de armar las peligrosas manos del odio con la espada sagrada de la religión. El príncipe de Condé apoyaba al partido de los Reformados en el corazón de Francia; Antonio de Bourbon, su hermano, lo

protegía en el Sur; el Condestable, ya viejo, se batía débilmente, pero los Châtillons, sus sobrinos, actuaban con menos freno. En muy buenos términos con Catalina de Médicis, hubiera podido creerse, más tarde, que la había templado mucho sobre las opiniones de los Reformados y que poco faltaba para que esta reina las adoptase en el fondo de su alma. En cuanto a los Guise, que estaban en la corte, favorecían esa creencia; el cardenal de Lorena, hermano del duque, ligado a la Santa Sede, ¿podía no apoyar sus derechos? En tal estado de cosas, sin osar desgarrarse aún entre sí, andaban por las ramas, atacaban mutuamente a las criaturas del partido opuesto y, para satisfacer sus pasiones particulares, seguían inmolando algunas víctimas.

Aún vivía Enrique II: le hicieron ver que faltaba mucho para que el Parlamento estuviese en condiciones de juzgar los asuntos de los Reformados condenados a muerte por el edicto de Écouen, puesto que la mayoría de los miembros de esa institución eran del partido que desagradaba a la corte. El rey se traslada a palacio, ve que no le han engañado; los consejeros Dufaur, Dubourg, Fumée, Laporte y de Foix son detenidos, el resto escapa. Roma se vuelve más agria en lugar de aplacarse, Francia está llena de inquisidores, el cardenal de Lorena, órgano del Papa, apresura la condena de los culpables; Dubourg pierde la cabeza en un cadalso; desde ese momento todo se altera, todo se inflama; Enrique muere; Francia sólo es regida ahora por una italiana poco amada, por extranjeros a los que se detesta y por un monarca lisiado de apenas dieciséis años; los enemigos de los Guise creen estar a un paso del triunfo; el odio, la ambición y la envidia, siempre a la sombra de los altares, se jactan de actuar sobre seguro. El Condestable, la duquesa de Valentinois no tardan en ser alejados de la corte; el duque, el cardenal son puestos al frente de todo; y las Furias vienen a agitar sus culebras sobre este desgraciado país apenas salido de una guerra pertinaz en la que sus ejércitos y sus finanzas casi estaban completamente exhaustas.

Por horroroso que sea este cuadro, era necesario trazarlo antes de ofrecer el episodio de que se trata. Antes de levantar las horcas de Amboise, había que mostrar las causas que las elevaban… Era preciso hacer ver qué manos las rociaban de sangre, con qué pretextos osaban cubrirse, finalmente, los instigadores de estas revueltas.

En Blois todo estaba en la tranquilidad más perfecta cuando una multitud de diferentes avisos vino a despertar la atención de los Guise: un correo, cargado de despachos secretos y relativos a las circunstancias, fue asesinado a las puertas de Blois; otro procedente de la Inquisición, dirigido al cardenal de Lorena, corre más o menos la misma suerte; España, los Países Bajos, varias cortes de Alemania

advierten a Francia que se trama una conspiración en su seno; el duque de Saboya advierte que los refugiados de sus Estados hacen frecuentes asambleas, que se proveen de armas, de caballos, y publican en voz alta que dentro de poco tanto sus personas como su culto serán restablecidos en Francia.

En efecto, La Renaudie, uno de los jefes protestantes más valiente y animoso, daba entonces un paso que debía poner sobre aviso: recorría toda Europa recabando opiniones, dándolas, inflamando las cabezas y diciéndose seguro de una revolución próxima. De vuelta en Lyon, dio cuenta a los demás jefes del éxito de su viaje, y fue allí donde se tomaron las últimas medidas, fue allí donde se acordó poner todo a punto para comenzar las operaciones en primavera. Escogieron Nantes por ciudad de asamblea, y, tan pronto como todo el mundo se hubo dirigido a ella, La Renaudie, en casa de La Garai, gentilhombre bretón, arengó a sus hermanos y recibió de ellos promesas auténticas de emprender lo que fuera necesario para obtener del rey el libre ejercicio de su religión, o de exterminar a quienes se opusieran, empezando por los Guise[58]. En esa misma asamblea se decidió que La Renaudie dirigiría en nombre del jefe, al que no se nombraba para nada, un cuerpo de tropas compuesto por quinientos gentilhombres a caballo y por mil doscientos hombres de infantería, reclutados en todas las provincias de Francia, no para atacar, sino para defenderse. A este cuerpo fueron agregados treinta capitanes, que tenían orden de encontrarse en los alrededores de Blois el 10 de marzo siguiente de 1560. Luego se repartieron las provincias; el barón de Castelnau, uno de los más ilustres de la facción, y cuyas aventuras vamos a contar, tuvo por departamento la Gascuña; Mazères, el Béarn; Mesmi, el Perigord y el Limousin; Maille-Brézé, el Poitou; Mirebeau, la Saintonge; Coqueville, la Picardía; Ferrière-Maligni, la Champagne, la Brie y la Île-de-France; Mouvans, la Provenza y el Delfinado; y Château-Neuf, el Languedoc. Citamos estos nombres para mostrar quiénes eran los jefes de esta empresa y los rápidos progresos de esa Reforma que cometía la inepta barbarie de creerse digna de los mismos suplicios que el asesinato o el parricidio: tamaña intolerancia estaba de moda por entonces.

Sea como fuere, todo se tramaba con tanto misterio, o los Guise estaban tan mal informados, que, pese a los avisos que recibían de todas partes, estaban a punto de ser sorprendidos en Blois, e iban a serlo probablemente de no ser por una traición. Pierre des Avenelles, abogado, a cuya casa de París había ido La Renaudie a alojarse, aunque era protestante descubrió todo al duque de Guise. Temblaron. El canciller Olivier reprochó a los dos hermanos una seguridad en la que no hubieran estado de haber escuchado sus consejos. Catalina tembló, e inmediatamente abandonaron Blois, cuya posición no pareció bastante segura, para dirigirse al castillo de Amboise, que, plaza de primer orden antaño, parecía suficiente para

poner a la corte al abrigo de un golpe de mano. Una vez allí, celebraron consejo; se hizo lo que Carlos XII de Suecia decía de Augusto, rey de Polonia, que, pudiendo prenderle, le había dejado escapar e inmediatamente había reunido su consejo. *Delibera hoy*, decía Carlos, *sobre lo que habría debido hacer ayer*. Lo mismo ocurrió en Amboise. El cardenal pretendía, con fervor papista, exterminar todo. Era el único argumento de Roma[59]. El duque, más político, pensó que se perdería a mucha gente siguiendo la opinión de su hermano, y que no se descubriría nada. Más valía, según él, arrestar a la mayor cantidad posible de jefes, y obtener de ellos, a la vista de los tormentos, la confesión de tantas maniobras sordas y misteriosas, cuyas causas y autores era más esencial descubrir que degollar, sin oírles, a los que sostenían unas y servían a otros.

Prevaleció esta opinión. Catalina nombró inmediatamente al duque de Guise teniente general de Francia, pese a la oposición del canciller que, demasiado sensato para no vislumbrar los peligros de una autoridad tan amplia, sólo quiso sellar las patentes a condición de que se limitaran únicamente al momento de los disturbios.

El duque de Guise sospechaba de los Châtillons; si por desgracia estaban a la cabeza de los protestantes, el partido del rey tendría todo que temer. Sabiendo a estos sobrinos del Condestable en buenos términos con la reina, incitó a Catalina a sondearlos. El almirante de Coligny no ocultó los riesgos que había si se continuaba empleando con los protestantes el rigor de que hacían gala los Guise; dijo que «debían saber que los suplicios y la vía de las coacciones eran más apropiados para rebelar a los espíritus que para devolverlos al camino recto; que, por lo demás, podrían contar seguramente con sus hermanos, y que respondía a la reina de que ellos y él estarían, en todo tiempo, dispuestos a dar al soberano las mayores pruebas de su celo».

A estos testimonios satisfactorios unió el consejo de un edicto que tolerase la libertad de conciencia; aseguró que sería el único medio de calmarlo todo. Tal opinión fue aceptada; el edicto se publicó; otorgaba una amnistía general a todos los Reformados, exceptuando aquellos que, so pretexto de religión, conspiraran contra el gobierno.

Pero todo esto llegaba demasiado tarde. Desde el 11 de marzo, los protestantes estaban reunidos a muy poca distancia de Blois. Al no encontrar ya la corte donde la creían, comprendieron fácilmente que habían sido traicionados. Sin embargo, los preparativos estaban hechos; al no considerar apropiado hacer retroceder a los distintos cuerpos esperados, no quisieron admitir más demoras en

la empresa que los pocos días necesarios para acercarse a Amboise y reconocer los alrededores. Condé acababa de llegar a esta ciudad; al entrar en ella le había sido fácil ver que se sospechaba vivamente de él; creyó encubrirse con palabras que a nadie engañaron. Fingió parecer más interesado que nadie en la extinción de los protestantes, y con esta argucia poco natural no satisfizo en absoluto al partido del rey y se hizo sospechoso al suyo.

Sin embargo, las disposiciones del partido opuesto continuaban poniéndose en práctica con energía. El barón de Castelnau-Chalose, que se acercaba camino de Tours con las tropas de la provincia que le había tocado, tenía consigo dos personajes de quienes es hora de dar idea: el uno era Raunai, joven héroe de rostro encantador, lleno de inteligencia, de ardor y de celo; era el que mandaba tras el barón; el otro era la hija de ese primer jefe, de la que Raunai estaba apasionadamente enamorado desde la infancia.

Juliette de Castelnau, de veinte años de edad, era la imagen de Belona; alta, hecha como las Gracias, de rasgos nobles, con los cabellos castaños más hermosos, de grandes ojos negros llenos de elocuencia y de vivacidad, de andar altivo, rompiendo una lanza, llegado el caso, como el guerrero más bravo de la nación, sirviéndose de todas las armas entonces en uso con tanta destreza como agilidad, arrostrando las estaciones, afrontando los peligros, valiente, llena de ingenio, emprendedora, de carácter altanero, firme, pero franco, incapaz de engaño, y con un celo superior a todo en favor de la religión protestante, es decir, por la de su padre y la de su amado. Esta heroína no había querido separarse nunca de dos objetos[60] tan queridos, y el barón, conocedor de su habilidad, de su inteligencia infinita, convencido de que podría resultar útil en las operaciones, había consentido en verla compartir los peligros. Por otra parte, ¿no debía estar mucho más seguro de Raunai si este joven guerrero, combatiendo ante los ojos de su amada, tenía por recompensa los laureles que aquella hermosa joven le prepararía cada día?

Con el propósito de reconocer los alrededores, Castelnau, Juliette y Raunai se habían adelantado una mañana, seguidos de muy poca gente armada, hasta uno de los arrabales de la ciudad de Tours. El conde de Sancerre, destacado de Amboise, acababa de levantar sus cuarteles cuando le dijeron que cerca había algunos protestantes. Vuela al arrabal indicado y, penetrando deprisa en el alojamiento del barón, le pregunta qué viene a hacer a la ciudad… qué razón le trae a ella con soldados, y si ignora que está prohibido portar armas. Castelnau responde que va a la corte por asuntos de los que no tiene que dar cuenta a nadie, y que, si fuera cierto que le guiaban motivos de rebelión, no estaría su hija con él.

Sancerre, poco satisfecho con esta respuesta, se ve obligado a cumplir sus órdenes. Ordena a sus soldados detener al barón; pero éste, abalanzándose sobre sus armas y ayudado sólo por Juliette y Raunai, se libra pronto de la poca gente que le opone el conde. Los tres escapan; y Sancerre, prefiriendo, en este caso, la sabiduría y la prudencia al valor que por lo general le distinguía, Sancerre, que sabe que, en los disturbios internos, la victoria pertenece sobre todo a quien ahorra sangre en vez de al imprudente que la prodiga, se vuelve sin vergüenza a Amboise para dar cuenta a los Guise de su poco éxito.

Sancerre, viejo oficial lleno de méritos, amigo de los Guise, pero franco, leal, lo que se dice un verdadero francés, no se había preocupado tanto de su expedición como para no haber tenido tiempo de reparar en los atractivos de Juliette. Hizo de ellos los mayores elogios al duque. Tras haber descrito la nobleza de su figura y los encantos de su rostro, la alabó por su valor; la había visto en medio del fuego defenderse, atacar sin evitar los peligros que la amenazaban salvo para crearlos a su alrededor, y esa valentía poco común hacía probablemente más interesante a una mujer que añadía a todas las gracias de su sexo unas virtudes que tan raramente se le unían.

El señor de Guise, curioso por ver a esta sorprendente mujer, concibió inmediatamente dos proyectos para atraerla a Amboise, hacerla prisionera, o sacar partido de la declaración del barón de Castelnau y mandar a decirle que, después de haber asegurado a Sancerre que no tenía otra intención que hablar con el rey, podía venir en total seguridad. Prefiere adoptar este último partido. El duque escribe. Un hombre hábil es encargado de la gestión; precedido de una trompeta, avanza con las formalidades ordinarias y entrega su misiva al barón, en el castillo de Noisai, donde se había alojado con las tropas de Gascuña y de Béarn, mandadas para la expedición de Amboise. Por más precauciones que se tomaron con el emisario del duque, a éste le fue fácil ver que había mucha gente en Noisai; dio cuenta de ello a su regreso, y pronto veremos lo que resultó.

El barón de Castelnau, resuelto a aprovechar la proposición del duque, tanto para disimular sus proyectos como para procurarse, al actuar como iba a hacerlo, una correspondencia segura en Amboise, respondió honradamente que la mayor prueba que podía dar de su obediencia y sumisión era enviar lo que más caro le era en el mundo; que, hallándose personalmente en la imposibilidad de dirigirse a Amboise, a causa de una herida que había recibido en la escaramuza de Tours, enviaba a la reina a Juliette, hija suya, portadora en su nombre de un memorial en el que reclamaba el edicto de tolerancia que acababa de publicarse, y permiso, para sus cofrades y para él, de profesar su culto en paz.

Juliette parte provista de instrucciones secretas y de cartas particulares para el príncipe de Condé. No sin dolor había adoptado el plan: cuanto la separaba de su padre y de su amado era siempre tan penoso para ella que, por valiente que fuese, nunca se decidía a ello sin lágrimas. El barón prometió a su hija atacar cuatro días más tarde la ciudad de Amboise si las negociaciones que ella iba a emprender resultaban infructuosas; y Raunai juró de rodillas ante su amada derramar toda su sangre por ella si se le faltaba al respeto o la fidelidad.

La señorita de Castelnau llega a Amboise; allí es recibida honorablemente, y, tras parar en casa de Sancerre, como habían convenido, se hace conducir al punto a casa del duque de Guise, le suplica que mantenga su palabra y que le proporcione inmediatamente ocasión de arrojarse a los pies de Catalina de Médicis para presentarle las súplicas de su padre.

Pero Juliette no pensaba que poseyese encantos que podían hacer olvidar muchos compromisos. Lo primero que M. de Guise olvidó, al verla, fue la promesa contenida en sus despachos al barón; seducido por tantas gracias, su corazón se abrió a las trampas del amor y, junto a Juliette, el duque sólo pensó en adorarla.

Empezó reprochándole con dulzura haberse defendido contra las tropas del rey, y le dijo amablemente que, cuando se estaba tan seguro de vencer, era doblemente punible el proyecto de rebelión. Juliette se ruborizó; aseguró al duque que su padre y ella estaban muy lejos de haber sido los primeros en tomar las armas; y que creía que a todo el mundo le estaba permitido defenderse cuando uno es injustamente atacado. Renovó sus más vivas instancias para obtener permiso de ser presentada a la reina. El duque, que quería conservar en Amboise el mayor tiempo posible al conmovedor objeto de su nueva pasión, le dijo que sería difícil hasta dentro de unos días. Juliette, que preveía lo que iba a emprender su padre si ella no tenía éxito, insistió. El duque se mantuvo firme, y la mandó a casa del conde de Sancerre, asegurándole que la avisaría en cuanto pudiera hablar con Médicis.

Nuestra heroína aprovechó esta demora para examinar secretamente la plaza y para entregar sus cartas al príncipe de Condé, que, más circunspecto que nunca en Amboise, y no haciendo otra cosa que disimular, recomendó a Juliette, en interés común, evitarle cuanto pudiera y ocultar sobre todo, con el mayor cuidado, que le hubiesen encargado de alguna negociación con él. Contando con la palabra del duque, Juliette mandó decir a su padre que contemporizase. El barón la creyó, e hizo mal. Mientras tanto, La Renaudie, cuyo fervor y actividad hemos visto anteriormente, perdió por desgracia la vida en el bosque de Chateau-Renaud[7]. Se

encontró todo en los papeles de La Bigne, su secretario; y el duque, más al corriente desde entonces sobre la realidad de los proyectos del barón de Castelnau, convencido de que las gestiones de Juliette no eran más que un juego, con el designio, más que nunca, de conservarla a su lado, se decidió finalmente a obligarla a explicarse y a no actuar en favor o en contra de su padre, sino en razón de lo que respondiese la hija. La manda llamar:

—Juliette —le dice con aire sombrío—, cuanto acaba de ocurrir me convence suficientemente de que las disposiciones de vuestro padre están muy lejos de ser aquellas cosas con las que os ha pedido que me convenzáis; los papeles de La Renaudie nos lo dicen. ¿Para qué me serviría presentaros a la reina? ¿Y qué osarías decir a esa princesa?

—Señor duque —responde Juliette—, no imaginaba que la fidelidad de un hombre que ha servido tan bien bajo vuestras órdenes, que ha estado en muchos combates a vuestro lado, y cuyos sentimientos y valor debéis conocer, pudiera volverse nunca sospechosa para vos.

—Las nuevas opiniones han corrompido las almas; ya no reconozco el corazón de los franceses; todos han cambiado de carácter al adoptar esos errores culpables.

—No imaginéis nunca que por haber liberado vuestro culto de todas las inepcias con que viles impostores osaron mancillarla, hemos de volvernos nosotros menos susceptibles con virtudes que nos vienen de la naturaleza. La primera de todas en el corazón de un francés es el amor a su país: no se pierde, señor, esa sublime virtud por haber llevado a mayor candor y sencillez la manera de servir al Eterno.

—Conozco todos vuestros sofismas, Juliette; bajo esas falsas apariencias de virtudes disimuláis todos los vicios más de temer en un Estado; y en este momento sabemos que no pretendéis nada menos que derribar la administración actual, coronar a uno de vuestros jefes y trastornarlo todo en Francia.

—Perdonaría esos prejuicios a vuestro hermano, señor: alimentado en el seno de una religión que nos detesta, recibiendo una parte de sus honores del jefe de esa religión que nos proscribe, debe juzgarnos según su corazón… Pero vos, señor duque, vos que conocéis a los franceses, vos que los habéis mandado en los campos de la gloria, ¿podéis imaginar que la negativa a admitir tal o cual opinión pueda apagar alguna vez en ellos el amor a la patria? ¿Queréis ganaros a esos

valientes, lo queréis de verdad? Mostraos más humano y más justo; usad vuestra autoridad para hacerlos felices, y no para derramar la sangre de aquellos cuyo único error es pensar de modo diferente a vos. *Convencednos, señor, y no nos asesinéis*: que nuestros ministros puedan razonar con vuestros pastores, y el pueblo, esclarecido por estas discusiones, se volverá sin necesidad de coaccionarlo hacia los mejores argumentos. El peor de todos es un cadalso; la espada es el arma de quien no tiene razón, es el recurso común de la ignorancia y de la estupidez; hace prosélitos, inflama el celo y no convence nunca: sin los edictos de los Nerones, de los Dioclecianos, la religión cristiana aún sería ignorada en la tierra. Una vez más, señor duque, estamos dispuestos a abandonar los signos de lo que llamáis rebelión; pero si es con verdugos como quieren inspirarnos opiniones absurdas y que sublevan al sentido común, no nos dejaremos degollar como animales lanzados a la arena; nos defenderemos contra nuestros perseguidores; respetando a la patria, acusaremos a sus jefes por su ceguera, y siempre dispuestos a derramar nuestra sangre por ella, cuando no vea en nosotros más que hermanos, no ofreceremos a sus ojos más que hijos y soldados[8].

Estas palabras, pronunciadas con voz firme y actitud resuelta, apoyadas por las nobles gracias de aquella interesante[61] joven, terminaron por inflamar al duque; pero, tratando de ocultar su turbación bajo las apariencias de un rigor fingido, dijo a Juliette:

—¿Sabéis que vuestras palabras, vuestra conducta… mi deber, en una palabra, me obligarían a enviaros a la muerte? ¿Olvidáis, imperiosa criatura, que sólo a mí corresponde castigar?

—Con la misma facilidad, señor duque, con que sólo a mí corresponde despreciaros si abusáis de la confianza que me habéis inspirado por vuestra carta a mi padre.

—No hay juramento sagrado con quienes son condenados por la Iglesia.

—¡Y queréis que abracemos los sentimientos de una Iglesia, una de cuyas primeras leyes es, según vos, autorizar todos los crímenes, legitimando el perjurio!

—Juliette, ¿olvidáis con quién estáis hablando?

—Con un extranjero, lo sé. Un francés no me obligaría a las respuestas a que vos me forzáis.

—Ese extranjero es el tío de vuestro rey; es su ministro, y vos le debéis todo

por esos títulos.

—Que los adquiera en mi estima, y no me reprochará que le falto.

—Yo los desearía en vuestro corazón —dijo el duque, turbándose aún más y consiguiendo ocultarse cada vez menos—: Sólo a vos correspondería otorgármelos. Cesad de ver en el duque de Guise un juez tan severo como suponéis, Juliette; ved más bien a un amante devorado por el deseo de agradaros y por la necesidad de serviros.

—¿Vos… amarme? ¡Justo cielo! ¿Y qué pretensiones podéis haceros sobre mí, señor? Estáis encadenado por los lazos del himeneo, y yo lo estoy por las leyes del amor.

—La segunda dificultad es más horrible que la primera; quizá yo hiciera por vos muchos sacrificios… pero vos estaríais lejos de querer imitarme.

—¿Olvida el señor duque que le he suplicado que me facilite hablar con la reina, y que sólo con esa intención me ha permitido mi padre venir a Amboise?

—¿Olvida Juliette que su padre es culpable y que me basta dar una orden para que hoy mismo sea encadenado?

—Me retiraré, pues, si lo permitís, señor; porque supongo que no abusaréis del derecho de gentes hasta el punto de retenerme aquí a pesar mío, cuando he venido gracias sólo a un salvoconducto vuestro.

—No, Juliette, estáis libre; sólo yo no lo soy ante vos… Vos sois libre, Juliette; pero os lo repito por última vez… os adoro… soy todo vuestro… no habrá nada que no emprenda… O mi amor o mi venganza… elegid… Os dejo para que penséis.

Juliette volvió a casa del conde de Sancerre; como le tenía por un valiente militar, incapaz de cobardía o de traición, no le ocultó lo que acababa de ocurrir. Sorprendió hasta el infinito a este general, dispuesto a arrepentirse de haberse mezclado en la negociación. Juliette preguntó al conde si en una circunstancia tan horrible no sería mejor volver junto al barón de Castelnau. El señor de Sancerre no se atrevió a aconsejarle nada por miedo a enfurecer al duque de Guise; pero le dijo que lo mejor sería pedir permiso expreso, bien al duque, bien al cardenal. Mademoiselle de Castelnau, muy enfadada por haber ido a dejarse coger en semejante trampa, se dirigió al príncipe de Condé, quien, sublevado por el

comportamiento del duque, le prometió avisar inmediatamente al barón de cuanto ocurría.

Pero mientras tanto, viendo de sobra el duque de Guise que sólo conseguiría vencer la resistencia de Juliette adquiriendo sobre ella un poder lo suficientemente grande como para privarla de poder negarse, aprovechando los conocimientos que cada día adquiría sobre la fuerza y la conducta de los Reformados, adoptó la resolución de atacar al barón de Castelnau en su cuartel de Noisai. Estaba seguro de que, si conseguía apoderarse de ese jefe, su hija se rendiría en ese mismo instante. Jacques de Savoie, duque de Nemours, uno de los más decididos y mejores capitanes del partido de los Guise, fue encargado al punto de la expedición, y el duque le recomienda por encima de todo no herir ni matar a Castelnau, sino traerle vivo a Amboise, porque, al ser uno de los principales jefes del partido opuesto, esperaban de él las informaciones más serias.

Nemours parte, rodea Noisai, se muestra con tales fuerzas que Castelnau ve la imposibilidad de defenderse; por otra parte, ¿se atrevería a ello en la clase de negociación que ha fingido iniciar, y sabiendo todavía en manos de los Guise a su querida Juliette, que cada día le manda decir que contemporice? Castelnau propone una conferencia; Nemours la concede y pregunta al barón, tan pronto como le ve, cuál es el objeto de aquellas disposiciones militares, cómo ha podido nacer en la mente de un hombre valiente como él acercarse a la corte con las armas en la mano, y renunciar, con este imprudente paso, a la gloria de que siempre había gozado la nación francesa de ser, entre todas las de Europa, la más fiel a la patria. Castelnau responde que lejos de renunciar a esa gloria, trabaja por merecerla, que la mayor prueba de su sumisión es la gestión que ha hecho enviando a su única hija a postrarse a las rodillas de la reina, que un súbdito que se rebela raramente actúa de esta manera.

—Pero ¿para qué las armas? —dice Nemours.

—Esas armas —replicó el barón— sólo están destinadas a abrirnos camino hasta el trono, están hechas para vengarnos de quienes quieren prohibirnos ese acceso; que no nos lo cierren, y llegaremos hasta ella con el olivo en la mano.

—Si eso es cuanto deseáis —dice Nemours—, entregadme esas inútiles espadas y yo me ofrezco a satisfaceros… Yo me encargo de llevaros ante el rey.

El barón acepta, entregan todo, parten para el cuartel real; y pese a Nemours, que reclama en voz alta ante los Guise la palabra que ha dado a esas

valientes personas, es en el fondo de los calabozos de Amboise donde cometen la infamia de recibirlos.

Afortunadamente Raunai, destacado en aquel momento, no estaba en el castillo de su general cuando ocurrió todo; pareciéndole inútil volver allí solo, fue a reunirse con Champs, con Coqueville, con Lamotte, con Bertrand-Chaudieu, que dirigían las milicias de la Île-de-France, e, Imaginando el peligro que el barón y Juliette corrían verosímilmente en Amboise, animó a estos capitanes a la venganza, y los decidió a una tentativa cuyo resultado pronto sabremos.

Juliette no tardó en saber la desventurada suerte de su padre; no dudó un momento de que ella era la causa del indigno proceder del duque de Guise.

—¡El muy bárbaro! —exclamó ante el conde de Sancerre, lo bastante generoso para recibir sus lágrimas y compartirlas—, ¿cree que quitándome lo que para mí es más precioso, me forzará a la ignominia que exige?… ¡Ah! Yo le demostraré quién es Juliette; le haré ver que sabe morir o vengarse, pero que es incapaz de mancillarse con oprobios.

Furiosa, vuela ante el duque de Guise.

—Señor —le dijo altiva—, yo imaginaba que la grandeza y la nobleza del alma debían guiar en todas sus acciones a quienes el Estado encarga el cuidado de dirigirlo, y que, en una palabra, los resortes de un gobierno sólo se confiaban en manos de la virtud. Mi padre me envía a vos para negociar su justificación: no sólo me cerráis las avenidas del trono, no sólo impedís que pueda hacerme oír, sino que aprovecháis este instante para sumir a mi desventurado padre en una horrorosa prisión. ¡Ah!, señor duque, quienes, como él, han derramado a vuestro lado su sangre por la patria, merecían a mi parecer más consideraciones[62]. Así pues, para eludir mi primera petición, ¿me obligáis a hacer otra, y me precipitáis en nuevas desgracias para apagar en mí el recuerdo de las primeras? ¡Ah!, señor, el rigor, siempre vecino de la injusticia y de la crueldad, debilita las almas, las priva de la energía que recibieron de la naturaleza y, en consecuencia, del gusto por las virtudes, y entonces el Estado, en lugar de la gloria de dirigir a unos hombres libres arrastrados hacia él por el corazón, sólo tiene bajo su verga de hierro esclavos que lo aborrecen.

—Vuestro padre es culpable, Juliette; ahora es imposible hacerse ilusiones sobre su conducta; han encontrado el castillo en que estaba lleno de armas y municiones; en una palabra, se le cree el segundo jefe de la empresa.

—Mi padre jamás ha cambiado de lenguaje, señor; a Nemours y a Sancerre les dijo: «Que me lleven a los pies del trono, sólo pido ser oído. Las armas que me veis sólo están destinadas contra los que quieren impedirnos serlo y abusan de un crédito usurpado para asentar su poder sobre la debilidad y la desventura de los pueblos…» He ahí lo que mi padre dijo; he ahí lo que aún os grita desde el fondo de su prisión. En una palabra, señor, ¿estaría yo a vuestro lado si mi padre se creyese culpable? ¿Vendría su hija a levantar el cadalso que él habría creído merecer?

—Una palabra, una sola palabra puede terminar con vuestras desgracias, Juliette… Decid que no me odiáis; no destruyáis la esperanza en el fondo de un corazón que os adora, y yo seré el primero en persuadir lo mejor que pueda a la corte de la inocencia y de la fidelidad de vuestro padre.

—Así pues, vos seréis justo si yo consiento en ser criminal, ¡y sólo tendré derecho a las virtudes que debo pretender pisoteando las que me encadenan! ¿Son equitativos tales procedimientos, señor? ¿No os da vergüenza alardear de ellos, quisierais que los publicase?

—Comprendéis mal lo que os ofrezco, Juliette. No supongo culpable a vuestro padre, lo es; he ahí el punto del que hay que partir. Castelnau es culpable, merece la muerte, yo le salvo la vida si os entregáis a mí. No invento crímenes al barón para tener derecho a vuestro agradecimiento. Esas culpas existen, merecen el cadalso: yo acabo con ellas si os volvéis sensible a mi pasión. Vuestra suposición me adjudicaría una manera de pensar que no concuerda con mi franqueza: la que me guía concuerda con el honor; prueba, todo lo más, un poco de debilidad… ¡Pero tengo por excusa vuestros atractivos!

—Si es posible, señor, que mi padre sea libre por culpable que vos le supongáis, ¿no es más noble para vos salvarle sin condiciones que imponerme lo que no puedo aceptar? Desde el momento en que podéis devolvérmelo creyéndole culpable, ¿por qué no podéis devolverlo igualmente estando asegurada su inocencia?

—No lo está: quiero pasar por indulgente, pero no quiero que se me crea injusto.

—Lo sois, al no absolver a un hombre en quien no podéis hallar una sola culpa.

—Acabemos esta discusión, Juliette. Vuestro padre profesa el culto proscrito por el gobierno; es de la religión que a Dubourg le ha merecido la muerte; además, le han encontrado en armas en los alrededores del cuartel real. Hacemos morir todos los días a gente cuyas declaraciones la condenan; el barón perecerá como ellos si reflexiones más sensatas de vuestra parte no os deciden pronto a lo único que puede salvarle.

—¡Oh!, señor, dignaos pensar en la sangre que me ha dado la vida: ¿estoy hecha para ser vuestra amante?; y mientras Anne d'Este exista, ¿puedo ser vuestra mujer?

—¡Ah! Juliette, aseguradme que sólo hay que vencer ese obstáculo y colmaréis todos mis deseos.

—¡Oh, cielo!, ¿no os parece insuperable ese obstáculo? ¿Incluiréis a vuestra ilustre esposa en la proscripción general? ¿Le inventaréis, como a mi padre, culpas, para tener derecho a inmolarla? ¿Y mediante tal multitud de crímenes es como creéis obtener mi mano?

—Niña adorada, decid una palabra… una sola palabra; aseguradme que puedo merecer vuestro corazón, y yo me encargo de los medios de conseguirlo. Esas cadenas, indisolubles para los mortales ordinarios, se rompen fácilmente con aquellos a quienes fortuna y nacimiento elevan… Hay, sin explicación, mil medios para que me pertenezcas, Juliette; y a vos toca decidir.

—Ya os lo he dicho, señor, no soy dueña de mi corazón.

—¿Y quién es ese al que me preferís?

—¿Nombrároslo?… ¿Ofreceros otra víctima más? Ni lo penséis siquiera.

—Vamos, señorita, vamos —dijo el duque irritado—, yo sabré castigar vuestro rechazo: el espectáculo de vuestro padre al pie del cadalso quizá doblegue vuestros injustos rigores.

—¡Ah!, permitid al menos que vaya a abrazar sus rodillas; no me impidáis, señor, ir a rociar su seno con mis lágrimas; le haré partícipe de vuestros proyectos; si los aprueba, si prefiere la vida al honor de su hija… quizá inmole mi amor. Mi padre es cuanto tengo de más sagrado: no hay nadie en el mundo de quien prefiera ser hija… Pero, señor duque, ¡qué acción! ¿No tendréis remordimiento alguno por una victoria adquirida al precio de tantos crímenes…, por un triunfo que sólo

gozaréis cubriéndonos de lágrimas… sumiendo a tres mortales en el seno del infortunio? ¡Qué opinión tan diferente tenía yo de vuestra alma! ¡La suponía asilo de virtudes, y no veo reinar en ella más que pasiones!

El duque prometió a Juliette que le sería permitido ver a su padre, y ella se retiró en la mayor postración.

Sin embargo, dicen nuestros historiadores que «todo en Amboise tomaba el camino del rigor más excesivo; los capitanes enviados por el duque de Guise no fueron menos felices que Nemours; ocultos en los barrancos o en las malezas, en los lugares por los que debían pasar los conjurados, los capturaban sin resistencia, y los llevaban en grupos a la ciudad de Amboise; se metía en prisión a los más aparentes; los demás eran juzgados sin apelación, y colgados con botas y espuelas de las almenas del castillo o de largas garrochas atadas a las murallas».

Tales rigores sublevaron. El canciller Olivier, que en el fondo de su alma se inclinaba hacia el nuevo culto, hizo entrever que desgracias sin número podían convertirse en secuela de aquellas crueldades. Propuso otorgar cartas de perdón a todos los que se retirasen pacíficamente. El duque de Guise no se atrevía a combatir demasiado esta opinión: poco seguro de las disposiciones de la reina, que continuaba entregada a los Châtillons, a quienes el duque suponía secretos motores de las revueltas, temiendo la inquietud del rey, quien, pese a las cadenas con que le rodeaban, no podía dejar de manifestar que tantos horrores le desagradaban, el duque aceptó todo, totalmente convencido de que Castelnau, cogido con armas, no se le escaparía, y que siempre sería dueño de Juliette teniendo en sus manos el destino del barón. Se publicó el edicto: Amboise se creyó tranquila; las tropas se dispersaron por los alrededores, y esa seguridad estuvo a punto de costar muy cara.

Ése fue el instante que Raunai creyó propicio para acercarse a Juliette. Inflama a sus camaradas, les hace ver que Amboise, desguarnecida, no está ya en condiciones de resistir frente a ellos; que es el momento de ir a liberar a la corte de la indigna esclavitud en que la tienen los Guise, y de obtener de ella, no vanas cartas de perdón con las que es imposible contar, y que sólo sirven para probar tanto la debilidad del gobierno como el gran temor que les tienen, sino el ejercicio seguro de su religión y la plena libertad de sus pastores. Raunai, mucho más incitado por el amor que por cualquier otra causa, tomando prestada la elocuencia de ese dios para convencer a sus amigos, halló pronto en sus almas el mismo vigor con que pareció abrasado; todos juraron seguirle, y esa misma noche el bravo lugarteniente de Castelnau los guía bajo las murallas de Amboise.

—¡Oh, muros que encerráis lo que más amo! —exclama Raunai al divisarlos—; juro al cielo abatiros o franquearos, y cualesquiera que sean los obstáculos que puedan oponerme, el astro del día no iluminará el universo sin verme de nuevo a los pies de Juliette.

Se preparan para el ataque más enérgico. Un malentendido lo echa todo a perder: los diferentes cuerpos de los conjurados no llegan juntos a las citas que les están señaladas; no pueden darse los golpes al mismo tiempo; en Amboise lo advierten, se aprestan a la defensiva, y todo falla. Sólo Raunai, con su tropa, penetra hasta los arrabales; llega a una de las puertas; la encuentra cerrada y bien defendida. Sin fuerza suficiente para emprender echarla abajo, expuesto al fuego del castillo que mata a muchos de los suyos, ordena una descarga de arcabuces sobre los que guardan las murallas, deja huir a su tropa, y él solo, desembarazándose de sus armas, se lanza a un foso, franquea las murallas y cae en la ciudad. Conocedor de las calles, y suponiéndolas desiertas a causa de la noche y de un ataque que debe haber llamado a todo el mundo a la muralla, vuela a casa del conde de Sancerre, donde sabe que se aloja la que ama. Se atreve, pase lo que pase, a confiar en la nobleza, en el candor de ese valiente militar. Llega a su casa… ¡Santo cielo!… traían al conde herido por los golpes de aquel que venía a implorarle.

—¡Oh, señor! —exclama Raunai, mojando con su llanto la herida del conde—, vengaos, aquí está vuestro enemigo, aquí está quien acaba de verter vuestra sangre… esa sangre preciosa que quisiera rescatar al precio de la mía… ¡Gran Dios!, así es como mi bárbara mano ha tratado al benefactor de la que me es querida. Vengo a rendirme a vos, señor… soy vuestro prisionero. La desgraciada hija de Castelnau, a quien vuestra generosidad da asilo, os ha explicado sus desgracias y las mías; yo la adoro desde mi infancia; ella se digna estimarme un poco… venía en su busca… a recibir sus órdenes, a morir luego si fuera menester. Por los peligros que he franqueado veis que no hay nada que pueda serme más querido que ella… Sé lo que me espera… lo que merezco. Jefe del ataque que acaban de hacer, sé que las cadenas y la muerte van a convertirse en mi destino; pero habré visto a mi Juliette, seré consolado por ella, y los suplicios no me asustan si los sufro ante sus ojos. No traicionéis vuestro deber, señor; aquí tenéis mis manos, encadenadlas… debéis hacerlo; ¡vuestra sangre corre, y soy yo quien la ha derramado!

—Infortunado joven —dice el bravo Sancerre—, consuélate, mi herida no es nada; son peligros que tú has corrido como yo; los dos hemos cumplido nuestro deber. En cuanto a tu imprudencia, Raunai, no pienses que voy a abusar de ella;

has de saber que sólo cuento en el rango de mis prisioneros a quienes mi valor encadena en el campo de batalla. Verás a la que adoras; no temas que yo falte a los deberes de hospitalidad; tú los reclamas en mi casa, serás en ella libre como si estuvieras en la tuya; pero ha de parecerte bien que, tanto para tu tranquilidad como para la mía, te indique un alojamiento más seguro.

Raunai se precipita a las rodillas del conde; faltan palabras a su agradecimiento… a sus penas; y Sancerre, tomándole al punto de la mano, aunque débil como está por su herida, lo levanta y le conduce a los aposentos de su esposa, que Juliette compartía desde que estaba en Amboise.

Se necesitarían pinceles distintos de los míos para pintar la alegría de estos dos fieles amantes cuando volvieron a verse. Pero ese lenguaje del amor, estos instantes que sólo conocen los corazones sensibles… esos momentos deliciosos en que el alma se reúne con la del objeto que adora, en que se deja al sentimiento el cuidado de pintarse a sí mismo, ese silencio, digo, ¿no está por encima de todas las frases? Y quienes se han embriagado con esas situaciones celestiales, ¿se atreverán a decir que puede haber otras más divinas en el mundo… más imposibles de trazar?

Sin embargo, Juliette acalló pronto los acentos del amor para entregarse a los de la gratitud. Inquieta por el estado del señor de Sancerre, quiso compartir con la condesa y las gentes del arte médico el cuidado de velar por su seguridad. Como la herida carecía de consecuencias, el conde exigió de Juliette que fuera a emplear junto a su amado instantes tan preciosos. La señorita de Castelnau obedece y, dejando a la condesa con su marido, va a reunirse con Raunai. Le puso al corriente de cuanto había pasado desde su separación; no le ocultó en absoluto las intenciones del señor de Guise. A Raunai le alarmaron. Un rival de esa clase es para inquietar a un amado, y más a un amado culpable, a quien una sola palabra de ese terrible rival puede cubrir de cadenas al instante.

Al día siguiente, el señor de Sancerre, que se encontraba mucho mejor, tranquilizó a ambos; hasta les prometió hablar con el duque; pero decidieron ocultar los pasos de Raunai, que desde ese mismo instante iría a vivir ignorado en casa de un particular de su misma religión, y que cada noche, en un gabinete del jardín del conde, el valeroso amante podría conversar con su amada. Ambos cayeron una vez más a los pies de Sancerre y de su esposa. Lloraron, y, al atardecer, Raunai, guiado por un paje, fue a encerrarse en su asilo.

El ataque de la noche anterior bastó para convencer a los Guise de que ya no

debían creerse afectados por el edicto que se acababa de publicar. La sangre vuelve, pues, a correr en Amboise; cadalsos levantados en todas las esquinas ofrecen a cada instante nuevos horrores; tropas diseminadas por los alrededores se apoderan de todos los protestantes; o los degüellan en el acto, o los arrojan atados de pies y manos al Loire; sólo los capitanes y las gentes notables son reservados a los tormentos del interrogatorio, a fin de arrancar de sus bocas el nombre de los verdaderos jefes del complot. Sospechaban del príncipe de Condé, pero nadie se atrevía a declararlo. Catalina temblaba ante la obligación de hallar a semejante culpable, y los Guise sabían de sobra que, una vez descubierto, había que inmolarle o temerle. ¡Cuántos inconvenientes en cualquiera de ambos casos!

Pero cuanta más energía mostraban los protestantes, más medios veía el duque para la condena de Castelnau y, por consiguiente, más dulcemente se encendía en su alma la esperanza de conseguir a Juliette. Quien tiene la desgracia de proyectar un crimen no ve concurrir los acontecimientos secundarios al éxito de sus designios sin secreta alegría.

No había en Amboise más diversiones que las de aquellos terribles asesinatos. La tiranía, que al principio espanta a los soberanos, o mejor, a quienes los gobiernan, termina casi siempre por prepararles goces. Toda la corte asistía regularmente a estos actos sangrientos, como la de Nerón, antaño, a las ejecuciones de los primeros cristianos. Las dos reinas: Catalina de Médicis y María Estuardo estaban con las damas de la corte en una galería del castillo desde la que se veía toda la plaza; y para divertir más a los espectadores, los verdugos tenían buen cuidado de variar los suplicios o las posturas de las víctimas. Ésa era la escuela en que se formaba Carlos IX; ése era el taller en el que se aguzaban los puñales de la San Bartolomé. ¡Gran Dios!, así es como han mancillado durante más de doscientos años tus altares; así es como seres razonables han creído deber honrarte; ha sido rociando tu templo con la sangre de tus criaturas, mancillándolo con horrores e infamias, con ferocidades dignas de los caníbales, como varias generaciones de hombres sobre la tierra han creído cumplir tus deseos y agradar a tu justicia. Ser de los seres, perdónales esta ceguera; mereció la pena que creyeras deber castigar su depravación y sus crímenes; tantas atrocidades sólo pueden nacer en el corazón del hombre cuando, abandonado de tus luces, se ve reducido por tu mano misma, como Nabucodonosor[63], a la estúpida esclavitud de las bestias.

Sólo Anne d’Este, aquella respetable esposa del duque de Guise, aquella interesante mujer que él estaba a punto de sacrificar a sus pasiones, sólo ella sintió horror ante aquellas monstruosas barbaries; un día se desmayó en las gradas de la ensangrentada arena; la llevaron a casa bañada en lágrimas; Catalina vuela allí, le

pregunta la causa de su accidente.

—¡Ay!, señora —responde la duquesa—, ¿hubo alguna vez una madre que tuviera más razón para afligirse? ¡Qué horrible torbellino de odio, de sangre y de venganza se alza sobre la cabeza de mis desgraciados hijos[9]!

El conde de Sancerre, cuya herida no era nada, y que iba mejor de día en día, mantuvo a la señorita de Castelnau la palabra que le había dado: fue a ver al duque de Guise, de quien era apreciado y de quien debía ser respetado con toda clase de miramientos, y, disimulándole sólo la estancia de Raunai en Amboise, no le ocultó nada de lo que había sabido por Juliette.

—¿Cuál es vuestro objetivo, señor? —le dijo firmemente el conde—: ¿Corresponde a quien gobierna el Estado entregarse a las pasiones… siempre peligrosas, cuando se tiene la posibilidad de hacer tanto mal? ¿Osaréis inmolar a Castelnau para convertiros en dueño de Juliette? ¿Y haréis depender el destino de ese desgraciado padre de la ignominia de la hija?

El duque, algo sorprendido por ver al señor de Sancerre tan perfectamente al tanto, le dejó entrever que, aunque tuviera hijos de Anne d'Este, podría encontrar medios de romper su matrimonio.

—¡Oh, mi querido duque! —le interrumpió el conde—, así es como desatinan siempre las pasiones. ¡Cómo! ¿Romperéis la alianza contraída con una princesa para desposar a la hija de un hombre contra el que guerreáis? ¿Os pelearéis con Francisco II, de quien esos vínculos os hacen tío, con el duque de Ferrara, de quien os hacen yerno, derribaréis el edificio de una fortuna en la que trabajáis hace tantos años, y todo ello por el vano placer de un momento, por una pasión que se extinguirá tan pronto como sea satisfecha y que no os dejará más que remordimientos? ¿Son ésos los sentimientos que deben animar a un héroe? ¿Es propio del amor dañar a la ambición? Tenéis ya demasiados enemigos, señor; no tratéis de acrecentar su número. Excusad mi franqueza, por mi edad y mis trabajos he adquirido el derecho de hablaros como hago; la estima con que me honráis me autoriza a ello… ¡Ah!, creedme, guardaos de dejar sospechar que el amor tiene algo que ver en los disturbios que vuestros rigores excitan. A un francés le cuesta mucho inclinarse bajo el yugo de un ministro extranjero; por grande que podáis ser, la sangre de su nación no corre por vuestras venas, y ése es un gran error a sus ojos cuando se quiere pretender regirle; amigos, enemigos, todo os condena, todo atribuye al deseo de elevaros las desgracias con que afligís a Francia. Se conocen vuestras pretensiones de declararos descendiente de la segunda estirpe de nuestros

reyes, y de reivindicar la corona a título de tal frente a los descendientes de Hugo Capeto. Admitamos por un instante esa idea: ¿la favoreceréis rompiendo ilustres alianzas para contraer una tan por debajo de vos? Así, sea que aspiréis al más alto grado de gloria, sea que os contentéis con éste en el que estáis, en todos los casos vuestros proyectos son indignos de vos. Señor duque, debéis a los franceses el ejemplo de las virtudes; quizá tengáis necesidad de mostrarlo más que cualquier otro para borrar los errores de que se os acusa. Que no sea en un momento como éste, en el que la más reprensible de las flaquezas viene a derramar sobre vuestras acciones una turbiedad de la que vuestros enemigos no dejarán de aprovecharse inmediatamente. Es ante la posteridad, señor, ante la que un hombre como vos responde de sus pasos, y no debe haber uno solo, en todo el curso de su vida, que pueda hacerle sonrojarse un instante.

—Conde —respondió M. de Guise—, si alguna vez hubierais experimentado los sentimientos que Juliette me inspira, tendríais algo más de indulgencia conmigo; nunca, amigo mío, nunca pasión alguna se introdujo más vivamente en un corazón; sus ojos han cambiado mi existencia entera; no hay un solo minuto del día en que no esté lleno de su imagen, y si alguna vez la reina o su esposo quieren encontrar en mí al ministro, aniquilado por la turbación que me domina sólo les muestro al amante. Con el alma que sabéis que tengo, Sancerre, ¿puede esta pasión someterse a deberes? ¿Y os asombraréis ante todos los medios que he de tomar para asegurarme el objeto de mi idolatría? No, no habrá ninguno que no emplee para convertirme en el amante o el marido de Juliette: fortuna, honor, consideración, crédito, esperanza, himeneo, hijos, todo… todo será inmolado al instante ante las rodillas de la que adoro; sólo me quejaré de la mediocridad de los sacrificios; y si, Como vos decís, la ambición pudiera darme remordimientos, sería todo lo más los de no poder ofrecerle más que el segundo puesto del Estado.

Sancerre combatió vivamente estas resoluciones del delirio, empleó cuanto creyó más persuasivo y más elocuente. Pero el señor de Guise se mostró inquebrantable, y el conde, sin atreverse a insistir más, se retiró contento de llevar al menos a su protegida el permiso de ver al barón de Castelnau, prometido hacía varios días y retrasado por los nuevos disturbios.

Juliette derramó lágrimas muy amargas al enterarse de que nada en el mundo podía cambiar las resoluciones de M. de Guise.

—¡Oh, amigo mío! —le dijo esa misma noche a Raunai—, bien cierto es que el cielo no nos había destinado el uno para el otro. ¡Qué horrible porvenir se presenta a mis ojos! ¡Tendré que ser la esposa de ese hombre bárbaro mancillado

por el asesinato de nuestros hermanos!… ¡Me veré reducida al horror de compartir su cama!… ¡Desdichada! Es preciso que pierda a mi amado o a mi padre; es preciso que inmole mi amor o el ser precioso que me ha dado la vida. ¡He ahí el uso que estos hombres de Estado hacen de los poderes que se les confía! Y estas cadenas que pesan sobre nosotros, todas esas plagas que nos abruman… en nombre de un soberano… engañado a cada instante, ¡no son más que los medios de las pasiones de esos hombres poderosos… no son más que las armas secretas que usan para saciarlas!… Es preciso que lo sean, o que nosotros gimamos… es preciso que sean felices, o que la sangre corra… Quisiera que mis días…

—¡Ay!, no salvarían nada… al menos no pereceremos los dos, Juliette —respondió Raunai—… Mil sentimientos confusos me animan a la vez… Puedo salir de Amboise como he entrado… puedo reunirme con mis amigos, volver con ellos al pie de estas murallas, liberar tanto a tu padre como a ti, cortar despiadadamente los días de estos crueles déspotas que juegan a abreviar los nuestros, pulverizar a todos al pie del trono que su tiranía deshonra y merecer finalmente tu corazón después de haber inmolado a nuestros verdugos. La inacción en que estoy mientras se abrevan en la sangre de nuestros hermanos me envilece a mis propios ojos. Quería abrazar tus rodillas… Lo he conseguido… Déjame volar de nuevo al combate… déjame huir de los muros de esta ciudad odiosa; no quiero volver aquí sino triunfante; no quiero que vuelvas a verme aquí salvo trayendo a tus pies la cabeza de nuestros perseguidores.

—No, cálmate, Raunai, mañana veré a mi padre… Le escucharé… Después quizá te comunique un plan más seguro para acabar con nuestros males personales, puesto que no podemos aspirar al honor de terminar con los de nuestros compañeros de infortunio… Cálmate, querido y único amante mío, ama a Juliette, que la idea de ser adorado por ella te consuele, y puedes estar seguro de que nadie en el universo adquirirá sobre su corazón derechos… que sólo a ti pueden pertenecer.

La señorita de Castelnau no tardó en aprovechar el permiso que había obtenido para ver a su padre: vuela a la prisión. El barón no estaba prevenido; pensó que la sorpresa iba a costarle la vida; estuvo unos instantes sin conocimiento en brazos de Juliette.

—¡Oh, querida hija! —exclamó cuando sus ojos volvieron a abrirse a la luz—, temía mucho que los bárbaros me llevaran al cadalso sin que pudiera abrazarte por última vez.

—No moriréis, padre mío —respondió Juliette—, soy la dueña de vuestros días; una palabra mía puede conservároslos.

—¡Una palabra! ¿Qué queréis decir? Si esa palabra te costase el honor, Juliette, de ningún modo querría una vida pagada con tu oprobio.

—Oh, padre mío, sin embargo, sólo con esa condición puedo arrancaros de las manos de nuestros enemigos… El duque de Guise… quiere que yo ceda a su pasión, y como está atado por el himeneo, ¿puede lo que exige ocurrir sin que le cueste un crimen a él, o el honor a vuestra desgraciada hija?

—¡Ah!, Juliette —prosiguió firmemente Castelnau—, déjame perecer; he vivido; sería comprar demasiado caro los pocos días que debo languidecer en este mundo… No, hija mía, no, no los pagaré al precio de tu honor y de tu felicidad. Sabía muy bien que a esos tiranos sólo les movía el egoísmo, y que la ambición era la única causa de sus crímenes. Pero hay un Dios justo que nos vengará, querida hija, un Dios poderoso a cuyos ojos las desgracias son derechos, y las virtudes títulos. Educada en la más pura de las religiones, guárdate de olvidar sus principios; que te sirvan para siempre de égida contra las seducciones de esos idólatras, y puesto que mi vida no puede ya garantizar tu juventud, que mi muerte al menos te anime… La verás, hija mía, sí, pediré morir en tus brazos, y mi alma, pronto a los pies del Eterno, obtendrá de él esa protección que mis reveses me impiden concederte…

Y Juliette, anonadada en los brazos de su padre, no podía sino gemir y derramar lágrimas.

—No llores, querida hija —prosiguió el barón—; no te aflijas; volverás a encontrar en el cielo a este padre infortunado que te quitan en la tierra; él va a preparar al Ser supremo para hacerte gozar de los favores que tu conducta y tu religión deben hacerte esperar de él… va a esperarte en el seno de un Dios… ¡Oh, hija mía!, he ahí lo que es el mundo… ¡sus esperanzas… y sus bienes!… Educado en la corte, hecho para pretender todo, amigo, compañero de esas gentes, tras haber derramado a su lado mi sangre por la patria…, porque no quiero adoptar sus errores… porque odio sus sacrilegios y su impiedad… porque quiero, en una palabra, adorar a Dios en la pureza del Evangelio… todos esos amigos… todos esos camaradas son hoy mis jueces, ¡y mañana serán mis verdugos! Pero ¿quién les ha dicho que su causa es la buena? ¿Han entendido acaso mejor que yo la palabra divina? Aunque fuera cierto que me equivoco… un error en el culto, ¿debe ser colocado en el rango de los crímenes? ¿Puede ser honrado el Eterno con la sangre?

Y aquellos que, para servirle, se atreven a sacrificarle hombres, ¿no están, sólo por eso, en el error y en el mal camino? No importa, hija mía, no importa; moriré, puesto que es preciso… Sí, moriré, desde luego, porque no podría conservar la vida más que a expensas de tu honor… Pero ¿qué ha sido del valiente Raunai, querida hija, en este tumulto?

La señorita de Castelnau contó a su padre cuanto concernía a su amado… Le dijo que estaba en Amboise; le contó cómo se había introducido en la ciudad, y el deseo que tenía de salir de ella para intentar un nuevo golpe de mano.

—No triunfaría —respondió el barón—; ahora están a la defensiva; todo ha fracasado, hemos sido traicionados… Oh, Juliette, la buena causa no siempre es la más segura cuando está en manos del débil… Pero el cielo es nuestro recurso; yo le imploro, él nos escuchará.

Juliette habló luego al barón de la honradez del conde de Sancerre… de todos los cuidados que su esposa y él recibían diariamente de ella, y de las infructuosas gestiones que el conde había hecho ante el duque.

—Sancerre es amigo mío desde la infancia —continuó el barón—; fuimos educados juntos en casa del duque d'Orleáns, hijo de Francisco I; combatimos codo con codo en la jornada de San Quintín. Fue obligado a lo que hizo con nosotros en la ciudad de Tours; lo repara mediante mil actitudes nobles; reconozco ahí su alma honesta y su corazón virtuoso… Quizá le vea antes de mi muerte; le rogaré que te sirva de padre… que te reúna con tu amante; pero cuando yo ya no exista, querida hija, ¿quién sabe lo que harán nuestros tiranos? Proscrita por tu religión, odiada del duque por tu virtud, oh Juliette, ¡cuántas desgracias pueden estallar sobre ti!

Luego, alzando las manos al cielo:

—Ser supremo —exclamó aquel desventurado padre—, dignaos contentaros con mi suplicio; no permitáis que esta hija sea víctima de los malvados. Su único crimen es serviros… adoraros como habéis deseado serlo… como le habéis enseñado con vuestra santa ley. ¿Querríais, Señor, que sus virtudes y su religión, que todo lo que más le acerca a vuestra sublime esencia se convierta en causa de su oprobio, sus tormentos y su muerte?

Y el desventurado Castelnau volvía a caer llorando a lágrima viva en el seno de su hija; la estrechaba… la apretaba entre sus brazos. Temiendo quizá que fuera la última vez que le estaría permitido verla, su alma paternal se exhalaba toda

entera en sus sombrías caricias; se hubiera dicho que quería confundirla con la de su hija, a fin de que algo suyo pudiera pervivir en el objeto más precioso que le quedaba sobre la tierra.

—¡Oh, padre mío! —dijo Juliette, en medio de los sollozos que le arrancaban aquella escena de dolor—, ¿puedo consentir en vuestro suplicio? ¿Puede el mismo Raunai permitirlo? ¡Ah!, creedlo, padre mío, él preferiría mil veces renunciar a la felicidad de su vida antes que obtenerme a expensas de la vuestra… Pero, ¡cómo!, ¿compartiría yo los errores del duque de Guise si no hago más que consentir en convertirme en su esposa, dejándole cargar a él solo con las fechorías que deben atarme a él? Al menos vos viviréis, padre mío; habré conservado vuestra vida, seré el apoyo de vuestra vejez, podré hacer vuestra dicha.

—¿Comprar yo unos pocos momentos de vida a cambio de una multitud de crímenes?

—No serán vuestros.

—¿No es compartirlos dar lugar a ellos? No, ni lo esperes, hija mía; no permitiré que Atine d'Este sea inmolada por mí; es preciso que uno de los dos perezca; el duque de Guise no repudiará a su mujer: sólo será tuyo si cercena los días de esa virtuosa princesa. ¿Querrías convertirte en esposa de semejante hombre, de un bárbaro que, no contento con ese crimen, llena cada día Francia de luto y lágrimas?… Di, Juliette, di, ¿podrías disfrutar un instante de tranquilidad en brazos de tal monstruo?… Y esa vida que te habría costado tan cara…, oh, hija mía, ¿crees que podría yo gozar de ella?… No, hija mía; a mí me toca morir, ha llegado mi hora; es preciso que se cumpla. ¿Y qué son unos instantes más o menos? ¿No es un suplicio la vida cuando alrededor de uno no se ven más que horrores y crímenes? Es hora de ir a buscar en brazos de Dios la paz y la tranquilidad que los hombres me han negado en la tierra… No llores, Juliette, no llores; no soy más desventurado que el navegante que, tras peligros sin número, toca al fin el puerto que tanto ha deseado… ¿Tengo que decirte más? Te prohíbo, con toda la autoridad que sobre ti tengo, pensar en conservarme por los infames medios que te proponen, y si me entero de tu desobediencia en este punto, no volveré a verte nunca.

—¡Pues bien!, padre mío —dijo Juliette con ese impulso del alma que anuncia que está llena de un propósito importante—, ¡pues bien!, me queda un medio para salvaros, y corro a ponerlo en práctica.

—Sobre todo, que no sea nunca a expensas de lo que debes a Dios… a ti misma… a Raunai… Piensa que no querría añadir veinte años más a mi carrera si ese largo término pudiera costar un solo suspiro a tu dicha o a tus virtudes.

Juliette sale y va en busca de Raunai.

—¡Oh, amigo mío! —le dice—, ha llegado el instante de demostrar los sentimientos que me has jurado desde la infancia… ¿Me amas, Raunai? ¿Te sientes capaz del mayor esfuerzo de la humanidad para probarme tu amor?

—¡Ah!, ¿puedes creer que exista algo en el mundo que no esté dispuesto a hacer por ti?

—Sí, amigo mío, puedo dudarlo… Temblarás cuando te lo haya dicho todo; y, sin embargo, tendrás que obedecerme, o dejarme en la horrible idea de que jamás has querido a tu amada.

—¿Qué quieres decir, Juliette? Tus palabras… la agitación en que estás… tus ojos, en los que no veo más que desesperación en lugar de amor… todo me hace temblar; explícate.

—Piensa que yo misma me inmolaré en el sacrificio que voy a explicarte… Me costará más que a ti; sin embargo, estoy decidida; que mi ejemplo te dé ánimo… Raunai, ¿me amas bastante para consentir en no volver a verme… bastante para perderme para siempre?

—¡Santo cielo!

—Escúchame, Raunai, no te alarmes sin estar enterado; voy a proponerte un acto de virtud: tu alma acepta, lo sé. Nuestros verdugos no tienen más que un objetivo: saber quién es el jefe…, quién es el principal motor de todo esto. Vete en busca del duque de Guise; dile que el único deseo de salvar a un amigo que no es culpable te ha hecho superar todos los obstáculos que había para penetrar en Amboise; convéncele de la inocencia de mi padre; dile que, mucho más temido que amado en el partido, Castelnau nunca se ha ocupado de otra cosa que de traicionarlo y de entregarse al rey; dile que sólo tú estás al tanto de todo, y que, bajo la cláusula única de devolver el barón a su hija, estás dispuesto a revelarle todo. Da tu libertad por garantía de tu palabra; dile que quieres reemplazar al barón en sus cadenas, que te ofreces al suplicio que le han preparado si no revelas lo que desean… Aceptarán todo; no quieren más que descubrir a los autores del complot; el temor a ser engañados por ti no les detendrá, porque tú reemplazarás a

mi padre, porque estarás, como él, en sus manos… Ya ves la inmensidad del sacrificio que te propongo: porque no arrancarán nada de ti, lo sé; morirás, amigo mío; es a la muerte adonde te envío; pero no imagines que yo te sobreviviré; yo te sigo a la oscuridad de la tumba, mi alma vuela a ella con la tuya. ¿No ha merecido ese respetable anciano gozar de sus últimos años? ¿No tiene más derecho a la vida que sus hijos? ¡Ah! El premio de lo que vamos a hacer, amigo mío, se ofrece a nosotros en todas partes; lo encontraremos en el seno de Dios, él nos espera para coronar esta gran acción, se mantendrá en el recuerdo de los hombres, que la grabarán en el templo de memoria. Raunai, cuán por encima de los goces mundanos está ese destino. ¡Cuán preferibles son las palmas de la inmortalidad a los días oscuros y languidecientes que arrastraríamos en la tierra!

—¡Abrázame, mujer celestial, abrázame! —exclamó Raunai—. ¡Ah! Habré podido demostrarte mi amor, habré sabido convencerte una vez de que no hay un solo ser en el mundo que sepa amarte como yo hago.

—¿Consientes?

—¿Lo dudas?

—Hombre digno de mí —exclamó Juliette—, ven a mis brazos, ven a coger en mis labios los primeros y los últimos besos de amor… ¡Ah!, ¡qué alma la tuya, Raunai, cuánto te amo y cuánto te estimo! No imagines, sin embargo, que te dejo arrastrar al cadalso sin trabajar en tu venganza: le costará la vida al bárbaro que pronuncie tu sentencia. Mira este acero —prosiguió sacando un puñal de su seno—, no me deja desde que estoy en Amboise, y en cuanto estés bajo las cadenas de mi padre, yo me pego a los pasos del duque de Guise: será preciso que él te salve o que perezca él… ¡Oh, cielo!, nos escuchan —dijo Juliette al oír ruido cerca del gabinete del jardín en que tenía la libertad de conversar con su amante—, nos escuchan, Raunai; ¡quiera Dios que no seamos traicionados!… Ve, corre, haz lo que exijo, y estate seguro de ser vengado antes de que me inmole contigo.

Juliette volvió a casa de *Mme.* de Sancerre sin descubrir la causa de lo que la había asustado; participó su inquietud a la condesa, quien le aseguró que nadie había podido introducirse en el jardín mientras se le permitía recibir en él a Raunai; que el señor de Sancerre y ella estaban demasiado interesados, uno y otra, en el misterio para no haber tomado todas las precauciones que podían asegurarlo. Pero Juliette no se tranquilizó. ¿La obedecería Raunai? Ya no debía volver a verle y, en tal caso, ¿le había dado suficientemente las gracias, le había hecho sentir suficientemente cuán conmovida estaba por un sacrificio tan grande de su parte? Si

los amantes corrientes no terminan nunca de hablarse, ¡cuántas cosas importantes debían quedarles por decirse a éstos!

Raunai estaba lejos de vacilar; lo que había prometido le parecía tan apropiado para su hermosa alma que no tuvo un instante de reposo hasta que el cambio no fue propuesto. En cuanto amanece, vuela a casa del duque de Guise.

—¿Vos, Raunai, en estos lugares? —le dice el ministro asombrado.

—Sí, señor duque, yo mismo, y la forma en que vengo pone al descubierto, en mi opinión, los intereses que aquí me traen. Cometéis una injusticia, señor, yo la reparo. El barón de Castelnau, a quien retenéis encadenado, no es más culpable que aquel de los oficiales de vuestro partido que le sirven con el mayor celo; a nosotros correspondía castigarle, puesto que ha debido traicionarnos cien veces. Dignaos devolverlo a su desventurada hija a la que sumís en la desesperación, *y* no temáis enemigos tan poco peligrosos como él. Exigid el secreto de la empresa, señor; sólo yo puedo reveláros lo; que el barón quede libre: al instante os será descubierto todo; no penséis que quiera hacer escapar una víctima de vuestras manos para engañaros luego. Os pido el puesto y las cadenas del barón, y mi cabeza es vuestra si falto al juramento que hago de decíroslo todo.

—¿Habéis reflexionado, Raunai —dice el duque—, sobre la imprudencia de vuestro proceder? ¿Os habéis dado cuenta de que, desde el instante en que estabais en Amboise, erais prisionero del rey sin que hubiera necesidad de entregaros vos mismo, y de que, desde ese momento, las condiciones que ponéis por informarnos sobre lo que deseamos se volvían tanto más inútiles cuanto que los suplicios nos bastan para obtener de vos esas confesiones?

—Si el paso que he dado es inconsciente, señor —prosiguió Raunai con más orgullo que prudencia—, vuestras palabras lo son mucho más; hay que conocer muy poco esta nación, hay que ser, como vos, extranjero en su seno, para ignorar que del francés se puede obtener todo por el honor, pero nada por los suplicios; probadlos, señor, que aparezcan vuestros verdugos, veréis si me arrancan la menor confesión.

—¿Y qué interés tenéis vos en Castelnau?

—El que debería conmoveros: el deseo de ahorrar una injusticia al hombre que conduce el Estado. Señor, ¿no os reprocha ya bastante Vuestra conciencia sin ensuciaros aún con ésta? Diferencias como las que nos dividen, ¿deben costar

tanto? Si los enemigos que acaban de perseguir durante treinta años a nuestra patria se preparasen para seguir abrumándola, quizá se arrepentirían de haber sacrificado tantos valientes a divisiones que una sola palabra podría arreglar. Durante las desgracias de Francia es cuando echa de menos a quienes saben servirla. El infortunado barón de Castelnau, tantas veces herido ante vuestros ojos… tantas veces útil al Estado, no merece terminar sus días en un cadalso; os pido una vez más su perdón con insistencia, señor, y os renuevo mi palabra de revelaros lo más importante cuando hayáis devuelto a Juliette el objeto más querido de sus deseos.

—No es difícil ver que sólo ella os preocupa en este caso.

—Sí, la adoro, y no lo oculto, señor; pero ¿es trabajo para obtenerla? Y lo que emprendo —prosiguió Raunai lanzando sobre el señor de Guise una mirada enérgica—, lo que os propongo finalmente, ¿puede asustar a mis rivales? Mi designio es devolverle un padre… un padre inocente y que ella ama: a este precio os ofrezco la confesión del secreto que os interesa, y vos tenéis en vuestro poder mi vida si os engaño.

—Raunai, vos amáis a Juliette —dijo el duque con una turbación que le fue imposible dominar.

—¡Sí, la amo, gran Dios! Ella es el único árbitro de mi existencia; ella sola dirige mi destino; ella es mi gloria en la tierra, mi esperanza en un mundo mejor… ella es mi vida… ella es mi alma, ella es todo, señor, todo para el desventurado que os habla.

—Habríais podido decirlo con más rodeos; debíais sospechar que era amada por mí, puesto que la he visto: vuestros arrebatos no eran más que una ofensa, de la que sólo a mí corresponde vengarme.

—Hacedlo, señor, hacedlo —respondió firmemente Raunai—, volveos más odioso de lo que sois, acabad de convertir en enemigos vuestros a todos los individuos que viven en Francia, que todo cuanto respira en esta hermosa parte de Europa sea presa de las viles pasiones que os subyugan, que el ciudadano, pronunciando sólo con horror vuestro nombre, lo maldiga en todos los instantes del día, sed a la vez el espanto y la execración de la patria, inundadla de ríos de sangre, cubridla de campos de carnicería; mas no os jactéis de que siempre habéis de triunfar: los franceses volverán a encontrar un Marcel que sabrá apuñalar, en el seno de su dueño, a los viles aduladores que lo gobiernan; si la voz del honor no se

ha apagado en vos, temed ofrecer por segunda vez esos azotes a Francia; inmolad hasta al último de nosotros; pero de nuestras cenizas mismas saldrán héroes que sabrán vengarnos[10].

—Retiraos, Raunai —dijo el duque, demasiado buen político para no contenerse tras reproches tan duros y tan merecidos—. No puedo deciros nada sin antes haber oído a Castelnau… Juliette debe agradeceros lo que hacéis por ella.

—Ella lo ignora, señor.

—Quiero creerlo; sea como fuere, retiraos…

Y con el tono de la ironía más sangrienta:

—Habrá que tratar de conservaros a todos; oficiales tan ardientes deben ser preciosos para el Estado, y no quiero que me miréis siempre como a tirano.

Raunai salió, molesto por haberse dejado llevar por unos impulsos de los que su amor y su orgullo le habían impedido ser dueño, y temiendo que un calor algo excesivo hubiera echado a perder, más que servido, los asuntos del barón.

En cuanto al señor de Guise, no tardó en informar a su amigo Sancerre de cuanto acababa de ocurrir. El conde no confesó que conocía la presencia de Raunai en la ciudad, pero persistió en instigar al duque a la clemencia, que creía indispensable dado el curso de las cosas.

—Raunai se inmortaliza —dijo Sancerre—; ese gesto es digno de los romanos… Señor duque, cuando la posteridad cuente su historia junto a la vuestra, dirá: «Raunai, el valiente Raunai, ofreció su cabeza para salvar la del padre de su amada, mientras que un tal duque de Guise, un extranjero que gobernaba el Estado, creía servirlo entonces mediante una multitud de crímenes y de asesinatos diarios».

El duque callaba, pero era fácil percibir en sus ojos una especie de coacción y de embarazo que pintaba la agitación de su alma; estremecido por reproches tan vivos y que le llegaban de todas partes, sin poder vencer su pasión, sin ocultarse el perjuicio que le causaría en el ánimo de la corte si alguna vez se descubría, pedía consejos al conde, rechazaba los que no favorecían sus deseos; a veces se decidía a sacrificios, un momento más tarde no se oían de él más que amenazas; se sorprendía de que osaran enfrentarse a él; quería hacer arrepentirse a quienes se atrevían a hacerlo, y estas oscilaciones perpetuas, este flujo y reflujo tormentoso de

un alma alternativamente dominada por el amor y el deber, le volvían el más infortunado de los hombres.

Castelnau fue llamado ante sus jueces; sean cuales fueren las intenciones del duque de Guise, aquel interrogatorio era inevitable. Por haberle sido imposible al barón ver de nuevo a su hija tras las gestiones de Raunai, sus respuestas no pudieron ser análogas a los deseos de quienes querían salvarle. No había nada que no hubiera emprendido Raunai para darle cuenta de sus designios, e inducirle a declarar según los planes concertados entre Juliette y él, pero no lo había conseguido. Castelnau se presentó y sólo pudo actuar por sí mismo. Los dos Guise y el canciller asistían a la sesión.

Castelnau empezó por reclamar la palabra del duque de Nemours:

—Me juró —dijo— llevarme a los pies del rey: ¿por qué estoy en cadenas?

—Todas las palabras que Nemours haya podido daros son vanas, —le dijo el duque de Guise—; no hay ningún juramento que pueda considerarse sagrado cuando se hace a un rebelde o a un herético[11].

—Entonces —replicó Castelnau—, tampoco debo hablar de la carta que tuvisteis a bien escribirme; eso son supercherías y traiciones muy atroces para con un oficial francés.

Fue conminado a responder con la mayor exactitud a lo que iba a preguntársele, amenazándole con el tormento si alteraba la verdad. Castelnau perdió la serenidad, palideció.

—Tenéis miedo, barón —le dijo al punto el duque de Guise.

—Señor —respondió con firmeza Castelnau—, jamás temblaré ante los enemigos de Francia, vos lo sabéis; pero me intimidan los míos; quizá en el fondo de vuestra alma vos sabéis la razón mejor que nadie. Haced que me devuelvan mis armas, señor duque, esas armas que tanto tiempo me han hecho triunfar a vuestro lado, y que se presente entonces quien pueda acusarme de tener miedo… ¡Ah!, quién sabe, señor, quién sabe si vos no temblaríais más que yo, en caso de que el destino os pusiera en mi lugar… No importa, que me interroguen, no responderé por ello con menos exactitud.

Entonces, según el derecho insolente y bárbaro que los jueces creían tener de mentir en casos semejantes, le dijeron que Raunai lo había inculpado. Respondió

que era imposible. Le leyeron las declaraciones de La Bigue y de Mazère; dijo que quienes se envilecían hasta volverse *denunciantes* perdían el derecho a ser oídos como *testigos*.

Obligados a contentarse con esta recusación, los jueces le dijeron que, por profesar la religión reformada y haber sido cogido con las armas en la mano, sólo podía evitar el suplicio último descubriendo a los jefes cuyas órdenes había seguido.

—No ignoro —dijo Castelnau— que mis jueces, en cuyo número veo a mis mayores enemigos, tienen tanto el poder de hacerme perecer como la habilidad necesaria para encontrar los medios; pero detesto la mentira y nada me obligaría a emplearla para salvar mi vida. Hay que conocer bien poco la nación para osar acusar a los franceses[64] del crimen que se me supone. No, que ni el Estado, ni siquiera el que lo gobierna, teman nada de nosotros: sólo queremos presentar al soberano la lamentable situación de Francia; hacerle ver las campiñas desiertas, a infortunados ciudadanos arrancados de los brazos de sus esposas y arrastrados a las más oscuras prisiones, a los hijos abandonados en las calles, muriendo de hambre y de miseria, reclamando con gritos dolorosos a unos padres que el despotismo les quita[12], a los perversos aprovechar estos disturbios para asolar Francia, todas las partes de la administración en desorden; la seguridad de los caminos descuidada, el pueblo abrumado a impuestos, el desgraciado habitante del campo uncido él mismo a su arado por falta de animales que puedan abrir el seno de la tierra para las raquíticas semillas que va a confiarle, y que sólo germinarán rociadas con sus lágrimas para convertirse en la presa de insolentes recaudadores, la sangre del pueblo derramada en todas las ciudades; y, finalmente, el reino en vísperas de ser conquistado por el enemigo: ¡he ahí, señores, los cuadros que debemos trazar… las desgracias que querríamos pintar… los azotes que querríamos evitar! ¿Suponen tales intenciones proyectos de revuelta? Nacidos franceses[65], no tenemos necesidad de que nadie nos enseñe cómo debemos acercarnos a nuestros jefes. Uno de nuestros primeros derechos es reclamar su justicia… hacer oír nuestras quejas: usamos de él… Pero no armados, decís. Cierto, un viajero puede hacerlo cuando tiene que atravesar un bosque lleno de bandidos: ésa es la excusa de nuestras armas, y la creemos legítima. Romped las barreras que alzáis entre el gobierno y nosotros: sólo se nos verá llegar hasta él con reclamaciones en la mano. Esas armas las hemos entregado tan pronto como un general en quien nosotros creíamos poder confiar[13] nos dio su palabra de facilitar nuestros designios: ya veis la estima que debemos sentir por promesas que no fueron hechas más que para engañarnos, para arrebatarnos los medios de justificación y para inventarnos nuevos crímenes. Pero que nadie piense que la

nación puede engañarse mucho tiempo sobre los planes de los Guise para abrirse un camino hasta el trono; para llegar ahí necesitan por desgracia la sangre y los infortunios del pueblo; pronto se verán colmados sus deseos. ¡Ojalá quienes nos sigan se encuentren a gusto con estos peligrosos cambios! Si ocurre lo contrario… y ocurrirá, tendremos por lo menos nosotros, las víctimas inmoladas hoy por vos como tiernas ovejas indefensas, tendremos, digo, por consuelo en un mundo mejor la idea de haber perdido nuestra vida por la felicidad de la patria y la prosperidad del Estado. Aquí está mi cabeza, hacedla caer bajo vuestros golpes; hela aquí, la ofrezco y la pierdo sin pesar; morir no es llevarse consigo tan lisonjeras esperanzas; lo es para vosotros esta muerte a la que creéis condenarnos… sólo para vosotros, de quienes la posteridad hablará horrorizada, mientras que, objetos de su culto y de su admiración, se dignará hacernos llevar hasta los pies del Eterno esos homenajes lisonjeros que su equidad otorga a quien sirve a los hombres.

Se renovaron los interrogatorios; Castelnau se atuvo siempre a las mismas respuestas; le tendieron trampas, imaginando encontrarle en falta en materia de religión… creyendo que un guerrero como él, dominado por el espíritu de partido más que por el amor a la verdad, sería a buen seguro mal teólogo; le interrogaron sobre el dogma.

La erudición de Castelnau confundió a todos sus jueces; entre muchas otras cuestiones le preguntaron por qué le repugnaba creer en la presencia real de la divinidad en la eucaristía.

—Monseñor —dijo el barón al cardenal que le dirigía la palabra—, esas especies que vos creéis transubstanciadas en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del hijo de Dios, ¿se corrompen o no tras las palabras del sacerdote?

—Se corrompen —dijo el cardenal.

—Bueno —respondió Castelnau—; señor duque, os tomo por testigo de la confesión de vuestro hermano; y vos, señores, ¿querríais —prosiguió— que especies que no serían ya materiales sino que, según vos, contendrían el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor, estuvieran sujetas a las disoluciones… a las degradaciones de la materia? ¡Ah, señores, qué espantosa idea tenéis de la grandeza del Eterno! ¡Bajo qué aspecto os atrevéis a presentárnoslo! ¿Y cómo un gobierno razonable puede querer cimentar esas blasfemias absurdas con la sangre preciosa de los hombres?

—Barón —dijo el canciller—, es fácil ver que os habéis estudiado la lección.

—Me consideraría muy despreciable —respondió Castelnau— si, teniendo que tomar partido en un asunto que atañe a la salvación de mi alma y a los intereses de mi patria, me hubiera comprometido en él como un estúpido y sin conocer el fondo de la cuestión.

—Cuando frecuentabais la corte —replicó el canciller—, me parecíais estar menos al tanto de todas esas disputas de controversia.

—Es cierto —dijo el barón—, pero sufrí desgracias; fui hecho prisionero de guerra en Flandes; esos momentos de vacío hicieron nacer el deseo de instruirme; lo creí necesario y lo hice. A mi vuelta, estuve en vuestra casa, monseñor —continuó el barón mirando al canciller—; estabais entonces en vuestra tierra de Leuville; me preguntasteis en qué había empleado el tiempo durante mi prisión y, cuando os respondí que había sido estudiando las Sagradas Escrituras y poniéndome al corriente de las disputas que tanto agitaban los espíritus, aprobasteis mi trabajo y disipasteis las dudas que me quedaban; si mal no recuerdo, estábamos completamente de acuerdo. ¿Cómo es que en tan poco tiempo uno de los dos haya cambiado tanto de manera de pensar que no podamos ya entendernos? Mas entonces vos estabais en desgracia, y hablabais con el corazón en la mano. Desventurado esclavo del favor, ¿por qué, para agradar a un hombre que quizá os desprecia, es preciso que traicionéis hoy a vuestro Dios y a vuestra conciencia?

El canciller, confundido, no digirió este reproche; enemigo de los Guise y de su manera de gobernar, murió poco después de pena por haber compartido sus errores. El cardenal de Lorena, avisado de que estaba muy mal, fue a verle; Olivier, harto de fingir, se volvió hacia la pared, y no se dignó dirigirle siquiera una palabra.

Sin embargo, la presencia de ánimo y la firmeza del barón concentraron todas las miradas en él y le atrajeron partidarios. En lugar de pronunciar su condena, el duque lo devolvió a prisión, pero sin explicarse, sin que ni siquiera su amigo el conde de Sancerre pudiera vislumbrar sus resoluciones.

El señor de Guise sospechaba que el barón estaba enterado de sus miras sobre Juliette; veía bien que sólo por prudencia no había revelado Castelnau nada de aquello…, que el temor de arrastrar consigo a su desventurada hija le había decidido a no hablar del interés personal que el duque tenía en condenarle, si Juliette, cediendo, no rescataba la existencia de su desventurado padre.

Pero este hábil ministro disimuló su forma de pensar; se contentó con prohibir severamente a Raunai y a Juliette ver al barón de Castelnau.

Fue entonces cuando Raunai apareció de nuevo. Dijo al duque que se ponía a sus órdenes, que, una vez acabado el interrogatorio del señor de Castelnau y, por haberle dicho el ministro que volviera a presentarse en ese momento, venía a pedirle inmediatamente la libertad de un hombre de cuya inocencia debían estar convencidos…, permiso para ocupar su sitio en la celda y en el cadalso si no esclarecía al punto lo que parecía desear la corte… es decir, en el instante en que el barón y su hija hubieran abandonado sin peligro alguno su estancia en Amboise.

—Si hubierais podido concertaros con Castelnau —dijo el duque—, él habría hablado con toda seguridad de otra manera; aún no hemos visto nunca protestante más obstinado en su error. No importa, Raunai, acepto vuestro ofrecimiento; pero es preciso que lo que tenéis que decirme sea revelado delante de Juliette y del barón; ésas son mis órdenes, y no me apartaré de ellas. Pensad, sin embargo, en vuestra palabra: sobre vuestra cabeza caerá el hacha alzada si no descubrís a vuestros cómplices y a vuestros jefes.

—Mi persona es inviolable, señor —respondió Raunai—, pero ¿de qué sirve que Juliette se encuentre en esa entrevista, y qué esperáis que diga yo delante de ella y de su padre, si sólo me comprometo a hablar cuando uno y otro estén fuera de las murallas?

—Sea —respondió M. de Guise—, pero antes es preciso que yo os hable delante de ellos.

—Juliette en vuestra casa… ella… ¿quién me responde? En esta circunstancia… cadenas a Juliette… ¡sólo la idea me hace estremecerme!

—¿Tengo necesidad de vos para abrumarla con ellas? Me basta dar una orden para convertirme en su dueño.

—Sí, hombre cruel, lo podéis todo. ¡Bien! Obedeceré, Juliette estará aquí mañana, pero si abusáis de mi confianza, si cometéis la infamia de emplear mi mano para aseguraros la víctima, no sólo no sabréis nada de lo que deseáis saber, sino que nos inmolaremos los dos en vuestra presencia antes que convertirnos ambos en presa de vuestra insigne cobardía. Hombre demasiado favorecido de la fortuna, no sabéis lo que la desgracia inspira a dos corazones animosos, lo que sugiere, lo que hace emprender; ignoráis cuál es la energía que la desesperación

presta al alma; salvadnos del horror de convenceros de ello, no habría ni cadenas ni suplicios que pudieran libraros de nuestro furor.

—Siempre duro y siempre desafiante, Raunai —dijo el duque—… Marchaos; recordad mis órdenes; recordad que vuestra muerte es segura si uno u otra huís de Amboise antes de que os haya hablado.

—Adiós.

El primer cuidado de Raunai fue referir a Juliette cuanto acababa de pasar; no disimuló en absoluto sus temores, la imposibilidad que había de distinguir en las miradas del duque los proyectos que tenía.

—¡Oh, Juliette! —dijo Raunai en la agitación más extrema—; ¿si este bárbaro fuera a sacrificarnos a los dos? ¿Si nosotros mismos hubiéramos afilado el hierro con que va a cortar el hilo de nuestra existencia sin conseguir salvar a Castelnau?

—No temas nada —dijo firmemente Juliette—; obedezcamos y dejemos al cielo la tarea de preservarnos… Lo hará, nunca abandona ni a la desdicha ni a la virtud; Raunai…, aunque estuviera rodeado de todos sus guardias, no se me escapará si quiere traicionarnos.

La hora es llegada… nuestros amantes se abrazan, ponen al cielo por testigo de su infortunio, de su ternura… le imploran, se juran perecer juntos si son obligados a ceder por la fuerza, y se aprestan a dirigirse a casa del señor de Guise. Juliette hubiera querido ver antes al conde de Sancerre: no había aparecido en su casa aquel día… Esta circunstancia… la del ruido oído en el jardín… todo aquello la inquietaba; pero no se atrevía a manifestar sus temores, sentía la necesidad de inspirar confianza a Raunai y parecía más valiente todavía que él.

En el trayecto de la casa del conde a la del ministro les fue imposible no darse cuenta de que los seguían unos soldados y no les perdían de vista.

—¡Oh, amigo mío! —dijo Juliette a Raunai, precipitándose en sus brazos un momento antes de entrar—, puedes estar seguro de que sean cuales fueren los acontecimientos no te sobreviviré ni un minuto.

Entran, el duque está solo; pero unos guardias quedan fuera.

—Raunai —dice M. de Guise—, he pensado que la presencia de la que amáis haría más efecto sobre vos que los tormentos, y que el temor a verla abrumada por

ellos bastaría para haceros confesar lo que pretendéis saber.

—Así que abusáis de la confianza que habéis tratado de inspirarme —respondió Raunai—, y lo que habéis exigido de mí sólo ha sido para traicionarme con mayor seguridad. ¿Ignoráis las condiciones en que he consentido informaros? ¿Habéis olvidado que la libertad del barón es su cláusula esencial?

—No imaginaba que se tuviera que transigir encadenado.

—¿Esas tenemos, señor? —dijo Juliette con firmeza—. ¿Y seríais tan cobarde como para obligarnos a temerlo?

—Vuestra suerte depende de Raunai, señora —dijo el duque—… Que hable, o ahora mismo las puertas del calabozo del barón se cierran tras vos.

—¡Ella prisionera! —dijo Raunai desesperado—… guardaos de ello, señor… ¡Ay!, tenéis mucha razón, esa amenaza es más cruel que los tormentos… ¡Pues bien! Sabed…

—Cállate —interrumpe Juliette—, ¿no ves que es una trampa? El alma de los traidores resplandece en su rostro… los descubre.

—Raunai —dijo entonces el duque—, me habéis engañado, lo sé todo; no tenéis nada que decirme; vuestra única intención era salvar a Castelnau; libre él, y vos en su prisión, esta mujer, a la que adorar… idolatrar quizá incluso, ha sido mi único error… esta mujer, digo, se pegaba a mis pasos, y no los dejaba hasta no tener a su amante o mi vida. ¿Me engaño, Juliette?

—No es cierto que este valeroso joven pueda informaros de algo, señor; pero sí lo es —dijo ella haciendo destellar su puñal ante los ojos del duque de Guise—, sí lo es que ésta es el arma que nos vengaría a ambos. Ordenad su suplicio o mis cadenas, y entonces conoceréis a Juliette.

—Ya es hora —dijo el duque, sin dejar nunca la flema más entera—, ya es hora de que castigue el insolente subterfugio de este impostor, así como vuestros desdenes, señora. Mostraos, Castelnau, venid a ver los tormentos que destino a quienes os son queridos.

¡Qué sorpresa para Juliette y Raunai ver al barón liberado de sus cadenas!

—Amigo mío, mi viejo camarada —le dijo el duque de Guise—, una yo al

placer de devolveros el honor y la vida el de devolver a vuestras manos tanto a vuestro yerno como a vuestra hija. Vivid, Castelnau, ahí tenéis a Juliette… Y vos, señora, ahí tenéis a vuestro amante, quiero que mañana sea vuestro esposo. Juliette… Castelnau… ¡Raunai, al menos ya no sospecharéis virtudes imposibles en el alma de quienes profesan el culto que aborrecéis!

—¡Oh, gran hombre! Señor duque —dijo Raunai en el colmo de la felicidad—, jamás tendrá Francia servidores que puedan compararse con vos.

El duque.— Raunai, ¿seré vuestro amigo?

Raunai.— ¡Ah!, mi liberador.

El duque.— Vuestro amigo, Raunai, vuestro amigo: sólo con este título os conjuro a abandonar unos errores de los que vuestra alma será la triste víctima.

—Raunai —dijo impetuosamente Castelnau—, ofrece tu sangre a nuestro liberador… la mía… la de tu esposa; pero no traiciones nunca tu conciencia; no sacrifiques nunca, con una retractación humillante, de la que tu alma estaría lejos, la felicidad eterna que te espera en el seno de nuestra pura religión.

—Id, amigos míos —dijo el duque—: presionaros más sería perder el fruto de la acción que acaba de dictarme el corazón. Gozad de vuestra gracia y de mi protección, sólo Dios juzgará nuestras almas.

—¡Ah!, señor duque —exclamó Castelnau al retirarse con su hija y su yerno—, que esta tolerancia preciosa os ilumine hasta vuestro último suspiro, y entonces nuestro desgraciado país no volverá a ver su seno inundado con la sangre de sus hijos; esa sangre, que únicamente se debe a la patria, sólo se derramará por ella, y, pronto dueña del mundo, verá caer el universo a sus pies.

El conde de Sancerre no permitió que la corte ignorase la gran acción del duque de Guise. Las dos reinas quisieron abrazar a Juliette y Raunai. Fue entonces cuando se les permitió ir a gozar tranquilamente a su provincia de la libertad que se les otorgaba, bajo juramento de no levantarse nunca en armas contra el Estado. Las reinas inundaron a Juliette a regalos. Anne d’Este incluso, que no se había enterado de una parte de los errores de su esposo sino tras su sublime reparación, quiso ver a su rival; al abrazarla, le rogó que aceptara su retrato.

—Os lo doy —le dijo aquella princesa— para que aumente vuestro triunfo, para que, comparándoos con él, recordéis todos los días cuán asustada debía estar

aquella a quien la nobleza de vuestra alma devuelve la felicidad y la tranquilidad, y que os pide, por tantos motivos, que seáis eternamente su amiga.

Este gran rasgo de la generosidad del duque de Guise no calmó, sin embargo, los disturbios. Dejamos a la historia el cuidado de mostrarlos, y limitémonos nosotros a devolver a su provincia a Castelnau, Raunai y Juliette, donde la prosperidad, la unión más íntima, la existencia más larga y los hijos más hermosos, forjaron para ellos una felicidad sólida… digna recompensa a sus virtudes.

¡Oh, vosotros que tenéis en vuestras manos la suerte de vuestros compatriotas! Ojalá tales ejemplos puedan convenceros de que ahí están los verdaderos resortes con los que se mueve a todas las almas. Las cadenas, las delaciones, las mentiras, las traiciones, los cadalsos hacen esclavos y producen crímenes; sólo a la tolerancia corresponde esclarecer y conquistar los corazones; sólo ella, presentándole virtudes, las inspira y hace adorarlas.

Nota

Una exactitud demasiado escrupulosa en seguir la historia no habría añadido ningún tipo de interés a esta novela; ha sido preciso apartarse de ella para privar a este relato, que pertenece más a la ficción que a la realidad, del aire de matanza y carnicería que hay en nuestros historiadores. Hemos creado, por lo tanto, los personajes de Juliette, de Castelnau y de Raunai; igual que el gesto del duque de Guise. Raunai y Castelnau existen también en la historia; ambos perecieron en los cadalsos de Amboise, y no actuaron como los presentamos, a excepción, sin embargo, de Castelnau, cuyo interrogatorio novelesco se parece bastante al histórico. Hemos hablado muy poco del príncipe de Condé, porque actuó poco en Amboise; es demasiado grande, o absolutamente inactivo; demasiado grande, habría aplastado a Castelnau y a Raunai, sobre quienes queríamos centrar el interés; inactivo, no habría hecho sino enfriar una anécdota… la más ingrata de nuestros anales, impidiendo que de ella resultase una acción enérgica y dramática como debe serlo la de una novela histórica.

LA DOBLE PRUEBA

Hace mucho tiempo que se dijo que la cosa más inútil del mundo era probar a una mujer; los medios de hacerla sucumbir son tan conocidos, su debilidad tan segura, que las tentativas se vuelven completamente superfluas. Las mujeres, como las ciudades en guerra, tienen todas un lado sin defensa; sólo se trata de buscarlo. Una vez descubierto, la plaza pronto se rinde; este arte, como todos los demás, tiene unos principios, de los que pueden deducirse algunas reglas particulares en razón de los diferentes físicos que caracterizan a las mujeres a las que se ataca[66].

Hay, sin embargo, algunas excepciones a esas reglas generales, y para probarlas se escribe la historia.

El duque de Ceilcour, de treinta años de edad, lleno de ingenio, de una apostura encantadora y, cosa que vale más que estas ventajas porque hace valer todas las demás, era dueño de ochocientas mil libras de renta que gastaba con un gusto y una magnificencia incomparables, había puesto en su lista, desde hacía cinco años que gozaba de esta prodigiosa fortuna, a treinta por lo menos de las mujeres más bonitas de París y, como empezaba a cansarse, antes de ser totalmente insensible Ceilcour quiso contraer matrimonio.

Poco satisfecho de las mujeres que había conocido, por no haber hallado en todas más que artificiosidad en lugar de franqueza, aturdimiento en lugar de razón, egoísmo en lugar de humanidad, y jerga en lugar de sentido común…, por haber visto a todas guiarse exclusivamente por motivos de interés o de placer, por no haber encontrado en su posesión más que pudor sin virtud, o libertinaje sin voluptuosidad, Ceilcour se volvió exigente y, para no equivocarse lo más mínimo en un asunto del que dependía el reposo y la felicidad de su vida, decidió poner en práctica al mismo tiempo cuanto podía seducir y cuanto, una vez asegurada su victoria, podía convencerle, destruyendo la ilusión a la que quizá la debía, de lo que realmente le había valido su conquista. Esta clase de maniobra era segura para conducirle hasta una apreciación racional; pero ¡cuántos peligros la rodeaban! ¿Había en el mundo una mujer que pudiera resistir la prueba? Y si la ebriedad de los sentidos en que Ceilcour quería sumirla primero conseguía entregársela, ¿resistiría ella en la caída del prestigio, amaría en última instancia a Ceilcour por sí mismo, o no amaría en él más que su artificio? La estratagema era muy peligrosa; cuanto más se daba cuenta, más determinado estaba a entregarse de modo irremisible a aquella cuyo desinterés quedara suficientemente al descubierto por no amar en él más que a él mismo y por reducir a la nada el fasto de que él iba a rodearse en su propósito de seducirla.

Dos mujeres centraban entonces sus miradas, y en ellas se detuvo, determinado a escoger a la que le mostrara más franqueza y, sobre todo, desinterés.

Una de esas mujeres se llamaba baronesa Dolsé; era viuda desde hacía dos años de un viejo marido que la había desposado a los dieciséis, y que sólo la había conservado dieciocho meses, sin obtener de ella un heredero.

Dolsé tenía uno de esos rostros celestes con que el Albani[67] caracterizaba a sus ángeles. Era alta… muy delgada… con cierta indecisión e indolencia en el carácter… con esa especie de abandono en las maneras que casi siempre anuncia una mujer ardiente que, más ocupada de sentir que de aparentar, sólo parece ignorar que es hermosa para demostrarlo con mayor firmeza. Un carácter dulce, un alma tierna, un espíritu algo novelesco acababan convirtiendo a esta mujer en la criatura más seductora que hubiera por entonces en París.

La otra, la condesa de Nelmours, igualmente viuda y de veintiséis años de edad, poseía una clase de belleza que no era del mismo tipo; una fisonomía marcada, rasgos un poco a la romana, ojos bellísimos, una estatura alta y poderosa, más majestad que gentileza, menos atractivos que pretensiones, un carácter exigente e imperioso, una inclinación excesiva al placer, mucho ingenio, bastante mal corazón, elegancia, coquetería y, a su espalda, dos o tres aventuras, no lo suficientemente claras para empañar su reputación, pero demasiado públicas, no obstante, para que no fuera acusada de imprudencia.

De no escuchar más que a su vanidad o a su interés, Ceilcour no hubiera dudado un momento. En París no había posesión de una mujer tan lisonjera como la de *Mme.* de Nelmours. Arrastrarla a un segundo himeneo era una especie de victoria que nadie osaba pretender; mas el corazón no siempre escucha ese tropel de consideraciones con que el amor propio se nutre: deja que el orgullo las observe, y se decide sin consultarle.

Ésa era la pretensión de M. de Ceilcour. Aunque sintiera en sí un gusto bastante vivo por *Mme.* de Nelmours, al analizar el sentimiento que experimentaba reconocía en él más ambición que delicadeza, y mucho menos amor que pretensión.

Examinaba, por el contrario, el impulso que le arrastraba hacia la interesante Dolsé, no encontraba en él más que una ternura pura, desprovista de cualquier otro motivo. En una palabra, quizá hubiera deseado que le creyeran amante de

Nelmours; pero sólo de Dolsé quería convertirse en esposo.

Sin embargo, demasiado engañado ya por las apariencias de las mujeres, totalmente seguro, por desgracia, de que apenas se las conocía mejor poseyéndolas, desconfiando de sus ojos, no creyendo ya a su corazón, remitiéndose sólo a su cabeza, el duque quiso sondear el carácter de aquellas dos mujeres y decidirse únicamente, como hemos dicho, por aquella de quien le fuera imposible dudar.

A raíz de estos proyectos, Ceilcour se declara primero a Dolsé; la veía con frecuencia en casa de una mujer donde ella cenaba tres veces por semana. Esta joven viuda le escuchó primero con sorpresa, y pronto con interés; independientemente de sus riquezas…, título fútil a ojos de una mujer como la baronesa, Ceilcour tenía tantos atractivos y gentileza de ingenio, un rostro tan delicioso, unas gracias tan conmovedoras… tanta seducción en los modales que difícilmente una mujer podía resistírsele mucho tiempo.

—En verdad —decía *Mme.* de Dolsé a su galán—, es menester que sea yo muy débil o muy loca para haber podido creer que la persona más festejada de París haya podido fijarse en mí; es un breve momento de orgullo por el que no dejaré de ser pronto castigada; pero si es así, decídmelo; engañar a la mujer más sincera que habéis encontrado en vuestra vida sería una injusticia horrible.

—¡Yo engañaros!, bella Dolsé… ¿habéis podido creerlo? ¡Qué despreciable sería quien lo intentara con vos! ¿Se concibe la falsedad junto al candor?… ¿Puede nacer el crimen a los pies de la virtud? ¡Ah, Dolsé!, creed en los sentimientos que os juro: animados por esas deliciosas miradas encantadoras de donde saco su ardor, ¿pueden tener otros límites que mi vida?

—Estas palabras son las que decís a todas las mujeres, ¿creéis que no conozco su jerga? ¡Se trata de decir lo que ellas se creen! El sentimiento y el arte de seducir son dos cosas muy distintas; ¿y para qué gastar el primero si triunfáis en el segundo?

—No, Dolsé, no; vos no debéis saber cómo se engaña, es imposible que os lo hayan enseñado nunca; el galán suficientemente frío para sistematizar el arte de seducir no osaría caer a vuestras rodillas; un rayo de vuestros encantadores ojos, destruyendo sus proyectos de victoria, lo convertiría al instante en un esclavo, y el dios al que habría desafiado lo encadenaría pronto a su culto.

Un sonido de voz tan lisonjero, tanta elegancia en el porte, tantos medios de agradar, en una palabra, reforzaban tan bien estas frases, las animaban de tal modo, les prestaban una energía tan viva, que el alma sensible de la pequeña Dolsé no tardó mucho en pertenecer a Ceilcour.

Cuando el bribón lo supo, atacó enseguida a la condesa de Nelmours.

Una mujer tan consumada, tan llena de ardides y de orgullo, exigía cuidados de otro tipo. A Ceilcour, cuyo propósito, por otra parte, era probar a las dos, y que no sentía por ésta una inclinación tan decidida como por la otra, le costaba algo más trabajo utilizar con ella el lenguaje del amor. Lo que sólo dicta la razón, ¿puede tener el mismo calor que lo que inspira el alma?

No obstante, cualquiera que fuese la diferencia de sentimientos de Ceilcour por una u otra de estas mujeres, estaba decidido a entregarse únicamente a la que resistiera la prueba meditada. ¿La resistiría Nelmours? ¡Bueno! Tenía suficientes encantos para consolarle de su rival y, dado que habría tenido más prudencia, no tardaría en ser la más querida.

—Pero ¿qué es de vos, señora? —le dijo una noche Ceilcour a ésta—. Creo que pensáis vivir retirada; antes no había un paseo… un espectáculo que vos no embellecieseis; volábamos a ellos para veros; los dejabais, y todo era desierto… ¿Y por qué aislarse así? ¿Es apaño esa misantropía?

—¡Apaño!, me gusta la palabra; ¿y con quién, por favor, pretendéis que me apaño?

—Lo ignoro; pero conozco de sobra a alguien que querría apañarse con vos.

—No me lo nombréis, os lo ruego; siento por todos los apaños un odio…

—¿Quién no es irreconciliable?

—Creo que me tomáis por una coqueta.

—¿Es ése el nombre que conviene a la mujer más deliciosa cuya existencia pueda concebirse? Si es así, os lo doy…

Y la condesa, lanzando sobre el duque de Ceilcour miradas tiernas, que apartaba al punto, respondió:

—Realmente sois el hombre más peligroso que conozco; me había prometido cien veces no veros nunca y…

—¡Y bien!, ¿destruye el corazón los proyectos de la cabeza?

—No, nada de eso; imagino proyectos prudentes, pero luego mi inconsecuencia los altera; eso es lo que pasa. Analizadlo como bien os parezca, pero, sobre todo, no veáis en ello nada en vuestro favor.

—Al pensar en prohibírmelo, ¿habéis creído acaso que posiblemente hubiera ahí algo para mi orgullo?

—¿No conozco de sobra a las gentes pretenciosas como vos? La seguridad que tienen de agradar siempre les hace creer que no pueden dejar de triunfar; las palabras más ligeras de una mujer les parecen declaraciones, una mirada es una derrota, y su vanidad, siempre presta a captar nuestras debilidades, no ve nunca en ellas más que triunfos.

—¡Oh, cuán lejos estoy de pensar así!

—Es que cometeríais un gran error.

—Y como no quiero sufrirlos a vuestro lado…

—¿Creéis que no os los perdonaría?

—¿Quién sabe hasta dónde alcanza vuestra cólera?… La afrontaría, no obstante, si estuviera seguro del perdón.

—Os morís de ganas por hacerme una declaración de amor.

—¿Yo?… en absoluto; sería el hombre más torpe si quisiera intentarlo… Al veros, conocería todo el imperio de ese sentimiento de que habláis; él me animaría a vuestro lado, abrasaría mis sentidos… aunque deseara defenderme de él… pero, si hubiera que confesaros todo esto, nunca encontraría las palabras, ninguna pintaría para mi gusto lo que tan bien sabríais inspirarme, y me vería forzado a arder sin poder describir nunca mi amor.

—¡Y bien!, ¿no es eso acaso una declaración?

—¿Queréis tomarlo así?… Es inaudito entonces que me ahorréis el trabajo.

—De veras, señor, sois el hombre más insoportable que jamás he visto en mi vida.

—¡Vaya!, ved lo que es el imperio de la gratitud en un alma bella… Trato de agradaros, y me abrumáis.

—¿Agradarme? Estáis a cien leguas de ello; ¿no es mucho más natural decir simplemente a una mujer que se la ama o que no se la ama, en vez de emplear con ella esa jerga ininteligible con la que tratáis de prenderme?

—Suponiendo que ése fuera mi proyecto, no os engañaría desde el momento en que vos lo habríais adivinado.

—Es decir, que he de ser yo quien os diga si me amáis o no.

—Por lo menos es preciso que me dejéis ver si no os afligiría demasiado atreviéndome a decíroslo.

—¿Se aflige acaso con esas cosas?

—¿Y os interesarían?

—Según.

—¡Qué alentadora sois!

—¿No lo he dicho? Tendré que postrarme a sus plantas.

—O que no os enfadéis al verme caer a las vuestras.

Y Ceilcour, arrojándose a los pies de su bella amada al decir estas palabras, estrechaba amorosamente las manos de aquella mujer encantadora y las abrumaba a besos.

—¡Vaya descuido por mi parte! —dijo Nelmours levantándose—. Y tardaré más de ocho días en arrepentirme.

—¡Ah!, no preveáis las desgracias del amor antes de haber gustado sus placeres.

—No, no, lo más sencillo es no coger nunca rosas cuando, como yo, se temen

las espinas… Adiós, Ceilcour… ¿Dónde cenáis esta noche?

—Lo más lejos de vos que pueda.

—¡Vaya! ¿Y por qué?

—Porque os temo.

—Sí, si me amáis; pero acabáis de decir que no.

—Sería el más desgraciado de los hombres si pensara alguna vez así…

Y como, tras estas palabras, la condesa se precipitaba en su coche, tuvieron que separarse; pero no fue sin que hubiera prometido al duque de Ceilcour que al día siguiente iría a cenar a su casa.

Entretanto, la interesante Dolsé, muy lejos de creer a su galán a los pies de otra, se alimentaba de la dicha de ser amada. No concebía, según le decía a aquella de sus doncellas con que tenía mayor confianza, cómo había podido con tan pocos atractivos conseguir cautivar al hombre más amable del mundo… ¿Por qué merecería ella sus afanes?… ¿Qué haría para conservarlos?… Pero si alguna vez el duque era voluble, ¿no moriría ella de dolor? Nada tan real como lo que decía esta encantadora mujercita, mucho más enamorada de lo que creía: la conocida inconstancia de Ceilcour se habría convertido, sin duda, en el golpe más horrible que ella hubiera podido recibir.

En cuanto a la condesa de Nelmours, nada trágico en sus sentimientos: la halagaba una conquista como la que acababa de hacer, pero no perdía la calma. ¿Ceilcour la tomaba a título de amante? El placer de humillar a veinte rivales era un goce delicioso para su orgullo… ¿Que se casaba con ella? Era divino convertirse en la mujer de un hombre que poseía ochocientas mil libras de renta. De este modo, el interés o la vanidad hacían para ella las veces del amor; mas, a pesar de esto, sus proyectos de resistencia no eran menos meditados. Si el duque sólo quería convertirla en amante, era esencial hacerle languidecer; cuanto más buscara volverse digno de agradarla, más se fijarían en ella todos los ojos. Rindiéndose enseguida, podía ser cosa de dos días, y en lugar de un triunfo, no encontraría más que la humillación. Aún era de mayor importancia defenderse bien suponiendo que Ceilcour tuviera el matrimonio por meta: ¿no renunciaría a sus proyectos si obtenía de las manos del amor lo que sólo deseaba tener del himeneo? Había, pues, que adivinar sus intenciones, retenerle…, moderarle si se inflamaba demasiado… reanimarle si escapaba… De este modo la astucia, la coquetería, el artificio y la

falsedad debían ser las armas a emplear, mientras que la tierna Dolsé, entregada por entero a su candor, no iba a mostrar más que verdad…, inocencia y ternura. Pero la condesa estaba sola al concebir todos estos planes: pronto vamos a ver si lo que una mujer como ella resuelve en el silencio de sus pasiones se realiza igual cuando se las inflama.

Ésta era la situación cuando el duque, decidido a la primera parte de su prueba, resuelve empezar por la baronesa. Era entonces el mes de junio, época en que la naturaleza se desarrolla con tanta magnificencia. Ceilcour invita a la baronesa a pasar dos días en una finca soberbia que poseía en los alrededores de París, donde pensaba seducirla con todo lo más elegante que pudiera inventar y conocer suficientemente su alma en esta primera aventura como para adivinar de antemano cuál sería el resultado de la prueba que luego intentaría como desenlace.

Ceilcour, el más galante, el más magnífico de los hombres y uno de los más ricos, no ahorró nada para hacer la fiesta que destinaba a Dolsé tan agradable como espléndida. La condesa, que no debía formar parte del plan, ignoró incluso su existencia, y el duque había tenido cuidado de incluir entre los acompañantes que destinaba a la baronesa sólo a mujeres tan por debajo de ella que ninguna se sorprendiera por el incienso que iba a ofrecer a sus pies; en cuanto a los hombres, el duque estaba seguro de ellos… Todo iba, pues, a doblegarse ante el ídolo, sin que hubiera en ello nada alarmante para el galán, ni nada que debiera eclipsar a la amada.

Dolsé se llamaba Irene: unos fuegos artificiales ofrecidos a esta amable viuda el día de su santo eran el pretexto para la diversión preparada.

Ella llega: a una legua del castillo se dejaba la carretera para entrar en las avenidas. Un carro de nácar, que formaba una especie de trono cubierto por un pabellón verde y oro, enjaezado con seis ciervos adornados de flores y cintas, guiado por un muchacho representando al Amor, esperaba a la baronesa al borde del camino; es sacada de su coche y llevada al trono por doce muchachas bajo el emblema de los juegos y las risas; cincuenta caballeros armados a la antigua escoltan el carro lanza en ristre; y todo llega hendiendo los aires.

Una vez en los patios del castillo, una mujer alta, vestida como en los tiempos de caballería, escoltada por doce *vírgenes*[14] y precedida de Ceilcour, acude a recibir a la baronesa al apearse de su carruaje y la acompaña hasta el pie de la escalinata. Nuestro hombre, vestido de caballero, más hermoso que Marte bajo este atavío, y a quien se hubiera tomado por el valiente Lanzarote del Lago, esa estrella

de la Tabla Redonda[68], dobla una rodilla ante la baronesa cuando la ve entrar, y la introduce en el edificio.

Allí todo está preparado para uno de esos festines que antaño se denominaban *corte plenaria*; las salas estaban llenas de mesas adornadas de diversa suerte. En el momento en que Dolsé aparece, se dejan oír las fanfarrias, los oboes, las flautas, comienzan las albadas los ministriles; los malabaristas acuden para hacer mil números encantadores, y los trovadores cantan por todas partes las alabanzas de la heroína celebrada. Ella entra, por fin, con su caballero, en una última sala donde le esperaba la comida más deliciosa, servida en una mesa muy baja, rodeada de tumbonas. Las doncellas le ofrecen agua en aguamaniles de oro que contienen los más suaves perfumes, y sus hermosos cabellos que llegan al suelo le sirven para enjugarse. Entonces cada caballero elige una dama para comer en su mismo plato[15], y como fácilmente se adivina, Ceilcour y Dolsé se encuentran pronto juntos. A los postres, los trovadores reaparecen para entretener a la baronesa con endechas e improvisaciones.

Acabada la comida, pasan a una liza preparada; es una llanura inmensa, adornada a lo lejos por magníficos pabellones; mas la parte destinada a los combates está rodeada de anfiteatros cubiertos de tapices verde y oro. Los heraldos de armas recorren la carrera, anunciando un torneo en el que *se harán proezas*. Los jueces del campo acuden a inspeccionar la liza. Nada iguala la belleza de estos preparativos y, sobre todo, del panorama: a un lado se ven los trofeos, en los que apenas se puede fijar la vista por el fulgor de los rayos del sol que se reflejan por todas partes; además, los caballeros, que se arman, que ensayan, una muchedumbre innumerable, y, mientras los ojos maravillados no saben adónde dirigirse preferentemente, el aire resuena a lo lejos por la multitud de instrumentos dispersados en cada rincón de la llanura, a los que se une el ruido confuso de los aplausos y las aclamaciones.

Entretanto, las mujeres adornan las escalinatas; la baronesa da la señal, y justas *à la foule*[16] inician el torneo. Cien caballeros verde y oro son los paladines y llevan los colores de la baronesa; un número igual, de rojo y azul, son los asaltantes; éstos parten con ímpetu, diríase que sus corceles, al no hallar la tierra bastante rauda para llevarlos hasta el enemigo, acaban de lanzarse a los aires. Se abaten sobre los paladines… Los jinetes se mezclan, los caballos relinchan…, las armas se rompen, unos derriban a sus enemigos, otros, mezclados en el polvo, sólo se distinguen por los esfuerzos que hacen para impedir ser aplastados. A este espantoso desorden se mezclan el ruido de los tambores, los gritos de la concurrencia; todos los guerreros de los cuatro rincones del mundo parecen

haberse reunido en esta llanura para inmortalizarse a los ojos de Belona y de Marte.

Este combate, del que los verdes han salido victoriosos, cesa para dejar sitio a las justas regladas.

Caballeros de todos los colores, cada uno conducido por su dama, que lleva de una brida de nudos de flores el corcel de su amante, avanzan unos contra otros y combaten así durante unas horas. Un héroe se presenta a la postre, va vestido de verde, desafía a todo aquel que se presente en la liza… anuncia altivamente que nada iguala la belleza de Dolsé; disputan, y más de veinte guerreros, derribados por él, se ven obligados a ir a confesarse vencidos a los pies de la heroína de Ceilcour, que impone a todos distintas condiciones, cumplidas por ellos al instante.

Habiéndose ocupado todo el día de esa primera parte del espectáculo, *Mme.* de Dolsé, que aún no había tenido tiempo de orientarse, es llevada a sus habitaciones, donde Ceilcour le pide permiso para ir a recogerla dentro de una hora a fin de enseñarle sus jardines durante la noche. Esta proposición alarma por un instante a la ingenua Dolsé.

—¡Oh, cielos! —le dice Ceilcour—, ¿no conocéis acaso las leyes de la caballería? Una dama está a salvo en nuestros castillos como en su propio *palacio*; el honor, el amor y la decencia, ésas son nuestras leyes, ésas son nuestras virtudes; cuanto más nos enciende la belleza a la que servimos, más nos encadena a sus pies el respeto.

Dolsé, sonriendo a Ceilcour, promete, pues, acompañarle a cualquier parte a la que tenga el designio de llevarla, y cada cual va a prepararse para el segundo acto de esta agradable fiesta.

A las diez de la noche, Ceilcour va en busca del objeto de sus desvelos; las conchas de fuego que iluminaban la ruta que se debía seguir formaban, mediante diferentes cordones de luz, los dos nombres enlazados del galán y de la amada en medio de los atributos del amor: así fue como llegaron a la sala del espectáculo francés, donde los principales actores de este teatro representaron *Le Séducteur y Zéneide*[69]. Al salir de la comedia, pasaron a otra parte del parque.

Allí se encuentra una sala de festín deliciosa, cuyo interior sólo está decorado por guirnaldas de flores naturales, entrelazadas en un millón de velas.

Durante la comida, un guerrero montado y armado con todas las piezas se

presenta y viene a desafiar a uno de los caballeros que se encuentra a la mesa; éste se levanta, le visten sus armas; los dos combatientes suben a una explanada frente a la mesa de la cena, y ofrecen a las damas el placer de verles batirse de tres maneras diferentes; hecho esto, se ve volver en tropel a los malabaristas, a los trovadores, a los ministriles, y cada uno con su arte divierte a la reunión hasta el fin de la cena; mas todo se refiere a Dolsé: pantomima, verso, música, todo la canta, todo la celebra, todo es análogo a sus gustos, sólo se trata de ella.

Lejos de ser insensible a tanta delicadeza, sus ojos, llenos de amor y gratitud, describen a su caballero los sentimientos que la agitan…

—Hermoso señor —le dice ingenuamente—, si todavía estuviéramos en esas épocas tan renombradas, creo, en verdad, que me habrías elegido por vuestra dama…

—Ángel celestial —le responde en voz baja Ceilcour—, en cualquier época que hubiéramos vivido, estábamos destinados el uno para el otro; dejadme gozar el encanto de creerlo mientras espero el de convenceros de ello.

Tras la cena pasaron a una sala distinta, y ésta, adornada sin arte, ofrece al natural los diversos decorados necesarios para dos deliciosas óperas de Monvel[70], que los mejores comediantes italianos ejecutan allí ante los ojos mismos del amable autor de las dos piezas, el cual, más amable aún en sociedad de lo que delicioso es en sus ingenuas y encantadoras obras, había tenido a bien encargarse de los planes y de la ejecución de la brillante fiesta.

La aurora viene a iluminar el desenlace de la segunda pieza, y se vuelve al castillo.

—Señora —dice Ceilcour a la baronesa, al devolverla a su habitación—, perdonad si sólo puedo concederos unas pocas horas de sueño; pero los caballeros de esta fiesta, que sólo están animados por vuestros ojos, que no combaten con ardor sino cuando han merecido vuestros elogios, no quieren emprender mañana la importante conquista de la torre de los gigantes si no están seguros de vuestra presencia… ¿Les negaríais este favor? Mejor enterado que ellos de lo que debe rematar esta singular aventura, no debo siquiera dejaros ignorar que esta presencia, siempre tan deseada en todas partes, resulta aquí muy esencial: el caballero de las armas negras, gigante furioso de esa torre, que nos asola junto con los suyos desde hace muchos años… que a veces viene a hacer incursiones hasta las puertas mismas de mi castillo, en fin, ese peligroso caballero, obligado a ceder

ante el ascendiente de vuestra estrella, perderá la mitad de sus fuerzas tan pronto como haya visto vuestros encantos. Apareced, pues, bella Dolsé, y que cuanto os rodea pueda decir conmigo que, fijando por siempre el amor y el placer en nuestros dichosos climas, trajisteis a ellos al mismo tiempo la calma y la tranquilidad.

—Os seguiré siempre, caballero —dijo la baronesa—, y ojalá esa calma de que creéis que dispongo se encuentre con más seguridad en todos los corazones de lo que reina ahora en el mío.

Dos grandes ojos azules llenos de ardor se clavan, al decir estas palabras, en los de Ceilcour, y llevan al fondo de su corazón dardos divinos que no se apagarán jamás.

La señora de Dolsé se acostó en medio de gran agitación; tanta delicadeza, desvelos y galantería de parte de un hombre al que idolatraba, acababan de sumir sus sentidos en una especie de delirio que no había experimentado jamás; y como después de cosas tan resplandecientes le parecía imposible que aquel que lo llenaba por entero no ardiese en el mismo sentimiento, se entregó indefensa a una pasión que no parecía ofrecerle más que delicias y que, sin embargo, le preparaba muchos males.

En cuanto a Ceilcour, firme en su proyecto de prueba, por más profunda que fuera la llaga que acababan de abrir las tiernas miradas de tan hermosa mujer, resistió y se prometió con más firmeza que nunca no rendirse sino a la más digna de encadenarle eternamente.

Desde las nueve de la mañana, los clarines, los címbalos, los cuernos, las trompetas, llaman a los caballeros a las armas y despiertan a la baronesa… Demasiado emocionada por haber pasado una buena noche, pronto está preparada para la partida; desciende, Ceilcour la esperaba; cincuenta caballeros verdes, armados con todas sus piezas, toman al punto la delantera; la baronesa y Ceilcour los siguen en una calesa del mismo color, tirada por doce pequeños caballos sardos, igualmente pintados de verde, revestidos con arneses de terciopelo cosido en oro. En cuanto llegan al bosque, que el caballero de las armas negras había convertido en su residencia, a unas cinco leguas del castillo de Ceilcour, ven a seis gigantes armados de mazas, montados en enormes caballos, abatiendo a sus pies a los cuatro caballeros que galopaban en vanguardia.

Todo se detiene: Ceilcour y su dama avanzan hasta la cabeza del

destacamento, y de ella parte un heraldo de armas con orden de preguntar al gigante de la torre negra, uno de los que acababan de aparecer, si será bastante descortés para negar la entrada en sus Estados a la dama del Sol, que viene a invitarle a cenar con el caballero de las armas verdes, que tiene el honor de servirla.

El heraldo avanza: el caballero se aproxima igualmente a la linde del bosque: su estatura, su maza, su caballo, su finura, sus gestos… todo impone, todo es horroroso; la entrevista transcurre ante los ojos de ambos partidos, y el heraldo vuelve para decir que nada puede doblegar a *Catchukricacambos*.

—Los rasgos luminosos de la dama del Sol —había dicho— ya me han arrebatado la mitad de mi poder; lo experimento, nada se resiste al poder de sus ojos; pero lo que queda de mi libertad es demasiado querido para mí como para consentir en perderlo sin defenderlo; corred, pues, a decir a esa dama —había añadido el gigante— que de mí no tendrá nada que no consiga por la fuerza, y aseguradle que combatiré con tanto ardor a los guerreros que la acompañan como evitaré miradas… pues uno solo de sus rayos bastaría para encadenarme a sus rodillas.

—¡Al combate…, al combate, amigos míos! —exclama Ceilcour, abalanzándose sobre un soberbio caballo—, y vos, señora, seguidnos de cerca, puesto que vuestros ojos deben asegurarnos la victoria; con un enemigo tan poderoso como éste que vamos a combatir, conviene emplear la fuerza y la astucia al mismo tiempo.

Avanzan; los gigantes se multiplican; se los ve salir de todos los rincones del bosque; los caballeros verdes se dividen para poder hacer frente a todo; presionan los flancos de sus fogosos corceles, saben disminuir el ascendiente de sus enemigos con la astucia y la rapidez, y les lanzan golpes que no pueden evitar personas a las que embarazan su estatura y el peso de las armas. La heroína sigue de cerca a los que combaten por ella; lo que su hierro evita, sus hermosos ojos lo destruyen… Todo cede…, todo se retira en desorden; los vencedores arrollan a los vencidos en lo más espeso del bosque, y por fin llegan junto a un claro, en medio del cual está situado el castillo de *Catchukricacambos*.

Era un amplio y alto pabellón, flanqueado por cuatro torres de un mármol negro como el azabache; sobre los muros se veían, simétricamente colocadas, iniciales y trofeos de armas en plata; un foso rodeaba el edificio, en el que sólo se penetraba por un puente levadizo; tan pronto como los enanos negros que guarnecían lo alto de las torres divisan la calesa de la dama del Sol, hacen llover

sobre ella una nube de pequeñas flechas de ébano, en cuyas puntas había un gran ramo. En diez minutos, Dolsé, su coche, sus caballos, y más de cuatro toesas en torno a ella, se encuentran cubiertos de rosas, de jazmines, de lilas, de junquillos, de claveles y de tuberosas… apenas se lave bajo estas masas de flores.

Sin embargo, ya no se divisa un solo enemigo; todo ha entrado en el castillo, cuyas puertas se abren al instante. Ceilcour llega entonces conduciendo, encadenado por una cinta verde, al caballero de las armas negras, quien, tan pronto como se ve junto a la baronesa, se precipita a sus pies y se reconoce en voz alta su esclavo. Le suplica que honre su morada con su presencia, y todos entran, vencedores y vencidos, todos penetran en el castillo a los sones de címbalos y clarinetes.

Llegada al patio interior, la baronesa se apea y pasa a unas salas magníficamente decoradas donde la reciben, inclinándose, sesenta mujeres, esposas de los caballeros vencidos, y que parecen tener más de ocho pies de alto. Cada una de estas mujeres sostiene un cestillo lleno de los más bonitos presentes, pero formados todos ellos, sin embargo, de cosas simples, aunque singulares y raras, a fin de no herir la delicadeza de Dolsé, que no hubiera aceptado joyas de valor: eran flores y frutos naturales de la más bella y de la más rara especie; los había de todas las partes del mundo. Ropas de mujeres, asimismo de las diferentes clases de todos los países posibles, una inmensidad de cintas de todos los colores, figurillas de alcorza, confituras, treinta cajas de esencias, de pomadas y de flores de Italia, los encajes más soberbios, flechas y carcajes de salvajes, algunas antigüedades romanas, vasos griegos muy preciosos, manojos de plumas de todos los pájaros de la tierra, sesenta pelucas de mujer, tanto de nuestras modas como de otras naciones del mundo, quince clases diferentes de pieles y más de treinta parejas de pequeños animales raros, de sorprendente belleza, entre los que se veían tórtolas amarillas y lilas de China, más allá de toda ponderación, tres servicios completos de porcelanas extranjeras y dos de Francia, cajas de mirra, de áloe y de muchos otros perfumes de Arabia, entre los que estaba el nardo que los israelitas sólo quemaban ante el arca del Señor, una hermosa colección de piedras preciosas, de cajas de canela, de azafrán, de vainilla, de café, en las especies más raras y seguramente más indígenas, cien libras de velas color de rosa, cuatro mobiliarios completos, uno de satén verde brocado en oro, otro de damasco de tres colores, otro de terciopelo, el cuarto de pequín, seis tapices de Persia y un palanquín de la India.

Cuando la baronesa ha visto todo, los gigantes colocan simétricamente estos objetos sobre un anfiteatro preparado en la sala del festín; entonces el caballero de

las armas negras se adelanta y, doblando la rodilla ante Dolsé, le suplica que acepte aquellos dones, asegurándole que son las leyes de la guerra, y que él los hubiera exigido de su enemigo si hubiera sido bastante afortunado para vencerle. Dolsé se ruboriza… quiere defenderse; lanza sobre su caballero miradas en las que reina el apuro en medio de mucho amor… Ceilcour oprime las dos manos de aquella encantadora mujer, las cubre de lágrimas y besos; la conjura a no afligirle hasta el punto de despreciar bagatelas de tan leve importancia; lágrimas involuntarias corren de los hermosos ojos en los que Ceilcour se abrasa cada vez más. La baronesa no tiene fuerza para decir sí…, pero su gratitud lo expresa, y con eso vale.

Otras escalinatas, frente a aquellas en que están expuestos los presentes, se llenan al punto de gigantes vencidos. *Catchukricacambos* pide a la baronesa que se les permita ejecutar algunos trozos de música compuestos por él.

—Carente de armonía, señora —añade—, este arte sublime no puede ser ejercido en nuestros bosques como en el seno de vuestras brillantes ciudades; pero vos les haréis señal de callarse tan pronto como os desagraden.

Y en el mismo instante se deja oír la obertura de *Iphigénie*[71], ejecutada con tanta mayor precisión cuanto que quienes la tocan son los mismos que la ejecutan en la Ópera.

Se sientan a la mesa al sonido de esta deliciosa música, que varía sus trozos y hace oír alternativamente a dos de los mayores maestros de Europa. Los enanos negros y los gigantes son los únicos que sirven la comida, a la que sólo se admite a los caballeros vencedores y a unas pocas mujeres del cortejo de la baronesa. La magnificencia, la delicadeza y el lujo presiden todos los servicios, y *Catchukricacambos*, a quien se ha permitido hacer los honores, cumple este cometido con tantas gracias como elegancia.

Al levantarse de la mesa, este noble gigante pregunta a la baronesa si una partida de caza en su bosque podría proporcionarle alguna satisfacción. Arrastrada de placer en placer, creyéndose en un mundo nuevo, ella acepta todo con aire de alegría; los vencedores se mezclan a los vencidos, y se coloca a la dama del Sol en un trono de flores, elevado sobre un cerro que domina todos los caminos del bosque que conducen al castillo de mármol negro.

Apenas llega ella cuando más de sesenta ciervas blancas adornadas con gruesos nudos de cinta rosa, que parecen perseguir los cazadores, vienen a echarse

a sus pies, donde unos monteros las encadenan con trenzas de violetas.

Mientras tanto, el día acaba… las trompetas hacen sonar la partida; todos los caballeros, amigos o enemigos, ya han regresado de la caza y parecen esperar sólo las órdenes de su jefe. Ceilcour ofrece la mano a su dama para ayudarla a subir de nuevo a la bonita calesa que la ha traído. En ese instante las puertas del castillo negro se abren con estrépito: un carro inmenso sale de él; es una especie de teatro ambulante tirado por doce magníficos caballos, sobre el cual están ordenados en forma de decorado todos los dones hechos a la dama del Sol; cuatro de las más hermosas gigantas prisioneras son encadenadas a las cuatro esquinas del carro con guirnaldas de rosas; esta soberbia máquina pasa la primera.

Se disponían a seguirla cuando Ceilcour ruega a la baronesa volver una vez más sus miradas hacia el castillo del gigante que acaba de darle de cenar… Ella mira: el edificio está ya casi todo entero consumido por el fuego; desde lo alto de las ventanas, desde la explanada de las torres, se precipita en grupos, en medio de las llamas, la innumerable cantidad de pequeños negros a los que se ha visto servir en la comida; piden ayuda, lanzan gritos que, mezclándose a los silbidos de los torbellinos abrasados, vuelven el espectáculo tan majestuoso como imponente. La baronesa se asusta; su alma compasiva y dulce no puede tolerar nada que parezca afligir a sus semejantes; su galán la tranquiliza; le prueba que todo cuanto ve no es más que artificio y decorado… Ella se calma; el edificio está en cenizas, y vuelan al castillo.

Todo está preparado para un baile. Ceilcour lo abre con Dolsé, y se siguen las danzas al son de los instrumentos más variados y agradables.

Mas ¿qué golpe imprevisto parece perturbar la fiesta? Son aproximadamente las diez de la noche cuando un caballero aparece; viene alarmado. *Catchukricacambos*, dice, para vengarse del trato que ha recibido, de las contribuciones que se le han impuesto y del incendio de su castillo, llega a la cabeza de un numeroso ejército para aniquilar al caballero de las armas verdes, a su amada y sus posesiones.

—¡Vamos, señora! —exclama Ceilcour, ofreciendo su mano a Dolsé—, vamos a ver si es cierto antes de asustarnos…

Abandonan el baile tumultuosamente, llegan a la entrada de los arriates, y al punto se vislumbran en la lejanía cincuenta carricoches de fuego, todos enjaezados con animales del mismo elemento, y cuyas formas son extraordinarias. Aquella

formidable legión avanza majestuosamente… Cuando están a cien pasos de los espectadores, de cada uno de esos carros mágicos sale una nube de bombas, de la que brota al estallar en los aires una lluvia de marcasitas que, al volver a caer, forma las iniciales de Ceilcour y de Dolsé.

—Es un enemigo galante —dice la baronesa—, y ya no le temo.

Pero el fuego no cesa; masas enormes de cohetes y de abanicos de fuego se suceden rápidamente; el aire está abrasado. En ese momento, se ve a la Discordia descender en medio de los carros; los divide con sus serpientes; ellos se separan… se alejan y ofrecen el espectáculo sublime de un carrusel… ejecutado por los carricoches de fuego; insensiblemente esos carros se mezclan, se confunden, se envían mutuamente granadas; algunos chocan entre sí, vuelcan, se estrellan; más de otros treinta, cogidos por grifos y águilas monstruosas, son lanzados impetuosamente a los aires, donde estallan a más de quinientas toesas; cien grupos de Amores escapan entonces de sus restos, formando guirnaldas de estrellas; descienden insensiblemente sobre la terraza en que está la baronesa, permanecen allí más de diez minutos suspendidos sobre su cabeza, llenando el parque entero de un grado de luz tan vivo que el astro mismo hubiera sido empañado; una música de las más dulces se deja oír, y este majestuoso artificio, sostenido por los encantos de la armonía, seduce a tal punto la imaginación que se vuelve imposible no creerse, o en los campos del Elíseo, o en este paraíso voluptuoso que nos prometió Mahoma.

Una profunda oscuridad sucede a estos fuegos deslumbrantes; regresan a la casa. Pero Ceilcour, que cree llegado el momento de la primera parte de la prueba destinada a su amada, la arrastra suavemente bajo un bosquete de flores, donde asientos de césped reciben a los dos.

—¡Y bien!, hermosa Dolsé —le dice—, ¿he podido conseguir entreteneros por un momento, y debo temer que os arrepintáis de la complacencia que habéis tenido de venir a aburriros dos días al campo?

—¿Puedo tomar esa pregunta de otro modo que como una burla —dice Dolsé—, y no debo enfadarme viéndoos emplear conmigo un tono distinto al de la sinceridad? Habéis hecho cosas extravagantes, y debería reñiros por ellas.

—Si el único ser que amo en el mundo ha podido disfrutar un instante de placer, ¿puede tratarse cuanto he hecho como vos decís?

—No se imaginó nada más galante, pero esa profusión me ha desagradado.

—¿Y el sentimiento que me inspiró todo también os ha molestado?

—¿Queréis adivinar mi corazón?

—Desearía mucho más, querría reinar en él.

—Estad bien seguro al menos de que nadie podría tener más derecho a ello.

—Eso es alentar la esperanza junto a la incertidumbre, y turbar todos los encantos de la una con los tormentos horribles de la otra.

—¿No sería la más desgraciada de las mujeres si creyera en el sentimiento que tratáis de describir?

—¿Y yo no sería el más infortunado de los hombres si no consiguiera inspirároslo?

—¡Oh!, Ceilcour, ¡queréis hacerme llorar toda mi vida la felicidad de haberos conocido!

—Querría hacéroslo adorar, querría que ese instante de que habláis fuera tan precioso para vos como lo son para mi corazón todos aquellos en que el amor me ató para siempre a vuestros pies…

Y Dolsé, derramando algunas lágrimas:

—No conocéis mi sensibilidad, Ceilcour… no, no la conocéis… ¡Ah!, no acabéis de extraviar mi razón si no estáis seguro de merecer mi corazón… no sabéis lo que me costaría una infidelidad… Miremos todo lo que ha pasado como palabras corrientes…, como placeres que pintan vuestro gusto y vuestra delicadeza, por los que os quedo muy agradecida, pero no vayamos más lejos; prefiero, para mi tranquilidad, veros como el más amable de los hombres a estar obligada un día a miraros como el más cruel; mi libertad me es querida, su pérdida siempre me ha costado lágrimas, y las derramaría muy amargas si no fuerais más que un seductor.

—¡Qué injuriosos son vuestros temores, Dolsé, qué horrible es para mí verlos en vos, cuando hago todo por destruirlos!… ¡Ah!, lo siento, siento que esos rodeos no están hechos sino para informarme de mi destino… Es preciso que

renuncie a traspasar a vuestra alma los fuegos que devoran la mía… es preciso que encuentre la desgracia de mi vida donde desearía la felicidad… y seréis vos… ¡seréis vos, cruel, quien habrá destruido toda la dulzura de mi existencia!

La oscuridad no permitió a Ceilcour ver en ese momento el estado de su bella amada, pero estaba cubierta de lágrimas… los sollozos cortaban su respiración… Quiere levantarse y salir del bosquecillo; Ceilcour la detiene y, obligándola a sentarse de nuevo, le dice:

—No…, no, no huiréis sin que yo sepa a qué atenerme… Decid qué debo esperar, devolvedme la vida o hundid ahora mismo un puñal en mi seno… ¿Mereceré un día algún sentimiento de vos, Dolsé… o he de resolverme a morir de desesperación por no haber podido enterneceros?

—Dejadme, dejadme, os lo suplico, no arranquéis una confesión que no aportará nada más a vuestra felicidad y que perturbará toda la mía.

—¡Oh, justo cielo! ¿Es así como yo debía ser tratado por vos?… Os entiendo, señora…, sí, pronunciáis mi condena… aclaráis mi horrible suerte… ¡Pues bien!, soy yo quien va a dejaros… quien va a ahorraros el horror de estar más tiempo con un hombre al que odiáis.

Y al pronunciar estas palabras Ceilcour se levanta.

—¿Yo odiaros? —dijo Dolsé reteniéndole a su vez—… ¡ah!, sabéis de sobra lo contrario… Vos lo queréis… pues bien, sí… os amo… Ya está dicha esa palabra que tanto me costaba… pero si abusáis de ella para mi tormento… si alguna vez amáis a otra… me precipitaréis a la tumba.

—¡Momento el más dulce de mi vida! —dijo Ceilcour cubriendo de besos la mano de su amante—… ¡La he oído, he oído esa palabra lisonjera que va a constituir toda la alegría de mi vida! —y estrechando las dos manos que tiene sobre su corazón—: ¡Oh, vos, a quien adoraré hasta mi último suspiro —prosigue con vehemencia—, si es cierto que he podido inspiraros algo, ¿por qué vacilaríais en convencerme de ello… por qué dejar para otros instantes la posibilidad de ser feliz? Este asilo solitario… el silencio profundo que reina en derredor… este sentimiento con que los dos ardemos… ¡Oh, Dolsé!… ¡Dolsé! No hay más que un instante para gozar, no dejemos que se escape.

Y, al decir estas palabras en las que se pinta el ardor de la más viva pasión, Ceilcour estrecha fuertemente en sus brazos el objeto de su idolatría… Pero la

baronesa, escapándose, exclama:

—Hombre peligroso, ya sabía yo que no querías más que engañarme… Déjame huir, pérfido… ¡Ah!, ya no eres digno de mí…

Luego, continuando con furor:

—Ésa es la promesa de amor y de respeto… ésa es la recompensa de la confesión que me has arrancado… ¡Es por contentar un deseo por lo que me has juzgado digna de ti!… ¡Cómo me has despreciado, cruel! ¿Debía esperar ser vista por Ceilcour sólo bajo este aspecto insultante?… Vete a buscar mujeres lo bastante viles para no querer de ti más que placeres, y déjame llorar el orgullo que había puesto en poseer tu corazón.

—¡Criatura angélica! —dice Ceilcour cayendo a los pies de aquella mujer celeste—… no, no lloréis la posesión de este corazón al que vos os dignáis conceder algún precio. Vuestro es… vuestro es para siempre… en él reinaréis despóticamente. Perdonad un instante de error a la violencia de mi pasión… este crimen es el vuestro, Dolsé, es obra de vuestros encantos, sería una injusticia horrible querer castigarme por él. Olvidadlo… olvidadlo, señora… es vuestro amante quien os conjura a ello.

—Volvamos, Ceilcour… me habéis hecho darme cuenta de mi imprudencia…, no me creía en peligro a vuestro lado… Tenéis razón, la culpa es mía.

Y tratando siempre de salir del bosquete:

—¿Queréis verme expirar a vuestras rodillas? —dice Ceilcour—… No, no las dejaré hasta que no me hayáis perdonado.

—¡Oh!, señor, ¿cómo puedo excusar la acción de vuestra vida más capaz de probarme vuestra indiferencia?

—Esa acción sólo era debida al exceso de mi amor.

—No se envilece lo que se ama.

—Perdonad el delirio de los sentidos.

—Levantaos, Ceilcour, quedaría más castigada que vos si tuviera que dejar

de amaros… Bien, os perdono, pero no me ultrajéis más, no humilléis a aquella de la que esperáis, según decís, vuestra felicidad. Cuando se tiene tanta delicadeza en el espíritu, ¿puede faltar en el corazón?… Si es cierto que me amáis como yo os amo, ¿habéis sido capaz de querer sacrificarme al capricho de un momento? ¡Cómo me miraríais ahora si hubiera satisfecho vuestros deseos, y cómo me despreciaría a mí misma si esa debilidad hubiera envilecido mi alma!

—Mas ¿no me detestaréis, Dolsé, por haber sido seducido por vuestros atractivos?… ¿No me odiaréis por no haber escuchado por un instante del amor… más que su ardor y su embriaguez? ¡Ah!, oiga yo una vez más ese perdón al que aspiro.

—Venid, venid, Ceilcour —dijo la baronesa, arrastrando a su amante al castillo—; sí, os perdono…, pero será de mejor voluntad cuando ambos estemos lejos del peligro; huyamos de cuanto puede renovarlo, y puesto que ambos somos bastante culpables… vos por haber conocido mal el amor, yo por haber presumido demasiado de él, ocultémonos por siempre de cuanto podría multiplicar nuestros errores facilitando la recaída.

Ambos volvieron al baile; poco antes de entrar, Dolsé cogió la mano de Ceilcour.

—Mi querido amigo —le dijo—, ahora ya estáis perdonado de buena fe… No me acuséis ni de mojigatería ni de severidad, aspiro realmente a vuestro corazón, y mi debilidad me lo hubiera hecho perder… ¿Me pertenece aún por entero?

—¡Oh, Dolsé! Sois la más prudente… la más delicada de las mujeres, y siempre seréis la más adorada.

No pensaron más que en el placer… Ceilcour, encantado de su operación, estaba en el colmo de la alegría: ésta es la mujer que me conviene, ésta es la que debe hacer mi felicidad; la segunda y nueva prueba a la que aún quiero someterla resulta casi inútil con un alma como la suya; no debe existir una sola virtud sobre la tierra que no se encuentre en el corazón de mi Dolsé; debe de ser el asilo de todas… Imagen del cielo, debe de ser tan puro como él. Pero, sin embargo, no nos ceguemos —prosiguió—, he prometido dejar de lado cualquier prevención… La condesa de Nelmours es aturdida, ligera, jovial, tiene encantos como Dolsé, y su alma quizá sea igual de bella… Probemos.

La baronesa partió al salir del baile; Ceilcour, que la condujo en una calesa de seis caballos hasta el final de sus alamedas, le hizo repetir su perdón; le juró mil veces adorarla siempre, y se separó de aquella mujer encantadora tan seguro de su amor como de la virtud y de la delicadeza del alma de Dolsé.

Los presentes que la baronesa había recibido en casa del caballero de las armas negras se le habían adelantado sin que lo supiese; encontró su casa decorada con ellos cuando volvió.

—¡Ay! —dijo al ver aquellos dones—, ¡qué momentos tan lisonjeros me hará experimentar constantemente su vista si me ama con la sinceridad que yo creo! Pero ¡cuánto desgarrarán mi corazón estos presentes funestos si no son más que los frutos de la ligereza de este hombre encantador, o simples efectos de su galantería!

El primer cuidado de Ceilcour, de vuelta en París, fue ir a casa de la condesa de Nelmours; ignoraba si ésta se había enterado de la fiesta que acababa de dar a Dolsé y, en caso de que estuviera enterada, sentía mucha curiosidad por saber qué habría producido ese proceder en un alma tan orgullosa.

Acababa de enterarse de todo. Ceilcour es recibido fríamente; le pregunta cómo es posible abandonar un campo donde goza de placeres tan deliciosos. Ceilcour responde que no imagina cómo una broma de sociedad… unos fuegos artificiales ofrecidos a una amiga, puede causar tanto escándalo…

—Convenceos, bella condesa —continúa—, de que, si como pretendéis, quisiera dar una fiesta, sólo a vos me atrevería a proponerla.

—Por lo menos no haríais el ridículo como acabáis de hacer, tomando por dama de vuestros pensamientos a una pequeña mojigata a la que no se ve en ninguna parte y que, sin duda, se aísla así sólo para ocuparse más novelescamente de su hermoso caballero.

—Es cierto, me doy cuenta de mis errores —responde Ceilcour— y, desgraciadamente, no conozco más que una forma de repararlos.

—¿Y cuál es?

—Pero es preciso que os prestéis a ella… y no querréis jamás.

—¿Y qué pinto yo en todo eso?

—Escuchad antes de enfadaros. Unos fuegos a la baronesa de Dolsé es ridículo, lo admito, y para repararlo no se me ocurre otra cosa que una fiesta a la condesa de Nelmours.

—Yo, ¡convertirme en la imitamonas de esa mujercita… dejarme arrojar flores a la nariz, como espectáculo!… ¡Oh!, por una vez admitiréis que, si con eso borramos vuestros errores, sólo sería a cambio de cometerlos yo misma, y no tengo ni ganas de compartir vuestras locuras a costa de mi reputación ni el designio de ocultar vuestra inconsecuencia llenándome de ridículo.

—Sin embargo, no parece muy claro que sea uno enorme dar flores a una mujer.

—¿Tenéis ya a esa mujer?… En verdad, os felicito por ello, es la pareja más bonita… Al menos me lo diréis… debéis hacerlo… ¿no sabéis acaso cuánto me intereso por vuestros placeres?… ¿Quién hubiera pensado hace seis meses que sería esa criaturita… con un talle de muñeca… ojos bastante bonitos, si queréis, pero que no dicen nada… un aire de pudor… que me crisparía si yo fuera hombre… y no más formada que si saliese del convento? Porque ha leído algunas novelas, esa mujer se imagina que tiene filosofía en el espíritu, y que debe correr al punto la misma carrera que nosotras. ¡Ah, nada tan divertido… dejadme que me ría a gusto, por favor! Pero no me digáis que os ha costado mucho esfuerzo… Veinticuatro horas… estoy segura. ¡Ah! Ceilcour, ¡bonita historia! Quiero divertir con ella a París, pretendo que el universo admire tanto vuestra elección como vuestro gusto por las fiestas…, porque, dejando a un lado la burla, dicen que era de una elegancia… Así pues, ¿me hacéis la gracia de poner los ojos en mí para suceder a esa heroína?… ¡Qué gloria la mía!

—Bella condesa —dijo Ceilcour con la mayor sangre fría—, cuando vuestros sarcasmos hayan acabado, trataré de hablaros razonablemente… si es posible.

—Vamos, hablad, hablad, os escucho, justificaos si os atrevéis.

—¿Justificarme yo?… Tendría que haber cometido errores para justificarme, y el que ahora me suponéis, ¿no es imposible, después de los sentimientos que sabéis que tengo por vos?

—Yo no sé que tengáis ningún sentimiento por mí, no sé que me hayáis mostrado nunca ninguno; si así fuera, desde luego no habríais dado una fiesta a Dolsé.

—¡Eh!, dejadlo ahí ya, señora, es una broma sin consecuencia; he dado un baile y algunas flores a Dolsé, pero sólo es a la condesa de Nelmours… a la mujer que más amo del mundo a quien pretendo dar una fiesta…

—Si por lo menos con ese proyecto de dar dos hubierais empezado por mí…

—Mas pensad que ése sólo es un problema de calendario: si santa Irene precede en él a santa Enriqueta en tres semanas, ¿es culpa mía? ¿Y qué importa este frívolo arreglo, si Irene reina sola en el fondo de mi corazón, y no puede ser precedida por nadie?

—Sé de sobra que me lo habéis dicho, pero ¿cómo queréis que lo crea?

—Hay que conocerse muy poco o carecer de orgullo para aventurar cuanto hoy acabáis de decir.

—¡Oh, más despacio! La inconsecuencia sólo os atañe a vos; no hay un grado de vanidad menos en mí; todavía no me pongo por debajo de vuestra diosa, y he creído poder hacer bromas sobre los dos sin hacer creer por ello en mi humildad.

—Sed, pues, justa por una vez en vuestra vida; apreciad las cosas en lo que valen, y con ello todos saldremos ganando.

—Es que cometí la locura de pretender fijarme en vos… lo había considerado como una especie de triunfo, cuyo aniquilamiento me desagradaría… Juradme que esa pequeña indolente nunca os ha inspirado nada.

—¿Es de aquel a quien encadenáis del que hay que exigir ese juramento? No os perdono siquiera el pensarlo… y si hiciera lo que debo, me enfadaría por ello hasta el punto de no volver a veros.

—¡Ah!, ya sabía yo que el muy granuja me obligaría a pedirle excusas.

—Nada de eso, pero es que hay cosas tan inverosímiles…

—Probablemente es lo que hay en todo este asunto.

—Porque, si os fijáis bien, ¿por qué tanto jaleo?

—No quiero nada de cuanto dé la impresión de apartaros de mí.

—Pero ¿puede salir algo bien?

—¡Qué sé yo! ¿Quién conoce a los hombres?

—Entonces no me confundáis siempre.

—Imagino que preferiríais que os perdonase.

—Debéis hacerlo… Vamos, nada de chiquillerías, y venid a pasar dos días en mi casa para saber allí, con más certeza que en París, si es cierto que he concebido siquiera la idea de una fiesta para una mujer distinta de mi querida condesa…

Y el astuto personaje, cogiendo entonces una mano de aquella a la que prueba, la lleva sobre su corazón.

—Cruel —le dice con arrebato—, cuando vuestra imagen está grabada ahí para no borrarse nunca, ¿debéis suponer que otra puede hacer vacilar en él vuestro imperio?

—Vamos, no hablemos más… pero para prometeros dos días…

—Cuento con ello.

—De veras, sería una locura.

—La haréis.

—Vayamos, pues; vuestro ascendiente sobre mí se impone, y triunfaréis siempre.

—¿Siempre?

—¡Oh! No en todo, hay ciertos límites que no franquearé jamás… y si pensara que, en todo esto, existe el más mínimo proyecto sobre mi razón, desde luego, me negaría.

—No, no, será respetada esa razón severa… Sea lo que fuere lo que debo perder, ¿las miras que sobre vos tengo podrían unirse a la seducción? Se engaña a una mujer a la que se desprecia…, de la que se quieren los placeres de un momento para no volver a ocuparse de ella tan pronto como se han disfrutado; pero ¡de qué

diferente naturaleza es el proceder que se emplea con aquella de quien se espera la felicidad de su vida!

—Me gusta ver en vos algo de prudencia… Puesto que lo queréis, iré a veros… pero nada de fastos, que mediante esta diferencia se vea la que debe existir entre mi rival y yo; quiero por lo menos que se diga que habéis obrado con esa criaturita como con una mujer con la que se está obligado, y conmigo, como con la amiga más sincera de vuestro corazón.

—Creed —dijo Ceilcour al marcharse— que sólo vuestros deseos serán la norma de mi conducta… que trabajo un poco para mí en esa fiesta cuyo homenaje os dignáis aceptar, y que sería muy difícil que yo quedase satisfecho en esos ojos encantadores si no viera al placer despertando al amor y reinando a su lado.

Ceilcour fue a preparar todo; entretanto vio dos o tres veces a la condesa, a fin de que nada pudiera enfriar las resoluciones que ella había tomado; hizo asimismo dos visitas secretas a Dolsé, cuyo amor no cesó de alimentar con su pasión; entonces pudo convencerse más que nunca de la delicadeza de sentimientos de esta mujer sensible y discernir sobre todo cuál sería su dolorosa aflicción si se enteraba de que desgraciadamente había que engañarla. Le ocultó con el mayor cuidado la fiesta proyectada para Nelmours, y del resto se abandonó plenamente a su destino y a las circunstancias. Cuando uno tiene el designio de casarse, y cuando *motivos poderosos* nos determinan a ello, tras haber hecho cuanto uno puede para evitar el escándalo, es menester entregarse sin temor a las inevitables secuelas de un proyecto cuyas precauciones perturbarían quizá su cumplimiento y perjudicarían por tanto nuestras miras.

El 20 de julio, víspera del santo de *Mme.* de Nelmours, esta encantadora mujer parte por la mañana para dirigirse al castillo; llega a mediodía a la entrada de las avenidas; dos genios la reciben en su carroza y le ruegan pararse un instante.

—No os esperábamos hoy, señora, en los Estados del príncipe Oromasis —dice uno de ellos—; muy ocupado por una pasión que le devora, ha venido a retirarse aquí para gemir en libertad; debido a sus proyectos de soledad ha ordenado destruir todos los caminos de su imperio.

Y, en efecto, al recorrer la condesa con los ojos la inmensa avenida que aparece ante ella, no ve más que árboles totalmente despojados de su follaje, un aspecto árido y desierto… un camino quebrado por todas partes que no ofrece a cada paso sino barrancos y precipicios. Víctima un momento de la broma, dice:

—¡Oh! Ya sabía yo que sólo se le ocurrirían cosas ridículas; si es así como necesita recibirme, lo libero de su galantería y me vuelvo.

—Pero, señora —dice uno de los genios reteniéndola—, sabéis que al príncipe le basta decir una palabra para hacer cambiar al instante la faz del universo; permitid, pues, que le informemos de vuestra presencia, y de inmediato dará las órdenes para facilitar vuestra llegada hasta él.

—Entretanto, ¿qué queréis que haga?

—¡Oh!, señora, ¿se necesita acaso un siglo para informar al príncipe?

El genio golpea el aire con su varita, un silfo sale de detrás de un árbol, cruza los aires con rapidez, vuelve con más rapidez aún. Apenas llegado a la carroza de la condesa para advertirla de que es dueña de apearse, vuelve a partir con la misma presteza, y en este segundo trayecto todo cambia a medida que él hiende los aires. Aquella avenida agreste, solitaria, destruida, donde no se veía ni un alma, de pronto llena por más de tres mil personas, ofrece a los ojos de la condesa la decoración de una feria soberbia, adornada con cuatrocientas tiendas a cada lado de la alameda, colmadas con toda suerte de joyas y objetos de modas. Muchachas encantadoras y pintorescamente ataviadas estaban al frente de aquellas tiendas y anunciaban sus mercancías. Las ramas de aquellos árboles desnudos y despojados un momento antes sucumben ahora bajo el peso con las guirnaldas de flores y de frutos con que están cargados, y el camino, quebrado hace un momento, no es ahora más que un tapiz de verdor que se recorre en medio de un bosque de rosales, lilas y jazmines.

—En verdad, vuestro príncipe es un loco —dice la condesa a los dos genios que la acompañan.

Pero, al pronunciar estas palabras, cambia de color y resulta fácil discernir sobre los rasgos de su fisonomía cuán orgullosa y halagada está por los cuidados que se han tomado para sorprenderla e interesarla. Avanza.

—Princesa —le dice uno de los dos genios que la guían—, todas esas bagatelas, todas esas frivolidades que vuestros ojos más brillantes que el relámpago pueden distinguir en esas tiendas, os son ofrecidas; os suplicamos tengáis a bien elegir, y lo que vuestros dedos de alabastro se hayan dignado tocar, se encontrará esta noche en los aposentos que os están destinados.

—Es muy decoroso —responde la condesa—; sé cuánto molestaría al dueño

de estos lugares si rehusara esta galantería, pero seré discreta.

Y, avanzando por las alamedas, recorre tanto a derecha como a izquierda las tiendas que le parecen más elegantes; toca muy pocas cosas, pero desea muchas; y como era escrupulosamente observada, y no perdían ni uno solo de sus gestos ni de sus miradas, se anota con la misma exactitud tanto lo que indica como lo que desea; se observa asimismo que alaba la belleza de algunas mujeres que despachan las joyas… Y pronto se verá de qué manera Ceilcour satisface sus menores deseos.

A treinta pasos del castillo, nuestra heroína ve llegar a su galanteador bajo el emblema del genio del Aire, seguido de otros treinta genios que parecen formar su corte.

—Señora —dijo Oromasis (téngase a bien reconocer bajo este nombre a Ceilcour)—, estaba lejos de esperarme el honor que os dignáis hacerme: me habríais visto volar hacia vos si hubiera previsto tal favor; permitidme —continuó inclinándose— besar el polvo de vuestros pies, e inclinarme ante la divinidad que preside en el cielo y que rige los movimientos de la tierra.

Al mismo tiempo, el genio y cuanto le rodea se prosternan con el rostro sobre la arena, hasta que la condesa hace un gesto ordenándoles levantarse: entonces, todos se encaminan hacia el castillo.

Apenas llegados al vestíbulo, el hada Potencia, protectora de los dominios de Oromasis, viene respetuosamente a saludar a la condesa: era una mujer alta de unos cuarenta años, muy bella, majestuosamente vestida, y cuyo aire afable sólo presagiaba cosas halagüeñas.

—Señora —le dice a la diosa del día—, el genio al que venís a visitar es mi hermano; su poder, que no es tan amplio como el mío, no le permitiría recibiros como merecéis si yo no colaborara en sus intenciones. Una mujer se confía mejor a una persona de su sexo; permitid, pues, que os acompañe y que haga obedecer todas las órdenes que os plazca dar.

—¡Amable hada! —responde la condesa—, no puedo sino estar encantada con lo que veo; os haré, pues, partícipe de todos mis pensamientos; y la primera prueba de mi confianza es el permiso que os pido para pasar unos minutos en los aposentos que me estén destinados: hace mucho calor, he caminado muy deprisa, y desearía ponerme ropa más fresca.

El hada pasa la primera, los hombres se retiran y *Mme.* de Nelmours llega a

una sala muy amplia, donde las pruebas de una nueva galantería de su amante no tardan en presentarse a sus ojos.

Esta mujer elegante… incluso en sus debilidades, tenía una bastante perdonable en una mujer bonita. Dueña en París de la casa más magnífica y mejor distribuida del mundo, fuese donde tuviera que ir nunca abandonaba su delicioso retiro sin echarlo de menos; estaba acostumbrada a su cama, a sus muebles, y se apenaba interiormente cuando tenía que estar en otra parte. Ceilcour no lo ignoraba. El hada avanza; con su varita golpea uno de los muros de la sala en que ambas se encuentran; el tabique se desmorona y presenta, al caer, la habitación entera que Nelmours posee en París. Los mismos adornos, los mismos colores… los mismos muebles… la misma distribución.

—¡Oh! De veras, con detalle tan delicado —dice— me conmueve hasta el fondo del alma.

Ella entra, y el hada la deja en medio de las seis mujeres que más había admirado en la alameda; estaban destinadas a servirla. Su primer cuidado es presentarle unos cestillos en los que la condesa encuentra doce clases de atuendos completos… Escoge… la desvisten, y luego, antes de ponerse los nuevos vestidos que le ofrecen, cuatro de aquellas jóvenes la frotan, la relajan a la manera oriental mientras otras dos van a prepararle un baño, donde descansa una hora en aguas de jazmín y de rosa; le ponen, al salir, los magníficos vestidos que eligió… Llama, el hada viene a recogerla, y la conduce a una soberbia sala de festines.

Un centro de la mayor belleza cubría una mesa redonda, y sólo dejaba, más allá de él, un círculo cubierto de flores de naranjos y de hojas de rosas, que subía y bajaba a voluntad; este círculo, destinado a contener los platos, no tenía, sin embargo, ninguno; la condesa de Nelmours, una de las mujeres de París que mejor sabía comer bien, podía no estar satisfecha con lo que le servirían: a Ceilcour le había parecido más agradable permitir que ella misma eligiese su cena. Cuando la hubo invitado a sentarse, y cuando los puestos que había en torno al círculo de flores fueron ocupados por su séquito y por él en número de veinticinco hombres y otras tantas mujeres, la condesa leyó, en un librito de oro que le fue presentado por el hada, un menú de cien especies diferentes de platos que sabían que eran sus preferidos. Cuando ella escogía, el hada golpeaba, el centro se hundía, dejando no obstante a su alrededor una rampa de igual forma en que estaban puestos los platos, y el círculo de flores, remontando al punto, volvía cargado de cincuenta platos de la clase que había escogido *Mme.* de Nelmours. Tras probar estos platos, o cuando con sólo la vista el capricho se le pasaba, escogía uno nuevo, que aparecía

inmediatamente de la misma manera y en igual número, sin que pudiera comprenderse mediante qué ardid llegaba todo lo que deseaba con tanta rapidez. Abandona los platos indicados por el libro, pide otra cosa: igual obediencia, igual prontitud.

—Oromasis —dice entonces la condesa al genio del Aire—, esto es excesivamente singular… Estoy en casa de un mago: dejadme que huya de una casa peligrosa en la que siento que ni mi razón ni mi corazón podrían estar a salvo.

—Nada tengo que ver con todo esto, señora —responde Ceilcour—, esta magia la hacen vuestros deseos; ignoráis su poder; continuad probando y triunfaréis siempre.

Cuando abandonaron la mesa, Ceilcour propuso a la condesa un paseo por sus jardines. Apenas habían dado treinta pasos cuando se encuentran frente a una magnífica extensión de agua, de bordes tan bien disimulados que es imposible ver dónde acaba aquel inmenso estanque; parece un mar. De pronto, tres bajeles dorados, cuyos cordajes son de seda púrpura y cuyas velas de tafetán del mismo color están brocadas en oro, aparecen por occidente; llegan otros tres por el lado opuesto, en los que todo cuanto debe ser de madera es de plata, y lo demás de color rosa. Aquellos navíos están preparados para enfrentarse y se da la señal de combate.

—¡Oh, cielos! —dice la condesa—, esos bajeles van a luchar: ¿y por qué motivo?

—Señora —responde Oromasis—, voy a explicároslo. Si esos guerreros pudieran oírnos, quizá aplacaríamos su disputa; pero la pelea está ya demasiado entablada, nos sería difícil ablandarlos. El genio de los Cometas, que manda los bajeles de oro, vio cómo hace un año le raptaban, de uno de sus palacios luminosos, a su joven favorita Azélis, cuya belleza, según dicen, es incomparable; el raptor era el genio de la Luna, a quien veis al frente de la flota de plata; ese genio transporta su conquista al fuerte que está allí, sobre aquella roca —prosiguió Oromasis señalando sobre la cresta de una montaña que tocaba las nubes una ciudadela inexpugnable—: ahí es donde encadena a su presa, perpetuamente defendida por la flota que mantiene en este mar y a cuya cabeza le veis hoy. Pero el genio de los Cometas, decidido a todo para recuperar a Azélis, acaba de llegar en los bajeles que ante vos veis, y si consigue destruir los de su adversario se apoderará del fuerte, raptará a su amada y la devolverá a su imperio. Habría, sin embargo, un medio sencillo para acabar con la disputa: una sentencia del destino

condena al genio de la Luna a devolver a su enemigo la belleza que le cautiva en el instante en que sus ojos sean sorprendidos por una mujer más bella que Azélis; ¿quién duda, señora —prosiguió Oromasis—, que vuestros encantos son superiores a los de esa joven? Si os mostráis ante ese genio, liberaréis a la desdichada cautiva que tiene encadenada.

—Muy bien —dijo la baronesa—, pero ¿no quedaré obligada a ocupar su puesto?

—Sí, señora, es inevitable, mas él no abusará inmediatamente de su victoria; un truco, tan fácil como ingenioso, me devolverá pronto a vuestras rodillas. En cuanto estéis en poder del genio de la Luna, habrá que pedirle con insistencia que os haga ver la isla de los Diamantes de la que es dueño: él os conducirá allí; que vaya él con vos, es cuanto quiero: sólo allí su poder se encuentra sometido al mío, y me basta con aparecer en esa isla para raptaros de su poder. De este modo, señora, habréis hecho una hermosa acción liberando a Azélis, no habréis corrido ningún riesgo, y no por ello dejaréis de estar de regreso esta noche en mis Estados.

—Todo esto está muy bien —prosiguió la condesa—, mas pensad que, para realizar esa hermosa acción, es preciso que yo sea más bella que Azélis.

—¡Ah!, si lo sois más que cualquier otra mujer de la tierra, ¿por qué tener miedo a serlo menos que Azélis? Pero, por desgracia, quizá ya sea tarde, y si el genio de los Cometas termina triunfando, vuestra generosa ayuda es inútil. Ya están los bajeles prestos a encontrarse, aguardemos el desenlace del combate.

Apenas ha dicho Ceilcour estas palabras, las flotas empiezan a cañonearse… Durante más de una hora de una y otra parte se hace un fuego infernal… Los navíos se juntan por fin, una infantería formidable inunda los puentes… Chocan, se abordan, los seis bajeles no constituyen más que un solo campo sobre el que se pelea con ardor; de todas partes parecen caer muertos; la mar está teñida de sangre, cubierta de desdichados que se lanzan a ella esperando encontrar su salvación en las olas. Sin embargo, toda la ventaja es del genio de la Luna, los bajeles de oro se disgregan, los mástiles caen, las velas se desgarran, apenas quedan aún en esa flota algunos soldados para defenderla; el genio de los Cometas sólo piensa en la huida, trata de soltarse, lo consigue; su flota se separa, pero ya no está en condiciones de afrontar el mar; el genio que la manda, viendo a la muerte rodearle por todas partes, se lanza a un esquife con algunos marineros; justo a tiempo: apenas ha escapado cuando sus navíos, los tres lanzados a los aires mediante pólvora encendida por el enemigo en sus flancos, se rompen con horrible

estrépito, y vuelven a caer en tristes desechos sobre la superficie agitada de las aguas.

—Es el espectáculo más hermoso que he visto en mi vida —dice la condesa, estrechando las manos de su amante—; parece como si hubierais adivinado que la cosa que más deseaba en el mundo era ver un combate naval.

—Pero, señora —responde Oromasis—, ¿veis adónde os lleva eso? Con el alma generosa que sé que tenéis, vais a volar en ayuda de Azélis, a devolverla al príncipe de los Cometas, que, como veis, se dirige hacia nosotros para solicitar vuestro apoyo.

—¡Oh!, no —dice la condesa riendo—, no tengo suficiente orgullo para emprender semejante aventura… Pensad qué humillación si esa jovencita resultara más hermosa que yo… Y, además, hallarme encaramada a seiscientas o setecientas toesas de tierra… sin vos… con un hombre que no conozco… que quizás sea muy atrevido… ¿Me respondéis de las consecuencias?

—¡Oh!, señora, vuestra virtud…

—¿Mi virtud?… Por favor, ¿cómo queréis que una esté pensando en las virtudes de este bajo mundo cuando está tan cerca de los cielos? Y si resulta que ese genio se os parece, ¿creéis que podría defenderme de él?

—Los medios de sustraeros a todos los peligros os son conocidos, señora; desead ver la isla de los Diamantes, y os robo al punto de las manos de ese audaz.

—¿Quién os dice que estaremos a tiempo? Todo eso supone horas; no hacen falta más que seis minutos y un hermoso genio para volver infiel a una amante… Vamos, vamos, acepto sin embargo —continúa la condesa—… pero me fío de vos, y más todavía de vuestra amable hermana; si no me abandonáis ninguno de los dos, estaré tranquila…

El hada promete; llega en ese instante el genio vencido, que solicita más vivamente aún las bondades de la amante de Oromasis… Ella está decidida; hacen una señal; la fortaleza responde.

—Partid, señora, partid —dice Oromasis—; el genio de la Luna acaba de oírme, está dispuesto a recibiros.

—¡Eh!, por favor, ¿cómo queréis que llegue a lo alto de aquella roca, cuya

cima a duras penas alcanzaría un pájaro?

Entonces el hada golpea el aire con su varita… Cuerdas de seda, que nadie había visto, con un cabo en una orilla, fuertemente atadas a los muros del fuerte por el otro cabo, se tensan con rigidez; un carro de porcelana blanca, enjaezado con dos águilas negras, desciende rápidamente del fuerte por medio de las cuerdas que acabamos de indicar. Cuando está en tierra, le dan la vuelta con rapidez; las águilas, mirando hacia el fuerte, parecen dispuestas a remontar hasta él; la condesa y dos de sus mujeres se lanzan al carro; y tarda menos el relámpago en cruzar una nube que ese frágil vehículo en llevar hasta las barreras del fuerte el precioso peso que se le confía.

El genio avanza, viene a recibir a la princesa…

—¡Oh, decretos sagrados del destino! —exclama al verla—… he aquí a la que me es anunciada… he aquí a la que va a encadenarme para siempre y la que va a liberar a Azélis. Pasad, señora, venid a recibir mi mano, venid a gozar de vuestro triunfo…

—¡Vuestra mano! —dijo *Mme.* de Nelmours algo asustada—. Realmente no me apetece demasiado; no importa, sigamos avanzando, dentro de poco capitularemos.

Las puertas se abren y la condesa penetra en pequeñas estancias deliciosas, cuyos techos, muros y suelos son de porcelana, tan pronto variada como de un solo color. Ni un solo mueble de aquella morada celeste era de una composición igual.

—Permitid —dijo el genio, dejando a su dama en un gabinete de porcelana amarilla y blanca—, permitid que vaya en busca de mi cautiva para vos… es menester que una confrontación más exacta asegure todavía mejor vuestra victoria…

El genio sale.

—Realmente —dice la condesa dejándose caer sobre un canapé de porcelana guarnecido de cojines de pequín azul—, es un genio agradablemente alojado; imposible encontrar una casa más fresca…

—Pero hay que tener cuidado con las caídas, señora —le responde aquella de sus mujeres a la que se ha dirigido—; mucho me temo que cuanto vemos sólo sea artificio y que no estemos aquí sino en los aires, con excesivo riesgo.

Al mismo tiempo, las tres tantean los muros y reconocen que el edificio entero en que se encuentran no es más que de cartón barnizado con tal arte que a una primera ojeada todo aquello se habría tomado realmente por la más bella porcelana.

—¡Oh, cielos! —dice *Mme.* de Nelmours con un terror bastante divertido—, vamos a caer de cabeza al primer viento, y estamos aquí en el mayor de los peligros.

Pero las precauciones estaban demasiado bien tomadas, y la que se encontraba en aquel decorado mágico era demasiado querida para el inventor de la galantería, tales riesgos no eran de temer.

El genio reaparece. ¡Qué sorpresa para la condesa!… La que traen… la mujer que viene a rivalizar en belleza con ella… es Dolsé… es aquella rival tanto o más temida; mejor dicho, y no tengamos al lector inquieto por más tiempo… la imagen… la completa réplica de Dolsé, una muchacha tan perfectamente conforme a ella que todo el mundo se equivoca.

—¡Y bien!, señora —dice el genio—, puesto que las leyes del destino me condenan a devolver esta prisionera tan pronto como una mujer más hermosa haya sorprendido mis ojos, ¿creéis ahora que puedo romper sus cadenas?

—Señora —dice la condesa adelantándose hacia la joven, a la que sigue tomando por Dolsé—… explicadme todo esto, os lo ruego.

—¿Podéis quejaros —responde la joven— cuando este paso asegura vuestro triunfo humillándome?… Reinad, princesa, reinad, sois digna de ello, dejadme huir de vuestra presencia, dejadme sepultar para siempre mi derrota y mi humillación…

Y la mujercita desaparece, dejando todavía a la condesa en la completa ilusión de que aquella a la que acaba de ver es su rival, pero sin poder descubrir qué fatalidad extraña puede traerla en esta circunstancia.

—¿Estáis satisfecha, señora —dijo entonces el genio—, y consentiréis en darme vuestra mano?

—Sí —responde la condesa prevenida—, pero como condición, antes de estrechar nuestros vínculos, habéis de darme de cenar esta noche en la isla de los Diamantes, y hasta la hora de dirigirnos a ella yo recorreré a mis anchas vuestra

singular morada.

Se otorgan las condiciones y la condesa continúa visitando los mágicos aposentos del genio de la Luna. Llega por fin a un gabinete pintado en porcelana del Japón, en cuyo centro, sobre una mesa, había un pequeño palacio de diamantes. Nelmours los examina, los comprueba.

—¡Oh!, por lo que a éstos se refiere —dice a sus mujeres—, no hay fraude como en las murallas de esta casa, y nunca vi nada más bello. ¿Qué es esta joya? —pregunta al genio—, explicádmela, os lo ruego.

—Es mi regalo de bodas, señora, es la representación exacta del palacio de la isla en que me pedís cenar esta noche… Os dignaréis —continuó al ofrecérselo— aceptarlo de antemano como precio de los favores que espero de vos.

—¡Ah! —respondió *Mme.* de Nelmours—, vamos demasiado deprisa. Vuestros diamantes son deliciosos, y los acepto de todo corazón… pero confieso que de buena gana querría que no me comprometiesen a nada… A mi delicadeza le desagradan esos acuerdos.

—¡Pues bien, cruel! —prosiguió el genio—, haced cuanto os plazca… disponed de mí a vuestro gusto, aquí todo os pertenece; mi castillo, mis joyas, mis muebles, los dominios que esta noche vamos a recorrer juntos, todo es vuestro, y sin compromisos, puesto que os desagradan; me remitiré a vuestro corazón, y esperaré todo de las disposiciones que me esforzaré por hacer nacer en él.

La mesa donde está el edificio de diamantes se hunde al punto bajo tierra, para volver a subir trayendo, en lugar de piedras preciosas, frutos helados de toda especie; el genio invita a la condesa a refrescarse; ella acepta, mas no sin lamentar amargamente la desaparición del pequeño palacio de pedrerías, cuya vista parecía importarle mucho.

—¿Dónde está esa linda joyita? —dice con inquietud—… vuestras promesas…

—Están cumplidas —dice el genio—; lo que echáis en falta, señora, adorna ya vuestro aposento.

—¡Ah, Dios! —responde nuestra heroína tras un instante de turbación y de reflexión—, veo que hay que tener cuidado con lo que aquí se dice; los deseos que se muestran quedan satisfechos con una presteza que podría terminar por

alarmarme… Dejemos este lugar mágico, acerquémonos un poco más a la tierra, la luz mengua, quizá la isla donde debemos cenar está lejos, apresurémonos a dirigirnos a ella.

—Pero ¿no os asustará, señora —prosiguió el genio—, la forma en que vamos a dejar esta morada celeste?

—¿Cómo? ¿No será en ese carro volante que me ha traído hasta aquí?

—No, señora, conoced todo el horror de mi destino: desde el momento en que no consentís hacerme feliz en esta morada, no me está permitido pretender volver a verla; dominado por la influencia de los planetas que me rodean, estoy obligado por ellos a perder insensiblemente cada parte de mis Estados en la que sólo experimento rigores de las mujeres que he deseado: la soberbia isla de los Diamantes, a la que voy a guiaros, desaparecerá igualmente para mí si no os decidís a convertiros en mi mujer.

—¿Así que vais a perder ese lindo castillito de naipes?

—Sí, señora, se engullirá con nosotros.

—Me hacéis temblar, esa manera de viajar es muy peligrosa; juzgad el miedo que vais a causarme, a mí, que nunca viajo en coche sin temor a volcar.

—La hora apremia, señora —dijo el genio—, y no tenemos un momento que perder; dignaos tenderos sobre ese canapé, cubríos vos y vuestras mujeres con esas cortinas de seda que os ocultarán el peligro y, sobre todo, no tengáis ningún temor.

Nada más pronunciarse estas palabras, nada más cubrirse la condesa, un trueno horrible se deja oír, y en un abrir y cerrar de ojos, sin haber experimentado más movimiento que el de sentirse descender como por una trampilla… de pronto, se encuentra, al abrir sus cortinas, en una especie de trono colocado sobre la cubierta de una falúa, bogando sobre el mismo mar en que se había librado el combate; se encontraba en medio de doce pequeños bajeles, cuyos cordajes no estaban hechos más que de rayos de luces; los mástiles, los puentes, los aparejos, la caja del navío, todo ello no ofrecía sino masas de fuego. Los remeros eran muchachas de dieciséis años, hechas como para ser pintadas, coronadas de rosas y sencillamente vestidas con pantalones de color carne que, oprimiéndoles el talle, dibujaban agradablemente todas sus formas.

—¡Y bien! —dijo el genio a la condesa, acercándose respetuosamente a ella—

, ¿os habéis cansado del camino?

—Sería difícil hacerlo con más suavidad; pero mostradme el punto del que hemos partido.

—Allí está, señora —dijo el genio—, pero ya no queda vestigio alguno ni de la roca ni del castillo.

Efectivamente, todo se había abismado al mismo tiempo, o mejor dicho, todo se había transformado artísticamente en la encantadora falúa que ahora ocupaba la condesa.

Mientras tanto los marineros reman… las olas gimen bajo sus multiplicados esfuerzos, cuando de pronto una música encantadora se deja oír sobre las galeras que bogan en conserva con la de nuestra heroína; las orquestas están dispuestas de forma que se responden mutuamente, a la manera de las fiestas de Italia, y la música no cesa en todo el camino; pero varía tanto por los diversos trozos que se ejecutan como por la diferencia de los instrumentos. A este lado se oyen flautas mezcladas a los sones de las arpas y las guitarras; en otra parte no son más que voces; aquí, oboes y clarinetes; allá, violines y bajos, y, por todas partes, conjunto y acorde.

Estos sonidos halagadores y melodiosos… este ruido sordo de los remos que descienden por todas partes en cadencia… aquella calma pura y serena de la atmósfera, aquella multitud de fuegos repetidos en los espejos de la onda… aquel silencio profundo para que no se pueda oír sino aquello que sirve a la majestad de la escena… todo seduce y embriaga los sentidos, todo sume al alma en una dulce melancolía, imagen de esa voluptuosidad divina que se pinta en un mundo mejor[72].

Se divisa por fin la isla de los Diamantes, el genio de la Luna se apresura a mostrársela a aquella a la que allí conduce; era fácil distinguirla, no sólo por los luminosos rayos que escapaban de todos sus lados, sino más aún por el soberbio edificio que forma su centro.

Este edificio de orden corintio es una rotonda inmensa, sostenida por columnas que parecen diamantes por los brillos claros de que están formadas. El domo es de un fuego púrpura, imitando al topacio y al rubí, y que, contrastando del mejor modo posible con el fuego blanco de las columnas, imprime al conjunto del edificio la apariencia del palacio de la divinidad misma; no se podría ver nada

más bello.

—Ésa es, señora —dijo el genio—, la isla en la que habéis deseado cenar; pero antes de abordarla, me es imposible no confiaros mis temores… Como veis, ya no estoy en mi elemento; el genio del Aire, que ha tenido a bien enviaros a mí, puede venir a reclamaros a esa isla donde, demasiado débil para osar combatirle, será menester que tenga el dolor de cederos. Por tanto, sólo vuestro corazón puede tranquilizarme, señora; dignaos decirme, al menos, que sus movimientos serán a favor mío…

—Lleguemos… lleguemos —dice *Mme.* de Nelmours—, que la fiesta que me preparéis sea bonita, y ya veremos lo que haré por vos.

A estas palabras, toman tierra al borde de un camino cubierto de flores, iluminado a derecha e izquierda por haces de luces, representando grupos de náyades, cuyas bocas y mamas lanzan a lo lejos chorros de un agua clara y límpida. La condesa desciende al ruido de los instrumentos de su flota, conducida por el genio, y seguida por una multitud de ninfas, dríades, faunos y sátiros que la acompañan retozando a su alrededor; así llega al palacio de los Diamantes.

En medio de la rotonda, tan magníficamente decorada en el interior como soberbiamente iluminada en el exterior, aparece una mesa redonda, dispuesta para cincuenta personas, iluminada por los reflejos de luz que parten del centro de la bóveda, sin que pueda verse los hogares que los lanzan[17]. El genio de la Luna presenta a la condesa de Nelmours un círculo de genios de ambos sexos, pidiéndole permiso para sentarlos al festín para ella preparado. La condesa lo concede, y se sientan a la mesa.

Cuando ella se ha sentado, una música dulce y voluptuosa se deja oír desde lo alto de la bóveda, y, en el mismo instante, veinte jóvenes sílfides descienden de los aires, y adornan la mesa con tanto arte como presteza. Al cabo de diez minutos, otras divinidades aéreas retiran el viejo servicio y lo renuevan con igual rapidez, pareciendo perderse al remontar a las nubes que sin cesar se arremolinan en el centro de la bóveda, y de la que parecen bajar cada vez que hay que variar los platos que traen: lo cual hicieron doce veces durante la comida.

En cuanto aparece la fruta, una música brillante y guerrera reemplaza la de la cena…

—¡Oh, cielos!, estoy perdido, señora —dice el genio que acaba de hacer los

honores de la fiesta—, mi rival llega… oigo a Oromasis, y no puedo defenderme contra él.

Dicho esto, el estrépito aumenta; Oromasis aparece en medio de una tropa de silfos, y, volando a los pies de su amada, exclama:

—¡Al fin os encuentro, señora! Y mi enemigo, vencido sin combatir, no podría disputaros.

—Poderoso genio —responde al punto la condesa—, nada iguala el placer de volver a veros; mas os ruego que tratéis humanamente a vuestro rival… No puedo sino alabarme de su magnificencia y de sus gentilezas.

—Que sea, pues, libre, señora —prosiguió Oromasis—; rompo las cadenas que podía ponerle; que goce incluso, con tanta facilidad como yo, de la felicidad de veros constantemente… Mas dignaos seguirme; nuevas sorpresas os esperan; volemos hacia los lugares donde se preparan.

Vuelven a tomar el camino de la flota, se alejan de la isla de los Diamantes y ganan de nuevo los Estados del príncipe del Aire. Una soberbia sala de teatro, cuyo exterior estaba magníficamente iluminado, se ofrecía al desembarcar… La condesa de Nelmours ve representar allí *Armide*[73] por los mejores cantantes de la Opera. Acabado el espectáculo, el séquito más ligero y agradable devuelve por fin a la condesa a casa de su galán por avenidas iluminadas, llenas de danzas y de fiestas burguesas.

—Señora —dijo Ceilcour al guiar a su habitación a la que festeja—, vamos a dejaros: tantas aventuras nos esperan mañana que, para vencer los peligros que ofrecen, justo es que os toméis algunas horas de descanso.

—Quizá este reposo que me aconsejáis se vea algo turbado —dijo la condesa al retirarse—, mas os ocultaré la causa.

—¿Por qué temerla, señora?

—¡Ah!, seductor mortal, ¡sólo es de temer para mí!

Y la señora de Nelmours entra en las encantadoras estancias que le están destinadas; encuentra allí las mismas muchachas que la bañaron y sirvieron al llegar. Pero con qué profusión de riquezas se encuentran decoradas todas las partes de aquel aposento. La condesa ve allí no sólo las baratijas… sino todas las

joyas que había escogido por la mañana en las ferias de alamedas, incluso todas las que había deseado… todas a las que sus miradas parecieron dirigirse con algo más de interés… Avanza; una habitación que no se encontraba en el plano de su casa de París se abre al punto ante ella: reconoce allí el gabinete japonés que ha visto en casa del genio de la Tierra, igualmente decorado en el centro con una mesa donde se halla el pequeño palacio de diamantes.

—¡Oh, es demasiado! —exclama—, pero ¿qué pretende Ceilcour?

—Suplicaros que aceptéis estas bagatelas, señora —responde una de sus mujeres—; todas son vuestras; nuestras órdenes son embalarlas al punto, y mañana, cuando despertéis, todo estará en vuestra casa.

—¿Incluso el pequeño palacio de diamantes?

—Desde luego, señora; el señor de Ceilcour se afligiría mucho si no lo aceptaseis.

—En verdad, ese hombre está loco —dijo la coqueta haciéndose desvestir—; está loco, pero es encantador; sería la más ingrata de las criaturas si no recompensara su proceder con todos los sentimientos que me inspira.

Y la señora de Nelmours, más seducida que delicadamente enamorada, más halagada que sensible, se adormece en medio de sueños deliciosos producidos por la felicidad.

Al día siguiente por la mañana, hacia las diez, Ceilcour viene a preguntar a su dama si ha descansado bien… si se siente con suficiente fuerza y valor para ir a ver al genio del Fuego, cuyos Estados limitan con los suyos.

—Iría al fin de la tierra, amable genio —replica la condesa—… no sin ciertos temores a extraviarme, lo confieso… pero quién sabe si no preferiría tanto perderme con vos a encontrarme con otro. Por lo demás, os ruego que me expliquéis qué se ha hecho de todos los adornos, de todas esas joyas encantadoras que estaban ayer en mi habitación.

—Lo ignoro, señora, no he cooperado a ponerlas en vuestra habitación más de lo que he ayudado a sacarlas… Todo esto debe de ser obra del destino: invenciblemente encadenado por sus secretos, no puedo hacer nada, y vos lo domináis mucho más con vuestros deseos de lo que yo lo someto con mi poder… Yo le imploro y vuestros ojos lo subyugan.

—Todo esto es delicioso —replicó la condesa—, pero no habréis pensado sin duda hacerme aceptar regalos de tanta magnificencia: entre todo ello, hay un pequeño palacio de diamantes que ha estado en mi cabeza toda la noche y que apostaría que vale más de un millón… Sabéis de sobra que cosas así no se regalan.

—Ignoro por completo a qué os referís, señora —dice Ceilcour—, pero me parece que si, por ejemplo, un galán ofrece un millón a la que adora, suponiendo que lo que espera de esa mujer idolatrada valga a cambio a sus ojos el doble, no sólo la amada no debería sentir ningún escrúpulo al recibirlo, sino que, como veis, el galán quedaría todavía en deuda.

—Ése es el cálculo del amor y de la delicadeza, amigo mío; lo entiendo, y responderé a él como debo… Vamos a ver a vuestro genio del Fuego… Sí, sí, disipadme con algunas llamas ajenas… las mías bien podrían obligarme a cometer alguna locura de la que quizá, pese a toda vuestra galantería, tuviera que arrepentirme un día. Partamos.

Un aeróstato de los más elegantes esperaba a la condesa.

—Señora —dijo Oromasis—, el elemento que presido rara vez me permite viajar de otra forma que en coches de esta especie: fui yo quien los dio a conocer a los hombres. No temáis ningún daño en éste: lo dirigen dos de mis genios que le harán hender el aire con rapidez, pero que nunca lo mantendrán a más de doce o quince toesas de altura.

La condesa se sienta sin miedo sobre un encantador canapé situado a lo largo de la barandilla; el genio está a su lado, y, al cabo de tres leguas recorridas en menos de seis minutos, el globo se abate sobre una pequeña elevación. Nuestros amantes descienden en medio de su séquito, que encuentran ya reunido. *Potencia* los recibe, y todos los ojos se Fijan en el cuadro que debe interesar.

Sobre una explanada de seis arpendes aproximadamente, orientada en anfiteatro de modo que ninguna parte de la visibilidad pueda escapar a la mirada, se encuentra toda una ciudad, adornada de soberbios edificios; templos, torres, pirámides se alzan hasta las nubes; se distinguen las calles, las murallas, los jardines que la rodean, y la carretera principal que a ella conduce, a cuya orilla está el cerro donde se encuentran Ceilcour y su dama. A la derecha de este punto de vista, en relación a los espectadores, se alza un volcán enorme que vomita hasta el cielo los fuegos alimentados en sus entrañas, y las nubes que oscurecen el sol parecen ocultar el rayo en medio de ellas.

—Henos aquí a las puertas de los Estados del genio que preside el Fuego, señora —dijo Oromasis—, pero lo prudente es detenernos aquí hasta que él nos haya hecho saber si podemos entrar seguros en su ciudad: permanecer en ella es muy peligroso.

Apenas Ceilcour ha dicho estas palabras cuando una salamandra lanzada desde el volcán viene a caer a los pies de aquella para la que se han preparado todos estos juegos; y dirigiéndose a Ceilcour, dice:

—Oromasis, el genio del Fuego me envía para preveniros que no entréis en su ciudad, pues no le habéis enviado de antemano la dama que está con vos; la ha visto… la ama, y pretende desposarla inmediatamente; toda alianza queda rota si le negáis ese don, y va a lanzar sobre vos, y sobre cuanto os rodea, todos los fuegos de que dispone para obligaros a satisfacerle.

—Id a decir a vuestro amo —respondió Ceilcour— que antes cedería mi vida que lo que exige. Venía a verle a título de amigo… lo somos; él sabe cuánto aumentan sus fuerzas con mi ayuda, y la utilidad de que le soy no me permitía creer en actitudes de este tipo… Que haga cuanto le plazca: estoy a cubierto de sus rayos… Que los lance: gozaremos de sus efectos sin temerlos, y su impotente cólera sólo habrá servido a nuestros placeres. La preponderancia que la naturaleza me ha dado sobre él es más amplia de lo que cree, y cuando me haya reído de su debilidad le haré sentir mi supremo poder…

La salamandra vuelve a partir tras estas palabras… dos minutos bastan para engullirla de nuevo en el volcán.

Al punto el cielo se oscurece, el relámpago surca la nube, torbellinos mezclados de ceniza y de asfalto se precipitan desde el seno de la montaña y vuelven a caer serpenteando sobre las edificaciones de la ciudad… las lavas se entreabren… arroyos de fuego corren por todas las calles… el trueno se deja oír… la tierra tiembla… las llamas vomitadas por el volcán con un ímpetu mil veces mayor, uniéndose al fuego del cielo y a las sacudidas de la tierra, queman, destruyen, derriban los edificios de aquella soberbia ciudad que se ve abismarse por todas partes… Las torres que caen en ruinas, los templos que se consumen… los obeliscos que se desmoronan, todo hiela el alma, todo la llena de espanto, todo es la imagen tenebrosa de esas destrucciones modernas de España y de Italia, imitadas por el arte, en esta circunstancia, de una manera que estremece…

—¡Ah, qué sublime horror! —exclama la condesa—. ¡Cuán bella es la

naturaleza, incluso en sus desórdenes! En verdad, esto podría servir de materia a reflexiones muy filosóficas.

Poco a poco, sin embargo, el horizonte se ilumina, las nubes se disipan insensiblemente, la tierra se abre, engulle montones de cenizas y los desechos de edificios que la sobrecargan… La escena varía, la vista que ofrece es un paisaje delicioso de la Arabia feliz… Allí corren riachuelos límpidos bordeados de lirios, de tulipanes, de acacias; aquí se ven laberintos de laureles, perdiéndose a la entrada de un bosque de tamarindos; en otra parte, alamedas grotescas e irregulares de palmeras, de azulas, y de árbol de las rosas; además, se ven lindos bosquetes de guelingas y de delebs, donde se hallan simétrica y agradablemente colocados setos de cardemonium y de jengibre; a lo lejos, a la izquierda, se ve un bosque de limoneros y de naranjales, mientras la perspectiva de la derecha, más pintorescamente acabada todavía, sólo presenta ligeros montículos donde crecen en abundancia el jazmín, el café y el canelero. El centro de este paisaje encantador lo adorna por una tienda a la manera de las que sirven a los jefes de los árabes beduinos, pero infinitamente más magnífica. Ésta es de satén de las Indias brocada de oro y se alza en forma de domo a más de ochenta pies de tierra; todas las cuerdas que la unen a tierra son de púrpura enlazadas de oro, y soberbias cenefas la enriquecen alrededor.

—Avancemos —dice el hada—, y no temamos la cólera de este genio; cederá a nuestro poder: no le queda otra facultad que la de hacernos bien.

La condesa, cada vez más sorprendida, toma el brazo de Ceilcour, asegurándole que es raro saber llevar la magnificencia y el gusto hasta tal punto.

Llegan a los Estados del genio Salamandra; éste se prosterna al ver a la que le traen; le pide mil perdones por haberse atrevido a conspirar contra ella un momento.

—Nada corrompe tanto a los príncipes como la autoridad, señora —le dice—; abusan de ella para satisfacer sus caprichos; acostumbrados a no encontrar obstáculo a nada, cuando lo encuentran, se irritan, se necesitan desgracias para recordarles que son hombres. Agradezco al destino las que me llegan; moderando el ardor de mis deseos, me enseñan a formarlos únicamente prudentes… Yo era príncipe… y heme aquí pastor; pero, ¿puedo lamentar este cambio de estado cuando sólo a él debo la dicha de teneros aquí?

Nelmours responde como debe a esta lisonjera recepción, y se acercan a la

tienda. Estaba preparada para una comida campestre… ¡mas qué agreste decoración!

—Señora —dice el nuevo pastor—, no puedo ofrecer a mi vencedor sino una comida muy frugal, ¿os dignaréis contentaros con ella?

—Es una forma de servir una cena que desconocía —respondió la condesa—; lo raro de ella me divierte.

El interior de la tienda representaba un bosque de arbustos odoríferos, cada una de cuyas ramas se plegaba bajo la multitud de pájaros de diversas especies que parecía descansar sobre ellas; todos aquellos pájaros, que imitaban a los de las cuatro partes de la tierra, estaban adornados con sus plumajes como si hubieran existido… Los cogían: el animal mismo era asado bajo aquel plumaje ficticio, o su cuerpo se abría, y encerraba dentro de sí los platos más delicados y suculentos. Asientos de césped irregularmente situados frente a una pequeña elevación de tierra cubierta de flores, formaban para cada invitado asientos y mesas, y daban al conjunto de esta comida campestre la apariencia de un alto de cazadores bajo un fresco boscaje.

—Pastor —dice Ceilcour al genio tras el primer servicio—, tal forma de comer puede resultar incómoda para la princesa; permitid que por un instante sea yo quien dé las órdenes en vuestra casa.

—¿Puedo oponerme? —respondió el genio—. ¿No conocéis vuestro ascendiente sobre mí[74]?

En el mismo instante, un golpe de varita trae una mesa de uso corriente, que representa un arriate esmaltado con las flores de Arabia más bellas y mejor perfumadas, que alfombraban sin orden frutas de todas las estaciones y de todos los mundos posibles. Gracias a un arte sorprendente del decorador, no era necesario ni molestarse ni cambiar de sitio; la propia silla, inclinándose, ponía a cada uno alrededor de la mesa, y todo variaba en un abrir y cerrar de ojos.

Acabado este servicio, el genio en cuya casa estaban, propuso a la condesa ir a tomar helados a sus bosquecillos. Al salir de la tienda, penetran en alamedas deliciosas, formadas por todas las especies de árboles frutales que pueden verse en el mundo, cada uno de los cuales lleva en sus ramas el fruto que le es propio… pero helado y coloreado hasta el punto de engañar a todos los ojos. Nelmours, la primera en quedar seducida, se extasía ante la singularidad de ver melocotones y

uvas magníficas en la estación en que están, de ver la nuez de coco, el fruto del árbol del pan y el ananás, tan frescos como en el mismo seno de las comarcas donde tales frutos son comunes. Entonces Ceilcour, arrancando un limón de las Antillas, le muestra que aquellos frutos imitados unen a su gusto natural la suavidad de los helados más exquisitos.

—Realmente —exclama *Mme.* de Nelmours—, ésta es una extravagancia que supera cuanto puede decirse; me parece que os arruinaréis con esta aventura.

—¿Lo lamentaría cuando es por vos? —dijo Ceilcour, estrechando amorosamente la mano de *Mme.* de Nelmours, y encantado de verla darse cuenta, como pronto se verá, de uno de los puntos más esenciales de sus pruebas—… ¡Ah! —continuó él con ardor—, si alguna vez mi fortuna se viera arruinada por agradaros, ¿no ofreceríais de la vuestra los recursos que podrían repararla?

—¿Quién lo duda? —responde fríamente la condesa, cogiendo azufaifas heladas—. Sin embargo, más vale no arruinarse… Todo esto es encantador, pero quiero que seáis prudente… Presumo que no hicisteis tantas extravagancias por esa pequeña Dolsé… Si lo creyese, no os lo perdonaría.

El resto del grupo, que se aproximaba, impidió a Ceilcour responder, y la conversación se tornó general.

Recorrieron aquellos bosquetes deliciosos, gustaron en ellos de todos los frutos posibles; insensiblemente llegó la noche, y, guiados por Ceilcour, llegaron, sin darse cuenta, a un montículo que dominaba un valle muy encajonado, en el que reinaba una oscuridad profunda.

—Oromasis —dijo el genio de cuya casa salían—, temo que hayáis llegado demasiado pronto.

—Bueno —dijo *Mme.* de Nelmours—, ¿todavía quedan sorpresas? Este hombre cruel no nos dejará reflexionar un instante en los placeres que dejamos; con él ni siquiera se tiene tiempo de respirar.

—Pues ¿qué pasa? —preguntó Ceilcour.

—Sabéis —respondió el genio del Fuego— que mis Estados lindan con las islas del mar Egeo, donde los cíclopes trabajan para Vulcano. Este valle depende de Lemnos, y, como en este momento hay guerra declarada entre los Dioses y los Titanes[18], estoy convencido de que el famoso herrero del Olimpo vendrá a pasar la

noche a su taller. ¿No arriesgáis nada al acercaros?

—No, no —respondió Oromasis—; mi hermana y yo no nos dejamos, y su poder conservador nos pone al abrigo de peligros.

—Un artificio encantador, ya lo estoy viendo —dijo la condesa—; pero al menos será el último, porque después, está decidido, os dejo; tendría que reprocharme vuestras extravagancias si las compartiera más tiempo.

Apenas ha terminado de hablar cuando los cíclopes entran en la forja. Eran hombres de doce pies de alto, que sólo tenían un ojo en medio de la frente y parecían completamente de fuego. Comienzan por forjar armas sobre yunques inmensos; a cada uno de los martillazos que remachan, brotan de cada yunque millones de bombas y cohetes que, cruzándose en sentidos diversos, llenan el espacio de un fuego continuo. Estalla un trueno, cesa el fuego, Mercurio, desde lo alto de los cielos, desciende hasta los cíclopes; aborda a Vulcano, le entrega haces de armas, y una de ellas la enciende el propio dios de los herreros ante el enviado del cielo: de ella salen diez mil bombas a la vez. Mercurio recoge el arma y vuela de nuevo a los cielos… El Olimpo se abre, la escena, elevada a más de cien toesas de la tierra, presenta la asamblea completa de todas las divinidades de la fábula, en un día claro y sereno formado por los rayos de un sol inmenso que arde a quinientos pies por arriba… Mercurio llega a los pies de Júpiter, a quien una estatura majestuosa y un trono soberbio distinguen de los demás dioses; le entrega las armas traídas de Lemnos. La atención debida a este nuevo espectáculo impide que se vean los cambios operados abajo. Pronto el ruido que se oye la atrae. Toda la parte delantera de la perspectiva está ocupada sólo por los Titanes, dispuestos a desafiar a los dioses; acumulan rocas… los dioses se arman; es una hecatombe universal, es un movimiento admirable que iluminan tanto el sol por arriba como por abajo enormes haces de fuego lanzados en todo momento hacia el Olimpo… Poco a poco, el montón de piedras parece dispuesto a tocar el cielo; los gigantes escalan; los fuegos que lanzan mientras trepan por sus rocas, unidos a los que parten de la tierra, eclipsan pronto la luz de los cielos… Todas las divinidades se agitan, todas tiemblan o combaten. Los torrentes de bombas lanzadas por la terrible arma de Vulcano, los innumerables rayos, siembran finalmente el desorden entre los gigantes. A medida que unos suben, otros son derribados; el vigor, el coraje de algunos les hacen sin embargo alcanzar las nubes mismas que envuelven a los dioses; la esperanza renace, las rocas se amontonan otra vez, los gigantes reaparecen, se multiplican de tal forma que apenas se los distingue en medio de los torbellinos de llamas y humo con que los cubren… Pero los rayos redoblan igualmente en el Olimpo; consiguen disipar, por fin, a esa raza presuntuosa y

precipitarlos a la vez en el espantoso abismo que se entreabre para recibirlos; todo cae derribado, todo se desmorona, no se oyen más que gemidos y gritos; cuanto más presiona la masa que se engulle sobre las bocas del Erebo, más grandes se hacen éstas; todo desaparece, y es de las cenizas mismas de estos infortunados de donde surgen los últimos esfuerzos. Se diría que el Infierno quiere apoyar a su rebelión; de estas aberturas multiplicadas del Tártaro salta hacia los cielos un castillo de ochenta mil cohetes volantes, como el pie de una torre cada uno; golpean a las nubes, hacen desaparecer el Elíseo; y esta enorme pieza de artificio, que nada igualó nunca y que se percibe desde veinte leguas, deja caer de nuevo, al estallar, una lluvia de estrellas tan brillantes que la atmósfera, aunque envuelta en las sombras de la noche más espesa, parece durante un cuarto de hora tan esplendorosa como el más hermoso de los días.

—¡Ah, cielos! —dice la condesa, asustada—, jamás nada tan bello sorprendió mis ojos; si este combate tuvo lugar, fue seguramente menos sublime de como esta representación acaba de pintárnoslo… ¡Oh, mi querido Ceilcour! —prosiguió apoyándose en él—, nunca os elogiaré tanto como merecéis… Es imposible saber dar una fiesta mejor, imposible que reine a la vez en ella más orden, más magnificencia y gusto. Pero os dejo, hay demasiada magia en la seducción; he querido dejarme encantar, pero no quiero dejarme seducir.

Y al pronunciar estas palabras se dejaba llevar por Ceilcour, quien, en la oscuridad, la condujo insensiblemente hacia un cenador de jazmines, donde le rogó descansar sobre un banco que ella creyó de césped; él se colocó a su lado. Una especie de dosel, que la condesa no distinguió, envolvió al punto a ambos de manera que nuestra heroína no ve ya ni dónde está ni el cenador en que imagina haber entrado.

—¡Otra vez magia! —dijo ella.

—¿Censuráis la que nos une tan íntimamente, la que nos oculta a los ojos del universo, como si nosotros fuéramos los únicos seres que habitasen el mundo?

—Yo no censuro nada —dijo la condesa muy emocionada—, sólo quería que no abusarais del delirio en que acabáis de sumir mis sentidos durante veinticuatro horas.

—Lo que decís sería una seducción, ya os habéis servido de esta palabra; ahora bien, ¿no pensáis que tal proceder supone artificio, por una parte, y debilidad, por otra? ¿No estaríamos los dos, señora, en igualdad de condiciones?

—Quiero suponer que sí.

—Pues bien, si es así, pase lo que pase, toda la culpa será del amor, y vos habréis tenido tanta debilidad como seducción haya puesto yo.

—Sois el hombre más hábil que he conocido.

—¡Oh!, mucho menos de lo que vos sois cruel.

—No, no es crueldad, es prudencia.

—Es tan dulce olvidarla a veces.

—Claro… ¡pero el arrepentimiento!

—¡Bueno!, ¿quién podría provocarlo? ¿Todavía os preocupan esas miserias?

—Os juro que no… sólo temo vuestra inconstancia. Esa pequeña Dolsé me desespera.

—¿No habéis visto que la he sacrificado a vos?

—La manera me ha parecido tan hábil como delicada… Pero ¿cómo creer en todo esto?

—La mejor forma de asegurarse una mujer a su amante es encadenarlo mediante favores.

—¿Eso creéis?

—No conozco nada más seguro.

—Pero, por favor, ¿dónde estamos?… Quizá en el fondo de un bosque, lejos de toda ayuda… Si emprendierais… la cosa más inconsecuente del mundo, por más que yo llamase, nadie acudiría…

—Pero ¿llamaréis?

—Según a lo que os atreváis.

—A todo…

Y Ceilcour, teniendo a su amada entre sus brazos, trataba de multiplicar sus triunfos.

—¡Bien! ¿No lo he dicho? —contestó la condesa, dejándose ir blandamente—, ¿no lo he previsto?… He aquí a lo que todo esto conduce: ¿vais a exigir extravagancias?

—¿No me las prohibís?

—¡Eh! ¿Cómo queréis que se os prohíba algo aquí?

—Es decir, que no os habría debido más que a la ocasión, mi victoria no será más que obra de las circunstancias…

Y al decir esto, Ceilcour fingía enfriarse; en lugar de acelerar el desenlace, lo retardaba.

—Nada de eso —dijo la condesa haciéndole ganar todo el camino que acababa de perder—… ¿Queréis que una se tire a la cabeza de la gente? ¿Queréis, en fin, obligarme a que yo lleve la iniciativa?

—Sí, es una de mis manías, quiero que me digáis… que me probéis que la ilusión o las circunstancias no tienen ningún peso en mi conquista, y que, si yo fuera el ser más oscuro o el más desventurado, no por ello obtendría de vos menos de lo que exijo.

—Dios mío, ¿y qué importa todo eso?… Yo misma os diré cuanto queráis; hay momentos en la vida en que nada cuesta decir, y juraría que casi acabáis de provocar el nacimiento de uno de esos instantes.

—¿Exigís, pues, que me aproveche de él?

—Yo no exijo más de lo que prohíbo; ya os he dicho que ya no sabía lo que hacía.

—Permitid, pues, señora —dijo Ceilcour levantándose—, que la razón no me abandone a mí de igual manera. Mi amor, más esclarecido que el vuestro, quiere ser puro como el objeto que lo anima. Si yo fuera tan débil como vos, nuestros sentimientos se apagarían pronto; es a vuestra mano a lo que aspiro, señora, y no a vanos placeres que, teniendo únicamente la depravación por principio, o el delirio por excusa, dejan pronto pesares en el pecho de quienes, por entregarse a ellos,

olvidaron a la vez el honor y la virtud. Mi proceder os sorprende en este instante en que vuestra alma exaltada querría volverse hacia deseos nacidos de la situación; pensando algunas horas, dejará de ofenderos; en ese momento os espero, señora, entonces me veréis a vuestros pies pedir para el esposo las excusas del amante.

—¡Oh!, señor, cuán obligada quedo con vos —dijo la condesa, reponiéndose—. Ojalá las mujeres que se faltan al respeto a sí mismas puedan encontrar siempre hombres tan prudentes como vos. Por favor, ordenad que traigan un coche para que me vaya a llorar cuanto antes a mi casa tanto mi debilidad como vuestras seducciones.

—Estáis en el coche que pedís, señora; es una berlina alemana, que llevarán, como les ordenéis, seis caballos ingleses; es el último efecto de la magia del príncipe del Aire, pero no los últimos presentes del feliz esposo de Nelmours.

—Señor —respondió aquella mujer extraviada, al cabo de unos instantes de reflexión—, os espero en mi casa, llena de ternura y de gratitud… Me veréis en ella más prudente pero no menos solícita por perteneceros.

Ceilcour abre la portezuela… se apea; un lacayo vuelve a cerrarla preguntando el destino.

—A mi casa —dice Nelmours.

Los caballos se precipitan y nuestra heroína, que se creía sobre un lecho de verdor en el fondo de un gabinete de jazmines, se encuentra en pocas horas en París, en un carruaje magnífico que le pertenece.

Los primeros objetos que sorprendieron su vista, al volver a entrar en su casa, fueron los magníficos presentes que había recibido de Ceilcour, entre los cuales no había sido olvidado el pequeño palacio de diamantes.

—Bien pensado todo —dijo al acostarse—, es un hombre a la vez muy prudente y muy loco. Debe de ser, sin duda, un excelente marido, pero es un amante muy frío, y me parece que los sentimientos de este título, acogidos con algo más de calor, no habrían perjudicado nada los del otro. De todos modos, dejémosle venir; el peor de los casos sería convertirse en su mujer, dar fiestas a su lado y arruinarle en muy poco tiempo; en esto hay cierto placer para una cabeza como la mía. Acostémonos, pues, con estas dulces ideas, ellas harán el papel de las realidades que pierdo… ¡Oh!, qué razón tienen al decir —añadió abandonándose a sí misma— que nunca hay que contar con los hombres.

—Esta vez no me había engañado —decía por su lado Ceilcour con mucha más prudencia—... ¡Oh, Dolsé, qué diferencia! La segunda parte de mis pruebas resulta casi inútil ahora con esta mujer adorable —continuaba—; todas las cualidades deben de estar allí donde la virtud fijó su imperio; con ellas debo contar en una mujer que tan bien resiste a las trampas de los sentidos, mientras que aquella a la que arrastra la más ligera circunstancia debe de tener poca continuidad de carácter y poca bondad de corazón. Sin embargo, no importa, probemos, estoy resuelto a ello, no quiero tener nada que reprocharme.

Examinando bien el estado de las dos mujeres probadas por Ceilcour, era más o menos lo mismo: Dolsé había recibido pruebas de amor y presentes, y su alma, de una situación dichosa (al enterarse de todo lo que acababa de ocurrir), debía pasar a la posición más triste en que una mujer prudente y sensible pueda encontrarse. La señora de Nelmours, por otra parte, también había recibido pruebas de amor y presentes, y su alma debía pasar, tras la última escena que acababa de tener con Ceilcour, de un asiento dulce y tranquilo a una de las situaciones más excitantes en que una mujer coqueta y orgullosa pueda encontrarse. Respecto a sus esperanzas, eran las mismas: pasara lo que pasase, ambas debían de estar contando con la mano de Ceilcour. Así pues, mediante el arte de aquel que las probaba, el parecido completo de la manera de ser de las dos mujeres, aunque operado por procedimientos diferentes, hacía perfecto el equilibrio. Y las últimas experiencias debían de obrar poco más o menos igual sobre ellas, es decir, poner de manifiesto esencialmente el bien o el mal, en relación a la diferencia de sus almas. Sólo después de estas consideraciones bien analizadas se decidió Ceilcour a sus últimas pruebas.

Se queda adrede cuatro días en el campo, y llega el quinto a París. Al día siguiente, vende sus caballos, sus muebles, sus joyas, despide a sus criados, no vuelve a salir y hace saber a sus dos amantes que un accidente horrible acaba de echar por tierra en ese instante su fortuna, que está arruinado, y que sólo de sus bondades y de sus manos espera ayuda en el deplorable estado en que se encuentra. Los enormes gastos que Ceilcour acababa de hacer hicieron pronto estas noticias tan públicas como creíbles, y éstas son, palabra por palabra, las respuestas que recibe de las dos mujeres.

Dolsé a Ceilcour

¿Qué os hice, señor, para que clavarais el puñal en mi seno? Por única gracia os había pedido no fingir un sentimiento que no experimentabais; os había mostrado mi alma y su delicadeza, vos la habéis desgarrado por el lugar más sensible, me habéis sacrificado a mi

rival, me habéis llevado a la tumba. Pero dejemos de hablar de mis desgracias cuando en este momento se trata de las vuestras; me pedís mi mano, venid a ver el estado en que me habéis puesto, cruel, y reconoceréis si esa mano puede aún ser vuestra… Expiro y, aunque víctima de vuestro proceder, muero adorándoos. Ojalá la débil ayuda que os ofrezco pueda restablecer un poco vuestros asuntos y haceros digno de Mme. de Nelmours; sed feliz con ella, es el único deseo que le queda por hacer a la desdichada Dolsé.

P. D. Bajo este pliego hay un valor de cien mil francos en billetes de la caja de descuento; sólo puedo disponer de eso, os lo envío; aceptad esta bagatela ofrecida por la amiga más tierna… por aquella cuyo corazón no habéis conocido, y cuya vida arranca tan cruelmente vuestra pérfida mano.

Carta de Nelmours

Os habéis arruinado; ya os lo había dicho yo, nunca hay que hacer locuras semejantes; por más arruinado que estéis, me casaría no obstante con vos si me fuera posible vencer el horror que desde siempre he tenido por el vínculo conyugal. Os ofrecí ser mi amante, no quisisteis… ahora estáis en apuros. Sea como fuere, para todo hay remedio; vuestros acreedores esperarán, están hechos para eso… Viajad… hay que distraerse cuando uno tiene penas; es el consejo que adopto para mí; mañana parto para una finca de mi hermana, en Borgoña, de donde no volveremos hasta Navidad. Os recomendaría a la pequeña Dolsé, si fuera rica; pero toda su fortuna no podría pagar una de vuestras fiestas. Adiós, volveos, pues, prudente, y no seáis tan excesivo como lo habéis sido.

Ceilcour necesitó de toda su filosofía para no desacreditar por todo París a esta indigna criatura, como merecía serlo. Se contentó con despreciarla, sin olvidar lo que ella le costaba.

—Soy demasiado feliz —exclamó— por haber descubierto un monstruo a este precio: mi fortuna entera, mi honor y mi vida quizá hubieran quedado comprometidos de no ser por esa prueba.

Con la desesperación en el alma, verdaderamente inquieto por Dolsé, Ceilcour vuela al punto a su casa; pero ¡hasta qué punto aumenta su dolor cuando ve a esta desgraciada y encantadora mujer pálida, deshecha, abatida y ya casi rodeada por las sombras de la muerte! Sensible y celosa por naturaleza, adorando a Ceilcour, había recibido la horrible nueva de la fiesta dada a su rival, en uno de esos momentos de crisis en que las mujeres no se enteran impunemente de una desgracia. La revolución había sido terrible… una fiebre ardiente había sido su secuela.

Ceilcour se arroja a sus pies; le pide mil y mil excusas, y no cree deber ocultarle la prueba que se le había ocurrido intentar.

—Os perdono la que quisisteis hacer conmigo —respondió Dolsé—. Acostumbrado a desconfiar de las mujeres, queríais estar seguro de lo que hacíais, nada más lógico; pero, tras lo que habíais podido ver, ¿debíais suponer que hubiera en el mundo una criatura capaz de amaros mejor que yo?

Ceilcour, que no había supuesto errores en sus proyectos, pero que, por su segunda prueba, se hallaba, efectivamente, en situación imperdonable ante Dolsé, que no le culpaba de nada, sólo pudo responder con sus lágrimas y con los testimonios del más ardiente amor.

—Ya no hay tiempo —le dijo Dolsé—, el daño está demasiado avanzado. Os había pintado mi sensibilidad, vos le debíais por lo menos algunos miramientos; puesto que vuestra ruina no es más que ficción, muero con una pena menos… Pero tenemos que dejarnos, Ceilcour, tenemos que separarnos para siempre… Salgo muy joven de una vida… en la que podíais haberme hecho encontrar la felicidad… ¡Ah!, cuán querida me hubiera sido con vos —continuó ella cogiendo las manos de su amante y rociándolas con su llanto—, ¡qué esposa sincera y tierna, qué amiga fiel y sensible hubierais encontrado en mí!… Os habría hecho feliz, me atrevo a decirlo… ¡Y cómo hubiera gozado de una felicidad que habría sido obra mía!

Ceilcour se deshacía en lágrimas; fue entonces cuando lamentó muy sinceramente la fatal prueba que sólo había servido para hacerle conocer a una mujer *deshonesta* y hacerle perder a una *divina*. Conjura a Dolsé, cualquiera que sea su cruel estado, a aceptar al menos el título de esposa suya, y de permitirle acelerar la ceremonia.

—Sería una pena desgarradora para mí —dijo Dolsé—. ¡Qué lágrimas amargas no derramaría yo en mi tumba al descender a ella como esposa vuestra! Prefiero morir con el dolor de no haber merecido ese título que aceptarlo en el cruel instante en que no puedo volverme digna de él…

No, vivid, querido Ceilcour, vivid y olvidadme; sois todavía muy joven; dentro de algunos años, todos los recuerdos de una amiga de unos días se habrán borrado de vuestro corazón… apenas os parecerá que haya existido para vos. Si os dignáis, sin embargo, pensar en ella algunas veces, que esta amiga sincera que vais a perder sólo se ofrezca a vos para vuestro consuelo; recordad los pocos instantes que pasamos juntos, y que esta idea, conmoviendo dulcemente vuestra alma, la

consuele sin desgarrarla. Casaos, mi querido Ceilcour, se lo debéis a vuestra fortuna, a vuestra familia; tratad de que aquella a la que escojáis tenga algunas de las cualidades que os dignáis apreciar en mí. Y si los seres que dejan este mundo pueden recibir consuelo de quienes lo dejan, creed que será un verdadero goce para vuestra amiga saberos vinculado a una mujer que por lo menos habrá sabido parecérsele en algo.

Una debilidad horrible se apodera de Dolsé al terminar estas palabras… Nada tan sensible como el alma de esta interesante mujer… Acababa de hacer un esfuerzo; la naturaleza sucumbe, está a las puertas de la muerte. Ceilcour se ve obligado a retirarse a otra estancia; su desesperación hace temblar a cuantos le rodean; por nada del mundo quiere dejar la casa de esta idolatrada mujer… Sin embargo, le arrancan de ella. Nada más llegar a su casa, cae postrado en horrible enfermedad; pasa tres meses entre la vida y la muerte, y sólo a la edad y a la excelencia de su temperamento debe el retorno a la salud. Le habían ocultado cuidadosamente durante su enfermedad la pérdida horrible que acababa de sufrir; finalmente, se le comunicó la muerte de aquella a la que amaba. La lloró el resto de sus días; no quiso casarse nunca, y no empleó sus bienes sino en los actos más santos de la beneficencia y de la humanidad. Murió joven, lamentado por sus amigos, y dio, mediante este fin desastroso y prematuro, cruel ejemplo de que la más dulce dicha del hombre… la compañía de una mujer que le conviene, puede huir de él en el seno mismo de la opulencia y de la virtud.

Los cuadros de la desdicha son la verdadera escuela del hombre: cuando el penetrante dolor rompe *y* desgarra el alma, la sabiduría viene risueña a derramar semillas en nuestros corazones ablandados por las lágrimas.

Noches, de Young[19]



MISS HENRIETTE STRALSON,

O

LOS EFECTOS DE LA DESESPERACIÓN

Novela inglesa

Una tarde en que el Ranelagh de Londres estaba en su apogeo, lord Granwel, de unos treinta años de edad, el hombre más disoluto, más malvado, más cruel de toda Inglaterra, y desgraciadamente uno de los más ricos, vio pasar junto a la mesa en la que, a fuerza de ponche y de vino de Champagne, adormecía sus remordimientos junto a tres de sus amigos, a una joven encantadora, que no había visto aún en parte alguna.

—¿Quién es esa joven? —dijo Granwel con atención complacida a uno de sus convidados—, ¿y cómo es posible que haya en Londres una carita tan fina que se me haya escapado? Apuesto a que no tiene ni dieciséis años: ¿qué dices tú, sir Jacques?

Sir Jacques. —¡Un talle como el de las Gracias! Wilson, ¿conoces eso?

Wilson. —Es la segunda vez que me encuentro con ella; es hija de la baronet de Herreford.

Granwel. —Aunque fuese hija del diablo, es preciso que la consiga o si no que me parta un rayo. Gave, a ti te encargo las pesquisas.

Gave. —¿Cómo se llama, Wilson?

Wilson. —Miss Henriette Stralson; esa mujer alta que veis con ella, es su madre; su padre murió. Hace tiempo que está enamorada de Williams, un gentilhombre de Herreford: va a casarse. Williams ha venido a recoger la herencia de una anciana tía que constituye toda su fortuna; durante este tiempo, lady Stralson ha querido enseñar Londres a su hija, y, cuando los asuntos de Williams hayan terminado, volverán a irse juntos a Herreford, donde debe concluirse el matrimonio.

Granwel. —¡Que todas las furias del infierno se apoderen de mi alma si

Williams la toca antes que yo!… ¡Jamás he visto nada tan hermoso!… ¿Está ahí el tal Williams? No conozco a ese bribón, mostrádmelo.

Wilson. —Es ese que las sigue… Sin duda se había detenido con algún conocido… Se une a ellas… Observadle… es él… ahí está.

Granwel. —¿Ese joven alto y tan apuesto?

Wilson. —Precisamente.

Granwel. —¡Diablos, si apenas tiene veinte años!

Gave. —Es, en verdad, un hombre guapo, milord… ¡Vaya rival!…

Granwel —Del que me desharé como de muchos otros… Gave, levántate y sigue a ese ángel… Realmente, me ha causado una impresión… Síguela, Gave, trata de saber cuanto puedas sobre ella… pon espías tras sus pasos… ¿Tienes dinero, Gave? ¿Tienes dinero?… Ahí van cien guineas. Ojalá mañana no quede ni una y sepa yo todo… ¿Enamorado yo? Wilson, ¿qué dices?… Sin embargo, es cierto que al ver a esa muchacha he sentido un presentimiento… Sir Jacques, esa criatura celestial tendrá mi fortuna… o mi vida.

Sir Jacques. —La fortuna, sea, pero la vida… no creo que seas capaz de morir por una mujer.

Granwel —No…

Y milord, al pronunciar esta palabra, se estremeció involuntariamente… Luego, prosiguiendo:

—Sólo es una forma de hablar, amigo mío: por esos animalitos no se muere uno. Pero, es cierto, ¡hay algunos que mueven el alma de los hombres de una forma tan extraordinaria!… ¡Eh, mozo!, que me traigan vino de Borgoña. Mi cabeza se calienta, y sólo la calmo con ese vino.

Wilson. —¿Será verdad, milord, que te sientes capaz de cometer la locura de perturbar los amores de ese pobre Williams?

Granwel. —¿Qué me importa Williams? ¿Qué me importa toda la tierra? Has de saber, amigo mío, que cuando este corazón de fuego concibe una pasión, no hay ningún obstáculo que pueda impedirlo satisfactoriamente; cuantos más surgen

tanto más me excito; la posesión de una mujer sólo es lisonjera para mí en razón de la multitud de frenos que he roto para obtenerla. No hay cosa más mediocre en el mundo que la posesión de una mujer, amigo mío; quien ha tenido una, ha tenido ciento: la única forma de alejar la monotonía de esos triunfos insípidos es deberlos sólo a la astucia, y únicamente sobre los restos de una infinidad de prejuicios vencidos pueden encontrarse algunos encantos[75].

Wilson. —¿No valdría más intentar agradar a una mujer… tratar de obtener sus favores de las manos del amor antes que deberla a la violencia?

Granwel. —Lo que dices estaría bien si las mujeres fueran más sinceras; pero como no hay una sola en el mundo que no sea falsa y pérfida, hay que obrar con ellas como con las víboras que se emplean en medicina… Retorcerle la cabeza para tener el cuerpo… tomar, al precio que sea, lo poco bueno de su físico forzando tanto la moral que no puedan nunca sentirse sus efectos.

Sir Jacques. —Ésas son unas máximas que me gustan.

Granwel. —Sir Jacques es alumno mío, y algún día haré de él un personaje… Pero ya vuelve Gave, escuchemos lo que va a decirnos…

Y Gave, sentándose después de haber bebido un vaso de vino:

—Vuestra diosa se ha marchado —le dijo a Granwel—; ha subido a un coche de punto con Williams y lady Stralson, y le han dicho al cochero: a Cecil Street.

Granwel. —¡Cómo! ¿Tan cerca de mi casa? ¿Has hecho que los sigan?

Gave. —Tengo tres hombres detrás… tres de los granujas más espabilados que jamás se hayan escapado de Newgate[20].

Granwel. —Y bien, Gave, ¿es bonita?

Gave. —Es la persona más hermosa que haya en Londres… Stanley… Stafford… Tilner… Burcley, todos la han seguido, todos la han rodeado, todos estaban de acuerdo en que no existía en los tres reinos una muchacha comparable.

Granwel, vivamente. —¿La has oído hablar?… ¿Ha hablado?… El sonido lisonjero de su voz, ¿ha penetrado en tus oídos?… ¿Has respirado el aire que ella acaba de purificar?… ¡Vamos, habla!, háblame, amigo mío, ¿no ves que me da vueltas la cabeza… que tiene que ser mía, o, si no, dejo Inglaterra para siempre?

Gave. —La he oído, milord… ha hablado, le ha dicho a Williams que hacía mucho calor en el Ranelagh, y que prefería retirarse a pasear por allí mucho tiempo.

Granwel. —¿Y el tal Williams?

Gave. —Parece estar muy enamorado… La devoraba con los ojos… se hubiera dicho que el amor lo encadenaba a sus pasos.

Granwel. —Es un malvado al que detesto, y mucho me temo que las circunstancias me obliguen a deshacerme de ese hombre… Salgamos, amigos míos. Wilson, te agradezco tus informes. Guárdame el secreto, o hago correr por todo Londres tu intriga con lady Mortmart; en cuanto a ti, sir Jacques, quedamos mañana en el parque para ir juntos a casa de esa pequeña bailarina de la Ópera… ¿Qué digo? No, no iré… Sólo tengo una idea en la cabeza… Nada en el mundo puede interesarme salvo miss Stralson, no tengo miradas más que para ella, no tengo alma más que para adorarla… Tú, Gave, vendrás mañana a comer conmigo, con lo que hayas podido saber de esa muchacha celestial… único árbitro de mis destinos… Adiós, amigos míos.

Milord se mete en su coche y vuela a la ceremonia de acostarse del rey, donde le llamaban los deberes de su cargo.

Nada más exacto que los pocos detalles dados por Wilson sobre la belleza que enloquecía la cabeza de Granwel.

Miss Henriette Stralson, nacida en Herreford, venía efectivamente para ver Londres, que no conocía, mientras Williams concluía sus asuntos, y todos se volvían luego a su tierra donde el himeneo debía coronar sus deseos.

No es, por lo demás, muy sorprendente que miss Stralson hubiera conquistado a todos en el Ranelagh, porque a un talle encantador, a los ojos más dulces y más seductores, a los cabellos más bellos del mundo, a los rasgos más finos, más espirituales y más delicados se unía un timbre de voz delicioso, mucho ingenio, gentileza, una vivacidad moderada por un aire de pudor y de virtud que vuelven esas gracias aún más atractivas… y todo ello con diecisiete años debe necesariamente agradar; por eso, Henriette había causado una sensación prodigiosa, y en Londres sólo se hablaba de ella.

En cuanto a Williams, era lo que se llama un joven honrado, bueno, leal, sin trampas ni falsía, que adoraba a Henriette desde su infancia, que cifraba toda su

dicha en poseerla un día, y tenía para pretenderlo, además de sentimientos sinceros, una fortuna bastante considerable si su proceso salía adelante, una cuna algo inferior a la de *miss*, pero a todas luces honrada, y un rostro muy agradable.

Lady Stralson era también una excelente criatura que, mirando a su hija como el bien más preciado que tenía en el mundo, la amaba como verdadera madre de provincias; porque todos los sentimientos se depravan en las capitales: a medida que se respira el aire apestado, las virtudes se deterioran, y como la corrupción es general hay que salir de él o gangrenarse.

No bien estuvo en la antecámara del rey, Granwel, muy enardecido de vino y amor, se dio cuenta de que no estaba en condiciones de presentarse. Volvió a su casa donde, en lugar de dormir, se entregó a los planes más locos y extravagantes para poseer el objeto de sus transportes. Tras haber encontrado y rechazado uno tras otro, a cual más atroz, más de cien, se centró en el de malquistar a Williams y Henriette, en el de tratar de complicar si era posible los asuntos del tal Williams, de forma que le fuera imposible aguantar mucho tiempo, y aprovechar mientras tanto los momentos que el azar le ofreciese junto a su bella para deshonrarla en Londres mismo, o para raptarla y llevarla a una de sus tierras, en los confines de Escocia, donde, dueño absoluto de ella, nada podría impedirle hacer lo que quisiera. Este plan, suficientemente adornado de atrocidades, se convirtió por esto mismo en el que más agradó al pérfido Granwel, y, en consecuencia, desde el día siguiente todo fue puesto en práctica para hacerlo triunfar.

Gave era el amigo íntimo de Granwel; dotado de sentimientos aún más infames todavía, Gave cumplía junto a milord ese empleo tan común en nuestros días que consiste en servir las pasiones de los demás, en multiplicar sus desenfrenos, en enriquecerse con sus locuras, deshonrándose a sí mismo al hacerlo. No faltó a la cita del día siguiente; mas la escasa información que pudo dar ese día fue sólo que lady Stralson y su hija estaban alojadas, como se había dicho, en Cecil Street, en casa de una de sus parientes, y que Williams se alojaba en el hotel de Polonia, en Covent Garden.

—Gave —dijo milord—, es preciso que me respondas de ese Williams; es preciso que con nombre y ropas escocesas llegues mañana con un buen séquito al mismo hotel de ese bellaco, que trabes conocimiento con él… que le robes… que le arruines. Mientras tanto, yo trabajaré a las mujeres, y verás, amigo mío, cómo en menos de un mes echamos por tierra todos los honestos planes de esos virtuosos campesinos.

Gave se cuidó mucho de no poner el menor inconveniente a los planes de su patrón; la aventura exigiría mucho dinero, y estaba claro que, cuanto más gastase en ellos milord, tanto más lucrativa sería su ejecución para el infame ministro de los caprichos de aquel malvado. Se dispone pues a actuar, mientras milord, por su parte, rodea cuidadosamente a Henriette de un tropel de agentes subalternos que deben rendirle puntual cuenta de los menores pasos de aquella muchacha encantadora.

Miss Henriette estaba alojada en casa de una pariente de su madre, viuda desde hacía diez años, y que se llamaba lady Wateley.

Entusiasmada con Henriette, a la que, sin embargo, sólo conocía desde la llegada de esta joven a la capital, lady Wateley no descuidaba nada de cuanto podía hacer destacar con brillo el objeto de su dedicación y de su orgullo; mas aquella amable prima, retenida desde hacía quince días en cama por una fluxión, no solamente no había podido formar parte de la última visita al Ranelagh, sino que se veía privada incluso del placer de acompañar a su prima a la Ópera, adonde debían ir al día siguiente.

Tan pronto como Granwel fue informado de este proyecto de espectáculo por los espías puestos junto a su amada, decidió sacar partido de él; informaciones más amplias le hacen saber que utilizarán un coche de punto, porque lady Wateley necesitaba sus caballos para enviar en busca de su médico. Granwel vuela al instante a casa del dueño de la carroza que debe alquilarla a Henriette, y consigue fácilmente que una rueda de aquella carroza tenga que romperse a tres o cuatro calles de distancia del punto en que deben partir las señoras, y, sin pensar que semejante accidente puede costar la vida a la que adora, sólo interesado en su estratagema paga con largueza la ejecución y vuelve muy contento a su casa, de donde sale de nuevo a la hora exacta en que le informan que Henriette debe salir, ordenando al cochero que conduce ir a esperar, en los alrededores de Cecil Street, que una carroza de tal y cual forma salga de casa de lady Wateley, seguir inmediatamente al coche en cuanto lo vea, y no dejar que ningún otro se interfiera entre ellos.

Granwel sospechaba que al salir de casa de lady Wateley, las damas irían a recoger a Williams al hotel de Polonia. No se equivocó; pero no llegó muy lejos la aventura; la rueda se parte… las mujeres gritan… uno de los lacayos se rompe un miembro, y Granwel, a quien todo le da igual con tal de triunfar, alcanza inmediatamente el coche roto, salta del suyo y presenta la mano a lady Stralson, proponiéndole la ayuda que su séquito le ofrece.

—En verdad, milord, sois muy bueno —responde ésta—; estas carrozas de alquiler son horribles en Londres, no se va en ellas sin poner en peligro la vida; debería haber decretos para remediar estos inconvenientes.

Granwel. —Disculparéis que no me queje, señora, pues me parece que ni vos, ni la joven que os acompaña, habéis sufrido ningún accidente, y que con él gano yo el beneficio para mí precioso de serviros de algo.

Lady Stralson. —Sois demasiado servicial, milord… Pero me parece que mi lacayo está herido, ese hecho me molesta.

Y el lord, haciendo llamar al punto a unos porteadores, ordena que depositen en una silla al criado herido… Las damas se despiden de él; suben a la carroza de Granwel y vuelan al hotel de Polonia.

Es imposible pintar el estado del lord desde el momento en que se encuentra junto a la que ama[76], y cuando la circunstancia que le acerca a ella parece un servicio prestado.

—¿La señorita va a visitar a algún extranjero del hotel de Polonia? —le dijo a Henriette cuando el coche estuvo en marcha.

—Es mucho más que una visita a un extranjero, milord —dijo miss Stralson con candor—; es un amado… es un marido lo que vamos a ver.

Granwel. —¡Qué gran pesar el de la señorita si ese accidente hubiera retardado el placer que se promete, y cuánto me felicito por la dicha de haber podido servirla!

Miss Stralson. —Milord es demasiado bueno por ocuparse de nosotras, lamentamos mucho molestarle, y mi madre me permitirá decirle que temo que hayamos cometido una indiscreción.

Granwel. —¡Ah, señorita, qué injusta sois considerando así el mayor placer de mi vida! Pero, incluso atreviéndome a cometer una indiscreción, ¿no necesitaréis mi coche para continuar los viajes de la tarde? Y en tal caso, ¿sería yo bastante afortunado para que tuvierais a bien aceptarlo?

Miss Stralson. —Sería audacia demasiado grande por nuestra parte, milord; nos dirigíamos a la Ópera, pero pasaremos la velada con el amigo al que vamos a ver.

Granwel. —Es pagar muy mal el servicio confesado por vos negarme permiso para continuarlo. No me privéis, os lo ruego, del placer con que contáis; Mélico[21] canta hoy por última vez, sería horrible perder esta ocasión de oírle; por otro lado, no supongáis ninguna molestia para mí en el ofrecimiento que os hago, puesto que también yo voy a ese espectáculo; sólo se trata, pues, de permitirme acompañarlas.

Hubiera sido descortés para lady Stralson rechazar a Granwel; por eso no lo hizo, y llegaron al hotel de Polonia. Williams esperaba a las damas; Gave, que no debía iniciar su actuación hasta el día siguiente aunque hubiera llegado ese mismo día al hotel, no se encontraba en su compañía, o sea, que nuestro joven estaba solo cuando sus amigas llegaron. Las recibió del mejor modo posible, colmó al lord de cortesías y agradecimientos. Pero como apremiaba la hora, se dirigieron a la Ópera; Williams dio la mano a lady Stralson, y, mediante esta gentileza que Granwel había sospechado, tuvo la oportunidad de hablar con la señorita, en quien encontró un ingenio infinito, amplios conocimientos, gusto delicado y todo lo que tal vez habría costado mucho encontrar en una muchacha del mayor rango que jamás hubiera abandonado la capital.

Después del espectáculo, Granwel devolvió a las dos damas a Cecil Street, y lady Stralson, que sólo tenía motivos de alabanza hacia él, le invitó a entrar en casa de su pariente. Lady Wateley, que sólo conocía a Granwel muy imperfectamente, le recibió sin embargo a las mil maravillas; le invitó a cenar, pero el lord, demasiado hábil para insinuarse, pretextó un asunto importante y se retiró, mil veces más enardecido que nunca.

A un carácter como el de Granwel no le gusta por lo general languidecer; las dificultades le irritan, pero las que no pueden vencerse extinguen las pasiones en un alma semejante en lugar de inflamarlas; y como esta clase de individuos necesita un alimento perpetuo, el objetivo cambiaría, sin duda, si la idea del triunfo se viera aniquilada sin esperanza.

Granwel vio claramente que, aunque trabajaba por malquistar a Williams con su amada, como este proceder sólo podía dar resultados a la larga, debía ocuparse además de separar a la encantadora muchacha de su madre, totalmente seguro de que no llegaría nunca al término de su plan mientras estuvieran juntas. Una vez introducido en la casa de lady Wateley, le parecía imposible que con la ayuda de sus agentes pudiera escapársele alguno de los pasos de Henriette. Este nuevo proyecto de desunión le ocupó, pues, por entero.

Tres días más tarde de la aventura de la Opera, Granwel fue a informarse de la salud de las damas, pero le extrañó mucho ver a lady Stralson llegar sola al locutorio y excusar a su pariente por la imposibilidad en que se encontraba de invitarle a subir. Alegó un pretexto de salud, y, aunque Granwel sentía mucha impaciencia, no por ello dejó de mostrar menos interés por el estado de la dueña del alojamiento. Pero no pudo contenerse y preguntó por Henriette; lady Stralson le respondió que, algo lastimada por la caída, no había salido de su habitación desde el día anterior, y al cabo de un instante, el lord, pidiendo permiso para volver, se retiró muy descontento de su jornada.

Mientras, Gave ya había trabado conocimiento con Williams y, al día siguiente de la poco satisfactoria visita del lord a casa de lady Wateley, fue a darle cuenta de sus operaciones.

—He avanzado más en vuestros asuntos de lo que creéis, milord —dijo a Granwel—; he visto a Williams y a gente de negocios perfectamente al tanto de lo que le concierne; la herencia que aguarda, esa herencia que constituye la fortuna que espera ofrecer a Henriette, es muy susceptible de ser pleiteada; hay en Herreford un pariente más cercano que él, y que no sospecha sus derechos; hay que escribir a ese hombre para que llegue inmediatamente, protegerlo cuando esté aquí… ponerlo en posesión de la herencia, y, mientras tanto, yo agotaré la bolsa del insolente individuo que osa declararse vuestro rival. Se ha puesto en mis manos con una candidez completamente digna de su edad, ya me ha hecho partícipe de sus amores; ha llegado incluso a hablarme de vos… de las bondades que habíais tenido con su amada el otro día. Ya está cogido en la trampa, os lo aseguro, podéis encargarme a mí solo de este trabajo, os respondo de que la víctima es nuestra.

—Esas noticias me resarcen algo —dijo el lord— de lo que ayer me ocurrió de enojoso.

Y contó a su amigo la forma en que había sido recibido en casa de lady Wateley.

—Gave —continuó—, estoy perdidamente enamorado, todo esto va muy despacio, no puedo refrenar hasta entonces el violento deseo que tengo de poseer a esa muchacha… Escucha mi nuevo plan, escúchalo, amigo mío, y ponlo en práctica inmediatamente. Manifiesta a Williams el deseo que tendrías de conocer a su adorada y que, en la imposibilidad en que te encuentras de ir a buscarla a casa de una mujer que no conoces, es preciso que él pretexte una indisposición y que invite

vivamente a su amada a servirse de una silla de posta para ir cuanto antes hasta él… Trabaja en ello, Gave… trabaja en ello sin descuidar lo demás, y déjame actuar a mí después de tus maniobras.

Gave, el más hábil de todos los bribones de Inglaterra, logró tal éxito en su empeño que, sin perder de vista el gran proyecto, y al tiempo que mandaba escribir al caballero Clark, segundo heredero de la tía de Williams, que viniese cuanto antes a Londres, obtiene de su amigo ver a Henriette, y precisamente de la forma que había propuesto Granwel. Miss Stralson queda enterada de la indisposición de su amado; le hace saber que so pretexto de hacer algunas compras encontraría un momento para ir a verle; y, en ese mismo instante, avisan por ambos lados a milord que el martes siguiente, a las cuatro de la tarde, miss Henriette saldrá sola en silla para dirigirse a Covent Garden.

—Oh, tú, a la que idolatro —exclamó Granwel en el colmo de la alegría—, ¡esta vez no te me escaparás! Por más violentos que sean los medios que empleo para poseerte, consolado por tu goce no me dan ningún remordimiento… ¿Remordimientos?… ¿Conoce acaso un corazón como el mío esos impulsos? Hace mucho tiempo que el hábito del mal los apagó en mi alma endurecida. Multitud de bellezas, seducidas como Henriette… engañadas como ella, abandonadas como ella… id a decirle si me conmoví por vuestros llantos, si vuestros combates me asustaron, si vuestra vergüenza me enterneció… si vuestros atractivos me retuvieron… ¡Pues, bien!… Es una más en la lista de las ilustres víctimas de mis desenfrenos, ¿y para qué servirían las mujeres si no fuera sólo para esto?… Que me prueben que la naturaleza las creó para otra cosa. Dejemos a los tontos la ridícula manía de erigirlas en diosas: con esos principios bonachones las volvemos insolentes; al vernos valorar tanto su fútil posesión, se creen con derecho a suponerse ellas mismas de valor, y a hacernos perder en lamentos novelescos un tiempo que sólo está destinado al placer… ¡Ah!, ¿qué digo? Henriette… un solo rayo de tus ojos de fuego destruirá mi filosofía, y quizá caiga a tus rodillas en el mismo momento en que juro ofenderte… ¿Quién? ¡Yo! ¡Yo conocer el amor!… Lejos… lejos ese sentimiento vulgar… Si hubiera una mujer en el mundo que pudiera hacérmelo sentir, iría, según creo, a saltarle la tapa de los sesos antes que a plegarme a su arte infernal. No… no, sexo débil y embaucador… no, no esperes nunca encadenarme; he gozado demasiado tus placeres para que todavía puedan engañarme; a fuerza de irritar al dios, se aprende a destruir el templo, y cuando se quiere absorber el culto nunca son bastantes los ultrajes.

Tras estas reflexiones, muy dignas de un malvado como él, Granwel manda alquilar inmediatamente rodas las sillas de posta de los alrededores de Cecil Street.

Pone criados suyos en todos los cruces de calle para no dejar acercarse a la casa de lady Wateley ninguna de las que pudieran ir en busca de clientes, y aposta una para él, guiada por dos porteadores de los que está seguro, con orden de llevar a Henriette, en el momento en que la tengan, cerca del parque Saint-James, a casa de una tal *Mme.* Schmit, consagrada desde hacía veinte años a las aventuras secretas de Granwel, y a la que había tenido el cuidado de prevenir. Henriette, sin inquietarse, sin dudar de la fidelidad de unos criados públicos de los que cree servirse, se mete en la silla que le ofrecen, envuelta en una capa; ordena que la lleven al hotel de Polonia, y, al no conocer las calles, ninguna sospecha viene durante el trayecto a intranquilizarla siquiera un minuto. Llega donde la espera Granwel. Los porteadores, bien instruidos, penetran en la alameda de la casa de la Schmit, y sólo se detienen al llegar a la puerta de una sala baja. Abren…

¡Cuál es la sorpresa de Henriette cuando se ve en una casa desconocida! Da un grito, se lanza hacia atrás, dice a los porteadores que no la han conducido a donde les había ordenado…

—Señorita —dice Granwel, avanzando en ese instante—, ¡qué gracias no debo dar al cielo porque me ofrezca una segunda ocasión de seros útil! Por vuestras palabras, y viendo el estado de vuestros porteadores, entiendo que están ebrios, y que se han equivocado, ¿no es feliz coincidencia que en esta circunstancia sea junto a casa de lady Edward, pariente mía, donde os ocurre este ligero accidente? Tomaos la molestia de entrar, señorita, despedid a esos pillos con quienes vuestra vida no está a salvo, y permitid a los criados de mi prima que vayan a buscar porteadores seguros.

Era difícil rehusar una proposición como aquélla: Henriette sólo había visto a milord una vez, no había tenido motivo alguno de queja y ahora volvía a encontrarlo a la entrada de una casa cuya apariencia no presagiaba más que honestidad; suponiendo incluso que hubiera algún peligro en aceptar lo que se le proponía, ¿era más oportuno para ella quedar en manos de servidores ebrios y que, molestos por los reproches que les dirigía Henriette, ya se proponían dejarla allí? Entra, pues, pidiendo un millón de excusas a Granwel; el lord despide él mismo a los porteadores; finge dar órdenes a varios criados para que vayan en busca de otros; miss Stralson penetra hasta las habitaciones interiores donde la conduce la dueña del lugar, y, cuando ha llegado a un salón encantador, la pretendida lady se inclina y dice a Granwel con aire descarado:

—¡Qué placer, milord! En verdad, ni yo misma os la habría proporcionado más bonita.

Entonces, Henriette se estremece, sus fuerzas están a punto de abandonarla, siente todo el horror de su situación; pero tiene fuerza para contenerse… su seguridad depende de ello; se arma de valor.

—¿Qué significan esas palabras, señora? —dice, cogiendo el brazo de la Schmit—, ¿y por quién se me toma aquí?

—Por una muchacha encantadora, señorita —responde Granwel—, por una criatura angelical que dentro de un momento va a hacer, como espero, del más afortunado de los hombres el más enamorado de los amantes.

—Milord —dijo Henriette sin soltar a la Schmit—, veo claramente que mi imprudencia me hace depender de vos; pero imploro vuestra justicia; si abusáis de mi situación, si me forzáis a detestaros, no ganaréis probablemente tanto como de los sentimientos que me habíais infundido.

—Astuta señorita, no me seducirás ni con tu cara encantadora, ni con la inconcebible estratagema que en este momento te inspiro; no me amas, no podrías amarme, yo no pretendo tu amor, conozco el que te inflama, y me creo más feliz que él; él no tiene más que un sentimiento frívolo que jamás conseguiría yo de ti… Tengo tu deliciosa persona, que va a sumir mis sentidos en el delirio.

—Deteneos, milord, os engañáis; no soy la amante de Williams, me entregan a él sin que mi corazón consienta; este corazón es libre, puede amaros como puede amar a otro, y os odiará, desde luego, si queréis no deber más que a la fuerza lo que sólo de vos depende que merezcáis.

—¿No amas a Williams? ¿De dónde entonces que vayas a casa de ese hombre si no le amas? ¿Crees que ignoro que te dirigías a su casa sólo porque le creías enfermo?

—De acuerdo, pero no habría ido de no haberlo querido mi madre; informaos, no he hecho más que obedecer.

—¡Embaucadora criatura!

—¡Oh, milord!, entregaos al sentimiento que creo leer ahora en vuestros ojos… Sed generoso, Granwel, no me obliguéis a odiaros cuando sólo de vos depende ser estimado.

—¿Estimado?

—¡Justo cielo! ¿Preferirías entonces que os odie?

—Sólo un sentimiento más ardiente podría hacer que me enterneciera.

—¿Conocéis entonces tan mal el corazón de una mujer para ignorar lo que puede nacer de la gratitud? Devolvedme a casa, milord, y un día sabréis si Henriette es una ingrata, ¡si era digna o no de haber conseguido vuestra piedad!

—¡Cómo!, ¿piedad yo? ¿Piedad de una mujer? —dijo Granwel separándola de la Schmit—… ¿Yo echar a perder la ocasión más bella de mi vida y privarme del mayor de los placeres por ahorrarte un momento de pena?… ¿Y. por qué iba a hacerlo? Acércate, sirena, acércate, ya no te escucho…

Y, al pronunciar esas palabras, arranca el pañuelo que cubre el bello seno de Henriette y lo hace volar al otro extremo de la habitación.

—Bondad del cielo —exclama Henriette arrojándose a los pies del lord—, ¡no permitáis que me convierta en víctima de un hombre que quiere forzarme a detestarle!… ¡Tened piedad de mí, milord, tened piedad, os lo ruego; que mis lágrimas puedan enterneceros, y que la virtud sea escuchada aún por vuestro corazón! No abruméis a una desgraciada que no es culpable de nada ante vos, a la que habíais inspirado gratitud y que quizá no se habría detenido en ese punto…

Y al decir estas palabras, estaba de rodillas a los pies del lord, con los brazos alzados hacia el cielo… Unas lágrimas inundaban sus bellas mejillas, que animaban el temor y la desesperación, y volvían a caer sobre su seno descubierto, mil veces más blanco que el alabastro.

—¿Dónde estoy? —dijo Granwel enamorado—. ¿Qué sentimiento indecible viene a turbar todas las facultades de mi existencia? ¿De dónde has sacado esos ojos que me desarman? ¿Quién te ha prestado esa voz seductora, cuyos sonidos ablandan mi corazón? ¿Eres acaso un ángel celestial, o no eres más que una criatura humana? Habla, ¿quién eres? Ya no me reconozco, ya no sé ni lo que quiero ni lo que hago; todas mis facultades, anonadadas ante ti, no me dejan hacer sino tus deseos… Levantaos, *miss*, levantaos, es a mí a quien toca caer a los pies del dios que me encadena; levantaos, vuestro imperio es demasiado firme. Resulta imposible… completamente imposible que ningún deseo impuro pueda derruirlo en mi alma…

Y, devolviéndole su pañuelo:

—Tomad, ocultadme esos encantos que me embriagan[77]; no necesito aumentar con nada el delirio en que tantos atractivos acaban de sumirme.

—Hombre sublime —exclamó Henriette estrechando una de las manos del lord—, ¿qué no merecéis por una acción tan generosa?

—Lo que quiero merecer, *miss*, es vuestro corazón: he ahí el único premio al que aspiro, el único triunfo digno de mí. Recordad eternamente que fui dueño de vuestra persona y no abusé de ella… Y si este gesto no me consigue de vos los sentimientos que exijo, recordad que tendré derecho a vengarme, y que la venganza es un sentimiento terrible en un alma como la mía… Sentaos, *miss*, y escuchadme… Me habéis dado esperanza, Henriette, me habéis dicho que no amabais a Williams, me habéis dejado creer que podríais amarme… Ésos son los motivos que me detienen… a ellos debéis la victoria. Prefiero merecer de vos lo que sólo de mí depende arrancar; no me hagáis arrepentirme de la virtud, no me obliguéis a decir que sólo a la falsedad de las mujeres se debe la perfidia de los hombres, y que si ellas fueran siempre con nosotros como deben, siempre seríamos a nuestra vez como desean que seamos.

—Milord —responde Henriette—, es imposible que podáis ocultaros que, en esta desgraciada aventura, el primer error es vuestro. ¿Con qué derecho habéis tratado de turbar mi reposo? ¿Por qué hacéis que me traigan a una casa desconocida cuando, confiándome a hombres públicos, imagino que me llevarán donde yo les ordene? Con esta certeza, milord, ¿os corresponde a vos darme leyes? ¿No me debéis excusas en lugar de imponerme condiciones?…

Y viendo a Granwel hacer un gesto de descontento, prosiguió con energía:

—Sin embargo, permitid, milord, permitid que me explique; este primer error que excusa, si queréis, el amor que pretendéis sentir, lo reparáis con el sacrificio más generoso, más noble… Debo estaros agradecida por él, sin duda, os lo he prometido, no me desdigo. Venid a casa de mis parientes, milord, les invitaré a trataros como merecéis; la costumbre de veros reanimará sin cesar en mi corazón los sentimientos de gratitud que habéis hecho brotar en él; esperad todo de eso: me menospreciaríais si os dijera más.

—Pero ¿cómo vais a contar esta aventura a vuestros amigos?

—Como debe serlo… como una equivocación de los porteadores que por un azar muy singular me hace caer por segunda vez en manos de quien, habiéndome

ya prestado un servicio, se ha sentido satisfecho con la ocasión que se le presentaba de rendirme uno nuevo.

—¿Y me aseguráis, miss, que no amáis a Williams?

—Me resulta imposible sentir odio por un hombre que nunca ha tenido sino buen comportamiento conmigo; me ama, no puedo dudarlo, pero la elección es de mi madre, y nada me impide revocarla.

Luego, levantándose:

—¿Me permitís, milord —continuó—, suplicaros que me hagáis tener porteadores? Una entrevista más larga, haciéndome sospechosa, perjudicaría quizá lo que voy a contar. Devolvedme, milord, y no tardéis en visitar a la que vuestras bondades llenan de gratitud y que os perdona un plan bárbaro gracias a la forma, llena de sabiduría y de virtud, con que queréis hacerlo olvidar.

—Muchacha cruel —dijo el lord levantándose también—… sí, voy a obedeceros… Pero cuento con vuestro corazón, Henriette… cuento con él… Recordad que mis pasiones engañadas me llevan a la desesperación… Me serviré de las mismas expresiones que vos: no me forcéis a odiaros: hubiera habido poco peligro en que os vierais forzada a detestarme, pero los habría, y enormes, si me obligáis a detestaros.

—No, milord, no, jamás os obligaré a odiarme; tengo más orgullo del que me suponéis, y siempre sabré conservar derechos a vuestra estima.

A estas palabras, Granwel pide porteadores; los había muy cerca de allí… Los anuncian, y el lord, tomando la mano de Henriette, le dice acompañándola:

—¡Muchacha angelical, no olvides que acabas de obtener una victoria a la que ninguna otra mujer sino tú habría osado pretender… un triunfo que sólo debes a los sentimientos que me inspiras… y que si alguna vez engañas esos sentimientos, serán sustituidos por todos los crímenes que la venganza pueda dictarme!

—Adiós, milord —respondió Henriette, entrando en su silla—, no os arrepintáis nunca de una bella acción, y estad seguro de que el cielo y todas las almas justas os deberán su recompensa.

Granwel se retira a su casa en medio de una agitación indecible, y Henriette

vuelve con su madre en tal turbación que creyeron que iba a desmayarse.

Pensando en la conducta de miss Stralson, se ve fácilmente, sin duda, que no era sino ardid y política cuanto había dicho a Granwel, y estas argucias, poco hechas para su alma ingenua, se las había creído permitidas para escapar a los peligros que la amenazaban. No creemos que, por haber actuado así, esta interesante criatura haya de ser censurada por nadie: la virtud más depurada implica a veces algunos descarríos.

Llegada a su casa, y sin ningún motivo ya para fingir, contó a sus parientes cuanto acababa de ocurrirle; no ocultó ni lo que había dicho para escapar ni los compromisos que, con igual mira, se había visto obligada a pactar. Excepto la imprudencia de haber querido salir sola, nada de lo que Henriette había hecho fue desaprobado; pero sus amigas se opusieron al cumplimiento de las palabras que había dado. Decidieron que miss Stralson evitaría en todas partes a lord Granwel con el mayor cuidado, y que la puerta de lady Wateley estaría firmemente cerrada a las tentativas de aquel impúdico. Henriette creyó deber decir que semejante manera de actuar irritaría infinitamente a un hombre cuya desesperación podía ser funesta; que, en realidad, si había cometido una falta, la había reparado como hombre galante, y que pensaba que después de aquello era mejor acogerle que irritarle. Creyó poder responder de que ésa sería también la opinión de Williams; pero las dos parientes se apartaron de la suya, y se dieron las órdenes en consecuencia pertinentes.

Mientras tanto, Williams, que había esperado toda la tarde a su amada, impaciente al no verla acudir, dejó al caballero O'Donel (era el nombre que se había dado Gave al llegar al hotel de Polonia); le rogó permitirle ir en persona a conocer la causa de un retraso que le inquietaba con tanta crueldad. Llegó a casa de lady Wateley una hora después del regreso de Henriette. Ésta lloró al verle… le cogió la mano y le dijo con ternura.

—Amigo mío, ¡qué poco ha faltado para que ya no fuese digna de ti!

Y como tenía la libertad de hablar a solas tanto como quería con un hombre al que su madre miraba ya como a yerno, les dejaron razonar juntos sobre cuanto acababa de pasar.

—¡Oh, querida! —exclamó Williams cuando se hubo enterado de todo—, y era por mí por quien ibais a perderos… ¡y para procurarme un instante de satisfacción, ibais a convertiros en la más desgraciada de las criaturas! Sí, querida,

por una fantasía: debo confesároslo, yo no estaba enfermo; un amigo deseaba veros, y yo quería gozar en sus ojos la dicha de poseer la ternura de una mujer tan hermosa. Ése es todo el misterio, Henriette; ya veis cuán doblemente culpable soy.

—Dejemos eso, amigo mío —respondió miss Stralson—, vuelvo a encontrarte, todo está olvidado. Pero admite, Williams —añadió dejando que sus miradas llevaran el fuego más dulce al alma de aquel al que adoraba—, admite que no habría vuelto a verte si me hubiera ocurrido ese desastre… Tú no habrías querido ya a la víctima de semejante hombre, y yo habría tenido, junto con mi propio dolor, la desesperación de perder lo que me es más caro en el mundo…

—Ni lo pienses, Henriette —replicó Williams—; no hay nada bajo el cielo que pueda impedirte ser amada por quien cifra toda su gloria en poseerte… Oh, tú, a quien adoraré hasta mi último suspiro, convéncete de que los sentimientos que enciendes están por encima de todos los sucesos humanos, y que es tan imposible no tenerlos como lo es que tú puedas hacerte alguna vez indigna de inspirarlos.

Estos dos amantes razonaron luego con un poco más de sangre fría sobre aquella catástrofe. Vieron que lord Granwel era un enemigo muy peligroso, y que la decisión que se adoptaba sólo serviría para enfurecerle; pero no había modo de cambiarla, las mujeres no querían ni oír hablar de ello. Williams habló de su nuevo amigo, y el candor, la seguridad de aquellas honradas criaturas eran tales que nunca se les ocurrió sospechar que el falso escocés no era más que un agente de milord; todo lo contrario, los elogios que de él hizo Williams inspiraron a Henriette el deseo de conocerle, y ella le agradeció haber hecho una buena amistad. Pero dejemos a estos respetables seres, que cenaron juntos, se consolaron, tomaron medidas para el futuro y finalmente se despidieron; dejémosles, digo, un momento para volver a su perseguidor.

—Por el infierno y por todos los demonios que lo habitan —dijo milord a Gave, que vino a verle al día siguiente—, soy indigno de la vida, amigo mío… No soy más que un escolar, no soy más que un estúpido, te lo aseguro… La he tenido en mis brazos… la he visto a mis rodillas, y no tuve valor para someterla a mis deseos… Ha sido más fuerte que yo cuando osaba humillarla… No es una mujer, amigo mío, es una porción de la divinidad misma, descendida a la tierra para despertar en mi alma los virtuosos sentimientos que jamás en mi vida he concebido. Me hizo creer que quizá podría amarme un día… y yo, yo que no podía comprender que el amor de una mujer tuviera el más leve valor en su goce, renuncié a ese goce cierto por un sentimiento imaginario que me desgarra y me conturba, sin que aún lo conciba.

Gave censuró vivamente a milord; le hizo temer haber sido el juguete de una niña; le aseguró que semejante ocasión no se ofrecería quizá por mucho tiempo, que ahora estarían vigilantes…

—Sí, recordadlo, milord —añadió—, tendréis que arrepentiros del error que acabáis de cometer, y vuestra indulgencia os costará cara. ¿A un hombre como vos deben de enternecer unas cuantas lágrimas y unos ojos hermosos? ¿Y recibiréis de esa falta de energía en que habéis dejado caer vuestra alma la dosis de voluptuosidad obtenida de esa apatía estoica de la que habíais jurado no apartaros jamás? Os arrepentiréis de vuestra piedad, milord, os lo aseguro… por mi alma, que os arrepentiréis.

—Pronto lo sabremos —dijo milord—; mañana sin falta me presento en casa de lady Wateley, estudiaré a esa hábil muchacha, la examinaré, Gave, leeré sus sentimientos en sus miradas, y si me engaña, que tiemble, no me faltarán recursos para hacerla caer de nuevo en mis redes y no tendrá siempre el arte mágico para escapar de ellas como ha hecho… En cuanto a ti, Gave, sigue arruinando a ese bribón de Williams; cuando el caballero Clark aparezca, dirígele a sir Jacques; yo le avisaré de todo, él le aconsejará que exija ante la ley la herencia que tratan de quitarle, y nosotros le apoyaremos ante los jueces… Seremos libres de acabar con todas estas disposiciones, si es cierto que soy amado por mi ángel, o de apresurarlas de la manera más enérgica si la infernal criatura me ha engañado… Pero, te lo repito, no soy más que un niño, nunca me perdonaré la tontería que he hecho[78]… Oculta esta falta a mis amigos, Gave, disimúlala cuidadosamente: me abrumarían a reproches, y me los merecería todos.

Se separaron, y al día siguiente, es decir, el tercer día después de la aventura en casa de la Schmit, Granwel se presentó en casa de lady Wateley en todo su lujo y en toda su magnificencia.

Nada había cambiado en la resolución de las mujeres: milord es cruelmente rechazado… Insiste, manda decir que debe hablar a lady Stralson y a su hija de un asunto de la mayor importancia… Le responden que las damas por las que pregunta no se alojan ya en aquella casa; y se retira furioso. Su primer impulso fue ir en busca de Williams, hacer valer ante él el servicio que había prestado a su amada, contarle los hechos como había convenido con Henriette en casa de la Schmit, exigirle que lo llevase a casa de lady Stralson, o cortarle el cuello si su rival no asentía a sus planes; pero este proyecto no le pareció suficientemente malvado. Granwel sólo quiere a miss Stralson… Era probable que no hubiese contado a su familia las cosas tal como le había prometido; sólo por culpa de ella se producen

los rechazos que sufre, sólo a ella quiere encontrar y castigar, y sólo en esto tiene que concentrar su tarea.

Sean cuales fueren las precauciones que se proponían adoptar en casa de lady Wateley, no se trataba, sin embargo, de encerrarse: por eso, lady Stralson y su hija no dejaban de hacer las salidas que exigían sus asuntos en Londres, e incluso aquellas que sólo podían contentar a su placer o a su curiosidad. Con mejor salud, lady Wateley las acompañaba a los espectáculos; algunos amigos se encontraban con ellas; Williams iba a su lado. Milord Granwel, siempre bien servido, no ignoraba ninguno de estos pasos, y trataba de sacar partido de todos, para encontrar en ellos los medios de satisfacer su venganza y sus culpables deseos. Transcurrió, sin embargo, un mes sin que hubiera podido encontrarlos, y sin que por ello dejara de actuar en secreto.

Clark, llegado de Herreford, y puesto al tanto por sir Jacques, entablaba ya el juicio por la herencia, poderosamente sostenido por Granwel y sus amigos; todo esto inquietaba al desgraciado Williams, a quien el pretendido capitán O'Donel, que le estafaba todos los días, reducía poco a poco a la desesperación. Pero estas maniobras llevaban demasiado tiempo para los fogosos deseos del lord, que buscaba con ansia la ocasión de humillar a la desgraciada Henriette. Quería volver a verla a sus rodillas, quería castigarla por la argucia que había empleado con él. Tales eran los funestos proyectos concebidos por su maldita cabeza cuando vinieron a avisarle de que todo el grupo Wateley, que no asistía a las reuniones de la alta sociedad desde que los asuntos de Williams tomaban un giro tan enojoso, debía dirigirse al día siguiente, sin embargo, al teatro de Drury Lane, donde Garrick[79], que por entonces se disponía a retirarse, debía aparecer en escena por última vez en Hamlet.

El espíritu atroz de Granwel concibe, desde ese momento, el proyecto más negro que pueda inspirar la maldad; se decide nada menos que a hacer detener a miss Srralson en el teatro, y que fuera conducida esa misma noche a Bridewell[22].

Aclaremos un poco este execrable designio.

Una muchacha llamada Nancy, cortesana muy celebérrima, acababa de escaparse nuevamente de Dublín; tras haber cometido multitud de robos y haber arruinado públicamente a varios irlandeses, había pasado a Inglaterra, donde, aunque recién llegada, ya se había hecho culpable con poco ruido de varios delitos, y la justicia, por medio de una orden de arresto, trataba de detenerla. Granwel se entera de este asunto; se traslada a casa del oficial encargado de la orden, y viendo

que este hombre apenas conoce a la muchacha a la que debe arrestar, le convence fácilmente de que esa criatura estará por la noche en Drury Lane, en el palco que sabía que iba a ocupar miss Henriette, quien, encerrada por este medio en lugar de la cortesana que buscan, se encontrará a merced de sus odiosos proyectos. Se presentaría luego como garantía: si la infortunada consentía a sus deseos, era libre… Que rehusaba asentir a ellos, el lord haría escaparse a Nancy; así fortalecía más que nunca la opinión de que Henriette no era otra sino la aventurera de Dublín, y eternizaba de este modo las cadenas de su desgraciada víctima. El grupo de personas que acompañaba a miss Stralson le preocupaba muy poco; además, se apoyarían en la Wateley quien, de hecho, no había visto nunca a lady Stralson y a su hija sino desde que una y otra estaban en Londres… que sabía que ella tenía parientes de ese apellido en Herreford, pero que podía haber sido engañada sobre la personalidad de aquellos parientes, no costaría mucho convencerla, se decía Granwel, de que estaba en el mayor de los errores; ¿y qué podría oponer en defensa de aquellas mujeres y para sustraerlas a las órdenes de la justicia? Planeado este proyecto en la cabeza de Granwel, confiado a Gave y a sir Jacques, que lo meditan detalladamente, que le dan mil vueltas y que no ven en él ningún inconveniente, sólo piensa en ponerlo en práctica. Granwel vuela a casa del juez de paz encargado del caso de Nancy; afirma que la ha visto la víspera y que, con toda seguridad, ese mismo día debe estar en Drury Lane, con unas mujeres honradas a las que ha engañado, y ante las cuales se atreve a decirse mujer de calidad. El juez y el oficial no dudan; dan la orden y preparan todo para detener sin falta, ese mismo día, a la desgraciada Henriette en el teatro.

La horrible cohorte de Granwel no dejó de encontrarse aquella tarde en el teatro; pero, tanto por decencia como por política, los sujetos de esa infame banda no debían ser más que espectadores. El palco se llena: Henriette se sitúa entre lady Wateley y su madre; detrás de ellas están Williams y milord Barwill, amigo de lady Wateley, miembro del Parlamento, y de mucha consideración en Londres… La obra concluye: lady Wateley prefiere esperar a que salga la gente… Parece como si tuviera el presentimiento de la desgracia que amenaza a sus amigas. Entre tanto el oficial y sus corchetes no pierden de vista a Henriette, y Granwel, así como sus socios, tiene puestos los ojos sobre el oficial; una vez que la muchedumbre se ha ido, salen por fin. Williams da la mano a lady Wateley, lady Stralson camina sola, y Barwill es el escudero de miss Henriette. A la salida de los corredores, el exento avanza con la mano levantada sobre la infortunada *miss*, la toca con su varita, y le ordena seguirle. Henriette pierde el sentido; la Wateley y la Stralson caen una en brazos de otra, y Barwill, secundado por Williams, rechaza a los exentos…

—¡Os equivocáis, bribones! —grita Barwill—; alejaos, si no haré que os

castiguen.

Este cuadro asusta a cuantos todavía se encuentran en la sala, observan, miran… El constable, mostrando su orden a Barwill, le hace ver por quién toma a Henriette. En este momento, sir Jacques, inspirado por Granwel, se acerca a Barwill.

—¿Me permite milord decirle —le insinúa este bribón— que se enfadaría mucho por haber tomado partido por esta muchacha desconocida para él? No dudéis, milord, de que sea la Nancy de Dublín, lo juraré, si es preciso.

Barwill, que sólo conocía a aquellas forasteras desde hacía poco, se acerca a la Wateley mientras Williams socorre a su amante.

—Señora —le dijo—, he aquí la orden, y he aquí un señor a quien tengo por gentilhombre incapaz de equivocarse, que me asegura de la justicia de esta orden, y que el exento no se equivoca; dignaos explicarme todo esto.

—Por cuanto tengo por más sagrado, milord —exclama al punto lady Stralson—, esta infortunada es hija mía, no es la criatura que buscan; dignaos no abandonarnos, dignaos servirnos de defensor, convenceos de la verdad, milord, protegednos, socorred a la inocencia.

—Retiraos —dice entonces Barwill al exento—, yo respondo de esta persona; yo mismo la llevaré a casa del juez de paz; id allí a esperarnos; allí cumpliréis las nuevas órdenes que recibáis; hasta ese instante, yo sirvo de garantía a Henriette, y vuestra misión está cumplida.

A estas palabras, todo se tranquiliza, el constable sale por su lado, sir Jacques, Granwel y su tropa por el suyo. Y Barwill, llevando a aquellas damas, les dice:

—Vámonos deprisa, no nos ofrezcamos por más tiempo como espectáculo…

Da la mano a Henriette, todos le siguen; las tres mujeres y él suben a su coche y unos minutos bastan para llevarles a casa del célebre Fielding, juez encargado del caso.

Este magistrado, bajo palabra de lord Barwill, amigo suyo desde hacía tiempo, por las respuestas honradas e ingenuas de las tres mujeres no puede dejar de darse cuenta de que ha sido engañado. Para convencerse mejor, confronta las

señas de Nancy con la persona misma de Henriette y, tras haber encontrado sensibles diferencias, colma a estas damas de excusas y explicaciones. Ellas se separan entonces de milord Barwill, al que testimonian su agradecimiento, y vuelven tranquilamente a casa, donde las esperaba Williams.

—Oh, amigo mío —le dice Henriette al verle de nuevo, aún completamente emocionada—, ¡qué enemigos poderosos tenemos en esta maldita ciudad! ¡Ojalá nunca hubiésemos entrado en ella!

—No hay duda —dijo lady Stralson— de que todo esto proviene de ese pérfido de Granwel. No he querido decir nada de lo que pienso por deferencia, pero cada nueva reflexión lo apuntala; es imposible no dudar de que es ese malvado quien nos importuna así por venganza, y quién sabe —continuó— si no es también él quien ha suscitado a Williams ese nuevo competidor a la herencia de su tía. Apenas conocemos a ese tal caballero Clark; en Herreford, nadie había sospechado nunca ese parentesco; y resulta que ese hombre triunfa, que está protegido por todo Londres, mientras mi desgraciado amigo Williams quizá esté en vísperas de verse arruinado. No importa —decía luego aquella buena y honesta criatura—, aunque se vuelva más pobre que Job tendrá la mano de mi hija… Te la prometo, amigo mío, te la prometo, Williams, sólo tú agradas a esa querida niña, y yo sólo aspiro a su felicidad.

Y Henriette, con su amado, se arrojaba llorando en brazos de lady Stralson; uno y otra la abrumaban con las muestras de su gratitud.

Pero Williams se sentía culpable; no se atrevía a decirlo; embrujado por Gave bajo el nombre del capitán O'Donel, había perdido, bien con aquel falso amigo, bien con las personas a las que éste le había presentado, casi todo el dinero que había llevado a Londres. No viendo relación alguna entre Granwel y el capitán escocés, estaba lejos de sospechar que éste debiera ser el agente del otro… Callaba, suspiraba en silencio, recibía confuso las demostraciones de ternura de Henriette y de su madre, *y* no se atrevía a confesar sus faltas; seguía esperando que un momento más dichoso quizá le devolvería su pequeña fortuna; pero si ese momento no llegaba, si, por otra parte, Clark ganaba el proceso, indigno de las bondades con que le abrumaban, Williams…, el desgraciado Williams estaba decidido a todo antes que a engañarlas.

En cuanto a Granwel, no hay necesidad de pintar su furor, es fácil de imaginar.

—No es una mujer —repetía sin cesar a sus amigos—, es un ser por encima de lo humano… ¡Ah, por más que prepare trampas contra ella, se librará!… Sea, que continúe así… se lo aconsejo… Si mi estrella consigue ascendiente sobre la suya, pagará cara la infame jugarreta que me ha hecho.

Mientras tanto, todas las baterías para la ruina del desgraciado Williams estaban apuntadas con más arte y más presteza que nunca; el proceso por la herencia estaba a punto de ser juzgado, y Granwel no ahorraba cuidados ni gestiones en favor de los intereses del caballero Clark, quien, al no hablar nunca sino con sir Jacques, no sospechaba siquiera cuál era la mano que le sostenía tan poderosamente.

Al día siguiente de la aventura de Drury Lane, Granwel fue a excusarse por su equivocación a casa de Fielding; lo hizo con tanta buena fe que el juez no pareció sino agradecérselo, y el bribón salió de allí para ir a inventar otras estratagemas cuyo éxito menos infortunado pudiera hacer caer al fin en sus redes al desventurado objeto de su idolatría.

La ocasión no tardó en presentarse. Lady Wateley poseía una finca bastante bonita entre Newmarket y Hosden, a unas quince millas de Londres; pensó llevar allí a su joven pariente, para disipar un poco las negras preocupaciones que empezaban a agitarla. Granwel, informado de todos los pasos de su amada, se entera del día fijado para la partida; sabe que deben pasar ocho días en esa finca y volver el noveno por la noche. Se disfraza, contrata una docena de esos malvados que callejean por el empedrado de Londres, y que por unas pocas guineas pueden convertirse en satélites del primero que se presente, y vuela a la cabeza de estos bandidos a esperar la carroza de lady Wateley en una esquina de un bosque algo alejado de Newmarket, célebre por los asesinatos que allí se cometen a diario, y por el que tenían que pasar al volver. El coche llega, es detenido… las riendas se rompen… los criados son apaleados… los caballos escapan… las mujeres se desmayan… miss Stralson es llevada, sin conocimiento, a un coche a dos pasos de allí; su raptor monta con ella, vigorosos corceles se lanzan al galope y llegan a Londres. El lord, que no se ha dado a conocer a Henriette, y que no le ha dicho una palabra durante el camino, entra rápidamente en su palacio con su presa; la lleva a una habitación remota, despide a sus criados… y se quita la máscara.

—¡Y bien, pérfida! —dice entonces furioso—, ¿reconoces al que has osado traicionar impunemente?

—Sí, milord, os reconozco —responde valientemente Henriette—: cuando

me ocurre una desgracia, ¿puedo nombraros al instante? Vos sois la única causa de todas las que sufro, vuestro único encanto consiste en perturbar mi vida; aunque yo fuera vuestra más mortal enemiga, no os comportaríais de otra forma.

—Mujer cruel, ¿no sois vos, acaso, quien hace de mí el más desdichado de los hombres, tras haber abusado de mi buena fe? Y con vuestra infame doblez, ¿no me habéis hecho completamente víctima de los sentimientos que había concebido por vos?

—Os creía más justo, milord, creía que antes de condenar a la gente al menos os dignabais oírla.

—¿Dejarme coger una segunda vez en tus condenables artificios… yo?

—¡Desventurada Henriette! Serás, pues, castigada por excesiva franqueza y credulidad, ¡y el único hombre a quien has estimado en el mundo será la causa de todos los desastres de tu vida!

—¿Qué queréis decir, señorita?, explicaos. Todavía quiero escuchar vuestra justificación, pero no presumáis que habéis de engañarme… no penséis abusar de este fatal amor por el que sin duda debo ruborizarme demasiado… No, *miss*, ya no me induciréis a error… Ya no me interesáis. Henriette, ahora os veo con sangre fría, y ya no encendéis en mí otros deseos que los del crimen y la venganza.

—Despacio, milord, me acusáis con demasiada ligereza: una mujer que os hubiera engañado os habría recibido, habría prolongado vuestra esperanza, habría tratado de amaros y, con la habilidad que en mí suponéis, hubiera triunfado… Examinad la diferente conducta que he tenido… discernid sus principios, y condenadme si os atrevéis.

—¡Cómo!… En nuestra última entrevista me dejasteis creer que no os era indiferente, vos misma me invitasteis a ir a vuestra casa… A ese precio me calmo… con esa condición la delicadeza reemplaza en mi corazón los sentimientos que os veo censurar… y cuando hago todo para agradaros… cuando sacrifico todo para obtener un corazón… cuya posesión se volvía inútil para mí si sólo hubiera escuchado a mis deseos, la recompensa consiste en ver cómo se me cierra vuestra puerta… No, no, pérfida, no esperéis escapar de nuevo… no lo esperéis, *miss*, vuestras tentativas serían inútiles.

—Haced de mí lo que queráis, milord, estoy en vuestras manos… (y derramando involuntariamente algunas lágrimas), me obtenéis, sin duda, a

expensas de la vida de mi madre… No importa, haced de mí lo que queráis, os digo, no quiero emplear ningún medio de defensa… Mas si fuera posible que oyeseis la verdad sin acusarla de artificio, os preguntaría, milord, si las negativas que habéis sufrido no son pruebas seguras, tanto de la confesión que hice de los sentimientos que me habíais inspirado como del espanto que tuvieron de su poder sobre mí… ¿Habría sido necesario apartaros si no se os hubiera temido? ¿Y os habrían temido si yo no hubiese confesado públicamente lo que sentía por vos? Vengaos, milord, vengaos, castigadme por haberme entregado en exceso a este error delicioso… Merezco toda vuestra cólera, sus efectos nunca serán lo suficientemente brillantes… nunca los llevaréis suficientemente lejos.

—¡Bien! —dijo Granwel en medio de una increíble agitación—, ¿no había previsto que esta taimada criatura aún trataría de encadenarme otra vez?… ¡Oh, no, no!, vos no habéis cometido errores, *miss*, todos los he cometido yo… yo soy el único culpable, es a mí a quien se debe castigar; yo era un monstruo, seguro, por haber podido conspirar contra la que en el fondo de su alma me adoraba… No lo veía, *miss*, lo ignoraba… Perdonádselo a la extremada humildad de mi carácter; ¿cómo podía concebir yo el orgullo de ser amado por una joven como vos?

—Permitidme deciros, milord, que ni vos ni yo nos encontramos en situación de sarcasmo o burla; me hacéis la más desventurada de las mujeres, y yo estaba lejos de desear que fueseis el más infortunado de los hombres. Es todo lo que tengo que deciros, milord; es tan sencillo que no lo creéis; permitidme a mi vez tener el suficiente orgullo, por humillada que esté, para no tratar de convenceros. Es demasiado cruel para mí tener que sonrojarme por mi falta ante mi familia y mis amigos sin verme obligada a llorarla con quien me la ha hecho cometer… No creáis nada de lo que os digo, milord: os engaño en todo, soy la más falsa de las mujeres, no debe seros permitido verme de otra manera… No me creáis, os digo…

—Pero, *miss*, si fuera verdad que vuestros sentimientos hacia mí fueran los que pretendéis que crea, si no podíais conseguir verme, ¿quién os impedía escribirme? ¿No debíais suponerme muy inquieto por el rechazo que había sufrido?

—No dependo de mí, milord, no olvidéis nunca esta circunstancia, y convendréis que una joven de mi edad, y cuyos sentimientos responden a la buena educación, sólo debe trabajar por ahogar en su corazón cuanto desaprueba su familia.

—Y ahora que ya no dependéis de esa bárbara familia, que se opone tanto a

vuestros deseos como a los míos, ¿consentís en darme la mano ahora mismo?

—¿Yo? ¿Cuando mi madre expira quizá, y cuando son vuestros golpes los que me la arrebatan? ¡Ah, permitidme pensar sólo en aquella a quien debo luz, antes de ocuparme de mi felicidad!

—Tranquilizaos sobre eso, *miss*; vuestra madre está a salvo, se encuentra en casa de lady Wateley, y ambas están tan sanas como vos. La orden de socorrerlas en el momento en que fuerais raptada ha sido cumplida con más inteligencia aún de la que os pone en mi poder: que eso no os dé la más mínima inquietud, que no perturbe en nada la respuesta decisiva que os ruego me deis. ¿Aceptáis mi mano, *miss*, o no la aceptáis?

—No penséis que me decida sobre un punto como ése sin el consentimiento de mi madre. No es vuestra amante, milord, lo que quiero ser, quiero ser vuestra mujer; ¿me convertiría legítimamente en ello si, dependiendo de mi familia, me casara con vos sin su consentimiento?

—Pero ¿os dais cuenta, *miss*, de que soy dueño de vuestra persona, y de que no es al esclavo a quien corresponde imponer condiciones?

—¡Oh, milord, entonces no me casaré con vos!… No quiero ser la esclava de aquel al que habrá elegido mi corazón.

—Orgullosa criatura, ¿no conseguiré nunca doblegarte?

—¿Y qué delicadeza pondríais en el triunfo que habríais obtenido sobre una esclava? ¿Puede acaso halagar el amor propio lo que sólo se debe a la violencia?

—No siempre es seguro que esa delicadeza, tan alabada, sea tan preciosa como imaginan las mujeres.

—Dejad esa dureza de principios, milord, a quienes no están hechos para merecer los corazones que intentan domar; esas abominables máximas no están hechas para vos.

—Pero ese Williams, *miss*… ese Williams… querría que todas las desgracias con las que la naturaleza pueda abrumar a los hombres se juntaran sobre la cabeza de ese malvado.

—No llaméis así al más honrado de los hombres.

—Él me quita vuestro corazón, él es la causa de todo, sé que le amáis.

—Ya os he contestado sobre ese punto, seguiré diciendo lo mismo: Williams me ama, eso es todo… ¡Ah, milord, ojalá no tengáis nunca algo que se oponga con mayor peligro a vuestros proyectos! No seríais tan desgraciado como suponéis.

—No, seductora, no, no te creo (y turbándose)… Vamos, *miss*, preparaos, os he dado el tiempo necesario para reflexionar; debéis suponer que no es para ser de nuevo vuestra víctima para lo que os he traído aquí… Es preciso que esta noche seáis o mi mujer… o mi amante…

Y, al mismo tiempo, la coge con dureza del brazo y la arrastra hacia el impío altar donde el bárbaro quiere sacrificarla.

—Una palabra… milord —dice Henriette conteniendo las lágrimas y resistiendo con todas sus fuerzas los intentos de Granwel—, una sola palabra, os lo suplico… ¿Qué esperáis del crimen que vais a cometer?

—Todos los placeres que puede darme.

—No los conoceréis más que un día, milord: mañana ya no seré ni vuestra esclava ni vuestra amante, mañana no tendréis ante vuestros ojos más que el cadáver de aquella a la que habréis mancillado… ¡Oh, Granwel!, no conocéis mi carácter, ignoráis a qué excesos puede llevarme. Si es cierto que tenéis hacia mí el más leve sentimiento, ¿podéis comprar al precio de mi pérdida el desgraciado goce de un cuarto de hora? Esos mismos placeres que queréis arrancarme, os los ofrezco; ¿por qué no queréis tenerlos de mi corazón?… Hombre equitativo y sensible —prosigue medio inclinada, tendiendo las manos juntas hacia su tirano—, dejaos enternecer por mis llantos… que los gritos de mi desesperación lleguen una vez todavía a vuestra alma, no os arrepentiréis de haberlos oído. ¡Oh, milord!, ved ante vos, en actitud suplicante, a la que ponía toda su gloria en encadenaros un día a sus pies. ¿Queréis que sea vuestra mujer? Pues bien, miradme ya como tal, y con este motivo, no deshonréis a aquella cuyo destino tan unido está al vuestro… Devolved Henriette a su madre, ella os lo suplica, y con los sentimientos más vivos y más ardientes os pagará vuestros beneficios.

Pero Granwel había dejado de mirarla, paseaba a zancadas por la estancia… ardiendo de amor… atormentado por la sed de gozar… devorado por la venganza… combatido por la piedad que aquella dulce voz, aquella postura seductora, aquellas lágrimas que corrían a mares excitaban, a pesar suyo, en su

alma, y que nacían de su amor… Dispuesto a tomarla a veces, queriendo otras perdonarla, era imposible decir a cuál de estos dos impulsos iba a plegarse, cuando Henriette, captando su turbación, le dice:

—Id, milord, id a ver si deseo engañaros: llevadme vos mismo a mi madre, id a preguntárselo, y entonces veréis si no sirvo yo a vuestros deseos.

—Mujer incomprensible —dice el lord—, ¡bien!… ¡bien, sí!, cedo por segunda vez; pero si por desgracia me engañas de nuevo, no hay fuerza humana que pueda sustraerse a los efectos de mi venganza… Recuerda que será terrible… que costará sangre a las personas que te son más queridas, y que no habrá ni uno solo, de todos los que te rodean, a los que mi mano no inmole a tus pies.

—Me someto a todo, milord, partamos, no me dejéis por más tiempo en la inquietud en que estoy por mi madre, sólo su permiso falta a mi felicidad… sólo saberla fuera de peligro… y vuestros deseos serán cumplidos al instante.

Milord pide caballos.

—Yo no os acompañaré —le dice a Henriette—; no debo escoger este momento para presentarme en casa de vuestros amigos; ya veis cuánta es mi confianza. Mañana, a las doce en punto, un coche irá de mi parte a buscaros a vos y a vuestra madre; llegaréis a mi casa, seréis recibidas por mi familia, los notarios estarán aquí, me convertiré en vuestro esposo ese mismo día; pero si siento de vuestros parientes o de vos la apariencia incluso del más leve rechazo, no lo olvidéis, *miss*, no tendréis en Londres un enemigo más mortal que yo… Partid, el coche os espera, no deseo siquiera llevaros hasta él… No sabría dejar demasiado pronto unas miradas cuyos efectos son tan singulares sobre mi corazón, que en él encuentro al mismo tiempo todo lo que decide al crimen y todo lo que lleva a la virtud.

Cuando Henriette volvió con los suyos, encontró toda la casa en lágrimas; lady Stralson estaba herida en la cabeza y en el brazo; su prima Wateley guardaba cama a causa del terrible susto que había tenido; dos criados habían sido aplastados casi en el lugar. Sin embargo, Granwel no la había engañado: poco después de su partida, los mismos que habían atacado la carroza se habían convertido en sus defensores; habían recuperado los caballos, habían ayudado a las mujeres a subir al coche y las habían escoltado hasta las puertas de Londres.

Lady Stralson lloraba con mucha mayor amargura la pérdida de su hija que

los momentáneos dolores que experimentaba; era imposible consolarla, ya iban a decidirse a gestiones más serias cuando apareció Henriette y se precipitó en los brazos de su madre. Una palabra esclareció todo, pero no informó de nada a lady Wateley, que no había dudado de que el pérfido lord era el único autor de aquellos nuevos desastres. Miss Stralson dio cuenta de lo que había pasado, y no hizo sino inquietarlas más. Si se acudía a la invitación, no podrían dar marcha atrás: tendría que convertirse, desde el día siguiente, en esposa de Granwel. Si faltaban, ¿qué enemigo no tendrían frente a ellas?

En medio de aquella terrible perplejidad, lady Stralson quería volverse inmediatamente a Herreford; pero, por violento que fuera este propósito, ¿ponía a aquella desventurada mujer y a su hija al abrigo de la cólera de un hombre que juraba perseguir a ambas hasta el fin del mundo si faltaban a su palabra? Quejarse… emplear poderosas protecciones, ¿era medio más seguro? Si lo ponían en práctica no harían sino agriar mil veces más a un ser de pasiones terribles y de venganza temible. Lady Wateley se inclinaba por el matrimonio; era difícil que miss Henriette encontrara otro mejor: un lord de la más alta calidad… bienes inmensos… Y el ascendiente que tenía sobre él, ¿no debía asegurar a Henriette que haría toda su vida lo que quisiera?

Pero el corazón de miss Stralson estaba muy lejos de esta decisión; todo lo que sentía al entregárselo a su amante más querido no servía sino para hacerle detestar más al espantoso hombre que se encarnizaba contra ella. Aseguró que prefería la muerte a las proposiciones de lady Wateley; y que la terrible necesidad en que se había visto de fingir con lord Granwel se lo volvía aún más odioso. Decidieron, pues, transigir, recibir al lord con cortesía, continuar alimentando su pasión con la esperanza, mientras, por otra parte, las apagarían a fuerza de darle largas; rematar, entre tanto, los asuntos que tenían en Londres, casarse en secreto con Williams y volverse un buen día a Herreford sin que Granwel pudiera sospecharlo. Seguía pensando que, una vez allí, si este hombre peligroso proseguía sus ataques contra una mujer en poder de un marido, éstos adquirirían un tipo de gravedad que otorgaba a lady Stralson y a su hija la protección de las leyes. Pero ¿podía convenir tal partido? Un hombre tan fogoso como Granwel, ya engañado dos veces, ¿no tendría base para creer que trataban de engañarle una tercera? Y, en tal caso, ¿qué no había que temer? Sin embargo, estas reflexiones no se les ocurrieron a las amigas de Henriette; se atuvieron al proyecto adoptado y, al día siguiente, miss Stralson escribió a su perseguidor que el estado de salud de su madre no le permitía poder cumplir la promesa que había hecho; suplicaba encarecidamente al lord no disgustarse, acudir por el contrario a consolarla del pesar que sentía por no poder mantener su palabra, y de la tristeza que la

abrumaba junto a una madre enferma.

El primer impulso de Granwel fue de despecho.

—¡Heme aquí engañado de nuevo! —exclamó—, ¡heme aquí otra vez víctima de esta falsa criatura!… ¡Y yo era su dueño… y podía forzarla a satisfacer mis deseos… hacerla esclava de mis voluntades!… La he dejado vencer… la muy pérfida… ha vuelto a escapárseme… Mas veamos lo que quiere de mí… veamos si realmente el estado de su madre puede servirle de excusa legítima.

Granwel llega a casa de lady Wateley, y sin confesarse, como es fácil suponer, autor de las catástrofes de la víspera, sólo admite que se había enterado de ellas y que el interés que no podía dejar de tomar por lady Stralson desde que había tenido la fortuna de conocerla le hacía volar hacia ella para informarse del estado de su salud y del de las personas que le eran queridas. Este comienzo es admitido, se le sigue la corriente; al cabo de unos instantes, Granwel lleva aparte a Henriette, le pregunta si cree que el ligero malestar de su madre pondrá largos obstáculos a la felicidad de pertenecerle, y si no podría, pese a aquel contratiempo, aventurar algunas proposiciones. Henriette le calma, le ruega no impacientarse; le dice que, aunque sus amigas fingen, no están menos convencidas de que sea el único autor de cuanto han sufrido la víspera, y que, por eso, no es buen momento para iniciar una negociación semejante.

—¿No es ya mucho —continuó ella— que nos permitan vernos? ¿Y seguiréis acusándome de engañaros cuando acabo de abriros para siempre la puerta de una casa que vos llenáis de amargura y de duelo?

Pero milord, que en ningún momento creía que se hubiera hecho algo por él mientras sus deseos no fueran satisfechos, sólo respondió balbuciendo, y dijo a miss Stralson que consentía en darle veinticuatro horas más, y que al cabo de ese término quería saber absolutamente a qué atenerse. Por fin la visita concluye, y este breve instante de reposo va a llevarnos junto a Williams, a quien todo esto nos ha hecho perder de vista.

Gracias a los cuidados criminales de Granwel y de Gave, era difícil que los asuntos de este pobre muchacho fueran peor de lo que iban. Dentro de pocos días iba a fallarse el proceso, y el caballero Clark, apoyado por toda la ciudad de Londres, ya se miraba, no sin fundamento, como heredero único de los bienes que Williams contaba con ofrecer por su mano a la amable Henriette. Granwel no descuidaba nada de cuanto podía decidir aquel juicio a favor de sus deseos;

aquella artimaña, que al principio sólo fue accesoria, se volvía ahora esencial, y de ella esperaba todo el éxito de sus operaciones. ¿Se decidiría Henriette a casarse con aquel Williams si estaba completamente arruinado? Suponiendo incluso que su delicadeza la obligase todavía a ello, ¿podía consentirlo su madre? Pese a lo que Granwel había sabido de miss Stralson en su última entrevista, era imposible que aquel seductor no hubiera visto, en las palabras de la que amaba, más política y cuidado que ternura y verdad. Por otra parte, sus espías le hacían saber, y él no podía dudarlo, que los dos jóvenes seguían viéndose. Resolvió, pues, acelerar la ruina de Williams, tanto para cansar a los Stralson como para obtener de aquella catástrofe un último medio de poner a Henriette en sus manos… de las que juraba que no escaparía más.

En cuanto al capitán O'Donel, tras haber sacado cuanto había podido de Williams, lo había abandonado cruelmente y se había retirado a casa de Granwel, de donde salía muy poco por temor a ser reconocido; su protector le había exigido esta precaución hasta el desenlace de toda aquella intriga, que, según el lord, no debía tardar muchos días más.

Williams, entretanto, reducido a sus cuatro últimas guineas, sin tener siquiera lo suficiente para hacer frente a los gastos del proceso, estaba decidido a hacer confesión de sus faltas a los pies de la buena Stralson y de su adorable hija. Se disponía a hacerlo cuando los últimos relámpagos del rayo suspendido sobre su cabeza estallaron súbitamente. Su proceso se juzga, Clark es reconocido como primer pariente de aquel cuya herencia se litiga, en dos grados más cerca que Williams; y este desventurado joven se ve privado a la vez tanto de la escasa fortuna presente de que gozaba como de la que podía esperar un día. Anonadado por la multitud de sus reveses, sin poder soportar el horror de su situación, está dispuesto a arrancarse la vida, pero le es imposible atentar contra sus días sin ver por una última vez al único ser que se los hace queridos; vuela a casa de lady Wateley, sabía que en ella se recibía a lord Granwel, conocía los motivos y, por más inquietud que esto le diese, no se atrevía, sin embargo, a desaprobarla. ¿Quién era él para dictar leyes en la falsa posición en que se encontraba? Habían convenido, según la política que guiaba las gestiones actuales, en recibir a Williams sólo en secreto; llegó, pues, de noche, y en un momento en que estaban seguros de que Granwel no aparecería. Nada se sabía aún de la pérdida de su proceso; da cuenta de ello, y une al mismo tiempo la espantosa noticia de sus desgracias en el juego.

—¡Oh, mi querida Henriette! —exclama precipitándose a los pies de la que adora—, éstos son mis últimos adioses, vengo a liberaros de vuestros lazos, y a romper igualmente los de mi vida. Tratad bien a mi rival, *miss*, y no le neguéis

vuestra mano; sólo él puede hacer ahora vuestra felicidad; mis faltas y mis reveses ya no me permiten ser vuestro. Convertíos en esposa de mi rival, Henriette; es vuestro mejor amigo quien os lo ruega; olvidad para siempre a un desdichado que sólo es digno de vuestra piedad.

—Williams —dijo Henriette levantando a su amado y colocándole a su lado—, ¡oh, tú, a quien nunca cesé de adorar un instante!, ¿cómo has podido creer que mis sentimientos dependiesen de los caprichos de la fortuna? ¿Y qué injusta criatura sería yo si debiera dejar de amarte por unas imprudencias o unas desventuras? ¿Crees, Williams, crees que mi madre te abandonará? Yo me encargo de hacerle saber lo que te pasa, quiero ahorrarte el pesar de que se lo confieses; pero respóndeme de tu vida, júrame, Williams, que mientras estés seguro del corazón de Henriette, ninguna desgracia podrá obligarte a cortar el hilo de tu vida.

—¡Oh, adorada mía! Hago el juramento a tus rodillas, ¿qué tengo más sagrado que tu amor? ¿Qué desgracia puedo temer, siendo querido siempre por mi Henriette? Sí, viviré, puesto que me amas, pero no exijas de mí que me case contigo, no permitas unir tu suerte a la de un miserable que no está hecho para ti; conviértete en mujer del lord; si no me entero de ello sin pesar, lo veré al menos sin celos, y el esplendor que este hombre poderoso te haga gozar me consolará, si es posible, de no haber podido pretender a la misma dicha.

No era sin derramar lágrimas como la tierna Henriette oía estas palabras; le repugnaban hasta tal punto que no pudo dejarlas terminar.

—¡Hombre injusto! —exclamó cogiendo la mano de Williams—; ¿puede mi felicidad existir sin la tuya? ¿Y serías tú feliz si yo estuviera en brazos de otro? No, amigo mío, no, no te abandonaré nunca; ahora tengo una deuda más que pagar… la que tu infortunio me impone. Sólo el amor me encadenaba antes a ti, ahora estoy atada por el deber… Te debo consuelo, Williams; ¿de quién lo querrías, si no fuera de tu Henriette? ¿-No corresponde a mi mano enjugar tus lágrimas? ¿Por qué quieres privarme de ese goce? Al casarme contigo con la fortuna que debía pertenecerte, no me habrías debido nada, amigo mío, y yo te uno ahora a mí por los vínculos del amor y por los tiernos nudos de la gratitud.

Williams riega con su llanto las manos de su amada, y el exceso del sentimiento que lo abrasa le impide encontrar expresiones que puedan describir lo que siente. Lady Stralson acude cuando nuestros dos enamorados, anonadados uno en brazos del otro, hacen pasar mutuamente a su alma el fuego divino que los consume; su hija le hace saber entonces lo que Williams no se atreve decir, y

termina este relato pidiendo a su madre por favor que no cambie en absoluto las disposiciones en que siempre ha estado.

—Ven, querido —dice la buena Stralson tras haberse informado de todo—, ven —dice lanzando sus brazos alrededor del cuello de Williams—, nosotras te amábamos rico, nosotras te amaremos mucho mejor pobre.

No olvides nunca a dos buenas amigas, y deja a ellas el cuidado de consolarte… Has cometido una falta, amigo mío… eres joven… careces de vínculos, no las cometerás cuando seas esposo de la que amas.

Pasamos en silencio las expresiones de la ternura de Williams. Todo el que tenga corazón las sentirá sin que sea preciso decírselas, y a las almas frías no se les puede describir nada.

—¡Oh, querida hija! —continuó lady Stralson—, ¡cuánto temo que en todo esto no haya sino nuevas argucias de ese hombre horrible que nos atormenta!… Ese capitán escocés que arruina en tan poco tiempo a nuestro buen Williams… ese caballero Clark a quien no conocimos nunca por pariente de la tía de este querido amigo, todo esto son intrigas de ese hombre pérfido… ¡Ah, ojalá no hubiésemos venido nunca a Londres!; hay que abandonar esta ciudad peligrosa, hija mía, hay que alejarse de ella para siempre.

No será difícil creer que Henriette y Williams adoptaron con alegría este plan; así pues, eligieron el día, se decidió que partirían dentro de dos, pero que todo se haría con tal misterio que ni siquiera los criados de lady Wateley pudieran saber nada; y admitido este proyecto por ambas partes, Williams quiso salir para preparar su ejecución. Henriette le detiene.

—¿Te das cuenta, amigo mío —le dice ella, entregándole una bolsa llena de oro—, te das cuenta de que me has confiado el triste estado de tus finanzas, y que sólo a mí corresponde volver a ponerlas en orden?

—¡Oh, *miss*, qué generosidad!

—Williams —dice lady Stralson—, ella me hace ver mis errores… Tómalo, amigo mío… tómalo, hoy la dejo gozar de este placer, pero a condición de que no se me adelante en el futuro…

Y Williams, bañado en lágrimas, Williams, rebosante de gratitud, sale diciendo:

—Si puede haber para mí felicidad en la tierra, no es desde luego sino en el seno de esta honrada familia. He cometido una falta… he sufrido un revés horrible… soy joven, la milicia me ofrece recursos… trataré de que mis hijos no puedan darse cuenta de todo esto; estas prendas preciosas del amor de la que adoro constituirán por siempre la única ocupación de mi vida, y combatiré tan bien por la fortuna que no tendrán que lamentarse de mis desgracias.

Milord Granwel fue al día siguiente a visitar a su amada. Fingieron todos, como se hacía de ordinario; pero, demasiado hábil para no discernir algunas variaciones en la conducta de *miss* y de su madre, demasiado sutil para no atribuirlas a la revolución de la fortuna de Williams, se informó: aunque hubieran guardado secreto sobre la proyectada marcha y sobre las últimas visitas de Williams, era imposible que algo no hubiera traslucido y que, en consecuencia, maravillosamente servido por sus espías, Granwel pudiera estar mucho tiempo sin saberlo todo.

—¡Bien! —le dice a Gave, cuando le trajeron estas últimas informaciones—, una vez más vuelvo a ser víctima de ese atajo de traidores. ¡Y la pérfida Henriette sólo piensa, mientras me entretiene, en coronar a mi rival!… Sexo falso y falaz, ¡cuánta razón hay para ultrajarte y despreciarte! ¿No justificas cada día con tus faltas todos los reproches inventados contra ti?… ¡Oh, Gave, amigo mío!, esa ingrata no sabe a quién está ofendiendo; sólo en ella quiero vengar a todo mi sexo, quiero hacerle llorar con lágrimas de sangre tanto sus errores como los de todos los seres que se le parecen… Gave, en el trato que has tenido con ese bribón de Williams, ¿te has hecho con su escritura?

—Aquí está.

—Dámela… Bien… Lleva inmediatamente este billete a Johnson, a ese pillo que tan bien domina el arte de imitar todas las letras; que al instante imite ésta; que transcriba, con la letra de Williams, las líneas que voy a dictarte.

Gave escribe; lleva el billete; Johnson lo copia y la víspera de la partida de miss Henriette, sobre las siete de la tarde recibe la carta que va a leerse, de mano de un hombre que le asegura que es de Williams, y que este infeliz enamorado espera la respuesta con la impaciencia más viva.

Están a punto de detenerme por una deuda mucho más fuerte que el dinero que puedo tener; es cierto que poderosos enemigos se mezclan en todo; apenas tendré tiempo de abrazaros una última vez; espero esa dicha, y vuestros consejos; venid sola a consolar un

instante, en la esquina de los jardines de Kensington, al desdichado Williams, presto a expirar de dolor si le negáis esta gracia.

Henriette se aflige tras haber leído este billete y, temiendo que tanta imprudencia no enfríe, finalmente, las bondades de su madre, se decide a ocultarle esta nueva catástrofe, a proveerse de todo el dinero que puede, y a volar en ayuda de Williams… Durante un momento reflexiona sobre el peligro de salir a tal hora… pero ¿cómo puede enterarse el lord? Le cree completamente víctima de los fingimientos de su madre y de su amiga, lady Wateley; estas dos mujeres y ella no han dejado de recibirle; el propio Granwel nunca tuvo apariencia más tranquila… ¿Qué puede, pues, temer?… Quizá actúe contra Williams, quizá sea él la causa de estos nuevos reveses; pero el deseo de hacer daño a un rival al que no se deja de temer no es razón para seguir atentando contra la libertad de aquella de la que debe estar seguro.

¡Débil y desventurada Henriette, tales eran tus locos pensamientos! El amor, que te los sugería, los legitimaba; no pensabas que nunca es más espeso el velo sobre los ojos de los amantes que cuando el precipicio está a punto de abrirse bajo sus pasos… Miss Stralson envía en busca de porteadores, y se dirige al lugar indicado… La silla se detiene… la abren…

—*Miss* —le dice Granwel, dándole la mano para salir—, no me esperabais aquí, estoy seguro; ahora sí que podéis decir que el azote de vuestra vida se ofrece en todo instante a vuestros ojos…

Henriette lanza un grito, quiere liberarse y huir…

—¡Despacio, hermoso ángel, despacio! —dice Granwel poniéndole el cañón de una pistola sobre el pecho, y haciéndole ver que está rodeada—, no esperéis escapar de mí, Henriette, no, no lo esperéis. Estoy harto de ser vuestra víctima… es preciso que me vengue… Silencio, pues, o no respondo de vuestra vida.

Miss Henriette, privada del uso de sus sentidos, es arrastrada hacia una silla de posta en la que el lord se introduce a su lado, y, sin perder un minuto, llegan al norte de Inglaterra, a un vasto castillo aislado que poseía Granwel en las fronteras con Escocia.

Gave se había quedado en el palacio del lord; estaba encargado de observar y, mediante veloces correos, dar puntualmente noticias precisas de lo que iba a ocurrir en Londres.

Dos horas después de la partida de su hija, lady Stralson se da cuenta de que ha salido; segura de la conducta de Henriette, no se inquieta en absoluto al principio; pero cuando oye dar las diez, se estremece y sospecha nuevas trampas… Vuela a casa de Williams… le pregunta temblando si ha visto a Henriette… Con las respuestas de este desventurado amante se asusta todavía más. Le dice a Williams que la espere, se hace llevan a casa de lord Granwel… Le dicen que está enfermo… Manda decir quién es, completamente segura de que a su nombre el lord debe dejarla entrar. La misma respuesta; sus sospechas aumentan; vuelve a casa de Williams, y los dos, horriblemente emocionados, van en busca del primer ministro, de quien saben que Granwel es pariente. Le cuentan su desventura, le aseguran que quien perturba de manera tan cruel su vida, que la única causa de todo lo que les sucede, que el raptor, en una palabra, de la hija de la una y de la amada del otro, no es sino lord Granwel…

—¡Granwel! —dijo el ministro sorprendido—… pero ¿sabéis que es mi amigo… mi pariente y que, por más ligero que le suponga, le creo, sin embargo, incapaz de un horror?…

—Es él, es él, milord —responde aquella madre desolada—, haced que le busquen, y veréis si os engañamos.

Envían inmediatamente mensajeros al palacete del lord. Sin atreverse a engañar a los emisarios del primer ministro, Gave manda decir que Granwel ha partido para realizar una gira por sus propiedades. Esta información, unida a las sospechas y a las denuncias de la madre de Henriette, abre al fin los ojos del ministro.

—Señora —dijo a lady Stralson—, id con vuestro amigo a tranquilizaros a casa, voy a actuar: estad segura de que no descuidaré nada de cuanto pueda para devolveros lo que habéis perdido y restablecer el honor de vuestra familia.

Pero todas aquellas gestiones llevaban su tiempo; el ministro no había querido emprender nada judicialmente hasta no haber recibido antes los consejos del rey, a quien Granwel estaba vinculado por su cargo; estas demoras habían facilitado a Gave hacer llegar un correo al castillo de su amigo, y gracias a ello los acontecimientos de que tenemos que dar cuenta pudieron realizarse sin obstáculo.

Al llegar a sus tierras, Granwel, a fuerza de calmar a miss Henriette, había conseguido de ella que descansase un poco; pero se había cuidado de instalarla en una habitación de la que le era imposible evadirse. Aunque miss Stralson tuviera

que dormir en aquella cruel situación, demasiado feliz de poder estar tranquila unas horas, no había hecho aún ninguna clase de ruido que pudiera hacer sospechar que estaba despierta cuando llegó el correo de Gave. A partir de ese momento, el lord comprendió que, si deseaba triunfar, debía acelerar sus pasos. Todo lo que pudiera asegurarlos le daba igual; por criminal que aquello pudiera ser, estaba resuelto a todo con tal de vengarse y gozar de su víctima. Lo peor que puede pasar, se decía, será casarse con ella y no aparecer en Londres sino con el título de marido suyo; pero tal como estaban las cosas, después de lo que acababa de hacerle saber el correo de Gave, vio que no tendría tiempo de nada si no calmaba inmediatamente la tormenta que se cernía sobre su cabeza, y no le costó mucho llegar a la conclusión de que, para conseguirlo, se precisaban dos cosas: tranquilizar a lady Stralson y frenar a Williams. Una argucia abominable y un crimen más odioso aún acabarían con el uno y con la otra, y Granwel, a quien nada detenía cuando se trataba de saciar sus deseos, no bien hubo dado a luz aquellos horribles proyectos sólo pensó en ponerlos en práctica.

Manda esperar al correo, y se presenta en la habitación de Henriette; empieza con las proposiciones más insultantes, y, según su costumbre, Henriette las elude a fuerza de ingenio; es lo que quería Granwel, no pedía otra cosa sino que empleara toda su seducción, a fin de dar la sensación de que sucumbirá una vez más y de cogerla en las mismas trampas que ella solía emplear contra él. No hay nada que miss Stralson no haga para echar por tierra los proyectos que milord anuncia: lágrimas, ruegos, amor, pone en juego todo indistintamente, y Granwel, tras muchos combates, fingiendo finalmente rendirse, cae a su vez pérfidamente a los pies de Henriette.

—Cruel joven —le dice, rociando sus manos con las fingidas lágrimas de su arrepentimiento—, tu ascendiente es demasiado notorio, triunfas siempre, y me rindo de una vez por todas… Lo he decidido, *miss*, ya no encontraréis en mí a vuestro perseguidor, sólo veréis a vuestro amigo. Más generoso de lo que pensáis, quiero ser capaz, con vos, de los últimos esfuerzos del valor y de la virtud. Veis todo lo que tendría derecho a exigir, todo lo que podría pedir en nombre del amor, todo lo que podría obtener mediante la violencia: pues bien, Henriette, ¡renuncio a todo! Sí, quiero obligaros a estimarme, a echarme en falta quizá un día… Sabed, *miss*, que nunca he sido vuestra víctima, por más que finjáis, amáis a Williams… *Miss*, vais a recibirlo de mi mano… ¿Obtendré a ese precio el perdón de cuantos males os he hecho sufrir?… Al entregaros a Williams, al reparar con mi propia fortuna los reveses que la suya acaba de sufrir, ¿habré conquistado algunos derechos en el corazón de mi querida Henriette, y me seguirá llamando ella su enemigo más cruel?

—¡Oh, generoso bienhechor! —exclama la joven *miss*, demasiado presta a coger la quimera que viene a acariciarla un instante—. ¿Qué Dios viene a inspiraros estos designios, y cómo os dignáis cambiar tan pronto el destino de la triste Henriette? ¿Me preguntáis qué derechos habréis adquirido sobre mi corazón? Todos los sentimientos de este corazón sensible que no pertenezcan al desventurado Williams serán siempre para vos. Seré vuestra amiga, Granwel… vuestra hermana… vuestra confidente; ocupada sólo en agradaros, me atreveré a pediros por única gracia pasar mi vida junto a vos, y emplear todos sus instantes en testimoniaros mi gratitud… ¡Ah, pensad en ello, milord!… ¿los sentimientos de un alma libre no son preferibles a los que queréis arrancarme? Nunca habríais tenido más que una esclava en esta que va a convertirse en vuestra más tierna amiga.

—Sí, *miss*, lo seréis, seréis esa amiga sincera —dijo Granwel balbuciendo—; tengo tanto que reparar con vos que ni siquiera al precio mismo del sacrificio que os hago me atrevo a creerme aún libre; lo esperaré todo tanto del tiempo como de mi conducta.

—¿Qué decís, milord? ¡Cuán poco conocéis mi alma! Tanto como la irritan las ofensas, la abre el arrepentimiento, y no puedo recordar las injurias de quien da un solo paso para obtener el perdón.

—Pues bien, *miss*, que todo quede olvidado por ambas partes. Y dadme la satisfacción de preparar por mí mismo los nudos que tanto deseáis.

—¿Aquí? —respondió Henriette con un impulso de inquietud del que le fue imposible ser dueña—. Había creído, milord, que volvíamos a partir para Londres.

—No, mi querida *miss*, no, cifro toda mi gloria en devolveros allí sólo a título de esposa del rival al que os cedo… Sí, *miss*, al mostraros así, quiero enseñar a toda Inglaterra hasta qué punto ha debido costarme la victoria. No os opongáis a este proyecto, puesto que en él hallo a la vez mi triunfo y mi tranquilidad. Escribamos a vuestra madre para que se calme, mandemos a Williams que venga aquí, celebremos pronto este himeneo, y partamos al día siguiente.

—Pero, milord, ¿y mi madre?

—Le pediremos su consentimiento; está muy lejos de negarlo, y será lady Williams quien vaya a darle las gracias.

—Entonces, milord, disponed de mí; llena de ternura y gratitud, ¿me

corresponde a mí disponer los medios con los que os dignáis trabajar para mi dicha? Hacedlo, milord, lo apruebo todo… Y entregada por entero a los sentimientos que os debo, demasiado ocupada en experimentarlos y en describirlos, olvido todos los que podrían distraerme.

—Pero, *miss*, es preciso que escribáis.

—¿A Williams?

—Y a vuestra madre, *miss*. ¿Les convencería tanto lo que yo dijera como lo que escribáis vos misma?

Traen todo lo necesario y Miss Henriette escribe los dos billetes siguientes:

Miss Henriette a Williams

Caigamos los dos a los pies del más generoso de los hombres; venid, ayudadme a manifestar el reconocimiento que ambos le debemos; jamás hubo sacrificio más noble, jamás se hizo con tanta gracia, y jamás fue más completo: milord Granwel quiere unirnos él mismo en matrimonio, Williams, es su mano la que va a estrechar nuestros nudos… Acudid… Abrazad a mi madre, obtened su consentimiento y decidle que muy pronto su hija gozará de la felicidad de estrecharla en sus brazos.

La misma a su madre

Al momento de inquietud más horrible sucede la calma más dulce: Williams os mostrará mi carta, oh, la más adorada de las madres. No os opongáis, os lo ruego, ni a la felicidad de vuestra hija, ni a las intenciones de milord Granwel: son puras como su corazón. Adiós, perdonad si vuestra hija, completamente entregada a los sentimientos de la gratitud, apenas puede expresaros aquellos en los que arde por la mejor de las madres.

Granwel unió a estos billetes dos cartas que aseguraban tanto a Williams como a lady Stralson la dicha que para él suponía reunir a dos personas de las que quería convertirse en el amigo más afectuoso, y encargaba a Williams recoger en casa de su notario, en Londres, diez mil guineas que le suplicaba aceptar como regalo de bodas. Estas cartas estaban llenas de afecto, llevaban tal carácter de franqueza y de ingenuidad que era imposible no prestarles fe; el lord escribió al mismo tiempo a Gave y a sus amigos para que aplacasen el rumor público, calmasen al ministro e hicieran correr la voz de que pronto verían en Londres de qué manera reparaba sus faltas. El correo vuelve a partir con sus despachos; Granwel no se ocupa más que de colmar a miss Stralson de atenciones, a fin, según

decía, de hacerle olvidar lo mejor posible todos los crímenes que tenía que reprocharse ante ella… Y, en el fondo de su alma, el monstruo saboreaba el triunfo de haber dominado a la postre con argucias a la que desde hacía tanto tiempo le encadenaba con las suyas.

El correo del raptor de Henriette llega a Londres en el momento en que el rey acababa de aconsejar al primer ministro que emplease todas las vías de la justicia contra Granwel…, pero lady Stralson, víctima plenamente de las cartas que recibe, creyendo tanto más en su contenido cuanto que está acostumbrada a las victorias de Henriette sobre Granwel, vuela al instante a casa del ministro; le ruega detener todo tipo de persecución contra el lord, le da cuenta de lo que ocurre, todo se calma, y Williams se apresta para la partida.

—Perdona a ese hombre poderoso y peligroso —le dice lady Stralson abrazándole—, goza del triunfo que mi hija ha obtenido sobre él, y venid prontamente ambos a consolar a una madre que os adora.

Williams parte, pero sin recoger el soberbio presente que le destina Granwel; no se digna siquiera informarse de si aquella suma le espera o no; tal paso hubiera parecido una duda, y estas valientes y honradas personas están lejos de tenerla.

Williams llega… ¡Gran Dios!… llega… y mi pluma se detiene, se niega a descubrir en detalle los horrores que esperan a este desventurado amante. ¡Oh, furias del infierno! Acudid, prestadme vuestras culebras, que sea con sus resplandecientes dardos con lo que mi mano trace aquí los horrores que todavía me quedan por escribir.

—¡Oh, mi querida Henriette! —dice Granwel al entrar por la mañana en la habitación de su cautiva, con aire de felicidad y de alegría—, venid a gozar de la sorpresa que he tenido el arte de prepararos. Acudid, querida *miss*, no he querido mostraros a Williams sino a los pies mismos de los altares donde va a recibir vuestra mano… Seguidme, *miss*, él os está esperando.

—¡Él, milord… él, Dios mío! ¡Williams! ¡Está en el altar!… ¡y es a vos a quien lo debo!… ¡Oh, milord, permitidme que caiga a vuestros pies!… Los sentimientos que me inspiráis se imponen hoy a cualquier otro.

Y Granwel, turbado:

—No, *miss*, no, no puedo gozar aún de esa gratitud; sólo en el último instante debe arrancar sangre de mi corazón; no me la mostréis, *miss*, sólo durante

un día aún puede resultarme cruel… Mañana la saborearé más a gusto… Apresurémonos, Henriette, no hagamos esperar más tiempo a un hombre que os adora y que arde por unirse a vos.

Henriette se adelanta… está en una turbación… en una agitación… apenas si respira; nunca las rosas de su tez fueron tan brillantes… Animada por el amor y la esperanza, la querida muchacha se cree en el momento de la felicidad… Llegan al final de una galería inmensa que terminaba en la capilla del castillo… ¡Oh, santo cielo! ¡Qué espectáculo!… Aquel lugar sagrado estaba tapizado en negro, y, sobre una especie de lecho fúnebre rodeado de cirios ardientes, descansaba el cuerpo de Williams atravesado por trece puñales, todos clavados en las llagas sangrantes que acababan de abrir.

—¡Ahí tienes a tu amante, pérfida! ¡Así es como mi venganza lo entrega a tus indignos deseos! —dice Granwel.

—¡Traidor! —exclama Henriette, reuniendo todas sus fuerzas para no sucumbir en un momento tan terrible para ella—… ¡Ah!, no me has engañado, todos los excesos del crimen deben de vivir en tu alma feroz, sólo la virtud me hubiera sorprendido en ella. Dejadme morir ahí, cruel, es la última gracia que te pido.

—Ni siquiera obtendrás ese favor —dice Granwel con esa firmeza fría, único patrimonio de los grandes malvados—… Mi venganza sólo está saboreada a medias, es preciso saciar el resto; ahí tienes el altar que va a recibir nuestros juramentos; ahí es donde quiero oír de vuestra boca el que hará que me pertenezcáis para siempre.

Granwel quiere ser obedecido… Henriette, bastante valiente para resistir a esa crisis espantosa… Henriette, en quien el deseo de venganza despierta la energía, promete todo y contiene sus lágrimas.

—*Miss* —dice Granwel cuando está satisfecho—, creed en lo que voy a deciros: todos mis sentimientos de venganza están apagados, ya sólo pienso en reparar mis crímenes… Seguidme, *miss*, dejemos este lúgubre aparato, todo nos espera en el templo, los ministros del cielo y el pueblo están allí hace mucho, venid a recibir al punto mi mano… Dedicaréis esta noche a los primeros deberes de la esposa; mañana os devuelvo públicamente a Londres y os entrego a vuestra madre como mi mujer.

Henriette mira con ojos extraviados a Granwel; cree estar segura de no ser engañada esta vez, pero su corazón ulcerado ya no es susceptible de consuelo… Desgarrada por la desesperación…, devorada por el deseo de venganza, no puede escuchar otros sentimientos.

—Milord —dice con la tranquilidad más valiente—, tengo una confianza tan grande en ese regreso inesperado que estoy dispuesta a concederos graciosamente lo que podríais obtener por la fuerza. Aunque el cielo no haya legitimado nuestra unión, no dejaré de cumplir esta noche los deberes que exigís. Os ruego, por tanto, que pospongáis la celebración a Londres; siento cierta repugnancia a hacerla lejos de los ojos de mi madre… Poco os importe, Granwel, desde que voy a someterme igualmente a todos vuestros arrebatos.

Aunque Granwel hubiera deseado convertirse realmente en esposo de aquella muchacha, veía con una especie de alegría maligna que ella consintiese todavía en arriesgarse a ser su víctima y, previendo que tras una noche de goce quizá no tuviera él tanta delicadeza, consintió de todo corazón en lo que ella quería. Todo fue tranquilidad el resto del día: nada se cambió siquiera en la fúnebre decoración, por ser esencial que las sombras más espesas de la noche presidiesen la inhumación del desventurado Williams.

—Granwel —dijo miss Stralson en el instante de retirarse—, imploro un nuevo favor: después de todo lo que ha pasado esta mañana, ¿seré capaz de no estremecerme cuando me vea en brazos del asesino de mi amado? Permitid que ninguna luz ilumine el lecho en que vais a recibir mi juramento: ¿No debéis ese miramiento a mi pudor? ¿No he conseguido con suficientes desgracias el derecho a obtener lo que imploro?

—Ordenad, *miss*, ordenad —responde Granwel—, muy injusto tendría que ser para negaros tales cosas. No me cuesta mucho imaginar la violencia que tenéis que haceros, y permito de todo corazón lo que puede disminuirla.

Miss se inclina, y vuelve a su habitación mientras Granwel, encantado con sus infames éxitos, se aplaude en silencio por haber triunfado al fin sobre su rival. Se acuesta; se llevan las antorchas; Henriette es avisada de que ha sido obedecida, y de que cuando quiera puede pasar a la habitación nupcial… Acude, iba armada con un puñal que ella misma había arrancado del corazón de su amante… Se acerca… Con el pretexto de guiar sus pasos, una de sus manos se asegura del cuerpo de Granwel, hunde en él con la otra el arma que sostiene, y el malvado rueda por tierra blasfemando contra el cielo y contra la mano que le hiere.

Henriette sale inmediatamente de aquella habitación; gana temblando el lugar fúnebre donde reposa Williams; sostiene una lámpara en la mano, en la otra el puñal ensangrentado con el que acaba de cumplir su venganza…

—Williams —exclama—, el *crimen nos desunió, la mano de Dios va a unirnos…* Recibe mi alma, oh tú, al que idolatré toda mi vida; va a aniquilarse en la tuya para no separarse nunca de ella…

Tras estas palabras, se hiere y cae palpitante sobre aquel cuerpo frío al que, con un movimiento involuntario, su boca sigue presionando con sus últimos besos.

Estas funestas noticias llegaron pronto a Londres, Granwel fue muy poco lamentado. Desde hacía mucho tiempo sus defectos le volvían odioso. Gave, temiendo verse mezclado en aquella terrible aventura, pasó inmediatamente a Italia, y la desventurada lady Stralson volvió sola a Herreford, donde no cesó de llorar las dos pérdidas que acababa de tener, hasta el instante en que el Eterno, conmovido por sus lágrimas, se dignó llamarla a su seno y reunirla, en un mundo mejor, con las personas queridas, y tan dignas de serlo, que le habían sido quitadas por el libertinaje, la venganza, la crueldad… en fin, por todos los crímenes nacidos del abuso de riquezas, del prestigio, y, más que nada, del olvido de los principios del hombre honesto, sin los cuales, ni nosotros ni cuanto nos rodea podemos ser felices en la tierra.

FAXELANGE,

O

LOS ERRORES DE LA AMBICIÓN[80]

El señor y la señora de Faxelange, que poseían entre treinta y treinta y cinco mil libras de renta, vivían habitualmente en París[81]. No tenían por único fruto de su himeneo más que una hija, bella como la diosa misma de la Juventud. El señor de Faxelange había servido en el ejército, pero se había retirado joven, y desde entonces sólo se ocupaba de los intereses de su hogar y de la educación de su hija. Era un hombre muy dulce, de escaso talento y excelente carácter; su mujer, aproximadamente de su edad, es decir, de cuarenta y cinco a cincuenta años, tenía alguna sutileza más en la cabeza, pero, en conjunto, había entre aquellos dos esposos mucho más candor y buena fe que astucia y desconfianza.

La señorita de Faxelange acababa de cumplir los dieciséis años. Tenía una de esas especies de caras románticas en las que todos y cada uno de sus rasgos pintan una virtud[82]; piel blanquísima, bellos ojos azules, boca algo grande, pero bien adornada, un talle flexible y ligero, y el pelo más hermoso del mundo. Su espíritu era dulce como su carácter; incapaz de hacer el mal, no podía siquiera imaginar que se pudiera cometerlo; era, en una palabra, la inocencia y el candor embellecidos por la mano de las Gracias. La señorita de Faxelange era instruida; no habían ahorrado nada en su educación; hablaba perfectamente inglés o italiano, tocaba varios instrumentos y pintaba miniaturas con gusto. Hija única y destinada, por consiguiente, a poseer un día los bienes de su familia, aunque medianos, debía esperar un matrimonio ventajoso, y ésa era desde hacía dieciocho meses la única ocupación de sus padres. Pero el corazón de *Mlle.* de Faxelange no había esperado el consentimiento de los autores de sus días para atreverse a darse por entero: hacía más de tres años que no era ya dueña de él. El señor de Goé, que era algo pariente suyo y que iba con frecuencia a su casa a este título, era el objeto querido de aquella tierna muchacha; le amaba con una sinceridad… una delicadeza que recordaba esos sentimientos preciosos de la edad antigua, tan corrompidos por nuestra depravación.

El señor de Goé merecía sin duda esa felicidad; tenía veintitrés años, un hermoso talle, una figura encantadora y un carácter de franqueza totalmente hecho para simpatizar con el de su bella prima. Era oficial de dragones, pero no muy rico;

necesitaba una joven con una buena dote, así como su prima un hombre opulento, pues, aunque heredera, no tenía una fortuna inmensa, como acabamos de decir; por consiguiente, los dos veían de sobra que sus intenciones nunca se cumplirían, y que la pasión en que ambos ardían se consumiría en suspiros.

El señor de Goé nunca había participado a los padres de la señorita de Faxelange los sentimientos que tenía por su hija: se temía una negativa, y su orgullo rechazaba la posibilidad de ponerse en situación de escucharla. La señorita de Faxelange, mil veces más tímida aún, también se había guardado mucho de decir una palabra. De este modo, aquella dulce y virtuosa intriga amorosa estrechada por los nudos del más tierno amor se nutría en paz a la sombra del silencio, pero, por lo que pudiera ocurrir, ambos se habían prometido no ceder a ninguna petición y no ser nunca sino el uno para el otro.

Nuestros jóvenes enamorados estaban en este punto cuando un amigo de M. de Faxelange fue a pedir a éste permiso para presentarle a un hombre de provincias que acababa de serle recomendado indirectamente.

—No, os hago esta proposición a humo de pajas —dijo M. de Belleval—; el hombre de que os hablo tiene maravillosas propiedades en Francia y magníficas residencias en América. El único objeto de su viaje es buscar una mujer en París; quizá la lleve consigo al nuevo mundo, es lo único que temo; pero aun así, si la circunstancia no os asusta demasiado, es, desde luego, y bien mirado todo, el que convendría a vuestra hija. Tiene treinta y dos años, el rostro no es muy agradable… hay algo un poco sombrío en los ojos, pero tiene un porte muy noble y una educación singularmente cultivada.

—Traédnoslo —dijo M. de Faxelange…

Y dirigiéndose a su esposa:

—¿Qué decís vos, señora?

—Habrá que ver —respondió ésta—; si es de verdad un partido conveniente, le daré la mano con todo mi corazón, por más pena que pueda causarme la separación de mi hija… La adoro, su ausencia me afligirá, pero no me opondré de ningún modo a su felicidad.

El señor de Belleval, encantado con estos primeros contactos, concierta día con los dos esposos, y llegan al acuerdo de que el jueves siguiente el barón de Franlo será presentado en casa de *Mme.* de Faxelange.

El señor barón de Franlo estaba en París desde hacía un mes, ocupando los mejores aposentos del hotel de Chartres, con un bellísimo coche, dos lacayos, un ayuda de cámara, gran cantidad de joyas, una cartera llena de letras de cambio y los más bellos trajes del mundo. No conocía de nada a M. de Belleval, pero conocía, según pretendía, a un amigo íntimo del tal M. de Belleval que, lejos de París durante dieciocho meses, no podía ser por consiguiente de ninguna utilidad al barón. Se había plantado en la puerta de aquel hombre; le habían dicho que estaba ausente, pero que M. de Belleval era su amigo más íntimo, y que haría bien en ir en su busca; en consecuencia, fue a M. de Belleval a quien presentó el barón sus cartas de recomendación, y M. de Belleval no había visto problema alguno en abrirlas y prestar al barón todos los cuidados que aquel forastero habría recibido del amigo de Belleval si hubiera estado presente.

Belleval no conocía en absoluto a las personas de provincias que recomendaba al barón; nunca las había oído nombrar siquiera a su amigo, pero muy bien podía no conocer a todos los que su amigo conocía. Por lo tanto, ningún obstáculo al interés que desde entonces muestra por Franlo. Es un amigo de mi amigo: ¿es todo eso suficiente para legitimar en el corazón de un hombre honrado el motivo que le compromete a ser útil?

El señor de Belleval, encargado del barón de Franlo, lo llevaba, pues, a todas partes: a los paseos, a los teatros, a las tiendas de los comerciantes, nunca se les encontraba sino juntos. Era esencial establecer tales detalles a fin de legitimar el interés que Belleval tomaba por Franlo, y las razones por las que, creyéndolo un excelente partido, lo presentaba en casa de los Faxelange.

El día fijado para la esperada visita, *Mme.* de Faxelange, sin prevenir a su hija, la hace ponerse su más bello atuendo; le recomienda ser lo más cortés y más amable posible ante el forastero que va a ver, y a hacer uso sin problema de sus talentos, si se le exige, porque aquel extraño es un hombre que les ha sido recomendado personalmente, y a quien M. de Faxelange y ella tienen razones para recibir bien.

Dan las cinco; es el momento anunciado, y M. de Franlo aparece escoltado por M. de Belleval. Imposible presentarse mejor vestido, tener un tono más decente, un porte más honrado, pero, ya lo hemos dicho, había un no sé qué en la fisionomía de aquel hombre que predisponía de inmediato, y sólo tras muchos artificios en sus modales y mucho juego en los rasgos de su rostro lograba tapar aquel defecto.

La conversación se inicia: discuten sobre diferentes temas, y M. de Franlo trata a todos como el hombre mejor educado del mundo… el más instruido. Razonan sobre las ciencias; el señor de Franlo las analiza todas; les llega su vez a las artes: Franlo prueba que las conoce, y que no hay ninguna que no haya constituido alguna vez sus delicias… En política, la misma profundidad: aquel hombre arregla el mundo entero, y todo ello sin afectación, sin darse importancia, poniendo en cuanto dice un aire de modestia que parece pedir indulgencia y advertir que puede equivocarse, que está muy lejos de estar seguro de lo que se atreve a exponer. Hablan de música, M. de Belleval ruega a *Mlle.* de Faxelange cantar; ella lo hace ruborizándose, y Franlo le pide, en la segunda canción, permiso para acompañarla con una guitarra que ve sobre un sillón; pulsa este instrumento con toda la gracia y toda la exactitud posibles, dejando ver en sus dedos, sin afectación, joyas de un valor prodigioso. La señorita de Faxelange inicia un tercer aire, totalmente nuevo; el señor de Franlo la acompaña al piano con toda la precisión de los mayores maestros. Invitan a *Mlle.* de Faxelange a leer algunos trozos de Pope en inglés; Franlo traba de inmediato la conversación en esa lengua y prueba que la domina a la perfección.

Pero la visita concluyó sin que al barón se le hubiera escapado nada que testimoniase su forma de pensar sobre *Mlle.* de Faxelange, y el padre de esta joven, entusiasmado por su nuevo conocimiento, no quiso que se despidiera sin una promesa íntima de M. de Franlo de ir a cenar a su casa el domingo siguiente.

La señora de Faxelange, menos entusiasmada, no coincidió con la opinión de su esposo cuando por la noche razonaron sobre este personaje. Decía que encontraba en aquel hombre algo tan repugnante a primera vista que le parecía que, si venía a pedirle la mano de su hija, no se la daría nunca sino con mucha pena. Su marido combatió aquella repugnancia: Franlo era, en su opinión, un hombre encantador; imposible ser más instruido, tener un porte más hermoso. ¿Qué podía importar el rostro? ¿Hay que pararse en esas cosas en un hombre? Por lo demás, que *Mme.* de Faxelange no tuviera miedo; nunca sería lo suficientemente afortunada para que Franlo quisiese aliarse con ella, pero, si por casualidad él lo quería, sería desde luego una locura perder semejante partido. ¿Debía su hija esperar a encontrar uno de tanta importancia? Todo esto no convencía a una madre prudente; pretendía que la fisionomía era el espejo del alma y que, si la de Franlo respondía a su rostro, probablemente no era el marido que debía hacer feliz a su querida hija.

Llegó el día de la cena; Franlo, mejor vestido que la vez anterior, más profundo y más amable aún, hizo el ornato y las delicias de la reunión. Le

invitaron a jugar, al levantarse la mesa, con *Mlle.* de Faxelange, Belleval y otro hombre del grupo; Franlo fue muy desafortunado, y lo fue con una nobleza sorprendente; perdió todo lo que se puede perder: es a menudo una manera de ser amable en sociedad, nuestro hombre no lo ignoraba. Siguió un poco de música, y M. de Franlo tocó tres o cuatro clases de instrumentos diversos. La jornada se concluyó en los Français[83], donde el barón dio públicamente la mano a la señorita de Faxelange, y se despidieron.

Un mes pasó de esta suerte, sin que se oyera hablar de ninguna proposición; cada cual se mantenía por su lado en la reserva; los Faxelange no querían tomar la iniciativa, y Franlo, que, por su parte, anhelaba tener éxito, temía echarlo todo a perder por excesiva precipitación.

Finalmente, apareció M. de Belleval, y esta vez encargado de una negociación en regla: declaró formalmente a M. y a *Mme.* de Faxelange que el señor barón de Franlo, oriundo del Vivarais, dueño de grandísimas propiedades en América y que deseaba casarse, había puesto los ojos en *Mlle.* de Faxelange, y mandaba preguntar a los padres de aquella encantadora persona si le estaba permitido hacerse alguna esperanza.

Las primeras respuestas, para guardar las formas, fueron que *Mlle.* de Faxelange era todavía muy joven para preocuparse por casarla, y, quince días después, hicieron invitar al barón a cenar. Entonces M. de Franlo hubo de explicarse personalmente. Dijo que poseía tres tierras en Vivarais, de un valor de doce a quince mil libras de renta cada una; que su padre, tras haber pasado a América, se había casado allí con una criolla que le había aportado cerca de un millón en bienes; que él heredaba esas posesiones por no tener más parientes, y que, no habiéndolas conocido nunca, se había decidido a ir allí con su mujer tan pronto como estuviera casado.

Esta cláusula desagradó a *Mme.* de Faxelange, confesó sus temores; a lo cual Franlo respondió que ahora se iba a América como a Inglaterra, que ese viaje era indispensable para él, pero que sólo duraría dos años y que, a ese término, se comprometía a devolver a su mujer a París; que no quedaba, por lo tanto, más que el punto de la separación de la querida hija de su madre, pero que era totalmente necesario en cualquier caso, puesto que sus planes no eran vivir siempre en París, donde, encontrándose sólo al mismo nivel de todo el mundo, no podía estar con el mismo agrado que en sus tierras, donde su fortuna le permitía desempeñar un gran papel. Entraron luego en algunos otros detalles, y esta primera entrevista concluyó rogando a Franlo que tuviera a bien dar él mismo el nombre de algún

conocido de su provincia al que pudieran dirigirse para los informes, siempre usuales en semejante caso. Franlo, nada sorprendido por el proyecto de tales garantías, las aprobó, las aconsejó, y dijo que lo más sencillo y rápido le parecía que era dirigirse a las oficinas del ministro. El medio fue aprobado; M. de Faxelange fue allí al día siguiente, habló con el propio ministro, quien le certificó que M. de Franlo, actualmente en París, era desde luego un hombre del Vivarais, tanto de la mayor calidad como el más rico. El señor de Faxelange, más entusiasmado que nunca con aquel asunto, refirió las excelentes noticias a su mujer, y como no tenía ganas de seguir discutiendo más tiempo, hicieron venir a *Mlle.* de Faxelange esa misma noche, y le propusieron a M. de Franlo por esposo.

Desde hacía quince días, aquella encantadora muchacha se había dado sobrada cuenta de que había algunos proyectos de casamiento para ella, y, por un capricho bastante común en las mujeres, el orgullo impuso silencio al amor; halagada por el lujo y la magnificencia de Franlo, le dio insensiblemente preferencia sobre M. de Goé, de modo que respondió afirmativamente que estaba dispuesta a hacer lo que le proponían, y que obedecería a su familia.

Goé, por su parte, no había permanecido en una indiferencia tal que no se hubiera enterado de una parte de lo que ocurría. Acudió a ver a su amada, y quedó consternado por la frialdad que ella le mostró. Él se expresa con todo el calor que le inspira el fuego en que arde, mezcla al amor más tierno los reproches más amargos, le dice a la que ama que ve bien de dónde nace un cambio que a él le procura la muerte: ¿habría debido sospechar nunca de su parte una infidelidad tan cruel? Las lágrimas vienen a añadir interés y energía a las sangrantes quejas de aquel joven; la señorita de Faxelange se conmueve, confiesa su debilidad, y ambos convienen en que no hay otra forma de reparar el daño cometido que hacer intervenir a los padres de M. de Goé. Esta resolución se pone en práctica: el joven cae a los pies de su padre, le ruega que obtenga para él la mano de su prima, jura que abandonará Francia para siempre si se le niega ese favor, y hace tanto que M. de Goé, enternecido, va al día siguiente en busca de Faxelange y le pide su hija. Le agradecen el honor que hace, pero le declaran que ya es tarde, y que la palabra está dada. El señor de Goé, que sólo se mueve por amabilidad, que en el fondo no se siente contrariado por ver obstaculizado un matrimonio que no le conviene demasiado, vuelve para anunciar fríamente esta noticia a su hijo; le suplica al mismo tiempo que cambie de idea y no se oponga a la dicha de su prima.

El joven Goé, furioso, no promete nada; corre a casa de *Mlle.* de Faxelange quien, vacilando sin cesar entre su amor y su vanidad, es mucho menos delicada en esta ocasión que en la otra y trata de incitar a su amado a consolarse del partido

que está en vísperas de tomar. El señor de Goé intenta parecer tranquilo, se contiene, besa la mano de su prima y sale en un estado tanto más cruel cuanto que está obligado a disimularlo; no lo bastante, sin embargo, para no jurar a su amada que nunca adorará a nadie más que a ella, pero que no quiere turbar su felicidad.

Mientras tanto, Franlo, prevenido por Belleval de que es hora de atacar seriamente el corazón de *Mlle.* de Faxelange, dado que hay rivales que temer, pone todo en práctica para resultar aún más amable. Envía presentes soberbios a su futura esposa, que, de acuerdo con sus padres, no pone ninguna dificultad a recibir las galanterías de un hombre al que debe mirar como su marido; alquila una casa encantadora a dos leguas de París, y allí da, durante ocho noches seguidas, fiestas deliciosas a su amada. Sin dejar de unir de este modo la seducción más hábil a las serias gestiones que deben concluir todo, pronto logra enloquecer la cabeza de nuestra querida joven, pronto hace olvidar a su rival.

Le quedaban, sin embargo, a *Mlle.* de Faxelange momentos de recuerdo en que sus lágrimas corrían involuntariamente; sentía unos remordimientos horribles por traicionar así al primer objeto de su ternura, aquel al que tanto había amado desde la infancia. ¿Qué ha hecho para merecer de mi parte este abandono?… se preguntaba con dolor. ¿Ha dejado de adorarme?… ¡Ay!, no, y yo le traiciono… ¿y por quién, Dios mío, por quién?… Por un hombre al que no conozco de nada… que me seduce con su fasto… y que quizá me haga pagar muy cara esta gloria a la que sacrifico mi honor… ¡Ah!, ¿los vanos cumplidos que me seducen… valen lo que esas expresiones deliciosas de Goé… esos juramentos tan sagrados de adorarme siempre… esas lágrimas del sentimiento que las acompañan? ¡Oh, Dios! ¡Cuántos pesares si resultara engañada! Pero durante todas estas reflexiones ataviaban a la divinidad para una fiesta, la embellecían con presentes de Franlo, y ella olvidaba sus remordimientos.

Una noche soñó que su pretendiente, transformado en bestia feroz, la precipitaba en un abismo de sangre, donde sobrenadaba una multitud de cadáveres; en vano alzaba su voz para obtener ayudas de su marido, él no la escuchaba… Goé acude, la retira, la deja… ella se desvanece… Este horrible sueño la puso mala dos días; una nueva fiesta disipó estas feroces ilusiones y *Mlle.* de Faxelange, seducida, llegó incluso a estar resentida contra sí misma por la impresión que había podido sentir de aquel quimérico sueño[23].

Finalmente, todo iba preparándose, y Franlo, con prisa por concluir, estaba a punto de fijar el día cuando nuestra heroína recibió una mañana el siguiente billete de él:

Un hombre furioso, y al que no conozco, me priva del honor de recibir a cenar esta noche, como prometía, al señor y a la señora de Faxelange y a su adorable hija. Ese hombre, que dice que le quito la felicidad de su vida, ha querido batirse, y me ha dado una estocada que espero devolverle dentro de cuatro días; pero me han puesto a régimen veinticuatro horas. ¡Qué privación para mí no poder esta noche, como esperaba, renovar a Mlle. de Faxelange los juramentos del amor!

Del barón de FRANLO

Esta carta no fue un misterio para *Mlle.* de Faxelange; se apresuró a dar parte de ella a su familia, y creyó deber hacerlo para propia seguridad de su antiguo amado y porque la afligía sentir que se comprometiera así por ella… por ella, que le ultrajaba tan cruelmente. Aquel paso audaz e impetuoso de un hombre al que aún amaba hacía vacilar furiosamente los derechos de Franlo; pero si el uno había atacado, el otro había perdido su sangre, y *Mlle.* de Faxelange se hallaba ahora en la desgraciada situación de interpretar todo en favor de Franlo: Goé hizo, pues, mal, y Franlo fue compadecido.

Mientras M. de Faxelange vuela a casa del padre de Goé para advertirle de lo que ocurre, Belleval, *Mme.* y *Mlle.* de Faxelange van a consolar a Franlo, que las recibe en una *chaise longue*, con el batín más coqueto y con esa especie de abatimiento en el rostro que parecía reemplazar por interés lo que en él se encontraba a veces de chocante.

El señor de Belleval y su protegido aprovecharon la circunstancia para inducir a *Mme.* de Faxelange a darse prisa: aquel asunto podía tener consecuencias… obligar quizá a Franlo a dejar París: ¿querría hacerlo sin haber terminado?… Y mil otras razones, que la amistad de M. de Belleval y la habilidad de M. de Franlo encontraron, se hicieron valer con energía.

La señora de Faxelange estaba completamente vencida; seducida, como toda la familia, por las apariencias del amigo de Belleval, atormentada por su marido, y no viendo en su hija más que excelentes disposiciones para aquel himeneo, se preparaba ahora a él sin la menor repugnancia. Concluyó, pues, la visita asegurando a Franlo que el primer día en que su salud le permitiera salir sería el del matrimonio. Nuestro político amante manifestó a *Mlle.* de Faxelange ciertas inquietudes tiernas sobre el rival al que todo aquello acababa de hacerle conocer; ésta le tranquilizó con la mayor sinceridad del mundo, exigiendo de él, no obstante, su palabra de que no perseguiría nunca a Goé de ninguna de las maneras; Franlo lo prometió y se separaron.

Todo iba arreglándose en casa del padre de Goé; su hijo había reconocido lo que la violencia de su amor le había obligado a hacer, pero, dado que ese sentimiento desagradaba a *Mlle.* de Faxelange, dado que era tan cruelmente abandonado por ella, no trataría de forzarla. Así pues, el señor de Faxelange, tranquilo, no pensó más que en cerrar el compromiso.

Faltaba el dinero; en cuanto M. de Franlo pasara a América, fácilmente podría reparar allí, o aumentar, sus posesiones, y era en esto en lo que pensaba colocar la dote de su mujer. Se había convenido en cuatrocientos mil francos; era una brecha terrible en la fortuna de M. de Faxelange, pero sólo tenía una hija, a ella debía ir a parar todo un día, era un negocio que no volvería a presentarse, había, pues, que hacer ese sacrificio. Vendieron, empeñaron, en resumen, la cantidad estuvo preparada seis días después de la aventura de Franlo, y aproximadamente a los tres meses de la época en que había visto a *Mlle.* de Faxelange por primera vez. Por fin, apareció como esposo suyo; los amigos, la familia, todos se reunieron; el contrato fue firmado; convinieron celebrar la ceremonia al día siguiente, sin ruido, y que, dos días después, Franlo partiría con su dinero y su mujer.

La noche de ese fatal día, M. de Goé hizo suplicar a su prima que le concediese una cita en un lugar secreto que le señaló, y al que sabía de sobra que *Mlle.* de Faxelange tenía la posibilidad de dirigirse. Ante la negativa de ésta, envió un segundo mensaje, prometiendo a su prima que lo que tenía que decirle era de consecuencias demasiado graves para que pudiera negarse a oírle: nuestra infiel heroína, seducida… deslumbrada, pero sin poder odiar a su antiguo galán, cede al fin y se dirige al lugar convenido.

—No vengo —dijo M. de Goé a su prima cuando la hubo visto—, no vengo, señorita, a turbar lo que vuestra familia y vos llamáis la felicidad de vuestra vida, pero la probidad de que hago profesión me obliga a advertiros que os engañan: el hombre con el que os casáis es un estafador que, tras robaros, quizá os haga la más desgraciada de las mujeres; es un bribón, y vos estáis engañada.

A estas palabras, *Mlle.* de Faxelange dijo a su primo que, antes de permitirse difamar tan cruelmente a alguien, se necesitaban pruebas más claras que el día.

—Todavía no las poseo —dijo M. de Goé—, lo admito, pero están informándose, y quizá todo pueda ser aclarado dentro de poco. En nombre de cuanto os es más querido, conseguid una demora de vuestros padres.

—Querido primo —dijo *Mlle.* de Faxelange sonriendo—, vuestro engaño

está descubierto: vuestras opiniones no son más que un pretexto, y las demoras que exigís un medio para intentar apartarme de un trato que ya no puede romperse. Confesadme vuestro ardid, os lo perdono, pero no tratéis de inquietarme sin motivo en un momento en que ya no es posible cambiar nada.

El señor de Goé, que realmente sólo tenía sospechas sin ninguna certeza real, y que, de hecho, no trataba sino de ganar tiempo, se precipita a las rodillas de su amada.

—¡Oh, tú, a quien adoro —exclama—, tú, a quien idolatraré hasta la tumba, la felicidad de mis días se acabó, y vas a dejarme para siempre!… Lo confieso, lo que he dicho no es más que una sospecha, pero no puede salir de mi mente, me atormenta todavía más que la desesperación en que estoy por separarme de ti… ¿Te dignarás, en la cúspide de tu gloria, acordarte de aquellos tiempos tan dulces de nuestra infancia… de aquellos deliciosos momentos en que me jurabas no ser nunca más que mía?… ¡Ah, cómo han pasado esos instantes de placer, y cuán largos van a ser los del dolor! ¿Qué hice para merecer este abandono de tu parte? Di, cruel, ¿qué he hecho? ¿Y por qué sacrificas al que te adora? ¿Te ama tanto como yo ese monstruo que te arrebata a mi ternura? ¿Te ama él desde hace tanto tiempo?…

Las lágrimas corrían en abundancia de los ojos del desventurado Goé… y estrechaba expresivamente la mano de la que adoraba llevándola unas veces a su boca, otras a su corazón.

Era difícil que la sensible Faxelange no se encontrara algo emocionada por tanta agitación… Dejó escapar algún sollozo.

—Mi querido Goé —dice a su primo—, debes creer que siempre te querré; estoy obligada a obedecer; de sobra ves que era imposible que fuéramos alguna vez el uno para el otro.

—Habríamos esperado.

—¡Oh, Dios! ¡Fundar la prosperidad propia en la desgracia de sus padres!

—No lo habríamos deseado, pero estábamos en edad de esperar.

—¿Y quién me hubiera respondido de tu fidelidad?

—Tu carácter… tus encantos, todo lo que te pertenece… No se deja nunca de

amar cuando es a ti a quien se adora… ¡Si aún quisieras ser mía!… Huyamos al confín del universo, atrévete a amarme lo suficiente para seguirme.

—Nada en el mundo me decidiría a ese paso; vete, consuélate, amigo mío, olvídame, es lo más prudente que te queda por hacer; mil bellezas te resarcirán.

—No añadas el ultraje a la infidelidad. ¡Olvidarte yo, cruel! ¡Consolarme yo alguna vez de tu pérdida! No, no lo crees, jamás me has supuesto tan cobarde como para atreverte a creerlo ni un instante.

—Amigo demasiado desdichado, tenemos que separarnos; todo esto no hace más que afligirme sin remedio; no lo hay para los males de que te quejas… Separémonos, es lo más sensato.

—Bueno, te obedeceré. Veo que es la última vez de mi vida que te hablo; no importa, voy a obedecerte, pérfida; pero exijo de ti dos cosas, ¿llevarás la barbarie hasta negármelas?

—¿Cuáles?

—Un rizo de tu pelo, y tu palabra de escribirme una vez todos los meses para informarme al menos de si eres feliz… Me consolaré si lo eres… Pero si alguna vez ese monstruo… créeme, querida amiga, sí, créeme… iría a buscarte al fondo de los infiernos para arrancarte de sus manos.

—Que nunca te turbe ese temor, querido primo; Franlo es el más honesto de los hombres, no veo más que sinceridad… más que delicadezas en él… no veo en él más que planes para mi felicidad.

—¡Ah!, justo cielo, ¿dónde el tiempo en que decías que esa felicidad nunca sería posible más que conmigo?… Y bien, ¿me concedes lo que te pido?

—Sí —respondió *Mlle.* de Faxelange—; toma, aquí tienes el rizo que deseas, y puedes estar seguro de que te escribiré; separémonos, es preciso.

Al pronunciar estas palabras, tiende una mano a su enamorado… Pero la desventurada se creía mejor curada de lo que estaba: cuando sintió la mano inundada de lágrimas de aquel al que tanto había querido… sus sollozos la sofocaron, y cayó en un sillón sin conocimiento. Esta escena transcurría en casa de una mujer unida a *Mlle.* de Faxelange, que se apresuró a socorrerla, y sus ojos no volvieron a abrirse sino para ver a su amado rociando sus rodillas con lágrimas de

desesperación. Recurre ella a su valor, a todas sus fuerzas, le levanta…

—Adiós —le dice—, adiós; ama siempre a aquella para quien eres querido hasta el último día de su vida. No me reproches más mi falta, ya es tarde; he sido seducida… arrastrada… mi corazón ya no puede más que escuchar su deber; pero todos los sentimientos que él no exija serán para siempre tuyos. No me sigas. ¡Adiós!

Goé se retiró en un estado terrible, y *Mlle.* de Faxelange fue a buscar en el seno de un reposo que en vano imploró cierta calma a los remordimientos que la desgarraban y de los que nacía una especie de presentimiento del que no era dueña.

Sin embargo, la ceremonia del día… las fiestas que debían embellecerla, todo calmó a esta muchacha demasiado débil; pronunció la palabra fatal que la ataba para siempre… Todo la aturdió, todo la arrastró el resto del día, y esa misma noche consumó el sacrificio horrible que la separaba eternamente del único hombre que fuese digno de ella.

Al día siguiente, la ocuparon los preparativos de la partida; al día siguiente, abrumada por las caricias de sus padres, *Mme.* de Franlo montó en la silla de posta de su marido, provista de los cuatrocientos mil francos de su dote, y partieron para el Vivarais. Franlo iba allí, según decía, por seis semanas antes de embarcarse para América, adonde pasaría en un barco de La Rochelle que había contratado de antemano.

El séquito de nuestros recién casados consistía en dos criados a caballo que pertenecían a M. de Franlo y una doncella de la señora, vinculada a ella desde la infancia, que la familia había pedido que le dejaran toda su vida. Debían tomar nuevos criados cuando estuvieran en el lugar de destino.

Fueron a Lyon sin detenerse, y, hasta allí, los placeres, la alegría, la delicadeza, acompañaron a nuestros dos viajeros. En Lyon todo cambia de faz. En lugar de hospedarse en un hotel amueblado, como hacen las gentes honradas, Franlo fue a alojarse en un albergue oscuro, al otro lado del puente de la Guillotière. Cenó y, al cabo de dos horas, despidió a uno de sus criados, tomó un simón con el otro, su esposa y la doncella, se hizo seguir por una carreta donde estaba todo el equipaje, y fue a dormir a más de una legua de la ciudad, en una taberna totalmente aislada a orillas del Ródano.

Esta conducta alarmó a *Mme.* de Franlo.

—¿Dónde me lleváis, señor? —le dice a su marido.

—¡Vaya, señora! —responde éste con aire brusco—… ¿Tenéis miedo a que os pierda? De oíros, parece como si estuvierais en manos de un granuja. Debemos embarcarnos mañana por la mañana; a fin de estar más cerca suelo alojarme la víspera a orillas del agua; los bateleros me esperan allí, y así perdemos mucho menos tiempo.

La señora de Franlo se calló. Llegaron a un cuchitril cuyos accesos hacían temblar; mas cuál no fue el asombro de la desventurada Faxelange cuando oyó a la dueña de aquella espantosa taberna, más horrible aún que su alojamiento… cuando le oyó decir al pretendido barón:

—¡Ah, ya estás aquí, Salta-Montañas!, te has hecho esperar endiabladamente; ¿se necesitaba tanto tiempo para ir a buscar a esa puta? Ven, hay muchas noticias desde tu partida: La Roca fue colgado ayer en los Terreaux… Rompe-Brazos sigue en prisión, quizá hoy le ajusten las cuentas; pero no te inquietes, ninguno ha hablado de ti, y todo va bien por allá; han hecho una captura del diablo estos días; ha habido seis personas muertas sin que tú hayas perdido un solo hombre.

Un estremecimiento general se apoderó de la desventurada Faxelange… Poneos por un instante en su lugar, y juzgad el horrible efecto que debía producir, sobre su alma delicada y dulce, la caída tan súbita de la ilusión que la seducía. Su marido, al darse cuenta de su turbación, se acercó a ella:

—Señora —le dijo con firmeza—, ya no es hora de fingir; os he engañado, ya lo veis, y como no quiero que esta bribona —continuó, mirando a la doncella— pueda dar estas noticias, espero que os parezca bien —dijo sacando una pistola de su bolso y saltando la tapa de los sesos a aquella infortunada—, espero que os parezca bien, señora, que sea así como le impida abrir nunca la boca…

Luego, cogiendo al punto en sus brazos a su esposa casi desmayada: —En cuanto a vos, señora, estad completamente tranquila; con vos sólo tendré una conducta excelente; en posesión constante de los derechos de esposa mía, gozaréis en todas partes de esas prerrogativas, y mis camaradas, estad segura, respetarán siempre en vos a la mujer de su jefe.

Cuando la interesante criatura cuya historia escribimos se encontraba en una

situación de las más deplorables, su marido le prestó todos sus cuidados, y una vez que se hubo repuesto un poco, no viendo ya a la querida compañera cuyo cadáver Franlo acababa de arrojar al río, volvió a deshacerse en lágrimas.

—Que la pérdida de esta mujer no os inquiete —dijo Franlo—; era imposible que os la dejase; pero mis cuidados harán que nada os falte aunque ya no la tengáis junto a vos.

Y viendo a su desgraciada esposa algo menos alarmada, continuó:

—Señora, yo no había nacido para el oficio que hago; fue el juego lo que me precipitó en esta carrera de infortunio y crímenes. No os engañé al presentarme a vos como barón de Franlo; ese nombre y ese título me pertenecieron; pasé mi juventud en la milicia, allí, a los veintiocho años, había disipado el patrimonio que había heredado hacía tres: bastó ese breve intervalo para arruinarme. Al estar ahora en América aquel a cuyas manos pasó mi fortuna y mi nombre, creí que podía, durante unos meses, y en París, engañar al público volviendo a tomar lo que había perdido; la estratagema salió bien, superando incluso mis deseos; vuestra dote me cuesta cien mil francos de gasto, gano, pues, como veis, cien mil escudos y una mujer encantadora, una mujer a la que amo y de la que juro tener toda mi vida el mayor cuidado. Que ella se digne, con un poco de calma, oír la continuación de mi historia. Una vez soportadas mis desgracias, entré en una tropa de bandidos que asolaba las provincias centrales de Francia (funesta lección para los jóvenes que se dejaron llevar por la loca pasión del juego), di golpes audaces con aquella banda, y dos años después de haber entrado en ella, fui reconocido por su jefe. Cambié de residencia; vine a instalarme en un valle desierto, cerrado, en las montañas del Vivarais, que es casi imposible poder descubrir y en el que la justicia jamás ha penetrado. Tal es el lugar de mi residencia, señora, tales son los Estados de los que vais a entrar en posesión; es el cuartel general de mi tropa, y de ahí es de donde parten mis destacamentos. Los llevo por el norte hasta Borgoña, al mediodía hasta las orillas del mar; van al oriente hasta las fronteras del Piamonte, al poniente hasta más allá de las montañas de Auvergne; mando cuatrocientos hombres, todos tan audaces como yo, y todos dispuestos a arrostrar mil muertes tanto para vivir como para enriquecerse. A veces, cuando damos nuestros golpes, matamos por miedo a que los cadáveres nos traicionen; dejamos con vida a los que no tememos, forzamos a los otros a seguirnos hasta nuestro retiro, y sólo ahí los degollamos después de haberles sacado tanto lo que pueden poseer como las informaciones que nos son útiles. Nuestra forma de hacer la guerra es un poco más cruel[84], pero nuestra seguridad depende de ello. ¿Debe soportar un gobierno justo que la falta que comete un joven disipando sus bienes a tan temprana edad sea castigada con

el horroroso suplicio de vegetar cuarenta o cincuenta años en la miseria? ¿Lo degrada una imprudencia? ¿Lo deshonra? Porque ha sido desafortunado, ¿es preciso no dejarle otro recurso que el envilecimiento o las cadenas? Con tales principios se hace a los perversos: ya lo veis, señora, yo soy su prueba. Si las leyes no tienen vigor contra el juego, si por el contrario lo autorizan, no debe permitirse al menos que un hombre tenga en el juego derecho a despojar totalmente a otro, o, si el estado al que el primero reduce al segundo, en una esquina de un tapiz verde, si ese crimen, digo, no es reprimido por ninguna ley, que no se castigue tan cruelmente como se hace el delito poco más o menos igual que nosotros cometemos despojando del mismo modo al viajero en un bosque. ¿Y qué puede importar la manera cuando las consecuencias son iguales? ¿Creéis que hay gran diferencia entre un banquero de una mesa de juego robándoos en el Palais-Royal, o Salta-Montañas pidiéndoos la bolsa en el Bois de Boulogne? Es lo mismo, señora; y la única diferencia real que puede establecerse entre uno y otro es que el banquero os roba como cobarde, y el otro como hombre valiente.

»Volvamos a vos, señora. Os destino a vivir en mi casa con la mayor tranquilidad; encontraréis algunas otras mujeres de mis camaradas que podrán formar para vos un pequeño círculo… poco divertido, sin duda; esas mujeres están muy lejos de vuestro estado y de vuestras virtudes, pero os estarán sometidas, se ocuparán de vuestros placeres, y siempre serán una distracción. En cuanto a vuestro cometido dentro de mis pequeños dominios, os lo explicaré cuando lleguemos; no pensemos esta noche más que en vuestro reposo, conviene que descanséis un poco para hallaros en condiciones de partir mañana a primera hora.

Franlo ordenó a la dueña del lugar tener con su esposa todos los cuidados posibles, y la dejó con aquella vieja. Ésta, tras cambiar de tono con *Mme.* de Franlo cuando vio con quién tenía que vérselas, la obligó a tomarse un caldo cortado con vino del Hermitage, del que la desgraciada mujer tragó algunas gotas para no desairar a su huésped y, tras haberle suplicado luego que la dejara sola el resto de la noche, aquella pobre criatura se entregó en cuanto estuvo en paz a toda la amargura de su dolor.

—Oh, mi querido Goé —exclamaba en medio de sus sollozos—, ¡cómo me castiga la mano de Dios por haberte traicionado! Estoy perdida para siempre, un retiro impenetrable va a sepultarme a los ojos del universo, me será imposible incluso hacerte saber las desgracias que caerán sobre mí, y, aunque no me lo impidieran, ¿me atrevería después de lo que te hice? ¿Sería aún digna de tu piedad?… Y vos, padre mío… y vos, mi respetable madre, vos cuyas lágrimas han mojado mi seno cuando, embriagada de orgullo, yo era casi fría a vuestras

lágrimas, ¿cómo haceros partícipes de mi espantosa suerte?… ¿A qué edad, gran Dios, me veo enterrada viva con tales monstruos? ¿Cuántos años puedo sufrir todavía en este castigo terrible? ¡Oh, malvado!, ¡cómo me has seducido, y cómo me has engañado!

La señorita de Faxelange (porque su nombre de casada ahora nos repugna) estaba en ese caos de ideas sombrías… de remordimientos… y de aprensiones terribles, sin que las dulzuras del sueño hubieran podido calmar su estado, cuando Franlo vino a rogarle que se levantara a fin de embarcar antes del día. Ella obedece y se lanza a la barca con la cabeza envuelta en tocados que disimulaban los rasgos de su dolor, y que ocultaban sus lágrimas al cruel que las hacía correr. Se había dispuesto en la barca un pequeño reducto de ramajes donde podía ir a descansar en paz; y Franlo, hay que decirlo en justicia, Franlo, que veía la necesidad de que su triste esposa tuviera un poco de calma, se la dejó gozar sin molestarla. Hay algunos rastros de honradez en el alma de los malvados, y la virtud es de tal valor a los ojos de los hombres que incluso los más corrompidos están obligados a rendirle homenaje en mil ocasiones de su vida.

Las atenciones que aquella mujer veía que tenían con ella la calmaban, sin embargo, un poco; sintió que en su situación no podía adoptar otro partido que tratar con solicitud a su esposo, y dejó ver su gratitud.

La barca era conducida por gentes de la banda de Franlo, ¡y Dios sabe lo que allí se dijo! Nuestra heroína, abismada en su dolor, no oyó nada; y la misma noche llegaron a las cercanías de la ciudad de Tournon, situada en la costa occidental del Ródano, al pie de las montañas del Vivarais. Nuestro jefe y sus compañeros pasaron la noche, como la precedente, en una oscura taberna, sólo conocida por ellos en los alrededores. Al día siguiente, trajeron un caballo a Franlo, montó en él con su mujer, dos mulos llevaron los equipajes, cuatro hombres armados los escoltaron; atravesaron las montañas y penetraron en el interior de la región por inabordables senderos.

Nuestros viajeros llegaron al segundo día, muy tarde, a una pequeña planicie de cerca de media legua de extensión, cerrada por todas partes por montañas inaccesibles y en la que sólo se podía penetrar por el único sendero que seguía Franlo. En la garganta de aquel sendero había un puesto con diez de aquellos malvados relevado tres veces a la semana, y que velaba constantemente día y noche. Una vez en la planicie, encontraron una mala aldehuela, formada por un centenar de cabañas, a la manera de los salvajes, a cuya cabecera había una casa bastante limpia, compuesta de dos pisos, rodeada por todas partes de altos muros,

y que pertenecía al jefe. Aquélla era su residencia y, al mismo tiempo, la ciudadela de la plaza, el lugar donde estaban los almacenes, las armas y los prisioneros; dos subterráneos, profundos y bien abovedados, servían para tales usos; sobre ellos se habían construido tres pequeñas piezas en la planta baja, una cocina, una habitación, una salita, y encima un departamento bastante cómodo para la mujer del capitán, rematado por un gabinete de seguridad para los tesoros. Un criado muy rústico y una muchacha, que servía de cocinera, constituían todo el tren de la casa; no llegaba a tanto el de las demás.

La señorita de Faxelange, abrumada de cansancio y de pesares, no vio nada de todo esto la primera noche; ganó apenas el lecho que le indicaron y, habiéndose dormido de agotamiento, estuvo al menos tranquila hasta la mañana siguiente.

Entonces el jefe entró en su habitación.

—Ya estáis en vuestra casa, señora —le dijo—; esto es algo distinto de las tres hermosas tierras que os había prometido, y de las magníficas propiedades de América con las que habíais contado. Pero consolaos, querida, no siempre haremos este oficio; no hace mucho que lo ejerzo, y el gabinete que veis ya guarda, incluida vuestra dote, cerca de dos millones de numerario; cuando tenga cuatro, paso a Irlanda y me establezco allí magníficamente con vos.

—¡Ah, señor! —dijo *Mlle.* de Faxelange derramando un torrente de lágrimas—, ¿creéis que el cielo os dejará vivir en paz hasta entonces?

—¡Oh!, esa clase de cosas, señora —dijo Franlo—, nosotros no las calculamos nunca; nuestro proverbio es que *el que teme la hoja, no debe ir al bosque*. Se muere en todas partes; si aquí corro el riesgo del cadalso, en sociedad corro el de una estocada; no hay ninguna situación que no tenga sus peligros: corresponde al hombre prudente comparar los provechos y decidirse en consecuencia. La muerte que nos amenaza es lo que menos nos preocupa del mundo; pero ¿y el honor?, me objetaréis. Los prejuicios de los hombres me lo habían quitado de antemano; yo estaba arruinado, ya no debía tener honor. Me hubieran encerrado, hubiera pasado por un malvado: ¿no vale más serlo efectivamente gozando de todos los derechos de los hombres… siendo al fin libre, que ser sospechoso en cadenas? No os extrañe que el hombre se vuelva criminal cuando, aunque inocente, le degradan; no os extrañe que prefiera el crimen a las cadenas cuando, en una o en otra situación es alcanzado por el oprobio. Legisladores, calificad menos hechos de delitos si queréis disminuir la masa de los crímenes; una nación que supo hacer un dios del honor puede derribar sus cadalsos cuando, para dirigir a los hombres, le queda el freno

sagrado de tan hermosa quimera…

—Pero, señor —interrumpió aquí *Mlle.* de Faxelange—, sin embargo, en París teníais toda la apariencia de un hombre honrado.

—Era preciso para conseguiros; triunfé, la máscara cae.

Tales palabras y semejantes hechos causaban horror a aquella desventurada mujer, pero, decidida a no apartarse de las resoluciones que había tomado, no llevó la contraria a su marido, fingió incluso aprobarle; y éste, viéndola más tranquila, le propuso ir a inspeccionar las instalaciones. Ella consintió, recorrió la aldehuela; apenas si había, por el momento, una cuarentena de hombres; el resto estaba de correría, y era este fondo el que aprovisionaba al puesto que defendía el desfiladero.

La señora de Franlo fue recibida en todas partes con las mayores muestras de respeto y distinción; vio a siete u ocho mujeres bastante jóvenes y bonitas, pero cuyo aire y tono no le anunciaban sino la distancia enorme entre aquellas criaturas y ella; sin embargo, correspondió a la acogida que recibía y, hecho ese recorrido, sirvieron la comida. El jefe se sentó a la mesa con su mujer, que no pudo, sin embargo, obligarse hasta el punto de participar en aquella comida; se excusó con la fatiga de la ruta, y no insistieron. Después de la comida, Franlo dijo a su mujer que había llegado el momento de acabar de instruirla, porque quizá estaría obligado a ir al día siguiente de correría.

—No tengo necesidad de advertiros, señora —le dijo a su esposa—, que os es totalmente imposible escribir aquí a quienquiera que sea. En primer lugar, los medios os serán severamente prohibidos, no veréis nunca ni pluma ni papel; aunque llegaseis a burlar mi vigilancia, ninguna de mis gentes se encargaría con total seguridad de vuestras cartas, y el intento podría costaras caro. Os amo mucho sin duda, señora, pero los sentimientos de las gentes de nuestro oficio están siempre subordinados al deber; eso es quizá lo que hace nuestro estado superior a los otros; en el mundo no hay nada que el amor no haga olvidar; entre nosotros es todo lo contrario, no hay ninguna mujer sobre la tierra que pueda hacernos descuidar nuestro estado, porque nuestra vida depende de la forma segura en que lo ejercemos… Sois mi segunda mujer, señora[85].

—¿Cómo, señor?

—Sí, señora, sois mi segunda esposa; la que os precedió quiso escribir, y los

caracteres que trazaba fueron borrados con su sangre, expiró sobre la carta misma…

Juzgúese el estado de aquella desventurada ante estos horribles relatos, ante estas terribles amenazas; pero siguió conteniéndose, y aseguró a su marido que no tenía ningún deseo de infringir sus órdenes.

—Eso no es todo, señora —continuó aquel monstruo—; cuando yo no esté aquí, sólo vos mandaréis en mi ausencia; por mucha confianza que haya entre nosotros, debéis suponer que, cuando se trate de nuestros intereses, siempre me fiaré más de vos que de mis camaradas. Ahora bien, cuando os envíe prisioneros, tendréis que hacerlos despojar vos misma y hacerles degollar delante de vos.

—¿Yo, señor? —exclamó *Mlle.* de Faxelange retrocediendo horrorizada—, ¿hundir yo mis manos en sangre inocente? ¡Ah, haced correr la mía mil veces antes que obligarme a tal espanto!

—Perdono este primer impulso a vuestra debilidad, señora —respondió Franlo—, pero no es posible que yo pueda evitaros esa tarea: ¿preferís perdernos a todos a no llevarla a cabo?

—Vuestros camaradas pueden hacerlo.

—También lo harían, señora pero como sólo vos recibiréis mis cartas, ha de ser por órdenes vuestras, emanadas de las mías, por las que se encierre o se haga perecer a los prisioneros; mis gentes las ejecutarán, desde luego, pero es preciso que les hagáis llegar mis órdenes.

—¡Oh, señor!, ¿no podríais dispensarme?…

—Es imposible, señora.

—Pero al menos no estaré obligada a asistir a semejantes infamias.

—No… Sin embargo, será totalmente necesario que os encarguéis de los despojos… que los guardéis en nuestros almacenes. Os haré gracia de esto por ser la primera vez, si lo exigís rotundamente; tendré cuidado de enviar, en esta primera ocasión, un hombre seguro con mis prisioneros; mas esa atención no podrá durar y luego tendréis que intentar encargaros de hacerlo vos. Todo no es más que costumbre, señora, no hay nada a lo que uno no se habitúe; ¿no les gustaba a las damas romanas ver caer a los gladiadores a sus pies? ¿No llevaban la

ferocidad hasta querer que sólo muriesen en actitudes elegantes? Para acostumbraros a vuestro deber, señora —prosiguió Franlo—, tengo ahí abajo seis hombres que no esperan más que el instante de la muerte: voy a mandar degollarlos, este espectáculo os familiarizará con esos horrores, y antes de quince días la parte del deber que os impongo ya no os costará.

No hubo nada que *Mlle.* de Faxelange no hiciera para evitar aquella horrorosa escena; rogó a su marido que no se la ofreciera. Pero Franlo, según decía, la consideraba necesaria; le parecía demasiado importante acostumbrar los ojos de su mujer a lo que iba a ser una parte de sus funciones para no trabajar en ello de inmediato. Los seis desgraciados fueron traídos y despiadadamente degollados por la propia mano de Franlo ante los ojos de su desventurada esposa, que se desvaneció durante la ejecución. La llevaron a su cama, donde, apelando pronto a su valor en ayuda de su seguridad, terminó por comprender que, no siendo de hecho más que el órgano de las órdenes de su marido, su conciencia no cargaba con el crimen, y que con aquella facilidad para ver a muchos extraños, por más encadenados que estuvieran, quizá le quedarían medios de salvarlos y escapar con ellos. Así pues, al día siguiente prometió a su bárbaro esposo que tendría motivos para estar contento de su conducta, y, tras haber pasado éste la noche siguiente con ella, cosa que no había hecho desde París, debido al estado en que ella se encontraba, la dejó al día siguiente para ir de correría, prometiéndole que si ella se comportaba bien dejaría mucho antes de lo que había dicho el oficio para hacerle pasar al menos los treinta últimos años de su vida en la felicidad y el reposo.

En cuanto *Mlle.* de Faxelange se vio completamente sola en medio de todos aquellos ladrones volvió a dominarla la inquietud. ¡Ay!, se decía, si por desgracia fuera yo a inspirar algunos sentimientos a estos malvados, ¿quién les impediría satisfacerse? Si quisieran saquear la casa de su jefe, matarme y huir, ¿no pueden hacerlo?… ¡Ah!, ojalá lo quiera el cielo, continuaba derramando un torrente de lágrimas, lo más afortunado que puede ocurrirme, ¿no es que me arranquen cuanto antes una vida que no debe ser sino mancillada de horrores?

Sin embargo, poco a poco, al renacer la esperanza en aquella alma joven y fortalecida por el exceso de desventura, *Mme.* de Franlo resolvió mostrar mucho valor; creyó que esta decisión debía ser necesariamente la mejor; se resignó a ella. Por consiguiente, fue a inspeccionar los puestos, volvió sola a todas las cabañas, trató de dar algunas órdenes y en todas partes encontró respeto y obediencia. Las mujeres acudieron a verla y ella las recibió correctamente; escuchó con interés la historia de algunas, seducidas y raptadas como ella, al principio honradas sin duda, luego degradadas por la soledad y el crimen, y convertidas en monstruos

como los hombres con los que se habían casado.

¡Oh, cielo!, se decía a veces aquella infortunada, ¿cómo puede uno embrutecerse hasta ese punto? ¿Será posible que yo me vuelva un día como estas desgraciadas?… Luego se encerraba, lloraba, reflexionaba sobre su triste destino, no se perdonaba haberse precipitado ella misma en el abismo por excesiva confianza y ceguera; todo esto le recordaba a su querido Goé, y lágrimas de sangre corrían de sus ojos.

Ocho días pasaron así cuando recibió una carta de su esposo con un destacamento de doce hombres que traían a cuatro prisioneros; tembló al abrir aquella carta, y temiéndose lo que contenía llegó a vacilar un instante entre la idea de darse muerte ella misma antes que hacer perecer a aquellos desgraciados. Eran cuatro jóvenes, en cuya frente se distinguía educación y calidad.

Haréis meter al mayor de los cuatro en el calabozo, le ordenaba su marido; *es un bribón que se ha defendido y que me ha matado dos hombres; pero hay que dejarle la vida, he de sacarle información. Haréis matar inmediatamente a los otros tres*.

—Ya veis las órdenes de mi marido —dijo ella al jefe del destacamento, de quien sabía que era el hombre seguro del que Franlo le había hablado—; haced lo que os ordena…

Y, tras pronunciar estas palabras en voz baja, corrió a ocultar en su habitación tanto su desesperación como sus lágrimas. Pero desgraciadamente oyó el grito de las víctimas inmoladas al pie de su casa: su sensibilidad no aguantó más, se desmayó; vuelta en sí, la decisión que se había decidido a tomar reanimó sus fuerzas; vio que no debía esperar nada sino de su firmeza, y volvió a aparecer; ordenó colocar los efectos robados en los almacenes, se dejó ver en la aldea, inspeccionó los puestos; en una palabra, se dominó tanto que el lugarteniente de Franlo, que partía al día siguiente para ir en busca de su jefe, rindió a este esposo los informes más ventajosos sobre su mujer… Que nadie la censure: ¿qué partido le quedaba entre la muerte y esta conducta?… Y nadie se mata mientras tiene esperanza.

Franlo estuvo fuera más tiempo de lo que había previsto; no volvió sino al cabo de un mes, durante el cual envió dos veces prisioneros a su mujer, que se comportó siempre igual. Finalmente reapareció el jefe; traía sumas inmensas de aquella expedición, que legitimaba mediante mil sofismas refutados por su honesta esposa.

—Señora —terminó diciéndole—, mis argumentos son los de Alejandro, los de Gengis Jan y los de todos los famosos conquistadores de la tierra; su lógica era la mía; pero ellos tenían trescientos mil hombres a sus órdenes, y yo sólo tengo cuatrocientos, ése es mi error.

—Todo eso está bien, señor —dijo *Mme.* de Franlo, creyendo que en este punto debía preferir el sentimiento a la razón—; pero si es cierto que me amáis como os habéis dignado decirme con frecuencia, ¿no os afligiríais viéndome perecer sobre un cadalso a vuestro lado?

—No temáis nunca esa catástrofe —dijo Franlo—, nuestro retiro es inencontrable, y en mis correrías no temo a nadie… Pero si alguna vez fuéramos descubiertos aquí, recordad que tendría tiempo para descerrajaros la cabeza antes de que pusieran la mano sobre vos.

El jefe examinó todo y, no encontrando más que motivos de alabarse de su mujer, la colmó de elogios y atenciones, la recomendó más que nunca a sus gentes y volvió a irse. Las mismas preocupaciones de su miserable esposa, la misma conducta, los mismos acontecimientos trágicos durante esta segunda ausencia que duró más de dos meses, al cabo de los cuales Franlo regresó al cuartel, cada vez más encantado con su esposa.

Hacía unos cinco meses que aquella pobre criatura vivía en la coacción y el horror, abrevada por sus lágrimas y alimentada por su desesperación, cuando el cielo, que nunca abandona a la inocencia, se dignó al fin librarla de sus males mediante el acontecimiento más inesperado.

Era el mes de octubre; Franlo y su mujer cenaban juntos bajo un emparrado, a la puerta de su casa, cuando en un momento diez o doce disparos de fusil se dejan oír en el puesto.

—Nos han traicionado —dijo el jefe levantándose al punto de la mesa y armándose con rapidez—… Aquí tenéis una pistola, señora, quedaos ahí; si no podéis matar al que os ataque, saltaos la tapa de los sesos para no caer en sus manos.

Tras decir esto y reunir apresuradamente a sus gentes de la aldea vuela él mismo a defender el desfiladero. Ya era tarde, doscientos dragones a caballo, que acababan de forzar el puesto, caen en la llanura sable en mano. Franlo hace fuego con su tropa, pero al no haber podido ordenarla, es rechazado en un minuto y la

mayor parte de su gente pasada a cuchillo y pisoteada por los caballos. Él mismo es apresado, lo rodean, le ponen guardia; veinte dragones responden de él, y el resto del destacamento, con el jefe a la cabeza, vuela hacia *Mme.* de Franlo. ¡En qué estado cruel se encuentra esta desventurada! Con el cabello suelto, los rasgos descompuestos por la desesperación y el temor, estaba apoyada contra un árbol, con la punta de la pistola sobre su corazón, dispuesta a arrancarse la vida antes que caer en manos de aquellos a los que tomaba por secuaces de la justicia.

—¡Deteneos, señora, deteneos! —le grita el oficial al mando, descendiendo del caballo y precipitándose a sus pies para desarmarla mediante esa acción, deteneos, os digo, *reconoced a vuestro desdichado galán; es él quien cae a vuestras rodillas, es él a quien el cielo favorece lo bastante para haberle encargado de vuestra liberación; abandonad esa arma y permitid a Goé ir a arrojarse en vuestro seno*.

La señorita de Faxelange cree estar soñando; poco a poco reconoce al que le habla, y cae paralizada en los brazos que se le abren. Este espectáculo arranca lágrimas a cuantos lo ven.

—No perdamos tiempo, señora —dijo Goé, devolviendo a su bella prima a la vida—; apresurémonos a salir de un lugar que debe ser horrible a vuestros ojos; pero recojamos antes lo que os pertenece.

Echa abajo la puerta del gabinete de las riquezas de Franlo, retira los cuatrocientos mil francos de la dote de su prima, diez mil escudos que distribuye entre sus dragones, sella el resto, suelta a los prisioneros retenidos por aquel malvado, deja ochenta hombres de guarnición en la aldehuela, vuelve en busca de su prima con los demás y la anima a partir inmediatamente.

Cuando ganaban la ruta del desfiladero, ella ve a Franlo en cadenas.

—Señor —dice a Goé—, os pido de rodillas gracia para este infortunado… Soy su mujer… ¿qué digo? Soy lo bastante desventurada para llevar en mi seno prendas de su amor, y su proceder nunca ha dejado de ser honesto conmigo.

—Señora —respondió M. de Goé—, no soy dueño de nada en esta aventura; he obtenido solamente la dirección de las tropas, pero me he encadenado a mí mismo al recibir mis órdenes: este hombre ya no me pertenece, no le salvaría sino arriesgándolo todo. Al salir del desfiladero, el gran preboste de la provincia me espera; vendrá a disponer de él; yo no le haré dar un paso hacia el cadalso, es cuanto puedo hacer.

—¡Oh, señor, dejadle que escape! —exclamó aquella interesante mujer—, es vuestra desgraciada prima llorando quien os lo pide.

—Una injusta piedad os ciega, señora —prosiguió Goé—; este desgraciado no se corregirá, y salvar a un hombre costará la vida a más de cincuenta.

—Tiene razón —exclamó Franlo—, tiene razón, señora; me conoce tan bien como yo mismo; el crimen es mi elemento, no viviría más que para volver a sumirme en él. No es la vida lo que quiero, sólo una muerte que no sea ignominiosa: que el alma sensible que se interesa por mí se digne conseguirme por única gracia permiso para que los dragones me levanten la tapa de los sesos.

—¿Quién de vosotros quiere encargarse, hijos? —dijo Goé.

Pero nadie se movió; Goé mandaba *franceses*; entre ellos no podía haber ningún *verdugo*.

—Que me den entonces una pistola —dijo aquel malvado.

Goé, muy conmovido por las súplicas de su prima, se acerca a Franlo y él mismo le entrega el arma que pide. ¡Oh, colmo de la perfidia! El esposo de *Mlle.* de Faxelange no bien acaba de tener lo que desea cuando suelta el tiro sobre Goé… pero afortunadamente sin alcanzarle. Este gesto irrita a los dragones, aquello se vuelve un asunto de venganza; no escuchan más que a su resentimiento, caen sobre Franlo y lo destrozan en un minuto. Goé se lleva a su prima; apenas si ella ve el horror del espectáculo. Vuelven a pasar el desfiladero al galope. Un caballo manso espera a *Mlle.* de Faxelange al otro lado de la garganta. El señor de Goé rinde cuentas rápidamente al preboste de su operación; los guardias de la mariscalía se apoderan del puesto; los dragones se retiran; y *Mlle.* de Faxelange, protegida por su liberador, vuelve a los seis días a casa de sus padres.

—Ahí tenéis a vuestra hija —dice aquel valiente al señor y a la señora de Faxelange—, y aquí el dinero que os fue robado. Escuchadme ahora, señorita, y vais a ver por qué he dejado para este instante las aclaraciones que debo sobre cuanto os concierne. Apenas hubisteis partido cuando las sospechas que os había participado al principio sólo para reteneros, vinieron a atormentarme con fuerza; no hay nada que no haya hecho para seguir la huella de vuestro raptor y para conocer a fondo su persona; he sido lo bastante afortunado para triunfar en todo y para no equivocarme en nada. No previne a vuestros padres sino cuando creí estar seguro de recobraros; no se me negó el mando de las tropas, que solicité para

romper vuestras cadenas y librar al mismo tiempo a Francia del monstruo que os engañaba. Logré mi propósito; lo hice sin ningún interés, señorita; vuestras faltas y vuestras desgracias alzan eternas barreras entre nosotros… Tendréis al menos lástima de mí… lamentaréis mi pérdida; vuestro corazón se verá obligado al sentimiento que me negasteis, y quedaré vengado… Adiós, señorita, he cumplido con los vínculos de la sangre, con los del amor; sólo me queda separarme de vos eternamente. Sí, señorita, parto, la guerra que se libra en Alemania me ofrece la gloria o la muerte; sólo habría deseado los laureles si me hubiera sido permitido ofrecéroslos, pero ahora no buscaré más que la muerte.

Tras estas palabras, Goé se retira; por más instancias que le hacen, escapa para no reaparecer jamás. Al cabo de seis meses se supo que, atacando un puesto a la desesperada, se había hecho matar en Hungría al servicio de los turcos.

En cuanto a *Mlle.* de Faxelange, poco tiempo después de su regreso a París, trajo al mundo el desgraciado fruto de su himeneo, que sus padres entregaron, junto con una elevada pensión, a una casa de caridad. Tras el parto, solicitó con insistencia a su padre y a su madre tomar el velo en las Carmelitas; sus padres le pidieron como gracia no privar su vejez del consuelo de tenerla a su lado; ella cedió, pero, debilitándose su salud de día en día, consumida por sus penas, marchita por sus lágrimas y su dolor, aniquilada por sus remordimientos, murió de consunción al cabo de cuatro años; triste y desgraciado ejemplo de la avaricia de los padres y de la ambición de las hijas.

¡Ojalá que el relato de esta historia haga más justos a unos y a otras más prudentes! No lamentaremos entonces el esfuerzo que nos habremos tomado para transmitir a la posteridad un suceso que, por horrible que sea, podría servir entonces al bien de los hombres.

FLORVILLE Y COURVAL,

O

EL FATALISMO

El señor de Courval acababa de cumplir cincuenta y cinco años; fresco, con buena salud, aún podía apostar por otros veinte años de vida. No habiendo tenido más que disgustos con una primera mujer que hacía mucho tiempo le había abandonado para entregarse al libertinaje, y debiendo suponer a esta criatura en la tumba según los testimonios menos equívocos, pensó en unirse por segunda vez a una persona razonable que, por la bondad de su carácter y por la excelencia de sus costumbres, lograse hacerle olvidar sus primeras desgracias.

Desdichado con sus hijos lo mismo que con su esposa, M. de Courval, que sólo había tenido dos, una niña que había perdido muy joven, y un niño que a la edad de quince años le había abandonado como su mujer, y desgraciadamente por los mismos principios de desenfreno, y no creyendo que ningún suceso debiera encadenarlo nunca a semejante monstruo, M. de Courval, digo, pensaba en consecuencia desheredarlo y dar sus bienes a los hijos que esperaba obtener de la nueva esposa que deseaba tomar. Poseía quince mil libras de renta; dedicado en el pasado a los negocios, ese capital era el fruto de su trabajo, y las gastaba como hombre honesto con algunos amigos que lo apreciaban, lo estimaban y lo veían tan pronto en París, donde ocupaba un bonito apartamento en la calle Saint-Marc, como, con más frecuencia todavía, en una pequeña finca deliciosa, cercana a Nemours, donde M. de Courval pasaba los dos tercios del año.

Este hombre honrado confió el proyecto a sus amigos y, viéndolo aprobado por ellos, les rogó con insistencia que se informaran, entre sus relaciones, sobre una persona de treinta a treinta y cinco años, viuda o soltera, que pudiera cumplir su propósito.

Dos días después, uno de sus antiguos cofrades fue a decirle que creía haber encontrado decididamente lo que le convenía.

—La señorita que os ofrezco —le dijo aquel amigo— tiene dos cosas en contra; debo empezar por decíroslas a fin de consolaros después con el relato de sus buenas cualidades. Es totalmente seguro que no tiene padre ni madre, pero se

ignora absolutamente quiénes fueron y dónde los perdió; lo que se sabe —continuó el mediador— es que es prima de M. de Saint-Prat, hombre conocido, que lo confiesa, que la estima, y que os hará el elogio más imparcial y mejor merecido. No posee bienes de sus padres, pero tiene cuatro mil francos de pensión de M. de Saint-Prat, en cuya casa fue criada y donde pasó toda su juventud; he ahí el primer defecto; pasemos al segundo —dijo el amigo de M. de Courval—: un amorío a los dieciséis años, un hijo que ya no existe y a cuyo padre jamás ha vuelto a ver. Eso es todo lo malo; unas palabras ahora sobre lo bueno.

»La señorita de Florville cuenta treinta y seis años, apenas aparenta veintiocho; es difícil tener una fisonomía más agradable y más interesante; sus rasgos son dulces y delicados, su piel es de la blancura del lirio y sus cabellos castaños llegan al suelo; su boca fresca, muy agradablemente adornada, es la imagen de la rosa en primavera. Es muy alta, pero muy bien proporcionada, hay tanta gracia en sus movimientos que no puede decirse nada contra la altura de su talla, que, sin eso, quizá le daría un aire algo duro; sus brazos, su cuello, sus piernas, todo está moldeado, y tiene uno de esos tipos de belleza que no envejecerá en mucho tiempo. Respecto a su conducta, quizá pueda desagradaros su extrema regularidad: no le gusta el mundo, vive muy retirada, es muy piadosa, muy asidua a los deberes del convento donde vive, y, si edifica a cuanto la rodea por sus cualidades religiosas, encanta a todo el que la ve por las gracias de su ingenio y por los atractivos de su carácter… Es, en una palabra, un ángel en este mundo, que el cielo reservaba a la felicidad de vuestra vejez.

El señor de Courval, encantado con semejante hallazgo, no se apresuró sino a rogar a su amigo que le presentara a la persona en cuestión.

—Su nacimiento no me inquieta para nada —dijo—; desde el momento en que su sangre es pura, ¿qué me importa quién se la haya transmitido? Su aventura a la edad de dieciséis años me asusta igual de poco: ha reparado esa falta con un gran número de años de sensatez; me casaré con ella como viuda: al decidirme a tomar una persona de sólo treinta o treinta y cinco años, era muy difícil unir a esa cláusula la loca pretensión de las primicias. O sea, nada me desagrada en vuestras proposiciones; sólo me resta apremiaros para que me presentéis a esa persona.

El amigo de M. de Courval lo satisfizo pronto: tres días después le invitó a cenar en su casa con la señorita en cuestión. Era difícil no quedar seducido desde el primer momento por aquella muchacha encantadora: eran los rasgos de la propia Minerva, disimulados bajo los del Amor. Como sabía de qué se trataba, fue más reservada aún, y su decencia, su contención, la nobleza de su porte, unidas a tantos

encantos físicos, a un carácter tan dulce, a un ingenio tan exacto y tan adornado, enloquecieron tanto la cabeza del pobre Courval que suplicó a su amigo que tuviera a bien acelerar la conclusión.

Volvieron a verse dos o tres veces más, tanto en esa casa como en la de M. de Courval o en la de M. de Saint-Prat, y, finalmente, *Mlle.* de Florville, apremiada con insistencia, declaró a M. de Courval que nada le halagaba tanto como el honor que tenía a bien hacerle, pero que su delicadeza no le permitía aceptar nada antes de que no fuera enterado por ella de las aventuras de su vida.

—No os han informado de todo, señor —dijo aquella encantadora muchacha—, y no puedo consentir en ser vuestra sin que lo sepáis antes. Me importa demasiado vuestra estima como para ponerme en situación de perderla, e, indudablemente, no la merecería si, aprovechando vuestra ilusión, consintiera convertirme en vuestra mujer sin que juzguéis si soy digna de serlo.

El señor de Courval aseguró que sabía todo, que sólo a él correspondía concebir las inquietudes que ella testimoniaba, y que si era lo bastante afortunado para agradarla, no debía preocuparse por nada. La señorita de Florville se mantuvo firme; declaró decididamente que no consentiría en nada sin que M. de Courval fuera enterado a fondo de lo que la afectaba. Hubo, pues, que pasar por aquello; todo cuanto M. de Courval pudo obtener fue que *Mlle.* de Florville fuera a su finca, cerca de Nemours, donde todo se dispondría para la celebración del himeneo que él deseaba, y que, oída la historia de *Mlle.* de Florville, se convirtiera en su mujer al día siguiente…

—Pero, señor —dijo aquella amable joven—, si todos estos preparativos pueden ser inútiles, ¿por qué hacerlos?… ¿Si os convenzo de que no he nacido para perteneceros?…

—Eso sí que no me lo probaréis nunca, señorita —respondió el honrado Courval—; a eso sí que os desafío a que me convenzáis; por tanto, partamos, os lo ruego, y no os opongáis a mis designios.

No hubo medio de conseguir nada en este último punto; todo fue dispuesto, partieron para Courval; sin embargo, allí estuvieron solos, *Mlle.* de Florville lo había exigido; las cosas que iba a decir no debían ser reveladas más que al hombre que tenía a bien unirse a ella; por eso no se admitió a nadie; y al día siguiente de su llegada, tras haber rogado a M. de Courval que la oyera, aquella hermosa e interesante mujer le contó los sucesos de su vida en los siguientes términos.

Historia de Mlle. de Florville

Las intenciones que sobre mí tenéis, señor, ya no permiten que os siga engañando. Vos habéis visto a M. de Saint-Prat, al que os han dicho que yo pertenecía; él mismo se ha dignado certificároslo; y, sin embargo, en este punto, habéis sido engañado en todas partes. Desconozco mi nacimiento, nunca tuve la satisfacción de saber a quiénes lo debía; fui encontrada, a los pocos días de haber recibido la vida, en una cuna de tafetán verde, a la puerta del palacio de M. de Saint-Prat, con una carta anónima prendida a la parte superior de mi cuna, donde simplemente se había escrito:

Vos no tenéis hijos desde hace diez años que estáis casado; los deseáis todos los días; adoptad ésta, su sangre es pura, es fruto del más casto himeneo y no del libertinaje, su nacimiento es honesto. Si la niñita no os agrada, mandad llevarla al hospicio. No hagáis averiguaciones, ninguna tendría éxito. Es imposible haceros saber más.

Las honradas personas en cuya casa había sido depositada me acogieron al punto, me educaron, tuvieron conmigo todos los cuidados posibles, *y* puedo decir que les debo todo. Como nada indicaba mi nombre, *Mme.* de Saint-Prat tuvo a bien darme el de *Florville*.

Acababa de cumplir los quince años cuanto tuve la desgracia de ver morir a mi protectora; nada puede expresar el dolor que sentí por esa pérdida. Me había vuelto tan querida para ella que al expirar suplicó a su marido que me asegurara cuatro mil libras de pensión y no abandonarme nunca; las dos cláusulas fueron cumplidas puntualmente, y M. de Saint-Prat unió a estas bondades la de reconocerme por prima de su mujer, y pasarme, a ese título, el contrato que habéis visto. Sin embargo, no podía seguir permaneciendo en aquella casa; M. de Saint-Prat me lo hizo observar:

—Soy viudo, y joven todavía —me dijo ese hombre virtuoso—; vivir bajo el mismo techo sería dar lugar a dudas que no merecemos; vuestra felicidad y vuestra reputación me son queridas, no quiero comprometer ninguna de las dos. Tenemos que separarnos, Florville; pero nunca os abandonaré mientras viva, no quiero siquiera que salgáis de mi familia; tengo una hermana viuda en Nancy, voy a enviaros con ella; os respondo de su amistad como de la mía; y allí, por así decir, siempre bajo mis ojos, podré continuar velando aún por todo lo que exija vuestra educación y vuestra situación.

No me enteré de esta noticia sin derramar lágrimas; aquel nuevo incremento

de dolor renovó amargamente el que acababa de sentir por la muerte de mi bienhechora. Convencida, sin embargo, de las excelentes razones de M. de Saint-Prat, me decidí a seguir sus consejos y partí para Lorena, bajo la tutela de una dama de aquella región a la que fui encomendada y que me puso en manos de *Mme.* de Verquin, hermana de M. de Saint Prat, con la que yo debía vivir.

La casa de *Mme.* de Verquin era de un tono muy distinto a la de M. de Saint-Prat: si en ésta yo había visto reinar la decencia, la religión y las costumbres… la frivolidad, el gusto por los placeres y la independencia estaban en la otra como en su asilo.

La señora de Verquin me advirtió desde los primeros días que mi airecillo mojigato le desagradaba, que era inaudito llegar de París con unos modales tan torpes… con un fondo de prudencia tan ridícula, y que, si tenía ganas de estar bien con ella, debía adoptar otro tono. Este inicio me alarmó: no trataré de aparecer a vuestros ojos mejor de lo que soy, señor; pero todo lo que se aparta de las costumbres y de la religión me ha desagradado toda mi vida tan soberanamente, he sido siempre tan enemiga de lo que chocaba con la virtud, y los defectos que me han dominado a pesar mío me han causado tanto remordimiento que, os lo confieso, no es hacerme un favor volver a colocarme en el mundo: no estoy hecha para vivir en él, me siento salvaje y feroz; el retiro más oscuro es lo que mejor conviene al estado de mi alma y a las disposiciones de mi espíritu.

Estas reflexiones, mal formadas aún, no suficiente maduras por la edad que tenía, no me preservaron ni de los malos consejos de Mmc. de Verquin ni de los males en que sus seducciones debían sumirme. La gente a la que veía constantemente, los escandalosos placeres de que estaba rodeada, el ejemplo, las conversaciones, todo me dominó, me aseguraron que era bonita y me atreví a creerlo, para mi desgracia.

El regimiento de Normandía estaba en aquel entonces de guarnición en esa capital; la casa de *Mme.* de Verquin era el punto de cita de los oficiales; todas las mujeres jóvenes se encontraban también allí, y allí se anudaban, rompían y recomponían todas las intrigas amorosas de la ciudad.

Es verosímil que M. de Saint-Prat ignorase una parte de la conducta de aquella mujer; con la austeridad de sus costumbres, ¿cómo hubiera podido consentir enviarme a su casa de haberla conocido bien? Esta consideración me contuvo y me impidió quejarme a él; y, ¿hay que decirlo todo?, quizá ni siquiera me preocupé: el aire impuro que respiraba comenzaba a mancillar mi corazón, y,

como Telémaco en la isla de Calipso[86], quizá no hubiera escuchado los avisos de Mentor.

La impúdica Verquin, que desde hacía tiempo trataba de seducirme, me preguntó un día si era cierto que yo había llevado mi corazón completamente puro a Lorena, y si no echaba de menos a algún galán de París.

—¡Ay!, señora —le dije—, ni siquiera he concebido nunca la idea de los errores que me suponéis, y vuestro señor hermano puede responderos de mi conducta…

—¡Errores! —interrumpió *Mme.* de Verquin—; si habéis cometido alguno, es ser todavía demasiado nueva a vuestra edad; espero que lo corrijáis.

—¡Oh!, señora, ¿es ése el lenguaje que debía esperar de una persona tan respetable?

—¿Respetable? ¡Ah!, ni lo más mínimo; os aseguro, querida, que el respeto es, de todos los sentimientos, el que menos me preocupo por que nazca; es amor lo que quiero inspirar… pero, ¡respeto!, ese sentimiento no corresponde todavía a mi edad. Imítame, querida, y serás feliz… A propósito, ¿te has fijado en Senneval? —añadió aquella sirena hablándome de un joven oficial de diecisiete años que venía con mucha frecuencia a su casa.

—No de un modo especial, señora —respondí yo—; puedo aseguraros que veo a todos con la misma indiferencia.

—Pues es lo que no hay que hacer, amiguita, quiero que, en adelante, compartamos nuestras conquistas… Es preciso que Senneval sea tuyo, es obra mía, me he tomado la molestia de formarlo, te ama, has de *tenerlo*.

—¡Oh!, señora, ¡si quisierais dispensarme de ello! En realidad no me intereso por nadie.

—Pues es preciso, son arreglos pactados con su coronel, mi amante *del día*, como ves.

—Os ruego que me dejéis libre en este punto; ninguna de mis inclinaciones me lleva a los placeres que vos apreciáis.

—¡Oh, eso cambiará! Un día le querrás como yo; es muy sencillo no apreciar

lo que todavía no se conoce; pero no está permitido no querer conocer lo que está hecho para ser adorado. En una palabra, es un proyecto decidido: Senneval, señorita, os declarará su pasión esta noche, y vos tendréis a bien no hacerle languidecer o me enfadaré con vos… pero en serio.

A las cinco se formó la reunión; como hacía mucho calor, las partidas se organizaron en los bosquecillos, y todo estuvo tan bien concertado que M. Senneval y yo, siendo los únicos que no jugábamos, nos vimos forzados a conversar.

Es inútil que os lo disimule, señor, apenas me hubo hecho confesión de su ardor aquel joven amable y lleno de ingenio, me sentí arrastrada hacia él por un impulso indomable y, cuando quise darme cuenta de aquella simpatía, sólo encontré oscuridad: me parecía que aquella inclinación no era efecto de un sentimiento ordinario, un velo disimulaba a mis ojos lo que lo caracterizaba; por otra parte, en el mismo instante en que mi corazón volaba hacia él, una fuerza invisible parecía retenerlo, y en aquel tumulto… en aquel flujo y reflujo de ideas incompresibles no podía discernir si hacía bien amando a Senneval, o si debía rehuirle para siempre.

Le concedieron todo el tiempo de confesarme su amor… ¡Ay!, le concedieron demasiado: yo tuve el de parecer sensible a sus ojos; él se aprovechó de mi turbación, exigió una declaración de mis sentimientos, fui lo bastante débil para decirle que estaba lejos de desagradarme, y, tres horas después, lo bastante culpable para dejarle gozar de su victoria.

Qué cosa tan singular la maligna alegría del vicio en estos triunfos sobre la virtud: nada igualó los transportes de *Mme.* de Verquin cuando me supo en la trampa que me había preparado; se burló de mí, se divirtió y terminó por asegurarme que lo que había hecho era la cosa más sencilla, más razonable del mundo, y que yo podía recibir sin temor a mi amante todas las noches en su casa… que ella no vería nada, demasiado ocupada por su lado para tomar en cuenta estas miserias, que no admitiría menos mi virtud, puesto que era verosímil que me limitaría sólo a aquél, mientras ella, obligada a hacer frente a tres, se encontraría probablemente muy lejos de mi reserva y de mi modestia. Cuando quise tomarme la libertad de decirle que aquel desorden era odioso, que no suponía ni delicadeza de sentimiento que rebajaba a nuestro sexo a la más vil especie de los animales, *Mme.* de Verquin se echó a reír:

—*Heroína gala*[87] —me dijo—, te admiro y no te censuro; sé de sobra que a tu

edad la delicadeza y el sentimiento son dioses a los que se inmola el placer. No es lo mismo a la mía: completamente desengañada de esos fantasmas, se les otorga menos poder; unas voluptuosidades más reales se prefieren a tonterías que entusiasman. ¿Por qué fidelidad con personas que nunca la han tenido con nosotros? ¿No es bastante ser las más débiles sin convertirnos además en las más engañadas? Muy loca es la mujer que pone delicadeza en tales actos… Créeme, querida, varía tus placeres mientras tu edad y tus encantos te lo permitan y deja ahí tu quimérica constancia, virtud triste y feroz, muy poco satisfactoria en sí misma, y que no engaña nunca a los demás.

Estas palabras me hacían temblar, pero me di cuenta de que ya no tenía derecho a combatirlas; los criminales desvelos de aquella mujer inmoral me resultaban necesarios, y debía tratarla con miramiento; fatal inconveniente del vicio, pues nos pone desde que nos entregamos a él bajo los lazos de aquellos a los que sin eso hubiéramos despreciado. Acepté, pues, todos los favores de *Mme.* de Verquin; todas las noches Senneval me daba nuevas pruebas de su amor, y así pasaron seis meses en medio de una embriaguez tal que apenas tuve tiempo de reflexionar.

Funestas secuelas me abrieron pronto los ojos: quedé encinta, y pensé morir de desesperación al verme en un estado del que *Mme.* de Verquin se burló.

—Sin embargo —me dijo—, hay que guardar las apariencias, y como no es demasiado decente que des a luz en mi casa, el coronel de Senneval y yo hemos hecho planes: él dará un permiso al joven, tú partirás varios días antes que él para Metz, él te seguirá luego, y allí, ayudada por él, darás vida a ese fruto ilícito de tu ternura; luego volveréis aquí, uno después de otro, igual que habréis partido.

Hubo que obedecer; ya os lo he dicho, señor, uno se pone a merced de todos los hombres y al azar de todas las situaciones cuando se ha tenido la desgracia de cometer una falta; otorga uno a todo el universo derechos sobre su persona, se vuelve uno esclavo de todo lo que respira desde el momento en que se ha descuidado hasta el punto de serlo de sus pasiones.

Todo se arregló como había dicho *Mme.* de Verquin; al tercer día nos encontramos reunidos Senneval y yo en Metz, en casa de una comadrona cuyas señas había recogido yo al salir de Nancy, y traje al mundo un niño. Senneval, que no había dejado de mostrar los sentimientos más tiernos y más delicados, pareció amarme más aún desde que, según decía, yo había duplicado su existencia; tuvo conmigo todos los miramientos posibles, me suplicó que le dejara su hijo, me juró

que tendría con él los mayores cuidados toda su vida, y no pensó en reaparecer por Nancy sino cuando hubo cumplido todos sus deberes para conmigo.

Fue en el instante de su partida cuando me atreví a hacerle observar hasta qué punto la falta que me había hecho cometer iba a volverme desgraciada, y cuando yo le propuse repararla uniéndonos al pie de los altares, Senneval, que no se había esperado esta proposición, se turbó…

—¡Ay! —me dijo—, ¿soy acaso dueño de ello? En edad de dependencia todavía, ¿no necesitaría el consentimiento de mi padre? ¿En qué se convertiría nuestro himeneo si no estuviera revestido de esa formalidad? Y, por otra parte, sería preciso que yo fuera un buen partido para vos: sobrina de *Mme.* de Verquin (así lo creían en Nancy), podéis pretender algo mucho mejor. Creedme, Florville, olvidemos nuestros extravíos y estad segura de mi discreción.

Estas palabras, que yo estaba muy lejos de esperar, me hicieron sentir cruelmente toda la enormidad de mi falta; mi orgullo me impidió responder, pero mi dolor no fue sino más amargo; si algo había ocultado el horror de mi conducta a mis propios ojos era, os lo confieso, la esperanza de repararla casándome un día con mi amante. ¡Crédula muchacha! Pese a la perversidad de *Mme.* de Verquin, quien sin duda hubiera debido ilustrarme, yo no imaginaba, no creía que pudiera convertirse en juego seducir a una desventurada muchacha y abandonarla después, y ese honor, ese sentimiento tan respetable a los ojos de los hombres, no suponía yo que su acción careciese de energía respecto a nosotras, y que nuestra debilidad pudiera legitimar un insulto que entre ellos no se atreverían más que al precio de su sangre. Me veía, pues, a un tiempo, la víctima y la engañada por aquel por quien habría dado mil veces mi vida; poco faltó para que aquella horrible revolución no me llevase a la tumba. Senneval no me dejó, sus cuidados fueron los mismos, pero no volvió a hablarme de mi proposición, y yo tenía demasiado orgullo para ofrecerle por segunda vez el tema de mi desesperación. Por fin, cuando me vio repuesta, desapareció.

Decidida a no volver más a Nancy, y dándome cuenta de que veía a mi amante por última vez en mi vida, todas mis llagas volvieron a abrirse en el instante de su marcha; sin embargo, tuve la fuerza de soportar este último golpe… ¡El muy cruel! Partió, ¡se arrancó de mi seno inundado de lágrimas sin que yo le viese derramar una sola!

¡Ése es el resultado de esos juramentos de amor en los que cometemos la locura de creer! ¡Cuanto más sensibles somos, más nos abandonan nuestros

seductores!… ¡Pérfidos!… Se alejan de nosotras en razón al mayor número de medios que hemos empleado para retenerlos.

Senneval se había hecho cargo de su hijo, lo había colocado en una casa de campo donde me fue imposible descubrirle… Había querido privarme de la dulzura de amar y educar por mí misma a aquel tierno fruto de nuestra relación; se hubiera dicho que deseaba que yo olvidase todo lo que aún podía encadenarnos uno a otro, y yo lo hice, o, mejor, creí hacerlo.

Me decidí a abandonar Metz en ese mismo instante y a no volver a Nancy. No quería, sin embargo, pelearme con *Mme.* de Verquin; bastaba, pese a sus errores, que perteneciese tan de cerca a mi benefactor para que la respetara toda mi vida. Le escribí la carta más honesta del mundo, pretexté, para no reaparecer en su ciudad, la vergüenza de la acción que yo había cometido, y le pedí permiso para volver a París junto a su hermano. Me respondió inmediatamente que yo era dueña de hacer cuanto quisiera, que conservaría su amistad hacia mí siempre; añadía que Senneval aún no estaba de regreso, que ignoraban su paradero, y que yo era una loca por afligirme por todas aquellas miserias.

Recibida esta carta, volví a París y corrí a postrarme a las rodillas de M. de Saint-Prat. Mi silencio y mis lágrimas le hicieron saber pronto de mi infortunio; pero tuve la delicadeza de acusarme sola, y nunca le hablé de las seducciones de su hermana. El señor de Saint-Prat, como todos los caracteres bondadosos, no sospechaba en modo alguno los desórdenes de su pariente, la creía la más honesta de las mujeres; yo le dejé toda su ilusión, y esta conducta, que *Mme.* de Verquin no ignoró, me conservó su amistad.

El señor de Saint-Prat me compadeció… me hizo darme cuenta realmente de mis errores, y terminó por perdonarlos.

—¡Oh, hija mía! —me dijo con esa dulce compunción de un alma honesta, tan diferente de la ebriedad odiosa del crimen—, ¡oh, mi querida hija!, ya ves lo que cuesta abandonar la virtud… Su adopción es tan necesaria, está tan íntimamente ligada a nuestra existencia que no hay más que infortunios para nosotros tan pronto como la abandonamos. Compara la tranquilidad del estado de inocencia en que estabas al salir de mi casa con la horrible turbación en que vuelves. Los débiles placeres que has podido gustar en tu caída ¿te resarcen de los tormentos que desgarran ahora tu corazón? La felicidad sólo está en la virtud, hija mía, y todos los sofismas de sus detractores no procurarán jamás uno solo de sus goces. ¡Ah!, Florville, quienes niegan o combaten esos goces tan dulces, no lo hacen

más que por envidia, puedes estar segura, sólo por el placer bárbaro de volver a los demás tan culpables y tan desgraciados como son ellos. Se ciegan, y querrían cegar a todo el mundo, se engañan, y querrían que todo el mundo se engañase; pero si se pudiera leer en el fondo de su alma, no se vería en ella más que dolores y arrepentimientos. Todos estos apóstoles del crimen no son más que malvados, más que desesperados; no se encontraría ni uno que no confesase, si pudiera ser sincero, que sus palabras apestadas o sus peligrosos escritos sólo tienen sus pasiones por guía. Y en efecto, ¿qué hombre podrá decir con sangre fría que las bases de la moral pueden ser quebrantadas sin riesgo? ¿Qué criatura se atreverá a sostener que hacer el bien, desear el bien, no debe ser necesariamente el verdadero fin del hombre? ¿Y cómo quien sólo haga el mal puede esperar ser feliz en medio de una sociedad cuyo interés más poderoso es que el bien se multiplique sin cesar? ¿No temblará ese mismo apologista del crimen en todo momento cuando haya desarraigado en todos los corazones la única cosa de la que debe esperar su conversación? ¿Quién se opondrá a que sus criados lo arruinen si han dejado de ser virtuosos? ¿Quién impedirá a su mujer deshonrarle si la ha convencido de que la virtud no sirve para nada? ¿Quién retendrá la mano de sus hijos si ha osado marchitar las semillas del bien en su corazón? ¿Cómo respetarán su libertad, sus propiedades, si ha dicho a los grandes: *La impunidad os acompaña, y la virtud no es más que una quimera?* Sea cual fuere el estado de este desdichado, sea esposo o padre, rico o pobre, amo o esclavo, de todas partes nacerán para él peligros, de todos lados se alzarán puñales sobre su pecho: si ha osado destruir en el hombre los únicos deberes que compensan su perversidad, no dudemos: el infortunado perecerá tarde o temprano, víctima de sus espantosos sistemas[24].

Dejemos un instante la religión si se quiere, consideremos únicamente al hombre solo: ¿cuál será el ser lo bastante imbécil para creer que infringiendo todas las leyes de la sociedad, esa sociedad que él ultraja puede dejarle tranquilo? ¿No estriba el interés del hombre, y de las leyes que hace para su seguridad, en tender siempre a destruir lo que molesta o lo que daña? Quizá cierto crédito, o las riquezas, aseguren al malvado un resplandor efímero de posteridad; pero ¡cuán corto será su reinado! Reconocido, desenmascarado, convertido pronto en objeto del odio y del desprecio público, ¿tendrá entonces a los apologistas de su conducta, o a sus partidarios por consoladores? Ninguno querrá confesarlo; sin nada que ofrecerles, todos lo rechazarán como una carga; al rodearle la desgracia por todas partes, languidecerá en el oprobio y en el infortunio, y como ya ni siquiera tiene a su corazón por asilo expirará pronto en la desesperación. ¿Cuál es entonces ese razonamiento absurdo de nuestros adversarios? ¿Qué es ese esfuerzo impotente, para atenuar la virtud, de osar decir que todo lo que no es universal es quimera, y que, al no ser las virtudes sino locales, ninguna de ellas podría tener realidad?

¿Cómo? ¿No hay entonces virtud porque cada pueblo haya debido hacerse las suyas? Porque los diferentes climas, las diferentes clases de temperamentos han necesitado diferentes especies de frenos, porque, en una palabra, la virtud se ha multiplicado bajo mil formas, ¿no hay ya virtud sobre la tierra? Equivaldría a dudar de la realidad de un río porque se separa en mil ramas diversas. ¡Eh!, ¿qué prueba mejor, tanto la existencia de la virtud como su necesidad, que la obligación que tiene el hombre de adaptarla a todas sus diferentes costumbres y hacer de ella la base de todas? Que me digan un solo pueblo que viva sin virtud, uno sólo en el que la beneficencia y la humanidad no sean los lazos fundamentales; voy más lejos: que se me encuentre, incluso, una asociación de malvados que no esté cimentada por algunos principios de virtud, y abandone su causa. Mas, si por el contrario, se demuestra útil por todas partes, si no hay ninguna nación, ningún Estado, ninguna sociedad, ningún individuo que pueda prescindir de ella, si el hombre, en una palabra, no puede vivir ni feliz ni seguro sin ella, ¿me equivoco, oh, hija mía, al exhortarte a que no te separes de ella jamás? Mira, Florville —continuó mi bienhechor estrechándome en sus brazos—, mira dónde te han hecho caer tus primeros extravíos; y si el error aún te solicita, si la seducción o tu debilidad te preparan nuevas trampas, piensa en las desgracias de tus primeros desvíos, piensa en un hombre que te ama como a su propia hija…, cuyo corazón desgarrarían tus faltas, y hallarás en estas reflexiones toda la fuerza que exige el culto de las virtudes, al que quiero devolverte para siempre.

El señor de Saint-Prat, siempre con estos mismos principios, no me ofreció su casa; pero me propuso ir a vivir con una pariente suya, mujer tan célebre por la alta piedad en que vivía como *Mme.* de Verquin lo era por sus defectos. Este plan me agradó mucho. La señora de Lérince me aceptó con la mejor voluntad del mundo, y fui instalada en su casa la misma semana de mi regreso a París.

¡Oh, señor!, ¡qué diferencia de esta respetable mujer a la que dejaba! Si el vicio y la depravación habían asentado en una su imperio, se hubiera dicho que el corazón de la otra era el asilo de todas las virtudes. Si la primera me había horrorizado con sus depravaciones, encontré consuelo en los edificantes principios de la segunda: sólo había sacado amargura y remordimientos escuchando a *Mme.* de Verquin, no hallé más que dulzuras y consuelos al entregarme a *Mme.* de Lérince… ¡Ah, señor!, permitidme describiros a esta mujer adorable a la que amaré siempre; es un homenaje que mi corazón debe a sus virtudes, no puedo resistirme a él.

La señora de Lérince, de unos cuarenta años de edad, estaba todavía muy lozana; un aire de candor y modestia embellecía mucho más sus rasgos que las

divinas proporciones que en él hacía reinar la naturaleza; según se decía, una excesiva nobleza y majestad la volvían imponente a primera vista, pero lo que hubiera podido tomarse por altivez se suavizaba en cuanto abría la boca; era un alma tan bella y tan pura, de una amenidad tan perfecta, de una franqueza tan entera que una se sentía insensiblemente, a pesar suyo, uniendo a la veneración que inspiraba al principio todos los sentimientos más tiernos. Nada de exagerado, nada de supersticioso en la religión de *Mme.* de Lérince; los principios de su fe se encontraban en ella en su más extremada sensibilidad. La idea de la existencia de Dios, el culto debido a este Ser supremo, ésos eran los goces más vivos de aquella alma amante; confesaba con orgullo que sería la más desgraciada de las criaturas si pérfidas luces obligaran alguna vez a su espíritu a destruir en ella el respeto y el amor que sentía por su culto. Aún más unida, si cabe, a la moral sublime de esa religión que a sus prácticas o a sus ceremonias, hacía de esta excelente moral la regla de todas sus acciones. Jamás la calumnia había ensuciado sus labios, no se permitía siquiera una broma que pudiera afligir a su prójimo; llena de ternura y de sensibilidad hacia sus semejantes, cuando encontraba hombres dignos de interés, incluso en sus defectos, su única ocupación era ocultar esos defectos con cuidado, o reprenderlos con dulzura. ¿Que eran desgraciados? Ningún encanto podía compararse, para ella, al de consolarlos; no esperaba sino que los indigentes viniesen a implorar su ayuda, los buscaba… los adivinaba, y se veía a la alegría estallar en sus rasgos cuando había consolado a la viuda o socorrido al huérfano, cuando había derramado bienestar en una pobre familia, o cuando sus manos habían roto las cadenas del infortunio. Nada áspero, nada austero al lado de todo esto: cuando eran castos los placeres que se le proponían, se entregaba a ellos con delicia, los inventaba incluso por temor a que se aburrieran junto a ella… Prudente, instruida con el moralista… profunda con el teólogo, inspiraba al novelista y sonreía al poeta, sorprendía al legislador o al político, y dirigía los juegos de un niño. Dueña de toda clase de ingenio, el que más brillaba en ella era principalmente el particular cuidado… la encantadora atención que ponía en hacer aparecer el de los demás, o en encontrárselos siempre. Viviendo en el retiro por gusto, cultivando a sus amigos por sí mismos, *Mme.* de Lérince, en una palabra, el modelo de uno y otro sexo, hacía gozar a cuanto la rodeaba esa felicidad tranquila… esa voluptuosidad celestial prometida al hombre honesto por el Dios santo de quien ella era imagen.

No os aburriré, señor, con los detalles monótonos de mi vida durante los diecisiete años que he tenido la dicha de vivir con esa adorable criatura. Conferencias de moral y de piedad, la máxima cantidad de actos de beneficencia que nos era posible, tales eran los deberes que se repartían nuestros días.

—Los hombres, mi querida Florville —me decía *Mme.* de Lérince—, se asustan de la religión sólo porque unos torpes guías no les hacen sentir más que las cadenas sin ofrecerles sus dulzuras. ¿Puede existir un hombre lo bastante absurdo para atreverse a no estar de acuerdo, con sólo abrir los ojos sobre el universo, en que tantas maravillas no pueden ser sino obra de un Dios todopoderoso? Admitida esta primera verdad… ¿se necesita otra cosa más que el corazón para convencerse de ello?… ¿Quién puede ser, pues, ese individuo cruel y bárbaro que niegue entonces su homenaje al Dios bienhechor que lo ha creado? Mas la diversidad de los cultos inquieta, en su multitud creen encontrar su falsedad: ¡qué sofisma! ¿No es acaso en esa unanimidad de los pueblos en reconocer y servir a un Dios, no es, pues, en esa confesión tácita, impresa en el corazón de todos los hombres, donde se encuentra más aún si cabe que en las sublimidades de la naturaleza, la prueba irrevocable de la existencia de ese Dios supremo? ¿Cómo? El hombre no puede vivir sin adoptar un Dios, no puede interrogarse sin encontrar las pruebas en sí mismo, no puede abrir los ojos sin contar por todas partes las huellas de ese Dios, ¿y todavía se atreve a dudar de él? No, Florville, no, no hay ateos de buena fe; el orgullo, la obstinación, las pasiones, he ahí las armas destructivas de ese Dios que sin cesar revivifica en el corazón del hombre o en su razón; aun cuando cada latido de mi corazón, aun cuando cada huella luminosa de esa razón me ofrecieran a ese Ser indudable, ¡yo le negaría mi homenaje! ¡Le ocultaría el tributo que su bondad permite a mi felicidad, y no me humillaría ante su grandeza, no le pediría gracia, no soportaría las miserias de la vida, ni me haría partícipe un día de su gloria! ¡No ambicionaría el favor de pasar la eternidad en su seno, o arriesgaría esa misma eternidad en un abismo espantoso de suplicios por haberme negado a las pruebas indudables que ha tenido a bien darme ese gran Ser de la certeza de su existencia! Hija mía, ¿esa espantosa alternativa permite siquiera un instante de reflexión? Oh, vosotros que os negáis obstinadamente a los rayos de llama lanzados por ese mismo Dios al fondo de vuestro corazón, sed al menos justos un instante, y, sólo por piedad hacia vosotros mismos, entregaos a este argumento invencible de Pascal: «Si no hay Dios, ¿qué os importa creer en él, qué daño os hace esta adhesión? Y si hay uno, ¿qué peligros no corréis negándole vuestra fe?» No sabéis, decís los incrédulos, qué homenaje ofrecer a Dios, la multitud de religiones os ofusca; pues bien, examinadlas todas, consiento en ello, y decid luego, de buena fe, en cuál encontráis más grandeza y majestad; negad, si os es posible, oh cristianos, que esa en la que habéis tenido la dicha de nacer no os parece aquella cuyos caracteres son los más santos y los más sublimes; buscad, además, en otra parte misterios tan grandes, dogmas tan puros, una moral tan consoladora; encontrad en otra religión el sacrificio inefable de un Dios en favor de su criatura; ¡ahí veis las promesas más hermosas, un porvenir más halagüeño, un Dios más grande y más sublime! No, tú no puedes verlo, filósofo de ahora; tampoco puedes tú, esclavo de

tus placeres, cuya fe cambia con el estado físico de tus nervios, impío en el fuego de las pasiones, crédulo cuando están calmadas, no puedes verlo, te repito; el sentimiento confiesa sin cesar a ese Dios que tu espíritu combate, siempre existe a tu lado, incluso en medio de tus errores; rompe esas cadenas que te atan al crimen, y ese Dios santo y majestuoso nunca se alejará del templo erigido a él por tu corazón. Es en el fondo del corazón, más aún que en la razón, donde es preciso encontrar, mi querida Florville, la necesidad de ese Dios que todo nos indica y nos demuestra; de ese mismo corazón hay que recibir igualmente la necesidad del culto que le rendimos, y es sólo ese corazón el que te convencerá pronto, querida amiga, de que el más noble y más puro de todos es aquel en que hemos nacido. Practiquemos, pues, con puntualidad, con alegría, ese culto suave y consolador; que llene aquí abajo nuestros momentos más hermosos; y que, insensiblemente conducidos, amándole, al término último de nuestra vida, sea por un camino de amor y de delicias por donde vayamos a depositar, en el seno del Eterno, esta alma emanada de Él, únicamente formada para conocerle, y de la que hemos debido gozar sólo para creer en Él y para adorarle.

Así es como me hablaba *Mme.* de Lérince, así es como mi espíritu se fortificaba con sus consejos y como mi alma se purificaba bajo su ala sagrada. Mas, ya os lo he dicho, paso en silencio todos los pequeños pormenores de los sucesos de mi vida en esa casa, para contaros sólo lo esencial: son mis culpas lo que debo revelaros, hombre generoso y sensible, y cuando el cielo ha querido permitirme vivir en paz en la senda de la virtud, no tengo más que agradecérselo y callarme.

Yo no había dejado de escribir a *Mme.* de Verquin; regularmente recibía dos veces al mes noticias suyas, y aunque, sin duda, hubiera decidido renunciar a aquel comercio, aunque la reforma de mi vida y mejores principios me forzasen en cierta forma a romperlo, lo que debía a M. de Saint-Prat, y, más que todo, debo confesarlo, un sentimiento secreto que siempre me arrastraba invenciblemente hacia los lugares en que tantos objetos queridos me encadenaban antaño, la esperanza quizá de saber un día nuevas de mi hijo, todo, en fin, me incitó a continuar un trato que *Mme.* de Verquin tuvo la corrección de sostener siempre de modo regular. Trataba de convertirla, le elogiaba las dulzuras de la vida que yo llevaba, mas ella las trataba de quimeras, no cesaba de reírse de mis resoluciones, o de combatirlas, y, siempre firme en las suyas, me aseguraba que nada en el mundo sería capaz de debilitarlas; me hablaba de los nuevos prosélitos que se divertía en hacer, ponía su docilidad muy por encima de la mía; sus multiplicadas caídas eran, según decía aquella perversa mujer, pequeños triunfos que nunca recogía sin delicia, y el placer de arrastrar a aquellos jóvenes corazones al mal la consolaba de no poder hacer todo lo que su imaginación le dictaba. A menudo rogaba a *Mme.* de

Lérince prestarme su pluma elocuente para derribar a mi adversaria; ella consentía con alegría; la señora de Verquin nos respondía, y sus sofismas, muy fuertes a veces, nos obligaban a recurrir a argumentos que habrían resultado victoriosos con un alma sensible, en los que *Mme.* de Lérince pretendía, y con razón, que se hallaba inevitablemente todo cuanto debía destruir el vicio y confundir la incredulidad. De vez en cuando yo pedía a *Mme.* de Verquin noticias de aquel al que todavía amaba, mas ella o no pudo o nunca quiso hacérmelas saber.

Ya es hora, señor, de que lleguemos a la segunda catástrofe de mi vida, a esa anécdota sangrienta que rompe mi corazón cada vez que se presenta a mi mente, y que, informándoos del horrible crimen de que soy culpable, os hará renunciar, sin duda, a los proyectos demasiado lisonjeros que os formabais sobre mí.

La casa de *Mme.* de Lérince, por más regular que haya podido describírosla, se abría, sin embargo, a algunos amigos. La señora de Dulfort, mujer de cierta edad, vinculada en el pasado a la princesa de Piamonte, y que venía a vernos muy a menudo, pidió cierto día permiso a *Mme.* de Lérince para presentarle a un joven que le había sido recomendado expresamente, y que ella tendría mucho gusto en presentar en una casa donde los ejemplos de virtud que sin cesar recibiría no podrían sino contribuir a formar su corazón. Mi protectora se excusó diciendo que nunca recibía a jóvenes; luego, vencida por las apremiantes solicitudes de mi amiga, consintió en ver al caballero de Saint-Ange: éste apareció.

Sea presentimiento… sea lo que bien os parezca, al ver a este joven se apoderó de mí un estremecimiento general cuya causa me fue imposible dilucidar… Estuve a punto de desmayarme… Sin buscar el motivo de este extraño efecto, lo atribuí a algún malestar interno, y Saint-Ange dejó de impresionarme. Pero si aquel joven me había agitado de esa forma nada más verme, igual efecto se había manifestado en él… Lo supe de sus propios labios. Saint-Ange estaba lleno de una veneración tan grande por la casa cuya entrada le habían abierto que no se atrevía a olvidarse de ella hasta el punto de dejar escapar la pasión que lo consumía. Tres meses pasaron antes de que se atreviera a decirme nada; pero sus ojos me expresaban un lenguaje tan vivo que no podía equivocarme. Totalmente decidida a no volver a caer en un tipo de falta al que debía la desventura de mis días, muy afirmada por los mejores principios, estuve a punto veinte veces de prevenir a *Mme.* de Lérince de los sentimientos que creía percibir en aquel joven. Contenida luego por la pena que temía causarle, adopté la decisión del silencio. Funesta resolución, sin duda, porque fue causa de la espantosa desgracia que pronto voy a comunicaros.

Teníamos la costumbre de pasar seis meses cada año en una casa de campo bastante bonita que poseía *Mme.* de Lérince a dos leguas de París; el señor de Saint-Prat iba allí a menudo a vernos; para mi desgracia, la gota se lo impidió ese año, le fue imposible ir por allí; digo para mi desgracia, señor, porque como tenía, naturalmente, más confianza en él que en su pariente, le habría confesado las cosas que no pude decidirme nunca a manifestar a otras personas, y cuya confesión hubiera prevenido sin duda el funesto accidente que ocurrió.

Saint-Ange pidió permiso a *Mme.* de Lérince para formar parte del viaje, y como *Mme.* de Dulfort solicitaba, asimismo, para él esta gracia, le fue concedida.

En nuestro círculo todos estábamos inquietos por saber quién era aquel joven; sobre su existencia nada parecía ni muy claro ni muy decidido. La señora de Dulfort nos lo presentaba como hijo de un gentilhombre de provincias, con el que ella estaba emparentada; él, olvidando a veces lo que había dicho *Mme.* de Dulfort, se hacía pasar por piamontés, opinión que corroboraba bastante la forma en que hablaba italiano. No hacía nada; estaba, sin embargo, en la edad de hacer algo, y aún no le veíamos decidido por ningún partido. Por otra parte, una cara muy bonita, digna de ser pintada, su porte muy decente, su palabra muy honesta, toda la apariencia de una educación excelente, pero en medio de todo esto, una vivacidad prodigiosa, una especie de impetuosidad en el carácter que nos asustaba algo.

Desde el momento en que M. de Saint-Ange llegó al campo, como sus sentimientos no habían hecho sino crecer por el freno que había tratado de imponerles, le fue imposible ocultármelos. Yo temblé… y, sin embargo, fui lo bastante dueña de mí misma para no mostrarle otra cosa que piedad.

—En verdad, señor —le dije—, es preciso que desconozcáis lo que podéis valer, o que tengáis mucho tiempo que perder para emplearlo con una mujer que os dobla la edad; pero, suponiendo que yo fuera lo bastante loca para escucharos, ¿qué pretensiones ridículas os atreveríais a formar sobre mí?

—Las de unirme a vos por los lazos más santos, señorita; ¡cuán poco me estimaríais si supusierais otros!

—En verdad, señor, no daré al público la extraña escena de ver a una mujer de treinta y cuatro años casarse con un niño de diecisiete.

—¡Ah!, cruel, ¿veríais esas débiles desproporciones si existiese en el fondo

de vuestro corazón la milésima parte del fuego que devora el mío?

—Es cierto, señor, que por lo que a mí se refiere estoy muy tranquila… lo estoy hace muchos años, y lo estaré, según espero, todo el tiempo que quiera Dios dejarme languidecer sobre la tierra.

—¿Me arrancáis hasta la esperanza de enterneceros algún día?

—Voy más lejos, me atrevo a prohibiros que sigáis hablándome de vuestras locuras.

—¡Ah, hermosa Florville! ¿Queréis, pues, la desgracia de mi vida?

—Quiero su reposo y su felicidad.

—Todo eso no puede existir más que con vos…

—Sí… en cuanto destruyáis esos sentimientos ridículos que nunca hubierais debido concebir; tratad de vencerlos, tratad de ser dueño de vos, vuestra tranquilidad renacerá.

—No puedo.

—¿No lo queréis? Es menester que nos separemos para conseguirlo; estad dos años sin verme, esa efervescencia se apagará, me olvidaréis y seréis feliz.

—¡Ah, nunca, nunca!, la felicidad no estará para mí sino a vuestros pies…

Ycomo el resto de la gente se acercaba, nuestra primera conversación quedó ahí.

Tres días después, habiendo hallado Saint-Ange el medio de volver a encontrarme a solas, quiso adoptar de nuevo el tono de la antevíspera. Pero esta vez le impuse silencio con tanto rigor que sus lágrimas corrieron con abundancia; me dejó bruscamente, me dijo que le colmaba de desesperación y que pronto se arrancaría la vida si continuaba tratándole así… Volviendo luego como un loco sobre sus pasos, me dijo:

—Señorita, no conocéis el alma que ultrajáis… no, no la conocéis… Sabed que soy capaz de llegar a los últimos extremos… incluso aquellos que quizá estáis muy lejos de pensar… Sí, a ellos llegaré mil veces antes que renunciar a la felicidad

de ser vuestro.

Y se retiró en medio de un dolor espantoso.

Nunca estuve más tentada que entonces de hablar con *Mme.* de Lérince, pero, os lo repito, el temor a perjudicar al joven me contuvo; me callé. Saint-Ange estuvo ocho días rehuyéndome; apenas me hablaba, me evitaba en la mesa… en el salón… en los paseos, y todo esto, sin duda, para ver si este cambio de conducta producía en mí alguna impresión. Si yo hubiera compartido sus sentimientos, el medio era seguro, pero me hallaba tan lejos de eso que apenas fingí darme cuenta de sus maniobras.

Por fin me aborda al fondo de los jardines:

—Señorita —me dice en el estado más violento del mundo—… por fin he conseguido calmarme, vuestros consejos han causado sobre mí el efecto que esperabais… ved cómo me he tranquilizado… No he tratado de encontraros sola más que para despedirme… Sí, voy a huir de vos para siempre, señorita… voy a huir de vos… no volveréis a ver a quien odiáis… ¡oh, no, no volveréis a verle!

—Este proyecto me agrada, señor, me gusta creeros al fin razonable; pero —añadí sonriendo— vuestra conversión no me parece todavía muy real.

—Entonces, ¿cómo tengo que ser, señorita, para convenceros de mi indiferencia?

—Totalmente distinto a como os veo.

—Pero, al menos, cuando haya partido… cuando ya no tengáis el dolor de verme, quizá creáis en esta razón a la que tantos esfuerzos hacéis por devolverme.

—Es cierto que sólo ese paso podría convencerme, y no dejaré de aconsejároslo sin cesar.

—¡Ah! Entonces, ¿soy para vos un objeto tan horroroso?

—Sois, señor, un hombre muy amable, que debíais volar a otras conquistas, y dejar en paz a una mujer que no puede oíros.

—Sin embargo, me oiréis —dijo entonces furioso—, sí, cruel, me oiréis, digáis lo que digáis, los sentimientos de mi alma de fuego, y la certeza de que no

habrá nada en el mundo que no haga… o para mereceros, o para conseguiros… No creáis, al menos —prosiguió con ímpetu—, no creáis en esta partida simulada, la he fingido para probaros… ¿Yo dejaros?… ¿Yo arrancarme del lugar que os posee? Antes me privaría mil veces de la luz del día… ¡Odiadme, pérfida, odiadme, puesto que tal es mi desventurado destino, pero no esperéis nunca apagar en mí el amor en que ardo por vos!…

Y Saint-Ange se hallaba en tal estado al pronunciar estas últimas palabras, había conseguido conmoverme tanto, por una fatalidad que nunca pude comprender, que me volví para ocultar las lágrimas, y le dejé en el fondo del bosquecillo donde había encontrado el medio de reunirse conmigo. No me siguió; le oí tirarse al suelo y abandonarse a los excesos del delirio más horrible… Yo misma, debo confesároslo, señor, aunque totalmente segura de no experimentar ningún sentimiento de amor por aquel joven, bien por consideración, bien por recuerdo, no pude evitar estallar a mi vez.

¡Ay!, me decía entregándome a mi dolor… ¡Ésas eran las palabras de Senneval! En esos mismos términos me expresaba los sentimientos de su pasión… también en un jardín… en un jardín como éste… ¿No me decía que me amaría siempre… y no me engañó cruelmente?… ¡Justo cielo! Tenía su misma edad… ¡Ah!, Senneval… Senneval, ¿eres tú quien todavía buscas quitarme mi reposo? ¿Y no reapareces bajo esos rasgos seductores para arrastrarme por segunda vez al abismo?… ¡Huye, cobarde… huye… ahora aborrezco hasta tu recuerdo!

Enjugué mis lágrimas y fui a encerrarme en mi cuarto hasta la hora de la cena; entonces bajé… Pero Saint-Ange no apareció, mandó decir que estaba enfermo y, al día siguiente, fue lo bastante hábil para no dejarme leer en su frente otra cosa que tranquilidad… Me equivocaba; creí realmente que había hecho suficientes esfuerzos sobre sí mismo para haber vencido su pasión. Me engañaba. ¡Qué pérfido!… ¡Ay!, ¡qué digo, señor, no le debo más invectivas!… Sólo tiene derecho a mis lágrimas, sólo los tiene a mis remordimientos.

Saint-Ange me parecía tan tranquilo sólo porque tenía ya hechos sus planes. Así pasaron los días, y, hacia la tarde del tercero, anunció públicamente su partida; con *Mme.* de Dulfort, su protectora, tomó acuerdos relativos a sus comunes asuntos en París.

Nos acostamos… Perdonad, señor, la turbación en que me sume por adelantado el relato de aquella espantosa catástrofe; no aparece jamás en mi memoria sin hacer que me estremezca de horror.

Como hacía un calor extremo, me había echado sobre mi lecho casi desnuda; mi doncella estaba fuera, yo acababa de apagar mi vela… Una bolsa de labor había quedado desgraciadamente abierta sobre mi cama, porque acababa de cortar gasas que necesitaba para el día siguiente. Apenas mis ojos comenzaron a cerrarse cuando oigo ruido… Me incorporo con presteza… me siento cogida por una mano…

—¡No te escaparás, Florville! —me dijo Saint-Ange (era él)—. Perdona el exceso de mi pasión, mas no intentes sustraerte a ella… tienes que ser mía.

—¡Infame seductor! —exclamé yo—, huye al instante, o teme los efectos de mi cólera.

—¡Lo único que temo es no poder poseerte, mujer cruel! —prosiguió aquel ardiente joven precipitándose sobre mí tan hábilmente y en tal estado de furor que me convertí en su víctima antes de poder impedírselo…

Furiosa por tal exceso de audacia, decidida a todo antes que a sufrir las consecuencias, me arrojo, desembarazándome de él, sobre las tijeras que tenía a mis pies; dominando, sin embargo, mi furia, busco su brazo para herirle, y para asustarle mediante aquella decisión de mi parte más que para castigarle como merecía serlo… Al movimiento que siente que hago, él redobla la violencia de los suyos.

—¡Huye!, traidor —exclamé golpeándole en el brazo—, huye ahora mismo y avergüénzate de tu crimen…

¡Oh!, señor, una mano fatal había dirigido mis golpes… El desventurado joven lanza un grito y cae sobre el enlosado… Encendiendo de nuevo mi vela al instante, me acerco… ¡Santo cielo!, le he golpeado en el corazón… ¡expira!… Me precipito sobre aquel cadáver ensangrentado… lo estrecho con delirio sobre mi seno agitado… mi boca pegada a la suya quiere devolver la vida a un alma que se exhala; lavo su herida con mis lágrimas.

—¡Oh, tú, cuyo único crimen fue amarme demasiado! —digo en medio del desvarío de la desesperación—, ¿merecías semejante suplicio? ¿Debías perder la vida por mano de aquella a la que habrías sacrificado la tuya? ¡Oh, desdichado joven!… Imagen de aquel al que yo adoraba, si basta con amarte para devolverte a la vida, has de saber en este instante cruel en que desgraciadamente ya no puedes oírme… has de saber, si tu alma palpita aún, que querría reanimarla al precio de

mis días… has de saber que nunca me fuiste indiferente… que nunca te vi sin turbarme, y que los sentimientos que experimentaba hacia ti eran quizá muy superiores a los del débil amor que ardía en tu corazón.

Tras estas palabras caí sin conocimiento sobre el cuerpo de aquel infortunado joven; entró mi doncella, había oído el ruido; me atiende, une sus esfuerzos a los míos para devolver a Saint-Ange a la vida… ¡Ay!, todo es inútil. Salimos de aquel fatal aposento, cerramos la puerta con cuidado, nos llevamos la llave, volamos al instante a París, a casa de M. de Saint-Prat… Hago que le despierten, le entrego la llave de aquel funesto cuarto, le cuento mi horrible aventura; él me compadece, me consuela y, aunque está enfermo, se dirige al punto a casa de *Mme.* de Lérince. Como aquella casa de campo estaba muy cerca de París, bastó la noche para todas estas gestiones; mi protector llega a casa de su pariente en el momento en que se levantaban y cuando nada había traslucido. Nunca, ni padres ni amigos, se portaron mejor que en aquella circunstancia; lejos de imitar a esas gentes estúpidas o feroces que en tales crisis no saben hacer otra cosa que propalar cuanto puede mancillar o hacer desgraciados, tanto a sí mismos como a lo que les rodea, apenas si los criados se enteraron de lo que había ocurrido.

—Pues bien, señor —dijo aquí *Mlle.* Florville, interrumpiéndose a causa de las lágrimas que la ahogaban—, ¿os casaréis ahora con una mujer capaz de tal asesinato? ¿Soportaríais en vuestros brazos una criatura que ha merecido el rigor de las leyes, una desdichada, en fin, a quien su crimen atormenta sin cesar, que no ha tenido una noche tranquila desde ese cruel momento? No, señor, no hay ni una sola en que mi desgraciada víctima no se haya presentado a mí inundada de la sangre que yo arranqué a su corazón.

—Calmaos, señorita, calmaos, os lo ruego —dijo M. de Courval mezclando sus lágrimas a las de esta interesante mujer—; con el alma sensible que habéis recibido de la naturaleza, concibo vuestros remordimientos; pero no hay siquiera apariencia de crimen en esa fatal aventura; es una desgracia horrible, sin duda, pero sólo eso; nada premeditado, nada atroz, el solo deseo de sustraeros al más odioso atentado… un crimen, en una palabra, hecho por azar, al defenderse… Tranquilizaos, señorita, tranquilizaos, pues, lo exijo; el más severo de los tribunales no haría sino enjugar vuestras lágrimas. ¡Oh, cuánto os habéis engañado si habéis temido que semejante suceso os haga perder en mi corazón todos los derechos que vuestras cualidades os aseguran en él! No, no, bella Florville, esa ocasión, lejos de deshonraros, revela a mis ojos el esplendor de vuestras virtudes; no os hace sino más digna de encontrar una mano consoladora que os haga olvidar vuestros

pesares.

—Lo que vos tenéis la bondad de decirme —replicó *Mlle.* de Florville—, me lo dijo igualmente M. de Saint-Prat; pero las excesivas bondades de uno y otro no ahogan los reproches de mi conciencia; nada calmará nunca sus remordimientos. No importa, prosigamos, señor, debéis de estar inquieto por el desenlace de todo esto.

La señora de Dulfort quedó afligida, sin duda; aquel joven, muy interesante por sí mismo, le había sido recomendado más particularmente para no deplorar su pérdida; pero sintió las razones del silencio, vio que el escándalo, perdiéndome a mí, no devolvería la vida a su protegido, y se calló. La señora de Lérince, pese a la severidad de sus principios, y a la excesiva regularidad de sus costumbres, se comportó aún mejor, si cabe, porque la prudencia y la humanidad son los caracteres distintivos de la verdadera piedad. Primero hizo público en la casa que yo había cometido la locura de querer volver a París durante la noche para gozar del frescor del tiempo; que ella estaba perfectamente enterada de aquella pequeña extravagancia; que, por lo demás, yo había hecho muy bien, que su propio plan era ir a cenar a la ciudad aquella misma noche; con este pretexto envió allí a todos sus criados. Una vez sola con M. de Saint-Prat y su amiga, mandaron a buscar al cura; el pastor de *Mme.* de Lérince debía de ser un hombre tan prudente y tan esclarecido como ella; entregó sin dificultad un atestado en regla a *Mme.* de Dulfort, y él mismo enterró en secreto, con dos de sus criados, a la desgraciada víctima de mi furor.

Cumplidos estos cuidados, todo el mundo reapareció; todas las partes juraron secreto, y M. de Saint-Prat vino a calmarme, informándome de cuanto acababa de hacerse para sepultar mi falta en el más profundo olvido. Pareció desear que volviese a mi vida ordinaria en casa de *Mme.* de Lérince… ella estaba dispuesta a recibirme… Yo no pude soportarlo; entonces él me aconsejó distraerme. La señora de Verquin, con la que nunca había dejado de tratarme, como os he dicho, señor, me incitaba siempre a ir a pasar unos meses con ella; hablé de este proyecto a su hermano, él lo aprobó, y, ocho días después, partí para Lorena; pero el recuerdo de mi crimen me perseguía por todas partes, nada conseguía calmarme.

Me despertaba en medio del sueño, creyendo oír aún los gemidos y los gritos de aquel desventurado Saint-Ange; lo veía ensangrentado a mis pies reprochándome mi barbarie, asegurándome que el recuerdo de aquella horrorosa acción me perseguiría hasta mis últimos instantes, y que yo no conocía el corazón

que había desgarrado.

Una noche, entre otras, Senneval, aquel infortunado amante al que yo no había olvidado, puesto que sólo él me arrastraba aún a Nancy… Senneval me mostraba dos cadáveres al mismo tiempo, el de Saint-Ange y el de una mujer desconocida para mí[25]; él derramaba sobre los dos sus lágrimas, y me mostraba, no lejos de aquel lugar, un ataúd erizado de espinas que parecía abrirse para mí… Me desperté en medio de una agitación espantosa; mil sentimientos confusos se elevaron entonces en mi alma, una voz secreta parecía decirme: Sí, mientras respires, esta desventurada víctima te arrancará lágrimas de sangre que cada noche serán más abrasadoras; y el aguijón de tus remordimientos se aguzará sin cesar en lugar de embotarse.

Ése fue el estado en que llegué a Nancy, señor; mil nuevos pesares me esperaban; cuando una vez la mano del destino insiste sobre nosotros, sus golpes, redoblándose, nos aplastan.

Iba a alojarme en casa de *Mme.* de Verquin, me lo había rogado en su última carta, y era para ella, según decía, un placer volver a verme; pero ¡en qué situación, justo cielo! ¡Las dos íbamos a disfrutar de aquella alegría! Estaba en el lecho de muerte cuando yo llegué; quién me lo hubiera dicho, ¡gran Dios! Hacía quince días que me había escrito… que me hablaba de sus placeres presentes, y que me anunciaba los próximos… Y he ahí lo que son los proyectos de los mortales; en el momento en que los forman, y en medio de sus diversiones, la despiadada muerte viene a cortar el hilo de sus días; y, viviendo sin ocuparse nunca de ese instante fatal, viviendo como si debieran existir siempre, desaparecen en esa nube oscura de la inmortalidad, ¡inciertos de la suerte que les espera!

Permitid, señor, que interrumpa un momento el relato de mis aventuras para hablaros de esta pérdida, y para describiros el espantoso estoicismo que acompañó a aquella mujer a la tumba.

La señora de Verquin, que ya no era joven (tenía por entonces cincuenta y dos años), tras una excursión impropia para su edad, se echó al agua para refrescarse; se encontró mal, la llevaron a casa en un estado horrible, y al día siguiente se le declaró una fluxión de pecho; al sexto día se le anunció que apenas tenía veinticuatro horas de vida. Aquella noticia no la asustó; sabía que yo iba a ir; encomendó que me recibieran: llego yo, y, según la sentencia del médico, era esa misma noche cuando debía morir. Se había hecho instalar en una habitación amueblada con todo el lujo y la elegancia posibles; allí estaba acostada, apenas

vestida, sobre una cama voluptuosa cuyas cortinas, de grueso Tours[88] lila, estaban graciosamente levantadas por guirnaldas de flores naturales; ramilletes de claveles, de jazmines, de tuberosas y de rosas adornaban todos los rincones de su habitación, las deshojaba en una canastilla, cubría con ellas tanto su habitación como su cama… Me tiende la mano en cuanto me ve…

—Acércate, Florville —me dijo—, abrázame en mi lecho de flores… Qué alta y qué hermosa te has vuelto… ¡Oh, de veras, hija mía!, la virtud te sienta tan bien… ¿Te han dicho mi estado… te lo han dicho, Florville?… También yo lo sé… dentro de pocas horas no viviré; no habría creído volver a verte para tan poco tiempo…

Y cuando vio mis ojos cubrirse de lágrimas me dijo:

—Vamos, loca, no seas niña… ¿Me crees acaso muy desgraciada? ¿No he gozado tanto como ninguna otra mujer en el mundo? No pierdo sino los años en que hubiera tenido que renunciar a los placeres, ¿y qué hubiera hecho yo sin ellos? De veras, no me quejo de no haber vivido de vieja; dentro de un tiempo, ningún hombre hubiera querido nada de mí, y nunca quise vivir más que lo suficiente para no inspirar repugnancia. La muerte sólo es de temer, hija mía, para los que creen; siempre entre el infierno y el paraíso, inciertos de cuál se abrirá para ellos, esa ansiedad les aflige. Para mí, que no espero nada, para mí, que estoy totalmente segura de no ser más desgraciada después de mi muerte de lo que lo era antes, en vida, voy a dormir tranquilamente en el seno de la naturaleza, sin pena ni dolor, sin remordimientos ni inquietud. He pedido que me pongan bajo mi cenador de jazmines; ya están preparando allí mi sitio; allí estaré, Florville, y los átomos emanados de este cuerpo destruido servirán para nutrir… para hacer germinar la flor que más amo de todas. Mira —continuó ella jugueteando con un ramo de esa planta sobre mis mejillas—, el año que viene, cuando huelas estas flores, respirarás en su seno el alma de tu antigua amiga; al lanzarse hacia las fibras de tu cerebro, te proporcionarán bellas ideas, te forzarán a pensar todavía en mí.

Mis lágrimas volvieron a abrirse un nuevo cauce… Estreché las manos de aquella desventurada mujer, y quise cambiar aquellas espantosas ideas de materialismo por algunos pensamientos menos impíos; pero en cuanto hube apuntado este deseo, *Mme.* de Verquin me rechazó con horror…

—¡Oh, Florville! —exclamó—, no envenenes, te lo ruego, mis últimos días con tus errores, y déjame morir tranquila; no ha sido para adoptarlos a la hora de mi muerte por lo que los he detestado toda mi vida…

Me callé; qué hubiera conseguido mi escasa elocuencia frente a tanta firmeza. Hubiera afligido a *Mme.* de Verquin sin convertirla, la humanidad se oponía a ello. Ella llamó, y al punto oí un concierto dulce y melodioso, cuyos sones parecían salir de un gabinete vecino.

—Así es como quiero morir —dijo aquella epicúrea—. ¿No es mejor esto, Florville, que rodeada de curas, que llenarían mis últimos momentos de angustia, alarma y desesperación?… No, quiero enseñar a tus devotos que, sin parecerse a ellos, se puede morir tranquila, quiero convencerles de que no es religión lo que hace falta para morir en paz, sino sólo valor y razón.

La hora avanzaba; entró un notario, ella le había mandado llamar; cesa la música; dicta sus últimas voluntades; sin hijos, viuda desde hacía varios años, y por consiguiente dueña de muchas cosas, hizo legados a sus amigos y a sus criados. Luego sacó un cofrecito de un secreter situado junto a su cama.

—Esto es lo que ahora me queda —dijo—; un poco de dinero en metálico y algunas joyas. Divirtámonos el resto de la velada; somos seis en mi cuarto; voy a hacer seis lotes con esto, será una lotería, echaréis a suertes entre vosotros y cogeréis lo que os haya tocado.

Yo no daba crédito a la sangre fría de aquella mujer; me parecía increíble tener tantas cosas que reprocharse y llegar al último momento con semejante calma, funesto efecto de la incredulidad. Si el fin horrible de algunos malvados me hace estremecerme, ¿cuánto más no debe espantar un endurecimiento tan constante?

Mientras, se hace lo que ella desea; manda servir una colación magnífica, come de varios platos, bebe vino español y licores, tras haberle dicho el médico que en el estado en que se encuentra da igual.

Se sortea la lotería; nos toca a cada uno cerca de cien luises, en oro o en joyas. Apenas terminado este breve juego sufrió una crisis violenta.

—¡Bien!, ¿llega la hora? —le dijo al médico, siempre con la serenidad más entera.

—Eso me temo, señora.

—Ven, pues, Florville —me dijo ella tendiéndome los brazos—, ven a recibir mi último adiós, quiero expirar en el seno de la virtud…

Me estrecha fuertemente contra ella, y sus hermosos ojos se cierran para siempre.

Extraña en aquella casa, sin nada que pudiera retenerme allí, salí de inmediato… Os dejo que imaginéis en qué estado… ¡y cuánto seguía ensombreciendo aquel espectáculo mi imaginación!

Había demasiada distancia entre la forma de pensar de *Mme.* de Verquin y la mía para que yo pudiese amarla muy sinceramente: ¿no era ella, además, la causa primera de mi deshonra y de todos los reveses que la habían seguido? Sin embargo, aquella mujer, hermana del único hombre que realmente se preocupó por mí, no había tenido nunca sino un proceder excelente conmigo, incluso al expirar seguía colmándome; mis lágrimas fueron, pues, sinceras, y su amargura aumentó al pensar que, con excelentes cualidades, aquella miserable criatura se había perdido involuntariamente, y que, rechazada ya del seno del Eterno, sufría cruelmente sin duda las penas debidas a una vida tan depravada. La bondad suprema de Dios vino, no obstante, a ofrecérseme para calmar aquellas desoladoras ideas; me puse de rodillas, me atreví a rogar al Ser de los seres que perdonase a aquella desventurada. Yo, que tanta necesidad tenía de la misericordia del cielo, me atreví a implorarle por otros, y, para influirle en cuanto de mí podía depender, uní diez luises de mi dinero al lote ganado en casa de *Mme.* Verquin, e hice distribuir en el acto esa cantidad entre los pobres de su parroquia.

Por lo demás, las intenciones de aquella infortunada fueron seguidas puntualmente; había adoptado acuerdos demasiado seguros para que pudieran fallar: fue depositada en su bosquecillo de jazmines, sobre el que había grabada una sola palabra; VIXIT.

Así murió la hermana de mi amigo más querido. Llena de inteligencia y de conocimientos, llena de gracias y de talentos, *Mme.* de Verquin hubiera podido, con otra conducta, merecer la estima y el amor de todo el que la hubiera conocido: no consiguió más que el desprecio. Sus desórdenes aumentaban al envejecer; nunca es uno más peligroso, cuando no se tienen principios, que a la edad en que deja uno de ruborizarse: la depravación gangrena el corazón, los primeros defectos se afinan, e insensiblemente se llega al crimen, pensando todavía no estar más que en los errores. Pero la increíble ceguera de su hermano no dejó de sorprenderme; tal es la señal distintiva del candor y de la bondad; las gentes honradas no sospechan nunca el mal del que ellos mismos son incapaces, y por eso son víctimas tan fáciles del primer bandido que se apodera de ellos, y de ahí viene que sea tan fácil y tan escasamente glorioso engañarlos. El insolente bribón que lo intenta no

trabaja sino en envilecerse, y sin haber probado siquiera su talento para el vicio, no ha prestado más que esplendor a la virtud.

Al perder a *Mme.* de Verquin, perdía toda esperanza de saber nuevas de mi amante y de mi hijo; como bien supondréis no había osado hablarle de ello en el horrible estado en que la había visto.

Aniquilada por esta catástrofe, muy fatigada de un viaje hecho en una situación cruel de espíritu, decidí descansar algún tiempo en Nancy, en el albergue en que me había alojado, sin ver absolutamente a nadie, puesto que M. de Saint-Prat había parecido desear que disimulara allí mi nombre. Fue desde allí desde donde escribí a mi querido protector, decidida a no partir sino después de su respuesta.

Una desgraciada muchacha que no es nada vuestro, señor —le decía—, *que ya no tiene derecho a vuestra piedad, perturba eternamente vuestra vida; en lugar de hablaros sólo del dolor en que debéis estar por la pérdida que acabáis de sufrir, osa hablaros de ella, pediros vuestras órdenes y esperarlas, etc*.

Pero estaba escrito que la desgracia me seguiría a todas partes y que sería perpetuamente o testigo o víctima de sus siniestros efectos.

Volvía una noche, bastante tarde, de tomar el aire con mi doncella; no me acompañaban más que esa joven y un lacayo de alquiler, que había tomado al llegar a Nancy. Todo el mundo estaba ya acostado. En el momento de entrar en mi cuarto, una mujer de unos cincuenta años, alta, muy hermosa todavía, a la que conocía de vista, porque me alojaba en el mismo piso que ella, sale de pronto de su habitación, contigua a la mía, y se arroja, armada de un puñal, en otro cuarto frontero… La acción lógica es mirar… Vuelo… mis criados me siguen; en un abrir y cerrar de ojos, sin que tengamos tiempo de llamar ni de socorrer… vemos a aquella miserable precipitarse sobre otra mujer, hundirle veinte veces su arma en el corazón, y volver a su cuarto delirando, sin haber podido descubrirnos. Al principio creimos que aquella mujer se había vuelto loca; no podíamos comprender un crimen para el que no descubríamos ningún motivo; mi doncella y mi criado quisieron gritar; un impulso más imperioso, cuya causa no pude adivinar, me obligó a hacerles callar, a cogerles del brazo, y a arrastrarlos conmigo a mi cuarto, donde nos encerramos inmediatamente.

Pronto se dejó oír un tremendo barullo; la mujer a la que acababan de apuñalar se había arrojado, como había podido, a las escaleras, lanzando

espantosos aullidos; antes de expirar había tenido tiempo de nombrar a la que la asesinaba; y, como se supo que nosotros éramos los últimos que habían vuelto al albergue, fuimos detenidos al mismo tiempo que la culpable. Como sobre nosotros no dejaban ninguna duda las confesiones de la moribunda, se contentaron con hacernos saber que no podíamos salir del albergue hasta la conclusión del proceso. La criminal, arrastrada a prisión, no confesó nada, y se defendió con firmeza. No había más testigos que mis criados y yo: hubimos de comparecer… hubimos de hablar, hubimos de ocultar con cuidado aquella turbación que me devoraba en secreto… a mí, que merecía la muerte como aquella a la que mis declaraciones forzosas iban a llevar al suplicio, porque, en circunstancias más o menos semejantes, yo era culpable de un crimen parecido. No sé lo que habría dado por evitar aquellas crueles declaraciones; al dictarlas, me parecía que arrancaban tantas gotas de sangre de mi corazón como palabras profería. Sin embargo, hubo que decirlo todo; confesamos lo que habíamos visto. Por más convicción que hubiera, por otra parte, sobre el crimen de aquella mujer, cuya historia consistía en haber asesinado a su rival, por más seguros, digo, que estuvieran de aquel delito, luego supimos positivamente que sin nosotros hubiera sido imposible condenarla, porque en la aventura había un hombre comprometido que escapó y del que bien se habría podido sospechar. Pero nuestras confesiones, la del lacayo de alquiler, sobre todo, que resultó ser hombre de la posada… hombre vinculado a la casa en que había ocurrido el crimen… aquellas crueles declaraciones a las que no podíamos negarnos sin comprometernos decretaron la muerte de la infortunada.

En mi última confrontación, aquella mujer, examinándome con el mayor sobrecogimiento, me preguntó mi edad.

—Treinta y cuatro años, le dije.

—¿Treinta y cuatro años? ¿Y sois de esta provincia?

—No, señora.

—¿Os llamáis Florville?

—Sí —respondí—, así es como me llaman.

—No os conozco —prosiguió—; pero sois honesta, estimada, según dicen, en esta ciudad; para mí, desgraciadamente, con eso basta…

Luego, continuando con turbación:

—Señorita, un sueño os ha ofrecido a mí en medio de los horrores en que me veis; estabais en él con mi hijo… porque soy madre y desventurada, como veis… teníais el mismo rostro… la misma talla… el mismo traje… y el cadalso estaba ante mis ojos…

—¡Un sueño! —exclamé yo—… ¡Un sueño, señora!

Y presentándose el mío al punto a mi mente, los rasgos de aquella mujer me sorprendieron; la reconocí por aquella que se había presentado a mí con Senneval, cerca del ataúd erizado de espinas… Mis ojos se inundaron de llanto. Cuanto más miraba a aquella mujer, más tentada estaba de desdecirme… Quería pedir la muerte en su lugar… quería huir, y no podía arrancarme… Cuando se vio el horroroso estado en que ella me ponía, como estaban persuadidos de mi inocencia, se contentaron con separarnos. Yo volví a mi cuarto anonadada, abrumada por mis diversos sentimientos cuya causa no podía distinguir; y al día siguiente aquella miserable fue llevada a la muerte.

El mismo día recibí la respuesta de M. de Saint-Prat; me incitaba a volver. Como Nancy no debía de serme muy agradable tras las funestas escenas que acababa de ofrecerme, la abandoné inmediatamente y me encaminé hacia la capital, perseguida por el nuevo fantasma de aquella mujer, que parecía gritarme a cada instante: *Eres tú, desventurada, eres tú quien me envía a la muerte, y no sabes a quién arrastra a ella tu mano.*

Trastornada por tantas desgracias, perseguida por tantos pesares, rogué a M. de Saint-Prat que me buscase algún retiro donde pudiera acabar mis días en la soledad más profunda y en los deberes más rigurosos de mi religión. Me propuso aquel en que me habéis hallado, señor; me establecí allí esa misma semana, sin volver a salir más que para venir a ver dos veces al mes a mi querido protector, y para pasar algunos instantes en casa de *Mme.* de Lérince. Pero el cielo, que quiere propinarme cada día golpes sensibles, no me dejó gozar largo tiempo de esta última amiga: tuve la desgracia de perderla el año pasado; su ternura conmigo no quiso que me separase de ella en sus crueles instantes, y fue asimismo en mis brazos donde rindió los últimos suspiros.

Mas ¿quién lo hubiera pensado, señor? Su muerte no fue tan tranquila como la de *Mme.* de Verquin. Ésta, al no haber esperado nunca nada, no temió perderlo todo; la otra pareció estremecerse al ver desaparecer el objeto cierto de su esperanza. Ningún remordimiento me había sorprendido en la mujer a la que debían asaltar en tropel; la que nunca se había puesto en situación de tenerlos, los

concibió. Al morir, *Mme.* de Verquin no lamentaba sino no haber hecho suficiente mal; *Mme.* de Lérince expiraba arrepentida del bien que no había hecho. La una se cubría de flores, deplorando sólo la pérdida de sus placeres; la otra quiso morir sobre una cruz de cenizas, desolada por el recuerdo de las horas que no había ofrecido a la virtud.

Estas contradicciones me sorprendieron; cierto relajamiento se apoderó de mi alma. ¿Por qué, me dije, en tales instantes no es la calma el patrimonio de la prudencia, cuando parece serlo el de la mala conducta? Pero fortalecida al instante por una voz celeste que parecía tronar en el fondo de mi corazón, exclamé: ¿Me corresponde a mí sondear las voluntades del Eterno? Lo que veo me asegura un mérito más: los terrores de *Mme.* de Lérince son las solicitudes de la virtud, la cruel apatía de *Mme.* de Verquin no es más que el último extravío del crimen. ¡Ah!, si puedo elegir mis últimos instantes, que Dios me conceda la gracia de aterrorizarme como la una antes que aturdirme a ejemplo de la otra.

Tal es, finalmente, la última de mis aventuras, señor. Hace dos años que vivo en la Asunción, donde me colocó mi bienhechor; sí, señor, hace dos años que vivo allí, sin que aún haya tenido un instante de reposo, sin que haya pasado una sola noche sin que la imagen de aquel infortunado de Saint-Ange, y aquella otra de la desventurada que hice condenar en Nancy, no se hayan presentado a mis ojos. Éste es el estado en que me habéis encontrado, éstas son las cosas secretas que tenía que revelaros: ¿No era mi deber decíroslas antes de ceder a sentimientos que os engañan? Ved si ahora es posible que yo pueda ser digna de vos…, ved si aquella cuya alma está desconsolada de dolor puede aportar algunas alegrías a los instantes de vuestra vida. ¡Ah!, creedme, señor, dejad de haceros ilusiones; dejadme volver al retiro severo que es el único que me conviene; me arrancáis de él sólo para tener perpetuamente ante vos el espectáculo horroroso del remordimiento, del dolor y del infortunio.

La señorita de Florville no había terminado su historia sin dejar de encontrarse en una violenta agitación. Vivaz, sensible y delicada por naturaleza, era imposible que el relato de sus desgracias no le hubiera afectado considerablemente.

El señor de Courval, que en los últimos sucesos de aquella historia no veía, más que en los primeros, razones plausibles que debieran alterar sus proyectos, hizo cuanto estaba en su mano para calmar a aquella que amaba.

—Os lo repito, señorita —le decía—, hay cosas fatales y singulares en lo que

acabáis de hacerme saber; pero no veo ni una sola que pueda alarmar vuestra conciencia ni perjudicar vuestra reputación… Un amorío a los dieciséis años… de acuerdo, pero ¡cuántas excusas no tenéis para vos! Vuestra edad, las seducciones de *Mme.* de Verquin… un joven quizá muy amable… al que nunca habéis vuelto a ver, ¿no es eso, señorita? —continuó M. de Courval con cierta inquietud—… al que verosímilmente no volveréis a ver jamás.

—¡Oh!, jamás, con total seguridad —respondió Florville adivinando los motivos de inquietud de M. de Courval.

—Pues bien, señorita, concluyamos —prosiguió éste—, terminemos, os lo ruego, y dejadme convenceros lo antes posible de que nada hay en el relato de vuestra historia que pueda aminorar en el corazón de un hombre honrado, ni la extrema consideración debida a tantas virtudes, ni el homenaje exigido por tantos atractivos.

La señorita de Florville pidió permiso para volver aún a París para consultar a su protector por última vez, prometiendo que ningún obstáculo nacería por supuesto de su lado. El señor de Courval no pudo negarse a este honesto deber; ella partió y volvió al cabo de ocho días con Saint-Prat. El señor de Courval colmó a este último de atenciones; le testimonió, de la manera más sensible, cuán halagado estaba por unirse a aquella a quien él se dignaba proteger, y le suplicó que siguiese otorgando el título de pariente suyo a aquella amable persona. Saint-Prat respondió como debía a las atenciones de M. de Courval, y continuó dándole las opiniones más ventajosas del carácter de *Mlle.* de Florville.

Por fin, llegó el día tan deseado por Courval. Se celebró la ceremonia y, durante la lectura del contrato, quedó muy sorprendido cuando vio que, sin habérselo advertido nadie, M. de Saint-Prat había hecho añadir, en favor de aquel matrimonio, cuatro mil libras de renta más a la pensión de igual suma que ya le dejaba a *Mlle.* de Florville, y un legado de cien mil francos a su muerte.

Aquella interesante muchacha derramó abundantes lágrimas al ver las nuevas bondades de su protector, y se encontró halagada en el fondo por poder ofrecer a quien tenía a bien pensar en ella una fortuna por lo menos igual a la que éste poseía.

La amenidad, la alegría pura, las promesas recíprocas de estima y de afecto presidieron la celebración de aquel himeneo… de aquel himeneo fatal, cuyas antorchas apagaban secretamente las Furias.

El señor de Saint-Prat pasó ocho días en casa de Courval, así como los amigos de nuestro recién casado; pero los esposos no les siguieron a París; decidieron permanecer hasta la entrada del invierno en su casa de campo, con objeto de poner en sus asuntos el orden necesario para que luego pudieran tener una buena casa en París. El señor de Saint-Prat se encargó de buscarles una agradable vivienda cerca de su casa, a fin de verse más a menudo y, con la esperanza lisonjera de todos estos acuerdos agradables, el señor y la señora de Courval habían pasado ya cerca de tres meses juntos; había incluso certezas de embarazo, que se habían apresurado a comunicar al amable Saint-Prat, cuando un acontecimiento imprevisto vino a alterar la prosperidad de estos felices esposos y a trocar en horrible ciprés las tiernas rosas del himeneo.

Aquí mi pluma se detiene… Debería pedir gracia a los lectores, suplicarles no seguir adelante… Sí… sí, que se detengan ahora mismo si no quieren estremecerse de horror… ¡Triste condición de la humanidad sobre la tierra… crueles efectos de la extravagancia del destino! ¿Por qué es preciso que la desventurada Florville, que el ser más virtuoso, más amable y más sensible, resulte, por un inconcebible encadenamiento de fatalidades, el monstruo más abominable que haya podido crear la naturaleza?

Cierta noche, esta tierna esposa leía junto a su marido una novela inglesa de una perfidia terrible, y que estaba muy de moda por entonces.

—Indudablemente —dijo arrojando el libro—, es una criatura casi tan desgraciada como yo.

—¡Tan desgraciada como tú! —dijo M. de Courval estrechando a su querida esposa en sus brazos—… ¡Oh, Florville, creía que te había hecho olvidar tus desgracias!… ¡Bien veo que me he engañado! ¿Tenías que decírmelo tan duramente?…

Mas la señora de Courval se había vuelto como insensible; no respondió una sola palabra a las caricias de su esposo; por un movimiento involuntario, le rechaza con espanto y va a precipitarse lejos de él sobre un sofá, donde se deshace en lágrimas. En vano aquel honrado esposo se arroja a sus pies, en vano ruega a aquella mujer que idolatra que se calme, o que le haga saber al menos la causa de semejante acceso de desesperación: la señora de Courval continúa rechazándole, apartándose cuando él quiere enjugar sus lágrimas, hasta el punto de que Courval, no dudando ya de que un recuerdo funesto del antiguo pasado de Florville ha venido a inflamarla de nuevo, no pudo dejar de hacerle algunos reproches. La

señora de Courval los escucha sin responder nada, pero levantándose al fin, le dice a su esposo:

—No, señor, no… os equivocáis interpretando así el acceso de dolor de que acabo de ser presa; no son los recuerdos los que me alarman, son los presentimientos los que me aterrorizan… Me siento feliz con vos, señor… sí, muy feliz… y no nací para serlo; es imposible que lo sea mucho tiempo; la fatalidad de mi estrella es tal que la aurora de la felicidad nunca es para mí otra cosa que el relámpago que precede al rayo… Y eso es lo que me hace temblar; temo que no estemos destinados a vivir juntos. Hoy vuestra esposa, mañana quizá ya no lo sea… Una voz secreta grita en el fondo de mi corazón que toda esta felicidad no es para mí más que una sombra, que va a disiparse como una flor que nace y se apaga en un día. No me acuséis, pues, ni de capricho, ni de enfriamiento, señor; no soy culpable sino de un gran exceso de sensibilidad, de un desgraciado don de ver todas las cosas por el lado más siniestro, secuela cruel de mis reveses…

Y el señor de Courval, a los pies de su esposa, se esforzaba por calmarla con sus caricias, con sus palabras, sin no obstante conseguirlo, cuando de pronto… eran alrededor de las siete de la tarde, en el mes de diciembre… un criado viene a decir que un desconocido pide con insistencia hablar con M. de Courval… Florville se estremece… lágrimas involuntarias surcan sus mejillas, vacila; quiere hablar, su voz expira sobre sus labios.

El señor de Courval, más ocupado por el estado de su mujer que por lo que le notifican, responde agriamente que esperen y vuela en socorro de su esposa; pero *Mme.* de Courval, temiendo sucumbir al secreto impulso que la arrastra… queriendo ocultar lo que experimenta ante el extraño que anuncian, se levanta con fuerza y dice:

—No es nada, señor, no es nada, que le hagan entrar.

El lacayo sale; vuelve al momento, seguido por un hombre de treinta y siete a treinta y ocho años, que lleva marcadas en su fisonomía, por otra parte agradable, las señales de la pesadumbre más inveterada.

—¡Oh, padre mío! —exclama el desconocido arrojándose a los pies de M. de Courval—, ¿reconoceréis al desgraciado hijo separado de vos hace veintidós años, demasiado castigado de sus crueles faltas por los reveses que no han cesado de abrumarle desde entonces?

—¿Cómo? ¿Vos mi hijo?… ¡Gran Dios!… ¿Qué acontecimiento… ingrato, puede haberte hecho recordar mi existencia?

—Mi corazón… este corazón culpable que no dejó, sin embargo, nunca de amaros… Escuchadme, padre mío… escuchadme, tengo desgracias mayores que las mías que revelaros; dignaos sentaros y oírme, y vos, señora —prosiguió el joven Courval, dirigiéndose a la esposa de su padre—, perdonad si, en la primera vez en mi vida que os rindo mi homenaje, me encuentro obligado a descubrir ante vos horribles desgracias de familia que ya no es posible ocultar a mi padre.

—Hablad, señor, hablad —dijo *Mme.* de Courval balbuciendo y lanzando una mirada extraviada sobre aquel joven—; el lenguaje de la desgracia no es nuevo para mí, lo conozco desde mi infancia.

Y nuestro viajero, mirando entonces fijamente a *Mme.* de Courval, le responde con una especie de turbación involuntaria:

—¿Vos desgraciada… señora?… ¡Oh, santo cielo!, ¿podéis serlo tanto como nosotros?

Se sientan… El estado de *Mme.* de Courval sería imposible de describir… clava los ojos sobre aquel caballero… vuelve a hundirlos en el suelo… suspira con agitación… El señor de Courval llora, y su hijo trata de calmarle, suplicándole que le preste atención. Finalmente, la conversación toma un giro más moderado.

—Tengo tantas cosas que deciros, señor —dice el joven Courval—, que me permitiréis suprimir los detalles para no haceros saber más que los hechos; y exijo vuestra palabra, así como la de la señora, de no interrumpirme hasta que haya acabado de exponéroslos.

»Os dejé a la edad de quince años, señor; mi primer impulso fue seguir a mi madre, a quien yo tenía la ceguera de preferiros; ella se había separado de vos hacía muchos años. Me reuní con ella en Lyon, donde sus desórdenes me espantaron hasta tal punto que, para conservar el resto de los sentimientos que le debía, me vi obligado a huir de ella. Pasé a Estrasburgo, donde se encontraba el regimiento de Normandía…

La señora de Courval se emociona, pero se contiene.

—Inspiré algún interés al coronel —prosiguió el joven Courval—, me di a conocer a él, me dio una subtenencia: al año siguiente le acompañé al regimiento

de guarnición a Nancy; allí me enamoré de una pariente de *Mme.* de Verquin… seduje a aquella joven, tuve un hijo de ella, y abandoné cruelmente a la madre.

A estas palabras, *Mme.* de Courval se estremeció, un gemido sordo se exhaló de su pecho, pero continuó mostrándose firme.

—Esa desgraciada aventura ha sido la causa de todas mis desdichas. Dejé al hijo de aquella infortunada señorita en casa de una mujer, cerca de Metz, que me prometió cuidar de él, y volví, algún tiempo después, a mi regimiento. Me reprocharon mi conducta; al no haber podido reaparecer la señorita en Nancy, me acusaron de haber provocado su perdición; demasiado amable para no haber interesado a toda la ciudad, encontró allí vengadores; me batí, maté a mi adversario, y pasé a Turín con mi hijo, al que volví a buscar cerca de Metz. Serví doce años con el rey de Cerdeña. No os hablaré de las desventuras que allí sufrí, son innumerables. Es al dejar Francia cuando se aprende a echarla de menos. Mientras tanto, mi hijo crecía, y prometía mucho. Habiendo trabado conocimiento en Turín con una francesa que había acompañado a esa princesa nuestra que se casó en aquella corte, y habiéndose interesado esta respetable persona en mis desventuras, me atreví a proponerle que se llevase a mi hijo a Francia para perfeccionar allí su educación, prometiéndole arreglar mis asuntos lo bastante para ir a retirarlo de sus manos a los seis años. Ella aceptó, se llevó a París a mi desgraciado hijo, no descuidó nada para educarle bien, y me dio muy cumplidamente noticias de él.

»Yo aparecí un año antes de lo que había prometido; llego a casa de esa señora, lleno del dulce consuelo de abrazar a mi hijo, de estrechar en mis brazos aquella prenda de un sentimiento traicionado… pero que aún quemaba mi corazón… Vuestro hijo ya no existe, me dice aquella digna amiga derramando lágrimas; fue víctima de la misma pasión que causó la desgracia de su padre. Le habíamos llevado al campo, allí se enamoró de una mujer encantadora, cuyo nombre he jurado callar. Arrastrado por la violencia de su amor, quiso arrebatar por la fuerza lo que se le negaba por virtud… Un golpe, dirigido únicamente a asustarle, penetró hasta su corazón, y lo derribó muerto.

Aquí, *Mme.* de Courval cayó en una especie de abatimiento que hizo temer durante un instante que estuviera a punto de perder la vida; sus ojos estaban fijos, su sangre ya no circulaba. El señor de Courval, que captaba de sobra la funesta relación de aquellas desventuradas aventuras, interrumpió a su hijo y voló hacia su mujer… Ella se reanima, y con un valor heroico, dice:

—Dejemos proseguir a nuestro hijo, señor, quizá no haya llegado yo al cabo de mis desgracias.

Mientras tanto, el joven Courval, sin comprender nada del pesar de aquella dama por unos hechos que parecían concernirle sólo indirectamente, pero percibiendo algo incomprensible para él en los rasgos de la esposa de su padre, no deja de mirarla completamente emocionado. El señor de Courval coge la mano de su hijo y, distrayendo su atención por Florville, le ordena proseguir, ceñirse sólo a lo esencial y eliminar los detalles, porque estos relatos contienen particularidades misteriosas que se vuelven de poderoso interés.

—Desesperado por la muerte de mi hijo —continúa el viajero—, sin nada que pudiera retenerme en Francia… ¡salvo vos, padre mío!… Mas no osaba acercarme y, huyendo de vuestra cólera, resolví viajar a Alemania… Desventurado autor de mis días, lo que debo deciros todavía es lo más cruel —dijo el joven Courval, rociando de lágrimas las manos de su padre—; me atrevo a suplicaros que os arméis de valor.

Al llegar a Nancy me entero de que una tal *Mme.* Desbarres, ése era el nombre que había adoptado mi madre en sus desórdenes en cuanto os hizo creer en su muerte, me entero, digo, que esa tal *Mme.* Desbarres acaba de ser encarcelada por haber apuñalado a su rival, y que quizá sea ejecutada al día siguiente.

—¡Oh, señor! —exclamó en esto la desventurada Florville, arrojándose en brazos de su marido con lágrimas y gritos desgarradores—… ¡Oh, señor!, ¿veis todas las consecuencias de mis desventuras?

—Sí, señora, veo todo —dijo M. de Courval—, veo todo, señora, pero os ruego que dejéis terminar a mi hijo.

Florville se contuvo, pero apenas respiraba; no tenía ni un solo sentimiento que no estuviera comprometido, ni un solo nervio cuya contracción no fuera espantosa.

—Proseguid, hijo mío, proseguid —dijo aquel desventurado padre—; dentro de un momento os explicaré todo.

—Pues bien, señor —continuó el joven Courval—, me informo si no hay un malentendido en los nombres; pero desgraciadamente era demasiado cierto que aquella criminal era mi madre; pido verla, lo obtengo, caigo en sus brazos… «Muero culpable —me dice aquella infortunada—, pero hay una fatalidad horrible

en el suceso que me conduce a la muerte. Otra persona debía ser sospechosa, lo habría sido, todas las pruebas estaban contra ella: una mujer y sus dos criados, que por azar se encontraban en aquella posada, vieron mi crimen, sin que la preocupación en que me encontraba me permitiera verles; sus declaraciones son las únicas causas de mi muerte. No importa, no perdamos en vanas quejas los pocos instantes en que puedo hablaros; tengo secretos de importancia que deciros, escuchadlos, hijo mío. Cuando mis ojos se hayan cerrado, iréis en busca de mi esposo, le diréis que, de todos mis crímenes, hay uno que jamás supo, y que, finalmente, debo confesar… Tenéis una hermana, Courval… vino al mundo un año después que vos… Yo os adoraba, temí que aquella niña os perjudicase, que, con el propósito de casarla un día, cogiesen para dotarla bienes que debían perteneceros. Para conservarlos enteros, decidí desembarazarme de aquella niña y poner en práctica todo para que mi esposo, en el futuro, no recogiese más frutos de nuestra unión. Mis desórdenes me lanzaron en otros errores, e impidieron la secuela de nuevos crímenes, haciéndome cometer los más espantosos; pero en cuanto a esa niña, me decidí sin ninguna piedad a darle la muerte. Iba a cumplir esa infamia, de acuerdo con la nodriza, a la que compensé ampliamente, cuando aquella mujer me dijo que conocía a un hombre casado hacía muchos años que deseaba todos los días hijos, y que no podía obtenerlos, que ella me desharía del mío sin crimen, y de una forma que quizá la hiciera feliz. Acepté enseguida; mi hija fue llevada esa misma noche a la puerta de aquel hombre con una carta en su cuna. Volad a París cuando yo ya no exista, suplicad a vuestro padre que me perdone, que no maldiga mi memoria y que conserve a esa hija a su lado».

»Tras estas palabras, mi madre me abrazó… trató de calmar la espantosa turbación en que me había arrojado cuanto yo acababa de saber por ella… Oh, padre mío, fue ejecutada al día siguiente. Una enfermedad horrible me empujó a la tumba, he estado dos años entre la vida y la muerte, sin fuerza ni audacia para escribiros. El primer uso de la vuelta de mi salud es venir a postrarme a vuestras rodillas, venir a suplicaros que perdonéis a esa desventurada esposa, y a haceros saber el nombre de la persona en cuya casa tendréis noticias de mi hermana: en casa de M. de Saint-Prat.

El señor de Courval se turba, todos sus sentidos se hielan, sus facultades se anonadan… su estado se vuelve espantoso.

En cuanto a Florville, desgarrada lentamente desde hacía un cuarto de hora, levantándose con la tranquilidad de quien acaba de tomar una decisión, le dice a Courval:

—Pues bien, señor, ¿creéis ahora que pueda existir en el mundo una criminal más horrorosa que la miserable Florville?… Reconóceme, Senneval, reconoce a la vez a tu hermana, a la que sedujiste en Nancy, a la asesina de tu hijo, a la esposa de tu padre, y a la infame criatura que ha llevado a tu madre al cadalso… Sí, señores, ésos son mis crímenes; si dirijo mis ojos a cualquiera de vosotros no veo sino motivo de horror: o veo al amante en mi hermano, o veo a mi esposo en el autor de mis días; y si vuelvo los ojos sobre mí, no veo más que al execrable monstruo que apuñaló a su hijo e hizo morir a su madre. ¿Creéis que el cielo puede tener suficientes tormentos para mí, o suponéis que puedo sobrevivir un instante a las calamidades que atormentan mi corazón? No… sólo me queda un crimen por cometer: el que los vengará a todos.

Y en ese instante, la desgraciada, abalanzándose sobre una de las pistolas de Senneval, se la arranca imperiosamente y se salta la tapa de los sesos, antes de que haya tiempo de poder adivinar su intención. Expira sin pronunciar una palabra más.

El señor de Courval se desmaya; su hijo, absorto por escenas tan horribles, pide ayuda como puede. Florville no la necesitaba: las sombras de la muerte se extendían ya sobre su frente, todos sus rasgos alterados no ofrecían sino la mezcla horrible del trastorno de una muerte violenta y de las convulsiones de la desesperación… Flotaba en medio de su sangre.

Llevaron al señor de Courval a su cama; estuvo dos meses en las últimas. En un estado tan cruel, su hijo fue lo suficientemente afortunado, sin embargo, para que su ternura y sus socorros pudieran devolver a su padre a la vida; pero los dos, tras los golpes del destino tan cruelmente multiplicados sobre su cabeza, decidieron abandonar el mundo. Una soledad severa los ocultó para siempre a los ojos de sus amigos, y allí, en el seno de la piedad y de la virtud, acaban ambos tranquilamente una vida triste y penosa que no fue dada a ninguno de los dos más que para convencerlos, a ellos y a quienes lean esta deplorable historia, que sólo en la oscuridad de la tumba puede el hombre encontrar la calma, que la maldad de sus semejantes, el desorden de sus pasiones y, más que nada, la fatalidad de su suerte le negarán eternamente sobre la tierra.

Abro ante tus ojos el libro de la naturaleza, recorro en él ante ti las páginas más sorprendentes, trato de interesar tus sentidos, de cautivar tu oído para introducir la verdad en tu corazón.

Noches, de Young[26]



RODRIGO

O

LA TORRE ENCANTADA

Cuento alegórico

Rodrigo, rey de España, el más sabio de todos los príncipes en el arte de variar sus placeres, el menos escrupuloso en la forma de procurárselos, y considerando el trono como uno de los medios más seguros para prometerle la impunidad, se atrevió a todo para conseguirlo; y como para alcanzar ese fin sólo necesitaba hacer caer la cabeza de un niño, la desterró sin remordimientos. Pero Anagilda, madre del desventurado Sancho, del que se trataba, y de quien Rodrigo, tío y tutor, también quería convertirse en verdugo, fue lo bastante afortunada para desbaratar la proyectada conjura contra su hijo, y lo bastante astuta para prevenirla. Pasa a África, ofrece a los moros el heredero legítimo del trono de España, les informa del criminal designio que la hace actuar, implora su protección y muere junto con ese desdichado niño cuando estaba a punto de obtenerla[89].

Rodrigo, totalmente liberado de cuanto puede perjudicar su felicidad, Rodrigo, rey, sólo se ocupa de sus placeres; para multiplicar los objetos que deben excitarlos, se le ocurre atraer a su corte a las hijas de todos sus vasallos. Para encubrir sus culpables proyectos, da como pretexto asegurarse su fidelidad mediante rehenes. ¿Se resisten? ¿Reclaman a sus hijas? Pronto culpable de crímenes de Estado, hace pagar esa rebelión con la cabeza, y bajo este cruel reinado, entre la cobardía y la perfidia, no hay término medio.

Entre el número de jóvenes que, gracias a esa estratagema, embellecían la corrompida corte de ese príncipe, Florinda, de unos dieciséis años, sobresalía entre sus compañeras como la rosa en medio de las flores. Era hija del conde Julián, a quien Rodrigo acababa de utilizar en África para oponerse a las negociaciones de Anagilda; pero, como la muerte de don Sancho y de su madre habían vuelto inútiles las operaciones del conde, indudablemente habría podido regresar; y habría vuelto de no ser por la belleza de Florinda. Tan pronto como Rodrigo hubo visto a esta encantadora criatura, comprendió que la vuelta del conde iba a ser un obstáculo a sus deseos; le escribió ordenándole permanecer en África, y, ansioso por gozar de un bien que aquella ausencia parecía asegurarle, sin importarle los

medios para conseguirlo, mandó un día llevar a Florinda al interior de su palacio, y allí, más ansioso por recoger favores que por volverse digno de ellos, Rodrigo, feliz, sólo piensa en otros latrocinios.

Suele ocurrir que quien ultraja olvida rápidamente sus injurias, pero el que acaba de sufrirlas goza por lo menos del derecho a recordarlas.

Desesperada, sin saber cómo informar a su padre de lo que acaba de ocurrirle, Florinda se sirve de una ingeniosa alegoría que los historiadores nos han transmitido. Escribe al conde *que el anillo cuyo cuidado tanto le ha encomendado acaba de ser roto por el propio rey; que habiéndose lanzado sobre ella puñal en mano, el príncipe había roto esa joya cuya pérdida deploraba, y de la que pedía venganza*[90] mas expira de dolor antes de la respuesta.

Sin embargo, el conde había entendido a su hija: había vuelto a España, había implorado a sus vasallos. Le habían prometido servirle, y, de regreso a África, interesa a los moros en la misma venganza; les dice que un rey capaz de semejante horror es con toda seguridad fácil de vencer; les demuestra la debilidad de España, les pinta su despoblación, el odio de los súbditos a su amo; por último, esgrime todos los medios que le sugiere su corazón vivamente ulcerado, y no dudan en ayudarle.

El emperador Muza[91], que por aquel entonces reinaba en aquella comarca de África, hizo pasar primero, sin ruido, un pequeño contingente de tropas, a fin de verificar lo que anunciaba el conde. Estas tropas se unen a los vasallos irritados de ese señor, reciben ayuda de ellos e inmediatamente son reforzados por nuevas tropas con las que Muza cree que debe asegurar sus planes. Sin darse cuenta, España se llena de africanos, y Rodrigo todavía está en lugar seguro. Por otra parte, ¿qué podría hacer? No tiene soldados, ni siquiera una plaza fuerte: todas habían sido desmanteladas para privar a los españoles de asilos en los que hubieran podido refugiarse frente a las vejaciones del príncipe; para colmo de desgracia, ni un céntimo en sus cofres.

Mientras, el peligro aumenta; el desdichado monarca está en vísperas de ser derrocado de su trono. Recuerda entonces un monumento antiguo, en los alrededores de Toledo, que llamaban *la Tone encantada*; la opinión del vulgo suponía que contenía tesoros; vuela el príncipe con el propósito de apoderarse de ellos, pero en aquel tenebroso reducto no se puede entrar: una puerta de hierro provista de mil cerraduras defiende tan bien el pasaje que ningún mortal había podido penetrar todavía en él; en lo alto de esa temible puerta se lee en caracteres

griegos: *No te acerques si temes la muerte*. Rodrigo no está asustado: para él se trataba de sus Estados, cualquier otra esperanza de encontrar fondos le ha sido quitada; manda echar abajo las puertas, y sigue adelante.

En el segundo escalón, ante él aparece un gigante espantoso que, dirigiendo la punta de su espada al estómago de Rodrigo, le grita:

—¡Detente!; si quieres ver estos lugares, ven solo; que nadie te siga…

—¡Qué me importa! —dice Rodrigo avanzando y dejando su séquito—; necesito socorros o la muerte.

—Quizá encuentres los dos —responde el espectro, y la puerta se cierra con estrépito.

Sin que el gigante que le precede le dirija una sola palabra, el rey continúa avanzando. Al cabo de más de ochocientos escalones, llegan por fin a un gran salón iluminado por un número infinito de antorchas. Todos los desdichados sacrificados por Rodrigo se hallaban reunidos en aquella sala; y allí, cada uno sufría el suplicio al que había sido condenado.

—¿Reconoces a estos infortunados? —dice el gigante—. A veces los crímenes de los déspotas deberían ofrecerse así a sus miradas; los segúndos les hacen olvidar los primeros: nunca ven más que uno a la vez… Presentados así, todos juntos, tal vez les harían estremecerse. Contempla los riachuelos de sangre derramados por tu mano sólo para servir a tus pasiones; con una palabra puedo volver libres a todos estos desdichados; con una palabra puedo entregarte a ellos.

—Haz lo que quieras —dice el altivo Rodrigo—; no he llegado tan lejos para temblar.

—Sígueme entonces —continúa el gigante—, ya que tu valor iguala tus maldades.

De allí pasa Rodrigo a una segunda sala, donde su guía le muestra todas las jóvenes deshonradas por sus cobardes placeres. Unas se mesaban los cabellos, otras trataban de apuñalarse; algunas, después de darse muerte, nadaban en las olas de su propia sangre. Del seno de estas infortunadas el monarca ve alzarse a Florinda, tal como era el día que la violó…

—Rodrigo —le grita—, tus espantosos crímenes han atraído a tu reino a los

enemigos; mi padre me venga, pero no me devuelve ni el honor ni la vida, he perdido los dos; sólo tú eres la causa; todavía me verás una vez más, Rodrigo, pero teme ese fatal instante, será el último de tu vida; sólo a mí está reservada la gloria de todas las desdichadas que ves.

El orgulloso español vuelve la cabeza y pasa con su guía a una tercera sala.

En medio de aquella estancia había una enorme estatua que representaba al Tiempo; iba armada con una maza, y golpeaba la tierra cada minuto con un fragor tan espantoso que todo el recinto era violentamente sacudido.

—¡Miserable príncipe! —exclamó aquella estatua—, tu mal destino te trae a estos lugares; entérate al menos de la verdad: sabe que pronto serás desposeído por naciones extranjeras, a fin de que seas castigado por tus crímenes.

Al momento la escena cambia, las bóvedas desaparecen; Rodrigo las franquea; un poder aéreo, que no ve, lo transporta, al lado de su guía, hasta lo alto de las torres de Toledo.

—Contempla tu destino —le dice el gigante.

Lanzando sus miradas hacia los campos, el príncipe ve a los moros luchando contra sus gentes, y éstas tan derrotadas que casi no ve más que hombres huyendo.

—¿Qué decides después de este espectáculo? —pregunta el gigante al rey.

—Quiero ir de nuevo a la torre —dice el orgulloso Rodrigo—; quiero llevarme los tesoros que encierra, y volver a tentar a la fortuna, cuyos reveses no me hace temer esta visión.

—Consiento en ello —dice el espectro—; sin embargo, reflexiona: te quedan pruebas espantosas, y ya no me tendrás para darte alientos.

—Lo intentaré todo —dijo Rodrigo.

—De acuerdo —respondió el gigante—, pero recuerda que, incluso triunfando en todo, incluso llevándote los tesoros que buscas, no tendrás asegurada la victoria.

—Qué importa —dijo Rodrigo—, mucho menos lo estará si no puedo poner en pie un ejército y si soy atacado sin poder defenderme.

Dicho esto, en un abrir y cerrar de ojos, se encuentra con su guía en el fondo de la torre, en la misma sala donde se hallaba la estatua del Tiempo.

—Yo te dejo aquí —dice el espectro al desaparecer—, pregunta a esa estatua dónde está el tesoro que buscas, ella te lo indicará.

—¿Dónde tengo que ir? —pregunta Rodrigo.

—Al lugar de donde saliste para desdicha de los hombres —responde la estatua.

—No te entiendo, habla más claro.

—Tienes que ir a los infiernos.

—Ábrelos, me precipito en ellos…

La tierra tiembla y se abre; Rodrigo es precipitado, a pesar suyo, a más de diez mil toesas de la superficie del suelo. Se levanta, abre los ojos, y se encuentra a orillas de un lago en llamas, donde, en barcas de hierro, pasean unas criaturas espantosas.

—¿Quieres cruzar el río? —le grita uno de aquellos monstruos.

—¿Debo hacerlo? —pregunta Rodrigo.

—Sí, si es el tesoro lo que buscas; está a dieciséis mil leguas de aquí, más allá de los desiertos del Ténaro[92].

—¿Y dónde estoy? —pregunta el rey.

—En la orilla del río *Agraformikubos*, uno de los dieciocho mil del Infierno.

—¡Crúzame entonces! —exclama Rodrigo.

Se adelanta una vela. Rodrigo salta a ella, y esa barca ardiendo, en la que no puede poner los pies sin convulsiones de dolor, lo traslada en un instante a la otra orilla. Allí sigue habiendo total oscuridad: aquellas horribles comarcas nunca habían recibido los favores del astro bienhechor. Rodrigo, informado del camino que debía seguir por el timonel que lo reembarca, avanza sobre arenas ardientes, por senderos bordeados de setos siempre en llamas, de donde saltan de vez en

cuando animales espantosos, y de los que no hay idea alguna en la tierra. Poco a poco el terreno se estrecha: ante sí no ve ahora más que una barra de hierro que sirve de puente para alcanzar, a más de doscientos pies de allí, la otra parte del terreno, separada de aquella en la que él estaba por barrancos de seiscientas toesas de profundidad, por cuyo fondo corrían diversos brazos del río de fuego, cuya fuente parecía encontrarse en aquel sitio. Rodrigo contempla un instante aquel espantoso paso: ve cuál sería su muerte si se precipita en él; nada puede asegurar su marcha, nada se ofrece para sostenerle… Tras los peligros que ya he franqueado, piensa, sería muy cobarde si no me atreviera a proseguir… Adelante. Mas apenas da cien pasos su cabeza se turba; en lugar de cerrar los ojos sobre los peligros que lo rodean, los contempla con terror… Pierde el equilibrio, y el desdichado príncipe cae en los abismos que hay a sus pies… Tras unos minutos de desvanecimiento, se levanta, no puede creer que siga vivo, le parece sin embargo que su caída ha sido tan suave y tan afortunada que sólo puede ser efecto de algún poder mágico. ¿Cómo podría ser de otro modo si todavía respira? Recobra el sentido, y el primer objeto que llama su atención en el horrible valle al que se encuentra transportado es una columna de mármol negro, sobre la que lee: «Coraje, Rodrigo; tu caída era necesaria; el puente que acabas de cruzar es el emblema de la vida: ¿no está rodeada de peligros como este puente? El virtuoso llega a la meta sin tropiezos, los monstruos como tú sucumben; prosigue, sin embargo, ya que tu valor te invita a ello; sólo estás a catorce mil leguas del tesoro; camina siete mil al norte de las Pléyades[93], y el resto de cara a Saturno».

Rodrigo avanza por la orilla del río de fuego que serpenteaba de mil maneras distintas en aquel valle; por fin lo detiene uno de aquellos pliegues tortuosos, pero no se le ofrece ningún medio de pasarlo. Aparece un espantoso león… Rodrigo lo contempla.

—Déjame pasar este río sobre tus lomos —dice al animal.

Al instante el monstruo se agacha a los pies del monarca; Rodrigo monta en él; el león se lanza al río y lleva al rey a la otra orilla.

—Te devuelvo bien por mal —dice el león al dejarle.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Rodrigo.

—Bajo mi emblema estás viendo al más mortal de tus enemigos —responde el león—; me perseguiste en el mundo, y yo te presto servicio en los infiernos… Rodrigo, si consigues conservar tus Estados, recuerda que un soberano sólo es

digno de serlo cuando hace feliz a cuanto le rodea: es para aliviar a los hombres, y no para hacerles servir como instrumentos de sus vicios, por lo que el cielo lo eleva por encima de los demás. Aprende esta lección benefactora de uno de los animales de la tierra que se tiene por el más feroz; sabe que lo es mucho menos que tú, puesto que el hambre, la más imperiosa de las necesidades, es la única causa de sus crueldades, mientras que las tuyas sólo te fueron inspiradas por las más execrables pasiones.

—Príncipe de los animales —dice Rodrigo—, tus máximas agradan a mi espíritu, pero no convienen a mi corazón; nací para ser juguete de esas pasiones que me reprochas, son más fuertes que yo… me arrastran; no puedo vencer a la naturaleza.

—Entonces perecerás.

—Es el destino de todos los hombres; ¿por qué quieres que me asuste?

—Pero ¿sabes lo que te espera en otra vida?

—¿Qué me importa? En mí está el desafiarlo todo.

—Adelante, pues; pero recuerda que tu fin está cerca.

Rodrigo se aleja; no tarda en perder de vista las orillas del río de fuego, entra en un estrecho sendero, cortado entre puntiagudas rocas cuyas cimas alcanzan las nubes; a cada momento trozos inmensos de estas rocas, cayendo a plomo sobre el sendero, amenazaban la vida del príncipe o le cerraban el camino. Rodrigo afronta estos peligros, y por fin llega a una inmensa llanura donde nada guía ya sus pasos. Agotado de fatiga, exangüe de hambre y sed, se arroja sobre un montículo de arena. A pesar de su orgullo, implora al gigante que le había bajado a la torre: seis cráneos humanos se ofrecen al instante a su vista, y un arroyo de sangre fluye a sus pies.

—Tirano —le grita una voz desconocida, sin que él pueda distinguir de qué criatura emana—, ¡he ahí lo que saciaba tus pasiones cuando estabas en el mundo! Usa en los infiernos los mismos alimentos para tus necesidades.

Y Rodrigo, el orgulloso Rodrigo, indignado pero sin emoción alguna, se levanta y prosigue su camino; el arroyo de sangre ya no se aparta de su lado, se ensancha a medida que el rey avanza y parece servirle de guía en aquellos horribles desiertos. Rodrigo no tarda en ver errar sombras sobre la superficie de

aquel arroyo… Las reconoce, son las sombras de aquellas infortunadas que había visto al entrar en la torre.

—¡Este río es obra tuya! —le grita una de ellas—, Rodrigo, mira cómo flotamos sobre nuestra propia sangre… sobre la desdichada sangre derramada por tus manos. ¿Por qué te niegas a bebería, si te saciaba en la tierra? ¿Eres acaso más delicado aquí que bajo los artesonados dorados de tu palacio? No te quejes, Rodrigo, el espectáculo de los crímenes del tirano es el castigo que le destina el Eterno.

Enormes serpientes se lanzaban desde el seno de aquel río y se sumaban al horror de aquellas espantosas sombras, volteándose sobre su superficie.

Durante dos días enteros costeó Rodrigo aquellas orillas ensangrentadas cuando al fin, alumbrado por un ligero crepúsculo, divisó el extremo de la llanura: un inmenso volcán la limitaba, parecía imposible pasar más allá. A medida que Rodrigo avanza, se ve rodeado por ríos de lavas, ve masas enormes, vomitadas por el cráter, lanzarse más allá de las nubes, ya sólo le guían las llamas que le rodean… está cubierto de cenizas, apenas puede caminar.

En este nuevo aprieto, Rodrigo llama a su espectro.

—¡Franquea la montaña! —le grita la misma voz que le había hablado antes—, al otro lado encontrarás seres con los que podrás hablar.

¡Qué empresa! Aquella montaña ardiente, de la que a cada instante surgen rocas y llamas, parecía tener más de mil toesas de altura; todos sus senderos estaban bordeados de precipicios, o invadidos por las lavas. Rodrigo se da ánimos, su vista mide la meta y su firmeza se la hace alcanzar. Cuanto los poetas nos han dicho del Etna, no es nada comparado con los horrores que encuentra Rodrigo. La boca de este abismo espantoso tenía tres leguas de circunferencia. Rodrigo ve llover sobre su cabeza masas enormes dispuestas a aniquilarlo; se apresura a franquear aquel horrible brasero y, encontrando en el otro lado una pendiente bastante suave, la desciende deprisa. Allí, rebaños de animales desconocidos, y de monstruoso tamaño, rodean a Rodrigo por todas partes.

—¿Qué queréis? —pregunta el español—, ¿estáis aquí para servirme de guía o para impedirme seguir adelante?

—Somos los emblemas de tus pasiones —le grita un enorme leopardo—; te asaltan como nosotros, te impiden como nosotros ver el final de tu carrera: si no

has podido vencerlas, ¿cómo triunfarías sobre nosotros? Vuelve a ser una de tus pasiones la que te trae a estos lugares infernales donde nunca penetró mortal alguno; sigue, pues, su ímpetu y vuela donde la fortuna te llama; ella te espera para coronarte; pero encontrarás otros enemigos más peligrosos que nosotros, y de los que quizá seas víctima. ¡Adelante, Rodrigo, adelante! Las flores están bajo tus pasos; sigue esta llanura durante seiscientas leguas todavía, y verás lo que hay al final…

—¡Desdichado! —exclama Rodrigo—, ése es el lenguaje que estas crueles pasiones me dirigían en el mundo; me halagaban y me asustaban alternativamente, y yo escuchaba sus aciagas inspiraciones sin poder comprenderlas nunca.

Rodrigo avanza; poco a poco el terreno se inclina y le lleva insensiblemente a la entrada de un subterráneo en cuya puerta encuentra una inscripción que le dice que penetre. Mas, a medida que se introduce en él, el camino se estrecha; Rodrigo ya sólo encuentra un pasadizo de un pie de anchura, erizado de puntas de puñales; los ve suspendidos sobre su cabeza, se siente acosado por todas aquellas puntas, herido en todo instante, inundado por su propia sangre; y su valor está a punto de abandonarle cuando una voz consoladora le invita a proseguir:

—Estás a punto de descubrir el tesoro —le dice la voz—, y la fortuna que intentarás con él, entonces ya sólo dependerá de ti. Si el aguijón de los remordimientos te hubiese hostigado en medio de los aduladores que te corrompían, si te hubiera desgarrado como estas puntas que ahora te penetran, tus finanzas en regla y tus tesoros repletos, no estarías expuesto a los males que soportas para reparar sus desórdenes… Avanza, Rodrigo, que no se diga que tu orgullo te abandona ni que tu valor te traiciona: son las únicas virtudes que te quedan; ponías en práctica, no estás lejos del final.

Rodrigo divisa al fin un poco de luz; la ruta se ensancha insensiblemente, las puntas desaparecen, y se encuentra en la embocadura de la caverna. Allí se ofrece a sus ojos un rápido torrente sobre el que le resulta imposible no embarcarse, por no verse ningún otro camino. Una ligera canoa se encuentra lista, Rodrigo sube a ella. Un instante de calma viene a aliviar sus infortunios: el canal que recorre está sombreado por los árboles frutales más agradables; la naranja, el moscatel, el higo y el melocotón penden indistintamente a sus ojos y le ofrecen a porfía su fresco alimento; el monarca lo aprovecha, y disfruta durante ese tiempo de los deliciosos conciertos de mil pájaros diversos que revolotean en las ramas de aquellos árboles ricamente cargados. Pero como los escasos placeres que aún le estaban reservados debían mezclarse a crueles penas y no le ocurría nada que no fuese imagen de su

vida, nada podía expresar la velocidad de la barca que le hacía recorrer aquellas divinas riberas. Cuanto más avanzaba, más aumentaba su velocidad. No tardan en mostrarse a Rodrigo cataratas de una altura prodigiosa: reconoce la causa de la rapidez de su marcha; ve que, frágil juguete del torrente que lo arrastra, va a caer en el más espantoso abismo. Apenas tiene tiempo de hacer esa reflexión porque su barca, arrastrada a más de quinientas toesas de profundidad, resulta engullida en un valle desierto donde saltaban con estrépito las aguas que acababan de sostenerle. Allí se deja oír la misma voz que le hablaba de vez en cuando:

—¡Oh, Rodrigo! —exclama la voz—, acabas de ver la imagen de tus placeres pasados; nacían delante de ti como esas frutas que te han quitado un instante la sed. ¿Adónde te han conducido esos placeres? Rey soberbio, ya lo ves, te has precipitado como esa barca en un abismo de dolores, de donde sólo saldrás para volver pronto a él. Sigue ahora la tenebrosa ruta que encierran esas dos montañas cuya cima se pierde en las nubes; al final del desfiladero, después de haber hecho dos mil leguas, encontrarás lo que deseas.

—¡Oh, justo cielo! —dice Rodrigo—, ¿habré de pasar mi vida en esta cruel búsqueda?

Le parecía que hacía más de dos años que viajaba así por las entrañas de la tierra, aunque desde su entrada en la torre no hubiera transcurrido todavía una semana. Mientras tanto, el cielo, que había seguido viendo desde su salida del subterráneo, se cubre insensiblemente con los velos más oscuros, horrendos relámpagos surcan la nube, retumba el rayo, sus relámpagos resuenan en las altas, montañas que dominan la ruta que sigue el rey; se diría que los elementos están a punto de confundirse; en todo momento, el fuego del cielo, hiriendo las rocas que le rodean, desprende porciones inmensas que, rodando a los pies de nuestro infortunado viajero, le ofrecen sin cesar nuevas barreras; una granizada espantosa se une a estos desastres y le asalta de tal forma que se ve forzado a detenerse; mil espectros, a cual más espantoso, descienden entonces de las inflamadas nubes para revolotear a su alrededor, y cada una de estas sombras vuelve a ofrecer a Rodrigo la imagen de sus víctimas.

—Nos verás bajo mil formas diversas —exclama una de ellas—, y vendremos a desgarrar tu corazón hasta que se haya convertido en presa de las Furias que te esperan para vengarnos de tus fechorías.

Entretanto, la tempestad arrecia, torbellinos de fuego brotan en todo instante del cielo, mientras el horizonte se ve cortado transversalmente por relámpagos que

se rompen y se cruzan en todos los sentidos; la misma tierra provoca el nacimiento por doquiera de trombas de fuego que, elevándose en el aire, vuelven a caer como ardiente lluvia desde más de dos mil toesas; nunca la naturaleza encolerizada presentó horrores más hermosos.

Con la cabeza a cubierto bajo una roca, Rodrigo increpa al cielo sin suplicarle ni arrepentirse. Se levanta, mira en torno suyo, se estremece ante los desórdenes que lo rodean, y no encuentra en ellos más que un nuevo motivo de blasfemia.

—¡Ser inconsecuente y cruel! —exclama mirando a los cielos—, ¿por qué nos criticas cuando el ejemplo de la agitación y del desastre nos lo ofrece tu propia mano? Pero ¿dónde estoy? —continúa al ver más de un camino—, ¿y qué va a ser de mí en medio de estas ruinas?[94]

—Mira esa águila acurrucada en la roca que te servía de asilo —le grita la voz que está acostumbrado a oír—; abórdala, siéntate en sus lomos: te llevará con raudo vuelo a donde tus pasos se dirigen desde hace tanto tiempo.

El monarca obedece: en tres minutos está en lo alto del aire.

—Rodrigo —le dice entonces el altivo pájaro que lo lleva—, mira si tu orgullo está justificado… He ahí toda la tierra a tus pies; observa el miserable rincón del globo que dominabas. ¿Era para sentirte orgulloso de tu rango y tu poder? Mira lo que deben de ser a ojos del Eterno esos débiles potentados que se disputan el mundo, y acuérdate de que sólo a él corresponde exigir el homenaje de los hombres.

Rodrigo, siempre elevándose, distingue por fin algunos de los planetas de que está repleto el espacio; reconoce que la Luna, Venus, Mercurio, Marte, Saturno y Júpiter, junto a los que pasa, son mundos como la Tierra.

—Pájaro sublime —exclama—, ¿esos mundos están habitados como el nuestro?

—Lo están por seres mejores —responde el águila—; moderados en sus pasiones, no se desgarran entre sí para saciarlas; en ellos sólo hay pueblos felices, y no se conocen tiranos.

—¿Y quién gobierna entonces esos pueblos?

—Sus virtudes: no hacen falta leyes, ni soberanos, a quien no conoce los vicios.

—¿Son más queridos por el Eterno los pueblos de estos mundos?

—Todo es igual a los ojos de Dios; esa multitud de mundos esparcidos por el espacio, producida por un solo acto de su bondad, y que un segundo acto puede destruir, no aumenta ni su gloria ni su felicidad; pero, aunque la conducta de sus habitantes le resulte indiferente, ¿le es menos necesario ser justo? Y la recompensa para el hombre honesto, ¿no está siempre en su corazón?

Poco a poco, nuestros viajeros se acercaron al sol, y, de no ser por la virtud mágica de que el monarca estaba rodeado, le habría sido imposible soportar los rayos que se le lanzaban.

—¡Cuánto más grande me parece ese globo luminoso que los otros! —dice Rodrigo—. Dame pues, rey de los aires, algunas aclaraciones sobre un astro al que vas a planear cuando quieres.

—Ese hogar sublime de luz —dice el águila— está a treinta mil leguas de nuestro globo, y nosotros no estamos más que a un millón de leguas de su órbita; mira cuánto nos hemos elevado en poco tiempo; es un millón de veces más grande que la tierra y sus rayos llegan en diez minutos[27].

—Entonces, este astro, cuya proximidad me asusta, ¿tiene siempre la misma sustancia? —preguntó el rey—. ¿Es posible que sea siempre igual?

—No lo es —replicó el águila—; son los cometas, que caen de vez en cuando en su esfera, los que sirven para reparar sus fuerzas.

—Explícame la mecánica celeste de todo lo que asombra mis miradas —continuó Rodrigo—; mis supersticiosos y malvados sacerdotes no me enseñaron más que fábulas, no me dijeron una sola verdad.

—¿Y qué verdad iban a decirte esos granujas que sólo subsisten gracias a la mentira? Escúchame —prosiguió el águila volando—. El centro común, hacia el que gravitan todos los planetas, está casi en el centro del sol; ese astro gravita hacia los planetas; la atracción que el sol ejerce sobre ellos supera las que ellos ejercen sobre él, tantas veces como les supera en cantidad de materia; ese astro sublime cambia de lugar en todo momento, a medida que es más o menos atraído por los planetas, y este leve acercamiento del sol restablece el desorden que los planetas

operan unos sobre otros.

—Así pues —continuó Rodrigo—, el desorden continuado de ese astro mantiene el orden de la naturaleza; es decir, que ese desorden es necesario para el mantenimiento de las cosas celestes. Si el mal es útil en el mundo, ¿por qué quieres reprimirlo? ¿Y quién asegura que no nace de nuestros desórdenes diarios el orden general?

—Débil monarca de la porción más pequeña de estos planetas —exclama el águila—, no te corresponde a ti sondear los propósitos del Eterno, y menos aún justificar tus crímenes mediante las incomprensibles leyes de la naturaleza. Lo que en ella te parece desorden quizá no sea más que una de sus maneras de llegar al orden: no saques de esa probabilidad ninguna clase de consecuencia en moral; nada prueba que lo que te choca en el examen de la naturaleza sea verdaderamente desorden, y tu experiencia te convence de que los crímenes de los hombres sólo pueden producir el mal.

—¿Y esas estrellas también están habitadas? ¿En qué medida aumenta su esfera desde que nos estamos acercando a ellas?

—No dudes de que se trata de mundos; y aunque estos globos luminosos se encuentren cuatrocientas mil veces más alejados de la tierra de lo que lo está el sol, por encima de ellos hay todavía astros que nos resulta imposible ver, que están poblados como las estrellas y como todos los planetas que ves. Pero nos acercamos a nuestro término; no me elevaré más —dijo el águila, descendiendo hacia la tierra—. Que todo lo que has visto, Rodrigo, te dé una idea de la grandeza del Eterno, y mira lo que te han hecho perder tus crímenes, ya que te privan por siempre alcanzarla…

Tras estas palabras, el águila se abate sobre la cima de una de las montañas más altas de Asia.

—Aquí nos encontramos a mil leguas del lugar donde te recogí —dice la celeste amiga de Júpiter—; baja tú solo esta montaña; es a sus pies donde existe lo que buscas.

Y desapareció acto seguido. Rodrigo desciende en pocas horas la escarpada roca sobre la que lo ha depositado el águila. Al pie de la montaña encuentra una caverna cerrada por una reja guardada por seis gigantes de más de quince pies de altura.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —preguntó uno de ellos.

—A llevarme el oro que debe de estar en esa caverna —dice Rodrigo.

—Antes de que lo consigas tienes que destruirnos a los seis —replicó el gigante.

—Esa victoria me asusta poco —responde el rey—; haced que me presten armas.

Unos escuderos arman al punto a Rodrigo. El orgulloso español ataca vigorosamente al primero que se presenta; unos pocos minutos le bastan para triunfar; se acerca un segundo gigante; lo derrota igual; y, en menos de dos horas, Rodrigo ha vencido a todos sus adversarios.

—Tirano —le grita el órgano que a veces oía—, goza de tus últimos laureles. Los éxitos que te esperan en España no serán tan brillantes como éstos: los destinos de la suerte se han cumplido, los tesoros de la caverna son tuyos, pero sólo servirán para perderte.

—¡Cómo! ¿Habré triunfado para ser vencido?

—Deja de intentar sondear al Eterno: sus decretos son inmutables, son incomprensibles; sólo has de saber que la prosperidad inesperada no es nunca para el hombre más que el pronóstico seguro de sus desdichas.

La caverna se abre; Rodrigo ve en ella millones en oro. Un ligero sueño se apodera de los sentidos, y, cuando despierta, se encuentra a la puerta de la torre encantada, en medio de toda su corte y de quince carrozas cargadas de oro. El monarca abraza a sus amigos; les dice que el hombre no puede imaginar todo lo que acaba de ver; les pregunta cuánto tiempo hace que está ausente.

—Trece días —le responden.

—¡Oh, justo cielo! —dice el rey—, me parece que hace más de cinco años que viajo.

Y diciendo esto, se lanza sobre un caballo andaluz y se aleja al galope para llegar a Toledo; mas apenas está a cien pasos de la torre cuando se deja oír un trueno; Rodrigo se vuelve y ve aquel monumento antiguo llevado por los aires como una hoja. No por eso deja el rey de volar hacia su palacio; justo a tiempo:

todas las provincias sublevadas ya estaban abriendo las puertas de sus ciudades a los moros. Rodrigo leva un formidable ejército, marcha a su cabeza contra los enemigos, los encuentra en las cercanías de Córdoba, los ataca, y allí se libra un combate que duró ocho días… el combate más sangriento, sin duda, que jamás se hubo visto en las dos Españas. Veinte veces la inconstante victoria promete sus favores a Rodrigo, veinte veces se los arrebata cruelmente. Hacia el final del último día, en el momento en que Rodrigo, tras haber reunido todas sus fuerzas, quizá vaya a cubrirse de laureles, un héroe se presenta y le propone batirse cuerpo a cuerpo.

—¿Quién eres tú —le pregunta altanero el rey— para que te otorgue ese favor?

—El jefe de los moros —responde el guerrero—; estoy harto de la sangre que derramamos; ahorrémosla, Rodrigo: ¿debe ser sacrificada la vida de los súbditos de un imperio por los débiles intereses de sus dueños? ¡Que los soberanos se batan ellos mismos cuando les separen las discusiones, y sus querellas ya no serán tan largas! Elige el terreno, orgulloso español, y ven a medir tu lanza con la mía; para aquel que de los dos triunfe sean los frutos de la victoria… ¿Estás de acuerdo?

—Voy contigo —responde Rodrigo—, prefiero tener que vencer sólo a semejante adversario, a luchar por más tiempo contra esa oleada innumerable de pueblos.

—Entonces, ¿no te parezco temible?

—Jamás vi adversario tan débil.

—Es verdad que ya me has vencido, Rodrigo; pero ya no estás en el día de tus triunfos, ya no languideces en el fondo de tu palacio, en el seno de tus indignas voluptuosidades, ya no derramas la sangre de tus súbditos para someterlos, ya no robas el honor de sus hijas…

Iras estas palabras, ambos guerreros eligen campo; los ejércitos tienen los ojos puestos en ellos… Se acercan, chocan con ímpetu… se propinan furiosos golpes.

Rodrigo es finalmente abatido, su valeroso enemigo le hace morder el polvo y, lanzándose inmediatamente hacia él:

—Reconoce a tu vencedor antes de expirar, Rodrigo —dice el guerrero

quitándose el casco.

—¡Oh, cielo!… —dice el español.

—¿Tiemblas, cobarde? ¿No te había dicho que volverías a ver a Florinda en el último instante de tu vida? El cielo, ofendido por tus crímenes, permitió que yo saliese del seno de los muertos para venir a castigarte por ellos y poner fin a tus días. Aquí tienes a la que robaste el honor, mírala mancillar tu gloria y tus laureles; ¡expira, oh príncipe en exceso desdichado! Que tu ejemplo enseñe a los reyes de la tierra que la virtud es lo único que consolida su poder, y que quien abusa de su autoridad, como tú, antes o después encuentra, en la justicia del cielo, el castigo de sus infamias.

Los españoles huyen, los moros se apoderan de todas las plazas; y ésa es la época que les hizo dueños de España, hasta que una nueva revolución, provocada por un crimen semejante, vino a echarlos de allí para siempre.

LORENZA Y ANTONIO[95]

Novela italiana

Las desgracias de la batalla de Pavía, el carácter atroz y pérfido de Fernando, la superioridad de Carlos Quinto, el singular crédito de aquellos famosos comerciantes de lana, dispuestos a compartir el trono francés y ya instalados en el de la Iglesia[28], la situación de Florencia que, asentada en el centro de Italia, parecía creada para dominarla; la reunión de todas estas causas que hacía deseable el cetro de esa capital, ¿no parecía destinarla de manera más particular, sin duda, al príncipe de Europa cuyo lustre era el más brillante? Carlos Quinto, que lo sentía así y a quien estos propósitos debían guiar, ¿se comportó, no obstante, como habría debido, prefiriendo a don Felipe, que tanto necesitaba ese trono para mantener sus posesiones en Italia, prefiriéndole, digo, a aquella bastarda suya que casó con Alejandro de Médicis[96]? Y, pudiendo hacer a su hijo duque de Toscana, ¿cómo se contentó con dar solamente una princesa a esta bella provincia?

Pero ni estos acontecimientos ni el crédito que Carlos aseguraba a los florentinos consiguieron deslumbrar a los Strozzi[97]; poderosos rivales de su príncipe, nada les hizo perder la esperanza de echar antes o después a los Médicis de un trono del que se consideraban más dignos y que pretendían desde hacía mucho tiempo.

En efecto, ninguna casa tenía en Toscana rango más elevado que la de los Strozzi… a la que una mejor conducta no hubiera tardado en convertir en dueños de ese envidiado cetro de Florencia.

Fue entonces, cuando esta familia gozaba de mayor brillo[29] y todo prosperaba en torno suyo, cuando Carlo Strozzi, hermano del que mantenía el esplendor del apellido, menos dedicado a los asuntos del gobierno que a sus fogosas pasiones, aprovechaba el inmenso prestigio de su familia para saciarlas de la manera más impune.

Es raro que los recursos de la grandeza, halagando los deseos en un alma mal nacida, no se conviertan pronto en los del crimen; ¿qué no emprenderá el malvado afortunado que se ve por encima de las leyes por nacimiento, que desprecia al cielo por sus principios, y que lo puede todo por sus riquezas?

Carlo Strozzi, uno de esos hombres peligrosos a los que nada importa con tal de satisfacer su gusto, llegaba a sus cuarenta y cinco años, es decir, la edad en que

las fechorías, que ya no son secuela de la impetuosidad de la sangre, se razonan, se combinan con más arte y se cometen con menos remordimiento. Acababa de perder a su segunda esposa, y en Florencia estaban casi seguros de que, si la primera había muerto víctima de los innumerables malos tratos de este hombre, la segunda debía de haber tenido la misma suerte.

Carlo había vivido poco tiempo con esta segunda esposa, pero tenía de la primera un hijo, entonces de unos veinte años, cuyas excelentes cualidades compensaban a esta casa de las calaveradas de su segundo jefe, y consolaban a Luis Strozzi, el mayor de la familia, el que sostenía la guerra contra los Médicis, tanto de no tener ya esposa como de no haber sido nunca padre. Así pues, toda la esperanza de esta ilustre raza se cifraba en el joven Antonio, hijo de Carlo y sobrino de Luis; se le consideraba por lo general como el que debía heredar las riquezas y la gloria de los Strozzi, como el que podía incluso reinar un día en Florencia si la inconstante fortuna retiraba sus favores a los Médicis. Por lo dicho se comprenderá fácilmente tanto lo mucho que debía de ser querido este joven como los cuidados que se tomaban en su educación.

Nada igualaba la feliz manera con que Antonio respondía a estos propósitos; despierto, agudo, lleno de ingenio y de inteligencia, sin otro fallo que un candor y una buena fe algo excesivos, feliz defecto de las almas hermosas, muy instruido ya, de figura encantadora, nada corrompido por los malos ejemplos y los peligrosos consejos de su padre, ardiendo en deseos de inmortalizarse, entusiasta de la gloria y del honor, humano, prudente, generoso, sensible, Antonio, como se ve, debía merecer por muchos motivos la estima general; y si alguna inquietud sobre él nacía en la mente de su tío era ver a un joven tan lleno de virtudes bajo la guía de semejante padre; porque Luis, siempre en el campo de batalla, Luis, siempre dominado por la ambición, al no poder encargarse mucho de aquel valioso muchacho, había dejado que se educara, pese a tantos riesgos, en la casa de Carlo.

¡Quién podría creerlo! El carácter malvado y celoso de aquel mal padre no veía sin una sombra de envidia tantas bellas cualidades en Antonio; y, temiendo ser eclipsado antes o después por ellas, lejos de fomentarlas, sólo trataba de destruirlas. Por suerte, este proceder no tuvo consecuencias; el excelente carácter de Antonio lo puso al abrigo de las seducciones de Carlo; supo discernir los crímenes de su padre y odiarlos, sin dejar de amar a quien esos vicios deshonraban; mas su excesiva confianza le hizo algunas veces víctima, sin embargo, de un hombre al que debía al mismo tiempo adorar y menospreciar; el corazón se imponía a menudo a la mente, y eso es lo que vuelve tan peligrosos los malos consejos de un padre: seducen el corazón dominando a la razón, se

apoderan a la vez de todas las cualidades del alma, y uno ya está corrompido creyendo no haber hecho más que amar y obedecer.

—Hijo mío —decía un día Carlo a Antonio—, la verdadera felicidad no está en absoluto donde os dicen; ¿qué esperáis de ese vano esplendor del partido de las armas, al que vuestro tío quiere induciros? Ese prestigio adquirido por la gloria es como esos fuegos fatuos que engañan al viajero; seduce la imaginación y no aporta la menor voluptuosidad a los sentidos. Sois bastante rico, hijo mío, para prescindir del trono; dejad a los Médicis el fatigoso peso del imperio; el segundo del Estado siempre es más feliz que el primero; rara vez los mirtos del Amor crecen a los pies del laurel de Marte. ¡Ah!, amigo mío, una caricia de Cipris vale mil veces más que todas las palmas de Belona[98], y no es en los campos de batalla donde la voluptuosidad nos encadena, el ruido de las armas la asusta; el celo y el valor, esas fanáticas virtudes del hombre salvaje, curten nuestra alma contra las seducciones del placer, la privan de esa blandura deliciosa tan adecuada para disfrutarlo. Ha hecho uno el oficio de un bárbaro, está uno inscrito en fastos que nadie leerá jamás, y se han abandonado las rosas del templo de Citerea[99], prefiriéndole el de la Inmortalidad, donde sólo se cosechan espinas. Vuestra fortuna sobrepasa la de cualquier ciudadano; todos los placeres van a rodearos, no tendréis más estudio que su elección, ¿y por las preocupaciones del cetro renunciáis a tantos atractivos? En medio de los sinsabores de la administración, ¿dispondréis siquiera de una hora para vuestras diversiones? ¿Y nacemos para preocupaciones distintas a las del placer? ¡Ah!, créeme, querido Antonio, la púrpura está lejos de los encantos que se le suponen; si queremos conservar su esplendor, perdemos en enojosas preocupaciones los más bellos instantes de la vida; si olvidamos realzarla, no tardan en envilecerla quienes nos envidian; sus manos nos arrancan un cetro que las nuestras ya no pueden sostener; y así, siempre entre el fastidio de reinar y el temor a no ser dignos, llegamos al borde de la tumba sin haber conocido goces; una noche oscura nos envuelve entonces como al último de nuestros súbditos, y, para sobrevivir a ella, hemos sacrificado locamente lo que sin lograrlo nos hunde en ella, con el desgarrador remordimiento de haberlo perdido todo por meras ilusiones.

»¿Qué es, además, ese frágil imperio que pretendes, hijo mío? ¿Pueden los tiranos de Florencia jugar un día un papel en Italia si no cuentan con más energía que la suya? Echa una rápida mirada sobre el estado actual de Europa, sobre los intereses de sus reyes… sobre los rivales que nos rodean; un príncipe altanero[30] quiere invadir la monarquía del universo… todos los demás deben enfrentarse a él; en esta hipótesis, ¿no debe ser Florencia el primer objetivo de sus deseos? ¿No es a orillas del Arno donde ese ambicioso príncipe, o sus competidores, deben aherrojar

a Italia? Es decir, Florencia será el foco de la guerra; su trono, el templo de la discordia. Francisco I se recuperará de las desgracias de Pavía; una batalla perdida no es nada para los franceses; volverá a Italia, volverá con tropas tan numerosas que a los Sforza ni siquiera se les pasará por la cabeza poder disputarle el Milanesado, se hará el amo de Florencia… Carlos Quinto se enfrentará a ellos, se dará cuenta del error cometido por no asegurar ese trono para don Felipe, hará cuanto pueda para que éste sea su dueño. ¿Qué nos queda frente a tan grandes intereses? ¿El papa?… ¿El propio Médicis, cuyas negociaciones, más peligrosas que las armas, no tendrán otra meta que restablecer su casa en Florencia, sometiéndola al más fuerte?… Venecia, cuya prudente política sólo tiende al mantenimiento del equilibro en Italia, nunca tolerará en Toscana la existencia de esos pequeños soberanos que, siempre un peso en la balanza, aunque sin inclinarla hacia ningún lado, sólo trabajan para hacer que uno u otro se incline a su favor. Todo, hijo mío, todo nos procurará enemigos; saldrán de todas partes, sin que ningún aliado nos socorra; habremos arruinado nuestra fortuna, destruido nuestra casa, para encontrarnos un día en Florencia con que somos los más débiles y menos opulentos… Abandona pues tus quimeras, te digo, y, dirigiendo tus deseos hacia objetos de más fácil y más agradable posesión, vuela a olvidar en brazos del placer la loca ambición de tus desmesurados designios.

Pero ni estas palabras, ni otras aún más peligrosas, pues tenían por asunto las costumbres o la religión, conseguían corromper a Antonio; tomaba a broma los sentimientos de su padre, y le suplicaba que le permitiera no someterse a ellos, asegurándole que si alguna vez llegaba al trono, sabría mantenerse en él con tanta habilidad y prudencia que sería él quien diera más lustre a la corona que el brillo que recibiría de ella. Entonces Carlo empleaba otros medios para empañar unas virtudes que lo deslumbraban. Tendía trampas a los sentidos de Antonio, lo rodeaba de cuanto creía susceptible de seducirlo con mayor seguridad; lo hundía, por su propia mano, en un océano de voluptuosidades, lo alentaba en sus desórdenes con lecciones y ejemplos. Antonio, joven y crédulo, cedía un instante por debilidad, pero la gloria no tardaba en reanimarse en su alma orgullosa en cuanto la calma de las pasiones lo devolvía a sí mismo, y entonces sacudía horrorizado todas las trabas de la molicie y volvía a vencer ante Luis.

Un motivo aún más poderoso que la ambición mantenía en el corazón de Antonio el desvelo por las buenas costumbres y el gusto por las virtudes; ¿quién no conoce los milagros del amor?

El interés de los Pazzi concordaba mucho con los sentimientos de Antonio por la heredera de esta casa, también rival de los Médicis[100]; y, para reforzar el

partido de los Strozzi, y destruir con mayor facilidad a los enemigos comunes, no se pedía nada mejor que dar Antonio a Lorenza, esta heredera que amaba nuestro joven héroe desde sus más tiernos años y a la que él adoraba desde que su joven corazón había sabido hablar. Si había que volar al combate, era de manos de Lorenza de quien Antonio recibía las armas; esas mismas manos cubrían a Antonio de laureles en cuanto supo ganarlos; una sola palabra de Lorenza enardecía a Antonio, hubiera conquistado para ella la corona del mundo, y, al ponerla a sus pies, le habría parecido no hacer gran cosa.

Lorenza reunía en su persona todos los bienes de los Pazzi, ¡cuántos nuevos títulos conseguían los Strozzi con esos lazos! No tardaron en decidirse. Poco después, esa hermosa muchacha, ¡que sólo tenía trece años!, perdió a su padre, y, como no tenía madre desde hacía mucho tiempo, como Luis, siempre en el ejército, no podía encargarse de aquella preciosa sobrina, no se encontró mejor solución que terminar su educación en el palacio de Carlo, donde, más cerca de su futuro marido, estaría en condiciones de adquirir los talentos y las virtudes que podrían agradar a aquel cuyo destino iba a compartir, y sustentar en aquel joven corazón los sentimientos de amor y gloria que siempre había alimentado.

Así pues, la heredera de los Pazzi es llevada enseguida a casa de su suegro, y allí, viendo todos los días a Antonio, se entrega, más de lo que ya solía, a los deliciosos sentimientos que los encantos de este joven guerrero habían hecho nacer en su corazón.

Sin embargo, hay que separarse; Marte llama a su hijo querido, Antonio debe ir al combate; aún no ha cosechado suficientes palmas para ser digno de Lorenza, pues quiere ser coronado para el himeneo en las alas de la gloria; Lorenza, por su parte, es demasiado joven para soportar las leyes de ese dios; así pues, todo vuelve necesario algunos aplazamientos.

Pero, por más poder que la ambición ejerza sobre Antonio, no puede alejarse sin lágrimas, y Lorenza no ve partir a su amante sin derramarlas muy amargas.

—¡Oh, dueña adorada de mi corazón! —exclama Antonio en ese fatal instante—, ¿por qué otros desvelos que los de agradaros me privan de la dicha de ser vuestro? Ese corazón, sobre el que aspiro a reinar mucho más que sobre ningún pueblo, ¿me seguirá al menos en mis conquistas? ¿Y echaréis de menos a vuestro amado si reveses, que no pueden dejar de presumirse cuando se combate por vos, vienen a retrasar un instante sus éxitos?

—Antonio —respondía con modestia Lorenza volviendo sus hermosos ojos llenos de lágrimas hacia los del objeto de su pasión—, ¿dudaríais de un corazón que debe perteneceros para siempre?… ¿Por qué no me lleváis tras vuestros pasos? Siempre bajo vuestras miradas, o luchando a vuestro lado, probándoos si soy digna de vos, encenderé mucho mejor esta antorcha de la gloria que guiará vuestros pasos; ¡ay!, no nos separemos, Antonio, me atrevo a suplicároslo; para mí, la felicidad sólo puede existir donde estéis vos.

Cayendo a los pies de su amada, Antonio osa mojar con sus lágrimas las bellas manos que cubre con sus besos:

—No —dice a Lorenza—, no, alma querida, quedaos al lado de mi padre; mis deberes, vuestra edad, todo lo exige… es preciso; pero amadme, Lorenza, juradme, como si ya estuviéramos al pie de los altares, esa fidelidad que debe hacerme feliz, y mi corazón, más tranquilo, escuchando únicamente a sus deberes, me hará volar con un poco menos de dolor a donde su voz me llama.

—¡Eh!, ¿qué juramentos he de haceros? ¿No los leéis todos en esta alma, que sólo por vos se inflama?… Antonio, si un solo pensamiento extraño pudiera ocuparla un instante, desterradme por siempre de vuestros ojos, y que jamás Lorenza sea la esposa de Antonio.

—Estas lisonjeras palabras me tranquilizan, las creo, Lorenza, y me voy menos angustiado.

—Id, Strozzi, id a combatir, id, ya que es preciso, a buscar dulzuras distintas de las que mi ternura os prepara; mas creed que todos los goces de la gloria, que van a embriagar vuestro corazón, jamás lo halagarán tanto como lo está el mío, con la esperanza de ser pronto digna de vos; y si es cierto que me amáis, Antonio, no afrontéis peligros inútiles; pensad que es mi vida lo que vais a exponer en los combates, y que, después de la desgracia de haberos perdido, no existiré un solo instante.

—¡Bien!, yo tendré cuidado de esta sangre que debe arder por vos; inflamado por el amor y la gloria, antes renunciaré a esta que inmolar este amor del que recibo mi felicidad y mi vida.

Y al ver a su amada llorando:

—Cálmate, Lorenza, cálmate, regresaré triunfante y fiel, y los besos de tu boca de rosa recompensarán al mismo tiempo al amante y al vencedor.

Antonio se aleja, y Lorenza se desmaya en brazos de sus doncellas; en medio de su delirio aún cree oír los lisonjeros acentos que acaban de encantarla… tiende sus brazos, sólo aferra una sombra, y vuelve a caer en los accesos más violentos del dolor.

Conociendo el alma de Carlo Strozzi, conociendo sus principios y sus pasiones, es fácil comprender que no se vio dueño de la joven belleza que habían tenido la imprudencia de dejar en sus manos, sin concebir en ese mismo instante el bárbaro proyecto de arrebatársela a su hijo.

¡Ay!, en efecto, ¿quién, sin adorarla, podía ver a Lorenza? ¿Qué criatura hubiera podido resistir la llama de sus grandes ojos negros, que la propia voluptuosidad había elegido por templo?… Acude, hijo de Venus, préstame tu antorcha para trazar, si puedo, con sus ardientes rayos, los seductores atractivos que pusiste en ella; haz oír tú mismo los acentos que necesito emplear para ofrecer una idea de los atractivos con que tu poder la embellece; ¿pintaré, ¡ay!, sin tu ayuda ese talle esbelto y delgado que robaste a las Gracias? ¿Esbozaré esa sonrisa fina donde reinaba el pudor al lado del placer?… ¿Se verá, sin tus cuidados, a las rosas de su cutis animarse en medio de las azucenas? ¿A esos cabellos del más hermoso rubio flotar por debajo de su cintura… ese interés en toda ella que tanto predispone a tu culto?… Sí, Dios poderoso, inspírame, pon en mis manos el pincel de Apeles[101], guiado por tus delicados dedos… es tu obra lo que quiero describir… es Hebe[102] encadenando a los dioses, o mejor, ¡eres tú mismo, Amor, escondido por coquetería bajo los rasgos de la más bella de las mujeres para mejor conocer tu imperio y ejercerlo con mayor seguridad!

El horror de semejante proyecto inquieta poco a Strozzi; con un alma como la suya no es fácil asustarse del crimen; sin embargo, se disfraza; la astucia es el arte del malvado, el recurso de todas sus fechorías. Los primeros afanes de Carlo son consolar a Lorenza; la inocente muchacha demuestra agradecimiento a unas bondades que cree sinceras, y, lejos del motivo que las inspira, sólo piensa en dar las gracias.

Strozzi sabe bien que a esa edad no podrá destruir en esa muchacha los sentimientos que ha provocado su hijo; resultará repugnante si habla de amor; por tanto, debe utilizar la astucia. La primera idea que viene a la mente de Carlo es emplear con aquella hermosa persona una parte de las seducciones que empleó con su hijo cuando quiso apartarle de la gloria: en palacio se dan fiestas a diario; Carlo se preocupa de reunir lo más delicioso que la juventud de Florencia puede ofrecer; no puede amarme, se decía, pero si ama a otro que no sea mi hijo, eso será

ya una diversión favorable para mí, será un ultraje a los sentimientos que le ha jurado, y, desde ese instante, me resultará más fácil arrastrarla a otros errores… Idéntica distracción en la vida cotidiana: Lorenza sólo era servida por los pajes de Carlo, y se tenía cuidado de rodearla de los más hermosos[31].

Entre éstos, uno, preferido por Carlo, de dieciséis años, y que se llamaba Urbano, pareció llamar inocentemente un poco más la atención de Lorenza. Urbano tenía una cara deliciosa, aspecto saludable y carnoso, aun cuando su talle y todos sus miembros fueran de una regularidad perfecta; poseía ingenio, amabilidad, descaro, y todo esto mezclado con tantas gracias que siempre se le perdonaba todo; su vivacidad, sus salidas, el alegre tono de su imaginación divirtieron a Lorenza… muy alejada de reparar en sus demás encantos; y era a él a quien debía las primeras risas que se hubieron visto en sus labios desde la ausencia de Antonio.

Urbano no tardó en recibir la orden de Carlo de volar al encuentro de los deseos de Lorenza:

—Agrádala, hazle la corte… ve más lejos —dice el pérfido Strozzi—, habrás hecho tu fortuna si consigues enamorarla… Escúchame, mi querido Urbano, voy a abrirte mi corazón; sé que, aunque joven, eres discreto y ya debes saber cuánto te aprecio. Se trata de servirme; el matrimonio que se me ha propuesto para Antonio no me gusta; no hay otra forma de romperlo que robarle el corazón de Lorenza; si consigues que salga adelante este plan, si te haces querer por la amada de mi hijo, te entrego uno de los mayores señoríos de Toscana; eres de alta cuna, puedes, igual que mi hijo, pretender la mano de Lorenza… sedúcela, cásate con ella, pero que su caída sea manifiesta; ¿podría dártela de no ser así?… Es preciso que sucumba… pero no remates su conquista sin prevenirme… En cuanto Lorenza haya cedido, llévala a uno de esos gabinetes que rodean mi aposento… entonces me avisas… yo seré testigo de tu victoria… Lorenza, confundida, se verá obligada a darte su mano… y, si todo sale bien… si sabes unir la astucia a la temeridad… ¡ay!, querido Urbano, ¡qué felicidad será tu recompensa!

Era difícil que semejantes palabras no surtieran los mayores efectos en un muchacho de la edad y del carácter de Urbano; se postra a los pies de su amo, le colma de muestras de gratitud, le confiesa que no ha esperado a ese momento para sentir por Lorenza la llama más viva y que el más hermoso de sus días será aquel en que esa pasión se vea coronada.

—¡Bien! —dice Carlo—, dedícate a ello, cuenta con mi protección; no

olvidemos nada de lo que puede asegurar los designios que a ti te halagan y para mí son al mismo tiempo la más dulce esperanza de mi vida.

Pese a este primer éxito, Carlo comprendió que había que poner en marcha más de un resorte; tras haber sondeado a varias doncellas de Lorenza, descubrió que aquella de la que debía esperar más era una tal Camila, primera dueña de la joven Pazzi, y que había estado a su lado desde la cuna. Camila era hermosa todavía, podía inspirar deseos; era verosímil que se rindiera ante los de su amo. Strozzi, cuyo supremo talento era el más profundo conocimiento del corazón humano… Strozzi, que sabía que la mejor manera de que una mujer acepte la complicidad de un crimen es poseerla, al principio sólo atacó a Camila con esa primera intención; el oro, más poderoso todavía que sus palabras, no tardó en conquistársela. Por una casualidad de las más afortunadas para Carlo, el alma de aquella criatura detestable era tan negra, tan perversa como la de Strozzi; lo que la una ideaba, a la otra le encantaba ejecutarlo; se hubiera dicho que sus horribles corazones eran obra del Infierno.

Camila no tenía ningún motivo de celos que pudiera legitimar los horrores de los que consentía encargarse; si no se había encontrado en ninguna situación de rivalidad con su ama, ¿por qué iba a envidiarla? Pero a Camila se le proponían atrocidades, era suficiente para una mujer que según confesión propia, nunca estaba más contenta que cuando se le presentaba la ocasión obrar mal.

Perfectamente al tanto del carácter de este monstruo, Strozzi no le ocultó ya que su plan era abusar de Lorenza; dijo además a Camila que este designio no debía alarmarla, era un simple capricho que no impedirá a Carlo dejar a la fiel dueña entera posesión de su amor. Asustada al principio, Camila no tardó en tranquilizarse; desea sin duda el corazón de Strozzi, pero como es mucho más por interés y por maldad que por delicadeza, en cuanto Carlo satisfaga una de sus pasiones y se divierta con la otra, los sentimientos que realmente tenga hacia ella le interesan menos; que le encarguen horrores, y que se los paguen, y Camila es la más feliz de las mujeres. Strozzi habla del plan de seducir a Lorenza mediante el joven paje; Camila aprueba el plan, se compromete a seguirlo, y ya sólo se piensa en ponerlo en práctica. Todas las noches se celebraban en el aposento de Carlo secretas reuniones sobre la forma de tender o de dirigir las trampas concertadas; se rendía cuenta de las diferentes maniobras, se combinaban nuevas estratagemas; Urbano y Camila son los principales agentes de estas pérfidas negociaciones que las Furias presiden al lado de las Bacantes.

¡Cuántos escollos para la desdichada Pazzi! Su candor… su ingenuidad… su

sinceridad… su extremada confianza, ¿resistirán?… ¿Desarma la virtud al crimen? ¿No lo excita, por el contrario, bien dándole más medios para ejercitarse, bien en razón de la altura de las barreras que le opone? ¿Qué dios preservará pues a Lorenza de tantas tramas urdidas para arrastrarla al abismo?

No tardó Urbano en hacer valer todos sus encantos y todos los atractivos de su inteligencia; mas cuando, en lugar de divertir, se propuso querer agradar… no tuvo éxito; pues, ¿quién, aparte de Antonio, podía reinar en el corazón de Lorenza? Ese corazón, honesto y delicado, que encontraba su felicidad en sus deberes, ¿podía alejarse un instante de su objeto? Aquella inocente chiquilla no dio siquiera la impresión de darse cuenta de que Urbano tuviera otro deseo que distraerla; es propio de la virtud no sospechar nunca el mal.

Carlo había presumido que tendría éxito antes de la época convenida para la boda de Antonio… se equivocó; el deseo de no precipitar nada para asegurar mejor su éxito le había hecho perder mucho tiempo. Antonio regresó, Luis le acompañaba, Lorenza había alcanzado la edad prescrita porque había cumplido catorce años; el matrimonio se consumó.

Si es difícil describir la ingenua alegría de Lorenza al sentir colmados sus anhelos… el transporte excesivo de Antonio… el consentimiento de Luis, más lo es sin duda expresar el dolor de Carlo al ver que todos los pasos que debían asegurar su crimen ahora iban a resultar mucho más difíciles… Lorenza, en poder de un esposo, ¿dependería tan íntimamente de él? Pero los obstáculos enardecen a los malvados, Carlo se volvió más impetuoso, y nunca la perdición de su nuera fue más constantemente jurada.

Como el ascendiente de los Médicis seguía aumentando en Florencia, Antonio tuvo que renunciar a las dulzuras del himeneo para volver al combate. El propio Luis presiona a su sobrino; le hace ver que no puede prescindir de él y que no hay razones personales que deban hacerle descuidar los intereses generales.

—¡Ah, cielos!, ¡os pierdo por segunda vez, Antonio! —exclamó Lorenza—; apenas conocemos la felicidad y ya se complacen en separarnos. ¡Ay de mí! ¡Quién sabe si el destino nos será siempre favorable!… Admito que hasta ahora os ha preservado, pero ¿os colmará siempre con sus dones? ¡Ah, Strozzi, Strozzi!, no sé, mil espantosos presentimientos que no sentí durante nuestra primera separación vienen a alarmarme hoy, presagio desgracias dispuestas a caer sobre nosotros, sin que me sea posible discernir la mano que ha de pesar sobre nosotros… ¿Me amarás siempre, Antonio?… Piensa que ahora debes mucho más a la esposa de lo que

antes debías a la amada… ¡Cuántos títulos te encadenan a mí!

—¿Quién los siente mejor que tu esposo, Lorenza? Multiplica constantemente ante mis ojos todos esos derechos encantadores, y mi alma, más exigente todavía, te descubrirá otros nuevos.

—Pero, Strozzi, ¿por qué dejarnos esta vez? Lo que el año pasado era imposible, ya no plantea hoy ningún obstáculo; ¿no soy tu esposa? ¿Algo en el mundo puede impedirme estar a tu lado?

—¿El tumulto y el peligro de los campamentos convienen a tu sexo, a tu edad?… No, mi querida alma, no, quédate; esta ausencia será menos larga que la otra, una campaña decidirá el éxito de nuestras armas: o somos aniquilados para siempre o reinamos antes de seis meses.

Lorenza acompañó a su esposo hasta San Giovanni, poco distante del cuartel de Luis, asegurándole siempre que presagiaba desgracias que le resultaba imposible indicar… diciéndole que un oscuro velo se extendía para ella sobre el futuro, sin que pudiera traspasarlo. Con estas sombrías ideas, las lágrimas de la joven esposa de Antonio corrían en abundancia, y así se separó de cuanto amaba en el mundo.

La piadosa Lorenza no quiso abandonar los alrededores de la célebre abadía de Vallombrosa[103] sin ir a ella para rezar por el éxito de las armas de su marido. Al llegar a ese tenebroso retiro situado en el fondo de un oscuro bosque donde apenas penetran los rayos del sol… donde todo inspira esa especie de terror religioso que tanto agrada a las almas sensibles, Lorenza no pudo dejar de verter nuevas lágrimas; inundaron el altar del Dios al que iba a implorar… Allí, en el seno del llanto y del dolor, prosternada junto al santuario, con sus cabellos flotando en desorden, los dos brazos alzados hacia el cielo… la compunción y la ternura prestaban más interés aún a sus hermosos rasgos; allí, digo, parece que esta sublime criatura, impulsada hacia su Dios, recibe de los rayos de ese mismo Dios santo las virtudes que la caracterizan… Se habría acusado al Eterno de injusticia si no hubiera escuchado los votos del ángel celestial donde tan bien se reflejaba su imagen.

Carlo, que había acompañado a su nuera, pero que, lleno de desprecio por sus actos piadosos, no había querido siquiera penetrar en el templo, después de haber cazado por los alrededores volvió para recogerla y la llevó a una finca que poseía bastante cerca de allí, en un paraje más agreste todavía. Habían acordado

que pasarían el verano en aquella casa; las revueltas que iban a agitar Florencia tornaban peligroso vivir en la ciudad; aquella soledad era, además, del gusto de Carlo. El crimen se complace en estos parajes horribles; la oscuridad de los valles, la sombra imponente de los bosques, envolviendo al culpable con las sombras del misterio, parecen disponerlo más enérgicamente a las maquinaciones que medita; la especie de horror que esos sitios infunden en el alma la arrastran a hechos que tienen el mismo tinte de desorden que la Naturaleza imprime a estos espantosos lugares; se diría que la mano de esa incomprensible Naturaleza quiere someter todo lo que viene a contemplarla en sus caprichos… a las mismas irregularidades que ella presenta.

—¡Oh, Dios! ¡Qué desierto! —dice Lorenza, asustada al ver un conjunto de torreones al fondo de un precipicio tan coronado de abetos y de alerces[32] que apenas circulaba el aire—, ¿hay —prosiguió— otros seres aparte de las bestias feroces que puedan habitar semejante morada?

—Que no os impresionen los alrededores —respondió Carlo—, los interiores os compensarán.

Tras muchas penas y fatigas, puesto que ningún carruaje podía alcanzar aquel sitio, Lorenza llega al fin, y reconoce que, efectivamente, en aquella solitaria morada no falta nada de cuanto puede volver agradable la vida; una vez en el fondo de aquella hondonada, además de un castillo cómodo y perfectamente amueblado, había arriates, bosquecillos, huertos y estanques[33].

Dedicaron los primeros instantes a instalarse; pero la esposa de Antonio, aunque en medio del lujo y la abundancia, al no ver que absolutamente nadie venía a aquel oscuro reducto, se dio cuenta enseguida de que su retiro no era más que una discreta prisión; manifiesta cierta inquietud, Carlo alega las inclemencias del tiempo, las dificultades, el peligro de los caminos… el decoro, que parece exigir, mientras Antonio esté en el ejército, que su esposa viva en soledad…

—Este aburrimiento no dejará de animarse —dice Carlo falsamente—; ya veis, hija mía, que no he ahorrado nada que pueda complaceros: Camila, que siente cariño por vos, Urbano, que os entretiene, vienen de camino y se desviven por complaceros… Vuestros dibujos… vuestra guitarra, un número bastante elevado de libros, entre los que no he olvidado a Petrarca, al que adoráis, todo está aquí… todo servirá para distraeros, y seis meses pasan enseguida.

Lorenza pregunta por los medios para escribir a su marido.

—Vos me daréis vuestras cartas —responde Carlo—, y cada semana yo las enviaré en mi paquete.

Este arreglo, que parecía contrariar los pensamientos de Lorenza, estuvo muy lejos de agradarla; pero no dijo nada… De hecho, aún no tenía motivos de queja; así que disimuló, y pasaron los días.

Todo siguió el mismo curso que en la capital; pero el extremo pudor de Lorenza no tardó en alarmarse ante las libertades de Urbano; vivamente incitado por su amo, y otro tanto sin duda por sus propias inclinaciones, el impúdico paje se había atrevido al fin a confesar su pasión; semejante osadía sorprendió enormemente a la esposa de Antonio; más que alarmada, vuela al punto en busca de Carlo, le manifiesta las quejas más amargas contra Urbano… Strozzi la escucha al principio con atención…

—Mi querida hija —le dice luego—, creo que dais demasiada importancia a disipaciones aconsejadas por mí mismo. Considerad todo esto con infinitamente más filosofía, sois joven, ardiente, estáis en la edad de los placeres, vuestro esposo no se encuentra aquí; ¡ay!, querida hija, no llevéis tan lejos una severidad de costumbres de la que sólo recogeréis privaciones; Urbano está aleccionado, hija mía, con él no corréis ningún peligro. En cuanto al singular daño que teméis hacer a los sentimientos debidos a vuestro esposo, no existe; un mal que se ignora no afecta nunca. ¿Me alegaréis el amor? La satisfacción de una necesidad no ultraja lo más mínimo los sentimientos morales, reservad para vuestro esposo cuanto atañe a la metafísica del amor, y que Urbano goce del resto; digo más: aun cuando la imagen de ese esposo adorado llegara a olvidarse, aun cuando los placeres gozados con Urbano consiguieran extinguir el amor que locamente conserváis por un ser que los peligros de la guerra tal vez os arrebaten en cualquier momento, ¿dónde estaría el delito? ¡Vamos!, Lorenza… Lorenza, vuestro esposo, incluso informado de todo, sería el primero en deciros que la mayor de todas las locuras es reprimir deseos que, ampliados… que, multiplicados, pueden hacer, de dos voluntarios cautivos, los seres más libres y más felices de este mundo.

Aprovechando entonces el desorden en que sus horribles palabras sumen a la virtuosa alma de esta interesante criatura, el infame abre un gabinete en el que está Urbano[104]:

—¡Mirad! —exclama—, mujer demasiado crédula, de mi mano recibisteis un marido que no podría satisfaceros, aceptad, para consolaros, un amante capaz de remediarlo todo.

Y el indigno paje, lanzándose al punto sobre la triste y virtuosa esposa de Antonio, quiere obligarla a los últimos excesos…

—¡Desgraciado! —exclama Lorenza rechazando horrorizada a Urbano—, ¡huye lejos de mí si no quieres poner en peligro tu vida!… Y vos, padre mío… vos, de quien yo debía esperar otros consejos… vos, que debíais guiar mis pasos por la senda de la virtud… vos, a quien yo venía a implorar contra los atentados de este miserable… sólo os pido un favor… dejadme salir ahora mismo de esta casa que detesto; iré en busca de mi esposo a los campos de la Toscana… iré a compartir su suerte, y, sean cuales fueren los peligros que me amenacen, siempre serán menos horribles que los que me rodean en vuestra casa.

Pero Carlo, furioso, poniéndose ante la puerta hacia la que la joven se lanzaba para huir, le dice:

—¡No!, no, ciega criatura, no saldrás de este aposento sin antes satisfacer a Urbano.

Y el paje, envalentonado, renueva sus indignos esfuerzos; pero de pronto un impulso involuntario lo detiene… mira a Lorenza… no se atreve a acabar… está conmovido… derrama lágrimas… ¡Maravilloso ascendiente de la virtud!… Urbano cae a los pies de aquella a la que quieren hacer que ultraje, no puede más que pedirle gracia… sólo tiene fuerzas para implorar su perdón… Strozzi monta en cólera:

—¡Sal de aquí! —dice a su paje—. ¡Vete a llevar lejos de mi casa tus remordimientos y tu timidez! Y vos, señora, preparaos a sufrir todos los efectos de mi rencor.

Pero aquella interesante mujer, a quien la virtud presta fuerzas, se refugia en un quicio y, armándose con el puñal de Strozzi, imprudentemente dejado sobre una mesa, le dice:

—¡Acércate, monstruo! Acércate ahora si te atreves: mis primeros golpes serán para ti, los segundos me arrancarán la vida.

Tan valerosa actitud en una mujer que apenas tiene dieciséis años, impone respeto a Strozzi; todavía no era dueño de su nuera, como esperaba llegar a serlo un día; se calma, o más bien finge calmarse.

—Dejad esa arma, Lorenza —dice con sangre fría—, dejadla, os lo ordeno

con toda la autoridad que tengo sobre vos…

Y abriéndole la puerta del aposento, continuó:

—Salid, señora, salid, sois libre, os doy mi palabra de no forzaros más… Me equivocaba, hay almas de cuya felicidad no hay que ocuparse nunca; las ofuscan demasiados prejuicios, hay que dejarlas languidecer en ellos; salid, os digo, y dejad esa arma.

Lorenza obedece sin responder y, en cuanto franquea la puerta de aquel fatal aposento, arroja el puñal y vuelve a sus habitaciones.

El único consuelo de la desdichada en semejantes crisis era la pérfida Camila no desenmascarada aún a ojos de su ama; se lanza en brazos de esta criatura; le cuenta lo que ha pasado, prorrumpe en llanto y suplica a su dueña que haga cuanto esté a su alcance para conseguir enviar en secreto una carta a su marido. Camila, encantada de demostrar su celo a Carlo traicionando al punto a Lorenza, se encarga de la tarea; mas esta encantadora mujer, demasiado circunspecta para acusar al padre de su esposo, sólo se queja a Antonio del mortal aburrimiento que la devora en la casa de Carlo; pinta las ansias que tiene por estar fuera de ella, la necesidad en que se encontraría de poder ir a reunirse con él al instante, o de que él viniese por lo menos a verla un solo día.

Aquella carta, nada más ser escrita, es entregada a Carlo por Camila; Strozzi la abre enseguida, y, pese a su furia, no puede por menos de admirar la sensata discreción de aquella joven que, sin duda vivamente ultrajada, no se atreve sin embargo a nombrar a su perseguidor. Quema la carta de su nuera y escribe enseguida a Antonio una de estilo muy distinto:

Venid en cuanto recibáis mi carta —decía a su hijo—; *no hay momento que perder, sois traicionado, y lo sois por la serpiente que yo mismo he alimentado en mi casa. Vuestro rival es Urbano… ese hijo de uno de nuestros aliados que fue educado a vuestro lado, y casi con los mismos cuidados; no me he atrevido a castigarle, la circunstancia era demasiado delicada… Este crimen me asombra y me repugna hasta tal punto que algunas veces pienso que me equivoco. Acudid pues… venid a aclarar todo. Debéis llegar misteriosamente a mi casa… evitaréis todas las miradas, y yo mismo mostraré a las vuestras el horrible cuadro de vuestro deshonor… Mas perdonad a esta infiel, es la única gracia que os pido; es débil, es joven; yo sólo estoy irritado contra Urbano, sólo sobre él debe estallar vuestra venganza*.

Un correo vuela al campamento de Luis y, en el intervalo, Strozzi termina de

preparar sus trampas. Consuela primero a Lorenza, la halaga… y, gracias a su arte seductor, la convence de que cuanto ha hecho sólo ha sido para probar su virtud y hacer que resplandezca…

—¡Qué triunfo para tu marido, Lorenza, cuando sepa tu conducta!… ¡Ah!, no dudes, querida niña, del extremo placer que me ha causado; ojalá tengan todos los esposos mujeres parecidas a ti, y el amor conyugal, el presente más hermoso de la divinidad, no tardaría en hacer felices a todos los hombres.

Nada hay tan confiado como la juventud, nada tan crédulo como la virtud; la joven esposa de Antonio se arroja a los pies de su suegro, le pide perdón por cuanto haya podido escapársele con excesiva violencia en su defensa; Carlo la abraza, y, queriendo sondear mejor aquel joven corazón, pregunta a su hija si no ha escrito a Antonio:

—Padre mío —responde Lorenza, con ese candor que la vuelve adorable—… ¿puedo ocultaros algo? Sí, le he enviado una carta, Camila se hizo cargo de todo.

—Habría debido comunicármelo.

—No la reprendáis por su celo conmigo.

—La reñiré por su discreción.

—Os pido que la perdonéis.

—La perdono, Lorenza… ¿Y en esa carta?…

—Le pido a Antonio que vuelva, o que me permita ir a reunirme con él; pero ninguna queja sobre esa escena, cuya causa yo ignoraba, y de la que ahora no puedo enfadarme.

—No se la convertiremos en un misterio, hija mía: es preciso que conozca vuestro amor, es preciso que tenga conocimiento de su triunfo.

Todo se tranquiliza, y la mayor comprensión reina ahora en una casa que acababan de turbar tantos desórdenes. Mas aquella calma no debía reinar mucho tiempo; ¿deja respirar en paz a la virtud el alma de los malvados? Semejantes a las olas de un mar inconstante, es preciso que sus crímenes perpetuos trastornen cuanto osa confiarse en su elemento, y sólo en el fondo de la tumba encuentra la inocencia puerto seguro a los innumerables escollos de ese peligroso océano.

Carlo maquinaba a la vez cuanto podía legitimar la acusación con la que acababa de cargar a la esposa de su hijo y cuanto podía librarle al mismo tiempo de un cómplice tímido, del que bien veía que tenía que desconfiar. El maquiavelismo empezaba a hacer progresos en Toscana; este sistema[34], dado a luz en Florencia, debía empezar por seducir a los habitantes de esa ciudad; Carlo era uno de sus mayores partidarios y, a menos que se viera obligado a fingir, siempre bacía alarde de sus máximas. En ese gran tratado de política había leído *que es necesario sobornar a los hombres, o sacrificarlos, porque se vengan de las ofensas ligeras, y no pueden vengarse cuando están muertos*[35]. Había leído en los discursos del mismo autor[36] *que el afecto del cómplice debe de ser muy grande, si el peligro a que se expone no le parece más grande todavía; que, en consecuencia, hay que, o escoger únicamente a cómplices íntimamente ligados a uno mismo, o deshacerse de ellos en cuanto se han utilizado*.

Así pues, partiendo de estos funestos principios, Carlo da órdenes análogas; se asegura de Camila, vuelve a encender el celo de Urbano, lo anima con la nueva esperanza de recompensas más sublimes, y deja que llegue Antonio.

El joven esposo acude asustado a roda prisa; un momento de tregua se lo permite. Entra de noche en los aposentos de Carlo y se arroja llorando en sus brazos.

—¡Cómo, padre mío!, ¡ella me traiciona!… La esposa que adoraba… ¡ella… ella!… pero ¿estáis bien seguro? ¿No os han engañado vuestros ojos?… Es posible que la virtud misma… ¡ay, padre mío!

—¡Ojalá no la hubiese traído nunca a esta casa! —dice Carlo, estrechando a Antonio contra su pecho—; el aburrimiento, la soledad… tu ausencia, ¡todas estas causas la han arrastrado sin duda al espantoso crimen que mis ojos no han descubierto sino demasiado bien!

—¡Ay!, ¡absteneos de convencerme, padre mío! Furioso como estoy… tal vez no respondería de su vida… y ese Urbano… ¡ese monstruo al que colmábamos de bondades!… sobre él recaerá toda mi rabia… ¿Lo ponéis en mis manos, padre?

—Cálmate, Antonio… convéncete, tu tranquilidad lo exige; ¿de qué nos serviría tu cólera?

—Para vengarme de un traidor, para castigar a una pérfida.

—En cuanto a ella, no, me opongo, hijo mío… al menos hasta que tengas todo claro; quizá me equivoqué, no condenes a esa desdichada, antes de que tus

ojos hayan visto su crimen y antes de que hayas oído lo que puede decirte para justificarlo. Pasemos tranquilamente la noche, Antonio, y mañana todo se aclarará.

—Pero, padre mío, ¿si la viese ahora mismo? ¡Si fuera a caer a sus plantas… o a atravesarle el corazón!

—Aplaca ese desorden, Antonio, y, te lo repito, no tomes ninguna decisión hasta que no lo hayas visto todo, no decidas nada sin haber oído a Lorenza.

—¡Oh, Dios! ¡Estar en la misma casa que ella… pasar una noche a su lado, no castigarla si es culpable… no gozar de sus castos abrazos si es inocente!

—Infortunado joven, esa alternativa de tu ciego amor no te está permitida, tu esposa es criminal sin duda, pero no es éste el momento de vengarte.

—¡Ah! ¿Encontraré alguna vez el de odiarla? Lorenza, ¿son ésos tus juramentos de adorarme siempre? ¿Qué te he hecho para que me ultrajes así?… Los laureles que iba a recoger… ¿no era para ofrecértelos?… Si deseaba dar lustre a mi casa era para embellecerte con su brillo… no había un solo pensamiento de Antonio que no se dirigiera a Lorenza… ni una sola de sus acciones que no la tuviera por principio… y cuando te idolatro, cuando toda mi sangre vertida por ti aún no me habría parecido suficiente para convencerte de mi amor… cuando te comparaba con los ángeles del cielo… cuando la felicidad de que gozan era imagen de la que yo esperaba en tus brazos… ¡tú me traicionas de manera tan cruel!… No, ¡no habrá suplicio lo bastante espantoso… no lo habrá bastante horrible!… Pero ¿yo… vengarme de Lorenza?… Suponerla culpable… lo vería sin creerlo… si ella me lo confesara, yo acusaría a mis sentidos de error antes de acusarla a ella de inconstancia… No, no, sólo a mí hay que castigar, padre mío… es en mi corazón donde se hundirá el puñal… ¡Oh, Lorenza, Lorenza! ¿Qué ha sido de aquellos días deliciosos en que los juramentos de tu amor se imprimían tan bien en mi alma?… ¿Acaso tu amor te embellecía sólo para engañarme cuando pronunciabas aquellas lisonjeras promesas? ¿Tu dulce voz aumentaba sus encantos sólo para seducirme con más habilidad? ¿Y todas las expresiones de tu ternura debían trocarse en mi corazón en otras tantas serpientes que lo devoran?… Padre mío… padre mío… salvadme de mi desesperación… ¡Es preciso que yo muera o que Lorenza sea fiel!

En el mundo sólo podía haber un alma, la del feroz Strozzi, a la que no desgarraran tales acentos; pero los malvados se complacen en el espectáculo de los males que causan, y cada una de las gradaciones del dolor que absorben de sus víctimas es un goce para ellos. Quienes conozcan esa clase de almas en las que el

crimen asienta su imperio, imaginarán sin esfuerzo que la de Carlo debía estar lejos de vacilar ante aquella dolorosa escena; por el contrario, el bárbaro queda encantado viendo a su hijo en la situación en que lo quiere para estar seguro del crimen que se atreve a esperar. A fuerza de ruegos Antonio consintió, sin embargo, en pasar el resto de la noche sin ver a Lorenza; se abismó en su dolor en un sillón, junto a la cama de Carlo, y el día llegó al fin para iluminar la horrible escena que iba a convencer a Antonio.

—Hay que aguardar hasta las cinco —dijo Carlo al despertarse—, es el instante en que tu indigna esposa espera a Urbano en el parque, en el pabellón de naranjos.

Por fin llega ese horrible momento.

—Sígueme —dice Carlo a su hijo—… démonos prisa, Camila acaba de avisarme, y tu deshonor se consuma…

Los dos Strozzi avanzan hacia el fondo de los jardines… cuanto más se acerca, menos puede contenerse Antonio…

—Detengámonos —dice Carlo—… desde aquí podremos verlo todo.

Tras estas palabras, aparta una enramada para su hijo… a diez pies a lo sumo del fatal pabellón… ¡Oh, justo cielo! ¡Qué espectáculo para un esposo que adora a su mujer! Antonio ve a Lorenza tendida sobre un lecho de hierbas, y al traidor Urbano en sus brazos… No puede contenerse: franquear el follaje que le sirve de muralla… volar hasta la pareja adúltera y apuñalar a la infame que lo deshonra, todo eso no es para él más que cosa de un instante… Su brazo se alza sobre su culpable esposa; mas el estado en que cree que su presencia la ha puesto lo desarma… la desdichada tiene los ojos cerrados, ya no respira… la palidez de la muerte cubre sus hermosas mejillas… Antonio amenaza… ya no le oye nadie… se estremece, llora, tropieza…

—¡Está muerta! —exclama—… no ha podido sostener mi mirada… La Naturaleza me arrebata la dulzura de vengarme yo mismo; derramaría en vano su sangre… ya no sentiría mis puñaladas… Que la socorran… que devuelvan a esta pérfida a la vida… que me den el cruel placer de desgarrar este corazón ingrato que pudo traicionarme hasta este punto… quiero que respire, por cada uno de sus sentidos, la horrible muerte que le preparo… sí, que le devuelvan la vida… puede que… ¡Oh, Lorenza, Lorenza! ¿Puedo seguir dudando?… Que la reanimen, padre

mío… que la reanimen, quiero oírla, quiero saber por ella misma qué razones han podido llevarla a este colmo de horror… quiero ver si le queda suficiente falsía para justificar su perjurio… con qué mirada podrá sostener toda su vergüenza.

Ya no había necesidad de ayuda para el desgraciado paje: bañado en su sangre, junto a Lorenza, entregó el alma sin proferir una palabra; y no sin maligna alegría vio Carlo expirar a aquel torpe cómplice, de quien no podía esperar casi nada para el crimen y sí mucho que temer para la delación.

Llevan a Lorenza a su aposento; abre los ojos… ignora lo que ha pasado… pregunta a Camila la causa del repentino adormecimiento que se ha apoderado de ella en la glorieta de naranjos… ¿La dejaron?… ¿Estuvo sola? Percibe confusión… ¿Qué ha pasado?… Siente un malestar cuya causa desconoce; en el horrible sueño de aquella letargia ha creído ver a Antonio lanzarse sobre ella y amenazar su vida… ¿Es cierto?… ¿Estaría su marido allí? Todas las preguntas de Lorenza se cruzan y se multiplican; empieza veinte y no acaba ninguna. Sin embargo Camila está lejos de tranquilizarla:

—Vuestros crímenes son conocidos, señora —le dice—, preparaos para expiarlos.

—¿Mis crímenes?… ¡Oh, cielo!… ¡Me asustáis!… Camila, ¿qué crimen he cometido? ¿Cuál es ese sueño mágico en el que he caído a mi pesar?… ¿Lo habrán aprovechado para renovar horrores?… Pero Carlo me ha desengañado, preparaba el triunfo de mi virtud… no tendía ninguna trampa a mi inocencia… me lo ha dicho… ¿me habrá engañado? ¡Dios!, ¿en qué estado me encuentro?… ¡Ah!, ahora lo entiendo todo… soy traicionada… durante ese horrible sueño… Urbano… el monstruo… y Strozzi, ambos sin duda de acuerdo… ¡Ah!, Camila, dime todo… dime todo, Camila, ¡o te consideraré mi más mortal enemiga!

—Ahorraos esos fingimientos, señora —responde la dueña—, son inútiles, todo ha sido descubierto… Amabais a Urbano, os citabais con él en el parque… donde le habéis colmado de felicidad, ¿y qué instante habéis elegido? El mismo en que vuestro esposo acudía deprisa, llamado por la carta que me disteis para él, para testimoniaros su amor y su celo, aprovechando el único día que se lo permitía la tarea de las armas.

—¿Antonio está aquí?

—Os ha visto, señora, ha sorprendido vuestros culpables amores, ha

apuñalado su objeto… Urbano ya no existe; el desvanecimiento en que os han sumido la vergüenza y la desesperación os ha salvado la vida, sólo a esa causa debéis el no haber seguido a vuestro amante a la tumba.

—Camila, no te entiendo, una turbación horrible se apodera de mi razón… siento que desvarío… ten piedad de mí, Camila… ¿Qué dices?… ¿Qué he hecho?… ¿De qué quieres convencerme?… Urbano muerto… Antonio aquí… ¡Oh, Camila!, ayuda a tu desdichada ama…

Y tras estas palabras, Lorenza se desmaya.

Apenas reabría los ojos cuando Carlo y Antonio entran en su aposento; quiere precipitarse a las rodillas de su marido.

—Deteneos, señora —dice fríamente Antonio—; este impulso, dictado por vuestros remordimientos, está lejos de enternecerme; no vengo, sin embargo, como juez prevenido a condenaros sin antes haberos oído; no pronunciaré la sentencia sino después de haber sabido por vos misma las razones que han podido llevaros a la infame acción que he sorprendido.

Tras estas palabras, nada puede compararse con la funesta turbación de Lorenza; se da cuenta de que han tendido una trampa a sus sentidos… mas ¿qué decir? ¡Se defenderá como debe! Sólo puede hacerlo poniendo al descubierto las horribles intrigas de Carlo… armando al hijo contra el padre… ¿Se acusará? Está perdida… y lo que es peor, se torna indigna de volver a ganar nunca el corazón de su esposo. ¡Oh, situación funesta!… Lorenza hubiera preferido la muerte. Y sin embargo, debe responder:

—Antonio —dice tranquilamente—, desde que estamos unidos, ¿has visto en mí algo que deba haceros creer que sea capaz de pasar, en un instante, de la virtud al crimen?

Antonio. —Es imposible responder a una mujer.

Lorenza. —Tenía el orgullo de creer en la excepción, imaginaba que el corazón en el que vos reinabais ya no podía pertenecer a otros.

Carlo. —¡Cuántos rodeos!… ¡Qué ingeniosos artificios! ¿Se trata de saber si ha podido cometerse o no el mal?… ¿Se duda de lo que se ha visto? Os preguntamos los motivos que han podido llevaros a ese exceso, y no si es verdad que sois culpable o que pudierais ser inocente.

—¡Cuántas razones, padre mío —dice Lorenza a Carlo—, deberían induciros a tratarme con menos rigor! Suponiendo que fuese criminal, ¿no deberíais ser vos quien asumiera mi defensa?… ¿o es de vos de quien debo esperar piedad?… ¿No debéis vos servir de mediador entre vuestro hijo y yo? Al no haberme apartado de vos desde la ausencia de mi esposo… ¿quién mejor que vos debe creer en la inocencia de una mujer… de una mujer que hace de su virtud su único tesoro?… Strozzi, acusadme vos mismo, y me creeré culpable.

—No es necesario que mi padre os acuse —dice Antonio, con furia en los ojos—; los testigos… los delatores, todo se vuelve inútil después de lo que he visto.

Lorenza. —O sea que Antonio me cree adúltera… se atreve a sospechar de la que ama… de la que le jura que antes hubiera preferido la muerte que el horrendo crimen del que la acusan…

Y tendiendo los brazos hacia su esposo, derramando un torrente de lágrimas:

—¿Es cierto que me acusa mi esposo? ¿Puede creer por un momento que Lorenza ha dejado de adorarle?

—¡Traidora! —exclama Antonio rechazando los brazos de su esposa—… tu seducción ya no me impresiona… no imagines que vas a desarmarme con esas palabras dulzonas que en otro tiempo hacían las delicias de mi vida… ya no las oigo… ya no podría oírlas… Esa miel de amor que fluye de tus labios ya no puede embriagar mi corazón, en este corazón que para ti se ha endurecido ya sólo encuentro rabia y odio.

—¡Oh cielo! ¡Qué desgraciada soy! —exclama Lorenza rompiendo a llorar—, puesto que aquel de mis acusadores que debía estar más convencido de mi inocencia es el que me ataca con mayor severidad… (Y prosiguiendo con calor): No, Antonio, no, tú no lo crees… es imposible que yo haya podido ensuciarme con ese crimen, más imposible todavía que tú puedas creerlo.

—Es inútil, hijo mío, seguir oyendo más tiempo a esta criminal —dijo Carlo, queriendo alejar a Antonio, a quien veía demasiado dispuesto a ceder—… su alma, ya corrompida, le sugiere horribles mentiras que sólo servirían para irritarte más… Vamos a pronunciarnos sobre su destino.

—¡Un momento… un momento! —exclama Lorenza, precipitándose a las rodillas de ambos Strozzi, y formando una barrera con su cuerpo—… no, no me

dejaréis antes de que me haya justificado… (y mirando fijamente a Carlo)… Sí, señor, vos me justificaréis… (con orgullo), de vos espero mi defensa… sólo vos estáis en condiciones de hacerla.

—Levantaos, Lorenza —dice Antonio muy emocionado—… levantaos, y responded con exactitud si queréis convencer. Vuestra justificación no afecta a mi padre, sólo vos estáis en situación de establecerla, ¿y cómo os atreveríais después de lo que he visto? No importa, responded: ¿estabais o no estabais en el jardín hace unos instantes?

Lorenza. —Allí estaba.

Antonio. —¿Fuisteis sola a él?

Lorenza. —Nunca fui así, Camila me acompañaba como hace siempre.

Antonio. —¿Habéis dado cita a alguien para ese paseo?

Lorenza. —A nadie.

Antonio. —Entonces, ¿cómo ha podido ser que Urbano se encontrase en el mismo sitio que vos?

Lorenza. —Es imposible que pueda rendiros cuenta de eso… ¡Oh, Carlo!, ¿os dignaréis explicárselo a vuestro hijo?

Carlo. —Quiere que yo diga qué pudo arrastrarla al crimen; así es que lo diré, hijo mío, ya que lo exige. Desde el día siguiente de vuestra boda, esta perversa criatura sólo tuvo ojos para Urbano; se escribieron, me enteré, dudé en comunicároslo… ¿me correspondía a mí denunciarla?… rompí aquel trato… castigué a Urbano, le amenacé con toda mi cólera; todavía respetaba yo demasiado a esta miserable para hablarle de sus errores; pensaba que, conteniendo a uno de los dos, el otro no se atrevería a flaquear… mi bondad me sedujo, me engañó; ¿se puede detener a una mujer que quiere perderse? Seguí vigilando a ambos… Camila se encargó de hacerlo; sólo quería ser informado por su doncella más amada… que, por no haberse separado de ella desde la infancia, debía por naturaleza acusarla menos o defenderla mejor. Por Camila supe que aquella intriga había empezado en Florencia y continuaba en esta casa de campo, creí entonces que debía renunciar a toda consideración, creí mi deber avisaros, lo hice. Ya veis cómo se defiende… ¿qué más queréis, hijo mío, qué más necesitáis para decidiros a castigar a esta desgraciada?… ¿a vengar vuestro honor ofendido?

—¡Camila me acusa, señor! —dice Lorenza a Carlo con tanta sorpresa como altivez.

—Hay que oírla —dice Antonio; y dirigiéndose a la dueña—: vos, a quien confié el cuidado de cuanto amaba… hablad, ¿es Lorenza culpable?

Camila. —Señor…

Antonio. —Hablad, os digo, lo quiero.

Lorenza. —Responded, Camila, también yo lo exijo, ¿qué prueba tenéis de que sea culpable?

Camila. —¿Puede hacerme la señora esa pregunta después de lo que ella misma sabe? ¿Ignora o no recuerda ya que quiso encargarme de esa correspondencia culpable, que me dijo que era muy desgraciada por no haber conocido al joven Urbano antes que a Antonio, y que, por ser de una cuna que podía unirse con la señora, nunca hubiera querido otro esposo?

—¡Execrable criatura! —dice Lorenza, queriendo abalanzarse contra aquella mujer y siendo contenida por Carlo—, ¿en qué abismo del infierno vas a buscar las calumnias con que te manchas?…

Y presentando a Antonio el seno descubierto:

—¡Pues bien!, señor, castigadme… castigadme ahora mismo si es cierto que soy tan culpable como osan pintarme a vuestros ojos… Aquí está mi corazón, hundid en él vuestro puñal, no dejéis vivir más tiempo un monstruo que ha podido traicionaros hasta ese punto; sólo soy digna de vuestro odio y de vuestra venganza… Arrancadme la vida, o yo misma me tomaré esa tarea.

Y, tras decir estas palabras, se abalanza sobre el puñal de Antonio; mas éste, oponiéndose a semejante furor, le dice:

—No, Lorenza, no, no morirás así, has de ser reservada para dolores más grandes… que cada día, presentado tu crimen ante tus ojos, te haga sentir mejor el aguijón del remordimiento.

Lorenza. —Antonio, yo no soy una adúltera, en el mismo instante en que me acusas, una voz secreta te habla en mi favor… descubre la verdad… infórmate; por más que me creas un monstruo… aquí respiran otros más horribles que yo; debes

conocerlos antes de condenarme, debes descubrirlos antes de que me prives de tu corazón, y no me desprecies antes de estar mejor informado. Fui al jardín, acompañada únicamente por Camila; en cuanto llegué al bosque, un sopor sobrenatural vino a apoderarse de mis sentidos… Se dice que me has visto… que me has visto en brazos de Urbano… que has matado a Urbano… lo ignoro todo… sólo he tenido unos sueños terribles, y el más profundo sueño.

Carlo. —¡Qué desvergüenza! Camila, ¿habríais sumido vos, mediante algún filtro, a vuestra ama en esa letargia de la que no ha podido defenderse?… Urbano… el desdichado Urbano, que carecía completamente de fortuna, ¿os propuso hacer la vuestra para obtener de vos ese favor? ¿Y os prestasteis a ello?

Camila. —Fuera cual fuese la fortuna que me hubiera ofrecido Urbano, señor, y aunque me hubiera convertido en dueña de un imperio, ¿habría querido obtenerlo a cambio de semejante infamia?… Mi edad… mi posición, la confianza con que me honran en esta casa, mi extremado cariño por mi ama, todo debe responderos sin la menor duda de mí, y si dejarais de estimarme, señor, pediría permiso para retirarme inmediatamente.

—¿Qué respondes, pérfida? —dice entonces Antonio lanzando furibundas miradas sobre Lorenza—, ¿qué respondes a estas acusaciones en las que reina la franqueza y la verdad?

Lorenza. —Nada, señor, pronunciaos… sólo de vuestra alma esperaba yo mi defensa… Pronunciaos, señor, he dicho todo, me resulta imposible decir nada para justificarme… todo habla contra mí… Antonio, crédulo, prefiere acusarme antes que abrir los ojos; Antonio, engañado por cuanto le rodea, prefiere creer a sus enemigos más peligrosos antes que a la mujer que le idolatrará hasta el último suspiro… sólo me queda sufrir mi sentencia… sólo me queda rogar a mi esposo… y a quien habría debido servirme de padre… que me acusa cuando sabe de sobra que soy inocente, sólo me queda suplicarles a uno y otro que decidan pronto mi destino.

—¡Ah! ¡Lorenza! —exclama el joven Strozzi mirando todavía con ternura a aquella por quien se creía tan vivamente ultrajado—. Lorenza, ¿es esto lo que me juraste desde mis más tiernos años?

—Antonio —prosigue Lorenza con viveza—, cede al impulso que te habla en mi favor… No detengas esas lágrimas que mojan tus párpados, ven a derramarlas en mi pecho… en este pecho que arde por tu amor… ven a desgarrar,

si quieres, este corazón que crees culpable, y que siempre inflama tu ternura… sí, consiento en ello, aniquila la vida de quien ya no crees digna de tu homenaje, pero no me dejes morir con la horrible idea de ser sospechosa… de ser despreciada por mi esposo… ¿Por qué no vive ya Urbano?… Menos pérfido… quizá su candor… Antonio, ¿por qué no puedes oírme? ¿Por qué mis expresiones están encadenadas en mis labios? ¿Por qué prefieres acusarme?… ¿Y quién debe amarte más que yo?

Pero Antonio no oía ya estas últimas palabras; arrastrado por su padre… convencido del crimen de su esposa, va a pronunciar contra ella… va, demasiado desgraciadamente seducido, a consentir en la desdicha de la más virtuosa e infortunada de las criaturas.

—Hijo mío —dice Carlo—, esa joven no me ha engañado nunca, reconocí la perfidia de su carácter desde los primeros días de su himeneo. Mucho menos enemigo de los Médicis que tu tío, ya pensaba en terminar con las desavenencias que nos dividen y que desgarran el seno de la patria dándote una de las sobrinas de Cosme… todavía estamos a tiempo; es un ángel de belleza, de dulzura y de virtudes; pero habría que obtener de ti dos cosas imposibles: que renunciases a la vana ambición que te ciega… que, contento con ser el segundo en Florencia, dejases el trono a los Médicis, quienes sostenidos ahora por el emperador lo conservarán infaliblemente, y que supieses vengarte del monstruo que te ultraja.

—¡Inmolarla!… ¿yo, padre mío? ¡Inmolar a Lorenza!… ¡a ella, que a pesar de su crimen parece seguir amándome con tanta pasión!

—Hombre débil, ¿pueden impresionarte todavía unos sentimientos fingidos para engañarte mejor? Si Lorenza te amaba, ¿te habría traicionado?

—¡Pérfida, no la perdonaré en toda mi vida!

—Y en este caso, ¿puedes dejarla vivir? ¿Yo mismo debo permitirlo? ¿Puedo permitir que una mujer que te deshonra encuentre asilo en mi casa?… Y esa prosperidad que espero de ti… que deseo, que debe ser mi consuelo… ¿puedes sustraerte a ella, hijo mío?… Necesitas una mujer… necesitas absolutamente una, y, como no puedes tener dos, hay que sacrificar la que te ultraja a aquella de la que ambos debemos esperar nuestra mutua felicidad. Que la mujer que tomes sea el vínculo con que yo quería encadenar la discordia y acabar con nuestras diferencias, o que otra te convenga más, sea como fuere, necesitas una esposa; este deber irresistible es la sentencia de Lorenza.

—Pero ¿podemos pronunciamos nosotros solos sobre el destino de esta culpable?

—Desde luego —dice Carlo—, es inútil hacer pública nuestra infamia; y, además, ¿la política de los príncipes en esta materia puede ser nunca la de los pueblos[105]? ¿Qué esperas hoy de Lorenza? ¿Vuelve alguien alguna vez a la virtud cuando se ha precipitado tan joven en el vicio? Lorenza sólo viviría para perpetuar tu deshonor, para multiplicar tus pesares, para convertirte cada día en la fábula y el desprecio de nuestros compatriotas… Si reinas, Antonio, ¿elevarás al trono de Florencia a la que mancilló tu lecho? ¿Podrás presentar al homenaje de los pueblos a la que sólo será digna de su desprecio? Y ese amor que los súbditos otorgan tan gustosos a los hijos de su amo, ¿te atreverás a exigirlo tú como resultado de los vergonzosos amores de tu pérfida esposa? Si los florentinos llegan a descubrir que el hijo de los Strozzi, al que han coronado, no es más que el fruto ilegítimo de la intemperancia de su madre, ¿piensas que le harán su príncipe después de ti? Estás preparando en tus Estados disensiones ciertas, revoluciones inevitables, que sin cesar harán regresar a tu familia a la nada de la que sólo la habrás sacado un día. ¡Ah!, ¡renuncia a tus proyectos de ambición si no puedes ofrecer al pueblo sobre el que pretendes reinar una compañera que sea tan digna como tú! Mas ¡qué me importan a mí tu vergüenza y tu deshonra! Languidece, languidece en paz en las cadenas con que esa miserable te cautiva, ámala criminal y culpable, respétala, mientras te aplasta con su odio y su desprecio… sé infame a ojos de toda Europa, pero destierra de ese corazón débil la ambición que en vano querrías aliar con tanta bajeza, ¿pueden nacer sentimienros de grandeza y de gloria en un alma de barro? Infámate solo por lo menos, no exijas que yo comparta tu deshonra, no pienses que has de envolverme en ella, sabré evitar la presencia de un hijo tan poco digno de mí… expirando lejos de una infamia que él no tuvo la fuerza de vengar.

Falsas lágrimas vinieron a prestar más energía aún a las terribles palabras de Carlo. Antonio se dejó convencer… Lorenza no estaba ya ante su vista, todo la pintaba infiel; firmó su sentencia. Quedó convenido, entre padre e hijo, que Camila se encargaría de hundir a la culpable en la eterna noche de la tumba; se decidió que su muerte se haría pública como fruto de una enfermedad; que Antonio iría a terminar la campaña iniciada bajo las órdenes de su tío, y que, a la vuelta, los dos hermanos acordarían un nuevo matrimonio. Antonio habría querido ver una vez más a su desdichada esposa antes de partir; un impulso secreto, del que no era dueño, parecía arrastrarle de manera invencible hacia aquella víctima infortunada de la maldad de Carlo, pero resistía, su padre había tenido la precaución de no dejarle solo, y de fortalecerle si vacilaba. Antonio partió sin ver a Lorenza, se alejó deshecho en lágrimas… volviendo cada instante los ojos hacia el triste castillo que

iba a servir de ataúd a la que tanto había amado… a la que era más digna que nunca de todos los sentimientos de su corazón.

—Bien, Camila —dijo Carlo en cuanto se vio seguro del fruto de su fechoría—, ahora nos pertenece… ¿comprende tu imaginación lo que puede resultar de la situación en que la coloco?… Y del arte con que me he deshecho, por las manos de mi hijo, de ese cómplice torpe que ya no podía sino perjudicarme, ¿qué piensas? Pero escucha, Camila, y sigue sirviéndome con el mismo celo si quieres gozar de la fortuna cierta que te aseguro: no quiero obtener a Lorenza por la fuerza; ese triunfo es muy débil para mi corazón ultrajado: quiero forzarla a suplicarme que sea suyo… sólo me rendiré a sus instancias, quiero que me las haga… Escúchame, Camila, voy a explicarte todo, y verás lo necesaria que sigue siendo para mí tu ayuda. Lorenza adora a Antonio; gracias a ese amor, que tú debes encargarte de destruir, voy a obligarla a concedérmelo todo. Hay que alimentar la esperanza en ese corazón de fuego; su tarea ha de ser mantenerlo continuamente ardiendo, vamos a encerrar a Lorenza en una mazmorra del castillo… Diremos que la decisión de su esposo la condena a muerte, y que sólo por piedad se la evitamos nosotros. Como debe perecer, a Lorenza le parecerá dulce esta suerte comparada con la que le estaba destinada; entonces tú le hablarás sin cesar de la posibilidad de calmar a su marido, y de hacer que un día su inocencia resplandezca a ojos de Antonio; te disculparás por haber sido su delatora, te defenderás diciendo que tú misma fuiste víctima de todo; en una palabra, tratarás de ganarte de nuevo su confianza… sólo te verá a ti, esto no será difícil. No cesarás de presentarme como el único conciliador que pueda conseguir que se le devuelva un día el reposo que ha perdido. A ti te hablará de mis pretensiones sobre ella, a su marido no se ha atrevido a decírselas, a ti, Camila, te las confesará; y de esas mismas confesiones nacerán tus seducciones. Pues bien, le dirás, ahí tenéis los medios de romper vuestras cadenas; no resistáis a las intenciones de Carlo, encadenadlas con el atractivo de los placeres y no dudéis de que un día él mismo traerá a Antonio a vuestras plantas. Atizarás sobre todo esa pasión en la que arde por su esposo, le propondrás hacerte cargo de sus cartas, en una palabra, irás modulando siempre con arte ese amor hacia mi hijo y la sumisión que exijo de ella; de esta manera se verán cumplidos mis propósitos; me llamará para poner fin a su suplicio, me concederá todo con tal de ver de nuevo a Antonio, exigirá incluso que quede completamente satisfecho para que le devuelva cuanto antes a su esposo… ése es el término de mis deseos.

Camila, tan pervertida como su dueño, no se asustó en absoluto de sus execrables designios; estas monstruosas palabras no la hicieron estremecerse… Estúpida y malvada criatura, que no se daba cuenta de que las armas que iba a

afilar podían traspasarla a ella también, y que con un malvado como Strozzi… (acababa de comprobarlo)… ¡el cómplice tenía tanto que temer como la víctima! No lo vio, o se dio cuenta demasiado tarde; la providencia permite que la ceguera acompañe siempre al crimen; y la seguridad del que a él se entrega se convierte en un castigo del cielo que venga a la naturaleza.

Inmediatamente se preparó una cárcel para Lorenza; Camila quería que fuese horrible, Carlo se opone:

—No —dice—, moderemos nuestros golpes por política, ya propinaremos los más fuertes cuando sea necesario; quiero que Lorenza encuentre en su celda todos los muebles que puedan endulzar su situación; será servida espléndidamente, no le faltará nada.

Como aquella misma noche todo estuvo dispuesto, Strozzi, que arde por asegurarse su conquista, entra en el cuarto de su nuera y le declara que viene con orden de su marido para hacerla morir en un baño.

—¿En un baño, señor?… ¿es muy horrible ese suplicio?

—El menos doloroso de todos.

—¡Oh!, ¡qué más da, qué más da! Ya no tengo desgracia que temer, ni miedo a ningún tormento, la pérdida del corazón de Antonio era el único que podía destruirme, lo he sufrido en todo su horror; hoy la vida me da igual, consiento en perderla… Pero vos, que tan bien conocéis mi inocencia, ¿por qué os habéis complacido en acusarme… en cubrirme de calumnias? ¿Por qué habéis tolerado las atrocidades de Camila?

—Desde que conocisteis mis deseos, desde que os resististeis a ellos con tanto rigor, ¿pudisteis imaginar por un momento que mi venganza no os aplastaría?

—Entonces me engañasteis muy cruelmente cuando me asegurabais que vuestras pruebas no eran más que trampas para mi virtud, cuyo esplendor saldría de ellas más brillante.

—Esos reproches resultan superfluos, debéis someteros a vuestra estrella.

—Así pues, ¡soy vuestra víctima! Y sois vos únicamente el que me sacrifica… vos, de quien yo esperaba ayuda en mis tiernos años, vos, que debíais asegurar mis

pasos por el sendero de la sabiduría, vos, que debíais hacer conmigo el papel del tierno padre que me arrebataron mis desgracias… sois vos, cruel, quien porque no tengo ya apoyos en el mundo, quien porque no he querido ceder al crimen, ¡vais a segar bárbaramente mis tristes días!… (y prosiguiendo entre lágrimas). ¡Ay de mí!, habré vivido poco sin duda… y, sin embargo, lo suficiente para conocer a los hombres y detestar sus horrores… ¡Oh, padre mío! ¡Padre mío!, dignaos salir del seno de los muertos… que mis lastimeros ayes logren reanimar vuestras cenizas, venid a proteger una vez más a vuestra desdichada Lorenza… venid a contemplarla al borde de su tumba, a la que todos los crímenes unidos contra ella la hacen descender en la primavera de sus días… La educabais, decíais, para que se sentara en uno de los más hermosos tronos de Italia, y no hicisteis más que venderla a verdugos.

—Todavía se os ofrece un medio para salvaros del infortunio.

—¿Un medio? ¿Cuál es?

—¿No me comprendéis, Lorenza?

—¡Ah!, demasiado, señor… mas no esperéis nada del estado al que me reducís… no, no esperéis nada, Strozzi; moriré pura e inocente, digna de ti, mi querido Antonio; esta idea me consuela, y prefiero mil veces la muerte a este precio a una vida infame que me envilecería a tus ojos.

—¡Está bien! Lorenza, debéis seguirme.

—¿No podría gozar de un último adiós de mi esposo?… ¿Por qué no es él quien me da la muerte? Sería menos horrible para mí si la recibiese de su mano.

—No está aquí.

—¡Se ha marchado… sin verme… sin escuchar mi justificación… sin permitirme abrazar sus rodillas!… ¡Se ha marchado creyéndome culpable!… ¡Oh, Carlo… Carlo!, ya no tenéis la posibilidad de un tormento que pueda desgarrar mi corazón con tanta furia… ¡golpead… golpead sin temor! Antonio me desprecia… ya sólo me queda desear la muerte, la pido, la exijo… a la mortaja le toca recibir mis lágrimas, a la tumba absorberlas… (y tras un acceso de horrendo dolor): Señor —continuó aquella infortunada—, ¿se me permitirá al menos tener al expirar el retrato de Antonio ante mi vista?… Ese retrato pintado por Rafael en tiempos más dichosos para mí… esa imagen querida que adoro y que tan bien refleja sus rasgos… ¿podré clavar mis últimas miradas en ella y morir idolatrándola?

—Ni ese retrato ni la vida os serán quitados, Lorenza, os digo que debéis seguirme, pero no a la muerte.

—Ojalá sea a la muerte, antes que a la infamia, señor; recordad que prefiero la muerte al trato indigno que sin duda me destináis.

—Entrad, Camila —dice Carlo con calma—, entrad, y llevad vos misma a vuestra ama al aposento que le está destinado, dado que su desconfianza hacia mí es todavía más horrible en el momento mismo en que le salvo la vida.

Lorenza siguió a Camila, y no vio sin asombro la nueva morada que le habían destinado…

—¿Qué se quiere hacer de mí —exclama—, y por qué encerrarme? Soy inocente o culpable: en el primer caso no merezco nada; en el segundo soy un monstruo al que no hay que dejar vivir un solo instante.

—Que esta indulgencia no os asombre ni os aflija, señora —responde la dueña—; sólo la veo como un augurio muy favorable para vos, Carlo, convertido en dueño de vuestro destino, Carlo, a quien Antonio había suplicado que os diese la muerte, sin duda sólo imagina este medio para calmar a vuestro esposo… y daros tiempo para hacer que vuestra inocencia resplandezca, y luego devolveros a él.

—No son ésos los designios de Carlo… ¿y qué confianza puedo tener, además, en la que los interpreta… en la que ha pagado mis bondades hacia ella sólo con horribles mentiras y calumnias?… ¡Pérfida criatura! ¡Tú eres la única causa de mis males… sólo a ti debo mi perdición!… ¡qué horrores no han salido de tu boca! ¿Cómo has podido obrar de manera tan indigna contra mí?

—Yo misma he podido engañarme en muchas cosas, señora; todo esto es un enigma que sólo al tiempo corresponde resolver; ocupaos sólo del porvenir, pensad que vuestro poder todavía es mucho, que vuestra vida, vuestra felicidad… que todo está en vuestro poder… pensad en ello… amáis a Antonio, podéis volver a verle… ¡oh Lorenza, Lorenza! No puedo deciros más; adiós.

Muy agitada, Lorenza pasó ocho días en esta situación, sin oír hablar ni de Camila ni de su suegro; era servida por un viejo que no permitía que le faltase nada, pero del que era imposible sacar la menor explicación. Durante esta primera parte de sus desdichas, su situación fue cruel; el temor, la inquietud… la desesperación, sobre todo, de no estar en condiciones quizá de probar su inocencia,

el dolor (al precio que pudiera ser) de no haberla hecho resplandecer bastante cuando podía, y de haberse visto retenida por consideraciones demasiado delicadas para que el bárbaro que la sacrificaba hubiera podido apreciarlas, tales eran los confusos sentimientos que la desgarraban uno tras otro, tal era el caos de ideas en que flotaba su imaginación; la infortunada se ahogaba en sus lágrimas, las dejaba correr, con amarga alegría, sobre aquel delicioso retrato de un esposo demasiado crédulo, demasiado raudo en acusarla, y al que ella no adoraba menos.

Como todavía no le negaban nada, sacó provecho, en los momentos de calma, de sus habilidades para suavizar sus desdichas; copió por su mano aquel retrato tan querido y transcribió con su sangre, debajo, estos versos que Petrarca, su autor preferido, había hecho para el de Laura[37]:

Pero ch'a vista ella[38] si mostra umile,

promettendomi pace nell' aspetto

ma poi ch'i' vengo a raggionare con lei

benignamente assai par che m'ascolte;

se risponder s'apesse a detti miei.

Pigmalion, quanto lodar' ti dei

dell' imagine tua se mi lie volte

n'avesti quel ch'i' sol' una borrei!

PETR. Son. 57[106]

Camila apareció al noveno día, y encontró a su ama en un estado de gran abatimiento; con toda la habilidad de que su falsía era capaz, le hizo comprender que el único medio que podía quedarle de romper sus cadenas y ser devuelta a su marido era ceder a los deseos de Carlo.

—No os asuste, señora, su parentesco con vos —continuaba aquella sirena—; ese crimen sólo existe por la mezcla de la misma sangre, pero en vuestro caso los lazos de parentesco son convencionales, sólo estáis ligada a Carlo por alianza. ¡Ah!,

hacedme caso, ¡no dudéis! Conocéis a Carlo, no es sino demasiado cierto que Antonio le ha dejado dueño de vuestra vida, y no os respondo de los efectos de su venganza si seguís irritándole con vuestras negativas.

Pero ningún sofisma tuvo éxito; estas indignas palabras repugnaron a Lorenza, que arrostró todas las amenazas y nada consiguió decidirla.

—Camila —respondía llorando la joven esposa de Strozzi—, ya me habéis hundido bastante en la desgracia, no tratéis de ahogarme en ella. De todos los azotes que me abruman, el más horrible para mí sería faltarle a mi esposo; no, Camila, no, no conservaré la vida al precio de semejante crimen. De cualquier forma he de morir, mi sentencia está pronunciada, lo sé de sobra, la muerte no será nada para mí si la recibo inocente; me sería horrible si yo fuera culpable.

—No moriréis, Lorenza…, no moriréis, os lo juro, si concedéis a Carlo lo que exige de vos; sin eso, no os respondo de nada.

—¡Pues bien!, suponiendo que fuera bastante débil para ceder a tus odiosas instancias y que pagase mi libertad con mi honor, ¿imaginas, pese a tus horribles razonamientos, que me atrevería a ofrecerme a mi esposo mancillada por un crimen tan abominable?… Después de ser la amante del padre, ¿tendría la desvergüenza de ser la esposa del hijo? ¿Crees que ignoraría él por mucho tiempo ese horror? Aunque yo llegara a vencer todas mis repugnancias, ¿con qué ojos me vería Antonio cuando supiera mi ignominia? No, no, te lo repito una vez más, Camila, prefiero morir honrada por él antes que salvarme gracias a una acción que ha de merecer su desprecio; es el corazón, es la estima de mi esposo lo que constituye el encanto de mi vida, toda su dulzura se vería turbada si ya no fuera digna de uno y de otra; aunque hubiera de ignorar la infamia que habría cometido para volver a él, la horrible turbación de mi conciencia no me dejaría gozar un solo instante de calma: expiraría igualmente, y presa de una desesperación cuya causa no tardaría él en conocer.

No fue sin horribles accesos de furia como Carlo supo el escaso éxito de las tentaciones de Camila; los obstáculos llevan a la crueldad a un alma como la de Strozzi.

—Vamos —dijo Carlo—, cambiemos de estratagema; lo que no consigo por la astucia… tal vez me lo den los tormentos; la esperanza la sostiene, sus quimeras la consuelan; tratándola con severidad, aniquilaré todas sus ilusiones… me detestará, ¿qué me importa?… Ya me odia… Camila, hay que meterla en una

prisión más horrible, hay que quitarle todas las comodidades de que ahora goza, arrancarle sobre todo ese retrato del que saca las fuerzas que la incitan a resistir, que la consuela y fortalece en sus desgracias… por último, hay que volverle tan funesta su situación, duplicar tanto el peso de sus cadenas que sucumba o que me implore.

La cruel Camila ejecuta inmediatamente las órdenes de su amo. Arrastran a Lorenza a un cuarto donde apenas penetran los rayos del sol, la visten de negro; le anuncian que sólo entrarán en ese cuarto cada tres días, para llevarle una comida muy inferior a la que ha tenido hasta entonces. Sus libros, su música, los medios de que disponía para expresar sus ideas, todo le fue cruelmente arrebatado; pero cuando Camila pide el retrato, cuando quiere arrancarlo de las manos de su dueña, Lorenza lanza espantosos gritos hacia el cielo.

—¡No! —dice—, ¡no! ¡No me quitéis lo que puede calmar mi suerte! ¡En nombre de Dios, no me lo arranquéis! Quitadme la vida, sois dueños de ella, pero que muera al menos sobre este querido retrato; mi único consuelo es hablarle… bañarle a cada instante con mis lágrimas… ¡Ay!, no me privéis del único bien que me queda… le cuento mis desgracias… él me oye… su dulce mirada las suaviza, le convenzo de mi inocencia, él la cree; cuando un día sea devuelto a mi esposo, le dirá cuánto he sufrido… ¿A quién me dirigiré, si ya no lo tengo? ¡Oh, Camila, no me quites este tesoro!

Las órdenes eran precisas, había que ejecutarlas; le arrancan el retrato a la fuerza, y Lorenza se desmaya. Ése es el instante en que Carlo osa ir a contemplar a su víctima…

—¡Pérfida! —exclama, sosteniendo en sus manos el retrato que acaban de entregarle—… ¡así que éste es el objeto que cautiva su corazón… que le impide entregarse a mí!

Y tirando lejos aquella joya:

—Mas ¿qué digo? ¡Ay de mí! ¿Qué hago, Camila? ¿Será atormentándola como conseguiré doblegar su odio?… ¡Qué hermosa es… y cómo la idolatro!… Abre los ojos, Lorenza, atrévete a imaginar a tu esposo a tus pies por un momento, déjame gozar de la ilusión… Camila, ¿por qué no he de aprovechar este instante?… ¿Quién lo impide?… No, no, quiero excitar mejor todavía su rabia ya que no puedo encender su amor. No sería suficientemente desdichada si triunfara de ella en los brazos del sueño.

Carlo se retira; a fuerza de cuidados, Camila reanima los sentidos de su dueña y la deja entregada a sus reflexiones.

Cuando Lorenza vio a Camila entrar tres días más tarde, tiende los brazos hacia aquella furia, la conjura a que obtenga su muerte.

—¿Por qué se me quiere conservar más tiempo —dice—, si es seguro que nunca concederé lo que exigen de mí? Que abrevien mis días, lo pido con insistencia, o, superando por fin los principios religiosos que hasta ahora me han contenido, yo misma acabaré desde luego conmigo; mis desdichas son demasiado honradas para que pueda soportarlas más tiempo; decid a Carlo, que se complace en hacerme sufrir, que la felicidad que disfruta está a punto de apagarse, que le suplico que me sacrifique los últimos momentos, precipitándome cuanto antes en la tumba.

Camila no responde sino con nuevas seducciones; no hay nada que no intente todavía; despliega con su joven dueña la más hábil elocuencia del crimen, pero sin triunfar; Lorenza persiste en pedir la muerte, y sólo algunos auxilios religiosos, si quieren concedérselos. Carlo, avisado por Camila, osa entrar de nuevo en aquel lugar de horror.

—¡Basta de compasión! —dice a su victima—, pero has de saber que no perecerás sola; tu indigno esposo está ahí, y la suerte que le espera es la misma que va a arrancarte la vida, su muerte precederá a la tuya; adiós, sólo te queda un instante de vida…

Se retira. En cuanto Lorenza está sola, se entrega a los desvaríos más horribles…

—¡Querido esposo! —exclama—, vas a morir, mi verdugo me lo ha dicho; pero al menos será cerca de mí… quizá sepas que las acusaciones contra mí eran falsas; juntos volaremos a los pies de un Dios que nos vengará; si la felicidad no ha podido brillar ante nuestros ojos en la tierra, volveremos a encontrarla en el seno de ese Dios justo, siempre abierto a los desgraciados… Me amas, Antonio, sigues amándome, siempre tengo en mi corazón esas últimas miradas que te dignaste arrojar sobre mí cuando te arrancaste de mis brazos… Te cegaban, te seducían, Antonio, yo te perdono; ¿puedo vislumbrar tus errores cuando mi alma se ocupa de ti? Esa alma será pura, será digna de la tuya; no habré conservado la vida gracias a un crimen horrible, no habré merecido tu desprecio… mas, si fuera cierto que tu vida tuviese por precio el crimen que exigen… si fuera cierto que yo

pudiera salvarte cediendo… No, ¡tú no lo querrías, Antonio! La muerte te asustaría menos que la infidelidad de tu Lorenza… ¡Ah!, renunciemos juntos a estos lazos terrenales que sólo nos cautivan sobre un océano de dolores, rompámoslos, ya que es necesario, y perezcamos ambos en el seno de la virtud.

Aquella infortunada se tira al suelo tras esa invocación, se queda allí… allí permanece inanimada hasta el momento en que su mazmorra se abre de nuevo.

Durante aquel intervalo se había producido un singular acontecimiento; Carlo se había decidido por dos crímenes a la vez, el de no esperar más tiempo para consumar sus planes sobre la esposa de su hijo, a quien la fuerza iba a sometérsela, puesto que resultaba imposible tener éxito de otra manera; y el de sepultar el recuerdo de todos sus horrores deshaciéndose del segundo cómplice que le servía. Había envenenado a Camila; mas en cuanto esta nueva víctima sintió los efectos del veneno, el remordimiento empezó a desgarrarla; aprovechando sus últimas fuerzas se había apresurado a escribir a Antonio: ponía al descubierto las tramas de su padre, le pedía perdón por haber ayudado a urdirlas, le informaba que Lorenza aún respiraba, que era inocente, y le aconsejaba no perder un instante para venir a arrancarla de las afrentas y de la muerte que inevitablemente le esperaban. Camila había encontrado la forma de hacer llegar su carta al campamento de Luis, y sólo había ido a tumbarse sobre su lecho de muerte después de haber calmado su conciencia con esa gestión; Carlo, que la ignora, no abandona sus designios; se prepara para ejecutarlos.

Es de noche; el malvado penetra, lámpara en mano, en la mazmorra de su hija, Lorenza está en el suelo, tendida en él, casi sin vida; ése es el objeto… el objeto de la más tierna compasión sobre el que este monstruo osa imaginar placeres execrables[107]… contempla a la infortunada… pero el cielo está harto de sus crímenes: ése es el instante que por fin elige para poner término a las execraciones de aquella bestia feroz… Un ruido espantoso se deja oír… es Luis… es Antonio, los dos se precipitan sobre aquel criminal; Luis quiere apuñalarlo, Antonio desvía el hierro que amenaza la vida del autor de sus días:

—Dejémosle vivir —dice el generoso Antonio—, he ahí a la que amo, ¡y la recupero inocente! Dejemos vivir a su verdugo, será mucho más desgraciado que si le quitáramos la vida.

—Estoy demasiado convencido de eso para no permitiros semejante goce —dice el feroz Carlo apuñalándose él mismo…

—¡Oh, padre mío! —exclama Antonio, queriendo todavía salvar la vida de aquel desdichado.

—No, dejadle —dice Luís—, así deberían perecer todos los traidores; éste sólo hubiera vivido para convertirse de nuevo en el horror del mundo y de su familia; que vuelva a los infiernos, de donde escapó sólo para nuestra desdicha, que vuelva allí para espantar, si puede, a las sombras del Éstige, con el horrendo relato de sus crímenes; que sea rechazado por ellas como lo es por nosotros: ése es el último tormento que le deseo.

Lorenza es sacada de su calabozo… apenas puede soportar la sorpresa de tal suceso. En brazos de su querido esposo, las lágrimas resultan las únicas expresiones que le son permitidas en el violento estado en que se encuentra.

Abrazos y felicitaciones no tardan en hacerle olvidar sus desgracias, y lo que las borra por completo de su alma inocente y pura es la felicidad que la rodea… es la dicha que derramaba sobre ella aquel virtuoso esposo durante los cuarenta años que la Toscana pudo gozar del orgullo de seguir teniendo en su seno una mujer, a un tiempo tan bella, tan virtuosa y tan digna, por tantas razones, del amor, del respeto y de la veneración de los hombres.

Nota

Quizá guste algo a los aficionados a la poesía italiana reproducir aquí completo el soneto 57 de Petrarca, del que sólo hemos podido adaptar la mitad a nuestro asunto; así se verá que los primeros versos de este soneto prueban la verdad de la nota puesta al pie; era a propósito de este soneto por lo que Basara decía:

«¡Qué dicha para un pintor cuando puede encontrarse con un gran poeta! Le hará un pequeño retrato que sólo durará cierto número de años, porque la pintura está sujeta a toda suerte de accidentes, y tendrá por recompensa versos que durarán siempre, porque el tiempo no tiene poder alguno sobre ellos. Simón fue muy feliz por conocer a Petrarca en Aviñón. Un retrato de Laura le valió dos sonetos que le harán inmortal, cosa que todas sus pinturas no habrían podido hacer».

Y he aquí cómo, en el siglo del renacimiento de las artes, quienes las cultivaban sabían establecer entre ellas una justa jerarquía y rendirse mutua justicia; ¿se encontraría hoy esa buena fe… ese precioso candor?

He aquí el soneto de que se trata, con una traducción literal en verso francés; está muy lejos de alcanzar el valor del original, pero la gente de letras sabe que la poesía italiana no puede traducirse[108].

SONETO

Quando giunse a Simon l’alto concerto

Ch’a mio nome gli pose in man to stile;

S’avesse dato all’ opera gentile

Con la figura voce, ed intellecto;

Di sospir molti mi sgombrava il petto.

Che cio altri han più caro, a me fan vile:

Pero ch’a vista ella si mostra umile,

Promettendomi pace nell’ aspetto

Ma poi ch’i’ vengo a raggionare con lei;

Benignamente assai par che m’ascolte

Se risponder s’apesse a’ detti misei.

Pigmalion’[109], quanto lodar’ ti dei

Dell’ imagine tua, se mille volte

N’avesti quel ch’ i’ sol’ una, vorrei!

Traducción

Lorsque Simon a ma prière

Fit ce portrait si ressemblant;

A cette image qui m’est chère,

S’il eut do-e la voix, le sentiment,

Ah! Qu’ilm’eut épargne de soupirs et de larmes!

Laure dans ce portrait déployant mille charmes,

Me traite avec douceur et m’a—once la paix

Si j’ose lui parler, je crois voir dans ses traits, Qu’elle est sensible a mes alarmes;

Pour me répondre, hélas! il lui manque la voix.

Heureux Pigmalion! tu reçus orille fois,

Cette faveur de ton ouvrage,

Qu’une seule fois je voudrais

Obtenir de ma chère image[39].

ERNESTINA

Novela sueca

Después de Italia, Inglaterra y Rusia, pocos países me parecían tan curiosos en Europa como Suecia[110]; pero si mi imaginación se enardecía con el deseo de ver las célebres comarcas de las que antaño salieron los Alarico, los Atila, los Teodorico[111], todos esos héroes, en fin, que, seguidos por una innumerable multitud de soldados, supieron apreciar el águila imperiosa cuyas alas aspiraban a cubrir el mundo y hacer temblar a los romanos en las puertas mismas de su capital; si, por otro lado, mi alma ardía en deseos de inflamarse en la patria de los Gustavo Vasa[40], de las Cristina y de los Carlos XII[112]… famosos los tres, aunque por motivos diferentes, pues uno* se ilustra con esa filosofía rara y preciosa en un soberano, con esa prudencia estimable que hace pisotear los sistemas religiosos cuando contrarían tanto la autoridad del gobierno a la que deben estar subordinados como la felicidad de los pueblos, único objeto de la legislación; la segunda, con esa grandeza de alma que hace preferir la soledad y las letras al vano esplendor del trono; y el tercero, con esas virtudes heroicas que le merecieron por siempre el sobrenombre de Alejandro; si me animaban todos estos motivos diferentes, digo, ¡con cuánto más ardor aún deseaba admirar a ese pueblo inteligente, virtuoso, sobrio y magnánimo, al que podemos llamar el modelo del Norte!

Con esa intención salí de París el 20 de julio de 1774 y, después de haber cruzado Holanda, Westfalia y Dinamarca, llegué a Suecia a mediados del año siguiente.

Al cabo de una estancia de tres meses en Estocolmo, mi primer objeto de curiosidad se orientó hacia esas famosas minas cuyas descripciones tanto había leído, y en las que acaso imaginaba encontrar algunas aventuras semejantes a las que nos refiere el abate Prévost[113] en el primer volumen de sus anécdotas; lo conseguí, pero ¡qué diferencia!…

Así que en primer lugar me dirigí a Upsala, situada a orillas del río Fyris, que divide esa ciudad en dos. Capital de Suecia durante mucho tiempo, Upsala aún sigue siendo hoy su ciudad más importante después de Estocolmo. Tras haber vivido en ella tres semanas, me dirigí a Falhum, antigua cuna de los escitas, cuyas costumbres y cuya indumentaria conservan estos habitantes de la capital de la Dalecarlia. Al salir de Falhum, me dirigí a la mina de Taperg, una de las más considerables de Suecia.

Estas minas, el mayor recurso del Estado durante mucho tiempo, no tardaron en caer bajo dependencia de los ingleses debido a las deudas contraídas por los propietarios con esa nación, siempre dispuesta a servir a los que imagina poder tragarse un día después de haber perturbado su comercio o debilitado su poder mediante préstamos usurarios.

Una vez en Taperg, mi imaginación empezó a trabajar antes de descender a esos subterráneos donde el lujo y la avaricia de algunos hombres saben enterrar a tantos otros.

Recién llegado de Italia, imaginaba al principio que aquellas canteras debían parecerse a las catacumbas de Roma o de Nápoles; me equivocaba: por ser mucho más profundas debía encontrar en ellas una soledad menos espantosa.

En Upsala me habían dado, para guiarme, un hombre muy instruido que cultivaba las letras y las conocía bien. Por suerte para mí, Falkeneim (ése era su nombre) hablaba a la perfección el alemán y el inglés, únicos idiomas del Norte que me permitían tratar con él; mediante la primera de esas lenguas, que ambos preferíamos, pudimos conversar sobre todos los temas, y me fue fácil saber por él la historia que enseguida voy a contar.

Con la ayuda de un cesto y de una cuerda, aparato dispuesto de forma que el trayecto se haga sin ningún peligro, llegamos al fondo de aquella mina, y en un instante nos encontramos a ciento veinticinco toesas de la superficie del suelo. No sin sorpresa vi allí calles, casas, templos, posadas, movimiento, trabajo, policía, jueces, en fin, todo lo que puede ofrecer el burgo más civilizado de Europa.

Después de haber recorrido aquellas singulares moradas, entramos en una taberna de cuyo dueño obtuvo Falkeneim cuanto hacía falta para refrescarse, cerveza bastante buena, pescado seco y una especie de pan sueco, muy socorrido en el campo, hecho con cortezas de abeto y de abedul mezcladas con paja y algunas raíces silvestres y amasadas con harina de avena: ¿se necesita más para satisfacer una verdadera necesidad? El filósofo que recorre el mundo para instruirse debe adaptarse a todas las costumbres, a todas las religiones, a todos los tiempos, a todos los climas, a todas las camas, a todos los alimentos, y dejar al voluptuoso indolente de la capital sus prejuicios… su lujo… ese lujo indecente que, sin satisfacer nunca las necesidades reales, le crea cada día otras ficticias a expensas de sus bienes y de su salud.

Estábamos terminando nuestra frugal comida cuando uno de los obreros de

la mina, con chaqueta y pantalones azules, la cabeza cubierta con una mala y pequeña peluca rubia, se acercó a saludar a Falkeneim en sueco. Como mi guía, por cortesía hacia mí, respondió en alemán, el prisionero (pues era uno de ellos) se puso a hablar al punto en esa lengua. Al ver al infortunado que yo era la razón de aquella forma de hablar, creyendo reconocer mi patria me hizo un cumplido en francés, que pronunció muy correctamente, y luego se informó a través de Falkeneim de si había noticias de Estocolmo. Nombró a varias personas de la corte, habló del rey, y todo con una especie de naturalidad y de libertad que me impulsaron a observarle con mayor atención. Preguntó a Falkeneim si no pensaba que algún día habría perdón para él, a lo que mi guía respondió de forma negativa, estrechándole la mano con aflicción. No tardó en alejarse el prisionero, con la pena en los ojos, y sin querer aceptar nada de nuestros platos, por más instancias que le hicimos. Un instante después volvió para preguntar a Falkeneim si quería hacerse cargo de una carta que se apresuraría a escribir; mi compañero le prometió rodo, y el prisionero se marchó.

Nada más irse le dije a Falkeneim:

—¿Quién es ese hombre?

—Uno de los gentilhombres más importantes de Suecia —me respondió.

—Me sorprendéis.

—Es muy afortunado estando aquí: esta tolerancia de nuestro soberano podría compararse con la generosidad de Augusto hacia Cinna[114]. El hombre que acabáis de ver es el conde Oxtiern[115], uno de los senadores más opuestos al rey en la revolución de 1772[41]. Cuando las leyes le hubieron condenado, el rey, recordando el odio que antes había demostrado contra él, le mandó llamar y le dijo: «Conde, mis jueces os entregan a la muerte… vos me proscribisteis también, hace algunos años: por eso os salvo la vida; quiero demostraros que el corazón de aquel a quien no encontrabais digno del trono no carece sin embargo de virtudes». Oxtiern cae a los pies de Gustavo, derramando un torrente de lágrimas. «Quisiera que me fuera posible salvaros por completo —dijo el príncipe levantándole—; la enormidad de vuestros actos no lo permite; os envío a las minas, no seréis feliz, pero por lo menos viviréis… Retiraos». Trajeron a Oxtiern a estos lugares, acabáis de verle. Marchémonos —añadió Falkeneim—, se hace tarde, recogeremos su carta al pasar.

—¡Oh!, señor —dije entonces a mi guía—, deberíamos pasar aquí ocho días,

habéis excitado mi curiosidad. No abandonaré las entrañas de la tierra sin que me hayáis contado el motivo que aquí sepulta por siempre a ese desdichado. Aunque criminal, su cara es interesante; ese hombre no habrá cumplido ni los cuarenta años… Me gustaría verlo libre; puede enmendar sus errores.

—¿Enmendarse él?… Nunca… nunca.

—Por favor, señor, complacedme.

—De acuerdo —prosiguió Falkeneim—; además, el retraso le dará tiempo a escribir sus despachos; le avisaremos para que no se dé prisa, y pasemos a esa habitación del fondo, estaremos más tranquilos que al lado de la calle… Sin embargo, me molesta deciros estas cosas: perjudicarán el sentimiento de piedad que ese malvado os inspira; y preferiría que él no perdiese nada, y que vos siguierais en la ignorancia.

—Señor —le dije a Falkeneim—, las faltas del hombre me enseñan a conocerle, sólo viajo para estudiar; cuanto más se aparte de los diques que le imponen las leyes o la naturaleza, más digno es de mi examen y de mi compasión. La virtud sólo tiene necesidad de culto, su carrera es la de la felicidad… debe de serlo: mil brazos se abren para acoger a sus seguidores si la adversidad los persigue. Pero todo el mundo abandona al culpable… se avergüenza de defenderle, o de llorar por él, el contagio asusta, está proscrito de todos los corazones, y por orgullo se abruma al que deberíamos socorrer por humanidad. ¿Dónde puede haber, señor, un mortal más interesante que en quien, desde la cumbre de las grandezas, ha caído de golpe en un abismo de males, quien nacido para los favores de la fortuna sólo experimenta sus desgracias… sólo tiene a su alrededor las calamidades de la indigencia y en su corazón las puntas aceradas del remordimiento o las serpientes de la desesperación? Ése únicamente es digno de mi piedad, querido amigo; yo no diré como los tontos: *Es culpa suya*, o como los corazones fríos que quieren justificar su endurecimiento: *Es demasiado culpable*. ¡Eh!, ¡qué me importa a mí lo que ha conculcado, lo que ha despreciado, lo que ha hecho! Es hombre, debe de ser débil… Es criminal, es desdichado, lo compadezco… Hablad, Falkeneim, hablad, ardo en deseos de oíros.

Y mi virtuoso amigo tomó la palabra en los siguientes términos:

En los primeros años de este siglo, un hombre de religión romana y nacionalidad alemana se vio obligado a huir de su patria por un asunto que estaba muy lejos de deshonrarle. Sabiendo que, aunque nosotros hemos abjurado los

errores del papismo, son sin embargo tolerados en nuestras provincias, llegó a Estocolmo. Joven y apuesto, con afición a lo militar y lleno de pasión por la gloria, agradó a Carlos XII y tuvo el honor de acompañarle en varias expediciones; se hallaba presente en el desgraciado asunto de Poltava, siguió al rey a su retiro de Bender, compartió su detención entre los turcos y regresó a Suecia con él[116]. En 1718, cuando el Estado perdió a ese héroe bajo los muros de Frederikshald, en Noruega, Sanders (tal es el nombre del gentilhombre del que os hablo) había conseguido el despacho de coronel, y en calidad de tal se retiró a Nordkoping, ciudad comercial situada a quince leguas de Estocolmo, sobre el canal que une el lago Véter al mar Báltico, en la provincia de Ostrogocia. Sanders se casó, tuvo un hijo, que Federico I y Adolfo-Federico acogieron igualmente; se abrió camino por mérito propio, obtuvo la graduación de su padre, y también se retiró, aunque joven todavía, a Nordkoping, su lugar de nacimiento, donde, como su padre, se casó con la hija de un negociante no muy rico, y que murió doce años más tarde después de haber traído al mundo a Ernestina, que es la protagonista de esta historia. Hace tres años Sanders podía tener unos cuarenta y dos años; su hija tenía dieciséis entonces, y pasaba con justa razón por una de las más bellas criaturas que nunca se hayan visto en Suecia. Era alta, digna de ser pintada, de aspecto noble y altivo, con unos bellísimos ojos negros, muy vivos, y larguísimos cabellos del mismo color, cualidad rara en nuestros climas; y, pese a esto, una piel bellísima y blanquísima; le encontraban cierto parecido con la hermosa condesa de Sparre, la ilustre amiga de nuestra sabia Cristina, y era verdad.

La joven Sanders no había llegado a la edad que tenía sin que su corazón no hubiera ya elegido; pero, habiendo oído decir con frecuencia a su madre lo cruel que era para una mujer que adora a su marido verse a cada momento separada de él por los deberes de una profesión que lo encadena, tan pronto en una ciudad como en otra, Ernestina, con la aprobación de su padre, se había decidido a favor del joven Herman[42], de su misma religión y que, destinado al comercio, se preparaba para esa profesión en los establecimientos del señor Scholtz, el comerciante más famoso de Nordkoping y uno de los más ricos de Suecia.

Herman pertenecía a una familia de la misma condición; pero había perdido a sus progenitores muy joven, y, al morir, su padre lo había encomendado a Scholtz, antiguo socio suyo. Vivía pues en su casa; y tras haber merecido su confianza por su sensatez y asiduidad, estaba al frente, pese a tener sólo veintidós años, de los fondos y los libros de aquella casa cuando el jefe murió sin hijos. A partir de ese momento, el joven Herman se encontró bajo la férula de la viuda, mujer arrogante, imperiosa, y que, pese a todas las recomendaciones de su esposo relativas a Herman, parecía completamente resuelta a deshacerse del joven si no

respondía continuamente a los propósitos que sobre él había forjado. Absolutamente hecho para Ernestina, Herman, hombre tan apuesto como mujer hermosa era ella, adorándola tanto como querido era él, podía sin duda inspirar amor a la viuda Scholtz, mujer de cuarenta años y muy lozana todavía; pero, al tener comprometido el corazón, lo más natural es que no respondiera a esa pretensión de su patrona, y que, aunque sospechara el amor que ella sentía por él, fingiese prudentemente no darse cuenta.

A Ernestina Sanders, sin embargo, esa pasión la alarmaba. Tenía a *Mme.* Scholtz por mujer audaz, emprendedora, de carácter celoso y arrebatado; y semejante rival la inquietaba extraordinariamente. Además, ella estaba lejos de ser para Herman tan buen partido como la Scholtz: por parte del coronel Sanders, nada, y algo de hecho por parte de madre; pero no era comparable con la enorme fortuna que la Scholtz podía proporcionar a su joven cajero.

Sanders aprobaba la elección de su hija. Como era su único descendiente, la adoraba y, sabiendo que Herman tenía patrimonio, inteligencia, buenas costumbres y, además, era dueño del corazón de Ernestina, estaba lejos de poner obstáculo alguno a un acuerdo tan conveniente. Mas la fortuna no siempre quiere lo que está bien: como si su placer consistiera en turbar los proyectos más sensatos del hombre, a fin de que el hombre pueda sacar de esa inconsecuencia unas lecciones hechas para enseñarle a no contar nunca con nada, en un mundo donde la inestabilidad y el desorden son sus leyes más seguras.

—Herman —dijo un día la viuda Scholtz al joven enamorado de Ernestina—, ya estáis suficientemente formado en el comercio como para adoptar una resolución. Los fondos que vuestros padres os dejaron han prosperado, gracias a los cuidados de mi esposo y los míos, más de lo que se necesita para estableceros a vuestro gusto: comprad una casa, amigo mío, yo quiero retirarme pronto; en cualquier momento haremos cuentas.

—Como gustéis, señora —dijo Herman—; conocéis mi probidad, mi desinterés; en cuanto a los fondos que tenéis míos estoy tranquilo como vos debéis estarlo sobre los que administro en vuestra casa.

—Pero, Herman, ¿no tenéis ningún proyecto de estableceros?

—Todavía soy joven, señora.

—Por eso precisamente sois más adecuado para convenir a una mujer

sensata; estoy segura de que hay mujeres cuya felicidad haríais con toda seguridad.

—Quiero conseguir una fortuna mayor antes de llegar a ese punto.

—Una mujer os ayudaría a hacerla.

—Cuando me case, quiero que esté hecha, para no tener que ocuparme más que de mi esposa y de mis hijos.

—¿Quiere eso decir que no hay ninguna mujer a la que deis preferencia sobre otra?

—Hay una en el mundo a la que adoro como a una madre, y mis servicios están dedicados a ella por todo el tiempo que se digne aceptarlos.

—No os hablo de esa clase de sentimientos, amigo mío; os los agradezco, pero no son esos los que se necesitan para el matrimonio. Herman, os pregunto si no tenéis a la vista alguna persona con la que queráis compartir vuestro destino.

—No, señora.

—Entonces, ¿por qué estáis siempre en casa de los Sanders? ¿Qué vais a hacer continuamente a casa de ese hombre? Él es militar, vos comerciante; tratad a las gentes de vuestra condición, amigo mío, y abandonad a las que no lo son.

—La señora sabe que soy católico; el coronel también lo es: nos reunimos para rezar… para ir juntos a las capillas que nos están permitidas.

—Nunca he criticado vuestra religión, aunque yo no pertenezca a ella; totalmente convencida de la inutilidad de todas esas bobadas, sean del género que sean, sabéis, Herman, que siempre os he dejado en paz en ese punto.

—Bueno, señora, la religión… por eso voy a veces a casa del coronel.

—Herman, hay otra causa para esas visitas frecuentes, y me la ocultáis; amáis a Ernestina… esa chiquilla que, en mi opinión, no tiene figura ni inteligencia, aunque toda la ciudad hable de ella como de una de las maravillas de Suecia… Sí, Herman, la amáis… la amáis, os digo, lo sé.

—La señorita Ernestina Sanders creo que piensa bien de mí, señora… Su

cuna… su estado… ¿Sabéis, señora, que su abuelo, el coronel Sanders, amigo de Carlos XII, era un excelente gentilhombre de Westfalia?

—Lo sé.

—Entonces, señora, ¿podría convenirme ese partido?

—Os aseguro, Herman, que no os conviene en absoluto; necesitáis una mujer hecha, una mujer que piense en vuestra fortuna, y que la cuide, una mujer de mi edad y de mi estado, en una palabra.

Herman se pone colorado, se vuelve… Como en ese momento traían el té, la conversación se interrumpió, y, tras el almuerzo, Herman se fue a sus ocupaciones.

—¡Mi querida Ernestina! —dijo al día siguiente Herman a la joven Sanders—, es indudable que esa mujer tiene proyectos sobre mí; no puedo seguir dudándolo. Conocéis su carácter, sus celos, su crédito en la ciudad[43]; Ernestina, lo temo todo.

Y como en ese momento entraba el coronel, los dos enamorados le dieron cuenta de sus aprensiones.

Sanders era un antiguo militar, un hombre de gran sentido común que, sin importarle los chismorreos de la ciudad, y, percibiendo que la protección que concedía a Herman iba a poner en su contra a la Scholtz y a todos los amigos de esa mujer, creyó su deber aconsejar a los jóvenes que cedieran a las circunstancias. Hizo vislumbrar a Herman que la viuda de la que dependía era en el fondo un partido mejor que Ernestina, y que, a su edad, debía estimar infinitamente más las riquezas que la figura.

—No es que os niegue a mi hija, amigo mío —continuó el coronel—… Os conozco… os estimo, sois dueño del corazón de vuestra adorada; consiento pues en todo, no os quepa la menor duda, pero lamentaría mucho haberos preparado disgustos. Ambos sois jóvenes; a vuestra edad uno sólo ve el amor, imagina que debe hacernos vivir; es un error: el amor languidece sin la riqueza, y a la elección que sólo el amor ha dirigido pronto le siguen los remordimientos.

—Padre mío —dijo Ernestina arrojándose a las plantas de Sanders—… respetable autor de mis días, ¡no me quitéis la esperanza de ser de mi querido Herman! Me prometisteis su mano desde la infancia… Esa idea es toda mi alegría; no me la arrancaríais sin causarme la muerte. Me he entregado a este afecto: ¡es tan dulce ver los sentimientos propios aprobados por su padre! Herman encontrará en

el amor que por mí siente toda la fuerza necesaria para resistir a las seducciones de la Scholtz… ¡Oh!, padre mío, ¡no nos abandonéis!

—Levántate, hija mía —dijo el coronel—, te amo… te adoro… Ya que Herman hace tu dicha y ambos os convenís, tranquilízate, querida hija, nunca tendrás otro esposo… Y, de hecho, no debe nada a esa mujer: la probidad… el celo de Herman le liberan por lo que atañe al agradecimiento: no está obligado a sacrificarse para agradarla… Pero habría que intentar no pelearse con nadie…

—Señor —dijo Herman estrechando al coronel en sus brazos—, vos que me permitís llamaros padre, ¡cuánto no os debo por las promesas que acaban de brotar de vuestro corazón!… Sí, mereceré lo que hacéis por mí: perpetuamente dedicado a vos y a vuestra querida hija, los instantes más dulces de mi vida se dedicarán a consolar vuestra vejez… Padre mío, no os inquietéis… no nos crearemos enemigos: no he contraído ningún compromiso con la Scholtz: si le rindo sus cuentas en el mejor orden, y le pido las mías, ¿qué puede decir?…

—¡Ay, amigo mío!, ¡no conoces a los individuos que pretendes desafiar! —proseguía el coronel, agitado por una especie de inquietud que no podía dominar—; no hay una sola clase de crimen que no se permita una mujer malvada cuando se trata de vengar sus encantos de los desdenes de un amante: esa desgraciada hará caer sobre nosotros los dardos envenenados de su rabia, y serán cipreses lo que nos hará recoger, Herman, en lugar de las rosas que esperas.

Ernestina y su amado pasaron el resto del día tranquilizando a Sanders, destruyendo sus temores, prometiéndole la felicidad, presentándole constantemente sus dulces imágenes: nada tan persuasivo como la elocuencia de los enamorados; tienen una lógica del corazón que nunca iguala la de la mente. Herman cenó en casa de sus tiernos amigos y se retiró temprano con el alma embriagada de esperanza y de alegría.

Así pasaron cerca de tres meses, sin que la viuda se explayara más y sin que Herman se atreviera a cargar sobre sí con la propuesta de una separación. El coronel daba a entender al joven que aquellas demoras no suponían inconveniente alguno; Ernestina era joven, y a su padre no le molestaba unir a la pequeña dote que ella debía tener la herencia de una tal viuda Plorman, tía suya, que vivía en Estocolmo y que, ya de cierta edad, podía morir en cualquier instante.

Sin embargo, la Scholtz, impaciente, y demasiado hábil para no adivinar el aprieto de su joven cajero, fue la primera en tomar la palabra, y le preguntó si

había reflexionado sobre lo que le había dicho la última vez que habían hablado juntos.

—Sí —respondió el enamorado de Ernestina—, y si la señora quiere hablar de una rendición de cuentas y de una separación, estoy a sus órdenes.

—Me parece, Herman, que no era de eso de lo que se trataba exactamente.

—¿Y de qué entonces, señora?

—Os preguntaba si no deseabais estableceros, y si no habíais elegido a una mujer que pudiera ayudaros a llevar vuestra casa.

—Creía haber respondido que quería conseguir cierta fortuna antes de casarme.

—Lo dijisteis, Herman, pero no lo creí; y en este momento, todas las expresiones de vuestro rostro anuncian la mentira en vuestra alma.

—¡Ah!, nunca la mancilló la falsedad, señora, y bien lo sabéis. Estoy a vuestro lado desde mi infancia, os habéis dignado suplir a la madre que perdí; no temáis que mi gratitud pueda apagarse o debilitarse.

—¡Siempre la gratitud, Herman! Yo hubiera querido de vos un sentimiento más tierno.

—Pero, señora, ¿depende eso de mí?…

—Traidor, ¿es esto lo que han merecido mis desvelos? Tu ingratitud me hace ver claro; lo veo… sólo he trabajado para un monstruo… No lo oculto, Herman, era a tu mano a lo que aspiraba desde que soy viuda… El orden que he puesto en tus asuntos… la manera como he hecho fructificar tus fondos… mi conducta contigo… mis ojos, que sin duda me han traicionado, todo… todo, pérfido, todo te manifestaba de forma evidente mi pasión. ¡Y será pagada así! ¡Con la indiferencia y el desprecio!… Herman, no conoces a la mujer que ultrajas… no, no sabes de lo que es capaz… Quizá lo sepas demasiado tarde… Sal ahora mismo… sí, sal… prepara tus cuentas, Herman, yo te rendiré las mías, y nos separaremos… sí, nos separaremos… No te costará mucho buscar alojamiento, sin duda la casa de Sanders ya la tienes preparada.

El estado de ánimo en que parecía encontrarse *Mme.* Scholtz dio a conocer

fácilmente a nuestro joven enamorado que era esencial ocultar su pasión, para no atraer sobre el coronel la furia y la venganza de aquella peligrosa criatura. Herman, pues, se limitó a responder con dulzura que su protectora se engañaba, y que el deseo que tenía de no casarse antes de ser más rico no anunciaba desde luego ningún proyecto sobre la hija del coronel.

—Amigo mío —dijo a esto *Mme.* Scholtz—, conozco vuestro corazón como vos mismo: sería imposible que vuestro alejamiento de mí fuera tan notorio si no ardierais por otra. Aunque ya no esté en mi primera juventud, ¿creéis que no me quedan todavía suficientes atractivos para encontrar esposo? Sí, Herman, sí, me amaríais de no ser por esa criatura a la que aborrezco, y en la que me vengaré de vuestros desdenes.

Herman se echó a temblar. El coronel Sanders, de escasos medios y retirado del servicio, no gozaba de tanta preponderancia en Nordkoping como la viuda Scholtz: el predicamento de ésta llegaba muy lejos, mientras que al otro, ya olvidado, únicamente se le veía entre los hombres que, en Suecia como en todas partes, sólo estiman a la gente en razón de su favor o de su riqueza, sólo se le consideraba, repito, como un simple particular a quien el crédito y el oro podían aplastar fácilmente, y *Mme.* Scholtz, como todas las almas rastreras, no había tardado en hacerse ese cálculo.

Herman se vio obligado a mucho más de lo que había hecho: se postró de rodillas ante *Mme.* Scholtz, la conminó a casarse, le aseguró que en su corazón no había ningún sentimiento que pudiera afectar a lo que debía a aquella de la que había recibido tantas bondades, y que le suplicaba que dejara de pensar en aquella separación con que ella le amenazaba. En el estado actual en que la Scholtz sabía que el alma de aquel joven se encontraba, era difícil que pudiese esperar nada mejor: cifró pues sus esperanzas en el tiempo, en el poder de sus encantos, y se calmó.

Herman no dejó de comunicar al coronel esta última conversación, y aquel hombre sensato, siempre temeroso de las artimañas y del carácter peligroso de la Scholtz, trató de persuadir aún al joven de que haría mejor cediendo a las intenciones de su patrona que insistiendo con Ernestina, pero los dos enamorados pusieron de nuevo en juego todo lo que consideraron más adecuado para recordar al coronel las promesas que les había hecho y suplicarle que no se desdijera nunca de ellas.

Hacía unos seis meses que las cosas se hallaban en ese estado, cuando el

conde Oxtiern, ese malvado al que acabáis de ver con cadenas en las que gime ya desde hace un año, y con las que estará por el resto de su vida, se vio obligado a ir de Estocolmo a Nordkoping para retirar unos considerables fondos colocados en casa de *Mme.* Scholtz por su padre, al que acababa de heredar. Conocedora ésta de la posición del conde, hijo de un senador y senador él mismo, le había preparado el mejor aposento de su casa, y se disponía a recibirle con todo el lujo que le permitían sus riquezas.

Llegó el conde; y, desde el día siguiente, su elegante anfitriona le ofreció la mejor cena, seguida de un baile en el que debían estar las personas más hermosas de la ciudad; Ernestina no fue olvidada. No sin cierta inquietud la vio Herman decidida a ir a él: ¿vería el conde a tan bella persona sin rendirle al instante el homenaje que le era debido? ¡Qué no habría de temer Herman de semejante rival! En el supuesto de esta desgracia, ¿tendría Ernestina más fuerza, se negaría a convertirse en esposa de uno de los señores más poderosos de Suecia? ¿De este fatal arreglo no nacería una decidida liga contra Herman y contra Ernestina, cuyos poderosos jefes serían Oxtiern y la Scholtz? ¡Y qué desgracias no debía temer Herman! ¿El, débil y desdichado, resistiría frente a las armas de tantos enemigos conjurados contra su frágil existencia? Comunicó estas reflexiones a su amada; y aquella joven honesta, sensible y delicada, presta a sacrificar placeres tan frívolos a los sentimientos que la abrasaban, propuso a Herman rechazar la invitación de la Scholtz. El joven se mostraba bastante de acuerdo; pero como, en ese pequeño círculo de gente honesta, no se hacía nada sin el acuerdo de Sanders, le consultaron, y se mostró totalmente contrario. Hizo ver que rechazar la invitación de la Scholtz entrañaba inevitablemente una ruptura con ella; que esa astuta mujer no tardaría mucho en descubrir las razones de semejante proceder, y que, en la circunstancia en que lo más esencial parecía tratarla con más consideración, aquello suponía irritarla con toda certeza.

Ernestina se atreve a preguntar entonces a quien ama qué es lo que puede causarle temor, y no le oculta el dolor en que la sumen semejantes sospechas.

—¡Oh, amigo mío! —dice aquella interesante joven estrechando las manos de Herman—, aunque todos los individuos más poderosos de Europa estuvieran en esa reunión, aunque todos debieran enamorarse de tu querida Ernestina, ¿dudas de que todo ese culto rendido pueda ser algo distinto de un homenaje más a su vencedor? ¡Ah!, no temas nada, Herman, aquella a la que has conquistado no podría arder de pasión por otro; aunque tuviera que vivir contigo en la esclavitud, preferiría ese destino al del trono mismo: ¿Pueden existir para mí todas las prosperidades de la tierra en otros brazos que en los de mi amado?… Herman,

hazte justicia a ti mismo, ¿puedes sospechar que en ese baile algún mortal que se te pueda comparar a mis ojos? Deja a mi corazón el cuidado de estimarte, amigo mío, y siempre serás la más adorable de las criaturas, igual que eres el más amado.

Herman besó mil veces las manos de su amada; dejó de expresar temores, pero no se curó de ellos. En el corazón de un hombre que ama hay ciertos presentimientos que engañan muy poco: Herman los sintió; los silenció, y la bella Ernestina apareció en el círculo de *Mme.* Scholtz como la rosa en medio de las flores. Llevaba el viejo traje de las antiguas mujeres de su patria; iba vestida a la manera de las escitas; sus rasgos nobles y altaneros, singularmente realzados por ese atavío, su talle fino y esbelto, infinitamente mejor marcado bajo aquel justillo sin pliegues que dibujaba sus formas, sus hermosos cabellos que flotaban sobre el carcaj, aquel arco que sujetaba en la mano… todo le prestaba el aire del Amor disfrazado bajo los rasgos de Belona[117], y se hubiera dicho que cada una de las flechas que con tanta gracia llevaba debía encadenar de inmediato bajo su celeste imperio a los corazones que alcanzaba.

Si el desdichado Herman no vio entrar a Ernestina sin estremecerse, Oxtiern, por su parte, no la vio sin una emoción tan viva que estuvo durante varios minutos sin poder expresarse. Habéis visto a Oxtiern, es hombre bastante apuesto; pero ¡qué alma envolvió la naturaleza bajo esa engañosa corteza! El conde, muy rico y dueño desde hacía poco de toda su fortuna, no veía límite alguno a sus fogosos deseos; todos los obstáculos que la razón o las circunstancias podían aportarle se convertían en un aliciente más para su impetuosidad; sin principios ni virtud, imbuido aún por los prejuicios de un cuerpo cuyo orgullo acababa de luchar recientemente contra el soberano mismo, Oxtiern imaginaba que nada en el mundo podía imponer freno alguno a sus pasiones. Y, de todas las que le inflamaban, el amor era la más impetuosa; pero este sentimiento, casi virtud en un alma bella, debe convertirse en fuente de muchos crímenes en un corazón corrompido como el de Oxtiern.

Nada más ver a nuestra bella heroína, este hombre peligroso concibió por ella el pérfido deseo de seducirla. Bailó mucho con ella, se colocó a su lado en la cena y, por último, expuso los sentimientos que le inspiraba con tanta nitidez que la ciudad entera no dudó ya de que había de convertirse pronto, o en la esposa, o en la amante de Oxtiern.

Imposible imaginar la cruel situación de Herman mientras pasaban todas estas cosas. Había asistido al baile; mas viendo a su amada gozar de un favor tan deslumbrante, ¿habría podido atreverse a abordarla ni siquiera un momento?

Ernestina, desde luego, no había cambiado para Herman, pero ¿puede defenderse del orgullo una joven? ¿Puede dejar de embriagarse un instante con los homenajes públicos? Y esa vanidad que acarician en ella demostrándole que puede ser adorada por todos, ¿no debilita el deseo que antes sentía de ser sensible únicamente a los halagos de uno solo? Ernestina se dio cuenta de que Herman estaba inquieto; pero Oxtiern estaba a sus pies, toda la gente la alababa, y la orgullosa Ernestina no sintió, como habría debido, la pena con que abrumaba a su desdichado enamorado. También el coronel se vio colmado de honores; el conde habló mucho con él, le ofreció sus servicios en Estocolmo, le aseguró que, demasiado joven aún para retirarse, debía hacerse incorporar a algún regimiento y acabar de recorrer los peldaños a los que sus talentos y su cuna debían hacerle aspirar, que en esto, como en todo lo que pudiera desear en la corte, él le serviría, que le rogaba no dejar de recurrir a él, y que consideraría como otras tantas satisfacciones personales cada uno de los servicios que un hombre tan valiente le pondría en situación de rendirle.

El baile terminó con la noche, *y* todo el mundo se retiró.

Al día siguiente, el senador Oxtiern pidió a *Mme.* Scholtz que le diese la mayor cantidad de detalles sobre aquella joven escita, cuya imagen siempre había estado presente en sus sentidos desde que la había visto.

—Es la joven más hermosa que tenemos en Nordkoping —dijo la negociante, encantada de ver que el conde, cruzándose en los amores de Herman, tal vez le devolviese el corazón de aquel joven—. En verdad, senador, que no hay en todo el país una muchacha que se le pueda comparar.

—¿En el país? —exclamó el conde—, ¡no la hay en toda Europa, señora!… ¿Y qué hace? ¿Qué piensa?… ¿Quién la ama?… ¿Quién adora a esa criatura celestial? ¿Quién se atreverá a disputarme la posesión de sus encantos?

—Nada os diré de su cuna, sabéis que es hija del coronel Sanders, hombre de mérito y calidad; pero lo que tal vez ignoréis, y lo que os afligirá, dado los sentimientos que mostráis por ella, es que está a punto de casarse con un joven cajero de mi casa, del que está locamente enamorada, y que la quiere por lo menos de la misma manera.

—¡Una alianza como ésa para Ernestina! —exclamó el senador—… ¡Ese ángel convertirse en la mujer de un cajero!… Eso no ocurrirá, señora, no ocurrirá. Debéis uniros a mí para que una alianza tan ridícula no tenga lugar. Ernestina está

hecha para brillar en la corte, y quiero presentarla en ella con mis apellidos.

—¡Pero no tiene bienes, conde!… La hija de un pobre gentilhombre… ¡de un oficial de fortuna!

—Es hija de los dioses —dijo Oxtiern fuera de sí—, debe habitar en su morada.

—¡Ah!, senador, causaréis la desesperación del joven del que os he hablado: pocas ternuras son tan vivas… pocos sentimientos tan sinceros.

—Lo que menos me preocupa en el mundo, señora, es un rival de esa clase; ¿seres tan inferiores habían de alarmar mi amor? Vos me ayudaréis a encontrar el medio de alejar a ese hombre, y si no consiente por las buenas… Dejadme hacer, señora Scholtz, dejadme hacer, nos libraremos de ese bribón.

La Scholtz aplaude y, lejos de calmar al conde, sólo le presenta esa clase de obstáculos fáciles de vencer y con cuyo triunfo se aviva el amor.

Pero mientras esto ocurre en casa de la viuda, Herman está a los pies de su amada.

—¡Eh!, ¿no lo había dicho yo, Ernestina? —exclama llorando—, ¿no había previsto que este maldito baile nos traería muchas penas? Cada elogio que os prodigaba el conde eran otras tantas puñaladas con que desgarraba mi corazón. ¿Seguís dudando ahora de que os adora? ¿No se ha demostrado de sobra?

—¿Qué me importa, hombre injusto? —repuso la joven Sanders tranquilizando lo mejor que pudo al objeto de su único amor—. ¿Qué me importa el incienso que ese hombre se complace en ofrecerme si mi corazón sólo te pertenece a ti? ¿Has creído que me halagaba su homenaje?

—Sí, Ernestina, lo he creído, y no me he engañado; vuestros ojos brillaban de orgullo por agradarle, sólo os ocupabais de él.

—Estos reproches me molestan, Herman, me afligen dichos por vos, os creía suficientemente delicado como para que no tuvierais que asustaros siquiera. ¡Pues bien!, confiad vuestros temores a mi padre, y que nuestro himeneo se celebre mañana mismo, consiento en ello.

Herman hace suyo rápidamente este plan, entra en casa de Sanders con

Ernestina y, arrojándose en brazos del coronel, le suplica, por lo que más quiera, que no ponga más trabas a su felicidad.

Menos equilibrado por otros sentimientos, el orgullo había hecho en el corazón de Sanders mucho más progresos aún que en el de Ernestina; el coronel, colmado de honor y de franqueza, estaba muy lejos de querer faltar a los compromisos que había contraído con Herman; pero la protección de Oxtiern lo deslumbraba. Se había dado perfecta cuenta del triunfo de su hija sobre el alma del senador; sus amigos le habían dado a entender que, si aquella pasión tenía las legítimas consecuencias que cabía esperar, su fortuna sería el premio infalible. Todo esto le había preocupado durante la noche, había hecho planes, se había dejado arrastrar por la ambición; en una palabra, el momento estaba mal escogido; Herman no podía elegir otro peor. Sanders se guardó mucho sin embargo de rechazar al joven, ese proceder estaba lejos de su corazón; además, ¿no podía haber construido sobre la arena? ¿Quién le garantizaba la realidad de las quimeras con que acababa de alimentarse? Se volcó pues en lo que solía alegar; la juventud de su hija, la herencia esperada de la tía Plorman, el temor a atraer contra Ernestina y contra él toda la venganza de la Scholtz que, ahora, apoyada por el senador Oxtiern, sería mucho más temible. Además, ¿había que escoger precisamente el momento en que el conde estaba en la ciudad? Le parecía inútil ofrecerse como espectáculo, y, si realmente la Scholtz había de irritarse por aquella decisión, el momento en que estaba apoyada por el favor del conde era a buen seguro aquel en que podría resultar más peligrosa. Ernestina fue más apremiante que nunca; su corazón le hacía algunos reproches por su conducta de la víspera, estaba encantada de probar a su amigo que el enfriamiento no figuraba en absoluto entre sus errores; el coronel, expectante, poco acostumbrado a resistirse a los ruegos de su hija, sólo le pidió esperar a la marcha del senador, prometiendo que, después, él sería el primero en eliminar rodas las dificultades y ver incluso a la Scholtz, si se volvía necesario, para calmarla o para instarla a la intervención de las cuentas, sin cuya liquidación el joven Herman no podía separarse honradamente de su patrona.

Herman se retiró poco satisfecho, tranquilizado no obstante sobre los sentimientos de su amada, pero devorado por una sombría inquietud que nada podía calmar. Acababa de irse cuando el senador apareció en casa de Sanders, guiado por la Scholtz; iba, según dijo, a presentar sus respetos al honorable militar, al que se felicitaba de haber conocido en su viaje, y pedirle permiso para saludar a la adorable Ernestina. El coronel y su hija recibieron sus cumplidos como debían; la Scholtz, disimulando su rabia y sus celos, porque veía nacer multitud de medios para servir a los crueles sentimientos de su corazón, colmó al coronel de elogios, alabó mucho a Ernestina, y la conversación fue tan agradable como podía serlo

dadas las circunstancias.

Transcurrieron así varios días en los que Sanders y su hija, la Scholtz y el conde, se hicieron mutuas visitas, comieron recíprocamente unos en casa de otros, y todo ello sin que el desdichado Herman fuera invitado nunca a estas partidas de placer.

Durante ese tiempo, Oxtiern no había perdido ocasión alguna de hablar de su amor, y a *Mlle.* Sanders se le hacía imposible dudar de que el conde sentía por ella la pasión más ardiente. Pero el corazón de Ernestina lo había prometido, y su extremado amor por Herman ya no le permitía dejarse atrapar por segunda vez en las trampas del orgullo; rechazaba todo, se negaba a todo, se mostraba obligada y pensativa en las fiestas a las que la arrastraban, y jamás regresaba de una sin suplicar a su padre que no volviera a arrastrarla a otras. Ya era tarde; Sanders, que como he dicho, no tenía las mismas razones que su hija para resistir a los halagos de Oxtiern, se dejó convencer por éstos fácilmente; había habido conversaciones secretas entre la Scholtz, el senador y el coronel, habían terminado de deslumbrar al desgraciado Sanders, y el hábil Oxtiern, sin comprometerse nunca demasiado, sin nunca asegurar su mano, dejando vislumbrar únicamente que un día las cosas tenían que llegar a ese punto, había seducido de tal modo a Sanders que no sólo había conseguido que éste rechazase las persecuciones de Herman, sino que le había convencido para dejar la solitaria morada de Nordkoping e ir a gozar a Estocolmo del crédito que él le aseguraba y de los favores con que tenía intención de colmarle.

Ernestina, que a raíz de todo esto veía mucho menos a su amado, no dejaba sin embargo de escribirle; pero, como le conocía capaz de un escándalo y ella quería evitar escenas, le disimulaba lo mejor que podía cuanto pasaba. Además, aún no estaba muy segura de la debilidad de su padre; antes de decirle nada a Herman, decidió aclarar las cosas. Entra una mañana en el cuarto del coronel.

—Padre mío —dice respetuosamente—, parece que el senador está en Nordkoping por mucho tiempo; pero habéis prometido a Herman que nos uniríais pronto; ¿me permitís preguntaros si vuestras resoluciones son las mismas?… ¿Y qué necesidad hay de esperar a la marcha del conde para celebrar un himeneo que todos deseamos con tanto ardor?

—Ernestina —dice el coronel—, sentaos y escuchadme. Mientras creí, hija mía, que vuestra felicidad y vuestra fortuna podían encontrarse en el joven Herman, lejos de oponerme habréis visto sin duda la diligencia que presté a

vuestros deseos, pero desde que un destino más feliz os aguarda, Ernestina, ¿por qué queréis que os sacrifique?

—¿Un destino más feliz, decís? Si es mi felicidad lo que buscáis, padre mío, no la supongáis en otra parte que en mi querido Herman, sólo puede ser segura a su lado; no importa, creo adivinar vuestros proyectos… que me hacen temblar… ¡Ah!, dignaos no hacerme víctima de ellos.

—Pero, hija mía, mi carrera depende de esos proyectos.

—¡Oh!, padre mío, si el conde no se encarga de vuestra fortuna más que consiguiendo mi mano… sea, gozaréis, lo acepto, de los honores que os promete, pero quien os los vende no gozará de lo que espera: moriré antes que ser suya.

—Ernestina, os suponía un alma más tierna, creía que sabíais amar mejor a vuestro padre.

—¡Ay!, caro autor de mis días, creía que vuestra hija era para vos más preciosa que… ¡Desdichado viaje!… ¡Infame seductor!… Todos éramos felices antes de que ese hombre apareciese aquí… sólo se presentaba un único obstáculo, lo habríamos vencido; nada temía mientras mi padre estaba de mi parte: me abandona, sólo me queda morir…

Y la desdichada Ernestina, sumida en su dolor, lanzaba gemidos que hubieran enternecido a las almas más duras.

—Escucha, hija mía, antes de afligirte —dice el coronel secando con sus caricias las lágrimas que cubrían a Ernestina—, el conde quiere hacer mi felicidad, y aunque no me haya dicho positivamente que exigía tu mano como pago, resulta sin embargo fácil de comprender que ése es su único objetivo. Está seguro, por lo que dice, de reincorporarme al servicio; exige que vayamos a vivir a Estocolmo, donde nos promete el más halagüeño destino, y, en cuanto yo llegue a esa ciudad, él mismo quiere, según me asegura, esperarme con un despacho de mil ducados[44] de pensión debido a mis servicios… a los de mi padre, y que la corte, añade, me habría concedido hace mucho si hubiéramos tenido en la capital el menor amigo que hubiese hablado en nuestro favor. Ernestina… ¿quieres perder todos estos favores? ¿Pretendes, pues, malograr tu fortuna y la mía?

—No, padre mío —responde con firmeza la hija de Sanders—, no; pero exijo una gracia de vos; que sometáis ante todo al conde a una prueba que estoy segura de que no resistirá. Si quiere haceros todo el bien que dice, y es honesto, debe

continuar su amistad sin el más ligero interés; si pone condiciones, todo es de temer en su conducta; desde ese momento, es una cuestión personal, puede ser falsa; ya no es vuestro amigo, sino mi seductor.

—Se casa contigo.

—No lo hará; además, escuchadme, padre mío, si los sentimientos que por vos tiene el conde son reales, deben de ser independientes de los que haya podido concebir por mí. No ha de querer complaceros a sabiendas de que me causa pena; si es virtuoso y sensible debe haceros todo el bien que os promete sin exigir que yo sea su precio. Para sondear su manera de pensar, decidle que aceptáis todas sus promesas, pero que, como primer fruto de su generosidad hacia mí, le pedís que él mismo celebre, antes de salir de la ciudad, el matrimonio de vuestra hija con el único hombre que ella puede amar en el mundo. Si el conde es leal, si es franco, si es desinteresado, aceptará; si su único propósito es inmolarme al serviros, se descubrirá. Tiene que responder a vuestra propuesta, y esa propuesta de vuestra parte no debe extrañarle puesto que, según decís, aún no os ha pedido abiertamente mi mano; si su respuesta es pedirla como precio de sus favores, tiene más deseos de aprovecharse que de serviros, pues sabrá que estoy comprometida y querrá obligarme en contra de mi corazón. En tal caso su alma es deshonesta, y debéis desconfiar de todos sus ofrecimientos, sea cual fuere el barniz con que los pinte. Un hombre de honor no puede aspirar a la mano de una mujer cuyo amor sabe que no tendrá; no es a expensas de la hija como debe favorecer al padre. La prueba es segura, os suplico que la intentéis; si tiene éxito… quiero decir, si tenemos la certeza de que el conde sólo abriga designios legítimos, habrá de prestarse a todo, y entonces habrá favorecido vuestra carrera sin hacer daño a mi felicidad; todos seremos felices… lo seremos todos, padre mío, sin que vos tengáis remordimientos.

—Ernestina —dice el coronel—, es muy posible que el hombre sea honrado aunque sólo quiera favorecerme a condición de tenerte por esposa.

—Sí, si no supiera que estoy comprometida; pero diciéndole que lo estoy, si persiste en querer serviros sólo a condición de obligarme, en su proceder no hay más que egoísmo: la delicadeza queda excluida por completo; a partir de ese momento sus promesas deben parecemos sospechosas…

Y Ernestina, arrojándose en brazos del coronel, exclamó entre lágrimas:

—¡Oh, padre mío!, no me neguéis la prueba que exijo, no me la neguéis,

padre mío, os lo ruego, ¡no sacrifiquéis tan cruelmente a una hija que os adora y que sólo quiere vivir para vos! El desdichado Herman moriría de dolor, moriría odiándonos, yo le seguiría muy pronto a la tumba y vos habríais perdido los dos amigos más queridos de vuestro corazón.

El coronel amaba a su hija, era generoso y noble; sólo podía reprochársele esa especie de buena fe que, aunque convierte tan fácilmente al hombre honesto en víctima de bribones, no deja de revelar en igual medida todo el candor y toda la franqueza de un alma hermosa. Prometió a su hija cuanto ella exigía y, al día siguiente mismo, habló con el senador.

Oxtiern, más falso de lo que perspicaz era *Mlle.* Sanders, y cuyas medidas ya estaban sin duda tomadas fuera cual fuese la circunstancia, respondió al coronel de la manera más satisfactoria.

—¿Habéis creído entonces, estimado amigo —le dice—, que yo pretendía favoreceros por interés? Debéis conocer mejor mi corazón, que colma el deseo de seros útil dejando de lado cualquier otra consideración. Amo desde luego a vuestra hi ja, ocultároslo no serviría de nada; pero si ella no me cree idóneo para hacerla feliz, estoy muy lejos de obligarla. No me encargaré de estrechar aquí los nudos de su himeneo, como parecéis creer, ese proceder costaría demasiado a mi corazón; al sacrificarme, puedo desear cuando menos no ser inmolado por mi propia mano; pero la boda se celebrará, yo me ocuparé de ello, se la encargaré a la Scholtz, y, si vuestra hija prefiere ser la mujer de un cajero antes que la de uno de los primeros senadores de Suecia, es muy dueña de hacerlo: no temáis que esa elección haya de perjudicar en absoluto los favores que quiero haceros. Debo partir de inmediato: en cuanto haya arreglado algunos asuntos, un carruaje mío vendrá a buscaros a vuestra hija y a vos. Llegaréis a Estocolmo con Ernestina; Herman podrá seguiros, y casarse con ella allí, o esperar, si más le conviene, a que, estando ya en el puesto en el que quiero colocaros, su boda sea mejor.

—¡Hombre respetable! —dice Sanders estrechando las manos del conde—, ¡cuánto os debo! Los favores que os dignáis hacernos serán tanto más apreciados cuanto que son desinteresados y han de costaras un sacrificio… ¡ah!, senador, el más alto grado de la generosidad humana: una acción tan hermosa debería valeros templos en este siglo nuestro donde tan raras son todas las virtudes.

—¡Amigo mío! —dijo el conde respondiendo a los halagos del coronel—, el hombre honrado es el primero en disfrutar de los beneficios que procura: ¿no es eso lo que necesita para su felicidad?

Al coronel le faltó tiempo para comunicar a su hija la importante conversación que acababa de tener con Oxtiern. Ernestina se emocionó hasta las lágrimas, y creyó todo sin dificultad. Las almas hermosas son confiadas, se convencen fácilmente de lo que ellas serían capaces de hacer. Herman no fue tan crédulo; algunas palabras imprudentes que se le escaparon a la Scholtz, feliz sin duda de ver tan bien servida su venganza, le hicieron abrigar sospechas que comunicó a su amada. La tierna joven le tranquilizó; le hizo ver que un hombre de la cuna y la posición de Oxtiern debía ser incapaz de engañar… ¡Inocente criatura! ¡No sabía que los vicios, sustentados en la cuna y la riqueza, alentados debido a ello por la impunidad, no son sino más peligrosos! Herman dijo que quería aclararlo con el conde mismo; Ernestina le prohíbe las vías de hecho; el joven promete no tomarlas; pero sin escuchar en el fondo más que a su orgullo, a su amor y a su valentía, carga dos pistolas; al día siguiente mismo se introduce en la cámara del conde, y sorprendiéndole a la cabecera de la cama, le dice audazmente:

—Señor, os creo un hombre de Nordkoping: vuestro apellido, vuestra posición, vuestra riqueza, todo debe asegurármelo; exijo pues vuestra palabra, señor, vuestra palabra por escrito, de que renunciáis absolutamente a las pretensiones que habéis demostrado por Ernestina, o, en caso contrario, espero veros aceptar una de estas dos armas, para saltarnos juntos la tapa de los sesos.

El senador, algo aturdido por el cumplido, comenzó preguntando en primer lugar a Herman si pensaba bien lo que hacía, y si creía que un hombre de su rango debía reparación alguna a un subalterno como él.

—Nada de invectivas, señor —respondió Herman—, no vengo aquí para recibirlas, sino, por el contrario, a pediros cuenta del ultraje que me hacéis queriendo seducir a mi amada. ¿Un subalterno, decís? Senador, todo hombre tiene derecho a exigir de otro la reparación del bien que se le quita o de la ofensa que se le hace; el prejuicio que separa los rangos es una quimera; la naturaleza creó iguales a todos los hombres, no hay uno solo que no haya salido de su seno pobre y desnudo, ni uno que ella conserve o destruya de modo diferente; no conozco entre ellos más diferencia que la que pone la virtud: el único hombre hecho para ser despreciado es el que sólo utiliza los derechos que le otorgan unas convenciones falsas para entregarse de manera más impune al vicio. Levantaos, conde, aunque fuerais un príncipe exigiría de vos la satisfacción que se me debe, dádmela, os digo, u os levanto la tapa de los sesos si no os apresuráis a defenderos.

—Un momento —dice Oxtiern, vistiéndose—; sentaos, joven, quiero que desayunemos juntos antes de batirnos… ¿Me negaréis este favor?

—A vuestras órdenes, conde —responde Herman—, mas espero que luego aceptéis vos mi invitación…

Llama, se sirve el desayuno, y el senador, tras haber ordenado que lo dejen solo con Herman, le pregunta, tras la primera taza de café, si actúa de común acuerdo con Ernestina.

—Por supuesto que no, senador, ella ignora que estoy en vuestra casa; ha hecho más, ha dicho que queríais favorecerme.

—Si es así, ¿cuál es entonces el motivo de vuestra imprudencia?

—El temor a ser engañado; la certeza de que, cuando se ama a Ernestina, es imposible renunciar a ella; y por último, el deseo de aclararme.

—No tardaréis en estarlo, Herman, y aunque sólo os deba reproches por la indecencia de vuestra conducta… aunque este desconsiderado gesto tal vez debiera alterar mis designios en favor de la hija del coronel, mantendré sin embargo mi palabra… Sí, Herman, os casaréis con Ernestina, lo he prometido y así será. No os la cedo, joven, no estoy hecho para cederos nada; es sólo Ernestina la que obtiene todo de mí, y por su felicidad inmolo la mía.

—¡Oh, generoso mortal!

—No me debéis nada, os digo, únicamente lo hago por Ernestina, y sólo de ella espero gratitud.

—Permitidme que la comparta, senador, permitid que al mismo tiempo os presente mil excusas por mi viveza… Pero, señor, ¿puedo contar con vuestra palabra, y, si tenéis propósito de mantenerla, os negaréis a dármela por escrito?

—Escribiré cuanto queráis, aunque es inútil, y estas injustas sospechas se añaden a la tontería que acabáis de permitiros.

—Es para tranquilizar a Ernestina.

—Ella es menos desconfiada que vos, me cree. Da igual, quiero escribir, pero dirigiéndole a ella el billete; cualquier otro modo estaría fuera de lugar; no puedo serviros y al mismo tiempo humillarme ante vos…

Y el senador, sentándose a un escritorio, trazó las siguientes líneas:

El conde Oxtiern promete a Ernestina Sanders dejarla en libertad de elegir y tomar las medidas necesarias para hacerla gozar incesantemente de los placeres del himeneo, por mucho que pueda costarle a quien la adora, y cuyo sacrificio será pronto tan cierto como espantoso…

El desdichado Herman, muy lejos de comprender el cruel sentido del billete, lo coge, lo besa con ardor, renueva sus excusas al conde y vuela a casa de Ernestina para llevarle los tristes trofeos de su victoria.

La señorita Sanders reprendió mucho a Herman, le acusó de no tener ninguna confianza en ella. Añadió que, después de lo que le había dicho, Herman nunca habría debido dejarse llevar a tales extremos con un hombre tan por encima de él; que era de temer que, habiendo cedido sólo por prudencia, no le llevara luego la reflexión a ciertos extremos que podrían ser fatales para ambos, y, en cualquier caso, sin duda, sumamente perjudiciales para su padre. Herman tranquilizó a su amada, le hizo tener en cuenta el billete… que también había leído ella sin comprender su ambigüedad. Dieron cuenta de todo al coronel, que desaprobó, con mayor viveza todavía que su hija, la conducta del joven Herman. Sin embargo, todo se concilió, y nuestros tres amigos, llenos de confianza en las promesas del conde, se separaron bastante tranquilos.

Mientras tanto, Oxtiern había bajado, después de su escena con Herman, a casa de la Scholtz; le había contado cuanto acababa de ocurrir, y esta malvada mujer, más convencida todavía por el paso del joven de que se volvía imposible pretender seducirla, se entregó más decididamente que nunca a la causa del conde y le prometió servirle hasta la total destrucción del desdichado Herman.

—Cuento con los medios seguros para perderle —dijo aquella cruel arpía— … rengo llaves duplicadas de su caja, y no lo sabe; dentro de poco debo descontar letras de cambio por valor de cien mil ducados a unos negociantes de Hamburgo, sólo de mí depende encontrarlo en falta; entonces tendrá que casarse conmigo, o estará perdido.

—En este último caso —dijo el conde—, me lo haréis saber enseguida; podéis estar segura de que obraré entonces como conviene a nuestra mutua venganza.

Acto seguido, los dos malvados, cruelmente unidos por el interés, renovaron sus últimas medidas para dar a sus pérfidos designios toda la consistencia y toda la negrura que deseaban.

Una vez concluidos estos arreglos, Oxtiern va a despedirse del coronel y de su hija. Se violenta ante Ernestina, le demuestra, en vez de su amor y sus verdaderas intenciones, toda la nobleza y el desinterés que su falsedad le permite emplear; renueva a Sanders sus mayores ofrecimientos de ayuda, y acuerda con él su viaje a Estocolmo. El conde pretendía prepararles aposentos en su casa; mas el coronel respondió que prefería ir a casa de su prima Plorman, cuya herencia esperaba para su hija, y que esta prueba de amistad sería un motivo para que Ernestina agradara a aquella mujer, que podía aumentar considerablemente su fortuna. Oxtiern aprobó el plan; prometió un carruaje, ya que Ernestina tenía miedo al mar, y se separaron con las más vivas manifestaciones de cariño y de estima recíprocas, sin que se mencionara siquiera el paso dado por el joven.

La Scholtz seguía fingiendo con Herman; como sentía la necesidad de disimular hasta el momento del escándalo que preparaba, no le hablaba de sus sentimientos, y no le manifestaba, como en el pasado, más que confianza e interés. Le ocultó que estaba al corriente de su torpeza ante el senador, y nuestro buen joven creyó que, como la escena no había resultado muy favorable para el conde, éste la había ocultado cuidadosamente.

No obstante, Herman no ignoraba que el coronel y su hija no tardarían en dejar Nordkoping; mas, lleno de confianza en el corazón de su amada, en la amistad del coronel y en las promesas del conde, no dudaba de que lo primero que haría Ernestina en Estocolmo, aprovechando su influencia ante el senador, sería comprometerle a que los reuniera cuanto antes; la joven Sanders no cesaba de asegurárselo a Herman, pues era con toda franqueza el proyecto que tenía.

Varias semanas transcurrieron así, hasta que se vio llegar a Nordkoping un soberbio carruaje acompañado por varios criados a los que se había encomendado entregar una carta al coronel Sanders de parte del conde Oxtiern, y recibir al mismo tiempo las órdenes de este oficial para el viaje que debía hacer a Estocolmo con su hija, y para el que se destinaba el carruaje que enviaba a su casa. La carta anunciaba a Sanders que, por indicación del senador, la viuda Plorman destinaba a sus dos aliados los mejores aposentos de su casa, que uno y otra eran dueños de llegar cuando quisieran, y que el conde aguardaría ese instante para informar a su amigo Sanders del éxito de las primeras gestiones que había hecho en su favor; respecto a Herman, añadía el senador, creía que había que dejarle terminar en paz los asuntos que tenía con *Mme.* Scholtz, a cuya conclusión, y estando su fortuna en mejor orden, podría, más desahogadamente todavía, ofrecer su mano a la bella Ernestina; que todos saldrían ganando con este arreglo, durante cuyo intervalo el coronel, honrado a su vez con una pensión y quizá con un grado más, estaría en

condiciones inmejorables para ayudar a su hija.

No gustó a Ernestina esta cláusula; despertó algunas sospechas, de las que inmediatamente dio cuenta a su padre. El coronel pretendió no haber entendido nunca los proyectos de Oxtiern de manera distinta; además, ¿qué medio habría, continuaba Sanders, para hacer abandonar Nordkoping a Herman antes de que hubiera liquidado sus cuentas con la Scholtz? Ernestina derramó algunas lágrimas y, siempre entre su amor y el temor de perjudicar a su padre, no se atrevió a insistir en su gran deseo de no aprovechar los ofrecimientos del senador hasta el momento en que su querido Herman se encontrara libre.

Hubo, pues, que decidirse a la partida; Herman fue invitado por el coronel a cenar en casa para despedirse mutuamente; allí fue éste, y la cruel escena no transcurrió sin las más vivas muestras de ternura.

—¡Oh, mi querida Ernestina! —dijo Herman entre lágrimas—, os abandono y no sé cuándo volveré a veros. Me dejáis con una enemiga cruel… con una mujer que disimula, pero cuyos sentimientos están lejos de haber muerto; ¿quién me protegerá de las innumerables artimañas con que va a abrumarme esa arpía… sobre todo cuando me vea más decidido que nunca a seguiros y yo le haya declarado que no quiero pertenecer nunca a nadie más que a vos?… Y vos misma, ¿adónde vais, Dios mío?… Bajo la dependencia de un hombre que os ha amado… que todavía os ama… y cuyo sacrificio es más que dudoso. Os seducirá, Ernestina, os deslumbrará, y al desdichado Herman, abandonado, sólo le quedarán sus lágrimas.

—Herman siempre tendrá el corazón de Ernestina —dijo *Mlle.* Sanders estrechando las manos de su amado—; poseyendo ese bien, ¿puede nunca temer ser engañado?

—¡Ah!, ojalá no lo pierda nunca —dijo Herman arrojándose a los pies de su bella amada—. Ojalá Ernestina no ceda nunca a las solicitaciones que le hagan, ¡y se convenza de que no puede existir un solo hombre en la tierra que la ame como yo!

Y el desdichado joven se atrevió a suplicar a Ernestina que le dejara coger, en sus labios de rosa, un precioso beso que pudiera servirle como prenda de sus promesas. La discreta y prudente Sanders, que nunca había concedido tanto, creyó que debía algo dadas las circunstancias; se inclinó entre los brazos de Herman, quien, ardiendo de amor y de deseo, sucumbiendo al exceso de ese goce sombrío

que sólo se expresa con lágrimas, selló los juramentos de su pasión en la boca más hermosa del mundo, y recibió de esa boca, aún pegada a la suya, las expresiones más deliciosas tanto de amor como de constancia.

Sin embargo suena esa hora funesta de la partida; para dos corazones verdaderamente enamorados, ¿qué diferencia hay entre esa hora y la de la muerte? Se diría, al dejar lo que se ama, que el corazón se rompe, o se arranca; nuestros órganos, encadenados por así decir al objeto querido del que se aleja, parecen debilitarse en ese momento cruel: uno quiere huir, vuelve, se va, se abraza, no puede decidirse; en última instancia, tienen que hacerlo. Todas nuestras facultades se anonadan, el principio mismo de nuestra vida parece abandonarnos; lo que queda es inanimado, para nosotros la existencia sigue estando únicamente en el objeto del que nos separamos.

Habían decidido montar en el carruaje al terminar de comer. Ernestina lanza una mirada a su amante, le ve bañado en lágrimas, su alma se desgarra…

—¡Oh, padre mío! —exclama prorrumpiendo en llanto—, ¡ved el sacrificio que hago por vos!

Y arrojándose en brazos de Herman, le dice:

—Tú, a quien nunca he dejado de amar, tú, a quien adoraré hasta la tumba, recibe, en presencia de mi padre, el juramento que te hago de no ser nunca más que tuya. Escríbeme, piensa en mí, no escuches más que lo que yo te diga, y mírame como a la más vil de las criaturas si alguna vez un hombre distinto de ti recibe mi mano o mi corazón.

Herman está enloquecido: postrado en tierra, besa los pies de la que idolatra; se hubiera dicho que su alma, que, con aquellos besos ardientes, su alma que lo imprimía, su alma entera, hubiera querido cautivar a Ernestina mediante aquellos besos de fuego…

—No te volveré a ver… no te volveré a ver —le decía en medio de sus sollozos—… Padre mío, dejadme seguiros, no permitáis que me roben a Ernestina, o si el destino me condena a ello, ¡ay!, hundidme vuestra espada en el pecho.

El coronel calmaba a su amigo, le daba su palabra de no contrariar jamás las intenciones de su hija; mas nada tranquiliza el amor alarmado; pocos amantes se separaban en tan crueles circunstancias, Herman lo comprendía demasiado bien, y su corazón se partía a pesar suyo. Por fin tuvieron que pensar en su marcha;

Ernestina abrumada de dolor… con los ojos inundados de lágrimas, se echa al lado de su padre en un carruaje que la arrastra lejos de las miradas del que ama. En ese instante Herman cree ver que la muerte envuelve con sus oscuros velos el carro fúnebre que le roba su más dulce bien; sus lúgubres gritos llaman a Ernestina, su alma enloquecida la sigue, pero ya no ve nada… Todo escapa… todo se pierde en las sombras espesas de la noche, y el desdichado vuelve a casa de la Scholtz en un estado lo bastante desesperado para excitar todavía más los celos de aquel peligroso monstruo.

El coronel llegó a Estocolmo al día siguiente muy temprano, y encontró, en la puerta de *Mme.* Plorman, donde se apeó, al senador Oxtiern, que ofreció la mano a Ernestina.

Aunque hacía varios años que el coronel no había visto a su pariente, pero no por ello fue menos calurosamente recibido; no le costó mucho comprender, sin embargo, que la protección del senador había influido de manera extraordinaria en aquel excelente recibimiento. Ernestina fue admirada, mimada; la tía aseguró que su encantadora sobrina eclipsaría a todas las bellezas de la capital, y, desde ese mismo día, se tomaron las disposiciones necesarias para procurarle todos los placeres posibles, a fin de aturdiría, embriagarla y hacerle olvidar a su enamorado.

La casa de la Plorman era por lo general solitaria; esta mujer, ya anciana, y lógicamente avara, veía a muy poca gente; y quizá por eso al conde, que la conocía, no le había molestado lo más mínimo la elección de alojamiento que el coronel había hecho.

En casa de *Mme.* Plorman había un joven oficial del regimiento de los Guardias, pariente suyo en un grado más cercano que Ernestina y que, por consiguiente, tenía más derecho que ella a la herencia; le llamaban Sindersen, buen sujeto, excelente muchacho, pero lógicamente poco inclinado hacia unos parientes que, más alejados que él de su tía, parecían no obstante tener sobre ella las mismas pretensiones. Este motivo enfrió un tanto su relación con los Sanders; sin embargo, se mostró cortés con Ernestina, convivió con el coronel, y supo disimular, bajo ese barniz mundano que se llama cortesía, los sentimientos poco tiernos que debían imperar en su corazón.

Pero dejemos establecerse al coronel y volvamos a Nordkoping, mientras Oxtiern hace todo lo posible para divertir al padre, deslumbrar a la hija y lograr realizar por fin sus pérfidos proyectos de los que espera su triunfo.

Ocho días después de la marcha de Ernestina aparecieron los negociantes de Hamburgo y reclamaron los cien mil ducados que les adeudaba la Scholtz. Esa suma debía encontrarse sin ningún género de dudas en la caja de Herman: pero la canallada ya estaba hecha, y, gracias al empleo de las llaves duplicadas, los fondos habían desaparecido. La señora Scholtz, que había invitado a los negociantes a almorzar, no tarda en mandar aviso a Herman para que prepare el dinero en metálico, dado que sus invitados quieren embarcar esa misma noche para Estocolmo. Hacía mucho que Herman no había inspeccionado aquella caja, pero seguro de que los fondos debían encontrarse en ella, la abre confiado y cae casi desvanecido cuando se da cuenta del latrocinio que se ha cometido; corre a casa de su protectora.

—¡Oh!, señora —exclama enloquecido—, hemos sido robados.

—¿Robados, amigo mío?… Nadie ha entrado aquí, y respondo de mi casa.

—Sin embargo alguien ha tenido que entrar, señora, alguien ha tenido que entrar porque los fondos han desaparecido… y vos debéis estar segura de mí.

—Podía estarlo en otros tiempos, Herman, mas cuando el amor trastorna la cabeza de un muchacho como vos, junto con esa pasión deben introducirse en su alma todos los vicios… Desdichado joven, tened cuidado con lo que podáis haber hecho; necesito esos fondos ahora mismo. Si sois culpable, confesadlo… mas si sois culpable y no queréis decir nada, quizá no seáis el único al que acuse en este fatal asunto… Ernestina parte para Estocolmo en el momento en que mis fondos desaparecen… quién sabe si todavía se encuentra en el reino… Ella os precede… es un hurto premeditado.

—No, señora, no, no creéis lo que acabáis de decir —responde Herman con firmeza—… no lo creéis, señora; un granuja no suele empezar por una suma semejante, y los grandes crímenes siempre están precedí dos de vicios en el corazón del hombre. ¿Qué habéis visto en mí hasta ahora que deba haceros pensar que yo pueda ser capaz de semejante malversación? Si os hubiera robado, ¿seguiría en Nordkoping? ¿No me habíais avisado hace ocho días que debíais pagar ese dinero? Si lo hubiera cogido, ¿habría tenido el descaro de esperar tranquilamente aquí el momento en que mi vergüenza sería desvelada? ¿Es verosímil esa conducta, y debéis suponerla en mí?

—No me corresponde a mí buscar las razones que pueden excusaros cuando vuestra falta me atañe, Herman. Sólo dejo sentado un hecho: vos estáis al cargo de

mi caja, vos sólo respondéis de ella, la caja está vacía cuando he necesitado fondos que deben encontrarse en ella, las cerraduras no han sido forzadas, ninguno de mis criados ha desaparecido. Este robo, sin efracción, sin vestigios, sólo puede ser obra por tanto de quien posee las llaves. Por última vez, Herman, pensadlo bien, Herman, retendré todavía a estos negociantes veinticuatro horas. Mañana, mis fondos… o la justicia me responde de vos.

Herman se retira en medio de una desesperación más fácil de sentir que de pintar; deshecho en lágrimas, acusaba al cielo por dejarle vivir para tantos infortunios. Dos posibilidades le quedan: huir, o saltarse la tapa de los sesos… Pero no ha terminado de considerarlas todavía cuando ya las rechaza horrorizado… Morir sin justificarse… sin haber destruido unas sospechas que afligirían a Ernestina. ¿Podría consolarse nunca de haber dado su corazón a un hombre capaz de semejante bajeza? Su alma delicada no soportaría el peso de esa infamia, expiraría de dolor por ella… Huir era confesarse culpable: ¿puede consentir uno la apariencia de un crimen que está tan lejos de cometer? Herman prefiere entregarse a su destino y reclama por cartas la protección del senador y la amistad del coronel; creía estar seguro del primero, y no dudaba en absoluto del segundo. Les refiere la espantosa desgracia que le ocurre, convenciéndoles de su inocencia, hace sobre todo sentir al coronel cuán funesta resulta para él semejante aventura con una mujer cuyo corazón endurecido por los celos no dejará de aprovechar la ocasión para aniquilarle. Le pide urgentemente consejo en esta fatal circunstancia, y se pone en manos del cielo atreviéndose a creerse seguro de que su equidad no abandonaría al inocente.

No costará mucho imaginar que nuestro joven debió pasar una noche espantosa. A la mañana siguiente, la Scholtz le hizo llamar a su aposento.

—Y bien, amigo mío —le dice con aire cándido y tranquilo—, ¿estáis dispuesto a confesar vuestros errores y os decidís finalmente a decirme la causa de un proceder tan singular de vuestra parte?

—Por toda justificación, señora, me presento y entrego mi persona —responde el joven con valor—; no me habría quedado en vuestra casa si fuera culpable; me habéis dejado tiempo para huir, lo habría aprovechado.

—Tal vez no habríais ido lejos sin ser perseguido, y esa evasión terminaría por condenaros. Vuestra huida demostraría que sois un granuja muy novato; vuestra firmeza me confirma que sois un pillo redomado.

—Haremos nuestras cuentas cuando queráis, señora: hasta que no hayáis encontrado errores en ellas, no tenéis derecho a tratarme así, y yo tengo el de rogaros que esperéis a pruebas más seguras, antes de infamar mi probidad.

—Herman, ¿es esto lo que debía esperar yo de un joven al que había criado y en el que fundaba todas mis esperanzas?

—No me respondéis, señora; ese subterfugio me extraña, y hasta me hace concebir casi algunas dudas.

—No me irritéis, Herman, no me irritéis, cuando sólo deberíais tratar de enternecerme… (Y prosiguiendo con ardor). ¿Ignoras, cruel, los sentimientos que tengo por ti? ¿Que por ellos sería, por tanto, la criatura más dispuesta a ocultar tus errores?… ¿Te los atribuiría cuando querría al precio de mi sangre borrar los que has…? Escucha, Herman, puedo repararlo todo, tengo en el banco de mis corresponsales diez veces más de lo necesario para cubrir esa falta. Confiésala, es lo único que te pido… consiente en casarte conmigo y todo queda olvidado.

—¿Y compraría la desgracia de mis días al precio de una mentira horrible?

—¡La desgracia de tus días, pérfido! ¡Cómo! ¿Así es como ves los lazos que pretendo cuando me basta una palabra para perderte para siempre?

—No ignoráis que mi corazón no es mío, señora; Ernestina lo posee por entero; cuanto se oponga al designio que tenemos de ser el uno del otro sólo puede ser horrible para mí.

—¿Ernestina?… no cuentes con ella, ya es la esposa de Oxtiern.

—¿Ella?… es imposible, señora, tengo su palabra y su corazón; Ernestina no podría engañarme.

—Cuanto se ha hecho estaba arreglado, el coronel se prestaba a ello.

—¡Justo cielo! Pues bien, yo mismo iré a aclarar las cosas, vuelo ahora mismo a Estocolmo… veré a Ernestina, sabré de sus labios si me engañáis o no… ¿Qué digo? ¡Haber podido Ernestina engañar a su amante! No, no… no conocéis su corazón puesto que podéis creerlo: el astro del día dejaría de alumbrarnos antes que semejante fechoría haya podido mancillar su alma.

Y tras estas palabras el joven quiere precipitarse fuera de la casa… *Mme.*

Scholtz le retiene:

—Herman, vais a perderos; escuchadme, amigo mío, os hablo por última vez… ¿Es preciso que os lo diga? Seis testigos declaran contra vos; os han visto sacar mis fondos de la casa, se sabe el empleo que habéis hecho de ellos. Habéis desconfiado del conde Oxtiern; con esos cien mil ducados ibais a raptar a Ernestina y a llevarla a Inglaterra… El proceso ya ha empezado, os lo repito, puedo detener todo con una palabra… Aquí tenéis mi mano, Herman, aceptadla y todo queda reparado.

—¡Atajo de horrores y mentiras! —exclama Herman—; ¡mira cómo el fraude y la inconsecuencia estallan en tus palabras! Si Ernestina es, como dices, la esposa del senador, no he debido robar para ella la suma que te falta, y si cogí ese dinero para ella, es falso entonces que sea la esposa del conde. Si puedes mentir con tanta indecencia, todo esto no es más que una trampa en la que quiere enredarme tu maldad; mas encontraré…, me atrevo al menos a esperarlo, medios de restituir el honor que quieres robarme, y los que se convenzan de mi inocencia probarán al mismo tiempo todos los crímenes a que te entregas para vengarte de mis desdenes.

Dice esto y, rechazando los brazos de la Scholtz, que todavía se abren para retenerle, se precipita inmediatamente en la calle con el proyecto de ir a Estocolmo… ¡Desdichado! Está lejos de imaginar que sus cadenas ya están tendidas… Diez hombres lo prenden a la puerta de la casa y lo arrastran ignominiosamente a la mazmorra de los malvados, ante las miradas mismas de la feroz criatura que le pierde y que parece gozar, siguiéndole con la vista, del exceso de desgracia en que su desenfrenada rabia acaba de sumir al miserable.

—¡Bien! —dice Herman viéndose en la morada del crimen… y con demasiada frecuencia de la injusticia—, ¿puedo ahora desafiar al cielo a que invente desdichas que puedan desgarrar con más furia mi alma? Oxtiern… pérfido Oxtiern, tú solo has dirigido esta trama, *y* no soy aquí más que la víctima de los celos, de tus cómplices y de ti… ¡He aquí, pues, cómo los hombres pueden pasar en un instante al último grado de la humillación y la desgracia! Imaginaba que sólo el crimen podía envilecer hasta tal punto… ¡No… sólo se trata de ser sospechoso para ser ya criminal, sólo se trata de tener enemigos poderosos para ser aniquilado! Pero tú, mi Ernestina… tú, cuyos juramentos todavía consuelan mi corazón, ¿me queda al menos el tuyo en mi infortunio? ¿Tu inocencia es igual a la mía? ¿Y tienes algo que ver con todo esto?… ¡Oh, justo cielo! ¡Qué odiosas sospechas! Me siento más acongojado por haber podido concebirlas un instante que por todos los demás males… Ernestina culpable… ¡Ernestina haber traicionado a su amado!… ¿Nació

alguna vez el fraude y la impostura en el fondo de esa alma sensible?… Y ese tierno beso que todavía saboreo… ese único y dulce beso que he recibido de ella, ¿puede haber sido cogido de una boca que la mentira habría envilecido?… No, no, querida alma, ¡no!… nos engañan a los dos. ¡Cómo van a aprovecharse de mi situación esos monstruos para envilecerme ante tus ojos!… Ángel del cielo, ¡no te dejes seducir por el artificio de los hombres, y ojalá tu alma, tan pura como el Dios del que emana, esté a salvo, como su modelo, de las iniquidades de la tierra!

Un dolor mudo y sombrío se apodera del desdichado; a medida que va comprendiendo el horror de su destino, el dolor que siente se vuelve de tal fuerza que no tarda en debatirse en medio de sus cadenas. De pronto quiere atender a su justificación; al instante siguiente quiere creer a los pies de Ernestina; se retuerce por el suelo haciendo resonar la bóveda con sus agudos gritos… se levanta, se precipita contra las rejas que le han puesto, quiere romperlas con su peso, se desgarra, sangra y, cayendo junto a las barreras que ni siquiera ha conseguido hacer vibrar, su alma abatida sólo sigue aferrada a la vida con sollozos y lágrimas… con los estertores de la desesperación.

No hay en el mundo situación que pueda compararse con la de un prisionero cuyo corazón abrasa el amor; la imposibilidad de saber le pone delante, en un momento y de manera espantosa, todos los males de ese sentimiento: los rasgos de un Dios tan dulce en el mundo no son para él más que culebras que lo desgarran; mil quimeras le ofuscan a la vez; ya inquieto y tranquilo, ya crédulo y desconfiado, temiendo y deseando la verdad, detestando… adorando el objeto de su pasión, disculpándolo y creyéndolo pérfido, su alma, como las olas de un mar embravecido, no es ya otra cosa que una sustancia blanda donde se impregnan todas las pasiones sólo para consumirla antes.

Acuden en ayuda de Herman; mas ¡cuán funesto servicio le prestan acercando nuevamente a sus tristes labios la copa amarga de la vida, en la que para él sólo quedaba la hiel!

Sintiendo la necesidad de defenderse, reconociendo que el extremado deseo que le consumía de ver nuevamente a Ernestina sólo podía ser satisfecho haciendo resplandecer su inocencia, vuelve en sí. Comienza el proceso; mas la causa, demasiado importante para un tribunal inferior como el de Nora, es enviada ante los jueces de Estocolmo. Ahí se trasladó al prisionero… contento… si es posible estarlo en su cruel situación, de respirar el aire que animaba a Ernestina.

—Estaré en la misma ciudad —se decía satisfecho—, quizá pueda informarla

de mi suerte… ¡Sin duda se la ocultan!… Quizá pueda verla; mas, pase lo que pase, allí estaré, menos expuesto a los dardos que contra mí dirigen. Es imposible que cuanto rodea a Ernestina no sea puro como su hermosa alma; el brillo de sus virtudes se esparce sobre cuanto la rodea… Son los rayos del astro que vivifica a la tierra… No debo temer nada donde ella esté.

Desdichados amantes, ¡ésas son vuestras quimeras!… Os consuelan, y ya es mucho. Dejemos ahí al triste Herman para ver qué ocurría en Estocolmo entre la gente que nos interesa.

Ernestina, siempre agasajada, siempre paseada de fiesta en fiesta, estaba muy lejos de olvidar a su querido Herman; sólo entregaba los ojos a los nuevos espectáculos con que trataban de embriagarla; mas su corazón, lleno siempre del recuerdo de su amado, únicamente respiraba por él; habría querido que compartiese sus placeres, que le resultaban insípidos sin Herman. Lo deseaba, lo veía en todas partes, y la pérdida de su ilusión no le hacía la verdad sino más cruel. La infortunada estaba lejos de saber a qué horrible estado se hallaba reducido quien tan despóticamente lo ocupaba; sólo había recibido una carta, escrita antes de la llegada de los negociantes de Hamburgo, pues se habían tomado las medidas necesarias para que, desde entonces, no pudiera recibir más. Cuando daba muestras de inquietud, su padre y el senador achacaban los retrasos a la inmensidad de los asuntos de que estaba encargado el joven, y la tierna Ernestina, cuya delicada alma temía el dolor, aceptaba dulcemente lo que parecía calmarla un poco. Si sobrevenían nuevas reflexiones, volvían a tranquilizarla, el coronel de buena fe, el senador engañándola; pero la tranquilizaban, y el abismo, mientras tanto, seguía abriéndose bajo sus pasos.

Oxtiern entretenía a Sanders de la misma manera. Le había presentado a algunos ministros; esta consideración halagaba su orgullo, le hacía tener paciencia con las promesas del conde, que no cesaba de decirle que, por muy buena voluntad que él tuviera en favorecerle, en la corte todo iba muy despacio.

Este peligroso embaucador, que si hubiera podido triunfar por otro medio que por los crímenes que tramaba tal vez los habría evitado, intentaba volver de vez en cuando al lenguaje del amor con aquella a la que ansiaba corromper.

—A veces me arrepiento de lo que hago —decía un día a Ernestina—, siento que el poder de vuestros ojos destruye insensiblemente mi valor; mi probidad quiere uniros a Herman, y mi corazón se opone. ¡Oh, justo cielo! ¿Por qué la mano de la naturaleza puso al mismo tiempo tantas gracias en la adorable Ernestina y

tanta debilidad en el corazón de Oxtiern? Os serviría mejor si fuerais menos bella, ¡o quizá tendría yo menos amor si no tuvierais vos tanto rigor!

—Conde —dijo Ernestina alarmada—, ya creía esos sentimientos lejos de vos, ¡y no puedo concebir que todavía os preocupen!

—¡Es hacernos muy poca justicia a ambos a la vez creer que las impresiones que causáis puedan debilitarse, o imaginar que cuando es mi corazón quien las recibe puedan no ser eternas en él!

—¿Pueden entonces conciliarse con el amor? ¿Y no me prometisteis con un juramento sagrado que me traíais a Estocolmo sólo por la carrera de mi padre y para unirme a Herman?

—¡Siempre Herman, Ernestina! ¿Cómo? ¿Es que no saldrá de vuestra memoria ese nombre fatal?

—Claro que no, senador, seguiré pronunciándolo tanto tiempo como la adorada imagen del que lo lleva abrase el alma de Ernestina, y eso es advertiros de que sólo la muerte será su único término. Mas, conde, ¿por qué retrasáis las promesas que me hicisteis?… Según vos, pronto debía volver a ver a ese tierno y único objeto de mi amor; ¿por qué no viene entonces?

—Sus cuentas con la Scholtz, ése es el motivo, seguramente, del retraso que os preocupa.

—¿Le tendremos después de eso?

—Sí, Ernestina, lo veréis… Os prometo que os lo haré ver; me cueste lo que me cueste… en cualquier sitio donde pueda encontrarse… lo veréis, desde luego… ¿Y cuál será la recompensa de mis servicios?

—Gozaréis de la delicia de haberlos prestado, conde; es la más halagüeña de todas para un alma sensible.

—Comprarla al precio del sacrificio que exigís, es pagarla muy caro, Ernestina; ¿creéis que existan muchas almas capaces de semejante esfuerzo?

—Cuanto más os haya costado, más apreciado seréis a mis ojos.

—¡Ah!, ¡cuán frío es el aprecio para recompensar el sentimiento que tengo

por vos!

—Mas si es el único que podéis conseguir de mí, ¿no debe bastaros?

—¡Nunca… nunca! —dijo entonces el conde lanzando furiosas miradas sobre aquella desdichada criatura… Y, levantándose para marcharse—: No conoces al alma que sumes en la desesperación… Ernestina… muchacha demasiado ciega… no, no conoces esa alma, ¡no sabes hasta dónde pueden llevarla tu desprecio y tus desdenes!

Es fácil de imaginar que estas últimas palabras alarmaron a Ernestina; se las comunicó enseguida al coronel, quien, lleno de confianza todavía en la probidad del senador, no vio en ellas el sentido que Ernestina les daba. El crédulo Sanders, siempre ambicioso, volvía en ocasiones al proyecto de preferir el conde a Herman; pero su hija le recordaba su palabra; el honesto y sincero coronel era esclavo de ella y cedía a las lágrimas de Ernestina, prometiéndole que seguiría recordando al senador las promesas que había hecho a ambos, o devolver a su hija a Nordkoping si creía descubrir que Oxtiern no tenía el propósito de ser sincero.

Fue entonces cuando estas dos honestas personas, demasiado cruelmente engañadas, recibieron sendas cartas de la Scholtz, de quien se habían separado en los mejores términos. Esas cartas disculpaban a Herman por su silencio: se encontraba perfectamente bien, pero, abrumado por una rendición de cuentas en la que había cierto desorden, que sólo había que atribuir al dolor que Herman sentía por verse separado de la que amaba, se veía obligado a pedir prestada la mano de su benefactora para dar noticias suyas a sus mejores amigos; les suplicaba que no se preocupasen, porque antes de ocho días *Mme.* Scholtz misma llevaría a Herman a Estocolmo, para ponerlo a los pies de Ernestina.

Estos escritos calmaron algo a la querida enamorada, pero sin embargo no la tranquilizaron del todo…

—Una carta no tarda mucho en escribirse —decía—; ¿por qué Herman no se toma esa molestia? Debía haber imaginado que yo tendría más fe en una sola palabra suya que en veinte cartas de una mujer de la que tantas razones había para desconfiar.

Sanders tranquilizaba a su hija; Ernestina, confiada, cedía por un momento a la solicitud del coronel para calmarla, pero al punto la inquietud, con sus garras de fuego, volvía para desgarrar su alma.

Mientras, el proceso de Herman continuaba; pero el senador, que se veía con los jueces, les había recomendado la más extrema discreción; les había convencido de que si la instrucción de aquel proceso llegaba a saberse, los cómplices de Herman, los que estaban en posesión del dinero, huirían al extranjero si es que no lo habían hecho ya, y que, debido a las medidas de seguridad que tomarían, no se conseguiría recuperar nada. Este especioso razonamiento obligaba a los magistrados al mayor silencio; y así, todo se hacía en la ciudad misma donde vivían Ernestina y su padre, sin que ni la una ni el otro lo supiesen, y sin que fuera posible que alguna noticia llegara a su conocimiento.

Así estaban más o menos las cosas cuando el coronel, por primera vez en su vida, fue invitado a cenar en casa del ministro de la Guerra. Oxtiern no podía acompañarle, porque ese mismo día tenía a su vez, según dijo, veinte personas invitadas, pero no dejó que Sanders ignorara que aquel favor era obra suya, y, al decirlo, no dejó de exhortarle a que no rehusara semejante invitación. El coronel estaba lejos de rehusar, aunque aquella pérfida cena no debiera de contribuir a su dicha; se viste pues lo más rápidamente que puede, encomienda su hija a la Plorman y se dirige a casa del ministro.

No hacía una hora que estaba allí cuando Ernestina ve entrar a *Mme.* Scholtz en su casa; los saludos fueron breves.

—Apresuraos —le dice la negociante—, y volemos juntas a casa del conde Oxtiern; acabo de dejar allí a Herman; he venido a toda prisa para avisaros que vuestro protector y vuestro amante os esperan con igual impaciencia.

—¿Herman?

—El mismo.

—¿Por qué no os ha seguido hasta aquí?

—Sus primeras atenciones han sido para el conde, y desde luego se las debía; el senador, que os ama, se inmola por este joven. ¿No debe Herman agradecérselo?… ¿No sería ingrato si no lo hiciera?… Mas ya veis cómo ambos me envían a vos enseguida… Es el día de los sacrificios, señorita —continuó la Scholtz lanzando una mirada falsa sobre Ernestina—, venid a ver cómo se consuman todos.

La desdichada joven, luchando entre el deseo ardiente de volar a donde le decían que estaba Herman, y el temor a un paso aventurado yendo a casa del

conde en ausencia de su padre, permanece en suspenso sobre la decisión a tomar; y como la Scholtz seguía apremiándola, Ernestina creyó conveniente hacerse aconsejar, en semejante caso, por su tía Plorman y pedirle que la acompañara o, al menos, que lo hiciera su primo Sindersen. Pero éste no se encontraba en casa, y la viuda Plorman, consultada, respondió que el palacio del senador era demasiado honrado para que una joven corriera ningún riesgo yendo a él; añadió que su sobrina debía de conocer la casa, puesto que había estado varias veces en ella con su padre, y que, además, desde que Ernestina iba con una dama de la condición y edad de *Mme.* Scholtz, no había desde luego peligro alguno; que ella misma las acompañaría de buena gana si, desde hace diez años, sus horribles dolores no la retuvieran cautiva en casa, sin poder salir.

—Pero no corréis ningún riesgo, sobrina —continuó la Plorman—. Id sin temor alguno a donde os llaman; yo advertiré al coronel en cuanto vuelva para que vaya enseguida a buscaros.

Ernestina, encantada con un consejo que tan bien se amoldaba a sus deseos, se lanza al carruaje de la Scholtz, y ambas llegan a casa del senador, que sale a recibirlas a la puerta misma de su palacete.

—Daos prisa, encantadora Ernestina —dijo dándole la mano—, venid a gozar de vuestro triunfo, del sacrificio de la Señora y del mío, venid a convenceros de que, en las almas sensibles, la generosidad prevalece sobre cualquier sentimiento.

Ernestina no podía contenerse, su corazón palpitaba de impaciencia, y si la esperanza de la felicidad hermosea, nunca había sido más digna Ernestina de los homenajes del universo entero… Algunas circunstancias la alarmaron sin embargo, y moderaron la dulce emoción que la embargaba; aunque fuese pleno día, no se veía ningún criado en aquella casa… un silencio lúgubre reinaba en ella; no se decía una palabra; las puertas se cerraban con cuidado tan pronto como las cruzaban; la oscuridad se volvía cada vez más profunda a medida que avanzaban; y estas precauciones asustaron tanto a Ernestina que casi estaba desmayada cuando entró en la estancia donde querían recibirla. Llega por fin; este salón, bastante amplio, daba a la plaza pública; pero las ventanas estaban completamente cerradas por ese lado: sólo una, en la parte posterior, débilmente entornada, dejaba penetrar algunos rayos a través de las celosías echadas ante ella, y cuando Ernestina apareció no había nadie en aquella estancia. La infortunada apenas respiraba; viendo bien, sin embargo, que su seguridad dependía de su coraje, dijo con sangre fría:

—¿Qué significan, señor, esta soledad, este silencio espantoso… estas puertas que se cierran con tanto cuidado, esas ventanas que sólo permiten un leve acceso a la luz? Tantas precauciones no dejan de alarmarme; ¿dónde está Herman?

—Sentaos, Ernestina —dijo el senador colocándola entre la Scholtz y él—… calmaos y escuchadme. Han pasado muchas cosas, querida, desde que partisteis de Nora; aquel a quien habíais dado vuestro corazón ha demostrado por desgracia que no era digno de poseerlo.

—¡Oh, cielo! ¡Me asustáis!

—Vuestro Herman no es más que un malvado, Ernestina; se trata de saber si no habéis participado vos en el considerable robo que cometió contra *Mme.* Scholtz; sois sospechosa.

—Conde —dice Ernestina levantándose con tanta nobleza como firmeza—, vuestro ardid ha sido descubierto. Ahora me doy cuenta de mi imprudencia… soy una joven que está perdida… estoy en manos de mis mayores enemigos… no podré evitar la desgracia que me aguarda…

Y cayendo de rodillas, con los brazos levantados hacia el cielo, exclama:

—Ser supremo, sólo tú puedes protegerme, ¡no abandones la inocencia en las peligrosas manos del crimen y de la maldad!

—Ernestina —dice *Mme.* Scholtz levantándola y sentándola contra su voluntad en la silla que acababa de dejar—, aquí no se trata de rezar a Dios, sino de responder. El senador no os engaña: vuestro Herman me ha robado cien mil ducados, y estaba a punto de venir a por vos cuando por suerte todo se supo. Herman está detenido, pero los fondos no aparecen, niega haberlos robado; es lo que ha hecho pensar que los fondos estaban ya en vuestro poder. Mientras tanto, el caso de Herman toma cada vez peor cariz; hay testigos que han declarado en su contra; varios vecinos de Nordkoping le vieron salir de noche de mi casa con bolsas bajo la capa; en fin, el delito está más que probado, y vuestro amante está en manos de la justicia.

Ernestina. —¡Herman, culpable! ¡Ernestina, sospechosa! ¿Y vos lo habéis creído, señor?… ¿Habéis podido creerlo?

El conde. —No tenemos, Ernestina, ni tiempo para discutir este asunto, ni el tiempo de pensar en otra cosa que no sea en ponerle remedio de inmediato. Sin

hablar con vos, sin afligiros en vano, quise saber todo antes de dar el paso que me veis dar hoy. Contra vos sólo hay sospechas, por eso he conseguido evitaros el horror de un humillante cautiverio. Se lo debía a vuestro padre, a vos, lo he hecho; pero por lo que se refiere a Herman, es culpable… Hay algo peor, querida, y os digo estas palabras temblando… está condenado…

(Y Ernestina, palideciendo). —¡Condenado él… Herman… la inocencia misma!… Justo cielo!

—Todo puede repararse, Ernestina —prosigue vivamente el senador sosteniéndola en sus brazos—, os repito que todo puede repararse… No os resistáis a mi pasión, concededme ahora mismo los favores que exijo de vos y corro a reunirme con los jueces… están ahí, Ernestina —dice Oxtiern señalando hacia la plaza—, están reunidos para rematar este cruel asunto… Vuelo a su lado… les llevo los cien mil ducados, declaro que el error procede de mí, y *Mme.* Scholtz, que desiste de acusar a Herman, certifica también que ha sido en las cuentas hechas recientemente juntos donde esa suma ha sido anotada dos veces; en una palabra, salvo a vuestro amante… Hago más, mantengo la palabra que os di: ocho días después os hago su esposa… Decidid, Ernestina, y sobre todo no perdamos tiempo… pensad en la suma de dinero que sacrifico… en el delito del que sois sospechosa… en la horrible situación de Herman… en la felicidad que os espera, por último, si satisfacéis mis deseos.

Ernestina. —¿Yo entregarme a semejantes horrores? ¿Comprar a ese precio la remisión de un delito del que ni Herman ni yo fuimos nunca culpables?

El conde. —Ernestina, estáis en mi poder; lo que teméis puede ocurrir sin capitulación. Estoy haciendo por vos más de lo que debería hacer, devolviéndoos al que amáis a condición de un favor que puedo obtener sin esa cláusula… El tiempo apremia… dentro de una hora ya será tarde… dentro de una hora Herman estará muerto, sin que vos dejéis de estar menos deshonrada… Pensad que vuestra negativa pierde a vuestro amante sin salvar vuestro pudor, y que el sacrificio de ese pudor, cuya estima es imaginaria, devuelve la vida a quien adoráis… ¿qué digo?, lo devuelve a vuestros brazos al instante… Joven crédula y falsamente virtuosa, no puedes dudar sin cometer una flaqueza condenable… ¡no puedes hacerlo sin un crimen seguro! Accediendo, no pierdes más que un bien ilusorio… rechazando, sacrificas a un hombre, y ese hombre, inmolado por ti, es el que más amas en el mundo… Decídete, Ernestina, decídete, sólo te doy cinco minutos.

Ernestina. —Mi decisión está tomada, señor; nunca está permitido cometer

un crimen para impedir otro. Conozco de sobra a mi amado para estar segura de que no querría gozar de una vida que me habría costado el honor; con mayor motivo no se casaría conmigo después de mi mancilla. Por lo tanto, yo me habría hecho culpable sin volverle más feliz; lo sería sin salvarle, ya que con toda certeza él no sobreviviría a tal cúmulo de horrores y calumnias. Dejadme pues salir, señor, no os volváis más criminal de lo que ya sospecho que sois… Iré a morir al lado de mi amante, iré a compartir su espantoso destino; pereceré, al menos, digna de Herman, y prefiero morir virtuosa que vivir en la ignominia.

Entonces el conde se enfurece:

—¡Salir de mi casa! —dice, encendido de amor y de rabia—, ¿escapar de ella antes de que quede yo satisfecho? No lo esperes, no lo imagines siquiera, feroz criatura… ¡El rayo consumiría la tierra antes de que te deje libre sin haberte obligado a servir a mi pasión! —dice cogiendo a la infortunada joven en sus brazos.

Ernestina quiere defenderse… mas en vano… Oxtiern es un loco cuyas obsesiones producen horror.

—Un momento… un momento… —dice la Scholtz—, su resistencia puede que nazca de sus dudas.

—Es posible —dice el senador—, hay que convencerla…

Y cogiendo a Ernestina por la mano, la arrastra hacia una de las ventanas que dan a la plaza, y abre precipitadamente esa ventana.

—¡Mira, pérfida! —le dice—, mira a Herman y su cadalso.

Allí se encontraba efectivamente alzado aquel escenario sangriento, y el miserable Herman, a punto de perder la vida, aparecía a los pies de un confesor… Ernestina le reconoce… intenta lanzar un grito… se arroja hacia delante… sus órganos se debilitan… todos sus sentidos la abandonan, se derrumba como una masa inerte.

Todo precipita entonces los pérfidos planes de Oxtiern… Sujeta a la desdichada joven y, sin horror por el estado en que ella se encuentra, se atreve a consumar su crimen, se atreve a hacer servir al exceso de su rabia a la respetable criatura a la que el cielo, abandonándola, somete injustamente al más horrible delirio. Ernestina es deshonrada antes de recobrar el sentido; en ese mismo

instante, la espada de las leyes cae sobre el infortunado rival de Oxtiern: Herman ha dejado de existir.

A fuerza de cuidados, Ernestina abre por fin los ojos; la primera palabra que pronuncia es: *Herman*; su primer deseo, un puñal… Se levanta, vuelve a la horrible ventana, aún entreabierta, quiere arrojarse por ella, se lo impiden; pregunta por su amado, le dicen que ya no existe y que sólo ella es la culpable de su muerte… Se estremece… desvaría, de su boca salen palabras sin ilación… entrecortadas por sollozos… no tiene más que lágrimas que no pueden salir… Sólo entonces se da cuenta de que acaba de ser presa de Oxtiern… Lanza sobre él furiosas miradas.

—¿Eres tú, malvado —dice—, eres tú quien acaba de robarme la honra y a mi amado?

—Ernestina, todo puede repararse —dice el conde.

—Lo sé —dice Ernestina—, y todo se reparará sin duda; pero ¿puedo salir ya? ¿Está saciada tu rabia?

—Senador —exclama la Scholtz—, no dejemos escapar a esta muchacha… nos perderá. ¡Qué nos importa la vida de esta criatura!… que la pierda, y que su muerte ponga a salvo nuestras vidas.

—No —dice el conde—. Ernestina sabe que las denuncias no servirían de nada con nosotros; ha perdido a su amante, pero en sus manos está la suerte de su padre; que calle, y quizá aún pueda brillar para ella la felicidad.

—¿Denuncias, senador? ¿Yo, denuncias?… ¿Puede imaginar la Señora que yo quiera hacerlas? ¡Oh, no!, es una especie de ultraje que una mujer nunca debe denunciar… no podría hacerlo sin envilecerse a sí misma, y confesiones de las que estaría obligada a ruborizarse alarmarían mucho más su pudor de lo que satisfarían su venganza las reparaciones que pudiera recibir. Abridme, senador, abridme, y contad con mi discreción.

—Ernestina, vais a ser libre… Os lo repito, vuestra suerte está en vuestras manos.

—Lo sé —replica orgullosa Ernestina—, son ellas las que me la asegurarán.

—¡Qué imprudencia! —exclama la Scholtz—. ¡Oh!, conde, nunca habría consentido en ser vuestra cómplice en un crimen de haber sospechado tanta

debilidad.

—Ernestina no nos traicionará —dice el conde—, sabe que todavía la amo… sabe que el himeneo puede ser el precio de su silencio.

—¡Ah!, no temáis nada, no temáis nada —dice Ernestina subiendo al carruaje que la esperaba—, tengo un deseo demasiado ardiente de reparar mi honor para envilecerme con medios tan bajos… Estaréis satisfecho de los que voy a utilizar, conde; nos honrarán a ambos. Adiós.

Ernestina se dirige a su casa… vuelve pasando por el centro de aquella plaza en la que su amado acaba de perecer; atraviesa la multitud que acaba de saciar sus ojos con aquel espantoso espectáculo; su coraje la sostiene, sus resoluciones le dan fuerzas; llega. Su padre volvía en ese mismo instante; el pérfido Oxtiern había cuidado de hacer que le retuvieran todo el tiempo necesario para su crimen… Ve a su hija desgreñada… pálida, con la desesperación en el alma, pero sin embargo con los ojos secos, el porte altivo y la palabra firme.

—Encerrémonos, padre mío, tengo que hablaros.

—Hija, me haces temblar… ¿Qué ha ocurrido? Has salido durante mi ausencia… Se habla de la ejecución de un joven de Nordkoping… He vuelto presa de una turbación… de una agitación… Explícate… traigo la muerte en el alma.

—Escuchadme, padre mío… contened vuestras lágrimas… (y arrojándose en brazos del coronel): no habíamos nacido para ser felices, padre mío; hay ciertos seres a los que la naturaleza sólo creó para dejarles flotar de desgracia en desgracia durante los pocos instantes que deben existir sobre la tierra. No todos los individuos pueden pretender la misma porción de felicidad, hay que someterse a las voluntades del cielo: al menos os queda vuestra hija, ella consolará vuestra vejez, ella será vuestro apoyo… el desdichado joven de Nordkoping del que acabáis de oír hablar era Herman: acaba de perecer en el cadalso, ante mis ojos… sí, padre mío, ante mis ojos… Han querido que yo le viese… le he visto… Ha muerto víctima de los celos de la Scholtz y del frenesí de Oxtiern… no es esto todo, padre mío, quisiera no tener que informaros más que de la pérdida de mi amado, tengo otra noticia todavía más cruel… Vuestra hija os ha sido devuelta pero deshonrada… Oxtiern… mientras inmolaban a una de sus víctimas… el malvado mancillaba a la otra.

Sanders, levantándose en ese instante lleno de furia, dice:

—Basta, conozco mi deber; el hijo del valiente amigo de Carlos XII no necesita que le enseñen cómo hay que vengarse de un traidor. Dentro de una hora, hija mía, yo estaré muerto o tú quedarás satisfecha.

—No, padre mío, no —dice Ernestina impidiendo salir al coronel—, exijo en nombre de cuanto pueda seros más querido que no asumáis vos esta venganza. Imaginad el horror de mi destino si tuviera la desgracia de perderos. Sola, sin apoyo… en las pérfidas manos de esos monstruos, ¿creéis que no me inmolarían pronto?… vivid, pues, para mí, padre, para vuestra querida hija, que en el exceso de su dolor no os tiene más que a vos por ayuda y consuelo… sólo cuenta con vuestras manos en el mundo para enjugar sus lágrimas… escuchad mi plan: se trata de un leve sacrificio, que incluso quizá sea superfluo, si mi primo Sindersen tiene buen corazón: el temor a que mi tía nos prefiera en el testamento es la única razón que pone cierta frialdad entre él y nosotros; voy a disipar su miedo, voy a firmarle una renuncia total a ese legado, voy a interesarle en mi causa; es joven, es valiente… es militar como vos, irá al encuentro de Oxtiern, lavará mi injuria en la sangre de ese traidor, y, como es preciso que seamos vengados, si él sucumbe, padre mío, no retendré más vuestro brazo: iréis entonces en busca del senador y vengaréis a un tiempo el honor de vuestra hija y la muerte de vuestro sobrino. De esta manera, el malvado que me engañó tendrá dos enemigos en lugar de uno; nunca los multiplicaríamos demasiado contra él.

—Hija mía, Sindersen es muy joven para un enemigo como Oxtiern.

—No temáis nada, padre, los traidores siempre son unos cobardes, no es difícil la victoria… ¡Ah!, ¡cuánto falta para que la considere así! Este plan… lo exijo… tengo algunos derechos sobre vos, padre mío, mi desgracia me los da: no me neguéis la gracia que imploro… la pido a vuestros pies.

—Puesto que así lo quieres, consiento en ello —dice el coronel levantando a su hija—, y lo que me hace ceder a tus deseos es la certeza de multiplicar con ello, como tú dices, los enemigos del que nos deshonra.

Ernestina abraza a su padre y vuela al punto en busca de su pariente; no tarda en regresar.

—Sindersen está dispuesto, padre mío —le dice al coronel—; pero os ruega encarecidamente, a causa de su tía, que no digáis nada; esta pariente no se consolaría de haberme aconsejado ir a casa del conde, ella lo hacía de buena fe; Sindersen es, pues, de la opinión de ocultar todo a la Plorman; él mismo os evitará

hasta que se concluya, vos le imitaréis.

—Bien —dice el coronel—, que vuele a la venganza… yo le seguiré de cerca…

Todo se calma… Ernestina se acuesta tranquila en apariencia, y al día siguiente, temprano, el conde Oxtiern recibe una carta de mano desconocida, donde sólo se encuentran las siguientes palabras:

Un crimen atroz no se comete sin castigo; una injusticia odiosa no se consuma sin venganza; una joven honesta no se deshonra sin que cueste la vida al seductor o a quien debe vengarla. Esta noche, a las diez, un oficial vestido de rojo paseará por el puerto, con la espada bajo el brazo: espera encontraros; si no acudís, ese mismo oficial irá mañana a saltaros la tapa de los sesos.

Lleva la carta un criado sin librea y, como tenía orden de volver con una respuesta, entrega el mismo billete, simplemente con estas dos palabras al pie: *Allí estaré*.

Mas el pérfido Oxtiern tenía demasiado interés en saber lo que había ocurrido en casa de la Plorman desde el regreso de Ernestina para no haber empleado, a precio de oro, los medios que debían informarle. Se entera de quién debe ser el oficial vestido de rojo: sabe asimismo que el coronel le ha dicho a su criado de confianza que le prepare un uniforme inglés, porque quiere disfrazarse para seguir a quien debe vengar a su hija, a fin de no ser reconocido por ese vengador, y asumir de inmediato su defensa si por azar es vencido. Es más de lo que necesita Oxtiern para construir un nuevo edificio de horror.

Llega la noche, era extremadamente oscura; Ernestina avisa a su padre de que Sindersen saldrá dentro de una hora y de que, en el abatimiento en que se encuentra, le pide permiso para retirarse. El coronel, satisfecho de estar a solas, da las buenas noches a su hija y se prepara para seguir a quien debe batirse por ella; sale… ignora cómo irá vestido Sindersen. Ernestina no ha enseñado el cartel de desafío; para no faltar al misterio exigido por el joven, y no infundir sospechas en su hija, no ha querido hacer ninguna pregunta. ¿Qué le importa? Sigue adelante, conoce el lugar del duelo, está seguro de reconocer allí a su sobrino. Llega al lugar indicado; todavía no aparece nadie; se pasea. En ese momento le aborda un desconocido sin armas, con el sombrero calado.

—Señor —le dice ese hombre—, ¿no sois el coronel Sanders?

—Lo soy.

—Entonces, preparaos, Sindersen os ha traicionado, no se batirá contra el conde; pero este último me sigue, y viene sólo contra vos.

—¡Alabado sea Dios! —dice el coronel con un grito de alegría—, es lo que más deseaba en el mundo.

—No digáis una sola palabra, señor, os lo ruego —prosigue el desconocido—; este lugar no es muy seguro, el senador tiene muchos amigos; quizá acudan para separaros… Él no lo quiere, quiere daros plena satisfacción… Atacad pues vivamente, y sin decir una palabra, al oficial vestido de rojo que avance hacia vos por este lado.

—Bueno —dice el coronel—, alejaos enseguida, ardo por llegar a las manos…

El desconocido se retira; Sanders da todavía dos vueltas; por fin distingue, en medio de las tinieblas, al oficial vestido de rojo que avanza altivamente hacia él: no duda de que sea Oxtiern, carga espada en ristre y con increíble bravura; su valor cede por fin a los vigorosos ataques del coronel, y el desdichado cae, expirando, sobre el polvo… Un grito de mujer escapa en ese instante, funesto grito que traspasa el alma de Sanders… se acerca… distingue unos rasgos muy distintos del hombre con el que cree combatir… ¡Justo cielo!… reconoce a su hija… es ella, es la valiente Ernestina que ha querido perecer o vengarse por sí misma, y que, ahogada ya en su sangre, expira a manos de su padre.

—¡Día espantoso para mí! —exclama el coronel—… Ernestina, ¡es a ti a quien inmolo! ¡Qué error!… ¿Quién es su autor?…

—Padre mío —dice Ernestina con una voz débil, estrechando al coronel en sus brazos—, no os he reconocido; excusadme, padre mío, he osado armarme contra vos… ¿os dignaréis perdonarme?

—¡Gran Dios!, si es mi mano la que te hunde en la tumba. ¡Oh!, alma querida, ¡con cuántos dardos envenenados quiere el cielo destruirnos a la vez!

—Todo esto sigue siendo obra del pérfido Oxtiern… Un desconocido se me ha acercado, me ha dicho, de parte de ese monstruo, que observe el mayor silencio, por temor a ser separados, y ataque al que vaya vestido de rojo como lo estáis vos, que sólo ése sería el conde… Le he creído, ¡oh espantoso colmo de perfidia!…

Expiro… pero al menos muero en vuestros brazos: esta muerte es la más dulce que puedo recibir después de todos los males que acaban de abrumarme. Abrazadme, padre mío, y recibid el adiós de vuestra desgraciada Ernestina.

La infortunada expira tras estas palabras; Sanders la baña con sus lágrimas… Pero la venganza aplaca el dolor. Deja aquel cadáver sangrante para implorar la ayuda de las leyes… morir… o perder a Oxtiern… Sólo quiere recurrir a los jueces… Ya no debe… ya no puede comprometerse con un malvado, que sin duda le haría asesinar antes que medirse con él. Cubierto todavía con la sangre de su hija, el coronel cae a los pies de los magistrados, les expone el horrible encadenamiento de sus desgracias, les revela las infamias del conde… les conmueve, les interesa, no descuida, sobre todo, mostrarles hasta qué punto las estratagemas del traidor que denuncia les han engañado en el juicio de Herman… Se le promete que será vengado.

Pese a toda la influencia de que había presumido el senador, es arrestado esa misma noche. Creyéndose a salvo del efecto de sus crímenes, o mal instruido sin duda por sus espías, descansaba tranquilamente; le encuentran en brazos de la Scholtz: los dos monstruos se felicitaban juntos por la forma horrible en que creían haberse vengado. Son llevados uno y otra a las cárceles de la justicia. Se les instruye un proceso con el mayor rigor… la integridad más completa lo preside: los dos culpables se contradicen en su interrogatorio… se condenan mutuamente uno y otra… La memoria de Herman es rehabilitada, la Scholtz va a pagar el horror de sus fechorías en el mismo cadalso en que ella había hecho morir al inocente.

El senador fue condenado a la misma pena; mas el rey alivia su horror desterrándolo a perpetuidad al fondo de las minas.

Del patrimonio de los culpables, Gustavo ofreció diez mil ducados de pensión al coronel, y el grado de general a su servicio; pero Sanders no aceptó nada.

—Sire —le dice al monarca—, sois demasiado bueno. Si os dignáis ofrecerme estos favores en razón de mis servicios, son demasiado grandes, no los merezco… si es para compensar las pérdidas que he sufrido, no bastarían, Sire; las heridas del alma no se curan ni con oro ni con honores… Ruego a Vuestra Majestad que me deje algún tiempo en mi desolación; dentro de poco le solicitaré la única gracia que pueda convenirme.

—Ahí tenéis, señor —interrumpió Falkeneim—, el detalle de lo que habéis preguntado. Me desagrada la obligación en que vamos a estar de ver una vez más a ese Oxtiern; os causará horror.

—Nadie es más indulgente que yo, señor —respondí—, con todas las faltas a las que nos arrastra nuestra organización; miro a los malhechores, en medio de la gente honrada, como esas irregularidades que la naturaleza mezcla con las bellezas que adornan el universo. Mas vuestro Oxtiern, y particularmente la Scholtz, abusan del derecho que las debilidades del hombre deben obtener de los filósofos. Es imposible llevar el crimen más lejos; en la conducta del uno y de la otra hay circunstancias que hacen estremecer. Abusar de esa desdichada mientras hace inmolar a su enamorado… hacerla asesinar luego por su padre, son refinamientos de horror que nos hacen arrepentimos de ser hombres cuando somos lo bastante desgraciados para compartir ese título con malvados tan grandes.

Apenas había dicho yo estas palabras cuando Oxtiern apareció, trayendo su carta; su golpe de vista era demasiado perspicaz para no ver en mi rostro que acababa de ser informado de sus aventuras… Me mira.

—Señor —me dice en francés—, compadecedme; riquezas inmensas… buen nombre… crédito… fueron esas sirenas las que me extraviaron; instruido por la desgracia, he reconocido el remordimiento, y ahora puedo vivir entre los hombres sin causarles daño o asustarlos.

El infortunado conde acompañó estas palabras con algunas lágrimas, que me fue imposible compartir. Mi guía tomó su carta, le prometió sus servicios, y nos preparábamos para partir cuando vimos la calle llena de un gentío que se acercaba al lugar en que nos encontrábamos… nos detuvimos; Oxtiern aún seguía con nosotros; poco a poco distinguimos a dos hombres que hablan acaloradamente y que, al vernos, se dirigen de inmediato hacia nosotros; Oxtiern reconoce a los dos personajes.

—¡Oh, cielos! —exclama—, ¿qué es esto?… ¡El coronel Sanders acompañado por el sacerdote de la mina!… Sí, es nuestro pastor el que avanza, guiando al coronel… Esto tiene que ver conmigo, señores… ¡cómo!, ¡ese irreconciliable enemigo viene a buscarme a las entrañas de la tierra!… ¡Todavía no bastan, pues, para satisfacerle mis crueles penas!…

Oxtiern no había terminado cuando el coronel lo aborda.

—Sois libre, señor —le dice cuando está a su lado—, y es al hombre del universo más gravemente ofendido por vos a quien se debe vuestra gracia… Aquí la tenéis, senador, yo la traigo; el rey me ha ofrecido grados, honores, he rechazado todo, sólo he querido vuestra libertad… La he alcanzado, podéis seguirme.

—¡Oh, generoso mortal! —exclama Oxtiern—, ¿es posible?… Yo, libre… ¿y libre por vos? —exclama Oxtiern—… ¿por vos, que, arrancándome la vida, aun no me castigaríais como merezco serlo?…

—He creído que lo comprenderíais —dijo el coronel—, por eso he imaginado que ya no había ningún riesgo en devolveros un bien del que es imposible que hayáis abusado más… Por otra parte, ¿reparan vuestros males los míos? ¿Puedo ser feliz con vuestros dolores? ¿Vuestra detención compensa la sangre que vuestra barbarie derramó? Sería tan cruel como vos… igual de injusto, si lo pensase. ¿La prisión de un hombre compensa a la sociedad de los males que un hombre cometió contra ella? Hay que devolver la libertad a ese hombre si se quiere que repare, y, en este caso, no hay ninguno que no lo haga, no hay uno sólo que no prefiera el bien a la obligación de vivir encadenado. Lo que sobre esto puede inventar el despotismo en algunas naciones, o el rigor de las leyes en otras, lo desaprueba el corazón del hombre honrado… partid, conde, partid, os lo repito: sois libre.

Oxtiern quiere arrojarse a los brazos de su benefactor.

—Señor —le dice fríamente Sanders, resistiéndose al impulso—, vuestra gratitud es inútil, y no quiero que me agradezcáis tanto algo que sólo he hecho para mí mismo… Dejemos enseguida estos lugares; tengo más prisa que vos por veros fuera, a fin de explicaros todo.

Sanders, al vernos con Oxtiern y tras haberse enterado de quiénes éramos, nos rogó subir con el conde y con él; aceptamos; Oxtiern tuvo que cumplir junto al coronel algunas formalidades necesarias para su liberación; nos devolvieron nuestras armas a todos, y subimos.

—Señores —nos dijo Sanders en cuanto estuvimos fuera—, tened la bondad de servirme de testigos en lo que me resta por comunicar al conde Oxtiern. Ya habéis visto que no le dije todo en la mina: había demasiados espectadores…

Y como seguíamos avanzando, no tardamos en encontrarnos en las cercanías de un seto que nos ocultaba a ojos de todos. Entonces el coronel, agarrando al

conde por el cuello, le dijo:

—Senador… ahora se trata de darme satisfacción; espero que seáis lo bastante valiente para no negármela, y que tendréis suficiente imaginación como para estar convencido de que el mayor motivo que me ha hecho obrar en lo que acabo de hacer era la esperanza de batirme con vos.

Falkeneim quiso servir de mediador y separar a los dos adversarios.

—Señor —le dijo secamente el coronel—, conocéis los ultrajes que he recibido de este hombre: los manes de mi hija exigen sangre; uno de los dos ha de quedar en el sitio; Gustavo está informado, conoce mi plan; al otorgarme la libertad de este desdichado, no lo ha desaprobado; dejadme pues hacer, señor.

Y el coronel, quitándose el traje, lleva al punto la mano a la espada… Oxtiern también lo hace, mas apenas está en guardia cuando, cogiendo su espada por el extremo, y poniendo la mano izquierda en la punta de la del coronel, le presenta la empuñadura de su arma y, doblando una rodilla en tierra, nos dice mirándonos:

—Señores, os tomo por testigos a ambos de mi acción; quiero que uno y otro sepáis que no he merecido el honor de batirme contra este hombre honrado, sino que dejo mi vida en sus manos y que le suplico que me la arranque… Coged mi espada, coronel, cogedla, os la entrego. Aquí tenéis mi corazón, hundid en él la vuestra, yo mismo voy a dirigir sus golpes. No dudéis, lo exijo; librad ahora mismo a la tierra de un monstruo que durante mucho tiempo la mancilló demasiado.

Sanders, sorprendido ante el impulso de Oxtiern, le grita que se defienda.

—No lo haré, y si no os servís de la espada que sujeto —responde con firmeza Oxtiern dirigiendo hacia su pecho desnudo la punta del arma de Sanders—, si no os servís de ella para quitarme la vida, os declaro, coronel, que yo mismo me traspasaré ante vuestros ojos.

—Conde, es preciso que la sangre… ¡es preciso, es preciso, os lo repito!

—Lo sé —dice Oxtiern—, y por eso os presento mi pecho, daos prisa en atravesarlo… sólo debe correr de ahí.

—No es así como debo comportarme —prosigue Sanders, tratando siempre de liberar su hoja—, quiero castigar vuestras maldades según las leyes del honor.

—No soy digno de aceptarlas, respetable señor —replica Oxtiern—, y puesto que no queréis satisfaceros como debéis, yo os ahorraré ese cuidado…

Dicho esto, se abalanza sobre la espada del coronel, que no ha dejado de sujetar con la mano, y hace brotar la sangre de sus entrañas. Mas el coronel, retirando al punto su espada, exclama:

—Es suficiente, conde… vuestra sangre ya ha corrido, he quedado satisfecho… Que el cielo acabe vuestra enmienda, yo no quiero serviros de verdugo.

—Abracémonos pues, señor —dice Oxtiern, que perdía mucha sangre.

—No —dice Sanders—, quiero perdonar vuestros crímenes pero no puedo ser vuestro amigo.

Nos apresuramos a vendar la herida del conde; el generoso Sanders nos ayudó.

—Id —le dice entonces al senador—, id a gozar de la libertad que os devuelvo; tratad de reparar, si os es posible, con algunas bellas acciones todos los crímenes a los que os entregasteis; o, si no, yo responderé a toda Suecia por la fechoría que yo mismo habría cometido devolviéndole un monstruo del que ya se había librado… Señores —continuó Sanders, mirándonos a Falkeneim y a mí—, he pensado en todo; el coche que hay en la posada a la que nos dirigimos sólo está destinado a Oxtiern, pero puede llevaros a ambos; mis caballos me esperan en otro lado. Os saludo. Exijo vuestra palabra de honor de que daréis cuenta al rey de lo que acabáis de ver.

Oxtiern quiere abalanzarse una vez más a los brazos de su liberador, le implora que le devuelva su amistad, que vaya a vivir a su casa y compartir su fortuna.

—Señor —le dice el coronel rechazándole—, ya os lo he dicho, no puedo aceptar de vos ni beneficios ni amistad, pero exijo virtud: no me hagáis arrepentirme de lo que he hecho… ¿Queréis, según decís, consolarme de mis penas? La forma más segura es cambiar de conducta; cada bello gesto que, en mi retiro, sepa de vos quizá borre de mi alma las profundas impresiones de dolor que vuestras fechorías grabaron en ella. Si seguís siendo un malvado, no cometeréis un solo crimen que no traiga de nuevo ante mis ojos la imagen de aquella a la que hicisteis morir por mi mano, y me hundáis en la desesperación. Adiós, dejémonos,

Oxtiern, y, sobre todo, no volvamos a vernos nunca…

Tras estas palabras el coronel se aleja… Oxtiern, llorando, quiere seguirle, se arrastra hacia él… nosotros lo detenemos, lo llevamos casi desmayado al carruaje que no tarda en devolvernos a Estocolmo.

El desdichado estuvo un mes entre la vida y la muerte; al cabo de este tiempo nos pidió que le acompañáramos a ver al rey, quien nos hizo dar cuenta de cuanto había pasado.

—Oxtiern —dice Gustavo al senador—, ya veis cómo humilla el crimen al hombre, y cómo le rebaja. Vuestro rango… vuestra fortuna… vuestro nacimiento, todo os situaba por encima de Sanders, y sus virtudes lo elevan a él donde no le alcanzaréis jamás. Gozad de los favores que gracias a él os han sido devueltos, Oxtiern, he consentido en ello… Tras una lección así, estoy seguro de que os castigaréis vos mismo antes de que yo conozca vuestros crímenes nuevos, o de que no volveréis a ser tan vil como para cometerlos todavía.

El conde se arroja a los pies del soberano, y le hace juramento de una conducta irreprochable.

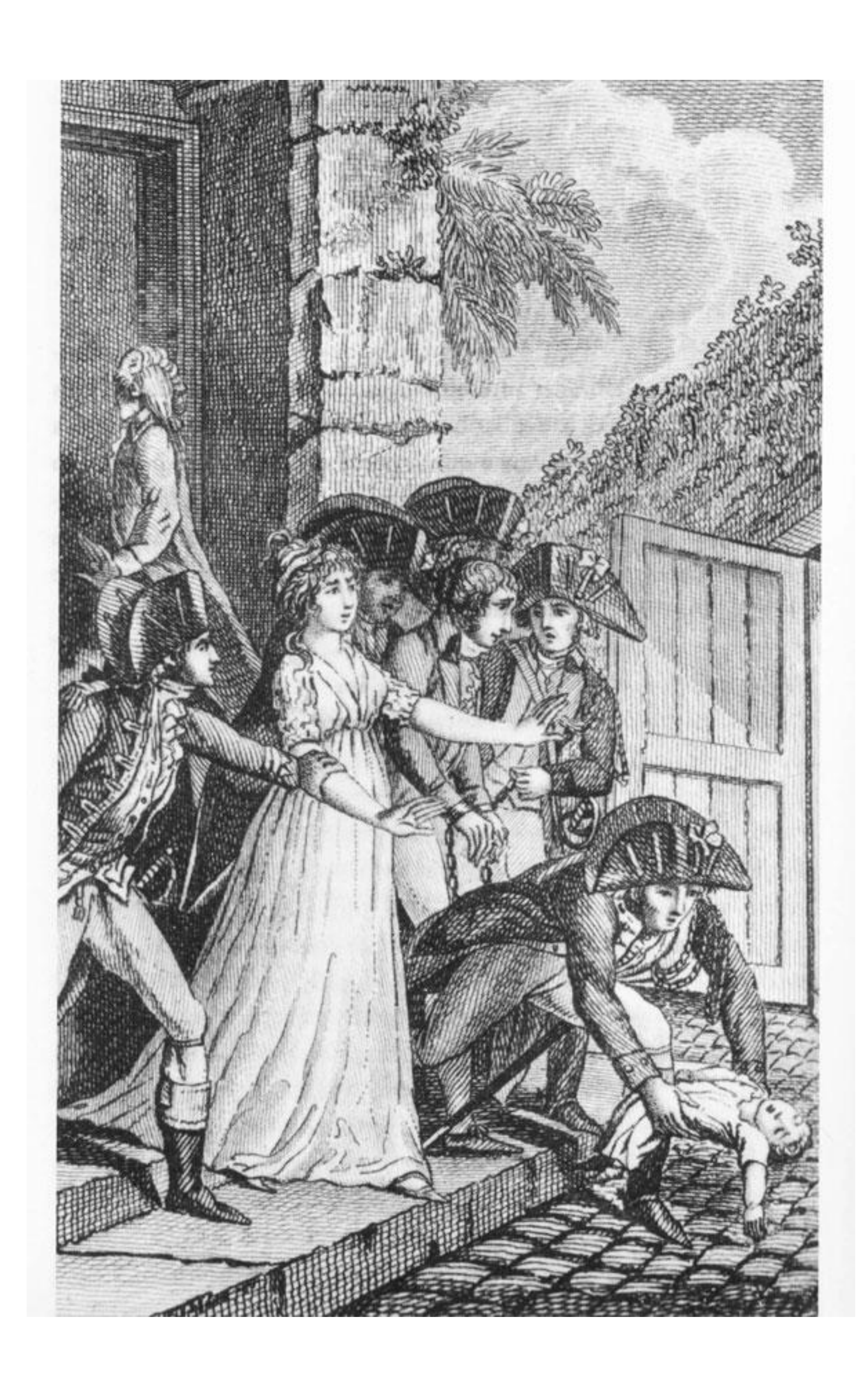
Ha mantenido su palabra: mil acciones, a cual más generosa y bella, han reparado sus errores a los ojos de toda Suecia; y su ejemplo ha demostrado a esa prudente nación que no es siempre por las vías tiránicas, y con horribles venganzas, como se puede reformar a los hombres y contenerlos.

Sanders había vuelto a Nordkoping; allí acabó su carrera en soledad, derramando lágrimas todos los días por la desdichada hija a la que había adorado, y consolándose de su pérdida sólo por los elogios que diariamente oía hacer de aquel cuyas cadenas había roto.

—¡Oh, virtud! —exclamaba a veces—, ¡quizá el cumplimiento de todas estas cosas era necesario para devolver a Oxtiern a tu templo! Si así fuera, me consuelo; los crímenes de este hombre sólo me habrían afligido a mí; y sus bondades serán para los demás.

Me preguntas por qué me empeño en ofrecer a tus ojos únicamente ideas de muerte. Has de saber que ese pensamiento es una poderosa palanca que levanta al hombre del polvo y lo yergue por encima de sí mismo; colma la espantosa profundidad del abismo infernal, y nos hace descender a la tumba por una pendiente más suave.

Noches, de Young[45]



DORGEVILLE,

O

EL CRIMINAL POR VIRTUD

Dorgeville, hijo de un rico negociante de La Rochelle, partió muy joven para América, encomendado a un tío cuyos negocios habían prosperado mucho; se lo mandaron antes de que hubiera cumplido los doce años; al lado de ese pariente se educó en la carrera que estaba destinado a seguir y en el ejercicio de todas las virtudes.

Los encantos corporales no habían favorecido demasiado al joven Dorgeville; nada tenía de desagradable, pero no poseía ninguno de esos dones físicos que valen a un individuo de nuestro sexo el título de *hombre apuesto*. Pero lo que perdía Dorgeville por ese lado, la naturaleza se lo devolvía por el otro. Buena inteligencia, cosa más valiosa a menudo que el genio, un alma sorprendentemente delicada, un carácter franco, leal y sincero; todas las cualidades que conforman, en una palabra, al hombre cabal y sensible, Dorgeville las poseía con profusión; y en el siglo *en el que entonces se vivía*, era mucho más de lo necesario para convertirse, casi con toda seguridad, en un ser desgraciado toda su vida.

Nada más alcanzar Dorgeville la edad de veintidós años, murió su tío dejándole al frente de su firma, que administró durante tres años con toda la inteligencia posible. Mas la bondad de su corazón no tardó en volverse la causa de su ruina: contrajo compromisos en nombre de varios amigos que no tuvieron tanta honradez como él. Aunque los pérfidos faltaron a su palabra, él quiso honrar todos sus compromisos, y Dorgeville se vio pronto perdido.

—Es horrible verse arruinado a mi edad —decía este joven—; mas si algo me consuela de este trance es la certeza de haber hecho felices a muchos y de no haber arrastrado a nadie conmigo.

No era sólo en América donde Dorgeville tenía problemas; en el seno mismo de su familia ocurrían algunos espantosos. Un día le informaron de que una hermana, nacida pocos años después de su partida para el Nuevo Mundo, acababa de deshonrar y arruinar tanto a él como a todos los suyos; que esa muchacha perversa, entonces de dieciocho años, llamada Virginia, y por desgracia bella como

el amor, enamorada de un escribiente de las sucursales de su casa, al no obtener permiso para casarse con él, cometió la infamia, para alcanzar sus propósitos, de atentar contra la vida de su padre y su madre; que en el momento en que iba a escapar con una parte del dinero, se impidió afortunadamente el robo, sin poder, no obstante, conseguir apoderarse de los culpables, que habían pasado, según se decía, a Inglaterra. En la misma carta se urgía a Dorgeville a volver a Francia a fin de ponerse al frente de su patrimonio, y de reparar al menos, con la fortuna que iba a encontrar, la que había tenido la desgracia de perder.

Desesperado por una multitud de incidentes tan enojosos y tan infamantes, Dorgeville acude a la Rochelle, donde se le confirman las funestas noticias que le habían enviado; y, renunciando desde entonces al comercio, por pensar que no puede sostenerse tras tantas desgracias, con una parte de lo que le queda hace frente a los compromisos de sus corresponsales de América, rasgo de delicadeza única, y, con la otra, decide comprar una casa de campo cerca de Fontenay, en Poitou, donde pueda pasar el resto de sus días en el reposo… en el ejercicio de la caridad y de la beneficencia, las dos virtudes más apreciadas por su sensible alma.

Este proyecto se realiza. Instalado en su pequeña propiedad, Dorgeville alivia a los pobres, consuela a los viejos, casa a los huérfanos, anima al agricultor y se convierte, en una palabra, en el dios del pequeño cantón donde vive. Si encontraba en él a un ser desdichado, la casa de Dorgeville se abría para él al instante; si había una buena obra que hacer, disputaba ese honor a sus vecinos: en una palabra, si corría una lágrima, la mano de Dorgeville volaba enseguida a enjugarla; y, bendiciendo su nombre, todo el mundo decía, desde el fondo del alma: Es el hombre que la naturaleza destina para resarcirnos de los malvados… Éstos son los dones que esa naturaleza hace a veces a la tierra, para consolarla de los males con que la abruma.

Era de desear que Dorgeville se casase: individuos de una clase así se habrían vuelto preciosos para la sociedad; pero, absolutamente inaccesible hasta entonces a los atractivos del amor, Dorgeville había declarado que, a menos que el azar le hiciera encontrar una joven que, unida a él por la gratitud, se sintiera destinada a hacer su felicidad, desde luego no se casaría. Se le habían ofrecido varios partidos, había rechazado todos, por no encontrar en ninguna de las mujeres que le proponían, decía él, motivos lo bastante poderosos para estar seguro de ser amado por ella un día.

—Quiero que la mujer con la que me case me deba todo —decía Dorgeville—; como no tengo ni un patrimonio muy considerable, ni una figura

bastante hermosa para encadenarla con estos lazos, deseo que esté atada a mí por obligaciones esenciales que, así encadenada, le priven de cualquier medio de abandonarme o de traicionarme.

Algunos amigos de Dorgeville rechazaban su forma de pensar.

—¿Qué fuerza tendrán esos lazos —le hacían observar a veces— si el alma de aquella a la que habréis servido no es tan hermosa como la vuestra? El agradecimiento no es para todos los seres una cadena tan indisoluble como para vos; hay almas débiles que la desprecian, hay otras orgullosas que la rechazan; ¿no habéis aprendido a vuestra costa, Dorgeville, que haciendo favores es mucho más fácil pelearse que hacer amigos?

Estas razones eran capciosas; pero la desdicha de Dorgeville era juzgar siempre a los otros por su propio corazón; y este sistema que le había hecho desgraciado hasta entonces, era justo suponer como verosímil que seguiría siendo así el resto de sus días.

Así pensaba, fuera lo que fuese, el hombre honrado cuya historia contamos, cuando el destino le presentó de manera muy singular la criatura que él creyó destinada a compartir su fortuna y que imaginó hecha para el precioso don de su corazón.

En esa interesante estación del año en que la naturaleza parece despedirse de nosotros colmándonos con sus dones, en que sus infinitos cuidados hacia nosotros no cesan de multiplicarse durante varios meses para prodigarnos cuanto puede hacernos esperar en paz el retorno de sus primeros vapores, en esa época en que los habitantes del campo se tratan más, debido a la caza, la vendimia o alguna otra de esas ocupaciones tan dulces para quien aprecia la vida rural y de tan poco valor para esos seres fríos e inanimados, embotados por el lujo de las ciudades, desecados por su corrupción que de la sociedad sólo conocen los dolores o las minucias, porque esa franqueza… ese candor… esa dulce cordialidad que estrechan tan deliciosamente los lazos sólo se encuentran en los habitantes del campo (parece que sólo bajo un cielo puro pueden serlo también los hombres, y que esas exhalaciones tenebrosas, que cargan la atmósfera de las grandes ciudades, corrompen asimismo el corazón de los desdichados cautivos que se condenan a no salir de su recinto), en el mes de septiembre, en fin, Dorgeville planeó visitar a un vecino que le había acogido cuando llegó a la provincia, y cuya alma dulce y compasiva parecía avenirse con la suya.

Monta a caballo seguido de un solo criado y se dirige hacia el castillo de ese amigo, situado a cinco leguas del suyo. Dorgeville había hecho alrededor de tres cuando oye, tras un seto que bordea el camino, unos gemidos que le detienen, primero por curiosidad, y pronto luego por ese impulso tan natural en su corazón de aliviar a todos los individuos sufrientes. Deja el caballo a su criado, franquea la cuneta que lo separa del seto, da la vuelta y llega por fin al lugar mismo del que partían las quejas que le habían sorprendido.

—¡Oh, señor! —exclama una mujer bellísima que sostiene en sus brazos un niño al que acaba de traer al mundo—, ¿qué Dios os envía en auxilio de este infortunado?… Estáis viendo a una criatura desesperada, señor —prosiguió aquella mujer desconsolada, derramando un torrente de lágrimas—… Este miserable fruto de mi deshonra sólo iba a ver el día para perderlo enseguida por mi mano.

—Antes de discutir con vos, señorita —dice Dorgeville—, los motivos que podían llevaros a tan horrible acción, permitidme que sea vuestro alivio lo primero que me preocupe. Me parece que veo una granja a un centenar de pasos de aquí; tratemos de llegar y, una vez allí, después de haber recibido los primeros cuidados que exige vuestro estado, me atreveré a pediros algunos detalles sobre las desdichas que parecen abrumaros, dándoos mi palabra de que mi curiosidad no tendrá otro objetivo que el deseo de seros útil, y que se encerrará en los límites que os plazca prescribirle.

Cécile se deshace en demostraciones de gratitud y consiente en lo que se le propone; el criado se acerca, coge al niño, Dorgeville monta a la madre en su caballo, y avanzan hacia la granja. Pertenecía a unos campesinos acomodados que, tras la petición de Dorgeville, acogen muy bien a la madre y al niño; se prepara una cama para Cécile, meten al niño en una cuna de la casa, y Dorgeville, demasiado curioso ante las consecuencias de esta aventura para no sacrificar, con tal de conocerlas, la agradable visita que tiene planeada, manda a decir que no le esperen, dado que está decidido a pasar como pueda, en aquella cabaña, ese día y la próxima noche. Como Cécile tenía necesidad de reposo, empieza por rogarle que descanse antes que pensar en satisfacerle; y como no se encontró mejor por la noche, Dorgeville esperó a la mañana siguiente para preguntar a aquella encantadora criatura en qué podía serle de alguna ayuda.

El relato de Cécile no fue largo. Dijo ser hija de un gentilhombre llamado Duperrier, cuya finca estaba a diez leguas de allí; que había tenido la desgracia de haberse dejado seducir por un joven oficial del regimiento de Vermandois,

entonces de guarnición en Niort, de la que el castillo de su padre estaba a unas pocas leguas; que su amante había desaparecido en cuanto supo que estaba encinta; y que lo más horrible, añadió Cécile, era que, tras haber resultado muerto el joven tres semanas después en un duelo, ella perdía a la vez el honor y la esperanza de reparar nunca su falta. Había ocultado su situación a sus padres todo el tiempo que le fue posible, continuó; pero cuando al fin ya no pudo ocultarlo, había confesado todo, recibiendo a partir de ese momento tan mal trato de su padre y de su madre que había tomado la decisión de escapar. Hacía varios días que vagaba por los alrededores sin saber a qué decidirse, sin poder resolverse a abandonar por completo la casa paterna o los dominios vecinos, cuando, presa de los dolores del parto, había resuelto matar a su hijo y quizá matarse ella misma después; fue en ese momento cuando Dorgeville había aparecido y se había dignado ofrecerle tantos auxilios y consuelos.

Estos detalles, apoyados en una cara encantadora y el aire más ingenuo y más interesante del mundo, convencieron enseguida al sensible alma de Dorgeville.

—Señorita —dijo a aquella infortunada—, me siento muy feliz de que el cielo os haya puesto en mi camino; he ganado con ello dos placeres muy estimados por mi corazón, el de haberos conocido, y otro mucho más dulce todavía, el de estar casi seguro de reparar vuestros males.

Junto con el consuelo, el amable Dorgeville declaró entonces a Cécile el propósito que tenía de ir en busca de sus padres y reconciliarla con ellos.

—Entonces iréis solo, señor —respondió Cécile—, porque yo no pienso aparecer de nuevo ante sus ojos.

—Sí, señorita, primero iré solo —dice Dorgeville—, pero espero no volver sin el permiso de llevaros de nuevo con ellos.

—¡Oh!, señor, ni lo soñéis, no conocéis la dureza de las personas con las que tengo que ver; su barbarie es tan reconocida, su falsía tan enorme que, aunque me asegurasen mi perdón, seguiría sin fiarme de ellos.

Sin embargo, Cécile aceptó el ofrecimiento que se le proponía y, viendo a Dorgeville decidido a ir a la mañana siguiente a ver a Duperrier, le suplicó que aceptara hacerse cargo de una carta para un tal Saint-Surin, uno de los criados de su padre, y el que siempre había merecido más su confianza por su extremo cariño

hacia ella. La carta le fue entregada cerrada a Dorgeville, y Cécile, al dársela, le suplicó que no abusara de la extremada confianza que tenía en él, y entregara la carta intacta y tal como se la daba.

A Dorgeville parece molestarle que pueda dudarse de su discreción tras el comportamiento que ha tenido; le presentan mil excusas; se encarga del recado, encomienda Cécile a los campesinos en cuya casa está, y parte.

Imaginando que la carta de la que se ha encargado debe prevenir en su favor al criado a quien va dirigida, Dorgeville cree que, no conociendo en absoluto al señor Duperrier, lo mejor que puede hacer es dar ante todo la carta que lleva, y hacerse anunciar acto seguido por ese mismo criado, a quien la carta le presenta. Habiéndose dado a conocer a Cécile, no duda de que ésta explica a Saint-Surin, cuya fidelidad le ha ponderado, quién es la persona que va a interesarse por su suerte. Entrega por tanto su carta, y, nada más leerla, Saint-Surin exclama con una emoción de la que no es dueño:

—¡Cómo!, ¿sois vos, señor… es M. Dorgeville quien protege a nuestra desdichada ama? Voy a anunciaros a sus padres, señor —prosiguió Saint-Surin, que parecía un muchacho despierto y de agradable presencia—, esa actitud honra demasiado vuestra alma para que yo no haga lo posible para acelerar su éxito…

Saint-Surin sube a los pisos, avisa al instante a sus amos, y reaparece al cabo de un cuarto de hora.

Consentían en ver a M. Dorgeville, ya que se había molestado en venir de tan lejos para aquel asunto; pero les apena muchísimo que se haya encargado de la gestión, pues no veían medio alguno de concederle lo que iba a solicitar en favor de una hija maldecida y merecedora de su destino dada la enormidad de su falta.

Dorgeville no se desanima; le introducen, encuentra en el señor y la señora Duperrier a dos personas de unos cincuenta años que le reciben amablemente, aunque con cierto embarazo, y Dorgeville expone sucintamente lo que le lleva a aquella casa.

—Mi esposa y yo estamos irrevocablemente decididos, señor —dice el marido—, a no ver nunca más a una criatura que nos deshonra; puede hacer lo que le plazca; nosotros la abandonamos al destino del cielo, esperando de su justicia que no tarde en vengarnos de semejante hija…

Dorgeville refutó aquel bárbaro proyecto con los argumentos más patéticos

y más elocuentes que pudo emplear; como no podía convencer el espíritu de aquella gente, trató de atacar su corazón… La misma resistencia; sin embargo, Cécile no fue acusada por aquellos crueles padres de ninguna otra falta salvo de la que ella misma se había confesado culpable, y Dorgeville se encontró con que los relatos que ella le había hecho coincidían absolutamente con las acusaciones de sus jueces.

Por más que insistiera en que una debilidad no es un crimen, que, de no ser por la muerte del seductor de Cécile, un matrimonio habría reparado todo, no consigue nada. Nuestro negociador se retira, bastante insatisfecho; quieren que se quede a cenar, él lo agradece y da a entender marchándose que la causa de la negativa sólo debe atribuirse a la que él mismo ha recibido. No insisten, y se marcha.

Saint-Surin esperaba a Dorgeville al salir del castillo.

—Y bien, señor —le dice ese criado mostrando el más vivo interés—, ¿no tenía razón creyendo que vuestras molestias serían infructuosas? No conocéis a las personas con las que tratáis: son corazones de bronce, nunca tuvieron humanidad alguna; de no ser por mi respetuoso cariño hacia esa querida persona a la que queréis servir de protector y amigo, hace mucho que los habría abandonado, y os confieso, señor —continuó aquel muchacho—, que al perder hoy, como hago, toda esperanza de no consagrar nunca mis servicios a *Mlle.* Duperrier, mi única tarea será la de buscar colocación en otra parte.

Dorgeville calma al fiel criado, le aconseja que no abandone a sus amos, y le asegura que puede estar tranquilo sobre la suerte de Cécile, y que, por ser tan desdichada viéndose en tan cruel abandono por parte de su familia, él mismo pretende hacer de padre con ella para siempre.

Saint-Surin, llorando, abraza las rodillas de Dorgeville, y le pide al mismo tiempo permiso para entregarle la respuesta a la carta que ha recibido de Cécile; Dorgeville se encarga de ella complacido y vuelve al lado de su interesante protegida, a la que no consuela tanto como habría querido.

—¡Ay!, señor —dice Cécile, al enterarse de la dureza de su familia—, debía esperármelo; no me perdono, estando segura de su actitud como debía estarlo, el no haberos evitado una visita tan desagradable.

Y estas palabras fueron acompañadas por un torrente de lágrimas que el

bondadoso Dorgeville enjugó, asegurando a Cécile que no la abandonaría nunca.

No obstante, al cabo de unos días, como nuestra interesante aventurera se encontraba restablecida, Dorgeville le propuso ir a terminar de reponerse a su propia casa.

—¡Bueno!, señor —respondió con dulzura Cécile—, ¿estoy en condiciones de resistirme a vuestras ofertas? ¿Y no debo sin embargo avergonzarme de aceptarlas? Ya habéis hecho demasiado por mí; mas, cautivada por los lazos mismos de mi agradecimiento, no rechazaría nada de lo que debe multiplicarlos y hacérmelos al mismo tiempo más queridos.

Se dirigen a casa de Dorgeville: poco antes de llegar al castillo, *Mlle.* Duperrier manifestó a su bienhechor que no deseaba que se hiciera público el asilo que pretendía darle: aunque estuviera a casi quince leguas de la casa de su padre, no era sin embargo suficiente para que no tuviera miedo a ser reconocida; ¿y no debía temer las secuelas del resentimiento de una familia lo bastante cruel para castigarla con tanta severidad… por una falta… grave (lo admitía), pero que debía haberse prevenido antes de ocurrir en vez de castigarla con tanta dureza cuando ya no se estaba a tiempo de impedirla? Además, para él mismo, para Dorgeville, ¿resultaría cómodo mostrar a los ojos de toda la provincia que quería tomarse un interés tan particular por una desdichada joven proscrita por sus padres y deshonrada ante la opinión pública?

La honestidad de Dorgeville no le permitió detenerse en esta segunda consideración, pero la primera le decidió y prometió a Cécile que estaría en su casa como ella quisiera, que dentro la haría pasar por una prima suya, y fuera sólo vería a las pocas personas que deseara. Cécile dio de nuevo las gracias a su generoso amigo; y llegaron.

Ya es tiempo de decir que Dorgeville no había contemplado a Cécile sin cierto interés mezclado a un sentimiento desconocido para él hasta entonces. Un alma como la suya sólo debía rendirse al amor ablandada por la sensibilidad, o preparada por una buena acción: en *Mlle.* Duperrier se encontraban todas las cualidades que Dorgeville quería en una mujer; y las extrañas circunstancias a las que quería deber el corazón de la mujer con la que se casase, también se encontraban en ella; según sus propias palabras, deseaba que la mujer a la que diera su mano estuviera ligada a él en cierto modo por la gratitud, y que aspiraba a no deberla, por así decir, más que a ese sentimiento. ¿No era eso lo que en esta circunstancia ocurría? Y en caso de que los impulsos del alma de Cécile no

estuvieran muy alejados de los suyos, ¿debía dudar, dada su manera de pensar, en ofrecerse a consolarla, con los lazos del himeneo, de los imperdonables errores del amor? La esperanza de algo muy delicado, y superiormente hecho a la medida del alma de Dorgeville, seguía presentándose, pues aún podía reparar el honor de *Mlle.* Duperrier: ¿no era evidente que la reconciliaba con sus padres?, ¿y no resultaba delicioso para él devolverles al mismo tiempo una mujer desgraciada, el honor que le robaba el más bárbaro de los prejuicios y el cariño de una familia de la que asimismo le había privado la crueldad más inaudita?

Convencido de estas ideas, Dorgeville pregunta a *Mlle.* Duperrier si desaprueba que haga una segunda tentativa con sus padres. Cécile no le disuade, pero se guarda mucho de aconsejársela; trata incluso de convencerle de su inutilidad, dejándole sin embargo dueño de hacer en aquel punto lo que desee; y termina diciendo a Dorgeville que sin duda ella empieza a convertirse en una carga para él, dado que desea con tanto ardor devolverla al seno de una familia de la que bien ve que es aborrecida.

Dorgeville, satisfecho de una respuesta que le preparaba los medios para sincerarse, asegura a su protegida que si él desea una reconciliación con sus padres es sólo por ella y por la gente, ya que él no necesita de nada para animar el interés que ella le inspira, salvo, a lo sumo, la esperanza de que los cuidados que le presta no le desagraden. *Mlle.* Duperrier responde a esta galantería dejando caer sobre su amigo unos ojos lánguidos y tiernos que demuestran algo más que gratitud. Dorgeville comprende de sobra la expresión y, decidido a todo para devolver por fin el honor y el reposo a su protegida, dos meses después de su primera visita a los padres de Cécile, decide hacer una segunda, y a declararles en fin sus legítimas intenciones, no dudando de que tal proceder por su parte habrá de decidirlos inmediatamente a abrir de nuevo su casa y sus brazos a la que tiene la dicha de reparar tan bien la falta que les obligó a alejarla de ellos con demasiada dureza, a una hija a la que en el fondo de su alma deben adorar.

Esta vez, Cécile no encarga a Dorgeville llevar una carta a Saint-Surin, como había hecho durante su primera visita: tal vez no tardemos mucho en saber la causa. No por ello Dorgeville deja de dirigirse a ese criado para ser presentado de nuevo a M. Duperrier; Saint-Surin le recibe con las mayores muestras de respeto y alegría; le pide noticias de Cécile con los más vivos testimonios de interés y veneración, y cuando se entera de los motivos de la segunda visita de Dorgeville no cesa de alabar tan noble proceder, aunque al mismo tiempo declara que está casi seguro de que este segundo paso no tendrá más éxito que el primero. Nada desanima a Dorgeville, y entra en casa de Duperrier; le dice que su hija está en su

propio domicilio, que se ocupa con el mayor cuidado de ella y de su hijo, que la cree totalmente arrepentida de sus errores, que ni un solo instante se ha desdicho de sus remordimientos y que una conducta así merece en su opinión cierta indulgencia. Cuanto dice es escuchado por el padre y la madre con la mayor atención; por un momento Dorgeville cree haber triunfado; pero la sorprendente flema con que le responden no tarda en convencerle de que trata con almas de hierro, con una especie de animales, en fin, mucho más parecidos a bestias feroces que a criaturas humanas.

Confundido por aquella dureza, Dorgeville pregunta al señor y a la señora Duperrier si tienen algún otro motivo de queja o de odio contra su hija, por parecerle inconcebible que, por una falta de esa naturaleza, se decidan a tal exceso de rigor con una criatura dulce y honesta, y que compensa sus errores con una multitud de virtudes.

Duperrier toma entonces la palabra:

—No quiero disuadiros, señor, de las bondades que tenéis con la que tiempo atrás llamaba yo mi hija —dice—, y que se ha vuelto indigna de ese nombre: cualquiera que sea la crueldad de que os dignéis acusarme, no la llevaré hasta ese extremo. No conocemos en ella más error que el de su mal comportamiento con un mal sujeto al que nunca habría debido mirar; esa falta es lo bastante grave a nuestros ojos para que, después de mancharse con ella, la condenemos a no volver a vernos en la vida. En los inicios de su embriaguez, Cécile fue advertida más de una vez por nosotros de sus secuelas; le predijimos todo lo que ha ocurrido; nada la detuvo; despreció nuestros consejos, hizo caso omiso de nuestras órdenes; en una palabra, se arrojó voluntariamente al precipicio, aunque nosotros se lo mostrásemos sin cesar abierto a sus pies. Una hija que quiere a sus padres no se comporta así; hasta el punto de que, apoyada por el embaucador al que debe su caída, creyó poder enfrentarse a nosotros y lo hizo de manera insolente: conviene que ahora ella sienta sus errores, es justo que nosotros le neguemos nuestra ayuda puesto que la despreció cuando tanto la necesitaba realmente. Cécile ha cometido una estupidez, señor: no tardará en cometer otra; el escándalo se ha producido; nuestros amigos, nuestros parientes saben que ha huido de la casa paterna, avergonzada del estado a que la habían reducido sus errores; dejémoslo ahí, y no nos obliguéis a reabrir nuestro pecho a una criatura sin alma y sin honra, que sólo volvería a entrar en él para prepararnos nuevos dolores.

—¡Horribles ideas! —exclamó Dorgeville, molesto por tanta resistencia—; máximas muy peligrosas las que castigan a una hija por el único error de haber

sido sensible. Tales son los peligrosos abusos que terminan siendo causa de tantos asesinatos espantosos. ¡Padres crueles!, dejad de imaginar que una desdichada mujer está deshonrada por haber sido seducida; hubiera sido menos culpable de tener menos prudencia o religión: no la castiguéis por haber respetado la virtud en el seno mismo del delirio; por una estúpida inconsecuencia no forcéis a la infamia a quien no ha cometido otro error que haber seguido a la naturaleza. Así es como la imbécil contradicción de nuestras costumbres, haciendo depender el honor de la más disculpable de las faltas, empuja a los mayores crímenes a aquellas para las que la vergüenza es un peso más espantoso que el remordimiento; y así es como en este caso, igual que en mil más, se prefieren atrocidades que sirvan de velos a errores imposibles de disimular. Que las faltas leves no impriman marca alguna en las culpables, y, de este modo, quienes para sepultar esas minucias las han permitido no se hundirán más en un abismo de desdichas… Prejuicios aparte, ¿dónde está la infamia para una pobre muchacha que, demasiado entregada al sentimiento más natural, ha duplicado su existencia por exceso de sensibilidad? ¿De qué fechoría es culpable? ¿Dónde están los espantosos errores de su alma o de su espíritu? ¿No se terminará de comprender que la segunda falta no es más que secuela de una primera que, en sí misma, ni siquiera llega a serlo? ¡Qué imperdonable contradicción! ¡Se educa a ese desgraciado sexo en todo lo que puede determinar su caída, y se le deshonra cuando ésta se produce! ¡Padres bárbaros!, no neguéis a vuestras hijas el objeto que les interesa; no las convirtáis, por un egoísmo atroz, en víctimas de vuestra avaricia o de vuestra ambición; y, cediendo a sus inclinaciones, bajo vuestras leyes y viendo sólo amigos en vosotros, se guardarán mucho de cometer las faltas a que las fuerzan vuestras negativas. Son culpables únicamente por culpa vuestra… sólo vosotros imprimís en su frente el sello fatal del oprobio… Ellas han escuchado a la naturaleza y vosotros la violáis; ellas se han sometido a sus leyes, y vosotros las ahogáis en vuestras almas… Sólo vosotros mereceríais el deshonor o el sufrimiento, puesto que sólo vosotros sois causa del mal que cometen, ya que éste nunca hubiera vencido, de no ser por vuestras crueldades, a los sentimientos de pudor y decencia que el cielo imprimió en sus pechos.

»¡Pues bien! —prosiguió Dorgeville con más calor aún—, ¡pues bien!, señor, ya que no queréis reparar el honor de vuestra hija, yo mismo me encargaré de ello. Puesto que cometéis la barbarie de no ver en Cécile más que una extraña, os declaro que yo veo en ella una esposa; tomo sobre mí la carga de sus errores, cualesquiera que hayan sido; no por ello dejaré de reconocerla por mi esposa ante toda la provincia; y, más honesto que vos, señor, aunque por la manera en que os comportáis me resulte inútil vuestro consentimiento, quiero pese a todo pedíroslo… ¿Puedo estar seguro de obtenerlo?

Duperrier, confundido, no pudo por menos de mirar entonces fijamente a Dorgeville con muestras de una enorme sorpresa.

—¡Cómo!, señor —le dice—, ¿un hombre cabal como vos se expone voluntariamente a todos los peligros de semejante alianza?

—A todos, señor; los errores de vuestra hija antes de que me conociese no pueden racionalmente alarmarme; sólo un hombre injusto, o unos prejuicios atroces, pueden mirar como infame o como culpable a una muchacha por haber amado a otro hombre antes de que conociese a su marido. Esa forma de pensar tiene su fuente en un orgullo imperdonable que, no contento con dominar lo que posee, quisiera encadenar lo que aún no poseía… No, señor, esos repugnantes absurdos no tienen fuerza alguna para mí; es mayor mi confianza en la virtud de una mujer que ha conocido el mal, y que se arrepiente, que en la de una mujer que nunca ha tenido nada que reprocharse antes de su matrimonio: una conoce el abismo y lo evita, la otra imagina flores y se arroja a él. Os lo repito, señor, sólo espero vuestro consentimiento.

—Ese consentimiento ya no está en nuestro poder —replicó Duperrier con firmeza—; al renunciar a nuestra autoridad sobre Cécile, al maldecirla, al negarla como hicimos y como seguimos haciendo, no podemos conservar la facultad de disponer de ella. Para nosotros es una extraña que el azar ha puesto en vuestras manos… que es libre por su edad, por su actitud y por nuestro abandono… en una palabra, señor, os está permitido hacer lo que bien os parezca.

—Entonces, señor, ¿no perdonáis a *Mme.* Dorgeville los errores de *Mlle.* Duperrier?

—Perdonamos a *Mme.* Dorgeville el libertinaje de Cécile; pero como la que lleva uno y otro apellido faltó demasiado gravemente a su familia… sea cual fuere el que tome para presentarse ante sus padres, no volverá a ser recibida por ellos ni con uno ni con otro.

—Observad, señor, que en este momento es a mí a quien insultáis, y que vuestra conducta resulta ridícula comparada con la decencia de la mía.

—Precisamente porque así lo siento, señor, creo que lo mejor que podemos hacer es separarnos. Sed, si lo queréis, el marido de una perdida, nosotros no tenemos derecho alguno a impedíroslo; pero tampoco imaginéis que tenéis alguno que pueda obligarnos a recibir a esa mujer en nuestra casa, cuando la llenó de luto

y de amargura… cuando la cubrió de infamias.

Furioso, Dorgeville se levanta y se marcha sin decir una sola palabra.

—Habría machacado a ese hombre feroz —le dice a Saint-Surin, que le presenta su caballo— si no me hubiera contenido la compasión, y si mañana no me casara con su hija.

—¿Os casáis con ella, señor? —dice Saint-Surin sorprendido.

—Sí, mañana quiero reparar su honor… mañana quiero consolar el infortunio.

—¡Oh!, señor, ¡qué generosa acción! Vais a confundir la crueldad de esta gente, vais a devolver la vida a la más desgraciada de las muchachas, pese a ser la más virtuosa. Vais a cubriros con una gloria imperecedera ante toda la provincia.

Y Dorgeville escapa al galope. De vuelta junto a su protegida, le cuenta con el mayor detalle la horrible recepción que ha tenido y le asegura que, de no ser por ella, a buen seguro habría hecho arrepentirse a Duperrier de su innoble comportamiento. Cécile le agradece su prudencia; pero cuando Dorgeville, volviendo a tomar la palabra, le informa de que está decidido pese a todo a casarse con ella al día siguiente, una turbación involuntaria se apodera de la joven. Quiere hablar… las palabras expiran en sus labios… Quiere ocultar su turbación… la aumenta…

—¡Yo! —dice en medio de un desorden indecible—… ¡Ser yo vuestra esposa!… ¡Ay!, señor… hasta qué punto os sacrificáis por una pobre chica… ¡tan poco digna de vuestras bondades con ella!

—Sois digna de ellas, señorita —replica vivamente Dorgeville—, una falta castigada con crueldad excesiva, tanto por la forma en que os han tratado como más todavía por vuestros remordimientos, una falta que no puede tener secuelas, puesto que el que os la hizo cometer ya no existe, una falta, en fin, que sólo sirve para hacer madurar vuestra mente y daros esa fatal experiencia de la vida, que nunca se adquiere sino a expensa propia… una falta así, repito, no os degrada en absoluto a mis ojos. Si me creéis hecho para repararla, me ofrezco a vos, señorita… Mi mano, mi casa… mi fortuna… todo cuanto poseo está a vuestro servicio… Decidid.

—¡Oh!, señor —exclama Cécile—, perdonad si el exceso de confusión me

impide hacerlo: ¿debía esperarme tales bondades de vuestra parte tras el proceder de mis padres? ¿Y cómo queréis que pueda creerme capaz de aprovecharme de ella?

—Lejos de la severidad de vuestros padres, no juzgo una ligereza como un crimen; y ese error que os cuesta lágrimas, lo borro dándoos mi mano.

La señorita Duperrier cae a las rodillas de su bienhechor; parecen faltarle las palabras para expresar los sentimientos que colman su alma; a través de los que debe sabe mezclar el amor con tanta habilidad, sabe, en una palabra, encadenar tan bien al hombre que cree tener tanto interés en cautivar, que antes de ocho días se celebra la boda y se convierte en *Mme.* Dorgeville.

Sin embargo, la recién casada no abandona todavía su retiro; da a entender a su esposo que, al no haberse reconciliado con su familia, la decencia la obliga a ver sólo a poquísima gente; su salud le sirve de pretexto y Dorgeville limita sus relaciones a la casa y a algunos vecinos. Durante este tiempo, la astuta Cécile hace cuanto puede para convencer a su marido de dejar el Poitou; le hace ver que, en la situación en que están, siempre vivirán allí con el mayor desagrado, y que para ellos sería más decoroso ir a establecerse en alguna provincia alejada de aquella en la que la esposa de Dorgeville ha recibido de todas partes tantas muestras de desaprobación y ultrajes.

A Dorgeville le agrada bastante el plan; había escrito incluso a un amigo que vivía cerca de Amiens para que le buscase en aquellos alrededores una casa de campo donde poder ir a terminar sus días con una joven adorable con la que acababa de casarse y que, enemistada con sus padres, en el Poitou sólo encontraba sufrimientos que la obligaban a alejarse.

Esperaban la respuesta a estas negociaciones cuando Saint-Surin llega al castillo; antes de osar presentarse a su antigua ama, hace pedir a Dorgeville permiso para saludarla; se le recibe con satisfacción.

Saint-Surin dice que el entusiasmo con que se ha ocupado de los intereses de Cécile le ha hecho perder su puesto, que viene a solicitar sus bondades y a despedirse de ella antes de ir en busca de fortuna a otra parte.

—No nos dejaréis —dice Dorgeville, movido a compasión y no viendo en aquel hombre más que una adquisición tanto más lisonjera cuanto que agradará desde luego a su esposa—; no, no nos dejaréis.

Y Dorgeville, viendo enseguida en este acontecimiento un halagüeño motivo de sorpresa para la que adora, entra en el aposento de Cécile presentándole a Saint-Surin como primer criado de su casa. La señora Dorgeville, conmovida hasta las lágrimas, abraza a su esposo, le agradece cien veces aquella singular atención, y en su presencia expresa a este criado lo sensible que es al afecto que siempre ha conservado por ella. Se habla un momento del señor y la señora Duperrier; Saint-Surin describe a ambos con los mismos rasgos de rigor que los ha caracterizado a ojos de Dorgeville, y a partir de entonces sólo se ocupan de los planes de una pronta partida.

Habían llegado las noticias de Amiens; se había encontrado verdaderamente lo que convenía, y ambos esposos estaban a punto de ir a tomar posesión de aquella morada cuando el acontecimiento menos esperado y más cruel vino a abrir los ojos de Dorgeville, a destruir su tranquilidad y a desenmascarar por fin a la infame criatura que lo engañaba desde hacía seis meses.

Todo era calma y satisfacción en el castillo; acababan de cenar tranquilamente; Dorgeville y su esposa, absolutamente solos ese día, charlaban juntos en el salón con ese dulce reposo de la felicidad experimentado sin temor ni remordimientos por Dorgeville, pero no sentido por su mujer con tanta pureza, sin duda. La felicidad no está hecha para el crimen; la criatura lo bastante depravada para haber seguido su carrera puede fingir la feliz tranquilidad de un alma bella, pero rara vez la goza. De pronto se deja oír un ruido espantoso, se abren las puertas con estrépito, Saint-Surin, maniatado, aparece en medio de una tropa de jinetes de la gendarmería, cuyo oficial, seguido por cuatro hombres, se lanza sobre Cécile, que quiere huir, la retiene y, sin miramiento alguno hacia sus gritos o hacia las protestas de Dorgeville, se dispone a llevársela de inmediato.

—¡Señor… señor! —exclama Dorgeville llorando—, en nombre del cielo, escuchadme… ¿Qué os ha hecho esta dama, y adónde pretendéis llevarla? ¿Ignoráis que me pertenece, y que estáis en mi casa?

—Señor —responde el oficial, algo más tranquilo al verse dueño de sus dos presas—, la mayor desgracia que puede haberle ocurrido a un hombre tan honrado como usted es con toda seguridad haberos casado con esta criatura; mas el título que ha usurpado con tanta infamia como impudicia no puede librarla de la suerte que le espera… Preguntáis adónde la llevo. A Poitiers, señor, donde tras la sentencia pronunciada contra ella en París, y que hasta ahora ha evitado con su astucia, será quemada viva mañana con su indigno amante que aquí veis —continuó el oficial señalando a Saint-Surin.

Tras estas funestas palabras, la fuerza de Dorgeville le abandona: cae desmayado, le ayudan; el oficial, seguro de sus prisioneros, se ocupa en persona de las atenciones que exige el desdichado esposo. Dorgeville recobra por fin el sentido… En cuanto a Cécile, está sentada en una silla, custodiada como criminal en aquel salón donde, una hora antes, reinaba como dueña… Saint-Surin, en la misma situación, estaba a dos o tres pasos de ella, también estrechamente vigilado, pero mucho menos tranquilo que Cécile, sobre cuya frente no se percibía la menor alteración. Nada turbaba la tranquilidad de aquella desgraciada; su alma, acostumbrada al crimen, veía su castigo sin espanto.

—Dad gracias al cielo, señor —le dijo a Dorgeville—; esta aventura os salva la vida: al día siguiente de vuestra llegada a la nueva casa donde pensabais estableceros, esta dosis —continuó sacando de su bolsillo una bolsita de veneno— hubiera sido mezclada en vuestros alimentos, y expiraríais seis horas después.

—Señor —dice aquella horrible criatura al oficial—, sois dueño de mí, una hora más o menos no debe de ser de gran importancia; os la pido para hacer saber a Dorgeville singulares circunstancias que le interesan. Sí, señor —prosigue dirigiéndose a su marido—, sí, en todo esto estáis mucho más comprometido de lo que pensáis; conseguid que pueda hablar con vos una hora, y os enteraréis de cosas que os sorprenderán. Ojalá podáis escucharlas hasta el final con calma y sin que dupliquen el horror que debéis sentir por mí; con ese horrible relato veréis al menos que, si soy la más desgraciada y la más criminal de las mujeres… este monstruo —dice señalando a Saint-Surin— es sin duda el más malvado de los hombres.

Era temprano todavía; el oficial consiente en oír el relato que anunciaba su cautiva; quizá porque él mismo deseaba conocer, aunque ya conociese los crímenes de su prisionera, qué relación tenían con Dorgeville. Sólo dos guardias se quedaron en el salón con el oficial y los dos culpables; el resto se retiró, se cerraron las puertas y la falsa Cécile Duperrier comenzó su relato en los siguientes términos:

—Veis en mí, Dorgeville, a la criatura que el cielo hizo nacer para tormento de vuestra vida y oprobio de vuestra casa. Supisteis en América que, pocos años después de vuestra partida de Francia, os había nacido una hermana; supisteis también, mucho tiempo después, que esa hermana, para gozar más a gusto del amor de un hombre al que adoraba, osó poner sus manos sobre aquellos a los que debía la vida, y que luego escapó con ese amante… ¡Pues bien!, Dorgeville, reconoced a esa hermana criminal en vuestra infortunada esposa, y a su amante en Saint-Surin… ¡Ved si los crímenes me cuestan mucho, y si no sé multiplicarlos

cuando hace falta! Ahora sabréis cómo os he engañado, Dorgeville… y calmaos —dice viendo a su desgraciado hermano retroceder de horror y dispuesto a perder el sentido una vez más—, sí, tranquilizaos, hermano mío: soy yo quien debiera estremecerse… y ya veis lo tranquila que estoy. Tal vez yo no había nacido para el crimen, y, sin los pérfidos consejos de Saint-Surin, quizá nunca se hubiera despertado en mi corazón: él me lo aconsejó, él me proporcionó lo necesario para ejecutarlo: también de su mano recibí el veneno que debía acabar con vuestros días.

»En cuanto pusimos en práctica nuestros primeros planes, se sospechó de nosotros; tuvimos que marcharnos sin poder coger siquiera el dinero del que pensábamos apoderarnos. Las sospechas no tardaron en convertirse en pruebas; se instruyó nuestro proceso, pronunciaron contra nosotros la funesta sentencia que íbamos a sufrir. Nos alejamos… pero, por desgracia, no lo suficiente: hicimos correr el rumor de que habíamos huido a Inglaterra, lo creyeron; pensamos tontamente que era inútil ir más lejos. Saint-Surin se presentó como criado en casa de M. Duperrier; sus talentos pronto hicieron que fuera contratado. Me ocultó en una aldea junto a la finca de ese hombre honrado, allí me veía él en secreto, y yo nunca me dejé ver durante ese tiempo por más ojos que los de la mujer en cuya casa estaba alojada.

»Esta manera de vivir me aburría, no me sentía hecha para una vida tan ignorada; en las almas criminales hay a veces ambición; interrogad a todos los que han triunfado sin mérito y veréis que raramente lo han conseguido sin crímenes. Saint-Surin consentía gustoso en ir en busca de otras aventuras; pero estaba embarazada, teníamos que librarnos ante todo de mi fardo. Saint-Surin quiso enviarme a dar a luz a una aldea más alejada de la morada de sus amos, a casa de una mujer amiga de mi huéspeda. Con la intención siempre de conservar mejor el misterio, se decidió que iría sola: fui allí, y entonces me encontrasteis vos; como los dolores habían empezado antes de llegar a la casa de aquella mujer, daba a luz sola al pie de un árbol… y allí, al sentirme dominada por un impulso de desesperación, al verme abandonada como entonces lo estaba, yo, nacida en la opulencia, y que, con una conducta mejor, hubiera podido pretender a los mejores partidos de la provincia, quise matar al desdichado fruto de mi libertinaje y apuñalarme a mí misma después. Pasasteis vos, hermano mío, pareció que os interesabais por mi destino; la esperanza de nuevos crímenes volvió a encenderse al punto en mi seno: me decidí a engañaros para aumentar el interés que parecíais sentir por mí. Cécile Duperrier acababa de escaparse de la casa paterna para librarse del castigo y la vergüenza de una falta cometida con su amante y que la ponía en las mismas condiciones en que yo estaba; perfectamente al tanto de todas las circunstancias,

decidí representar el papel de esa joven. Yo estaba segura de dos cosas: de que ella no reaparecería, y de que sus padres, incluso aunque hubiera ido a precipitarse a sus pies, no le perdonarían nunca su conducta; estos dos puntos me bastaron para tramar toda mi historia. Vos mismo os encargasteis de la carta en la que yo informaba a Saint-Surin, y en la que le daba cuenta tanto del sorprendente encuentro de un hermano al que nunca habría conocido si él mismo no me hubiera dado su nombre, como de la atrevida esperanza que tenía de hacerle servir, sin que él lo sospechara, para la recuperación de nuestra fortuna.

»Saint-Surin me respondió a través de vos, y desde ese momento, sin que lo supieseis, no cesamos de escribirnos y de vernos incluso en secreto algunas veces. Recordaréis vuestros fracasos ante los Duperrier: no me opuse a unas gestiones de las que no temía que pudieran afectar a este hombre, y que, haciéndoos conocer a Saint-Surin, podían despertar vuestro interés por un amante al que yo deseaba tener cerca de nosotros. Vos me demostrasteis amor… os sacrificasteis por mí: todo este comportamiento favorecía el propósito que yo tenía de cautivaros, ya visteis cómo correspondí, y ya habéis experimentado, Dorgeville, si los lazos que me encadenaban a vos me impidieron formar los de un himeneo que tan bien consolidaba todos mis planes… que me sacaba del oprobio, de la humillación, de la miseria, y que, gracias a la continuación de mis crímenes, me colocaba en una provincia alejada de la nuestra, rica… y esposa al fin de mi amante. El cielo no lo ha permitido; vos sabéis todo lo demás, y ved cómo soy castigada por mis faltas… Vais a veros libre de un monstruo que debe seros odioso… de una malvada que no ha cesado de engañaros… que incluso disfrutando en vuestros brazos de incestuosos placeres no dejaba de entregarse, cada día, a este monstruo desde el momento en que el exceso de vuestra compasión le hubo acercado imprudentemente a nosotros…

»Odiadme, Dorgeville… lo merezco… detestadme, os exhorto a ello… Pero al ver mañana, desde vuestro castillo, las llamas que van a consumir a una desgraciada… que os había engañado tan cruelmente… que pronto hubiera cortado el hilo de vuestra vida… no me privéis al menos del consuelo de creer que escaparán algunas lágrimas de ese corazón sensible abierto todavía a mis desdichas, y de que acaso os acordéis de que, nacida hermana vuestra antes de convertirme en azote y tormento de vuestra vida, no debo perder en un instante los derechos que mi nacimiento me da a vuestra compasión.

La infame criatura no se engañaba: había emocionado el corazón del desdichado Dorgeville; se deshacía en lágrimas durante este relato.

—No lloréis, Dorgeville, no lloréis —dijo ella—… No, he hecho mal en pediros lágrimas, no las merezco; y ya que tenéis la bondad de derramarlas, permitidme que, para enjugarlas, sólo os recuerde mis errores; posad los ojos sobre la infortunada que os habla, considerad en ella la reunión más odiosa de todos los crímenes, y os estremeceréis en lugar de compadecerme…

Tras estas palabras Virginia se incorpora:

—Vamos, señor —le dice con firmeza al oficial—, vamos a dar a la provincia el ejemplo que espera de mi muerte; que mi débil sexo aprenda, al verla, adónde llevan el olvido de los deberes y el abandono de Dios.

Al bajar los escalones que la conducían al patio, preguntó por su hijo: Dorgeville, cuyo noble y generoso corazón hacía educar a aquel niño con el mayor cuidado, no creyó que debía negarle ese consuelo. Le llevan a la pobre criatura; ella lo coge, lo estrecha contra su seno, lo besa… y luego, sofocando inmediatamente los sentimientos de ternura que, ablandando su alma, tal vez iban a dejar penetrar en ella con demasiada fuerza todos los horrores de su situación, ahoga al miserable niño con sus propias manos.

—Vete —dice mirándole—, no vale la pena que veas la luz para no conocer otra cosa que la infamia, la vergüenza y el infortunio; que no quede sobre la tierra rastro alguno de mis fechorías, y conviértete en la última víctima.

Tras estas palabras, la malvada se lanza al coche del oficial, Saint-Surin marcha detrás, encadenado sobre un caballo, y al día siguiente, a las cinco de la tarde, estas dos execrables criaturas perecieron en medio de los espantosos suplicios que les reservaban la cólera del cielo y la justicia de los hombres.

En cuanto a Dorgeville, tras una cruel enfermedad, dejó su patrimonio a diferentes casas de caridad, abandonó el Poitou, y se retiró a la Trapa, donde murió dos años después, sin haber podido destruir en su interior, pese a ejemplos tan terribles, ni los sentimientos de beneficencia y compasión que conformaban su hermosa alma, ni el amor excesivo en el que ardió, hasta el último suspiro, por la desdichada mujer… convertida en oprobio de su vida, y causa única de su muerte.

¡Oh, vosotros que leeréis esta historia! ¡Ojalá pueda imbuiros la obligación en que todos estamos de respetar los deberes sagrados, de los que nadie se aparta nunca sin volar hacia su perdición! Si, retenidos por el remordimiento que se deja sentir al romperse el primer freno, tuviéramos la fuerza de seguir adelante, nunca

se anularían del todo los derechos de la virtud; pero nuestra debilidad nos pierde, horribles consejos nos corrompen, peligrosos ejemplos nos pervierten, todos los peligros parecen desvanecerse, y el velo sólo se desgarra cuando la espada de la justicia viene a detener por fin el curso de las fechorías. Es entonces cuando el aguijón del arrepentimiento se vuelve insoportable: ya no hay tiempo, los hombres necesitan vengarse y el que no supo más que perjudicarlos debe acabar, tarde o temprano, por causarles horror.

LA CONDESA DE SANCERRE,

O

LA RIVAL DE SU HIJA

Anécdota de la corte de Borgoña

Carlos el Temerario, duque de Borgoña, siempre enemigo de Luis XI, siempre empeñado en sus proyectos de venganza y de ambición, tenía en su séquito a casi todos los caballeros de sus Estados; y todos a su lado, en las orillas del Somme[118], ocupándose únicamente en vencer o morir dignos de su jefe, olvidaban bajo sus banderas el placer de su patria. Las cortes estaban tristes en Borgoña, los castillos desiertos; en los magníficos torneos de Dijon y de Autun ya no se veía brillar a los caballeros que antaño les daban esplendor; y las bellas, abandonadas, se despreocupaban hasta del cuidado de agradar, del que ya no podían ser objeto; temblando por la vida de aquellos guerreros queridos, ya sólo eran preocupaciones e inquietudes lo que se veía sobre aquellas frentes radiantes, animadas por el orgullo, cuando en el pasado, en medio de la arena, tantos valientes ejercitaban, por amor a sus damas, tanto su destreza como su arrojo.

Siguiendo a su príncipe en el ejército, yendo a demostrarle su celo y su afecto, el conde de Sancerre, uno de los mejores coroneles de Carlos, había recomendado a su mujer no descuidar nada en la educación de su hija Amélie, y dejar crecer sin inquietud la tierna pasión que esta joven sentía por el castellano de Monrevel, que debía poseerla un día y que la adoraba desde la infancia. Monrevel, de veinticuatro años y que ya había hecho varias campañas bajo la mirada del duque, acababa de obtener, en consideración a ese matrimonio, permiso para permanecer en Borgoña, y su joven alma tenía necesidad de todo el amor que le inflamaba para no irritarse por los retrasos que tales preparativos suponían para los éxitos de sus armas. Pero Monrevel, el más gallardo caballero de su siglo, el más amable y más valiente, sabía amar lo mismo que sabía vencer; favorito de las Gracias y del dios de la guerra, robaba a éste lo que aquéllas exigían, y se coronaba sucesivamente con los laureles que le prodigaba Belona y con los mirtos que Amor unía a ellos en su frente.

¡Vamos!, ¿quién merecía más que Amélie los momentos que Monrevel robaba a Marte? La pluma escaparía a quien quisiera describirla… En efecto,

¿cómo esbozar ese talle fino y ligero del que cada movimiento era una gracia, aquella figura fina y deliciosa de la que cada rasgo era un sentimiento? Pero ¡cuántas más virtudes embellecían aún a la celestial criatura llegada apenas a su cuarto lustro!… El candor, la humanidad… el amor filial… era imposible decir, en fin, si eran las cualidades de su alma o los atractivos de su figura lo que le unía a Amélie con lazos más seguros.

Pero, ¡ay!, ¿cómo era posible que una muchacha semejante hubiera recibido la vida en el seno de una madre tan cruel y de un carácter tan peligroso? Bajo una figura todavía bella, bajo unos rasgos nobles y majestuosos, la condesa de Sancerre ocultaba un alma envidiosa, autoritaria, vindicativa y capaz, en una palabra, de todos los crímenes a los que pueden arrastrar esas pasiones.

Demasiado célebre en la corte de Borgoña por el relajamiento de sus costumbres y por sus galanterías, eran muy pocas las penas con que no hubiera abrumado a su esposo.

Semejante madre veía crecer ante sus ojos, no sin envidia, los encantos de su hija, y sabía, no sin una secreta pena, que Monrevel estaba enamorado de ella. Lo único que había podido hacer, hasta aquel momento, era imponer silencio a los sentimientos que la jovencita sentía por Monrevel, y, a pesar de las intenciones del conde, siempre había alentado a su hija a no confesar lo que sentía por el esposo que su padre le destinaba. Esta sorprendente mujer, ardiendo en el fondo de su corazón por el enamorado de su hija, pensaba que para ella sería un consuelo, cuando menos, que dicho amante ignorase una pasión que la ultrajaba. Pero si constreñía los sentimientos de Amélie, estaba lejos de violentar los suyos, y sus ojos habrían revelado a Monrevel todo hacía mucho si el joven guerrero hubiera querido oírlos… si no hubiera creído que un amor distinto al de Amélie se habría convertido para él en una ofensa más que en una felicidad.

Desde hacía un mes, por orden de su esposo, la condesa recibía en su castillo al joven Monrevel, sin que durante ese tiempo hubiera empleado un solo instante en otra cosa que en disimular los sentimientos de su hija y hacer brillar los suyos. Mas aunque Amélie callase, aunque se constriñera, Monrevel sospechaba que las disposiciones del conde de Sancerre no desagradaban a la hermosa joven; osaba creer incluso que Amélie no habría visto sin dolor a otra en posesión de la esperanza de pertenecerle un día.

—¿Cómo es, Amélie —decía Monrevel a su hermosa amada en uno de aquellos breves instantes en que no estaba obsesionado por las miradas celosas de

Mme. de Sancerre—, cómo es posible que con la seguridad de ser un día el uno del otro, no se os permita siquiera decirme si ese proyecto os contraría, o si soy lo bastante dichoso para no desagradaros del todo? Pero ¿cómo?, ¡alguien se opone a que el amado que sólo piensa en volverse digno de haceros feliz tenga derecho a saber si puede pretenderlo!

Pero Amélie, limitándose a mirar tiernamente a Monrevel, suspiraba y se reunía con su madre, de la que no ignoraba que debía temer todo si alguna vez las expresiones de su corazón se atrevían a manifestarse en sus labios.

En tal estado de cosas, llegó al castillo de Sancerre un correo con la noticia de la muerte del conde bajo las murallas de Beauvais el día mismo que se levantaba el asedio. Lucenai, uno de los caballeros del general, traía, llorando, la triste nueva, a la que venía unida una carta del duque de Borgoña a la condesa. Se excusaba de que sus desgracias le impidieran extenderse sobre los consuelos que creía deberle, y le instaba expresamente a seguir las instrucciones de su marido en relación con la alianza que el general había deseado entre su hija y Monrevel, a celebrar cuanto antes ese himeneo, y a mandarle, quince días después de que se hubiera consumado, al joven héroe, pues, dada la marcha de los combates, no podía prescindir en su ejército de un guerrero tan valiente como Monrevel.

La condesa se vistió de luto, pero no hizo pública la recomendación de Carlos; era demasiado contraria a sus deseos para que dijese una sola palabra. Despidió a Lucenai y recomendó más que nunca a su hija disimular sus sentimientos, ahogarlos incluso, pues ninguna circunstancia volvía obligatorio un himeneo… que ahora no se realizaría nunca.

Cumplidas estas disposiciones, la celosa condesa, viéndose libre de las trabas que se oponían a sus desenfrenados sentimientos por el galán de su hija, sólo buscó los medios de enfriar al joven castellano por Amélie e inflamarlo por ella.

Sus primeros pasos fueron apoderarse de todas las cartas que Monrevel podía escribir al ejército de Carlos y retenerlas en su casa, excitar su amor, dejarle una especie de esperanza lejana que, constantemente obstaculizada, le cautivase al tiempo que lo afligía; aprovecharse luego de la situación en que iba a colocar su alma para disponerle poco a poco en su favor, imaginando, como mujer astuta, que el despecho le procuraría lo que no podía conseguir el amor.

Una vez segura de que ninguna carta saldría del castillo sin que pasara por

sus manos, la condesa propaló falsos rumores: dijo a todo el mundo, e incluso insinuó al castillo de Monrevel, que Carlos el Temerario, al informarla de la muerte de su esposo, la instaba a casar a su hija con el señor de Salins, a quien ordenaba presentarse en Sancerre para concluir el himeneo, y añadió, con aire misterioso, dirigiéndose a Monrevel, que a buen seguro el acontecimiento no molestaría a Amélie, quien suspiraba por Salins desde hacía cinco años. Tras haber clavado así el puñal en el corazón de Monrevel, mandó venir a su hija, y le dijo que todo lo que hacía era adecuado para apartar al castellano de ella, que le recomendaba apoyar el plan rechazando por completo aquella alianza, y que, sentado esto, era mejor utilizar un pretexto como el que ella misma empleaba que una ruptura sin fundamento; pero que su querida hija no sería más desgraciada por ello, pues le prometía que, a cambio de aquel ligero sacrificio, la dejaría libre para elegir lo que quisiera hacer.

Amélie quiso contener sus lágrimas ante órdenes tan crueles; mas la naturaleza, más fuerte que la prudencia, la hizo postrarse a las rodillas de la condesa; la conminó, por lo que más quisiera, a no separarla de Monrevel, a cumplir los deseos de un padre al que ella había adorado y al que la obligaban a llorar tan amargamente.

Esta interesante hija no derramaba una sola lágrima que no recayera sobre el corazón de su madre.

—¡Pero cómo! —dijo la condesa tratando de dominarse, a fin de conocer mejor los sentimientos de su hija—, ¿esa desgraciada pasión os domina hasta el punto de que no podáis sacrificarla? ¿Y si vuestro amado hubiera corrido la suerte de vuestro padre, si hubierais tenido que llorarle como a él?…

—¡Oh!, señora —responde Amélie—, no me presentéis una idea tan desoladora; si Monrevel hubiera muerto, yo le habría seguido muy de cerca. No dudéis de que mi padre sea para mí igual de querido, desde luego, y el dolor de haberle perdido hubiera sido eterno de no ser por la esperanza de ver un día enjugadas mis lágrimas por la mano del esposo que él me destinaba; sólo por ese esposo me he conservado; sólo debido a él he superado la desesperación en que me ha sumido la horrible noticia que acabamos de saber. ¿Queréis acaso desgarrar también mi corazón con tantos dardos tan crueles?

—Bien —dijo la condesa, dándose cuenta de que la violencia no haría más que irritar a aquella a quien su estratagema la obligaba a respetar—, fingid de todos modos lo que os propongo, puesto que no podéis dominaros, y decid a

Monrevel que amáis a Salins; será un medio de saber si realmente siente cariño por vos; la verdadera forma de conocer a un amante es inquietarle con celos. Si Monrevel, despechado, os abandona, ¿no os alegrará reconocer que os dejabais engañar al quererle?

—¿Y si su pasión se vuelve más viva?

—Entonces puede que yo ceda; ¿no conocéis todos los derechos que tenéis sobre mi alma?

Y la tierna Amélie, consolada por estas últimas palabras, no cesaba de besar la mano de quien la traicionaba, de quien, en el fondo, la tenía por su más mortal enemiga… hacia quien finalmente, mientras hacía correr el bálsamo en el fondo del corazón alarmado de su hija, sólo alimentaba en el suyo sentimientos de odio y horribles planes de venganza.

No obstante, Amélie acepta someterse a lo que le exigen; no sólo promete fingir que ama a Salins, sino que asegura incluso que se servirá de este último medio para someter al corazón de Monrevel a las pruebas definitivas, con la sola condición de que su madre no lleve las cosas demasiado lejos y detenerlas tan pronto como hayan quedado convencidas de la constancia y del amor del castellano. La señora de Sancerre promete cuanto le piden; y, pocos días después, dice a Monrevel lo singular que le parece que, no pudiendo hacerse razonablemente ninguna esperanza de pertenecer a su hija, quiera enterrarse tanto tiempo en Borgoña mientras toda la provincia está bajo las banderas de Carlos; y, al decirle esto, le deja hábilmente leer las últimas líneas de la carta del duque, que como hemos leído, decían: *Me enviaréis a Monrevel, pues, dada la marcha de los combates, no puedo prescindir más tiempo de un guerrero tan valiente*. Pero la pérfida condesa se guardó mucho de dejarle ver más.

—¡Pero cómo!, señora —dice el castellano desesperado—, ¿es cierto entonces que me sacrificáis? ¿Es verdad, entonces, que debo renunciar a esos deliciosos planes que suponían todo el encanto de mi vida?

—De hecho, Monrevel, si los hubiéramos cumplido sólo habrían traído la desgracia; ¿os parece que habríais podido amar a una infiel? Si Amélie os dejó esa esperanza alguna vez, os engañó, sin duda, pues su amor por Salins era demasiado real.

—¡Ay de mí!, señora —prosigue el joven héroe, dejando escapar algunas

lágrimas—, nunca debí creer que Amélie me amaba, lo admito; pero ¿podía pensar que amara a otro?…

Y pasando con rapidez del dolor a la desesperación, prosigue furioso:

—¡No!… no, ¡que no se figure que va a burlarse de mi credulidad! Es superior a mis fuerzas poder soportar semejantes ultrajes; y si la desagrado, puesto que ya no tengo nada que temer, ¿por qué poner límites a mi venganza? Iré al encuentro de Salins; iré a buscar hasta el fin del mundo a ese rival que me ultraja y al que detesto; su vida me responderá de sus insultos, o perderé la mía bajo sus golpes.

—¡No, Monrevel, no! —exclamó la condesa—; la prudencia no me permite tolerar estas cosas; volad más bien de nuevo hacia Carlos, si os atrevéis a concebir esos planes, porque espero a Salins dentro de unos días, y debo oponerme a que vos os encontréis en mi casa… A menos, sin embargo —añadió la condesa con cierto aire contrariado—, que dejéis de ser peligroso gracias a la victoria segura que alcancéis sobre vuestros sentimientos… ¡Oh, Monrevel!… si vuestra elección hubiera recaído sobre otra persona… considerando que ya no sois peligroso en mi castillo, sería la primera en suplicaros que prolongarais más tiempo vuestra estancia en él…

Y, mientras lanzaba encendidas miradas al castellano, prosiguió enseguida:

—¡Cómo!, ¿en estos lugares, sólo es Amélie la que puede pretender la dicha de agradaros? ¡Qué poco conocéis los corazones que os rodean si sólo suponéis al suyo capaz de haber sentido cuánto valéis! ¿Podéis suponer acaso un sentimiento muy sólido en el alma de una niña? ¿Se sabe lo que se piensa?… ¿se sabe a su edad lo que se ama?… Creedme, Monrevel, se necesita un poco más de experiencia para saber amar bien. ¿Es una seducción una conquista? ¿Se triunfa sobre quien no sabe defenderse?… ¡Ah!, ¿no es más halagadora la victoria cuando el objeto atacado, conociendo todas las estratagemas que pueden sustraerlo de vuestro ataque, sólo opone a vuestros dardos su corazón y no lucha sino entregándose?

—¡Oh, señora! —le interrumpió el castellano, que veía de sobra adónde quería ir a parar la condesa—, ignoro las cualidades que se necesitan para ser capaz de amar bien; pero lo que sé perfectamente es que Amélie es la única que tiene todas las que me deben hacer adorarla, y que sólo a ella adoraré en el mundo.

—En tal caso, os compadezco —prosiguió *Mme.* de Sancerre con acritud—;

pues no sólo no os ama, sino que, en la certeza del inquebrantable estado de vuestra alma, me veo obligada a separaros para siempre.

Y, tras pronunciar estas últimas palabras, deja bruscamente al castellano.

Sería difícil describir el estado de Monrevel, alternativamente devorado por su dolor, presa de la inquietud, de los celos, de la venganza; no sabía a cuál de estos sentimientos entregarse con mayor ardor, pues todos lo desgarraban con igual ímpetu. Vuela al fin a los pies de Amélie.

—¡Oh, vos, a la que nunca he cesado de adorar un instante! —exclama, rompiendo a llorar—… ¿Debo creerlo?… ¡Me traicionáis!… Otro va a haceros feliz… otro va a quitarme el único bien por el que yo habría cedido el imperio de la tierra si me hubiera pertenecido… ¡Amélie… Amélie!, ¿es cierto, sois infiel, y es Salins el que va a poseeros?

—Me enoja que os lo hayan dicho, Monrevel —respondió Amélie, decidida a obedecer a su madre, tanto para no disgustarla como para saber si realmente el castellano la amaba sinceramente—; mas si ese fatal secreto se descubre hoy, no por eso merezco menos vuestros amargos reproches; si nunca os había dado esperanza, ¿cómo podéis acusarme de traicionaros?

—Demasiado verdad es lo que decís, lo admito, cruel criatura; nunca logré que pasara a vuestra alma la más ligera chispa del fuego que devoraba la mía; y por haberla juzgado durante un momento por mi corazón, me atreví a sospechar en vos un error que no es más que la consecuencia del amor; nunca sentisteis lo mismo por mí, Amélie; ¿de qué me quejo realmente? ¡Pues bien!, vos no me traicionáis, no me sacrificáis, pero despreciáis mi amor… y me volvéis el más desgraciado de los hombres.

—En verdad, Monrevel, no concibo cómo, en la incertidumbre, se puede hacer tal derroche de pasión.

—¿Por qué no? ¿No debíamos ser unidos?

—Eso querían; mas ¿era una razón para que yo lo desease? ¿Responden nuestros corazones a las intenciones de nuestros padres?

—¿Habría causado yo entonces vuestra desgracia?

—En el momento de la decisión final, os habría dejado leer en mi alma, y no

me habríais obligado.

—¡Oh, cielo! ¡He aquí mi sentencia! Debo dejaros… debo alejarme, ¡y sois vos quien lo exigís, gran Dios!… ¡sois vos quien desgarráis por capricho el corazón de quien quería adoraros constantemente! ¡Pues bien!, huiré de vos, pérfida; iré a buscar con mi príncipe medios rápidos para huir todavía más de vos; y, desesperado por haberos perdido, iré a morir a su lado, en los campos de la gloria.

Monrevel salió tras estas palabras; y la triste Amélie, que había tenido que violentarse de un modo extremo para someterse a las intenciones de su madre, al no tener ya nada que la presionara, rompió a llorar en cuanto se encontró sola.

—¡Oh tú, a quien adoro! ¿Qué debes pensar de Amélie? —exclamó—; ¿con qué sentimientos sustituyes ahora en tu corazón los que ofrecías a mi pasión? ¡Cuántos reproches me haces, sin duda, y cuánto los merezco! Nunca te confesé mi amor, es cierto… pero mis ojos te lo declaraban de sobra; y si por prudencia retrasaba su confesión, no dejaba de estar segura de que mi felicidad dejaría que estallara un día… ¡Oh, Monrevel… Monrevel!, ¡qué suplicio el de una amante que no se atreve a confesar su pasión a quien es el más digno de encenderla… a la que obligan a fingir… a reemplazar por la indiferencia el sentimiento que la devora!

La condesa sorprendió a Amélie en aquel espantoso estado:

—He hecho lo que habéis querido, señora —le dijo—; el castellano ya sufre, ¿qué más exigís?

—Quiero que continúe este fingimiento —replicó *Mme.* de Sancerre—, quiero ver hasta qué punto os ama Monrevel… Escuchadme, hija mía, el castellano no conoce a su rival… Clotilde, la más querida de mis doncellas, tiene un pariente joven de la edad y la estatura de Salins; lo introduciré en el castillo; pasará por ser aquel a quien fingimos que vos amáis desde hace seis años, pero sólo estará aquí misteriosamente, sólo vos lo veréis en secreto, y como en contra de mis deseos… Monrevel no tendrá más que sospechas… sospechas que yo me cuidaré de alimentar, y entonces juzgaremos los efectos de su amor por su desesperación.

—¡Eh!, señora, ¿para qué todo este fingimiento? —respondió Amélie—; no dudéis de los sentimientos de Monrevel, acaba de darme las más firmes pruebas, y creo en ellos con toda mi alma.

—¿Debo confesároslo? —continuó la malvada mujer, siguiendo siempre su infame plan—; me han escrito del ejército que Monrevel está lejos de las virtudes

de un valiente y digno caballero… os lo digo con dolor, pero se duda de su arrojo; el duque está engañado, lo sé, pero los hechos lo han demostrado… En Montlhéry se le vio huir…

—¡Él, señora —exclamó *Mlle.* de Sancerre—, él capaz de semejante debilidad! No lo imaginéis, os engañan; fue él quien dio muerte a Brezé[46]… ¡Huir él! Aunque lo hubiera visto con estos ojos… no lo creería… No, señora, no, hasta salió de aquí para dirigirse al campo de batalla; vos le habíais permitido besar mi mano, esa misma mano adornó su casco con el nudo de una cinta… Me dijo que sería invencible; tenía mis rasgos en su corazón, es incapaz de haberlos mancillado… no lo hizo.

—Sé —dijo la condesa— que los primeros rumores fueron a favor suyo; os dejaron ignorar los segundos… Nunca el senescal murió por su mano, y más de veinte guerreros vieron huir a Monrevel… ¿Qué os importa, Amélie, esta prueba más? Nunca correrá la sangre, yo sabré detenerla a tiempo… Si Monrevel es un cobarde, ¿querríais darle vuestra mano? Pensad, además, que en una cosa en la que sólo rige mi complacencia, tengo derecho a imponeros condiciones. El duque se opone a que Monrevel se convierta hoy en vuestro esposo, lo exige una y otra vez; si, a pesar de todo esto, tengo a bien acceder a vuestros deseos, al menos debéis conceder algo a los míos.

Al terminar estas palabras, la condesa salió y dejó a su hija presa de nuevas perplejidades.

—¡Monrevel un cobarde! —se decía Amélie llorando—, no, no lo creeré nunca… no puede ser, me ama… ¿No lo he visto acaso exponerse ante mis ojos a los peligros de un torneo, y, en la certeza de que le pagaría con una mirada, vencer a cuantos se le oponían?… Esas miradas, que lo alentaban, le han seguido por las llanuras de Francia, yo siempre estaba bajo las suyas, bajo ellas ha combatido; mi amado es valiente igual que me quiere; estas dos virtudes deben encontrarse hasta el exceso en un alma en la que nunca penetró nada impuro… ¡No importa! Mi madre lo quiere, obedeceré… guardaré silencio, esconderé mi corazón a su único dueño, pero nunca dudaré del suyo.

Así transcurrieron varios días durante los que la condesa preparó sus estratagemas, y Amélie no cesó de representar el papel que le imponían, por más doloroso que fuese para ella. Por fin *Mme.* de Sancerre mandó recado a Monrevel de acudir a verla sólo a ella, dado que tenía algo importante que comunicarle… Y entonces se decidió a declararse por completo, para no tener ya remordimientos si

la resistencia del castellano la obligaba al crimen.

—Caballero —le dijo en cuanto le vio entrar—, seguro, como debéis estarlo ahora, tanto del desprecio de mi hija como de la felicidad de vuestro rival, debo necesariamente atribuir a alguna otra causa la prolongación de vuestra estancia en Sancerre cuando vuestro jefe os llama y os desea a su lado. Confesadme pues, sin fingir, el motivo que puede reteneros… ¿Sería el mismo… Monrevel, que el que me hace desear conservaros aquí?

Aun cuando el joven guerrero hubiera sospechado desde hacía mucho el amor de la condesa, no sólo se lo había ocultado a Amélie, sino que, desesperado por haber podido provocarlo, intentaba ocultárselo a sí mismo. Presionado por aquella pregunta, demasiado clara para que pudiera permitirse no comprenderla, respondió sonrojándose:

—Señora, conocéis las cadenas que me atan, y si os dignarais estrecharlas en lugar de romperlas, me volvería sin duda el más feliz de los hombres…

Fuese por fingimiento, fuese por orgullo, la señora de Sancerre tomó esta respuesta como si estuviera destinada a ella.

—¡Bello y dulce amigo! —le dijo entonces atrayéndole hacia su sillón—, tejeremos esas cadenas cuando vos queráis… ¡Ah!, cautivan mi corazón desde hace tanto tiempo; adornarán mis manos cuando me hayáis mostrado ese deseo. Como veis, hoy no estoy haciendo nudos[119], y si deseo perder por segunda vez mi libertad, vos debéis saber bien con quién…

Monrevel se estremeció ante estas palabras, y la condesa, que no descuidaba ni uno de sus movimientos, entregándose entonces furiosa a los transportes de su pasión, le reprochó, en los términos más duros, la indiferencia con que siempre había pagado la pasión en que por él ardía.

—¿Podía disimularte esta llama que encendían tus ojos, ingrato? ¿Podías ignorarla? —exclamó—; ¿ha pasado un solo día de tu juventud en que yo no haya hecho estallar estos sentimientos que desprecias con tanta insolencia? ¿Hay un solo caballero, en la corte de Carlos, que me interesara como tú? Orgullosa de tus éxitos, sensible a tus desgracias, ¿cogiste alguna vez un laurel que mi mano no entrelazara con mirtos? ¿Formó tu mente un solo pensamiento que yo no compartiese al instante? ¿Tu corazón, un sentimiento que no fuera el mío? Festejada por todas partes, viendo toda la Borgoña a mis pies, rodeada de

adoradores… embriagada de incienso, todos mis votos sólo se volvían hacia Monrevel, solo él los ocupaba, y yo despreciaba a quien no fuera él… Y mientras te adoraba, pérfido… tus ojos se apartaban de mí… Locamente enamorado de una niña… sacrificándome a esa indigna rival… me has hecho odiar a mi propia hija… Sentía todas sus maneras de proceder, y no había una que no traspasase mi corazón, y sin embargo no podía odiarte… Mas ¿qué esperas ahora?… Que al menos el despecho te entregue a mí si el amor no puede conseguirlo… Tu rival está aquí, puedo hacerle triunfar mañana, mi hija me presiona: ¿qué esperanza te queda entonces, qué loca esperanza puede cegarte todavía?

—La de ir a morir, señora —respondió Monrevel—, y el remordimiento de haber podido despertar en vos sentimientos que no está en mi mano compartir, y pena de no poder inspirarlos a la única criatura que reinará siempre en mi corazón.

La señora de Sancerre se contuvo; el amor, el orgullo, la perversidad y la venganza la dominaban con demasiada fuerza para no imponerle la necesidad de fingir. Un alma abierta y sincera se habría arrebatado; una mujer vengativa y falsa debía valerse de la astucia, y la condesa la puso en práctica:

—Señor —dijo con un contenido despecho—, me hacéis conocer un desaire por primera vez en mi vida; asombraría a vuestros rivales; sólo yo no estoy sorprendida: no, me hago justicia… yo sería vuestra madre, caballero… ¿Cómo, con semejante obstáculo, podría pretender yo vuestra mano?… No os molesto más, Monrevel, cedo a mi feliz rival el honor de encadenaros; y como no puedo convertirme en vuestra mujer, seré siempre vuestra amiga. ¿Os opondréis a ello, cruel? ¿Me envidiaríais ese título?

—¡Oh, señora, qué bien reconozco en esta conducta toda la nobleza de vuestro corazón! —respondió el castellano, seducido por aquellas falaces apariencias—. ¡Ay!, señora —añadió precipitándose a los pies de la condesa—, creed que todos los sentimientos de mi corazón que no sean amor os pertenecerán para siempre; no tendré en el mundo mejor amiga: seréis a un tiempo mi protectora y mi madre, y os consagraré constantemente todos los momentos en que la embriaguez de mi pasión por Amélie no me retenga a sus pies.

—Me sentiré muy halagada con lo que me quede, Monrevel —continuó la condesa levantándolo—; es tan querido todo de quien se ama… Sentimientos más vivos me hubieran conmovido más sin duda, pero, desde el momento en que ya no debo pretenderlos, me contentaré con esa amistad sincera que me juráis, y yo os corresponderé con la mía… Escuchad, Monrevel, voy a daros ahora mismo una

prueba de estos sentimientos que os juro: ¿conocéis el deseo que tengo de hacer que triunfe vuestro amor, y el de teneros eternamente cautivo a mi lado?… Vuestro rival está aquí, nada es más cierto; conociendo la voluntad de Carlos, ¿podía negarle la entrada en este castillo? Todo lo que podré obtener para vos… para vos, cuyos designios él ignora, es que no aparezca sino disfrazado (ya lo está) y que no vea a mi hija sino con misterio. ¿Qué decisión queréis que tomemos en esta circunstancia?

—La que me dicta mi corazón: la única gracia que me atrevo a implorar a vuestras rodillas es permiso para ir a disputar mi amada a mi rival, como el honor lo inspira a un guerrero como yo.

—Esa decisión no creo que os favorezca, Monrevel; no conocéis al hombre al que os enfrentáis; ¿le habéis visto alguna vez en el campo del honor? Vergonzosamente escondido en el fondo de su provincia, Salins sale por primera vez en su vida de ella para casarse con mi hija. No concibo cómo ha podido imaginar Carlos semejante elección: así lo quiere él… nosotros no tenemos nada que decir; pero, os lo repito, Salins, tenido por traidor, no luchará a buen seguro… Y si conoce vuestros planes, si se entera de ellos por vuestras gestiones, ¡oh!, Monrevel, tiemblo por vos… busquemos otros medios, y mantengamos ocultas nuestras miras… Dejadme reflexionar unos días, os daré cuenta de lo que haya hecho; mientras tanto, quedaos aquí, y yo sembraré rumores distintos sobre los motivos que os retienen.

Monrevel, demasiado feliz con lo poco que obtiene, sin pensar en que puedan engañarle, porque su corazón honrado y sensible nunca conoció los vericuetos, abraza una vez más las rodillas de la condesa y se retira con menos dolor.

La señora de Sancerre aprovecha esos instantes para dar órdenes precisas para el éxito de sus pérfidas intenciones. El joven pariente de Clotilde, secretamente introducido en el castillo con la librea de un paje de la casa, actúa tan bien que Monrevel no puede dejar de verle. En la casa, hay al mismo tiempo cuatro criados desconocidos, y pasan por criados del conde de Sancerre, vueltos al castillo tras la muerte de su amo; pero la condesa tiene buen cuidado de hacer saber a Monrevel que estos forasteros pertenecen al séquito de Salins. Desde ese momento, el caballero apenas puede hablar con su amada; si se presenta en sus aposentos, las doncellas lo rechazan; si trata de abordarla en el parque, en los jardines, o ella huye, o él la ve con su rival. Semejantes desgracias son demasiado violentas para el alma ardorosa de Monrevel; a punto de desesperarse, aborda por fin a Amélie

cuando el falso Salins acaba de dejarla.

—Cruel —le dice, sin poder seguir conteniéndose—, ¿me despreciáis basta el punto de querer estrechar delante de mí los siniestros lazos que van a separarnos? Y ahora que sólo dependería de vos, cuando estoy a punto de ganar a vuestra madre, sólo de vos, ¡ay de mí, llega el golpe que me desgarra!

Amélie, que conoce los destellos de esperanza que la condesa había dado a Monrevel, y creyendo que todo aquello debía servir para el feliz desenlace de la escena que le hacen representar, Amélie, digo, sigue fingiendo; responde a su amado que es muy dueño de ahorrarse el doloroso espectáculo que parece temer, y que ella es la primera en aconsejarle que vaya a olvidar con Belona todas las penas que le da Amor. Mas, pese a lo que le hubiera dicho la condesa, se guarda mucho de aparentar que sospecha del valor de su amado: Amélie conoce demasiado a Monrevel para dudar de él; le ama demasiado en el fondo de su corazón para atreverse siquiera a bromear sobre algo tan sagrado.

—Entonces es cosa decidida; ¡tengo que dejaros! —exclama el castellano, inundando de lágrimas las rodillas de Amélie, que osa estrechar una vez más—. ¡Tenéis fuerza para ordenármelo! Pues bien, yo encontraré en mi ánimo la de obedeceros. ¡Ojalá el feliz mortal a quien os dejo conozca el precio de lo que le cedo! ¡Ojalá os haga tan feliz como merecéis ser! Amélie, hacedme partícipe de vuestra felicidad; es la única gracia que os pido; y seré menos desgraciado cuando os sepa en el seno de la felicidad.

Amélie no pudo oír estas últimas palabras sin sentirse emocionada… Lágrimas involuntarias la traicionan, y Monrevel, estrechándola entonces en sus brazos, exclama:

—¡Momento afortunado para mí! ¡He podido leer un dolor en ese corazón que tanto tiempo creí mío! ¡Oh, mi querida Amélie! Entonces no es cierto que amáis a Salins, ya que os dignáis llorar a Monrevel. Decid una palabra, Amélie, una sola palabra; y sea cual fuere la cobardía del monstruo que os separa de mí, le obligaré a batirse o le castigaré al mismo tiempo por su poco valor y por atreverse a elevarse hasta vos.

Pero Amélie ya se había recobrado: amenazada con perder todo, sentía de sobra la importancia de interpretar el papel que se le había encomendado para atreverse a ser débil un instante.

—No disimularé más las lágrimas que habéis sorprendido, caballero —dice con firmeza—; pero interpretáis mal su causa; un impulso de piedad hacia vos puede haberlas hecho correr sin que el amor tenga en ello la menor parte. Acostumbrada desde hace mucho tiempo a veros, puede apenarme la idea de perderos sin que ningún sentimiento más tierno que el de la simple amistad me haya inspirado esa pena.

—¡Oh, justo cielo! —dice el castellano—, ¡me quitáis hasta el consuelo que aliviaba un instante mi corazón!… ¡Amélie!, ¡qué cruel sois con el que nunca cometió con vos más error que el de adoraros! ¿Y sólo a la compasión debo esas lágrimas, de las que me sentí tan glorioso durante un minuto? Entonces, ¿es ése el único sentimiento que debo esperar de vos?…

Se acercaba alguien, y nuestros dos amantes se vieron obligados a separarse: el uno, desesperado sin duda; la otra, con el alma traspasada de dolor ante una obligación tan cruel… pero muy satisfecha, sin embargo, de que un acontecimiento cualquiera le impidiera soportarlo mucho más tiempo…

Varios días transcurrieron de nuevo, y la condesa los aprovechó para disponer sus últimas baterías, cuando Monrevel, al volver una noche del fondo de los jardines adonde su melancolía le había arrastrado, encontrándose solo y sin armas, fue repentinamente atacado por cuatro hombres que parecían querer su vida. Como su valor no lo abandonaba en circunstancia tan peligrosa, se defiende, aleja a los enemigos que le acosan, pide auxilio, y consigue librarse de ellos ayudado por los criados de la condesa que llegan en cuanto le oyen. La señora de Sancerre, informada del peligro que acaba de correr… la pérfida Sancerre que sabía mejor que nadie de qué manos procedía la emboscada, ruega a Monrevel que pase a sus aposentos antes de regresar a su casa.

—Señora —le dice el castellano al abordarla—… ignoro quiénes son los que amenazan mi vida, pero no creía que en vuestro castillo se atreviesen a atacar a un caballero sin armas…

—Monrevel —responde la condesa, viendo que aún estaba agitado—, me es imposible preservaros de tales peligros; sólo puedo ayudaros a defenderos… ¡Hemos acudido en vuestro auxilio! ¿Podía hacer yo más?… Tenéis que véroslas con un traidor, os lo había dicho; con él será inútil que empleéis las reglas del honor: no responderá a ellas, y vuestra vida estará siempre en peligro. Querría que estuviera lejos de mi casa, sin duda, pero ¿puedo negar mi castillo a quien el duque de Borgoña quiere que yo reciba como a un yerno? ¿A quien, en fin, mi hija ama, y

de quien es amada? Sed más justo, caballero, cuando yo he sufrido tanto como vos; medid el interés de todo lo que me inspira, por la multitud de los lazos que me unen a vuestro destino. El golpe viene de Salins, no tengo ninguna duda; está informado de los motivos que os retienen aquí, mientras todos los caballeros están al lado de sus jefes; vuestro amor es, por desgracia, de sobra conocido, habrá encontrado indiscretos… Salins se venga y, comprendiendo perfectamente que le resulta imposible deshacerse de vos si no es mediante el crimen, lo comete; al ver que ha fallado, volverá a intentarlo… ¡Oh, dulce caballero, me estremezco… me estremezco más que vos todavía!

—Bien, señora —replicó el castellano—, ordenadle que se quite ese disfraz inútil, y dejadme atacarle de tal forma que le obligue a responderme… ¡Eh!, ¿qué necesidad hay de que Salins se disfrace, desde el momento en que está aquí por orden de su soberano? ¿Desde el momento en que es amado por aquella que busca, y protegido por vos, señora?

—¿Por mí, caballero? No esperaba de vos esta afrenta… pero no importa, no es éste el momento de justificaciones; limitémonos a responder a vuestras alegaciones y veréis, cuando haya dicho todo, si comparto en esta elección el proceder de mi hija. Me preguntáis por qué se disfraza Salins. Yo misma se lo exigí al principio, en atención a vos, y si persiste en ese fingimiento es por temor de su parte; os teme, os evita, sólo os ataca a traición… Queréis que consienta en dejar que os batáis; creedme, no aceptará, Monrevel, os lo he dicho, y si se entera de vuestro deseo, tomará tan bien sus medidas que ni siquiera yo podré responder de vos. Mi posición respecto a él es tal que hasta se me vuelve imposible hacerle reproches por lo que acaba de ocurrir. Así pues, la venganza sólo está en vuestras manos, sólo a vos pertenece, y os compadecería mucho si no adoptaseis la que es legítima, tras la infamia que acaba de cometer. ¿Hay que respetar las leyes del honor con los traidores? ¿Y cómo podéis buscar vías distintas de las que él emplea cuando es seguro que no aceptará ninguna de las que vuestro valor le proponga? Por lo tanto, ¿debéis prevenirle, caballero? ¿Y desde cuándo la vida de un cobarde es tan preciosa que nadie se atreva a quitársela sin combatir? Uno se mide con un hombre de honor; a quien ha querido privarnos de la vida hay que matarlo. Que el ejemplo de vuestros maestros os sirva en este caso de regla: cuando el orgullo de Carlos de Borgoña, que hoy nos gobierna, tuvo motivo de queja del duque d’Orléans, ¿le propuso el duelo o mandó que lo asesinaran? Este último partido le pareció más seguro, y lo tomó; y en Monterrau, ¿no hizo lo mismo con el Delfín cuando éste tuvo quejas contra él? No es uno ni menos honrado ni caballero menos valeroso por librarse de un granuja que quiere nuestra vida… Sí, Monrevel, sí, quiero que mi hija sea vuestra, quiero que la tengáis al precio que sea. No sondeéis

el sentimiento que me hace desear teneros cerca de mí… sin duda me ruborizaría… y este corazón mal curado… No importa, seréis mi yerno, caballero, lo seréis… Quiero veros feliz, a costa incluso de mi felicidad. ¡Atreveos ahora a decirme que protejo a Salins, atreveos, dulce amigo, y por lo menos tendré derecho a trataros de injusto cuando hayáis reconocido hasta tal punto mis bondades!

Conmovido, Monrevel se arroja a los pies de la condesa, le pide perdón por haberla juzgado mal… Pero asesinar a Salins le parece un crimen superior a sus fuerzas…

—¡Oh!, señora —exclama entre lágrimas—, nunca mis manos osarán hundirse en el seno de un ser que es mi semejante; y el asesinato, el más horrible de los crímenes…

—No lo es cuando salva nuestra vida… Pero ¡qué debilidad, caballero!… ¡Qué fuera de lugar está en un héroe! ¿Qué hacéis entonces, os pregunto, cuando vais al combate? ¿Esos laureles que os ciñen no son el precio de asesinatos? ¡Creéis permitido matar al enemigo de vuestro príncipe, y tembláis ante la idea de apuñalar al vuestro! ¿Y cuál es entonces la tiránica ley que puede fijar para la misma acción una diferencia tan enorme? ¡Ah!, Monrevel, nunca debemos atentar contra la vida de nadie, y si esa acción puede parecemos legítima algunas veces, es cuando está inspirada por la venganza de una afrenta… Pero ¿qué digo, y qué me importa a mí? ¡Tiembla, hombre débil y pusilánime, y en el absurdo miedo de un crimen imaginario, abandona indignamente a la que amas en brazos del monstruo que te la roba! Contempla a tu pobre Amélie, seducida, desesperada, traicionada, languideciendo en el seno de la desgracia; óyela llamarte en su auxilio; ¡y tú, pérfido, tú prefieres cobardemente el infortunio eterno de la que amas a la acción justa y necesaria de arrancar la vida al infame verdugo de los dos!

Viendo que Monrevel vacilaba, la condesa terminó utilizando toda su astucia para allanarle el horror al que le incitaba, y para hacerle sentir que, cuando una acción de este tipo se vuelve tan necesaria, es muy peligroso no cometerla; que, en una palabra, si no se da prisa, no sólo su vida está en peligro en todo instante, sino que corre el riesgo incluso de verse arrebatar a su amada ante sus propios ojos porque Salins, al no poder evitar darse cuenta de que la condesa no le favorece, muy convencido de agradar al duque de Borgoña, cualesquiera que sean los medios que emplee para tener a la que ama, quizá la rapte en el primer momento, y con tanta más facilidad cuanto que Amélie se presta a ello. Inflama, en fin, tanto el ánimo del joven caballero que éste acepta todo y jura a los pies de la condesa que apuñalará a su rival.

Hasta ahora los propósitos de esta pérfida mujer parecen turbios, sin duda; unas secuelas espantosas los aclararán hasta el exceso.

Monrevel sale; mas sus resoluciones no tardaron en cambiar, y la voz de la naturaleza, combatiendo a pesar suyo en su alma lo que le inspiraba la venganza, no quiso decidirse a nada que no empleara las vías honestas dictadas por su honor. Al día siguiente manda un cartel de desafío al presunto Salins, y, a la misma hora, recibe la siguiente respuesta.

No puedo disputar lo que me pertenece; es el amante maltratado por su hermosa quien debe desear la muerte; en cuanto a mí, amo la vida; ¿cómo no amarla cuando todos los instantes que la forman son preciosos para mi Amélie? Si tenéis ganas de batiros, caballero, Carlos necesita héroes, volad con él; creedme, los ejercicios de Marte os convienen más que las dulzuras del amor; conseguiréis la gloria entregándoos a unos; los otros, sin que yo arriesgue nada, podrían costaros caro.

El castellano se estremece de rabia al leer estas palabras.

—¡Traidor! —exclama—, ¡me amenaza y no se atreve a defenderse! Ahora no me detendrá nada; pensemos en mi seguridad, preocupémonos de conservar el objeto de mi amor, ya no debo vacilar un instante… Mas ¿qué digo?… ¡gran Dios!, si ella le ama… si Amélie arde por ese pérfido rival, ¿será quitándole la vida como conseguiré el corazón de mi amada? ¿Me atreveré a presentarme a ella con las manos manchadas con la sangre de aquel a quien adora?… Ahora únicamente le soy indiferente… si voy más lejos me odiará.

Tales eran las reflexiones del desdichado Monrevel… tales eran las agitaciones que lo desgarraban cuando, unas dos horas después de haber recibido la respuesta, vienen a verle, la condesa le manda decir que pase por sus aposentos.

—A fin de evitar vuestros reproches, caballero —le dijo en cuanto entró—, he tomado las medidas más seguras para estar informada de lo que ocurre. Vuestra vida corre nuevos peligros, dos crímenes se preparan a la vez: una hora después de la puesta del sol, seréis seguido por cuatro hombres que no os dejarán hasta haberos apuñalado; Salins rapta al mismo tiempo a mi hija; si yo me opongo, informa al duque de mi resistencia, y se justifica hundiéndonos a los dos. Evitad el primer peligro utilizando una escolta de seis de mis criados; os esperan a la puerta. Cuando den las diez, dejad entonces vuestro séquito, entrad solo en la gran sala abovedada que comunica con los aposentos de mi hija; a la hora exacta que os preciso, Salins cruzará esa sala para dirigirse al cuarto de Amélie; ella le espera, se

marchan juntos antes de medianoche. Entonces… armado con este puñal… recibidle, Monrevel: es de mis manos de donde quiero verlo coger… entonces, digo, os vengaréis del primer crimen y evitaréis el segundo… Ya lo veis, hombre injusto, soy yo quien quiere armar el brazo que debe castigar al objeto de vuestro odio, soy yo quien os entrego a la que debéis amar… ¿Me agobiaréis todavía con vuestros reproches?… Así es como pago tus desprecios… Vete, corre a la venganza, Amélie te espera en mis brazos, ingrato…

—Dádmelo, señora —dijo Monrevel, demasiado irritado para seguir dudando—, dádmelo, ya nada me impide inmolar mi rival a mi rabia; le he propuesto las vías del honor, las ha rechazado: es un cobarde, debe sufrir su suerte… Dádmelo, os obedezco.

El castellano sale… En cuanto ha dejado a la condesa, ésta se apresura a llamar a su hija.

—Amélie —le dice—, ahora debemos estar seguras del amor del caballero, debemos estarlo igualmente de su valor; toda nueva prueba resultaría inútil; accedo por fin a vuestros deseos. Pero como por desgracia es demasiado cierto que el duque de Borgoña os destina a Salins…, como es demasiado real que antes de ocho horas tal vez esté aquí, sólo os queda el partido de la huida si queréis ser de Monrevel; es preciso que aparente raptaros sin mi consentimiento, que se sienta autorizado a dar ese paso por los últimos deseos de mi esposo; que niegue haber tenido nunca conocimiento del cambio de voluntad de nuestro príncipe; que Monrevel se case con vos en secreto, y vuele luego a excusarse ante el duque. Vuestro amado ha comprendido la necesidad de estas condiciones; ha aceptado todas; pero yo he querido preveniros antes de que él se abra a vos… ¿Qué os parecen estos planes, hija mía? ¿Les encontráis algún inconveniente?

—Estarían llenos de ellos, señora —respondió Amélie con tanto respeto como gratitud—, si se realizaran sin vuestro acuerdo; pero desde que os dignáis prestaros a ellos, sólo debo abrazar vuestras rodillas para demostraros cuán sensible soy a cuanto queréis hacer por mí.

—En tal caso, no perdamos un instante —responde aquella pérfida mujer, para quien las lágrimas de su hija se convierten en un nuevo ultraje—. Monrevel está al tanto de todo; pero lo esencial es disfrazaros; sería una imprudencia que os reconociesen antes de llegar al castillo de vuestro amante, y mucho más enojoso todavía que tal vez fuerais encontrada por Salins, al que esperamos de un día para otro. Poneos, pues, estas ropas —continuó la condesa, presentando a su hija las que

habían servido al pretendido Salins—, y volved a vuestro aposento cuando el centinela de las torres avise que van a ser las diez[47]; es el momento indicado, el momento en que Monrevel se dirija a vuestra habitación; unos caballos os aguardan, y ambos partiréis de inmediato.

—¡Oh, respetable madre! —exclamó Amélie, precipitándose en los brazos de la condesa—, ojalá leyeseis en el fondo de mi corazón los sentimientos que me inspiráis… Ojalá…

—No, no —dijo *Mme.* de Sancerre desprendiéndose de los brazos de su hija—, no, vuestra gratitud es inútil; desde que vuestra dicha está colmada, también lo está la mía; ocupémonos sólo de vuestro disfraz.

Se acercaba la hora. Amélie coge las ropas que le presentan. La condesa no olvida ningún detalle de cuanto debe hacerle parecerse al joven pariente de Clotilde, tomado por Monrevel por el señor de Salins; a mayor artificio, mayor engaño. Por fin suena la hora fatal:

—Partid —dice la condesa—; volad, hija mía, vuestro amante os espera…

Esta interesante criatura, temiendo que la necesidad de una rápida partida le impida ver de nuevo a su madre, se arroja llorando sobre su seno. La condesa, lo bastante falsa para ocultar las atrocidades que medita bajo apariencias de ternura, abraza a su hija; mezcla sus lágrimas a las de la joven. Amélie se separa, vuela a su aposento; abre la funesta sala que apenas alumbra un débil resplandor, y en la que Monrevel, puñal en mano, espera a su rival para derribarlo. Nada más ver aparecer a alguien al que todo debe hacerle tomar por el enemigo que busca, se lanza impetuosamente, hiere sin ver, y deja en el suelo, entre oleadas de sangre, al querido ser por el que hubiera dado mil veces toda la suya.

—¡Traidor! —exclama al punto la condesa, apareciendo con antorchas—, así me vengo yo de tus desprecios. Reconoce tu error, y vive luego, si puedes.

Amélie todavía respiraba; dirige, gimiendo, algunas palabras a Monrevel.

—¡Oh, dulce amigo! —le dice, debilitada por el dolor y por la abundancia de sangre que pierde—, ¿qué he hecho para merecer la muerte de tu mano?… ¿Son éstos los lazos que me preparaba mi madre? Vete, no te reprocho nada; el cielo me ha hecho ver claro en estos últimos instantes… Monrevel, perdóname por haberte disimulado mi amor. Debes saber qué era lo que me obligaba a hacerlo; que mis últimas palabras te convenzan al menos de que no tuviste nunca una amiga más

sincera que yo… que te amaba más que a mi Dios, más que a mi vida, y que expiro adorándote…

Pero Monrevel ya no oye nada. En el suelo, sobre el cuerpo sangriento de Amélie, con su boca pegada a la de su amada, trata de reanimar aquella querida alma exhalando la suya, abrasada de amor y desesperación… Alternativamente llora y monta en cólera, alternativamente se acusa y maldice a la execrable autora del crimen que comete… Por fin, levantándose furioso, dice a la condesa:

—¿Qué esperas de esta infame acción, pérfida? ¿Esperabas encontrar en ella el cumplimiento de tus espantosos deseos? ¿Has supuesto a Monrevel lo bastante débil para sobrevivir a la que adora?… Aléjate, aléjate; en el estado cruel en que me han puesto tus maldades, no respondería de no lavarlas en tu sangre…

—¡Hiere! —dice la condesa desvariando—, ¡hiere, aquí tienes mi pecho! ¿Crees que adoro la vida cuando se me ha quitado para siempre la esperanza de poseerte? He querido vengarme, he querido deshacerme de una rival odiosa; no pretendo sobrevivir a mi crimen más que a mi desesperación. Pero que sea tu mano la que me quite la vida; quiero perderla por tus golpes… ¡Y bien!, ¿qué te detiene?… ¡Cobarde!, ¿no te he ultrajado bastante?… ¿Qué puede contener tu cólera? Enciende la antorcha de la venganza en esa sangre preciosa que te he hecho derramar, y no perdones a la que debes odiar sin que ella pueda dejar de adorarte.

—¡Monstruo! —exclamó Monrevel—, no eres digna de morir… no estaría vengado… Vive para horrorizar a la tierra, vive para que te desgarren los remordimientos. Todo lo que respira debe conocer tus horrores y despreciarte; es preciso que, en todo instante, asustada de ti misma, te sea insoportable la luz del día. Pero has de saber al menos que tus infamias no me quitarán a la que adoro… Mi alma va a seguirla a los pies del Eterno; los dos le invocaremos contra ti.

Tras estas palabras, Monrevel se apuñala, y se lanza de tal modo al entregar los últimos suspiros entre los brazos de la que adora, la abraza con tanta violencia que ningún esfuerzo humano pudo separarlos.

Ambos fueron colocados en el mismo ataúd, y depositados en la principal iglesia de Sancerre, donde los verdaderos amantes todavía van algunas veces a derramar lágrimas sobre su tumba y a leer conmovidos los siguientes versos, grabados sobre la tumba de mármol que los cubre, y que Luis XII se dignó escribir.

Pleurez amants, comme vous ils s'aimèrent,

Sans toutefois qu'hymen les réunit;

Par de beaux nœuds tous deux ils se lièrent,

Et la vengeance à jamais les rompit[120].

Sólo la condesa sobrevivió a estos crímenes, pero para llorarlos toda su vida; se entregó a la más profunda piedad y murió, diez años después, como religiosa en Auxerre, dejando a la comunidad edificada por su conversión, y verdaderamente conmovida ante la sinceridad de sus remordimientos.

EUGÉNIE DE FRANVAL

Novela trágica

Instruir al hombre y corregir sus costumbres, tal es el único propósito que nos proponemos en esta historia. Que se convenzan, leyéndola, de la magnitud del peligro, siguiendo los pasos de quienes se permiten todo para satisfacer sus deseos. Ojalá se convenzan de que la buena educación, las riquezas, los talentos y los dones de la naturaleza sólo sirven para extraviarnos cuando la moderación, la buena conducta, la prudencia y la modestia no los apuntalan o realzan su valor: ésas son las verdades que vamos a poner en práctica. Que se nos perdonen los monstruosos detalles del horrible crimen del que nos vemos obligados a hablar; pero ¿es posible hacer detestables semejantes extravíos si no tenemos el valor de mostrarlos al desnudo?[121]

Es poco frecuente que todo concuerde en un mismo ser para conducirle a la prosperidad. ¿Le favorece la naturaleza? Entonces la fortuna le niega sus dones. ¿Le prodiga ésta sus favores? La naturaleza le habrá maltratado; parece como si la mano del cielo hubiera querido, tanto en cada individuo como en sus más sublimes operaciones, hacernos ver que las leyes del equilibrio son las leyes primeras del universo, las que regulan al mismo tiempo todo lo que sucede, todo lo que vegeta y todo lo que respira.

Franval, residente en París, donde había nacido, poseía, además de cuatrocientas mil libras de renta, el mejor porte, la Fisionomía más agradable y los talentos más variados; pero bajo esta seductora envoltura se ocultaba toda suerte de vicios y, desgraciadamente, aquellos cuya adopción y práctica llevan enseguida al crimen. Un desorden de imaginación, superior a cuanto pueda describirse, era el principal defecto de Franval; y de ese defecto nadie se corrige; la disminución de las fuerzas aumenta sus efectos; cuanto menos se puede, más se intenta; cuanto menos se actúa, más se inventa; cada edad aporta ideas nuevas, y la saciedad, lejos de enfriar, sólo prepara refinamientos más funestos.

Ya lo hemos dicho, todos los encantos de la juventud, todos los talentos que la adornan, Franval los poseía en abundancia; pero lleno de menosprecio hacia los deberes morales y religiosos, a sus educadores se les había vuelto imposible hacerle adoptar ninguno[122].

En un siglo en que los libros más peligrosos están en manos de los niños, así como en las de sus padres y maestros, en que la temeridad del sistema pasa por

filosofía, la incredulidad por fuerza y el libertinaje por imaginación, se reían del ingenio del joven Franval, un instante después tal vez le reñían, pero después lo alababan. El padre de Franval, gran partidario de los sofismas de moda, era el primero en animar a su hijo a pensar *sólidamente* sobre todas estas materias; él mismo le prestaba las obras que podían corromperle más deprisa; ¿qué maestro se hubiera atrevido, después de eso, a inculcar principios distintos de los de la casa donde estaba obligado a complacer?

En cualquier caso, Franval perdió a sus padres muy joven, y a la edad de diecinueve años un viejo tío, que a su vez murió poco después, le entregó, al casarle, todos los bienes que habrían de pertenecerle un día.

Con semejante fortuna, a M. de Franval debía resultarle fácil casarse; se le presentó una infinidad de partidos, pero tras suplicar a su tío que no le diese sino una muchacha más joven que él, y con el menor entorno posible, el viejo pariente, para contentar a su sobrino, puso sus miradas en una tal *Mlle.* de Farneille, hija de financiero, que sólo tenía una madre, todavía joven en verdad, pero con sesenta mil libras de renta muy reales, quince años y la más deliciosa fisionomía que hubiera entonces en París… una de esas caras de virgen en la que se pintan a un tiempo el candor y la simpatía bajo los rasgos delicados del Amor y las Gracias…, bellos cabellos rubios flotando por debajo de la cintura, grandes ojos azules que respiraban ternura y modestia, una cintura fina, ágil y ligera, la piel del lirio y la lozanía de las rosas, llena de talentos, con una imaginación vivísima, aunque algo triste, y un poco de esa suave melancolía que hace amar los libros y la soledad; atributos estos que la naturaleza parece conceder únicamente a los individuos que su mano destina a la desgracia, como para hacérsela menos amarga, por esa voluptuosidad sombría y conmovedora que saborean sintiéndola, y que les hace preferir las lágrimas a la alegría frívola de la felicidad, mucho menos activa y mucho menos penetrante.

La señora de Farneille, de treinta y dos años de edad en el momento del matrimonio de su hija, también poseía inteligencia y encantos, pero quizá fuese algo demasiado reservada y severa: deseando la felicidad de su única descendiente, había consultado a todo París sobre ese matrimonio; y como ya no tenía parientes, y por consejeros sólo algunos de esos fríos amigos a los que todo les da igual, la convencieron de que el joven que proponían a su hija era, sin ninguna duda, lo mejor que podía encontrar en París, y que cometería una extravagancia imperdonable si dejaba escapar aquella ocasión; así pues, la aprovecharon, y los jóvenes, con medios sobrados para montar casa, se instalaron en ella desde los primeros días.

No entraba en el corazón del joven Franval ninguno de esos vicios de frivolidad, desorden o estupidez que impiden a un hombre estar formado antes de los treinta años; confiando en sí mismo, amante del orden, perfectamente competente para llevar una casa, Franval tenía, para esa parte de la felicidad de la vida, todas las cualidades necesarias. Sus vicios, de un género absolutamente distinto, eran más los errores de la edad madura que las inconsecuencias de la juventud… el arte, la intriga… la maldad, la perfidia, el egoísmo, mucho de política, de picardía, velando todo eso no sólo con las gracias y los talentos de que hemos hablado, sino incluso con la elocuencia… con infinidad de ingenio y con las apariencias más seductoras. Tal era el hombre que hemos de pintar.

La señorita de Farneille, quien, según la costumbre, había conocido a su marido todo lo más un mes antes de unirse a él, engañada por esos falsos brillos, se había convertido en su víctima; los días no eran suficientemente largos para el placer de contemplarle, lo idolatraba, y las cosas llegaban incluso al punto de que se habría temido por la joven si algún obstáculo hubiese venido a turbar las dulzuras de un himeneo en el que, según decía, encontraba la única felicidad de su existencia.

En cuanto a Franval, filósofo tanto en materia de mujeres como en cualquier otra cosa de la vida, había considerado a tan encantadora persona con la flema más absoluta.

—La mujer que nos pertenece —decía— es una especie de individuo que la costumbre somete a nuestro capricho; tiene que ser dulce, sumisa… muy prudente; no es que yo comparta los prejuicios de deshonra que puede imprimirnos una esposa cuando imita nuestro libertinaje, sino que a nadie le gusta que venga otro a quitarnos nuestros derechos; todo lo demás da absolutamente igual, no añade nada a la felicidad.

Con semejantes sentimientos en un marido, es fácil vaticinar que no son rosas lo que espera a la desgraciada joven que debe unirse a él. Honrada, sensible, bien educada y anticipándose por amor a los deseos del único hombre que le interesaba en el mundo, *Mme.* de Franval llevó sus cadenas los primeros años sin sospechar su esclavitud; no le resultaba difícil ver que se limitaba a espigar en los campos del himeneo, pero, demasiado dichosa con lo que le dejaban, su única preocupación, su atención más meticulosa era que, en los breves momentos concedidos a su ternura, Franval pudiera encontrar por lo menos cuanto ella creía necesario para la felicidad de aquel esposo adorado.

Sin embargo, la mejor de todas las pruebas de que Franval no siempre se apartaba de sus deberes es que, el primer año de matrimonio, su esposa, que por entonces tenía dieciséis años y medio, dio a luz una niña más hermosa aún que su madre, y a quien el padre dio inmediatamente el nombre de Eugénie… Eugénie, horror y milagro de la naturaleza al mismo tiempo.

El señor de Franval que, desde que esa niña vio la luz, formó sin duda sobre ella los designios más odiosos, la apartó enseguida de su madre. Hasta la edad de siete años, Eugénie fue confiada a mujeres de las que Franval estaba seguro y que, limitando sus cuidados a formarle un buen carácter y enseñarle a leer, se guardaron mucho de darle ningún conocimiento de los principios religiosos o morales en los que una niña de esa edad debe ser comúnmente instruida.

La señora de Farneille y su hija, muy escandalizadas por esta conducta, se la reprocharon a M. de Franval, quien fríamente respondió que, siendo su propósito hacer feliz a su hija, no quería inculcarle quimeras, que sólo servían para asustar a los hombres sin serles nunca de ninguna utilidad; que una muchacha que sólo tenía necesidad de aprender a agradar, podía perfectamente ignorar esas bobadas cuya fantasiosa existencia, perturbando el reposo de su vida, no le daría ni una verdad más en lo moral ni un atractivo más en lo físico. Semejantes palabras desagradaron soberanamente a *Mme.* de Farneille, que, cuanto más se alejaba de los placeres de este mundo, más se acercaba a las ideas celestiales; la devoción es una debilidad inherente a las épocas de la edad o de la salud. En medio del tumulto de las pasiones, un porvenir que se cree muy lejano suele inquietar poco, pero cuando su lenguaje es menos vivo… cuando se avanza hacia el final… cuando ya todo nos abandona, uno se lanza hacia el seno de Dios del que se ha oído hablar en la infancia, y aunque, según la filosofía, estas ilusiones son tan fantasiosas como las otras, al menos no son tan peligrosas.

La suegra de Franval, ya sin parientes… con poco crédito por sí misma y, a lo sumo, como hemos dicho, con algunos de esos amigos de circunstancia… que echan a correr si los ponemos a prueba, y teniendo que luchar contra un yerno encantador, joven, bien situado, imaginó muy cuerdamente que era más fácil atenerse con representaciones que adentrarse por vías de mayor rigor con un hombre que arruinaría a la madre y haría encerrar a la hija si alguien se atrevía a enfrentársele; de ahí que, después de limitarse a aventurar algunas reconvenciones, se callase en cuanto vio que de nada servían.

Seguro de su superioridad, y dándose cuenta de que se le temía, Franval pronto dejó de molestarse por nada y, contentándose con un ligero velo,

simplemente a causa del público, fue derecho hacia su horrible objetivo.

En cuanto Eugénie hubo alcanzado la edad de siete años, Franval la llevó ante su esposa; y aquella tierna madre, que no había visto a su hija desde que la había traído al mundo, no pudiendo saciarse de caricias, la mantuvo dos horas apretada contra su seno, cubriéndola de besos e inundándola con sus lágrimas. Quiso conocer sus pequeños talentos; pero Eugénie no tenía otros que leer de corrido, gozar de la salud más vigorosa y ser bella como los ángeles. Nueva desesperación de *Mme.* de Franval cuando hubo de reconocer que no era sino demasiado cierto que su hija ignoraba incluso los primeros principios de la religión.

—¡Cómo, señor! —le dijo a su marido—, ¿sólo la educáis para este mundo? ¿No os dignaréis pensar que, como nosotros, sólo ha de habitar en él un momento, para hundirse luego en una eternidad que le será fatal si la priváis de lo que puede hacerle gozar en ella de un destino feliz, a los pies del Ser del que ha recibido la vida?

—Si Eugénie no conoce nada, señora —respondió Franval—, si se le ocultan con cuidado esas máximas, no podrá ser desdichada; pero, si son ciertas, el Ser supremo es demasiado justo para castigarla por su ignorancia, y sin son falsas, ¿qué necesidad hay de hablarle de ellas?[123] Por lo que respecta a los restantes cuidados de su educación, confiad en mí, os lo ruego; desde hoy me convierto en su maestro, y os respondo de que, dentro de unos años, vuestra hija superará a todos los niños de su edad.

La señora de Franval trató de insistir, apeló a la elocuencia del corazón para que ayudase a la de la razón, y algunas lágrimas hablaron por ella; pero Franval, al que no conmovieron, ni siquiera dio la impresión de verlas; hizo que se llevaran a Eugénie, advirtiendo a su esposa que, si se le ocurría oponerse, en lo que fuese, a la educación que pretendía dar a su hija, o si se le sugerían principios distintos de aquellos con los que iba a alimentarla, se le privaría del placer de verla, y enviaría a su hija a uno de sus castillos del que no volvería a salir. Acostumbrada a la sumisión, *Mme.* de Franval se calló; suplicó a su esposo que no la separase de un bien tan querido y, entre lágrimas, prometió no perturbar en nada la educación que le preparaban.

Desde ese momento, *Mlle.* de Franval fue instalada en un bellísimo aposento, contiguo al de su padre, con un aya de gran inteligencia, una ayudante del aya, una doncella y dos niñas de su edad destinadas exclusivamente a su

entretenimiento. Se le pusieron maestros de escritura, de dibujo, de poesía, de historia natural, de declamación, de geografía, de astronomía, de anatomía, de griego, de inglés, de alemán, de italiano, de armas, de danza, de caballo y de música. Eugénie se levantaba todos los días a las siete de la mañana en cualquier estación del año; iba a comer, corriendo por el jardín, un gran trozo de pan de centeno que constituía su desayuno; volvía a las ocho, pasaba unos instantes a los aposentos de su padre, que retozaba con ella o le enseñaba pequeños juegos de sociedad; hasta las nueve se preparaba para sus deberes; entonces llegaba el primer maestro; recibía a cinco hasta las dos. Se la servía aparte con sus dos amigas y su aya principal. El almuerzo constaba de legumbres, pescados, pasteles y fruta; nunca nada de carne, ni sopa, ni vino, ni licores, ni café. De tres a cuatro, Eugénie volvía al jardín para jugar una hora con sus pequeñas compañeras; juntas practicaban la pelota, el balón, los bolos, el volante, o recorrían ciertos espacios determinados; en ellos se ponían cómodas según las estaciones; allí nada oprimía su talle; nunca las encerraron en esas ridículas ballenas, tan peligrosas para el estómago como para el pecho y que, estorbando la respiración de una joven, atacan forzosamente sus pulmones. De cuatro a seis, *Mlle.* de Franval recibía nuevos maestros; y como todos no podían presentarse en el mismo día, los otros iban al día siguiente. Tres veces por semana Eugénie iba al teatro con su padre, a pequeños palcos enrejados y alquilados todo el año para ella. A las nueve, volvía y cenaba. Entonces sólo le servían legumbres y fruta. De las diez a las once, cuatro veces por semana, Eugénie jugaba con sus mujeres, leía algunas novelas y luego se acostaba. Los tres días restantes, aquellos en que Franval no cenaba fuera, pasaba sola al departamento de su padre, y este tiempo se empleaba en lo que Franval llamaba sus *conferencias*. En ellas inculcaba a su hija sus máximas sobre la moral y sobre la religión; le ofrecía, por un lado, lo que ciertos hombres pensaban sobre estas materias, por otro exponía lo que él mismo admitía[124].

Con mucha inteligencia, amplios conocimientos, una cabeza despierta y pasiones que empezaban a encenderse, es fácil juzgar los progresos que tales sistemas hacían en el alma de Eugénie; pero como el indigno Franval no tenía por simple objetivo robustecer su espíritu, sus conferencias rara vez concluían sin inflamarle el corazón; y este hombre horrible había encontrado tan certeramente el medio de agradar a su hija, la sobornaba con tal arte, se hacía tan útil a su instrucción y a sus placeres, se anticipaba con tanto ardor a cuanto podía resultarle agradable que Eugénie, en medio de los círculos más brillantes, no encontraba nada tan adorable como su padre; y antes incluso de que éste confesara sus intenciones, la inocente y débil criatura había reunido para él, en su joven corazón, todos los sentimientos de amistad, de gratitud y de ternura que deben conducir forzosamente al amor más ardiente; en el mundo no tenía ojos más que para

Franval; sólo a él le prestaba atención, y se rebelaba ante la sola idea de que algo pudiese apartarla de su lado; le habría entregado no su honor, no sus encantos, todos esos sacrificios le hubieran parecido demasiado ligeros para el conmovedor objeto de su idolatría, sino su sangre, su vida incluso si aquel tierno amigo de su alma hubiese querido exigírsela.

No ocurría otro tanto con los impulsos del corazón de *Mlle.* de Franval hacia su respetable y desdichada madre. El padre, diciendo hábilmente a su hija que *Mme.* de Franval exigía de él, por ser su esposa, atenciones que a menudo le impedían hacer por su querida Eugénie cuanto su corazón le dictaba, había encontrado el secreto de engendrar, en el alma de aquella joven, mucho más odio y celos que los sentimientos respetuosos y tiernos que debían nacer en ella hacia una madre semejante.

—Amigo mío, hermano mío —decía a veces Eugénie a Franval, quien no quería que su hija emplease otras expresiones con él—, esa mujer que tú llamas tuya, esa criatura que, según tú, me ha traído al mundo, es entonces muy exigente, porque al querer tenerte siempre a su lado, me priva de la dicha de pasar mi vida contigo… Es evidente que la prefieres a tu Eugénie. Por mi parte, no amaré nunca a quien me robe tu corazón.

—Mi querida amiga —respondía Franval—, no, nadie en el mundo, sea quien fuere, podrá adquirir derechos tan poderosos como los tuyos; los lazos que existen entre esa mujer y tu mejor amigo, frutos de la costumbre y de las convenciones sociales, vistos filosóficamente por mí, nunca podrán compararse a los que nos unen… Siempre serás la preferida, Eugénie; serás el ángel y la luz de mis días, el hogar de mi alma y el móvil de mi existencia.

—¡Oh, cuán dulces son estas palabras! —respondía Eugénie—, repítelas a menudo, amigo mío… ¡Si supieras cómo me halagan las expresiones de tu ternura!

Y cogiendo la mano de Franval que apoyaba contra su corazón, proseguía:

—Mira, mira, las siento todas aquí.

—Que tus tiernas caricias me lo confirmen —respondía Franval estrechándola entre sus brazos…

Y el pérfido culminaba así, sin remordimiento alguno, la seducción de aquella infortunada.

Entretanto Eugénie estaba a punto de cumplir catorce años; era la época en que Franval quería consumar su crimen[125]. ¡Temblemos!… Lo hizo.

El día mismo que alcanza ella esa edad, o más bien el día en que los cumplió, encontrándose ambos en el campo, sin parientes ni importunos, el conde, después de haber mandado adornar a su hija ese día como a esas vírgenes que en otro tiempo consagraban en el templo de Venus, la hizo entrar, hacia las once de la mañana, en un salón voluptuoso cuyas luces estaban matizadas por velos y cuyos muebles estaban cubiertos de flores. En el centro se alzaba un trono de rosas; Franval llevó allí a su hija.

—Eugénie —le dijo sentándola en él—, ¡sé hoy la reina de mi corazón y déjame adorarte de rodillas!

—¡Adorarme tú, hermano mío, cuando soy yo quien te debe todo, cuando eres tú quien me ha creado, quien me ha formado!… ¡Ah!, déjame más bien caer a tus plantas: es el único sitio que me corresponde, y el único al que aspiro contigo.

—¡Oh, mi tierna Eugénie! —dijo el conde, colocándose a su lado sobre aquellos escaños de flores que debían servir a su triunfo—, si es cierto que me debes algo, si los sentimientos que me testimonias son tan sinceros como dices, ¿conoces los medios de convencerme?

—¿Y cuáles son, hermano mío? Dímelos ahora mismo para que los ponga en práctica con celo.

—Todos estos encantos, Eugénie, que la naturaleza ha prodigado en ti, todos estos atractivos con que te embellece, has de sacrificármelos ahora mismo.

—Pero ¿qué me pides? ¿No eres tú el dueño de todo? ¿No te pertenece lo que has hecho? ¿Puede algún otro gozar de tu obra?

—Pero conoces los prejuicios de los hombres.

—Tú no me los has ocultado.

—No quiero franquearlos sin tu consentimiento.

—¿No los desprecias como yo?

—Lo admito, pero no quiero ser tu tirano, y mucho menos todavía tu

seductor; quiero conseguir sólo del amor los beneficios que solicito. Ya conoces el mundo, no te he ocultado ninguno de sus atractivos: ocultar los hombres a tus miradas, dejar que sólo me vieses a mí hubiera sido una superchería indigna. Si existe en el universo un ser que prefieras a mí, dime su nombre enseguida: iré a buscarlo al fin del mundo y a traerlo al instante a tus brazos. En una palabra, es tu felicidad lo que quiero, ángel mío, tu felicidad mucho más que la mía; esos dulces placeres que puedes darme nada significarían para mí si no fueran el precio de tu amor. Decide pues, Eugénie, alcanzas el instante de ser inmolada, debes serlo; pero nombra tú misma al sacrificador: renuncio a las voluptuosidades que ese título me otorga si no las obtengo de tu alma; y, siempre digno de tu corazón si no soy el que prefieres, trayéndote a quien puedes adorar habré merecido al menos tu ternura si no he podido cautivar tu corazón, y seré el amigo de Eugénie ya que no he podido convertirme en su amante.

—¡Serás todo, hermano mío, serás todo! —dijo Eugénie, ardiendo de amor y deseos. ¿A quién quieres que me inmole si no es al único que adoro? En el universo, ¿qué ser puede ser más digno que tú de estos débiles atractivos que deseas… y que tus manos ardientes ya recorren con ardor? ¿No ves pues, en el fuego que me abrasa, que tengo tanta urgencia como tú en conocer el placer de que me hablas? ¡Ah, goza, goza!, tierno hermano mío, mi mejor amigo, haz de tu Eugénie tu víctima: inmolada por tus queridas manos, triunfará siempre.

El ardiente Franval que, según el carácter que le conocemos, sólo se había adornado de tanta delicadeza para seducir más sutilmente, no tardó en abusar de la credulidad de su hija, y, apartados todos los obstáculos, tanto por los principios con que había alimentado aquella alma abierta a toda suerte de impresiones, como por el arte con que la cautivó en ese postrer instante, remató su pérfida conquista y se convirtió él mismo impunemente en el destructor de una virginidad cuya defensa le habían confiado la naturaleza y sus títulos.

Pasaron varios días en medio de una mutua ebriedad. Eugénie, en edad de conocer el placer del amor, alentada por sus ideas se entregaba a él con arrebato. Franval le enseñó todos los misterios, le trazó todas las rutas; cuanto más multiplicaba los homenajes, mejor encadenaba a su conquista: ella habría querido recibirlo en mil templos a la vez; acusaba a la imaginación de su amigo de no extraviarse suficientemente; le parecía que le ocultaba algo. Se lamentaba de su edad, y de una ingenuidad que tal vez no la volvía suficientemente seductora; y si deseaba ser más instruida, era para que ningún medio de encender a su amante pudiera resultarle desconocido.

Volvieron a París, pero los criminales placeres con que se había embriagado aquel hombre perverso habían halagado demasiado deliciosamente sus facultades físicas y morales para que la inconstancia que solía desbaratar sus demás intrigas pudiese romper los nudos de aquélla. Se enamoró perdidamente, y de esta peligrosa pasión hubo de nacer de forma inevitable el más cruel abandono de su esposa… ¡Ay, qué víctima! La señora de Franval, que tenía entonces treinta y un años, estaba en la flor de su mayor hermosura; una impresión de tristeza, inevitable por las penas que la consumían, la volvía más interesante aún; bañada en lágrimas, abatida por su melancolía… con sus hermosos cabellos descuidadamente sueltos sobre un pecho de alabastro… amorosamente apretados sus labios sobre el retrato querido de su infiel y de su tirano, se parecía a esas bellas vírgenes que, sumidas en el dolor, pintó Miguel Ángel; sin embargo, aún ignoraba lo que debía completar su tormento. La forma en que se instruía a Eugénie, las cosas esenciales que se le dejaba ignorar, o de las que sólo se le hablaba para hacérselas odiar, la certeza que tenía de que esos deberes, despreciados por Franval, nunca le serían permitidos a su hija, el poco tiempo que se le concedía para ver a la joven, el temor de que la singular educación que le daban entrañase tarde o temprano crímenes, los extravíos, por último, de Franval, su cotidiana dureza con ella (que sólo se preocupaba de adelantarse a sus deseos, que no conocía otros encantos que interesarle o complacerle), ésas eran, por entonces, las únicas causas de su aflicción. ¡Qué dardos dolorosos traspasarían aquella alma tierna e insensible cuando se enterase de todo!

Mientras tanto proseguía la educación de Eugénie; ella misma había decidido seguir con sus maestros hasta los dieciséis años, y sus dotes, sus amplios conocimientos, las gracias que cada día se desarrollaban en ella, todo la encadenaba con más fuerza a Franval: era fácil ver que nunca había amado tanto a nadie como a Eugénie.

En la superficie de la vida de *Mlle.* de Franval no se había alterado nada, salvo el tiempo de las conferencias: estas conversaciones a solas con su padre se renovaban mucho más y se prolongaban hasta muy avanzada la noche. La única aya de Eugénie estaba al tanto de toda la intriga, y tenían suficiente confianza en ella para no temer su indiscreción. También había algunos cambios en las comidas de Eugénie: comía con sus padres. En una casa como la de Franval, esta circunstancia no tardó en poner a Eugénie en condiciones de conocer a gente y de ser deseada por esposa. Fue pedida por varias personas. Sin embargo, seguro del corazón de su hija, y pensando que no debía temer esos intentos, Franval no había considerado debidamente que esa afluencia de proposiciones quizá llegaría a descubrir todo.

En una conversación con su hija, favor tan deseado por *Mme.* de Franval y que tan raras veces conseguía, esta tierna madre informó a Eugénie de que M. de Colunce la quería en matrimonio.

—Ya conocéis a este hombre, hija mía —dijo *Mme.* de Franval—, os ama, es joven, adorable, será rico, sólo espera vuestra decisión… sólo vuestra decisión, hija mía… ¿Cuál ha de ser mi respuesta?

Sorprendida, Eugénie se sonrojó y respondió que aún no sentía ninguna inclinación por el matrimonio; pero que se podía consultar con su padre; que no tendría más voluntades que las suyas. Al no ver nada extraño en esta respuesta, *Mme.* de Franval aguardó unos días; y, hallando por fin la ocasión de hablarle a su marido, le comunicó las intenciones de la familia del joven Colunce, y las que este mismo había testimoniado, uniendo a todo ello la respuesta de su hija. Es fácil imaginar que Franval ya estaba al corriente; pero, disimulando, sin contenerse no obstante del todo, dijo secamente a su esposa:

—Señora, os ruego una vez más que dejéis de ocuparos de Eugénie; por los cuidados que me habéis visto adoptar para alejarla de vos, os habrá sido fácil ver hasta qué punto deseaba que cuanto la concernía no os afectase en absoluto. Os repito mis órdenes sobre este punto…, ¿puedo esperar que no habéis de olvidarlas?

—Pero ¿qué debo responder, señor, ya que se han dirigido a mí?

—Diréis que soy sensible al honor que me hacen, y que mi hija tiene taras de nacimiento que se oponen a los lazos del himeneo.

—Pero, señor, esas taras no son reales; ¿por qué queréis que se las atribuya, y por qué privar a vuestra única hija de la dicha que puede encontrar en el matrimonio?

—¿Os han hecho muy feliz esos lazos, señora?

—No todas las mujeres cometen el error que yo cometí, sin duda, de no conseguir encadenaros (y con un suspiro:) o no todos los maridos se parecen a vos.

—Las mujeres… falsas, celosas, imperiosas, coquetas o mojigatas… los maridos pérfidos, inconstantes, crueles o déspotas, ése es el resumen de todos los individuos de la tierra, señora, no esperéis encontrar un fénix.

—Sin embargo, todo el mundo se casa.

—Sí, los tontos o los que no tienen nada que hacer; nunca se casa uno, dice un filósofo, salvo *cuando no se sabe lo que se hace, o cuando ya no se sabe qué hacer*.

—Entonces, ¿habría que dejar perecer al universo?

—Lo mismo daría; una planta que sólo produce veneno, cuanto antes se extirpe, mejor.

—Eugénie no os agradecerá demasiado este exceso de rigor con ella.

—¿Parece gustarle ese himeneo?

—Vuestras órdenes son leyes para ella, eso ha dicho.

—Pues entonces, señora, mis órdenes son que os olvidéis de ese himeneo.

Y el señor de Franval salió, repitiendo a su esposa las prohibiciones más estrictas de volver a hablarle de aquello.

La señora de Franval no dejó de contar a su madre la conversación que acababa de tener con su marido, y *Mme.* de Farneille, más aguda, más habituada a los efectos de las pasiones que su interesante hija, sospechó de inmediato que en todo aquello había algo poco natural.

Eugénie veía raras veces a su abuela, una hora como mucho, en las ocasiones importantes, y siempre delante de Franval. La señora de Farneille, deseosa de enterarse, hizo rogar a su yerno que le enviase un día a su nieta, y se la dejase toda una tarde, para distraerla, decía, de unos dolores de cabeza que la tenían agobiada; Franval mandó responder agriamente que no había nada que Fiugénie temiese tanto como los vapores, que sin embargo la llevaría donde se la quisiese, pero que no podría quedarse mucho tiempo debido a la obligación en que estaba de llevarla desde allí a un curso de física que seguía asiduamente.

Fueron pues a casa de *Mme.* de Farneille, que no ocultó a su yerno el asombro que le había causado el rechazo del himeneo propuesto.

—Creo que podéis permitir sin ningún temor —prosiguió— que vuestra hija me convenza por sí misma de la tara que, según vos, debe privarla del matrimonio.

—Que esa tara sea real o no, señora —dijo Franval, algo sorprendido por la resolución de su suegra—, lo cierto es que me costaría muy caro casar a mí hija, y que aún soy demasiado joven para aceptar semejantes sacrificios; cuando ella cumpla los veinticinco años, obrará como bien le parezca; que no se cuente conmigo hasta esa época.

—¿Y vuestros sentimientos son los mismos, Eugénie? —dijo *Mme.* de Farneille.

—Difieren algo, señora —dijo *Mlle.* de Franval con mucha firmeza—; mi padre me permite casarme a los veinticinco años, pero os aseguro a vos, señora, y a él, que no he de aprovechar en toda mi vida un permiso… que, según mi forma de pensar, sólo contribuiría a la desgracia de mi vida.

—A vuestra edad, señorita, no se tiene forma de pensar —dijo *Mme.* de Farneille—, y en todo esto hay algo fuera de lo normal y que me veré obligada a descubrir.

—Os exhorto a hacerlo, señora —dijo Franval, llevándose a su hija—; haréis muy bien, incluso, en utilizar a vuestro clero para descubrir la clave del enigma, y cuando todos vuestros poderes hayan actuado con mucha habilidad, cuando por Fin estéis informada, ya me diréis si estoy equivocado o si tengo razón para oponerme al matrimonio de Eugénie.

El sarcasmo contra los consejeros eclesiásticos de la suegra de Franval tenía por blanco un personaje respetable, que conviene dar a conocer, ya que la serie de acontecimientos pronto ha de mostrarlo en acción.

Se trataba del director espiritual de *Mme.* de Farneille y de su hija… uno de los hombres más virtuosos que hubiese en Francia; honrado, bienhechor, lleno de candor y de prudencia, M. de Clervil, muy lejos de todos los vicios de su hábito, no tenía más que cualidades dulces y útiles. Sostén firme del pobre, amigo sincero del opulento, consuelo de los infortunados, este digno hombre reunía todos los dones que hacen encantador a un individuo, junto con todas las virtudes que conforman al hombre sensible.

Clervil, consultado, respondió como hombre sensato que, antes de tomar cualquier decisión sobre el asunto, había que desentrañar las razones de M. de Franval para oponerse al matrimonio de su hija; y aunque *Mme.* de Farneille soltase ciertas indirectas idóneas para hacer sospechar la intriga, que por desgracia

no era sino muy cierta, el prudente director espiritual rechazó esas ideas y, encontrándolas demasiado ultrajantes tanto para *Mme.* de Franval como para su marido, siempre se negó a admitirlas indignado.

—No hay nada tan lastimoso como el crimen, señora —decía algunas veces este hombre honrado—, y es muy poco verosímil suponer que una persona cuerda franquee voluntariamente todos los diques del pudor y todos los frenos de la virtud que sólo con la repugnancia más extrema estoy dispuesto a atribuir a alguien semejantes horrores; no nos dejemos arrastrar por las sospechas del vicio; a menudo son obra de nuestro amor propio, y casi siempre fruto de una comparación sorda que hacemos en el fondo de nuestra alma; nos apresuramos a admitir el mal para tener derecho a sentirnos mejores. Pensándolo bien, señora, tal vez fuera preferible no descubrir nunca un error secreto antes que suponerlo, con una precipitación imperdonable, ilusorio, mancillando así, a nuestros propios ojos, a personas que nunca han cometido otras faltas que las que les ha prestado nuestro orgullo. ¿No andaría todo mejor con este principio? ¿No es infinitamente menos necesario castigar un crimen que esencial impedir al crimen propagarse? Dejándolo en la oscuridad que busca, ¿no queda como anulado? El escándalo es seguro propalándolo, el relato que de él se hace despierta las pasiones de quienes se sienten inclinados al mismo género de delitos; la inseparable ceguera del crimen halaga la esperanza que tiene el culpable de ser más feliz que quien acaba de ser reconocido; no es una lección lo que se le ha dado, es un consejo, y se entrega a excesos a los que tal vez nunca se hubiera atrevido de no ser por ese imprudente eco… falsamente tomado como justicia… y que no es sino rigor mal concebido, o vanidad disfrazada.

Así pues, en ese comité, no se tomó otra resolución que verificar con exactitud las razones del alejamiento de Franval por el matrimonio de su hija y las causas que hacían a Eugénie compartir esa misma manera de pensar: se decidió no emprender nada mientras estos motivos no fuesen descubiertos.

—Y bien, Eugénie —dijo Franval por la noche a su hija—, ya lo ves, quieren separarnos; ¿lo conseguirán, niña mía?… ¿Lograrán romper los lazos más dulces de mi vida?

—Jamás…, jamás, no lo temas, mi más dulce amigo; esos lazos que te deleitan son tan preciosos para mí como para ti; no me has engañado, al formarlos me has hecho ver hasta qué punto chocaban con nuestras costumbres; y sin miedo alguno por franquear unas costumbres que, variando según el clima, no pueden tener nada de sagrado, he querido por mí misma esos lazos y los he tejido sin

remordimientos: no temas pues que los rompa.

—¡Ay!, ¿quién sabe?… Colunce es más joven que yo… Tiene todo lo necesario para encantarte: no escuches, Eugénie, un resto de extravío que sin duda te ciega; la edad y la luz de la razón, disipando el prestigio, no tardarán en producir remordimientos, tú los depositarás en mi seno, ¡y yo no me perdonaré haberlos hecho nacer!

—No —prosiguió con firmeza Eugénie—, no, estoy decidida a amarte sólo a ti; me sentiría la más desdichada de las mujeres si tuviera que tomar esposo… ¡Yo! —prosiguió con calor—, ¡yo unirme a un extraño que, no teniendo como tú dobles motivos para amarme, a lo sumo pondría sus deseos a la altura de sus sentimientos!… Abandonada, despreciada por él, ¿qué sería de mí luego? ¿Me convertiría en mojigata, en devota, en puta? ¡Eh, no, no! Antes prefiero ser tu amante, amigo mío. Sí, te prefiero cien veces a verme obligada a representar en el mundo uno u otro de esos infames papeles… Pero ¿cuál es la causa de todo este enredo? —proseguía Eugénie con acritud—… ¿La conoces, amigo mío? ¿Cuál es?… ¿Tu mujer?… Sólo ella… sus implacables celos… No lo dudes, ésos son los únicos motivos de las desgracias que nos amenazan… Ah, no la critico: todo es sencillo, todo es comprensible… una haría cualquier cosa por conservarte. ¿Qué no intentaría yo si estuviese en su lugar y quisieran robarme tu corazón?[126]

Franval, sorprendentemente emocionado, besa mil veces a su hija; y ésta, más alentada por estas criminales caricias que desarrollaban su alma atroz con mayor energía, se atrevió a decir a su padre, con imperdonable impudor, que la única forma de verse menos observados uno y otra era conseguir un amante para su madre. El proyecto divirtió a Franval; pero mucho más perverso que su hija, y con el deseo de preparar imperceptiblemente aquel joven corazón a todas las impresiones de odio que deseaba sembrar en él contra su mujer, respondió que esa venganza le parecía demasiado dulce, que había muchos otros medios de hacer desgraciada a una mujer cuando molestaba a su marido.

Así transcurrieron varias semanas, y en ese tiempo Franval y su hija se decidieron finalmente por el primer plan ideado para desesperación de la virtuosa esposa de aquel monstruo, creyendo, con razón, que antes de llegar a procedimientos más indignos, había que probar por lo menos el de un amante que podría proporcionar no sólo materia a todos los otros, sino que, si triunfaba, obligaría necesariamente a *Mme.* de Franval a no ocuparse tanto de los errores de los demás, puesto que ella misma los tendría igual de demostrados. Para poner en práctica el proyecto, Franval pensó en todos los jóvenes que conocía; y después de

haber reflexionado mucho, sólo Valmont[127] le pareció el adecuado para servirle.

Valmont tenía treinta años, una Figura encantadora, inteligencia, mucha imaginación, ni un solo principio y, por consiguiente, era idóneo para cumplir el papel que iba a ofrecérsele. Franval lo invita un día a cenar y, llevándoselo aparte al levantarse de la mesa, le dice:

—Amigo mío, siempre te he creído digno de mí; ha llegado el momento de demostrarme que no me he equivocado: exijo una prueba de tus sentimientos… pero una prueba muy extraordinaria.

—¿De qué se trata? ¡Explícate, querido amigo, y no dudes nunca de mi celo por serte útil!

—¿Qué te parece mi mujer?

—Deliciosa; y si tú no fueras su marido, hace mucho que yo sería su amante.

—Esta consideración es muy delicada, Valmont, pero no me afecta.

—¿Cómo?

—Voy a sorprenderte… precisamente porque me quieres… precisamente porque soy el esposo de *Mme.* de Franval, exijo de ti que te conviertas en su amante.

—¿Estás loco?

—No, soy fantasioso… caprichoso, hace mucho que me conoces en esc tono… quiero forzar una caída de la virtud, y pretendo que seas tú quien la pilles en la trampa.

—¡Vaya extravagancia!

—Nada de eso, es una obra maestra de la razón.

—¿Cómo? ¿Quieres que yo te haga…?

—Sí, lo quiero, lo exijo, y dejo de considerarte amigo mío si me niegas este favor… yo te ayudaré… te proporcionaré los momentos… los multiplicaré… tú los aprovecharás; y cuando yo esté totalmente seguro de mi suerte, me echaré a tus

plantas, si es preciso, para darte las gracias por tu complacencia.

—Franval, a mí no me engañas; detrás de esto hay algo raro… No haré nada sin estar al corriente de todo.

—Sí… pero te considero algo escrupuloso, y aún no te creo con suficiente fuerza de ánimo para ser capaz de comprender el desarrollo de todo esto… Todavía los prejuicios… el espíritu caballeresco, te apuesto lo que quieras… temblarás como un niño cuando te lo haya contado todo, y entonces no querrás hacer nada.

—¿Yo temblar?… Lamento realmente tu forma de juzgarme; has de saber, querido, que no hay extravío en el mundo…, no, ni uno solo, por más irregular que pueda ser, capaz de alarmar un instante mi corazón.

—Valmont, ¿te has fijado alguna vez en Eugénie?

—¿Tu hija?

—O mi amante, si lo prefieres.

—¡Ah, malvado, te comprendo!

—Es la primera vez en la vida que me pareces penetrante.

—¿Cómo? Por mi honor, ¿amas a tu hija?

—Sí, amigo mío, lo mismo que Lot[128]; siempre he sentido mucho respeto por los libros sagrados, ¡y siempre he estado convencido de que el modo de ganar el cielo consiste en imitar a sus héroes!… ¡Ay, amigo mío, la locura de Pigmalión[129] no me sorprende!… ¿No está acaso el universo lleno de estas flaquezas? ¿No hubo que empezar por ahí para poblar el mundo? Y lo que entonces no era un mal, ¿puede serlo ahora? ¡Qué extravagancia! ¿No ha de poder tentarme una persona hermosa porque yo habría cometido el error de traerla al mundo? Lo que debe unirme más íntimamente a ella, ¿se convertiría en la razón que me alejase de ella? Porque se me parecería, porque habría salido de mi sangre, es decir, porque reuniría todas las razones que pueden cimentar el amor más ardiente, ¿habría de verla con ojos fríos?… ¡Ah, cuántos sofismas… qué absurdo! Dejemos a los necios esos ridículos frenos, no están hechos para almas como las nuestras; el imperio de la belleza, los santos derechos del amor, no conocen las fútiles convenciones humanas; su ascendiente las aniquila del mismo modo que los rayos del astro del

día purifican el seno de la tierra de las nieblas que la cubren de noche. Pisoteemos estos atroces prejuicios, siempre enemigos de la felicidad; si alguna vez sedujeron a la razón, siempre fue a expensas de los goces más halagüeños… ¡Que siempre sean despreciados por nosotros!

—Me convences —respondió Valmont— y no me cuesta reconocer fácilmente que tu Eugénie debe de ser una amante deliciosa; belleza mucho más vivaz que su madre, si es que no posee, como tu mujer, esa languidez que se apodera del alma con tanta voluptuosidad, tiene eso excitante que nos domina, que parece, en una palabra, subyugar todo lo que quisiera resistírsele; si la una tiene el aire de ceder, la otra exige; lo que la una permite, la otra lo ofrece; y me imagino que ha de ser mucho más delicioso.

—Pero no es Eugénie la que te cedo, sino su madre.

—¡Eh! ¿Qué razón te mueve a proceder así?

—Mi mujer es celosa, me molesta, me vigila; quiere casar a Eugénie: es necesario que le haga cometer culpas para que yo pueda cubrir las mías, es preciso que la consigas… que te diviertas con ella un tiempo… que luego la traiciones… que yo te sorprenda entre sus brazos… que la castigue, o que, por medio de ese descubrimiento, yo compre la paz de una y otra parte en nuestros mutuos errores… pero nada de amor. Valmont, sangre fría, encadénala, y no te dejes dominar por ella; si se meten por medio los sentimientos, mis proyectos se van al diablo.

—No temas nada, sería la primera mujer a la que hubiera animado mi corazón.

Así pues, nuestros dos malvados concertaron sus planes y se acordó que, dentro de pocos días, Valmont galantearía a *Mme.* de Franval con permiso absoluto para emplear cuanto quisiera con vistas al éxito… incluso la confesión de los amores de Franval como el medio más poderoso para decidir a esa honesta mujer a la venganza.

A Eugénie, a quien fue confiado el proyecto, le pareció enormemente divertido; la infame criatura llegó a decir que si Valmont triunfaba, para que su felicidad fuese tan completa como podía serlo, ella misma tendría que asegurarse por sus propios ojos de la caída de su madre, y sería preciso que pudiese ver a esa heroína de la virtud cediendo de manera indiscutible a los atractivos de un placer

que condenaba con tanto rigor.

Llega por fin el día en que la más prudente y más desdichada de las mujeres va no sólo a recibir el golpe más penoso que pueda dársele, sino en que va a ser lo bastante ultrajada por su horrible esposo como para ser abandonada… entregada por él mismo a aquel por quien consiente en ser deshonrado… ¡Qué delirio!… ¡Qué desprecio de todos los principios, y por qué vías puede crear la naturaleza corazones tan depravados como éstos!… Algunas conversaciones preliminares habían preparado aquella escena; además, Valmont estaba lo bastante unido a Franval para que su mujer, a quien ya le había sucedido esto sin riesgo, pudiera sospechar alguno en quedarse a solas con él. Los tres estaban en el salón, Franval se levanta.

—Me marcho —dijo—, un asunto importante me llama… Es, señora, dejaros con vuestra aya —añadió riendo— dejaros con Valmont; es tan prudente… pero si se propasa, decídmelo, aún no le aprecio tanto como para cederle mis derechos…

Y el impúdico se va.

Después de algunas frases habituales, nacidas de la broma de Franval, Valmont dice que encuentra a su amigo cambiado desde hace seis meses.

—No me he atrevido a preguntarle la razón —continuó—, pero parece tener preocupaciones.

—Lo que sí es totalmente seguro —respondió *Mme.* de Franval— es que las causa enormes a los demás.

—¡Oh, cielo!, ¿qué me decís? ¿Es posible que mi amigo os haya tratado mal?

—¡Si sólo fuera eso!

—Informadme, por favor; ya conocéis mi celo…, mi inviolable devoción.

—Una serie de desórdenes horribles… una corrupción de costumbres, agravios, en fin, de todas clases… ¿podéis creerlo? Nos proponen para su hija el matrimonio más ventajoso… y no lo quiere.

Yaquí, el astuto Valmont vuelve la vista con aire de hombre que comprende… que gime interiormente… y que teme explicarse.

—¡Cómo, señor! —prosigue *Mme.* de Franval—, ¿no os sorprende lo que os digo? Vuestro silencio es muy singular.

—¡Ay, señora! ¿No es mejor callarse que hablar y provocar la desesperación de la persona que uno ama?

—¿Qué enigma es éste? Explicadlo, os lo ruego.

—¿Cómo queréis que no me estremezca ante la idea de abriros los ojos? —dice Valmont cogiendo tiernamente una de las manos de aquella interesante mujer.

—¡Oh, señor! —prosigue *Mme.* de Franval muy animada—. O no decís una palabra más, o exijo que os expliquéis… Es horrible el estado en que me tenéis.

—Quizá menos que el estado al que vos me reducís —dijo Valmont, dejando caer sobre la que intenta seducir unas miradas encendidas de pasión.

—Pero ¿qué significa todo esto, señor? Empezáis por alarmarme, me hacéis desear una explicación, osando luego hacerme escuchar cosas que ni debo ni puedo tolerar, me quitáis los medios de saber de vos lo que me desasosiega cruelmente. Hablad, señor, hablad, o vais a sumirme en la desesperación.

—Entonces seré menos oscuro, ya que lo exigís, señora, y aunque me cueste desgarrar vuestro corazón… sabed la razón cruel que fundamenta la negativa que vuestro esposo ha dado a M. de Colunce… Eugénie…

—¡Seguid!

—Pues bien, señora, Franval la adora; menos padre que amante en la actualidad, preferiría renunciar a la vida antes que ceder a Eugénie.

La señora de Franval no oyó esta fatal aclaración sin que una revolución le hiciera perder el uso de los sentidos; Valmont se apresura a socorrerla; y en cuanto lo hubo conseguido, continúa:

—Ya veis, señora, lo que cuesta la confesión que habéis exigido… No quisiera por nada del mundo…

—Dejadme, señor, dejadme —dice *Mme.* de Franval, en un estado difícil de describir—, después de sacudidas tan violentas necesito estar un instante a solas.

—¿Y querríais que os dejase en esta situación? ¡Ah!, mi alma siente con tanta intensidad vuestros dolores que no puedo dejar de pediros permiso para compartirlos; yo he abierto la llaga, dejadme curarla.

—Franval enamorado de su hija, ¡santo cielo! ¡Esa criatura que yo he llevado en mi seno es la que lo desgarra con tanta atrocidad!… Un crimen tan espantoso…, ¡ah!, señor, ¿es posible?… ¿Estáis totalmente seguro?

—Si todavía me quedase alguna duda, señora, habría guardado silencio; hubiera preferido cien veces no deciros nada antes que alarmaros en vano; es de vuestro propio esposo de quien tengo la certeza de semejante infamia, él me ha hecho esa confidencia; sea lo que fuere, un poco de calma, os lo suplico; ahora ocupémonos de los medios para romper esa intriga antes que de los de esclarecerla; y esos medios están sólo en vos…

—¡Ah, mostrádmelos ahora mismo!… Ese crimen me horroriza.

—Un marido del carácter de Franval, señora, no se reconquista mediante la virtud; vuestro esposo cree poco en la prudencia de las mujeres; fruto de su orgullo o de su temperamento, pretende que lo que hacen para conservarnos es mucho más para satisfacción de ellas mismas que para agradarnos o encadenarnos… Perdón, señora, pero no os ocultaré que, sobre ese punto, pienso bastante como él; nunca he visto que una mujer consiga destruir con virtudes los vicios de su esposo; un comportamiento más o menos semejante al de Franval le lastimaría mucho más, y os lo devolvería más fácilmente; los celos serían su consecuencia segura, ¡y cuántos corazones no han sido devueltos al amor por ese medio siempre infalible! Al ver entonces vuestro marido que esa virtud a la que está acostumbrado, y que tiene el impudor de despreciar, es obra de la reflexión más que de la indiferencia o de los órganos, aprenderá realmente a estimarla en vos en el momento en que os crea capaz de faltar a ella… Imagina… se atreve a decir que si nunca habéis tenido amantes es porque nunca habéis sido atacada; probadle que sólo de vos depende serlo… sólo de vos vengar sus agravios y sus desprecios; quizá, según vuestros rigurosos principios, hayáis cometido un pequeño mal, ¡pero cuántos males habréis evitado! ¡A qué esposo habréis convertido! Y por un leve ultraje a la diosa que reverenciáis, ¿qué sectario no habríais devuelto a su templo? Ah, señora, sólo apelo a vuestra razón. Con el comportamiento que me atrevo a ordenaros, recuperáis para siempre a Franval, lo convertís eternamente en vuestro cautivo; él os rehuye con un comportamiento contrario, escapa para no volver más; sí, señora, me atrevo a afirmar que, o no amáis a vuestro esposo, o no debéis seguir dudando.

La señora de Franval, muy sorprendida por este discurso, permaneció un rato sin responder; tomando luego la palabra, recordando las miradas de Valmont y sus primeras frases, dijo con astucia:

—Señor, suponiendo que cediese a los consejos que me dais, ¿en quién pensáis que debo poner los ojos para inquietar más a mi marido?

—¡Ah! —exclamó Valmont, sin ver la trampa que le tendían—, querida y divina amiga… en el hombre que más os ama de todo el universo, en aquel que os adora desde que os conoce, y que jura a vuestros pies morir bajo vuestras leyes…

—¡Fuera, señor, fuera de aquí! —dijo entonces imperiosamente *Mme.* de Franval—, ¡y no volváis a presentaros nunca ante mi vista! Vuestra treta ha quedado al descubierto; atribuís a mi marido culpas… que es incapaz de cometer, sólo para afianzar mejor vuestras pérfidas seducciones; sabed que, aunque fuese culpable, los medios que me ofrecéis repugnarían demasiado a mi corazón para que yo los empleara un solo instante; los errores de un esposo nunca legitiman los de una mujer; han de convertirse para ella en motivos de prudencia, a fin de que el justo al que el Eterno encuentre en las ciudades afligidas y prestas a sufrir los efectos de su cólera pueda apartar de su seno, si es posible, las llamas que van a devorarlas.

La señora de Franval salió tras estas palabras y, llamando a los lacayos de Valmont, le obligó a retirarse… sumamente avergonzado de sus primeros intentos.

Aunque esta interesante mujer se hubiera percatado de las estratagemas del amigo de Franval, concordaban tan bien sus palabras con sus temores y los de su madre que decidió hacer cuanto estuviera a su alcance para convencerse de aquellas crueles verdades. Va a ver a *Mme.* de Farneille, le cuenta lo que ha ocurrido y vuelve decidida a dar los pasos que vamos a verla emprender.

Hace mucho tiempo se dijo, y con toda razón, que no teníamos mayores enemigos que nuestros propios criados; siempre celosos, siempre envidiosos, parece que buscan aliviar sus cadenas desarrollando defectos que, colocándonos entonces por debajo de ellos, permiten al menos a su vanidad, por unos instantes, la preponderancia sobre nosotros que el destino les ha quitado.

La señora de Franval hizo sobornar a una de las doncellas de Eugénie: un retiro seguro, un porvenir agradable, la apariencia de una buena acción, todo decide a esta criatura, y se compromete a poner a *Mme.* de Franval, la noche

siguiente, en situación tal que no le quede duda alguna de sus desdichas.

Llega el momento. La desgraciada madre es introducida en un gabinete contiguo al aposento donde su pérfido esposo ultraja cada noche tanto sus vínculos como al cielo. Eugénie está con su padre; varias velas permanecen encendidas sobre una rinconera, van a encargarse de alumbrar el crimen… el altar está preparado, la víctima se coloca en él, el sacrificador la sigue… A *Mme.* de Franval sólo la sostienen su desesperación, su amor irritado, su valor… rompe las puertas que la retienen, se precipita en el aposento y allí, cayendo de rodillas y llorando a los pies de aquellos incestuosos, exclama dirigiéndose a Franval:

—¡Oh, vos, que sois la desgracia de mi vida! Vos, de quien no he merecido semejantes tratos… vos, a quien todavía adoro, sean cuales fueren los agravios que de vos recibo, ved mis lágrimas… ¡y no me rechacéis! Os pido gracia para esta desdichada que, engañada por su debilidad y vuestras seducciones, cree encontrar la dicha en el seno del impudor y del crimen… Eugénie, Eugénie, ¿quieres hundir el acero en el seno que te dio la luz? ¡Deja de ser cómplice por más tiempo de una perversidad cuyo horror se te oculta!… Ven… corre… ¡mira mis brazos dispuestos a recibirte! ¡Mira a tu desgraciada madre a tus plantas suplicándote que no ultrajes a la vez el honor y la naturaleza!… Mas si uno y otra me rechazáis —prosigue esta mujer desolada, poniéndose un puñal sobre el corazón—, ésta es la manera en que voy a escapar de las infamias con que pretendéis cubrirme; haré que mi sangre salte hasta vosotros y no podréis consumar vuestros crímenes sino sobre mi triste cuerpo.

Que el alma endurecida de Franval pudiera resistir este espectáculo, lo creerán fácilmente quienes empiezan a conocer a este malvado; pero que la de Eugénie no se rindiese, eso sí que es inconcebible.

—Señora —dijo aquella hija corrompida, con la frialdad más cruel—, confieso que no veo relación entre vuestra razón y el ridículo escándalo que venís a armar a casa de vuestro marido. ¿No es dueño de sus actos? Y si él aprueba los míos, ¿tenéis algún derecho a condenarlos? Examinemos vuestros despropósitos con M. de Valmont. ¿Estorbamos nosotros vuestros placeres? Dignaos pues respetar los nuestros, o de lo contrario no ha de sorprenderos que yo sea la primera en instar a vuestro esposo a que adopte medidas que puedan obligaros a respetarlos…

En este momento, la paciencia se le agota a *Mme.* de Franval; toda su cólera se vuelve contra la indigna criatura capaz de mostrarse tan insolente como para

hablarle así; y, levantándose llena de ira, se abalanza sobre ella… Pero el odioso, el cruel Franval, agarrando a su mujer por los pelos, la arrastra furioso lejos de su hija y del cuarto; y tirándola enérgicamente escaleras abajo, la hace caer desvanecida y ensangrentada hasta el umbral de la puerta de una de sus doncellas, la cual, despertada por el horrible ruido, sustrae a toda prisa a su ama de la furia de su tirano, que ya ha bajado para rematar a su desdichada víctima…

Ésta se encuentra en sus aposentos, la encierran en ellos, la cuidan, y el monstruo que acababa de tratarla con tanta rabia vuela de nuevo junto a su detestable compañera para pasar la noche tan tranquilamente como si no se hubiera rebajado a un nivel inferior al de las bestias más feroces mediante esos atentados tan execrables, tan propios para envilecerle… tan horribles, en una palabra, que nos ruboriza la necesidad en que nos vemos de revelarlos.

No había ya ilusiones para la desdichada Franval; tampoco le quedaba ninguna que pudiera serle permitida; era demasiado evidente que el corazón de su esposo, es decir, el bien más dulce de su vida, le había sido robado… ¿y por quién? Por la misma que le debía el mayor respeto… y que acababa de dirigirle la palabra con la mayor insolencia. También había sospechado que toda la aventura de Valmont no era más que una detestable trampa rendida para hacerle cometer errores, si era posible, y, en caso contrario, para atribuírselos, para cubridla de ellos a fin de compensar y legitimar así los errores mil veces más graves que osaban cometer contra ella.

Nada era más cierto. Franval, informado del fracaso de Valmont, le había instado a suplantar la verdad por la impostura y la indiscreción… a proclamar en voz alta que era amante de *Mme.* de Franval; *y* ambos decidieron falsificar unas cartas abominables que dejarían sentada, de la manera menos equívoca, la existencia del trato carnal al que, sin embargo, la desdichada esposa se había negado a prestarse.

Entretanto, desesperada, herida incluso en diversas partes de su cuerpo, *Mme.* de Franval cayó seriamente enferma; y su bárbaro esposo, negándose a verla, no dignándose siquiera en informarse de su estado, partió con Eugénie para el campo so pretexto de que, habiendo fiebre en su casa, no quería exponer a su hija.

Valmont se presentó varias veces a la puerta de *Mme.* de Franval durante su enfermedad, pero sin que se le recibiera ni una vez; encerrada con su tierna madre y con M. de Clervil, no vio absolutamente a nadie; consolada por unos amigos tan queridos, tan dignos de tener derechos sobre ella, y devuelta a la vida por sus

cuidados, al cabo de cuarenta días se encontró en condiciones de recibir visitas. Franval regresó entonces con su hija a París, y todo se concertó con Valmont para conseguir armas capaces de contrarrestar las que parecía que *Mme.* de Franval y sus amigos iban a apuntar contra ellos.

Nuestro malvado apareció en los aposentos de su esposa en cuanto la creyó en condiciones de recibirle.

—Señora —le dice fríamente—, no debéis dudar del interés que me he tomado por vuestra salud; me resulta imposible ocultaros que sólo ese interés es la causa de la contención de Eugénie; estaba decidida a presentar contra vos las denuncias más enérgicas por la forma en que la habéis tratado; por muy convencida que pueda estar del respeto que una hija debe a su madre, no ignora sin embargo que esa madre se coloca en la peor de las situaciones abalanzándose sobre su hija puñal en mano; un impulso de esa especie, señora, podría, abriendo los ojos del gobierno sobre vuestro proceder, perjudicar un día de manera infalible vuestra libertad y vuestro honor.

—No me esperaba yo esa recriminación, señor —responde *Mme.* de Franval—; y cuando, seducida por vos, mi hija se vuelve culpable al mismo tiempo de incesto, de adulterio, de libertinaje y de la ingratitud más odiosa hacia quien la trajo al mundo… sí, lo confieso, no imaginaba que, tras esa complicada trama de horrores, fuese yo quien debiera temer acusaciones: ¡se necesita toda vuestra astucia, toda vuestra maldad, señor, para, disculpando el crimen con tanta audacia, acusar a la inocencia!

—No ignoro, señora, que los pretextos para vuestra escena fueron las odiosas sospechas que os atrevéis a albergar sobre mí; pero unas quimeras no legitiman los crímenes: lo que habéis pensado es falso; lo que habéis hecho no es por desgracia sino demasiado real. Os asombráis ante los reproches que os ha dirigido mi hija a propósito de vuestros amoríos con Valmont; pero, señora, ella descubre las irregularidades de vuestra conducta después de todo París: el enredo es tan conocido… y las pruebas, por desgracia, tan contundentes, que quienes os hablan de ello cometen a lo sumo una imprudencia, pero no una calumnia.

—¿Yo, señor?… —dice esa respetable esposa levantándose indignada—, ¿yo, amoríos con Valmont? ¡Justo cielo! ¡Y sois vos quien lo decís! (Y en medio de un mar de lágrimas). ¡Ingrato! ¡Éste es el precio de mi cariño… ésta la recompensa por haberte amado tanto! No estás satisfecho con ultrajarme tan cruelmente, no te basta con seducir a mi propia hija; es preciso, además, que te atrevas a legitimar tus

crímenes atribuyéndome los que para mí serían más espantosos que la muerte… (Y sobreponiéndose). Si tenéis pruebas de ese enredo, señor, decidlas, mostradlas, exijo que se publiquen, os obligaré a presentarlas ante todo el mundo si os negáis a enseñármelas.

—No, señora, no las enseñaré a todo el mundo, por lo general no suele ser el marido quien hace público este tipo de cosas; se duele por ellas y las oculta lo mejor que puede; mas si lo exigís, señora, a vos no os las negaré desde luego… (Y sacando entonces una cartera de su bolsillo). Sentaos —dice—, esto hay que verificarlo con calma; el enfado y los arrebatos sólo serán perjudiciales y no lograrán convencerme; tranquilizaos, por favor, y discutamos esto con sangre fría.

La señora de Franval, perfectamente convencida de su inocencia, no sabía qué pensar de aquellos preliminares; y la sorpresa, mezclada de espanto, la mantenía en una situación violenta.

—Ante todo, señora —dijo Franval, vaciando uno de los lados de la cartera—, aquí está toda vuestra correspondencia con Valmont desde hace aproximadamente seis meses; no acuséis a ese joven de imprudencia o de indiscreción; sin duda es demasiado honesto para atreverse a faltaros hasta ese punto. Pero uno de sus sirvientes, más taimado de lo que Valmont es cuidadoso, ha encontrado el secreto de facilitarme estos monumentos preciosos de vuestra extrema prudencia y de vuestra eminente virtud. (Luego, hojeando las cartas que diseminaba sobre la mesa). Permitidme —continuó— que entre toda esta palabrería vulgar de una mujer fogosa… por un hombre muy amable… elija una que me ha parecido más ligera y más decisiva todavía que las otras… Es ésta, señora:

Mi aburrido esposo cena esta noche en su petite-maison[130] *de las afueras con esa criatura espantosa… y que es imposible que yo haya traído al mundo: venid, querido, a consolarme de todos los sinsabores que me causan esos dos monstruos… ¿Qué digo? ¿No es el mayor servicio que pueden prestarme ahora, y no impedirán esos amoríos que mi marido se dé cuenta de los nuestros? Entonces, que estreche cuanto quiera esos lazos; pero que nunca se le ocurra intentar romper los que me unen al único hombre al que verdaderamente he adorado en el mundo.*

—¿Qué tenéis que decir, señora?

—Pues que os admiro, señor —respondió *Mme.* de Franval—, cada día acrecienta la increíble estima que estáis hecho para merecer; y a las grandes dotes

que hasta ahora os reconocí, confieso que no conocía también las de falsario y calumniador.

—¡Ah! ¿Negáis entonces?

—En absoluto; no deseo otra cosa que ser convencida; haremos nombrar jueces… expertos; y, si os parece bien, ¡pediremos la pena más rigurosa para quien sea culpable de nosotros dos!

—Eso es lo que se llama desvergüenza: vamos, prefiero esto al dolor… prosigamos. Que tengáis un amante, señora —dijo Franval sacudiendo la otra parte de la cartera— de linda figura y un *aburrido esposo*, no es desde luego nada extraordinario; pero que a vuestra edad mantengáis a ese amante, y a mi costa, es lo que me permitiréis que no me parezca tan sencillo… Sin embargo, aquí tenéis cien mil escudos en facturas, o pagados por vos o liquidados por vuestra mano a favor de Valmont; dignaos echarles una ojeada, os lo ruego —añadió aquel monstruo presentándolas sin dejárselas tocar…

A Zaide, joyero

Liquidada la presente factura por la suma de veintidós mil libras por cuenta de M. de Valmont, por acuerdo con él.

FARNEILLE DE FRANVAL

—*A Jamet, comerciante de caballos, seis mil libras…* Es ese tronco bayo oscuro que hace hoy día las delicias de Valmont y la admiración de todo París… Sí, señora, y aquí tenéis otras *trescientas mil doscientas ochenta y tres libras y diez sueldos*, de las que todavía debéis más de un tercio, y cuyo resto habéis pagado muy lealmente… ¿Qué tenéis que decir, señora?

—¡Ah, señor, ese fraude es demasiado grosero para causarme la más leve inquietud!; sólo exijo una cosa para confundir a los que maquinan contra mí… que las personas a las que, según dicen, yo he pagado esas facturas comparezcan, y que presten juramento de que he tenido trato con ellos.

—Lo harán, señora, no lo dudéis; ¿me habrían advertido de vuestra conducta si no estuvieran decididos a sostener lo que han declarado? Uno de ellos debía incluso, sin intervención mía, citaros judicialmente hoy mismo…

Amargas lágrimas brotan entonces de los bellos ojos de aquella desdichada

mujer; su valor deja de sostenerla, cae en un acceso de desesperación mezclado a síntomas espantosos, se golpea la cabeza contra los mármoles que la rodean y se lastima el rostro.

—Señor —exclama arrojándose a los pies de su esposo—, ¡dignaos deshaceros de mí, os lo suplico, por medios más rápidos y menos espantosos! Ya que mi existencia estorba vuestros crímenes, aniquiladla de un solo golpe… no me hundáis tan lentamente en la tumba… ¿Soy culpable de haberos amado?… ¿De haberme rebelado contra la que me robaba tan cruelmente vuestro corazón?… Pues entonces, ¡castígame por ello, bárbaro! Sí, coge ese hierro —dice abalanzándose sobre la espada de su marido—, cógelo, te digo, y traspásame el seno sin piedad; pero que al menos muera digna de tu estima, que me lleve a la tumba, por único consuelo, la certeza de que me crees capaz de las infamias de que me acusas… sólo para encubrir las tuyas…

Y estaba de rodillas, derribada a los pies de Franval, con las manos sangrantes y heridas por el desnudo hierro que se esforzaba por coger para desgarrar su seno. Aquel bello seno estaba descubierto, sus cabellos en desorden caían sobre él, inundándolo con lágrimas que derramaba a torrentes; nunca el dolor tuvo más patetismo ni mayor expresividad, nunca se le había visto bajo los detalles más conmovedores, más interesantes y más nobles…

—No, señora —dice Franval, oponiéndose a su movimiento—, no, no es vuestra muerte lo que se pretende, sino vuestro castigo; concibo vuestro arrepentimiento, vuestras lágrimas no me asombran, estáis furiosa por haber sido descubierta; me agrada ver en vos estas disposiciones que permiten augurar una enmienda… que sin duda precipitará la suerte a la que os destino, y que vuelo a prepararos.

—¡Detente, Franval! —exclama aquella desdichada—, no divulgues tu deshonor, no informes tú mismo al público de que eres a un tiempo perjurio, falsario, incestuoso y calumniador… Quieres deshacerte de mí, huiré, iré en busca de algún asilo donde hasta tu recuerdo escape a mi memoria… serás libre, serás criminal impunemente… Sí, te olvidaré… si puedo, cruel, o si tu desgarradora imagen no consigue borrarse de mi corazón, si me persigue incluso hasta mi profunda oscuridad… no la aniquilaré, pérfido, ese esfuerzo sería superior a mí; no, no la aniquilaré, sino que me castigaré por mi ceguera y sepultaré desde entonces, en el horror de las tumbas, el altar culpable en el que fuiste demasiado adorado…

Tras estas palabras, últimos arrebatos de un alma abrumada por una enfermedad reciente, la desdichada se desmayó y cayó sin conocimiento. Las frías sombras de la muerte se extendieron sobre las rosas de aquella hermosa tez, ya marchitadas por el aguijón de la desesperación, y no se vio más que una masa inanimada que, sin embargo, no podían abandonar las gracias, la modestia, el pudor… todos los atractivos de la virtud. El monstruo se marcha, va a gozar, con su culpable hija, del espantoso triunfo que el vicio, o más bien la perversión, se atreve a obtener sobre la inocencia y la desgracia.

Estos detalles agradaron infinitamente a la execrable hija de Franval, habría querido presenciarlos… Habría querido llevar más lejos el horror, habría deseado que Valmont triunfase de los rigores de su madre, que Franval sorprendiese sus amores. ¿Qué medios, si todo esto hubiera ocurrido, qué medios de justificación le habrían quedado a su víctima? ¿Y no era importante quitárselos todos? Así era Eugénie.

Mientras, la desdichada esposa de Franval, a quien sólo el seno de su madre podía entreabrírsele para acoger sus lágrimas, no tardó mucho en comunicarle sus nuevos motivos de dolor; fue entonces cuando *Mme.* de Farneille pensó que la edad, el estado, la consideración personal de M. de Clervil, tal vez pudieran producir algún efecto bueno sobre su yerno; nada es tan confiado como la desgracia; puso lo mejor que pudo a este respetable eclesiástico al corriente de todos los desórdenes de Franval, le convenció de lo que él nunca había querido creer, le conminó sobre todo a no emplear, con semejante malvado, la elocuencia persuasiva, más adecuada para el corazón que para el espíritu; después de que hubiera hablado con aquel pérfido, le encomendó conseguir una entrevista con Eugénie, en la que pondría en práctica todo lo que creyese más oportuno para iluminar a la desgraciada joven sobre el abismo abierto bajo sus pies, y a devolverla, si era posible, al seno de su madre y de la virtud.

Franval, sabedor de que Clervil quería ver a su hija y a él, tuvo tiempo de ponerse de acuerdo con ella y, bien preparados sus planes, hicieron saber al director espiritual de *Mme.* de Farneille que ambos estaban dispuestos a oírle. La crédula Franval esperaba rodo de la elocuencia de aquel guía espiritual; es tanta la avidez con que los desdichados se aferran a las quimeras: ¡para conseguir un goce que la verdad les niega alimentan con toda clase de artificios sus ilusiones!

Clervil llega: eran las nueve de la mañana; Franval le recibe en los aposentos donde tenía por costumbre pasar las noches con su hija; había mandado adornarlo con toda la elegancia imaginable, dejando sin embargo que reinase en él una

especie de desorden que evidenciaba sus criminales placeres… Cerca de allí, Eugénie podía oírlo todo, a fin de estar mejor preparada para la entrevista que, a su vez, habría de mantener.

—Con el mayor temor a molestaros, señor —dijo Clervil—, es como me atrevo a presentarme ante vos; las gentes de nuestro estado suelen resultar tan molestas a las personas que, como vos, pasan su vida gozando de las voluptuosidades de este mundo, que me reprocho haber consentido a los deseos de *Mme.* de Farneille al pediros permiso para hablar con vos un instante.

—Sentaos, señor, y mientras el lenguaje de la justicia y de la razón impere en vuestras palabras, no temáis molestarme.

—Sois adorado por una joven esposa llena de encantos y virtudes, que os acusa de hacerla muy desgraciada, señor; como no tiene de su parte más que su inocencia y su candor, como no cuenta con más oídos que los de su madre para escuchar sus quejas, idolatrándoos siempre a pesar de vuestros errores, no os costará mucho imaginar cuál ha de ser el horror de su posición.

—Querría, señor, que fuéramos al grano, pues me parece que empleáis rodeos; ¿cuál es el objeto de vuestra misión?

—Devolveros la felicidad, si fuera posible.

—Puesto que soy feliz como estoy, ¿tenéis algo más que decirme?

—Es imposible, señor, que la felicidad pueda encontrarse en el crimen.

—Estoy de acuerdo, pero aquel que, gracias a profundos estudios y maduras reflexiones, ha conseguido elevar su razón hasta el punto de no sospechar el mal en nada, de ver con la indiferencia más tranquila todas las acciones humanas, de considerarlas todas como resultados necesarios de un poder, sea cual sea, unas veces bueno y otras perverso, pero siempre imperioso, nos inspira alternativamente lo que los hombres aprueban o lo que condenan, pero nunca nada que lo moleste o lo perturbe, ése, digo yo, y estaréis de acuerdo, puede sentirse tan feliz comportándose igual que hago yo como lo sois vos en la carrera que ejercéis; la felicidad es ideal, es obra de la imaginación; es una manera de emocionarse que únicamente depende de nuestra forma de ver y de sentir; no es, salvo la satisfacción de las necesidades, cosa alguna que vuelva igualmente felices a todos los hombres; todos los días vemos que a un hombre le hace feliz algo que desagrada soberanamente a otro; no hay, pues, una felicidad cierta, para nosotros

no puede existir otra que aquella que nos formamos en razón de nuestros órganos y de nuestros principios.

—Lo sé, señor, pero si el espíritu nos engaña, la conciencia no nos extravía jamás, y ése es el libro donde la naturaleza escribe todos nuestros deberes.

—¿Y no hacemos lo que queremos con esa conciencia ficticia? El hábito la doblega, es para nosotros una cera blanda que adopta bajo nuestros dedos todas las formas; si ese libro fuese tan cierto como vos decís, ¿no tendría el hombre una conciencia invariable? De un confín a otro de la tierra, ¿no serían todas las acciones iguales para él? ¿Tiembla el hotentote ante lo que aterra a un francés? ¿Y no hace éste todos los días cosas por las que sería castigado en Japón? No, señor, no, no hay nada real en el mundo, nada que merezca elogio o censura, nada que sea digno de ser recompensado o castigado, nada que, injusticia aquí, no sea legítimo a quinientas leguas de aquí; no hay ningún mal real, en una palabra, no hay ningún bien constante.

—No lo creáis, señor; la virtud no es en absoluto una quimera; no se trata de saber si una cosa es buena aquí o mala a unos grados de aquí, para asignarle una determinación precisa de crimen o de virtud, y asegurarse de encontrar en ello la felicidad en razón de la elección que se haya hecho; la única felicidad del hombre sólo puede encontrarse en la sumisión más absoluta a las leyes de su país; es preciso que, o las respete, o que sea miserable, no hay término medio entre su infracción o el infortunio. Si así lo queréis, no es de esas cosas en sí mismas de donde nacen los males que nos agobian cuando nos entregamos a ellas estando prohibidas, sino de la lesión que esas cosas, buenas o malas intrínsecamente, causan en las convenciones sociales del clima que habitamos. No hay desde luego mal alguno en preferir el paseo de los bulevares al de los Champs-Élysées; no obstante, si se promulgara una ley que prohibiese los bulevares a los ciudadanos, quien infringiera esa ley tal vez se preparase una cadena eterna de desdichas, aunque sólo hubiera hecho una cosa muy simple al infringirla; por otro lado, el hábito de romper los frenos ordinarios pronto lleva a romper otros más serios, y, de error en error, se llega a crímenes, hechos para ser castigados en todos los países del universo, hechos para inspirar espanto a todas las criaturas razonables que habitan el globo, sea en el polo que sea. Si no hay una conciencia universal para el hombre, hay una nacional, relativa a la existencia que hemos recibido de la naturaleza, y en la que su mano imprime nuestros deberes, con rasgos que no podemos borrar sin peligro. Por ejemplo, señor, vuestra familia os acusa de incesto; sean cuales fueren los sofismas de que se han servido para legitimar tal crimen, para menguar su horror, por más especiosos que hayan sido los razonamientos

hechos sobre esa materia, sea cual sea la autoridad que las haya apoyado con ejemplos sacados de las naciones vecinas, no por eso queda menos demostrado que ese delito, que únicamente lo es en algunos pueblos, no sea ciertamente peligroso allá donde las leyes lo prohíben; no es menos cierto que puede arrastrar tras de sí los inconvenientes más horribles, y los crímenes exigidos por ese primero… los crímenes más apropiados para causar horror a los hombres. Si os hubieseis casado con vuestra hija a orillas del Ganges, donde esos matrimonios están permitidos, tal vez no hubierais hecho sino un mal muy pequeño: bajo un gobierno donde esas alianzas están prohibidas, al ofrecer este cuadro indignante al público… a los ojos de una esposa que os adora, y a la que lleva a la tumba esta perfidia, cometéis, indudablemente, una acción espantosa, un delito que tiende a romper los nudos más santos de la naturaleza, nudos que, uniendo a vuestra hija al ser del que recibió la vida, deben hacer de ese ser la más respetable y sagrada de todas las criaturas. Obligáis a esa hija a despreciar deberes tan preciosos, le hacéis odiar a la que la llevó en su seno; sin daros cuenta, preparáis armas que puede dirigir contra vos; no le ofrecéis ningún sistema de ideas, no le inculcáis ningún principio en el que no esté grabada vuestra condenación; y si su brazo atenta un día contra vuestra vida, vos mismo habréis afilado los puñales.

—Vuestro modo de razonar, tan distinto del que usan las gentes de vuestra profesión —respondió Franval—, me obliga en principio a confiar en vos, señor; yo podría negar vuestra inculpación; mi franqueza, descubriéndome ante vos, va a obligaros, eso espero, a creer igualmente en los errores de mi esposa cuando emplee, para exponéroslo, la misma verdad que va a guiar la confesión de los míos. Sí, señor, amo a mi hija, la amo apasionadamente, es mi amante, mi mujer, mi hermana, mi confidente, mi amiga, mi único Dios sobre la tierra, tiene, en fin, todos los títulos que permiten conseguir los homenajes de un corazón, y todos los del mío son debidos a ella; estos sentimientos durarán tanto como mi vida; debo, pues, justificarlos, sin duda, ya que no puedo renunciar a ellos.

»El primer deber de un padre hacia su hija es indiscutiblemente, y estoy seguro, señor, que estaréis de acuerdo, procurarle la mayor cantidad de felicidad posible; si no lo consigue, está en deuda con esa hija; si lo consigue, está al amparo de cualquier reproche. Yo no he seducido ni forzado a Eugénie, y no echéis en saco roto esta consideración, porque es importante; no le oculté el mundo, le mostré las rosas del himeneo al lado de las espinas que hay en él; luego me brindé yo mismo; dejé a Eugénie elegir libremente, tuvo todo el tiempo para reflexionar, no titubeó un momento, hizo protestas de que sólo a mi lado encontraba la felicidad; ¿hice mal dándole, para hacerla feliz, lo que con conocimiento de causa ha preferido a todo?

—Esos sofismas no legitiman nada, señor; no debisteis dejar vislumbrar a vuestra hija que el ser que no podía preferir sin crimen podía convertirse en objeto de su felicidad; por muy hermosa apariencia que pueda tener un fruto, ¿no os arrepentiríais de ofrecérselo a alguien si estuvierais seguro de que la muerte está oculta bajo su pulpa? No, señor, no, sólo os habéis tenido a vos mismo por objeto, en esta desafortunada conducta, y habéis convertido a vuestra hija en cómplice y víctima de sí misma; tal proceder es imperdonable… y esa esposa virtuosa y sensible, cuyo seno desgarráis a placer, ¿qué errores presenta a vuestros ojos? ¿Qué errores, hombre injusto… salvo el de idolatraros?

—A este punto quería traeros, señor, y es en este tema donde espero confianza de vuestra parte; después de la manera llena de franqueza con que acabáis de verme admitir lo que se me imputa, tengo algún derecho a esperarlo, sin duda.

Y entonces Franval, mostrando a Clervil las falsas cartas y los falsos billetes que atribuía a su mujer, le certificó que nada era más real que aquellos documentos y la intriga amorosa de *Mme.* de Franval con aquel a quien se referían. Clervil lo sabía todo:

—Bien, señor —dijo entonces con firmeza a Franval—, ¿no tenía yo razón cuando os decía que un error, que al principio parece no tener consecuencias en sí mismo, puede llevarnos, cuando nos acostumbra a franquear los límites, a los últimos excesos del crimen y la maldad? Habéis empezado por una acción nula a vuestros ojos, y ya veis todas las infamias a que os veis obligado para legitimarla o taparla… ¿Queréis creerme, señor? Arrojemos al fuego estas horribles maldades y olvidemos de ellas, os lo ruego, hasta el más ligero recuerdo.

—Estos documentos son reales, señor.

—Son falsos.

—Para vos, sólo pueden ser dudosos: ¿basta eso para desmentirme?

—Permitidme, señor: para suponerlos auténticos sólo cuento con vuestras palabras, y vos tenéis el mayor interés en sostener vuestra acusación, y yo tengo, para creer falsos esos documentos, las confesiones de vuestra esposa, que tendría igualmente el mayor interés en decirme si eran reales, en caso de que lo fueran. Así es como yo juzgo, señor… el interés de los hombres, ése es el vehículo de todos sus pasos, el gran resorte de todas sus acciones; donde lo encuentro, inmediatamente

se ilumina para mí la antorcha de la verdad; esta regla no me ha engañado nunca, desde hace cuarenta años que la utilizo; ¿y la virtud de vuestra esposa, por otro lado, no anulará a esa abominable calumnia a ojos de todos? ¿Es con su sinceridad, con su candor, con el amor que todavía arde en ella por vos, con lo que se permiten tales atrocidades? No, señor, no, no están ahí los inicios del crimen; conociendo tan bien sus efectos, debisteis dirigir mejor los hilos.

—¡Eso son invectivas, señor!

—Perdón, la injusticia, la calumnia y el libertinaje revuelven tan soberanamente mi alma que a veces no logro controlar la agitación en que me sumen tales horrores; quememos esos papeles, señor, vuelvo a insistir de nuevo en mi petición…, quemémoslos, por vuestro honor y por vuestro reposo.

—No me imaginaba, señor —dijo Franval levantándose—, que con el ministerio que ejercéis se convirtiera uno tan fácilmente en el apologista… en el protector de la mala conducta y del adulterio. Mi mujer mancilla mi honor, me arruina, os lo demuestro; vuestra ceguera con ella os hace preferir acusarme a mí y suponerme antes un calumniador que a ella una mujer pérfida y disoluta. Pues bien, señor, las leyes decidirán, todos los tribunales de Francia resonarán con mis quejas; presentaré mis pruebas, haré público así mi deshonor, y entonces veremos si todavía tendréis la ingenuidad, o mejor dicho la estupidez, de proteger contra mí a una criatura tan impúdica.

—Entonces me retiro, señor —dijo Clervil levantándose también—; no imaginaba que las faltas de vuestra razón alterasen hasta tal punto las cualidades de vuestro corazón, y que, cegado por una venganza injusta, os volvieseis capaz de sostener con sangre fría lo que sólo pudo engendrar el delirio… ¡Ah!, señor, cómo me convence todo esto, y más que nunca, de que, cuando el hombre ha violado el más sagrado de sus deberes, no tarda en permitirse pisotear todos los demás… Si vuestras reflexiones os llevan a cambiar, dignaos hacérmelo saber, señor, pues siempre encontraréis, en vuestra familia y en mí, amigos dispuestos a recibiros… ¿Se me permite ver un momento a vuestra hija?

—Sois muy dueño, señor; os exhorto incluso a esgrimir ante ella, o medios más elocuentes, o recursos más seguros, para presentarle esas verdades luminosas en las que yo he tenido la desgracia de no ver más que ceguera y sofismas.

Clervil pasó al aposento de Eugénie. Ella le esperaba envuelta en la bata más elegante y coqueta; aquella especie de indecencia, fruto del abandono de sí misma

y del crimen, reinaba impúdicamente en sus gestos y en sus miradas, y la pérfida, ultrajando las gracias que la embellecían a pesar suyo, reunía cuanto puede inflamar el vicio y cuanto repugna a la virtud.

Como no corresponde a una joven entrar en detalles tan profundos como al filósofo que era Franval, Eugénie se limitó a las burlas; poco a poco llegó a las carantoñas más decididas; pero al darse cuenta pronto de que sus seducciones eran trabajo perdido, y de que un hombre tan virtuoso como el que tenía enfrente no caería en sus trampas, corta con habilidad los lazos que retienen el velo de sus encantos y, ofreciéndose en el mayor de los desórdenes antes de que Clervil tuviese tiempo de darse cuenta, dice a gritos:

—¡Miserable!, ¡que se lleven de aquí a este monstruo! ¡Que oculten sobre todo este crimen a mi padre! ¡Justo cielo! Espero de él consejos piadosos… ¡y el muy deshonesto atenta contra mi pudor!… Ved —dijo a los criados que acudieron a sus gritos—, ved el estado en que este impúdico me ha puesto; así son, así son estos bienaventurados adeptos de una divinidad que ultrajan; de escándalo, depravación y seducciones están hechas sus costumbres y, víctimas de su falsa virtud, todavía los reverenciamos estúpidamente.

Clervil, muy irritado ante semejante escándalo, consiguió no obstante ocultar su turbación; y, retirándose con sangre fría a través de la multitud que le rodea, dice tranquilamente:

—Que el cielo conserve a esta desdichada… que la haga mejor si puede, y que nadie en su casa atente más que yo contra sus sentimientos de virtud… que no vine a mancillar sino a reanimar en su corazón.

Ése fue el único fruto que *Mme.* de Farneille y su hija recogieron de una negociación en la que habían puesto tantas esperanzas. Estaban lejos de conocer las degradaciones que el crimen provoca en el alma de los malvados; lo que obraría sobre los demás, les amarga, y en las lecciones mismas de la prudencia es donde encuentran aliento para el mal.

Desde ese momento, las cosas se envenenaron por ambas partes, Franval y Eugénie vieron que era preciso convencer a *Mme.* de Franval de sus pretendidos errores de modo que no se le permitiera la menor duda; y *Mme.* de Farneille, de acuerdo con su hija, planea con toda seriedad raptar a Eugénie. Fiablaron de ello con Clervil; este honrado amigo se negó a participar en decisiones tan enérgicas; había sido demasiado maltratado en aquel asunto, decía, para hacer otra cosa que

implorar gracia para los culpables, la pedía con insistencia, y constantemente se abstenía de cualquier otro tipo de encargo o mediación. ¡Qué sentimientos tan sublimes! ¿Por qué es tan rara esa nobleza en los individuos que llevan esos hábitos? ¿O por qué ese hombre único llevaba uno tan viejo? Empecemos por los intentos de Franval.

Reapareció Valmont.

—Eres un imbécil —le dijo el culpable amante de Eugénie—, eres indigno de ser mi alumno; te desacreditaré públicamente ante todo el país si, en una segunda entrevista, no te comportas mejor con mi mujer; hay que poseerla, amigo mío, pero poseerla de verdad, es preciso que mis ojos queden convencidos de su derrota… es preciso, en fin, que yo pueda privar a esta detestable criatura de cualquier medio de excusa y de defensa.

—Pero ¿si se resiste? —responde Vamont.

—Emplea la violencia… Yo cuidaré de alejar a todo el mundo… Asústala, amenázala, ¿qué importa?… Consideraré como otros tantos favores señalados de tu parte todos los medios de tu triunfo.

—Escucha —dice entonces Valmont—, consiento en lo que me propones, te doy mi palabra de que tu mujer cederá; pero impongo una condición, y no haré nada si te niegas; los celos no tienen cabida alguna en nuestros convenios, ya lo sabes; exijo por tanto que me dejes pasar sólo un cuarto de hora con Eugénie… No imaginas cómo me portaré cuando haya gozado del placer de hablar un momento con tu hija…

—Pero, Valmont…

—Imagino tus temores; pero si me crees amigo tuyo, no te los perdono, sólo aspiro a las delicias de ver a Eugénie a solas y hablarle un minuto.

—Valmont —dice Franval algo sorprendido—, pones a tus favores un precio demasiado caro; conozco, como tú, lo ridículos que son los celos, pero idolatro a la mujer de quien me hablas, y antes cedería mi fortuna que sus favores.

—No los pretendo, puedes estar tranquilo.

Y Franval, que comprende que, en el número de sus amistades, no hay ninguna criatura capaz de servirle como Valmont, anhelando vivamente no dejarle

escapar, le dice con cierto humor:

—Pues bien, lo repito, tus servicios son caros; pagándolos de este modo me dispenso de quedarte agradecido.

—¡Oh!, la gratitud es sólo el precio de los favores honestos; nunca se encenderá en tu corazón por los que voy a prestarte; es más, por ellos nos pelearemos antes de dos meses… Vamos, amigo mío, conozco a los hombres… sus errores… sus extravíos, y todas las secuelas que entrañan; pon a ese animal, el peor de todos, en la situación que te plazca, y no fallaré un solo resultado a partir de tus datos. De modo que quiero cobrar por adelantado, o no hago nada.

—Acepto —dijo Franval.

—Pues bien —respondió Valmont—, ahora todo depende de tu voluntad: empezaré cuando quieras[131].

—Necesito unos días para mis preparativos —dijo Franval—, pero dentro de cuatro a lo sumo estoy contigo.

El señor de Franval había educado a su hija de forma que estaba totalmente seguro de que no sería el exceso de pudor lo que la impulsaría a rechazar los planes combinados con su amigo; pero era celoso, y Eugénie lo sabía; ella le adoraba tanto por lo menos como era querida, y confesó a Franval, cuando supo de qué se trataba, que temía muchísimo que esa entrevista tuviera secuelas. Franval, que creía conocer suficientemente a Valmont para estar seguro de que en todo aquello no habría otra cosa que alimento para su fantasía, pero ningún peligro para su corazón, disipó lo mejor que pudo los temores de su hija, y se hicieron los preparativos.

Fue en ese instante cuando Franval supo, por criados seguros y totalmente adictos de la casa de su suegra, que Eugénie corría grandes riesgos, y que *Mme.* de Farneille estaba a punto de conseguir una orden para arrebatársela. Franval no duda de que el complot sea obra de Clervil; y dejando de lado por un momento los proyectos de Valmont, sólo se ocupa de librarse del desafortunado eclesiástico al que equivocadamente cree instigador de todo. Siembra oro, pone ese vehículo poderoso de todos los vicios en mil manos distintas: seis bribones adictos le responden para ejecutar sus órdenes.

Una noche, en el momento en que Clervil, que cenaba a menudo en casa de *Mme.* de Farneille, se retira solo y a pie, lo rodean… lo prenden… le dicen que es

de parte del gobierno. Le muestran una orden falsificada, lo meten en una silla de posta y lo llevan con toda diligencia a las mazmorras de un apartado castillo que poseía Franval, en el fondo de las Ardennes. Allí, el infortunado es presentado al guarda del castillo como un malvado que ha querido atentar contra la vida de su dueño; y se adoptan las mejores precauciones para que esta desdichada víctima, cuyo único pecado era haber sido demasiado indulgente con quienes le ultrajaron de manera tan cruel, nunca pueda salir de nuevo a la luz[132].

La señora de Farneille estaba desesperada. No dudó de que el golpe venía de la mano de su yerno. Los necesarios desvelos para encontrar a Clervil retrasaron un poco los del rapto de Eugénie; con un número de amistades muy pequeño y un crédito bastante mediocre, era difícil ocuparse al mismo tiempo de dos objetivos tan importantes, que, por otro lado, había impuesto la vigorosa acción de Franval. Sólo se pensó entonces en el director espiritual; mas todas las pesquisas fueron inútiles; nuestro malvado había adoptado tan bien sus medidas que resultó imposible descubrir nada. La señora de Franval no se atrevía a preguntar a su marido, no habían vuelto a hablarse desde la última escena, pero la importancia de su interés anuló cualquier consideración; tuvo por fin valor para preguntar a su tirano si sus planes eran añadir a todos los malos procedimientos que tenía con ella el de haber privado a su madre del mejor amigo que tenía en el mundo. El monstruo se defendió: llevó su falsía hasta el punto de ofrecerse a realizar pesquisas; viendo que, para preparar la escena de Valmont, necesitaba dulcificar el ánimo de su mujer, renovando su palabra de mover lo que fuese necesario para encontrar a Clervil, prodigó sus caricias a la crédula esposa, le aseguró que, fuesen cuales fuesen sus infidelidades, le resultaba imposible no adorarla en el fondo de su alma; y *Mme.* de Franval, siempre complaciente y dulce, siempre contenta con lo que la acercaba a un hombre que le era más querido que la vida, se prestó a todos los deseos de aquel esposo pérfido, se adelantó a ellos, los sirvió, los compartió todos, sin atreverse a aprovecharse del momento, como habría debido, para conseguir al menos de aquel bárbaro un comportamiento mejor, y que no hundiese cada día a su desdichada esposa en un abismo de tormentos y males. Pero, de haberlo hecho, ¿habría coronado el éxito sus tentativas? Franval, tan falso en todas las acciones de su vida, ¿había de ser más sincero en aquella que, según él, sólo tenía atractivos cuando se saltaban algunos diques? Indudablemente hubiera prometido cualquier cosa por el solo placer de infringir todo, tal vez incluso hubiera deseado que le exigiesen juramentos para añadir los atractivos del perjurio a sus espantosos goces.

Franval, absolutamente tranquilo, sólo pensó en turbar a los demás; tal era el género de su carácter vengativo, turbulento, impetuoso; cuando se le inquietaba,

quería recuperar su tranquilidad a cualquier precio, y, para conseguirla, sólo empleaba torpemente los medios más idóneos para hacérsela perder de nuevo. ¿La conseguía? Empleaba todas sus facultades morales y físicas sólo en hacer daño; de este modo, siempre agitado, o necesitaba anticiparse a las tretas que obligaba a los otros a emplear contra él, o tenía que dirigir las suyas contra ellos.

Todo estaba dispuesto para satisfacer a Valmont; y su entrevista duró cerca de una hora en el aposento mismo de Eugénie[133].

Allí, en una sala decorada, Eugénie, desnuda sobre un pedestal, representaba a una joven salvaje fatigada de la caza y apoyándose en un tronco de palma, cuyos altos ramajes ocultaban una infinidad de luces dispuestas de modo que los reflejos, dando exclusivamente sobre los encantos de aquella hermosa niña, los realzasen con más arte. La especie de teatrillo donde aparecía aquella estatua animada estaba rodeado por un canal lleno de agua, de seis pies de anchura, que servía de barrera a la joven salvaje e impedía que nadie se le acercase por ninguna parte. En el borde de esa circunvalación se había colocado el sillón, junto al que había un cordón de seda; manipulando ese hilo, hacía girar el pedestal de manera que el objeto de su culto podía ser visto por todos los lados, y la actitud era tal que, fuera cual fuese la forma en que estuviese orientada, siempre resultaba agradable. Escondido tras la decoración de un bosquecillo, podía contemplar al mismo tiempo a su amante y a su amigo, y el examen, tras el último acuerdo, debía durar media hora… Valmont se sienta… está embriagado, nunca tantos atractivos se han ofrecido a sus ojos, dice; cede a los arrebatos que lo inflaman. El cordón, constantemente manipulado, le ofrece en todo momento atractivos nuevos: ¿a cuál rendirá sacrificio? ¿Cuál preferirá? Lo ignora: ¡es todo tan bello en Eugénie! Mientras, los minutos transcurren; pasan deprisa en semejantes circunstancias; suena la hora: el caballero se abandona, y el incienso vuela a los pies del dios cuyo santuario le está prohibido. Cae una gasa, debe retirarse.

—Y bien, ¿estás contento? —dice Franval, reuniéndose con su amigo.

—Es una criatura deliciosa —responde Valmont—; pero te aconsejo, Franval, que no corras semejante riesgo con otro hombre, y felicítate por los sentimientos que, en mi corazón, deben garantizarte de todos los peligros.

—Cuento con ello —respondió Franval con toda seriedad—, ahora actúa lo antes posible.

—Mañana prepararé a tu mujer… comprenderás que se necesita una

conversación preliminar… cuatro días después puedes estar seguro de mí.

Comprometen su palabra y se separan.

Pero ocurrió que, después de un entrevista como aquélla, Valmont no sintió ganas de traicionar a *Mme.* Franval, ni de contribuir a hacer más segura para su amigo una conquista que ahora le envidiaba demasiado. Eugénie había causado en él impresiones lo bastante profundas para que no pudiese renunciar a ella; estaba decidido a conseguirla por mujer, al preciso que fuera. Madurando sus ideas, y dado que los amoríos de Eugénie con su padre no le repugnaban, estaba totalmente seguro de que, como su fortuna era igual a la de Colunce, podía pretender con todo derecho a la misma alianza; por ello imaginó que, presentándose como esposo, no podía ser rechazado, y que, actuando con ardor para romper los lazos incestuosos de Eugénie, respondiendo ante la familia de triunfar en su empresa, conseguiría infaliblemente el objeto de su culto… a costa de un duelo con Franval, en cuyo éxito le permitían confiar su valor y su destreza.

Bastan veinticuatro horas para estas reflexiones, y, obsesionado por estas ideas, Valmont se dirige a casa de *Mme.* de Franval. Ella ya estaba advertida; recuérdese que, en su última entrevista con su marido, casi se había reconciliado con él, o, mejor dicho, cediendo a las insidiosas tretas de este pérfido, no podía oponerse a la visita de Valmont. Sin embargo, ella le había objetado las notas, las palabras, las ideas que había recibido de Franval; mas él, con aire de no pensar en nada, le había asegurado calurosamente que la forma más segura de hacer creer que todo aquello era falso, o que no existía, era ver a su amigo como de costumbre; negarse, le aseguraba él, legitimaría sus sospechas; la mejor prueba que una mujer puede ofrecer de su honradez, le había dicho él, es seguir viendo públicamente a aquel sobre quien han corrido chismes relativos a ella. Todo esto era sofisticado; la señora de Franval se daba cuenta perfectamente, pero esperaba una explicación de Valmont; el deseo de recuperar a su esposo, unido al de no enfadarle, había hecho desaparecer a sus ojos todo cuanto razonablemente habría debido impedirle ver al joven. Así pues, éste llega, y Franval, apresurándose a salir, los deja a solas como la última vez: las explicaciones debían ser animadas y largas; Valmont, obsesionado por sus ideas, abrevia todo y va al grano.

—¡Oh, señora!, no sigáis viendo en mí al mismo hombre que se hizo culpable a vuestros ojos la última vez que habló con vos —se apresuró a decir—; yo era entonces cómplice de las maldades de vuestro esposo, hoy me convierto en su reparador; pero confiad en mí, señora; dignaos confiar en la palabra de honor que os doy de que vengo aquí no para mentiros ni para engañaros en nada.

Entonces admitió la historia de las notas falsas y de las cartas falsificadas; pidió mil excusas por haberse prestado a ello; advirtió a *Mme.* de Franval de los nuevos horrores que otra vez exigían de él y, para certificar su sinceridad, confesó sus sentimientos por Eugénie, descubrió cuanto se había hecho, se comprometió a romper todo, a raptar a Eugénie de manos de Franval y a llevarla a Picardía, a una de las tierras de *Mme.* de Farneille, si ambas damas le daban permiso, y le prometían en matrimonio, como recompensa, a la que habría retirado del abismo.

Estas palabras, estas confesiones de Valmont tenían tal carácter de verdad que *Mme.* de Franval no pudo evitar quedar convencida; Valmont era un excelente partido para su hija; tras el mal comportamiento de Eugénie, ¿podía esperar tanto? Valmont se encargaba de todo, no había otro medio para detener el crimen horrible que causaba la desesperación de *Mme.* de Franval; por otra parte, ¿no debía esperar que renacieran los sentimientos de su esposo, tras la ruptura de la única intriga que realmente pudo ser peligrosa tanto para ella como para él? Estas consideraciones la decidieron, se rindió, pero a condición de que Valmont le diese su palabra de no batirse con su marido, de trasladarse a un país extranjero después de haber devuelto Eugénie a *Mme.* de Franval, y permanecer en él hasta que la cabeza de Franval se hubiese calmado lo suficiente como para consolarse de la pérdida de sus ilícitos amores y consentir finalmente en el matrimonio. Valmont se comprometió a rodo; la señora de Franval, por su parte, le respondió de las intenciones de su madre; le aseguró que no se opondría a ninguna de las resoluciones que tomaban juntos, y Valmont se despidió reiterando sus disculpas a *Mme.* de Franval por haber tomado parte, contra ella, en todo lo que su deshonesto marido le había exigido.

Al día siguiente, *Mme.* de Farneille, informada, partió para Picardía, y Franval, ahogado en el torbellino perpetuo de sus placeres, confiando sin la más mínima duda en Valmont, no temiendo ya a Clervil, se lanzó en la trampa preparada, con la misma *bonhomía* que tan a menudo deseaba ver en los demás cuando a su vez se proponía hacerles caer en una.

Desde hacía unos seis meses, Eugénie, que iba a cumplir los diecisiete años, salía bastante a menudo sola, o con algunas amigas. La víspera del día en que Valmont, según lo convenido con su amigo, debía atacar a *Mme.* de Franval, estaba absolutamente sola en una obra nueva del Franjáis[134], e igual de sola volvía en busca de su padre a una casa donde la había citado, a Fin de ir juntos a aquella en la que los dos cenaban… Apenas el coche de *Mlle.* de Franval hubo dejado el barrio Saint-Germain, diez hombres enmascarados detienen los caballos, abren la portezuela, se apoderan de Eugénie y la arrojan en una silla de posta, al lado de

Valmont, quien, tomando toda clase de precauciones para evitar los gritos, recomienda la más extremada diligencia y se encuentra en un abrir y cerrar de ojos fuera de París.

Por desgracia, resultó imposible deshacerse de los criados y de la carroza de Eugénie, por lo que Franval se enteró de todo enseguida. Para ponerse a cubierto, Valmont había contado con la incertidumbre que ganaría a Franval sobre la ruta que tomaría, y con las dos o tres horas de adelanto que necesariamente debería ganar. Lo único que tenía que hacer era alcanzar las tierras de *Mme.* de Farneille, porque desde allí, dos mujeres de confianza, y un coche de posta, esperaban a Eugénie para llevarla a la frontera, a un asilo ignorado incluso por Valmont, quien, pasando inmediatamente a Holanda, sólo volvería para casarse con su amada en cuanto *Mme.* de Farneille y su hija le hicieran saber que habían desaparecido los obstáculos; mas la fortuna permitió que estos prudentes planes fracasaran ante los horribles designios del malvado de quien se trata.

Una vez informado, Franval no pierde un instante, se dirige a la posta, pregunta para qué ruta se han dado caballos desde las seis de la tarde. A las siete, ha partido una berlina para Lyon; a las ocho, una silla de posta para Picardía; Franval no titubea, la berlina de Lyon no le interesa para nada, pero dudar de una silla de posta en ruta hacia una provincia en la que *Mme.* de Farneille posee tierras, sería una locura. Manda enganchar rápidamente los ocho mejores caballos de la posta al coche en que va, alquila jacas para sus criados, compra y carga unas pistolas mientras enganchan, y vuela como una flecha a donde le guían el amor, la desesperación y la venganza. En la posta de Senlis se entera de que la silla que persigue acaba de salir… Franval ordena correr al galope; por desgracia, alcanza al coche; sus criados y él, pistola en mano, detienen al postillón de Valmont, y el impetuoso Franval, al reconocer a su adversario, le levanta la tapa de los sesos antes de que éste intente defenderse, recoge a Eugénie moribunda, se lanza con ella a su carroza y está de regreso en París antes de las diez de la mañana. Poco inquieto por lo que acaba de ocurrir, Franval sólo se preocupa de Eugénie… ¿No ha querido el pérfido Valmont aprovechar las circunstancias? ¿Sigue siendo Eugénie fiel, y no están mancillados sus culpables lazos? La señorita de Franval así se lo asegura a su padre. Valmont no ha hecho más que descubrirle su plan, y con la esperanza de casarse pronto con ella se ha guardado de profanar el altar donde quería ofrecer unos votos puros; los juramentos de Eugénie tranquilizan a Franval… Pero… ¿estaba su esposa al corriente de aquellas maniobras… se había prestado a ellas? Eugénie, que había tenido tiempo de informarse, certifica que todo es obra de su madre, a la que prodiga los calificativos más odiosos, y que la fatal entrevista en la que Franval imaginaba a Valmont prestándose a servirle tan

bien era positivamente aquella en que le había traicionado con la mayor impudicia.

—¡Ah! —dijo Franval, furioso—, ¡que Valmont no tenga todavía mil vidas… para ir a arrancarle todas, una tras otra!… ¡Y mi mujer!… Mientras yo trataba de adormecerla… ella era la primera en engañarme… esa criatura a la que creen tan dulce… ¡ese ángel de virtud!… ¡Ah, traidora, traidora!, pagarás caro tu crimen… mi venganza pide sangre, e iré, si es preciso, a chuparla con mis labios de tus pérfidas venas… Tranquilízate, Eugénie —prosiguió Franval en un estado de suma violencia—… sí, tranquilízate, necesitas descanso, vete a disfrutarlo por unas horas, yo solo me ocuparé de todo esto.

Entre tanto, *Mme.* de Farneille, que había apostado espías en la ruta, no tarda mucho en ser advertida de cuanto acaba de pasar; sabiendo que su nieta ha sido recuperada y que Valmont ha muerto, corre de inmediato a París… Furiosa, reúne acto seguido su consejo; se le hace ver que el asesinato de Valmont ha de poner a Franval en sus manos, que la influencia que tanto teme se disiparía en un momento, de modo que desde ese instante recupera el control tanto de su hija como de Eugénie; pero se le recomienda evitar el escándalo y, ante el temor a un juicio deshonroso, solicitar una orden judicial que pueda poner a su yerno a cubierto. Informado al punto Franval de estos consejos y de las gestiones que se convierten en sus consecuencias, enterándose a un tiempo de que su caso es conocido y de que su suegra no espera, según le dicen, más que su desastre para aprovecharlo, vuela al punto a Versailles, se entrevista con el ministro, le confía todo y no recibe otra respuesta que el consejo de ir a esconderse cuanto antes en las tierras que posee en Alsacia, junto a la frontera de Suiza. Franval vuelve de inmediato a su casa y, con el propósito de asegurar su venganza, castigar la traición de su mujer y seguir siendo dueño de seres bastante queridos de *Mme.* de Farneille, para que no se atreva, públicamente al menos, a tomar partido contra él, decide no partir para Valmor, esa tierra que le ha aconsejado el ministro, no ir allí, digo, sino acompañado de su mujer y de su hija… Pero ¿aceptará *Mme.* de Franval? Sintiéndose culpable de la especie de traición que ha provocado cuanto ocurre, ¿podrá alejarse tanto? ¿Se atreverá a confiarse sin temor en los brazos de un esposo ultrajado? Ésa es la inquietud de Franval; para saber a qué atenerse, entra al instante en el aposento de su esposa, que ya lo sabía todo.

—Señora —le dice con sangre fría—, me habéis sumido en un abismo de desgracias con indiscreciones muy poco meditadas; aunque condeno sus efectos, apruebo la causa, que a buen seguro está en el amor por vuestra hija y por mí; y como yo cometí los primeros errores, debo olvidar los segundos. Cara y tierna mitad de mi vida —continúa, postrándose a las plantas de su mujer—, ¿os dignáis

aceptar una reconciliación que nada puede turbar de ahora en adelante? Vengo a ofrecérosla, y aquí tenéis lo que pongo en vuestras manos para sellarla…

Y deposita a los pies de su esposa todos los documentos falsificados de la pretendida correspondencia con Valmont.

—Quemad todo eso, querida amiga, os lo ruego —prosigue el traidor, con lágrimas fingidas—, y perdonadme lo que me han forzado a hacer los celos: desterremos toda amargura entre nosotros; he cometido grandes errores, lo confieso; pero ¿quién sabe si Valmont, para triunfar en sus propósitos, no me ha difamado ante vos mucho más de lo que merezco?… Si se hubiera atrevido a decir que he podido dejar de amaros… que no habéis sido siempre vos el objeto más precioso y respetable que haya existido para mí en el universo; ¡ah!, querido ángel, si llegó a mancillarse con tales calumnias, ¡qué bien habría hecho yo privando al mundo de semejante bellaco y de un impostor como él!

—¡Oh, señor! —dice *Mme.* de Franval deshecha en lágrimas—, ¿es posible concebir las atrocidades que urdisteis contra mí? ¿Qué confianza queréis que tenga en vos después de semejantes horrores?

—¡Quiero que todavía me queráis, vos, la más tierna y más adorable de las mujeres! Quiero que, acusando únicamente a mi cabeza de la multitud de mis extravíos, os convenzáis de que nunca este corazón, en el que reináis eternamente, pudo ser capaz de traicionaros… sí, quiero que sepáis que no hay uno solo de mis errores que no me haya acercado más vivamente a vos… Cuanto más me alejaba de mi querida esposa, menos veía la posibilidad de reemplazarla con nada; ni los placeres ni los sentimientos igualaban a los que mi inconstancia me hacía perder a su lado, y en los brazos mismos de su imagen echaba de menos la realidad… ¡Oh, querida y divina amiga!, ¿dónde encontrar un alma como la tuya? ¿Dónde saborear los favores que se recogen entre tus brazos? Sí, abjuro de todos mis extravíos… quiero vivir únicamente para ti en el mundo… para reponer, en tu corazón ulcerado, ese amor tan justamente destruido por errores… de los que abjuro hasta de su recuerdo.

Era imposible para *Mme.* de Franval resistirse a expresiones tan tiernas de parte de un hombre al que seguía adorando; ¿puede odiarse al que tanto se ha amado? Con el alma delicada y sensible de esta interesante mujer, ¿puede contemplarse con sangre fría, a sus pies, ahogado en las lágrimas del remordimiento, al ser que fue tan querido? Unos sollozos se escaparon…

—Yo —dice ella estrechando contra su corazón las manos de su esposo—… yo que nunca he dejado de idolatrarte, ¡cruel!, y sin embargo, me has llevado a la desesperación… ¡Ah, el cielo es testigo de que todos los azotes con que podías golpearme, el temor de haber perdido tu corazón, o el de que sospecharas de mí, era el más sangrante de todos!… Y, además, ¿qué criatura comas para ultrajarme?… ¡Mi propia hija!… Es con sus manos con lo que traspasas mi corazón… ¿quieres obligarme a odiar a la que la naturaleza me ha hecho tan querida?

—¡Ah! —dice Franval, cada vez más enardecido—, quiero devolverla a tus plantas, quiero que en ellas abjure, como yo, tanto de su impudor como de sus errores… que alcance, como yo, tu perdón. No nos ocupemos los tres más que de nuestra mutua felicidad. Voy a devolverte a tu hija… devuélveme tú a mi esposa… y huyamos.

—¡Huir, Dios mío!

—Mi aventura ha promovido el escándalo… puedo estar perdido mañana… Mis amigos, el ministro, todos me han aconsejado un viaje a Valmor… ¿Te dignarías seguirme, amiga mía? En el mismo momento en que pido a tus plantas mi perdón, ¿desgarrarías mi corazón con una negativa?

—Me asustas… ¿Cómo? Este asunto…

—Es considerado como un asesinato, y no como un duelo.

—¡Oh, Dios!, ¡y yo he sido la causa!… Ordena… ordena, dispon de mí, querido esposo… Te sigo, si es preciso, al fin del mundo… ¡Ah, soy la más desdichada de las mujeres!

—Di la más afortunada sin duda, porque todos los instantes de mi vida estarán consagrados desde ahora a trocar en flores las espinas con que rodeaba tus pasos… ¿No basta un desierto cuando se ama? Además, no será para siempre; mis amigos, advertidos, se pondrán en marcha.

—Y mi madre… querría verla…

—¡Ah, guárdate de hacerlo, querida amiga! Tengo pruebas seguras de que agita a los padres de Valmont…, que, junto con ellos, ella misma exige mi perdición…

—Ella es incapaz; deja de imaginar esos pérfidos horrores; su alma, hecha para amar, nunca ha conocido la impostura… Nunca la apreciaste mucho, Franval… ¿Por qué no supiste amarla como yo? Hubiéramos encontrado en sus brazos la felicidad en este mundo, ella era el ángel que ofrecía el cielo a los errores de tu vida; tu injusticia ha rechazado su seno, siempre abierto a tu ternura, y, por inconsecuencia o por capricho, por ingratitud o por libertinaje, te has privado voluntariamente de la mejor y más tierna amiga que hubiera creado para ti la naturaleza… Bueno, ¿no habré de verla?

—No, te lo ruego encarecidamente… ¡es tan precioso cada instante! Ya le escribirás, le describirás mi arrepentimiento… Quizá se rinda a mis remordimientos… tal vez un día logre yo recuperar su estima y su corazón; todo se calmará, volveremos… volveremos a gozar en sus brazos de su perdón y de su ternura… Pero ahora, alejémonos, querida amiga… hay que hacerlo ahora mismo, y los coches nos aguardan…

La señora de Franval, asustada, no se atreve a responder nada; se prepara: ¿no es una orden para ella un deseo de Franval? El traidor vuela a por su hija; la guía a los pies de su madre; la falsa criatura se arroja a sus plantas con tanta perfidia como su padre; llora, implora su perdón, lo consigue. La señora de Franval la besa; ¡es tan difícil olvidar que una es madre! Por más ultrajes que se hayan recibido de los hijos, la voz de la naturaleza… es tan imperiosa en un alma sensible que una sola lágrima de estas criaturas sagradas basta para hacernos olvidar veinte años de errores o defectos en ellos.

Partieron hacia Valmor. La prisa extrema que se habían visto obligados a poner en aquel viaje legitimó a ojos de *Mme.* de Franval, siempre crédula y siempre ciega, el reducido número de criados que llevaban. El crimen evita las miradas… teme todas; al no ser posible su seguridad más que en las sombras del misterio, se envuelve en ellas cuando quiere actuar.

Todo va bien en el campo; asiduidad, miramientos, atenciones, respetos, pruebas de cariño por un lado… del más violento amor por otro, todo se prodigó, todo sedujo a la desdichada Franval… En el fin del mundo, alejada de su madre, en el fondo de una soledad horrible, se encontraba feliz porque tenía, según sus palabras, el corazón de su marido y porque su hija, constantemente a sus plantas, sólo se ocupaba de agradarla.

Los aposentos de Eugénie y de su padre ya no eran contiguos uno de otro; Franval se alojaba en un extremo del castillo, Eugénie muy cerca de su madre; y la

decencia, la regularidad y el pudor reemplazaban en Valmor, en el grado más eminente, a todos los desórdenes de la capital. Cada noche, Franval acudía al lado de su esposa, y el granuja, en el seno de la inocencia, del candor y del amor, se atrevía impúdicamente a alimentar la esperanza con sus horrores. Suficientemente cruel para no sentirse desarmado por aquellas caricias ingenuas y ardientes que le prodigaba la más delicada de las mujeres, era en la antorcha del amor mismo donde el malvado encendía la de la venganza.

Es fácil imaginar sin embargo que la asiduidad de Franval por Eugénie no disminuía. Por la mañana, durante el aseo de su madre, Eugénie se veía con su padre en el fondo de los jardines; conseguía de él, alternativamente, tanto las advertencias necesarias sobre la conducta de cada momento como los favores que estaba lejos de querer ceder totalmente a su rival.

Aún no hacía ocho días que habían llegado a ese retiro cuando Franval fue informado de que la familia de Valmont le perseguía sin descanso y de que el asunto sería tratado de la forma más seria; era imposible, decían, hacerlo pasar por un duelo, por desgracia había habido demasiados testigos; por otro lado, nada más cierto que *Mme.* de Farneille, le añadían a Franval, estaba al frente de los enemigos de su yerno, para acabar de perderle privándole de su libertad, o forzándole a salir de Francia, a fin de conseguir que los dos seres queridos que de ella se separaban volviesen bajo sus alas. Franval mostró aquellas cartas a su mujer, que tomó al instante la pluma para calmar a su madre, para inclinarla a una manera distinta de pensar y para describirle la felicidad de que gozaba, desde que el infortunio había ablandado el alma de su desdichado esposo; aseguraba además que resultarían inútiles todos los procedimientos que se empleasen para hacerla regresar a París con su hija, que estaba decidida a no abandonar Valmor hasta que no se arreglase el asunto de su marido; y que si la maldad de sus enemigos, o el absurdo de sus jueces, le hacía incurrir en una sentencia que pudiera deshonrarle, estaba totalmente decidida a exiliarse con él. Franval dio las gracias a su mujer; pero sin ninguna gana de esperar el destino que le preparaban, la puso al tanto de que iba a pasar un tiempo en Suiza, que le dejaba a Eugénie, y rogaba a ambas no alejarse de Valmor hasta que su destino no estuviese aclarado; que, ocurriera lo que ocurriera, siempre volvería a pasar veinticuatro horas con su querida esposa para decidir de común acuerdo la manera de regresar a París, si nada se oponía a ello, o de ir, en caso contrario, a vivir a algún lugar seguro.

Una vez tomadas estas resoluciones, Franval, que no perdía de vista que la imprudencia de su mujer con Valmont era la única causa de sus reveses, y que sólo respiraba venganza, mandó decir a su hija que le esperase en el fondo del parque,

y, tras encerrarse con ella en un pabellón solitario, después de haberle hecho jurar la sumisión más ciega a cuanto iba a prescribirle, la besa y le habla de la siguiente manera:

—Quizá, hija mía, seáis causa de mi perdición para siempre… (y viendo a Eugénie llorando)… Calmaos, ángel mío —le dice—, sólo de vos depende que nuestra felicidad renazca, y que en Francia, o en otra parte, volvamos a encontrarnos casi tan felices como éramos. Vos, Eugénie, estáis tan convencida como es posible estarlo, y me alegro de ello, de que vuestra madre es la única causa de todas nuestras desgracias; sabéis que no he perdido de vista mi deseo de venganza; si la he disfrazado a ojos de mi esposa, vos habéis conocido sus motivos, los habéis aprobado, me habéis ayudado a formar la venda con que la prudencia mandaba cegarla. Hemos llegado al final, Eugénie, hay que actuar, vuestra tranquilidad depende de ello, lo que vais a hacer asegura la mía para siempre; espero que me comprendáis y que tengáis suficiente ánimo para que no pueda alarmaros ni un instante lo que os propongo… Sí, hija mía, hay que actuar, hay que hacerlo sin demora, hay que hacerlo sin remordimientos, y esto ha de ser obra vuestra. Vuestra madre ha querido haceros desgraciada, ha mancillado los lazos que reclama y ha perdido sus derechos; desde ese momento, no solamente es para vos una mujer ordinaria, sino que se convierte incluso en vuestra enemiga más mortal. Pero la ley de la naturaleza grabada más íntimamente en nuestras almas es deshacernos ante todo, si podemos, de aquellos que conspiran contra nosotros[135]; esta ley sagrada, que nos mueve y que nos inspira constantemente, no pone en nosotros el amor del prójimo por del ante, del que nos debemos a nosotros mismos… Primero nosotros, y luego los demás; ésa es la marcha de la naturaleza; por consiguiente, ningún respeto, ningún miramiento con los otros tan pronto como han probado que nuestro infortunio o nuestra pérdida era el único objetivo de sus deseos; comportarse de manera distinta, hija mía, sería preferir los demás a nosotros, y eso sería absurdo. Ahora, veamos los motivos que deben decidir la acción que os aconsejo.

»Me veo obligado a alejarme, ya conocéis las razones; si os dejo con esta mujer, antes de un mes, convencida por su madre, os devuelve a París, y como después del escándalo que acaba de producirse ya no podéis casaros, estad segura de que estas dos crueles personas se volverán dueñas de vos para haceros llorar eternamente en un claustro tanto vuestra debilidad como nuestros placeres. Es vuestra abuela, Eugénie, quien dirige las acusaciones contra mí, es ella quien se une a mis enemigos para acabar de aplastarme; tal conducta de su parte, ¿puede tener otro objetivo que el de apoderarse de vos? ¿Y lo conseguiría sin encerraros? Cuanto más se envenenan mis asuntos, más fuerza y crédito cobra el partido que

nos atormenta. Pero no hay duda de que vuestra madre está, interiormente, al frente de ese partido, no hay duda de que se unirá a él en cuanto yo me ausente. Sin embargo, ese partido sólo quiere mi perdición para convertiros en la más desdichada de las mujeres; por tanto, hay que apresurarse a debilitarlo, y sustraerle a *Mme.* de Franval equivale a privarle de su mayor energía. ¿Es posible otro arreglo? ¿Podría llevaros conmigo? Vuestra madre, irritada, se reuniría enseguida con la suya, y entonces, Eugénie, no habría un solo instante de tranquilidad para nosotros; seremos buscados y perseguidos por todas partes; ningún país tendrá derecho a darnos asilo, ningún refugio sobre la superficie del globo se volverá sagrado… inviolable, a ojos de unos monstruos cuya rabia nos perseguirá; ¿desconocéis a qué distancia alcanzan esas armas odiosas del despotismo y de la tiranía cuando, pagadas a precio de oro, las dirige la maldad? Por el contrario, muerta vuestra madre, *Mme.* de Farneille, que la quiere más que a vos, y que sólo vive para ella, viendo su partido disminuido del único ser que realmente la une a él, abandonará todo, dejará de incitar a mis enemigos… no los excitará más contra mí. Desde este momento, una de dos, o el asunto de Valmont se arregla, y ya nada se opone a nuestra vuelta a París, o empeora, y, obligados entonces a huir al extranjero, estaremos cuando menos al abrigo de los disparos de la Farneille, que, mientras vuestra madre viva, no tendrá otra meta que nuestra desgracia, porque, lo repito, imagina que la felicidad de su hija sólo puede conseguirse con nuestra caída.

»Desde cualquier punto de vista que consideréis nuestra posición, veréis a *Mme.* de Franval cruzándose en todo nuestro reposo, siendo su detestable existencia el impedimento más seguro a nuestra felicidad.

»Eugénie, Eugénie —prosigue Franval con calor, cogiendo las dos manos de su hija—… querida Eugénie, tú me amas; ¿quieres entonces perder por siempre al que te adora, por miedo a un acto… tan esencial para nuestros intereses? ¡Oh, querida y tierna amiga!, decídete, sólo puedes conservar a uno de los dos; parricida por necesidad, sólo tienes que dejar elegir a tu corazón dónde deben hundirse tus criminales puñales; o tiene que perecer tu madre, o tienes que renunciar a mí…, ¿qué digo?, es necesario que tú misma me degüelles. ¿Viviré, ay, sin ti?… ¿Crees que me sería posible seguir viviendo sin mi Eugénie? ¿Resistiré al recuerdo de los placeres que habré gustado en estos brazos… de estos placeres deliciosos, eternamente perdidos para mis sentidos? Tu crimen, Eugénie, tu crimen es el mismo en ambos casos; o hay que destruir a una madre que te detesta y sólo vive para tu desgracia, o hay que asesinar a un padre que sólo respira por ti. Elige, elige, pues, Eugénie, y si es a mí al que condenas, no vaciles, hija ingrata, desgarra sin piedad este corazón cuyo único error es amarte demasiado; yo bendeciré los

golpes que vengan de tu mano, y mi último suspiro será para adorarte.

Franval calla para escuchar la respuesta de su hija; pero una profunda reflexión parece mantenerla en suspenso… Por fin se abalanza en brazos de su padre.

—¡Oh, tú, al que amaré toda mi vida! —exclama—, ¿puedes dudar de la decisión que tomo? ¿Puedes sospechar de mi valor? Arma ahora mismo mis manos, y aquella a quien proscriben sus horrores y tu seguridad pronto caerá bajo mis golpes. Instrúyeme, Franval, regula mi conducta, vete, puesto que tu tranquilidad lo exige. En tu ausencia, yo actuaré, te informaré de todo; pero sea cual fuere el giro que tomen los asuntos…, perdida nuestra enemiga, no me dejes sola en este castillo, lo exijo… ven a por mí, o comunícame los lugares donde pueda reunirme contigo.

—Hija adorada —dice Franval abrazando al monstruo al que ha sabido seducir demasiado—, bien sabía yo que encontraría en ti todos los sentimientos de amor y de firmeza necesarios para nuestra mutua felicidad… Toma esta caja[136]… la muerte está en su seno…

Eugénie coge la funesta caja, renueva sus juramentos a su padre; se deciden las demás resoluciones; quedan de acuerdo en que ella esperará el desenlace del proceso, y que el crimen planeado se llevará a cabo o no en razón a lo que se decida en favor o en contra de su padre… Se separan, Franval vuelve a reunirse con su esposa, lleva la audacia y la falsía hasta inundarla de lágrimas, hasta recibir, sin desdecirse, las caricias conmovedoras y llenas de candor prodigadas por aquel ángel celestial. Luego, decidido que permanecerá a salvo en Alsacia con su hija, sea el que fuere el desenlace de su caso, el malvado monta a caballo, y se aleja… se aleja de la inocencia y de la virtud, tanto tiempo mancilladas por sus crímenes.

Franval fue a establecerse en Basilea, a fin de encontrarse así tanto al abrigo de las persecuciones que podrían hacerse contra él como, al mismo tiempo, lo más cerca posible de Valmor, para que sus cartas pudieran, en su lugar, alimentar en Eugénie las disposiciones que deseaba… Había unas veinte leguas de Basilea a Valmor, pero las comunicaciones eran bastante fáciles, aunque estuviesen en medio de la Selva Negra, para poder conseguir una vez a la semana nuevas de su hija. Para prevenir cualquier azar, Franval había llevado consigo sumas inmensas, pero más todavía en papel que en dinero.

Dejémosle establecerse en Suiza, y volvamos junto a su mujer. Nada más

puro, nada más sincero que las intenciones de esta excelente criatura; había prometido a su esposo permanecer en aquella casa de campo hasta sus nuevas órdenes; nada hubiera hecho cambiar sus resoluciones, se lo aseguraba todos los días a Eugénie… Por desgracia, demasiado lejos de depositar en ella la confianza que esta respetable madre estaba hecha para inspirarle, compartiendo siempre la injusticia de Franval, cuyas semillas alimentaba él con sus cartas regulares, Eugénie no imaginaba que pudiera tener en el mundo una enemiga mayor que su madre. Sin embargo no había nada que ésta no hiciese para destruir en su hija la invencible distancia que aquella ingrata conservaba en el fondo de su corazón; la colmaba de caricias y ternura, se felicitaba tiernamente con ella por el feliz regreso de su marido, llevaba su dulzura y su simpatía hasta el punto de dar a veces las gracias a Eugénie y de atribuirle todo el mérito de aquella dichosa conversión; luego, se lamentaba de haberse convertido en causa inocente de las nuevas desdichas que amenazaban a Franval; lejos de acusar de ellas a Eugénie, únicamente se las reprochaba a sí misma y, estrechándola contra su seno, le preguntaba entre lágrimas si alguna vez podría perdonarla… El alma atroz de Eugénie se resistía a este proceder angélico, aquella alma perversa no oía ya la voz de la naturaleza; el vicio había cerrado todos los caminos que podían llevar a ella… Apartándose fríamente de los brazos de su madre, la miraba con ojos a veces extraviados, y se decía, para animarse: *¡Qué falsa es esta mujer… qué pérfida es… me acarició igual el día que me hizo raptar!* Pero estos injustos reproches sólo eran los abominables sofismas en que se sostiene el crimen cuando quiere ahogar el órgano del deber. Al hacer raptar a Eugénie para la felicidad de la una…, para la tranquilidad de la otra, y por los intereses de la virtud, *Mme.* de Franval había podido maquillar sus propósitos; sólo el culpable al que engañan desaprueba tales fingimientos, que no ofenden a la probidad. Eugénie se resistía, pues, a toda la ternura de *Mme.* de Franval porque deseaba cometer un horror, y no por los errores de una madre, que a buen seguro no había cometido ninguno con su hija.

Hacia el final del primer mes de estancia en Valmor, *Mme.* de Farneille escribió a su hija que el caso de su marido empezaba a agravarse, y que, tras el temor a una sentencia deshonrosa, el regreso de *Mme.* de Franval y de Eugénie se volvía de extrema necesidad, tanto para imponerse al público, que murmuraba las peores cosas, y solicitar juntas un acuerdo que pudiera desarmar a la justicia, como para responder del culpable sin sacrificarlo.

La señora de Franval, que estaba decidida a no tener ningún secreto con su hija, le mostró inmediatamente la carta. Eugénie, con sangre fría, preguntó, mirando fijamente a su madre, qué partido debía ella tomar ante aquellas tristes nuevas.

—Lo ignoro —respondió *Mme.* de Franval—… En realidad, ¿qué hacemos aquí? ¿No seríamos mil veces más útiles a mi marido siguiendo los consejos de mi madre?

—Vos sois la dueña, señora —respondió Eugénie—, yo estoy hecha para obedeceros, y podéis estar segura de mi sumisión…

Pero *Mme.* de Franval, comprendiendo por la sequedad de esta respuesta que esa decisión no convenía a su hija, le dice que aún puede esperar, que va a escribir de nuevo y que Eugénie debe tener por seguro que, de faltar a las disposiciones de Franval, sólo será en la extrema certeza de serle más útil en París que en Valmor.

Así pasó un mes, durante el que Franval no dejaba de escribir a su mujer y a su hija, y de recibir las cartas que más agradables podían resultarle, puesto que no veía en las unas más que una perfecta condescendencia con sus deseos, y en las otras la firmeza más completa en las resoluciones del crimen planeado, cuando el giro de los asuntos lo exigiese, o cuando *Mme.* de Franval diera la impresión de rendirse a las instancias de su madre; porque, decía Eugénie en sus cartas, si no observo en vuestra esposa más que rectitud y franqueza, y si los amigos que sirven a vuestros asuntos en París consiguen acabarlos, os devolveré la tarea que me habéis encargado, y la cumpliréis vos mismo cuando estemos juntos, si entonces os parece oportuno, a menos que, en cualquier caso, me ordenéis actuar y que lo consideréis indispensable; entonces me haría cargo de todo, podéis estar seguro.

Franval aprobó en su respuesta todo lo que le decía su hija, y ésas fueron las últimas cartas que recibió y que escribió. La posta siguiente no trajo más. Franval se preocupó; igual de poco satisfecho también del correo siguiente, se desespera, y, como su agitación natural no le permitía seguir esperando, decide acto seguido ir él mismo a Valmor para saber la causa de unos retrasos que tan cruelmente le inquietan.

Monta a caballo, seguido por un criado fiel; debía llegar el segundo día, bastante avanzada la noche para no ser reconocido por nadie; a la entrada de los bosques que cubren el castillo de Valmor, y que se unen a la Selva Negra por oriente, seis hombres bien armados detienen a Franval y a su lacayo; exigen la bolsa; aquellos bribones están al tanto de todo, saben con quién hablan, saben que Franval, implicado en un mal asunto, nunca viaja sin su cartera y sin muchísimo oro… El criado resiste, es tumbado sin vida a los pies de su caballo; Franval, espada en mano, echa pie a tierra, carga contra aquellos desdichados, hiere a tres y

se encuentra rodeado por los otros; le quitan cuanto tiene, sin lograr no obstante arrebatarle el arma, y los ladrones escapan en cuanto lo han despojado; Franval los sigue, pero los bandidos, hendiendo el aire con su botín y los caballos, escapan sin que sea posible saber hacia qué lado han dirigido sus pasos.

Hacía una noche horrible, el aquilón, el granizo… todos los elementos parecían haberse desencadenado contra aquel miserable… Quizá haya casos en que la naturaleza, sublevada contra los crímenes de aquel a quien persigue, pretenda abrumarle, antes de expulsarlo de ella, con todos los azotes de que dispone… Franval, medio desnudo, pero siempre con su espada en la mano, se aleja como puede de aquel funesto lugar, dirigiéndose hacia la parte de Valmor. Como conoce mal los alrededores de una tierra en la que no ha estado más que la única vez que lo hemos visto en ella, se extravía por los oscuros senderos de aquel bosque totalmente desconocido para él… Agotado de fatiga, anonadado por el dolor… devorado por la inquietud, atormentado por la tempestad, se arroja al suelo y, allí, las primeras lágrimas que haya derramado en su vida inundan sus ojos.

—¡Desdichado! —exclama—, todo se junta para aplastarme al fin… para hacerme sentir el remordimiento… que debía penetrar en mi alma por mano de la desgracia; engañado por las dulzuras de la prosperidad, siempre la habría ignorado. ¡Oh, tú, a quien ultrajé tan gravemente, tú, que en este momento tal vez te vuelvas presa de mi furor y de mi barbarie!… esposa adorable… el mundo, glorioso de tu existencia, ¿te posee aún? ¿Ha detenido la mano del cielo mis horrores?… ¡Eugénie!, hija demasiado crédula, seducida demasiado indignamente por mis abominables estratagemas… ¿ha ablandado la naturaleza tu corazón?… ¿Ha suspendido los crueles efectos de mi ascendiente y de tu debilidad?… ¿Estoy a tiempo todavía?… ¿Estoy a tiempo, justo cielo?…

De repente, el son lastimero y majestuoso de varias campanas, surgiendo tristemente de las nubes, viene a aumentar el horror de su suerte… Se conmueve… se asusta…

—¿Qué oigo? —exclama levantándose—… Hija bárbara…, ¿es esto la muerte?… ¿Es esto la venganza?… ¿Son esto las Furias del infierno que vienen a rematar su obra?… ¿Me las anuncian esos sones?… ¿Dónde estoy?… ¿Puedo oírlos?… ¡Acaba, oh cielo!… Acaba de inmolar al culpable… (Y prosternándose)… ¡Dios mío!, permite que una mi voz a los que te imploran en este instante… mira mi remordimiento y tu poder, perdóname por no haberte conocido… y dígnate escuchar los votos… ¡los primeros votos que me atrevo a elevar hacia ti! Ser

supremo… preserva la virtud, protege a la que fue tu imagen más bella en este mundo; ¡que esos sones, ay, que esos lúgubres sones no sean los que temo!

Y Franval extraviado… sin saber ya ni lo que hace ni adónde se encamina, profiriendo únicamente palabras incoherentes, sigue el primer sendero que encuentra… Oye a alguien… vuelve en sí… presta oídos… es un hombre a caballo…

—Quienquiera que seáis —exclama Franval, avanzando hacia aquel hombre—…, quienquiera que podáis ser, tened piedad de un desdichado extraviado por el dolor. Estoy a punto de atentar contra mi vida… instruidme, socorredme si sois hombre y compasivo… ¡Dignaos salvarme de mí mismo!

—¡Dios! —responde una voz demasiado conocida para aquel infortunado—. ¿Cómo? ¡Vos aquí… oh, cielos! ¡Alejaos!

Y Clervil… era él, era aquel respetable mortal escapado de las cadenas de Franval, enviado por el destino hacia aquel desdichado en el momento más triste de su vida, Clervil salta del caballo y va a caer en los brazos de su enemigo.

—Sois vos, señor —dice Franval a aquel hombre honrado contra su pecho—, ¿vos, contra quien tantos horrores tengo que reprocharme?

—Calmaos, señor, calmaos, dejo de lado las desgracias que acaban de rodearme, ya no me acuerdo de aquellas con que vos quisisteis cubrirme cuando el cielo me permite seros útil… y voy a serlo, señor, de una forma cruel sin duda, pero necesaria… Sentémonos… echémonos al pie de este ciprés, sólo a su siniestra hoja le corresponde ahora coronaros… ¡Oh, mi querido Franval, de cuántos reveses tengo que informaros!… ¡Llorad, amigo mío! Las lágrimas os alivian, y yo debo arrancar de vuestros ojos otras más amargas aún… han pasado los días de delicias… se han desvanecido para vos como un sueño, ya sólo os quedan los del dolor.

—¡Oh!, señor, os comprendo… esas campanas…

—Van a llevar a los pies del Ser supremo… los homenajes, los votos de los tristes habitantes de Valmor, a quienes el Eterno sólo permitió conocer a un ángel para apiadarse y compadecerla…

Entonces Franval, volviendo la punta de su espada hacia su corazón, iba a cortar el hilo de su vida; pero Clervil, adelantándose a esa acción furiosa:

—No, no, amigo mío —exclama—, no es morir lo que hay que hacer, sino reparar. Escuchadme, tengo muchas cosas que deciros, se necesita calma para oírlas.

—¡Bien!, señor, hablad, os escucho; hundid poco a poco el puñal en mi seno, es justo que sea torturado lo mismo que él ha querido atormentar a los demás.

—Seré breve en lo que a mí se refiere, señor —dijo Clervil—. Al cabo de varios meses de la horrible estancia en que me sumisteis, fui lo bastante afortunado para apiadar a mi carcelero; me abrió las puertas; yo le recomendé sobre todo que ocultase con el mayor cuidado la injusticia que os habíais permitido conmigo. No hablará, querido Franval, no hablará nunca.

—¡Oh, señor!…

—Escuchadme, os lo repito, tengo muchas más cosas que deciros. De regreso a París, supe vuestra desgraciada aventura… vuestra marcha… Compartí las lágrimas de *Mme.* de Farneille… eran más sinceras de lo que habéis creído; me uní a esta digna mujer para convencer a *Mme.* de Franval para devolvernos a Eugénie, dado que su presencia era más necesaria en París que en Alsacia… Vos le habíais prohibido abandonar Valmor… os obedeció… nos envió esas órdenes, nos hizo partícipes de su negativa a infringirlas; se mantuvo indecisa todo el tiempo que pudo… vos fuisteis condenado, Franval… lo estáis. Habéis perdido la cabeza como culpable de asesinato en descampado: ni las instancias de *Mme.* de Farneille, ni las gestiones de vuestros parientes y amigos han podido apartar la espada de la justicia, habéis sucumbido… habéis sido deshonrado para siempre… estáis arruinado… vuestros bienes han sido embargados… (Y tras un segundo gesto de furia de Franval). Escuchadme, señor, escuchadme, lo exijo de vos como reparación de vuestros crímenes; lo exijo en nombre del cielo, al que vuestro arrepentimiento todavía puede desarmar. Desde ese instante, escribimos a *Mme.* de Franval, la informamos de todo: su madre le anunció que su presencia se había vuelto indispensable, me enviaba a Valmor para decidirla a que partiese: yo seguí a la carta; pero por desgracia, la carta llegó antes que yo; cuando llegué, era demasiado tarde… vuestro horrible complot se había consumado; encontré a *Mme.* de Franval agonizante[137]… ¡Oh, señor, qué maldad!… Mas vuestro estado me conmueve y dejo de reprocharos vuestros crímenes… Sabedlo todo. Eugénie no pudo soportar el espectáculo; su arrepentimiento, cuando yo llegué, se expresaba ya con las lágrimas y los sollozos más amargos… ¡Oh!, señor, ¿cómo describiros el cruel efecto de estas distintas situaciones?… Vuestra mujer agonizante… desfigurada por las convulsiones del dolor… Eugénie, devuelta a la naturaleza, lanzando unos

gritos horribles, confesándose culpable, llamando a la muerte, queriendo dársela, tan pronto a los pies de aquellos a los que implora como pegada al pecho de su madre, tratando de reanimarla con su aliento, de calentarla con sus lágrimas, de enternecerla con sus remordimientos; tales eran, señor, los siniestros cuadros que hirieron mis ojos cuando entré en vuestra casa. La señora de Franval me reconoció… me estrechó las manos… las mojó con sus lágrimas y pronunció algunas palabras que yo entendí con dificultad, sólo a duras penas salían de aquel pecho oprimido por las palpitaciones del veneno… pedía sobre todo perdón para su hija… Ya lo veis, hombre bárbaro, los últimos pensamientos, los últimos votos de aquella a la que vos desgarrabais eran todavía por vuestra felicidad. Le prodigué los cuidados que pude; alenté los afanes de los criados, recurrí a los médicos más célebres… consolé a vuestra Eugénie; conmovido por su horrible estado, no creí deber negárselos; nada se pudo hacer: vuestra desgraciada mujer rindió el alma en medio de estremecimientos… de suplicios imposibles de describir… En ese funesto momento, señor, vi uno de los efectos súbitos del remordimiento que hasta entonces yo había ignorado. Eugénie se precipita sobre su madre y muere al mismo tiempo que ella: creimos que sólo estaba desmayada… No, todas sus facultades se habían apagado; sus órganos, absorbidos por el impacto de la situación, se habían anulado al mismo tiempo, había expirado realmente por la violenta sacudida del remordimiento, del dolor y de la desesperación… Sí, señor, habéis perdido a las dos; y esas campanas cuyo son todavía hiere vuestros oídos, celebran a la vez a dos criaturas, nacidas ambas para vuestra felicidad, que vuestras fechorías han convertido en víctimas de su amor por vos, y cuyas imágenes ensangrentadas os perseguirán hasta el seno de las tumbas.

»¡Oh, querido Franval! ¿Me equivocaba cuando en el pasado traté de persuadiros de que salieseis del abismo en el que os precipitaban vuestras pasiones? ¿Y condenaréis y os burlaréis de los sectarios de la virtud? ¿Se equivocan, por último, cuando le rinden culto, si ven al crimen rodeado por tantos desastres y tantas calamidades?

Clervil se calla. Lanza sus miradas sobre Franval; lo ve petrificado por el dolor; sus ojos estaban idos, corrían lágrimas de ellos, pero ninguna expresión lograba llegar a sus labios. Clervil le pregunta los motivos del estado de desnudez en que lo ve: Franval le informa en dos palabras.

—¡Ah!, señor —exclama este generoso mortal—, ¡qué feliz soy, incluso en medio de los horrores que me rodean, de poder al menos aliviar vuestro estado! Iba en vuestra busca a Basilea, iba a informaros de todo, iba a ofreceros lo poco que

poseo… Aceptadlo, os lo ruego; no soy rico, ya lo sabéis… pero aquí tenéis cien luises… son mis ahorros, es cuanto tengo… Os exijo que…

—¡Hombre generoso! —exclama Franval, abrazando las rodillas de aquel honrado y raro amigo—, ¿a mí? ¡Cielo! Necesito algo tras las pérdidas que he sufrido… ¡y sois vos… vos al que he tratado tan mal… sois vos el que voláis en mi ayuda!

—¿Hemos de acordarnos de las injurias cuando la desgracia abruma al que pudo hacérnoslas? La venganza que en este caso se le debe consiste en aliviarle; ¿por qué seguir abrumándole, cuando sus propios reproches lo desgarran?… Señor, ésta es la voz de la naturaleza; bien veis que el culto sagrado de un Ser supremo no la contradice como imaginabais, puesto que los consejos que una inspira no son más que las leyes sagradas del otro.

—No —respondió Franval levantándose—; no, ya no necesito nada, señor, el cielo, dejándome este último recurso —prosiguió mostrando su espada— me enseña lo que debo hacer con ella… (Y mirándola). Es la misma, sí, caro y único amigo, es la misma arma que mi celestial mujer tomó un día para traspasarse el seno, cuando yo la agobiaba a horrores y calumnias… es la misma… Tal vez encuentre rastros de esa sangre sagrada… la mía tendrá que borrarlos… Sigamos… lleguemos a alguna choza donde pueda comunicaros mis últimas voluntades… y luego nos separaremos para siempre…

Se ponen en marcha; iban en busca de un camino que pudiera acercarlos a algún lugar habitado… La noche seguía envolviendo el bosque con sus velos… tristes cantos se dejan oír, el pálido resplandor de algunas antorchas viene de pronto a disipar las tinieblas… viene a arrojar un tinte de horror que sólo las almas sensibles pueden concebir; el sonido de las campanas redobla, se une a aquellos lúgubres acentos, que todavía apenas distinguen, el rayo, que se ha callado hasta ese instante, relampaguea en los cielos y mezcla sus truenos a los sones fúnebres que se oyen. Los relámpagos que surcan la nube, eclipsando a intervalos el siniestro fuego de las antorchas, parecen disputar a los habitantes de la tierra el derecho a llevar al sepulcro a aquella a la que acompaña aquel convoy; todo provoca horror, todo respira desolación… Parece que sea el duelo eterno de la naturaleza.

—¿Qué es esto? —dice Franval emocionado.

—Nada —responde Clervil cogiendo la mano de su amigo y apartándole de

aquella ruta.

—¿Nada?, me engañáis, quiero ver qué es…

Se lanza hacia delante… ve un ataúd.

—¡Justo cielo! —exclama—, ahí está, ¡ella es… ella es! Dios permite que vuelva a verla.

A instancias de Clervil, que ve la imposibilidad de calmar al desdichado, los sacerdotes se apartan en silencio… Enloquecido, Franval se arroja sobre el ataúd, arranca de su interior los tristes restos de aquella a la que tan vivamente ha ofendido; coge el cuerpo entre sus brazos, lo deposita al pie de un árbol y, abalanzándose sobre él con el delirio de la desesperación, exclama fuera de sí.

—¡Oh, tú!, tú, cuyos días pudo apagar mi barbarie, ser conmovedor que todavía idolatro, mira a tus pies a tu esposo atreviéndose a pedir su perdón y su gracia; no imagines que es para sobrevivirte, no, no, es para que el Eterno, movido por tus virtudes, se digne, si es posible, perdonarme como tú… necesitas sangre, querida esposa, es precisa para que seas vengada… vas a serlo… ¡Ah!, mira antes mis lágrimas, mira mi arrepentimiento; voy a seguirte, sombra querida… pero ¿quién recibirá mi alma torturada si tú no imploras por ella? Rechazada de los brazos de Dios como de tu seno, ¿quieres que sea condenada a los horribles suplicios de los infiernos cuando se arrepiente con tanta sinceridad de sus crímenes?… Perdona, alma querida, perdónalos, y mira cómo los vengo.

Tras estas palabras, Franval, escapando a la vigilancia de Clervil, se atraviesa el cuerpo dos veces con la espada que sostiene; su sangre impura corre sobre la víctima y parece mancillarla más que vengarla.

—¡Oh, amigo mío! —dice a Clervil—, muero, pero muero en el seno de los remordimientos… Contad a los que dejo tras de mí tanto mi deplorable fin como mis crímenes, contadles que así es como debe morir el triste esclavo de sus pasiones, lo bastante vil para haber apagado en su corazón el grito del deber y de la naturaleza. No me neguéis la mitad del ataúd de esta desdichada esposa, no lo hubiera merecido sin mis remordimientos, pero ellos me hacen digno de él, y lo exijo; adiós.

Clervil atendió los deseos de aquel desdichado, el séquito volvió a ponerse en marcha; un eterno asilo enterró pronto para siempre a dos esposos nacidos para amarse, hechos para la felicidad, y que la hubiesen saboreado en toda su pureza si

el crimen y sus espantosos desórdenes, bajo la culpable mano de uno de los dos, no hubieran venido a trocar en serpientes todas las rosas de su vida.

El honrado eclesiástico llevó pronto a París el horrible pormenor de estas distintas catástrofes; nadie lamentó la muerte de Franval, cuya vida sólo había ocasionado pesares; pero su esposa fue llorada… y lo fue muy amargamente; pues, ¿qué criatura más preciosa, más interesante a las miradas de los hombres que aquella que amó, respetó, cultivó las virtudes de la tierra sólo para encontrar a cada paso el infortunio y el dolor?

— — — — — — — — — — —

Si los pinceles de que me he servido para pintar el crimen te afligen y hacen gemir, tu enmienda no está lejos, y he producido en ti el efecto que buscaba. Pero si su verdad te despecha, si te hacen maldecir a su autor… desgraciado, te has reconocido, no te corregirás jamás.

Notas

[1] *Les Crimes de l'amour. Nouvelles héroïques et tragiques; précédés d'une Idée sur les romans et ornées degravures, par D. A. F. Sade, auteur d'Aliñe et Valcour*. À París, chez Massé, éditeur-propiétaire, rue Helvétius, n° 580. An Vil [18001,4 vols. in 12 de XI. 111-228. 274, 256 y 246 págs. <<

[2] El pormenor de estos cuadernos, con su contenido y fechas de redacción anotadas por el propio Sade, puede verse en la edición de Eric Le Grandic (véase en la bibliografía), págs. 485-488. <<

[3] Los relatos que Sade eliminó para la edición de los *Crímenes* fueron publicados por Maurice Heine: *Historiettes, contes el fabliaux de D. A. E. marquis de Sade*, 1926. <<

[4] Eric Le Dantic, en su edición de *Les Crimes de l'amour*, ofrece en los márgenes del texto buena parte de las variaciones más significativas, atendiendo sobre todo al cambio que, obligado por las circunstancias concretas, hace el marqués de Sade. <<

[5] Le Dantic, ed. cit., pág. 491. <<

[6] Le Damic, ed. cit., pág. 491. <<

[7] Puede verse en la edición citada de Le Dantic, págs. 502-507. <<

[8] Abate Dinouart, *El arte de callar*, trad. M. Armiño, págs. 108-109, Ediciones Siruela, 1999. <<

[9] Véase nota 76. <<

[10] Véase *Las ciento veinte jornadas de Sodoma*, trad. de M. Armiño, Editorial Valdemar, 2006, pág. 45. <<

[11] *Les Crimes de l'amour*, ed. cit., pág. 158. <<

[12] Le Dantie, ed. cit., pág. 541. <<

[13] Para todo este fragmento téngase en cuenta que traduzco por «novela» el término *roman*. De ahí las similitudes que pueden apreciarse en el texto cuando Sade explica la etimología de *roman*. Esta voz deriva de *romanice*, término adverbial

del latín popular que significa «al modo, a la manera de los *romanos*», adoptando esta última palabra de romanos la significación que tomó tras la invasión de los bárbaros. Con *romanice* se designó al principio la lengua vulgar por oposición a la culta que era el latín; a partir del siglo XII designó en francés todo relato, incluso poemático, en lengua vulgar y especialmente, en los siglos XI-XV, las novelas de aventuras en verso y los relatos de caballería en prosa; y en el XVII tomó el sentido actual de novela. La voz latina *romanice* dio en castellano resultados distintos: *romance*, hacia 1140, se aplicaba al habla de los romanos; luego pasó a designar el lenguaje hablado por las naciones romanizadas o neolatinas; sustantivado, *romance* se utilizó para designar la lengua vulgar y, posteriormente, los escritos en esa lengua, en especial el verso narrativo. En el siglo XV, la voz *romance* se especializa en castellano para el género de poemas que conocemos con ese nombre. Véase para este tema J. Corominas, *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, y O. Bloch y W. von Watburg, *Dictionnaire étymologique de la langue frangaise*. <<

[14] El tema preocupaba en la época; en 1670, Huet, a quien luego Sade citará concretamente, la definía en su *Lettre à M. de Sagrais, sur l'origine des romans*: «Lo que propiamente se llaman novelas son ficciones de aventuras amorosas, escritas en prosa con arte, para el goce y la instrucción de los lectores. Digo ficciones para distinguirlas de las historias verdaderas. Digo luego aventuras amorosas, porque el amor debe ser el principal tema de la novela. Deben estar escritas en prosa para estar de acuerdo con la costumbre de este siglo. Deben estar escritas con arte, y según determinadas reglas. El objetivo principal de las novelas es la instrucción de los lectores, a quienes siempre hay que mostrar la virtud premiada y el vicio castigado». Por su parte, el caballero de Jaucourt, encargado de la entrada *roman* en la *Encyclopédie*, la definió como «relato ficticio de diversas aventuras maravillosas o verosímiles de la vida humana».

Pierre Daniel Huet (1630-1721), eclesiástico y erudito francés, poseedor de una biblioteca de 8.000 volúmenes y 200 manuscritos, era buen conocedor del hebreo y del griego. Además de una crítica de la filosofía cartesiana (1689) y de una *Histoire du Commerce et de la Navigation des Anciens* (1763), escribió él *Traité sur l'origine des Romans* (al frente de la novela *Zayde*, de *Mme.* de La Fayette, 1693), que sigue siendo su aportación más viva.

El caballero Louis de Jaucourt (1704-1779) fue filósofo ilustrado, infatigable colaborador de Diderot en la *Enciclopedia*, a la que aportó, además de distintos artículos —el dedicado a la novela, por ejemplo—, un laborioso trabajo de revisión y ayuda. <<

[15] «Lo que propiamente se llaman novelas son ficciones de aventuras amorosas, escritas en prosa con arte, para el placer y la instrucción de los lectores», es la definición ya citada (véase más arriba, nota 2) de Huet en su Traité sur l'origine des Romans. <<

[16] *Libro de Esdrás y Nehemías* (o I y II de Esdrás) es un complemento del libro de Crónicas de la Biblia; el I, dividido en dos partes, narra la historia de Judea, posterior a la ruina del reino de Babilonia. El libro II fue puesto bajo la advocación de Nehemías, restaurador de Jerusalén, cuyos muros edificó además de renovar la alianza del pueblo judío con Dios. Debido a Esdrás, que aprovechó su propia experiencia biográfica —descendiente de Aarón, vivió en la corte de Artajerjes, y al regreso del exilio en Babilonia trabajó en la restauración de la comunidad judía en Jerusalén—, y a las memorias de Nehemías, este libro es de extraordinaria importancia para la historia posterior al exilio y la reconstrucción del templo de Jerusalén. <<

[17] A Heliodoro de Éfeso, que vivió en el siglo m, se atribuye *Las etiópicas o historia de Teágenes y Cariclea*. Fue novela muy admirada en la época bizantina y en los tiempos modernos; Cervantes la citará en los *Trabajos de Persiles y Segismunda*. Influyó poderosamente en la narrativa francesa del XVII. A lengua castellana llegó la primera parte en 1554 (Amberes), traducida de la versión francesa de Amyot; la segunda, obra de Fernando de Mena (Alcalá de Henares, 1787), fue realizada a partir de una versión latina cotejada con el texto griego. <<

[18] No queda ninguna noticia de Arístides de Mileto, escritor griego de la época helenística, que vivió probablemente entre los siglos III y II (a. e. c.). De su obra sólo nos han llegado fragmentos de su colección de cuentos titulada *Milesias*, que más tarde fueron traducidos al latín y adaptados por L. Cornelio Sisenna. Los testimonios de Ovidio, Luciano y Apuleyo, que lo leyeron, lo califican de fabulista autor de historietas y anécdotas, dotado de un espíritu licencioso y deliberadamente obsceno. <<

[19] Apuleyo había nacido en Madaura (África) hacia el año 125, y pertenecía a una distinguida familia que le permitió estudiar en Atenas tras inicios retóricos en Cartago. Parece que se estableció ahí tras numerosos viajes del que fue fruto, entre otros, su obra más famosa: *Asinus aureus (El asno de oro,* o, más exactamente, *El asno pelirrojo*, color que, como también ese animal, simbolizaba el mal para los antiguos egipcios), también conocida como las *Metamorfosis*, novela en once libros de carácter diverso, que cuenta mezclando fantasía y realismo, a través de su protagonista, Lucius, metamorfoseado en asno, aventuras picarescas; entre ellas se

encuentra el famoso relato de los *Amores de Psique y de Cupido* (libros IV-VI). <<

[20] Antonio Diógenes, novelista griego, vivió a finales del siglo I si nos apoyamos en las conjeturas establecidas a partir de su obra y su relación con el neopitagorismo. Escribió *Maravillas más allá de Tule*, viaje imaginario en veinticuatro libros de los que nos ha quedado un resumen hecho por Focio; pese al interés de las anécdotas eróticas, lo tienen mayor las aventuras sobrenaturales en tierras desconocidas. Dio lugar a diversas obras de carácter erótico y aventurero, desde las *Etiópicas*, de Heliodoro, antes citadas, a las *Aventuras de Leucipa y Clitofonte*, de Aquiles lacio, percibiéndose su influencia en el renacimiento y el barroco italiano y español (Tasso, Cervantes). <<

[21] Yámblico, o Jámblico, de origen sirio, vivió en el siglo II en Grecia. De sus *Babilónicas*, novela en 35 libros, sólo se conservan algunos extractos publicados en la *Biblioteca* de Focio: en ellos narra los amores de Rodanes y Simonis, perseguidos por el rey de Babilonia, enamorado de esta última; esa persecución permite al autor mezclar realidad y fantasía y dar cuenta de supersticiones orientales de la época.

Poco se sabe de la existencia de Longo el Sofista; quizá naciera en Lesbos y pasara luego a ser esclavo de un romano. Vivió posiblemente a fines del siglo II y dejó una novela, *Dafnis y Cloe*, de gran influencia en la narrativa pastoril de los siglos XVI y XVII; para Goethe, por ejemplo, era una obra maestra «en la que la inteligencia, el arte y el buen gusto alcanzan su más alto nivel, y ante la cual incluso el buen Virgilio hubo de ceder un tanto». Al castellano fue traducida por Juan Valeraen 1880. <<

[22] Petronius Arbiter, Petronio (¿-65 d. e. c.), es el autor satírico latino más importante; se le debe el *Satiricón*, novela que narra las andanzas libertinas y, sobre todo, homosexuales de dos hombres jóvenes: Encolpio —el narrador— y su amigo Asciro, a quienes se suma un muchacho, Gitón, que los enfrenta entre sí.

Publio Terencio Varrón, Atacinus, fue un poeta latino nacido en el 82 a. e. c., de cuya vida no se conoce nada, y de su obra sólo fragmentos. Escribió un *Bellum Sequanicum (Guerra contra los secuanos),* para celebrar las hazañas de César en la Galia, y un poema sobre geografía, además de traducir libremente los *Argonautica* del griego Apolonio Rodio. <<

[23] «Hemos sido imitadores en todo, debemos confesarlo, tanto en nuestros defectos como en nuestras más bellas obras. A la imaginación ardiente y desordenada de los pueblos del Sur y del Oriente, que fueron letrados antes que

nosotros, les pedimos prestado ese carácter tan excesivamente exagerado que al principio reinó en nuestras mayores novelas. Imitábamos a los españoles que a su vez imitaban a los árabes… Durante mucho tiempo hemos pagado tributo de imitación a los escritores de esa zona: se convirtieron en nuestros maestros, igual que lo habían sido los italianos cuando componíamos nuestras *nouvelle* sobre sus *nouvelle* y nuestros poemas galantes, por lo menos en muchos casos, respiraban la afectación de Petrarca, aunque sin su armonía ni su elegancia» (La Harpe, *Lycée ou Cours de littérature ancienne et moderne*, 1799, en doce volúmenes). Para Jean François de La Harpe (1739-1803) —crítico y dramaturgo, autor de excelentes estudios clásicos, que han pervivido más que sus obras poéticas y sus tragedias—, el italiano fue la primera lengua románica en perfeccionarse y quedar fijada gracias a Dante y Petrarca; para Sade *(Mémoires pour la vie de Pétrarque),* la poesía italiana tendría por madre la poesía provenzal. <<

[24] Honoré d'Urfé, escritor francés (1567-1625) autor de la inacabada *L'Astrée*, cuya publicación inició en 1607. Sus cinco mil páginas recogen esa primera parte, a la que posteriores ediciones añadieron una segunda (1619), una tercera (1620) y una cuarta (1624); una quinta, postuma, sigue dejando inconclusa la trama narrativa. El éxito de esta novela bucólica fue inmenso y marcó, junto con *La Arcadia* del italiano Sannazaro, modelo a su vez de d'Urfé, toda la literatura europea durante cien años. El principal mérito es el sutil análisis del amor que d'Urfé hace al relatar sus propias aventuras: bajo el disfraz del pastor Céladon, d'Urfé narra las peripecias que lo llevaron a casarse con la bella Astrée, salpicadas de numerosos episodios que abandonan la intriga principal para dar cabida a numerosos hechos contemporáneos en sus cinco mil páginas. <<

[25] Novelistas y poetas del siglo XVII de obras farragosas de millares de páginas: el *Polexandre*, de Gomberville, por ejemplo, tiene 3.200 páginas en octavo; la *Cleopâtre*, de La Calprenéde, está formada por 23 volúmenes que tardaron doce años en aparecer.

Jean Desmarest de Saint-Sorlin (1595-1676), autor de *Ariane*, fue poeta y dramaturgo, amigo íntimo de Richelieu, a quien prestó su pluma en tragedias y comedias. Desempeñó un activo papel en la formación de la Academia Francesa y en la vida literaria, a pesar de que sus propuestas de la inspiración cristiana como fuente de poesía no fueron seguidas; espíritu curioso, inauguró una larga serie de epopeyas cristianas que no tuvieron continuación.

Marin Le Rioy de Gomberville (1600-1674), aunque empezó como poeta —fue estimado por la pureza de su lengua—, gozó de mayor renombre por sus

novelas, en especial por ese título de *Polexandre* (1629), novela de intrigas múltiples, llena de acción y acontecimientos.

La Calprenède (1609-1663), autor en principio de tragedias y tragicomedias de época, se volvió hacia la novela con *Cassandre* (10 vols.), *Cléopâtre* (1647-1658), *Faramond* (12 vols., e inacabada, 1661-1670), ambientadas en marcos pseudohistóricos y de moral corneliana. <<

[26] «Puedo leer toda mi vida *Don Quijote* sin sentir desagrado en ningún momento. De todos los libros que he leído en mi vida, *Don Quijote* es el que más me gustaría haber escrito» (Saint-Évremond, *Œuvres en prose*, ed. Rene Ternois, 1969, t. IV, págs. 115-116).

Charles de Saint-Évremond (c. 1616 —1703), moralista y crítico, publicó su primera obra sin su nombre en 1650, *Comédie des Académistes*, en la que ridiculizaba la recién creada Academia Francesa. Descubierto como autor de críticas anónimas contra la política de Mazarino, huyó a Inglaterra (1661), donde vivió hasta el final de sus días participando en la vida intelectual inglesa sin cesar de estar al tanto de la vida literaria de París. Escribió ensayos políticos, morales y literarios, opúsculos, obras de teatro y una *Correspondencia* que permite apreciar su sutil sentido de la observación. <<

[27] Marie-Madeleine Pioche de la Vegne, condesa de La Fayette (1634-1692), autora de *La Princesa de Claves*, editada sin nombre de autor en 1678, igual que el resto de sus novelas aparecidas en vida. *La Princesa de Claves* está considerada como una de las mejores novelas psicológicas del período clásico francés, alcanzando su lenguaje, por vez primera en esa literatura, el nivel de los géneros literarios denominados nobles. <<

[28] Franfois de Salignac de La Mothe, Fénelon (1651-1715), arzobispo de Cambrai, orador y escritor sagrado, defensor de la doctrina del amor puro de *Mme.* Guyon, que le llevó hacia el quietismo. Además de ser preceptor del duque de Borgoña, trabajó como director espiritual de varios personajes de la corte en la que entró gracias a *Mme.* de Maintenon, que más tarde le retiraría su favor; por otra parte, se había enemistado con diversos eclesiásticos de la corte, entre ellos con su antiguo maestro Bossuet, que le reprochaba su excesivo misticismo. Dejó abundantes sermones, diálogos, folletos polémicos en defensa de sus ideas religiosas y, sobre todo, un *Télémaque* (1699), especie de enciclopedia narrativa en la que mitología y geografía sirven de marco a una enseñanza moral y, de manera especial, política. Durante mucho tiempo fue tenida como obra maestra de la prosa

francesa. Sade conocía bien este libro; además de pensar en escribir una refutación de Fénelon, aprovechó el *Télémaque* para *Aline et Valcoury La filosofia en el tocador*: en ésta, la seducción de Dolmancé es comparada con la «unción mística» descrita por el arzobispo. <<

[29] *Mme.* Guyon du Chesnou (1648-1717), escritora mística francesa que, tras enviudar a los veintiocho años, se estableció en París para propagar la doctrina del puro amor. Luego ingresó en el convento de Thonon, a cuyo superior, Lacombe, logró convencer de sus ideas místicas enraizadas en el quietismo del español Miguel de Molinos (1628-1696). En 1688 fue detenida durante ocho meses; sus ideas fueron examinadas por un tribunal religioso a instancias de Bossuet, con quien por ello se enemistó Fénelon, celoso defensor del quietismo. Aunque se sometió a los dictámenes de las Conferencias de Issy, que examinaron sus obras, fue detenida en dos ocasiones más hasta que se refugió en Blois. Sus obras comprenden cuarenta volúmenes. <<

[30] Paul Scarron (1610-1660), poeta, novelista y autor dramático, uno de los maestros de la literatura burlesca tanto en narrativa como sobre la escena; se había casado (1652) con una sobrina del poeta Agrippa d'Aubigné, Framjoise d'Aubigné, amante titulada con el nombre de *Mme.* de Maintenon, y desde 1684 esposa morganática de Luis XIV. Su obra más famosa fue *Don Japhet d'Arménie* (1652) en las tablas, y en el terreno de la narración su *Roman comique* (1656) —protagonizada por una compañía de cómicos de Le Mans—, y sus *Nouvelles tragi-comiques*. En 1640 quedó paralítico, lo cual no le impidió seguir cultivando el humor ni casarse con Françoise d'Aubigné. <<

[31] Novelista y autora dramática francesa, *Mme.* de Gómez (1684-1770) era hija de un comediante célebre, Paul Poisson; se le deben tragedias como *Sémiramis, Habis, Cléarque, Marsidie*; una novela caballeresca: *La Histoire secrete de la conquite de Grenade* (1723), de cuentos reunidos en ocho volúmenes bajo el título de *Les Journées amusantes*, y, en especial, de *Cent Nouvelles nouvelles*, novela sentimental publicada en ocho volúmenes en 1735. Tampoco dejan de ser productos de la época las obras de las escritoras citadas algo más abajo, hoy olvidadas salvo para los historiadores de la literatura; gozaron, sin embargo, de predicamento en el siglo XVIII. <<

[32] *Mme.* de Graffigny (1695-1758) fue autora de las *Lettres péruviennes* (1747, 2ª ed. aumentada en 1752), que obtuvo un éxito clamoroso. Además de componer alguna pieza escénica, contó sus recuerdos sobre Voltaire y *Mme.* de Ghátelet, con quienes había pasado varias épocas en Cirey *(La Vie privée de Voltaire*, post. 1820).

<<

[33] Alusión a la *Histoire naturelle des animaux*, de Buffon. El fragmento a que Sade alude es, sin duda, éste: «En esta pasión sólo lo físico es bueno, puesto que, digan lo que digan las personas enamoradas, la moral no vale nada. ¿Cuál es, eu efecto, la moral del amor? La vanidad. Vanidad en el placer de la conquista, error que procede de que se le presta excesiva atención; vanidad en el deseo de conservarla en exclusiva, estado desventurado que siempre acompañan los celos, pasión mezquina, tan baja que quisieran ocultarla: vanidad en la manera de gozarlo, que obliga a multiplicar sus gestos y sus esfuerzos sin multiplicar sus placeres…» En el mismo sentido se expresará Rousseau, buen lector de Buffon, en el *Emilio* y el segundo de sus *Discursos*. <<

[34] Felipe d'Orléans (1674-1723), hijo de Philippe d'Anjou (1640-1701), hermano de Luis XIV, y de Charlotte-Élisabeth de Baviera (1652-1722), hija del elector palatino y mujer de carácter masculino —en fuerte contraste con el afeminamiento de su marido; en sus cartas hay pruebas que describen con crudo realismo las costumbres y los vicios de la corte del Rey Sol—, Felipe II, el Regente, se hizo cargo a la muerte de Luis XIV de la minoría de edad de Luis XV, y la ejerció ya durante toda su vida, dado el escaso interés del nuevo monarca por reinar. Abrió las puertas a una mayor libertad para una sociedad y una corte que habían sido sumidas por el poder de la Iglesia en un sombrío final de reinado. <<

[35] Claude-Prosper-Jolyot de Crébillon (1707-1777) fue conocido, para distinguirlo de su padre, autor de tragedias (1674-1762), como Crébillon hijo; en sus novelas de costumbres y de psicología amorosa y sexual, logró escapar a la ola de sentimentalismo que inundó la literatura francesa en la segunda mitad del siglo, adentrándose en el terreno de la novela psicológica emparentado con los sentidos. Realista elegante y audaz, frecuentó la mejor sociedad, pese a lo cual fue condenado a prisión por novelas licenciosas como *Le Sopha, conte moral* (1745), su obra más conocida junto con *Les Egarements du coeur et de l'esprit (Los extravíos del corazón y de la mente,* 1736-1738), además de *La Nuit et le moment* (1755), *Ah!, quel conte!* (1764), y *Le Sylphe (El silfo)*. Véase la edición de *Cuentos y relatos libertinos*, Siruela, 2008. <<

[36] Pierre Carlet de Chamblain de Marivaux (1688-1763), dramaturgo y novelista francés; Marivaux, uno de los mejores comediógrafos de la historia del teatro, dejó dos novelas de cierto interés: *La vie de Marianne*, que puede calificarse de psicológica y que tiene muchos errores de estructura, y *Le Paysan parvenú*, que también peca por su propensión a las reflexiones del autor; entre ambas hay, sin

embargo, una evolución; Marivaux, aunque incluido en el marco de los novelistas sentimentales, trata de hacer una crítica áspera de determinados aspectos de la vida francesa, entre ellos la vida conventual y la financiera. Sobre el cambio en la sociedad francesa en la época, véase mi prólogo a Marivaux, *El juego del amor y del azar. —El triunfo del amor*, Espasa, Austral, 2001. <<

[37] François-Marie Arouet, conocido como Voltaire (1694-1778), tuvo en vida gloria de poeta, dramaturgo, historiador y filósofo; sin embargo, sus novelas y cuentos son los que han hecho pervivir su nombre, además de su temperamento *y* su espíritu crítico repartido por su voluminosa correspondencia y por sus escritos en defensa de la tolerancia y por su azote del fanatismo religioso. Viva encarnación de la Ilustración y las Luces, como narrador, sus novelas y cuentos sirvieron para vehicular sus ideas en títulos como *Cándido, Zadig, El Ingenuo*, etc., obras maestras de la narrativa del siglo que han pervivido más que el resto de su obra. Véase: Voltaire, *Relatos completos en prosa y verso*, ed. de M. Armiño, Siruela, Madrid, 2006. <<

[38] Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), filósofo, novelista, dramaturgo y poeta francés nacido en Ginebra; espíritu paradójico, ayudó a los Ilustrados a formar una nueva visión del mundo y de las relaciones sociales *(Del Contrato social, Discurso sobre el origen de la desigualdad)* y de la educación con el *Emilio* (1762), donde ideas y novelización episódica se alternan (véase la edición de estos títulos, además de *Las confesiones*, en Alianza Editorial). El mismo espíritu tiene *Julie, o La Nouvelle Héloïse* (1761), larga novela sentimental que, inspirada en *Clarissa Harlowe* de Richardson, contiene en su segunda parte un tratado de filosofía moral, religiosa y social; su éxito se debe más, sin embargo, a la pasión de los dos protagonistas, Saint-Preux y Julie. <<

[39] Jean-François Marmontel (1723-1799), poeta, dramaturgo, narrador y memorialista, que se dio a conocer con su novela ideológica *Bèlisaire* (1767); sin embargo, debió su triunfo a sus *Contes moraux* (1761 y 1789-1792), llevados en su mayoría a la escena en forma de óperas cómicas. Colaboró en la *Enciclopedia*; postumas aparecieron sus *Memoires d'un père pour servir à l'instruction de ses enfants* (1807), su obra de mayor interés hoy, tanto por lo que aporta de información biográfica, como por el arte del relato y el testimonio que ofrece del siglo XVIII. <<

[40] En francés *moraux* (morales) y *Mceurs* (costumbres) tienen la misma etimología, lo cual se presta a un juego de palabras en el original. <<

[41] Samuel Richardson (1689-1761) y Henry Fielding (1707-1754) fueron los

maestros ingleses de la literatura sentimental francesa: el segundo, con *La historia de Tom Jones* (1749), novela con la que respondía a *Clarissa Harlowe* (1747-1748), de Richardson; esta narración epistolar influyó con su análisis psicológico en toda Europa, pese a tener menos fuerza que su primera novela, *Pamela, o la virtud recompensada* (1740); Richardson haría de ésta una especie de parodia en *Historia de las aventuras de José Andreas y de su amigo el señor Abraham Adams* (1742). <<

[42] Antoine-Françoise, abate Prévost d'Exiles (1697-1763), novelista y polígrafo francés, de vida ajetreada entre el clero y la milicia; tras pronunciar sus votos en 1721, escribió panfletos y, después de ser ordenado, abandonó la orden benedictina, por lo que tuvo que huir a Inglaterra y Holanda, donde frecuentó los círculos protestantes; detenido en 1733 en Inglaterra, pasaría a Francia al año siguiente; acogido con los brazos abiertos por la buena sociedad, reingresa entonces en los benedictinos, se convierte en limosnero del príncipe de Condé e inicia su obra narrativa, interrumpida a veces por aventuras diversas, intentos de publicación de un periódico literario, *etc.* Su obra más conocida es *L'Histoire du Chevalier des Grieux et de Manon Lescaut*, que constituye el tomo séptimo de *Les Mémoires et Aventures d'un homme de qualité qui s'est retiré du monde* (1728-1731); estas memorias, nutridas de episodios vividos o conocidos por el autor en sus viajes y aventuras, son una de las piezas maestras de la novela sentimental del siglo. <<

[43] «El gran defecto del abate Prévost es no saber cómo limitar su plan, ni regular su marcha. Avanza en el vacío, olvidando de dónde ha partido y sin saber hacia dónde va. Frecuentemente, uno se da cuenta de que, más que componer una obra para la posteridad, amontona hojas para los libreros… Acumula hechos tras hechos, y hace perder de vista a los personajes que interesan al lector para introducir otros nuevos» (La Harpe, *Lycée ou Cours de littérature ancienne et moderne).* <<

[44] Claude-Joseph Dorat (1734-1780) fue poeta ligero, autor de veinte volúmenes que tocan todos los géneros, de madrigales a tragedias, de poemas de amor a cuentos y novelas. Tuvo gran éxito en medios mundanos su versificación ligera y agradable. Al frente de su novela *Les Sacrifices de l'amour*; *ou Lettres de la vicomtesse de Senanges et du chevalier de Versenay* (1717) también puso un prólogo titulado, como el de Sade, «Ideas sobre la novela». <<

[45] El caballero Stanislas de Boufflers (1738-1815) era hijo de la marquesa de ese nombre, amiga de Voltaire y ornato de la corte del Rey Estanislao. Fue oficial de la milicia, administrador del Senegal (1785-88), poeta y autor de un libro de

viajes, además de escribir cuentos en prosa como *Aliñe, reine de Golconde* (1761) —véase la edición de *Cuentos y relatos libertinos*, Siruela, 2008—, y en verso como *Les Coeurs* (1764). <<

[46] Frantjois Thomas Marie de Baculard d'Arnaud (1718-1805), poeta, dramaturgo y novelista, fue llamado a Berlín por Federico II. Su pieza *Les amants malheureux ou le comte de Comminges* (1764) inauguró el drama sombrío; sus novelas y relatos están influidos por la atmósfera de la narrativa inglesa. Su novela de mayor importancia es *Épreuves du sentiment*, en seis volúmenes que le sitúan entre los prerrománicos por sus notas lúgubres, que debían agradar al marqués de Sade. <<

[47] Nicolas-Edme, llamado Restif de la Bretonne (1734-1806), polígrafo y narrador francés, cuya obra completa está formada por más de cincuenta títulos y ciento noventa volúmenes en las ediciones originales, unas cuarenta mil páginas que le otorgan el calificativo de «imaginación más fértil de su siglo». Sus novelas fueron bastante mediocres por regla general, aunque en sus libros de memorias ha dejado un retrato perspicaz de toda una época. En sus *Nuits de Paris* atacó al marqués de Sade, y llegó a escribir *LAnti-Justine*, que rivaliza en obscenidad con la *Justine* del marqués. Entre sus mejores títulos Figuran *Le Paysan et la Paysanne pervertis* y *La vie de mon Père*. Otra serie de obras de Restif son planes de reforma social, en ocasiones bastante extravagantes. <<

[48] Célebre novela negra inglesa, original de Matthew-Gregory Lewis (1775-1818), que la escribió durante su estancia como agregado en la embajada inglesa de Le Havre; considerada obra maestra de su género, *El monje* fue admirada por los románticos y los surrealistas. <<

[49] En las *Notes Littéraires*, y para añadir a continuación de la palabra *modelo*, Sade incluyó el siguiente fragmento: «La ingeniosa novela de Celestina es la prueba evidente de cuanto acabamos de decir. ¡Qué frialdad pone en los misteriosos acontecimientos que caracterizan esta obra, en la necesidad que ha sentido el autor de esclarecerlos en el desenlace! ¿No habríamos preferido que todo hubiera quedado velado? ¿Era necesario decirlo todo… en especial cuando todo estaba permitido? Si quiere divertirme con aparecidos, que me haga creer en los aparecidos; que no tema ir demasiado lejos, mi razón me lo impide, pero, ya que la turba, que no intente curarla en absoluto. Que me deje sentir los dolores de mi herida: me he preparado goces con ellos. ¡Cuánta verdad, además, cuánta naturalidad en esta deliciosa composición! ¡Cómo conoce el autor el corazón humano y qué admirablemente utiliza sus estudios sobre el hombre! Pues bien,

ésta es nuevamente una de esas novelas en que la virtud perseguida por el crimen permite que éste triunfe en parte. Sin embargo, ¿qué lector se atreverá a decir que con tal trato (que por suerte sólo censuran los necios) no ha alcanzado el libro la meta máxima del interés? ¡Ah!, vosotros que, carentes de alma y de sensibilidad, criticáis los enérgicos cuadros de este género, vosotros que queréis devolvernos a principios que jamás fueron los del arte, ¿habríais, pese a vuestras lastimeras reflexiones, decid, habríais derramado sobre la adorable heroína de esta novela las lágrimas que os arranca de mala gana, si la perspectiva de una felicidad eterna con Dorgeville os hubiera impedido ver a la desdichada Celestina expirando sobre la tumba de la víctima de su delirio, con los labios pegados al pecho ensangrentado de su desventurado esposo?» <<

[50] Los dioses de la mitología griega conocidos con el nombre de Titanes eran doce —seis varones, seis hembras—, según Hesíodo, y pertenecían a la generación anterior a los dioses Olímpicos. Hijos de Urano y de Gea, se enfrentaron a Zeus en la Titanomaquia, que duró diez años; derrotados, fueron enviados al Tártaro, aunque terminaron siendo perdonados por su vencedor. Algunos de sus hijos —Prometeo y Atlas sobre todo— también reciben el nombre de Titanes. <<

[51] El Vesubio es un volcán italiano, situado a diez km de la ciudad de Nápoles, célebre por sus violentas erupciones, en especial la que en el año 79 sepultó, entre otras, las ciudades de Herculano, Stabia y Pompeya. <<

[52] Es frecuente en Sade el rechazo de la paternidad de *Justine*, su novela más conocida, debido a los problemas que le creó con la policía de libros. <<

[53] Tratado de paz, firmado por Francia, Inglaterra y España, ante las crecientes amenazas del calvinismo hugonote. Enrique II de Francia admitió el caudillaje de Felipe II en las ya inminentes guerras de religión, con lo que se permitió el despliegue español de la política de la Contra-Reforma. <<

[54] Diana de Poitiers (1499-1566) estuvo casada con el gran senescal de Normandía Luis de Brézé; en 1537, cuatro años después de enviudar, empezó a relacionarse con el Delfín de Francia, el futuro Enrique II, ya casado con Catalina de Médicis. Durante su permanencia en el favor real, protegió las artes: de ahí que queden de su efigie varios retratos suyos en medallones y cuadros. Al advenimiento de Francisco II fue obligada a abandonar la corte y a residir en el castillo de Chaumont, a orillas del Loira. <<

[55] En este punto del manuscrito aparece un pasaje eliminado: «La última de

las disposiciones era sin duda mucho más sólida que la otra y los lazos que nos unen al trono, tan sólidos como la monarquía, deben preferirse de manera irrefutable a los que sólo nos acercan a esos objetos vacilantes de la galantería de nuestros reyes que un mismo instante eleva y destruye». <<

[56] Navarre (en francés), o Navarra (en castellano), fue un Estado medieval que se extendía a uno y otro lado de los Pirineos y estuvo formado por parte de la actual Navarra española y de la Gascuña francesa. Las dinastías francesas empezaron a reinar en él a partir de Teobaldo I; en 1512, Fernando el Católico arrebató a Jean d'Albret, rey de Navarra entonces, la parte española del reino. En cuanto a la parte francesa, controlada por los condes de Béarn, fue unida por Enrique IV al trono francés en 1607. Con capital en Saint-Jean de Pie-de-Port, en la actualidad está comprendido en el departamento de los Basses Pyrinnées.

Antoine de Bourbon (1518-1562) descendía de Carlos, duque de Vendóme (1489-1537), que se convirtió en jefe de la casa de Bourbon pese a pertenecer a la rama segundona de ese ducado. Por su matrimonio con Jeanne d'Albret, Antoine se convirtió en rey de Navarre; fue su hijo Enrique (1553-1610) quien, al extinguirse la dinastía de los Valois (1589), ascendió al trono francés con el nombre de Enrique IV; rey de Francia (desde 1589) y de Navarre (desde 1572), fue asesinado por Ravaillac, un fanático católico al servicio, quizá, de los círculos favorables a España. Ejerció el mecenazgo artístico y escribió cartas que lo confirman como persona cultivada.<<

[57] El manuscrito dice: «¡Oh religión, presente peligroso del cielo!» <<

[58] Sade elimina en el libro un párrafo del manuscrito: «Pero al mismo tiempo, atrevámonos a decirlo a la gloria de su infortunio, todos juraron respetar al rey y a su familia, todos se condenaron al último suplicio si hubieran atentado contra su verdadero señor. Dejemos a un lado la opinión y vengamos al hecho, sean cuales hayan sido los complots de los protestantes: uno de los primeros artículos de sus tratados siempre ha sido respetar al príncipe; si ha habido que servirle, pocos súbditos han sido más fieles; los Jacques Clément, los Ravaillac, los Damiens nunca han sido protestantes y nunca ha ocurrido eso entre los sectarios de Lutero o de Calvino que afilaron los puñales que han derribado a un señor del trono; oh partidarios del culto opuesto, dignaos probarnos otro tanto y lo publicaremos encantados». <<

[59] Manuscrito: «Es el único argumento de esa santa religión, el desdichado reinado de Carlos IX no tardó en convencer de ello a Europa». <<

[60] *Objet*: lo mismo que *sujet*, el término *objet* significa, para los novelistas libertinos del siglo XVIII y para Sade, la persona sometida a sus caprichos. En Sade, además, ambos términos son en muchas escenas sinónimos. <<

[61] El adjetivo *intéressant*, que reaparece una y otra vez en esta obra, lo mismo que en el resto de la narrativa de Sade, y su sustantivo, *interêt*, proceden de la terminología leibniziana para describir la nueva sensibilidad; la *Enciclopedia*, en su suplemento, lo define: «En un sentido, lo interesante es lo opuesto a lo indiferente, y todo lo que despierta nuestra atención, pica nuestra curiosidad, puede ser llamado interesante. Pero este nombre conviene principalmente a lo que nos afecta, no como un objeto de meditación o como el recuerdo de un goce pasado, sino como algo que nos proporciona una ocasión actual de gozar y que excita en nosotros un deseo que dura tanto como el interés». Es decir, aquello que provoca el deseo e impulsa a la acción. <<

[62] Manuscrito: «¡Ah, señor duque!, que nada os asombre mientras la máquina sea conducida de esta forma, el francés nacido para adorar a su señor detestará la usurpación de los derechos de éste, ante quien sólo le gusta doblegarse». <<

[63] Nabucodonosor II, rey de Babilonia (610-595 a. e. c.), conquistó Siria, Palestina y la ciudad de Sidón, que arrebató a los egipcios. Tras la rebelión del reino de Judá, tomó Jerusalén y deportó a Babilonia al rey Yoyaquim, poniendo en el trono a Sedocías; rebelado éste, tuvo que volver a conquistar Jerusalén en 587, que destruyó, exterminar el reino y deportar a todos sus pobladores como cautivos a Babilonia. Más tarde volvió a conquistar Siria, salvo la ciudad fenicia de Tiro, que tras un asedio de trece años se rindió. <<

[64] Manuscrito: «… a los franceses de poder armarse contra su rey, señores; este crimen es imposible en la nobleza, de la que tengo el honor de ser miembro, y, por consiguiente, no he podido cometerlo. Por otra parte, ¿sería al rey a quien la nación podría odiar, su edad, su debilidad, la obsesión perpetua en la que está de un ministro celoso y desconfiado que lo aleja adrede de los príncipes? Todos estos motivos, en fin, sólo sirven para excusarle y volverle más interesante a nuestros ojos… ¡Ah!, que no tema nada, nuestra sangre siempre es suya y las armas que nos reprocháis siempre están dispuestas a ser dirigidas contra sus enemigos. Si hoy se encuentran en nuestras manos, es para liberarlo de quienes lo tiranizan, de quienes lo rodean». <<

[65] Manuscrito: «… y educados mayoritariamente a la sombra del trono». <<

[66] Manuscrito: «Se sabe, por ejemplo, que todo lo que halaga su lujo, su orgullo, sus intereses, su ambición o su temperamento, debe con toda seguridad atraerlas a las trampas; sentado esto, hay que elegir entre esos distintos medios los que mejor pueden convenir al individuo que uno tiene el propósito de poseer y mantenerlo con un poco de imaginación, mucho descaro, una buena dosis de impertinencia y de cotorreo; antes de siete días es seguro el triunfo, sólo se trata de saber entonces si la conquista ha merecido la pena que uno se ha tomado, gozar tanto tiempo como se pueda si es así, o dejarla enseguida si por casualidad no responde a eso». <<

[67] Francesco Albani (1578-1660), pintor boloñés que estudió con los Carracci y colaboró con ellos a partir de su traslado a Roma (c. 1600) en varios conjuntos decorativos, por ejemplo en el Palazzo Farnesio. De vuelta a Bolonia en 1616, recibió entre sus contemporáneos el nombre de «pintor de las Gracias» por sus numerosas pinturas alegóricas y paisajes idílicos. <<

[68] Caballero de la Tabla Redonda, Lanzarote fue salvado en su infancia por el hada Viviana y educado por ella en el fondo de un lago; esforzado caballero de la corte del rey Arturo, salvó la vida de la reina, de la que luego fue amante; al enfrentarse al rey cometió una falta que le impidió encontrar el santo Grial, hazaña que protagonizaría su hijo Galaz. <<

[69] *Le Séducteur*, obra del marqués de Biévre (1783), se burla del esnobismo filosófico y critica el libertinaje. *Zénéyde* apareció en 1731, después de que hubiera muerto su autor, el conde de Hamilton; estas obras reemplazan en el manuscrito a dos obras de Voltaire: *Adélaide du Guesclin* (1735) y *Tancrède* (1760), sustitución que se ha interpretado por la mejor adecuación de aquéllas a las condiciones escénicas de Ceilcour. <<

[70] Jacques Marie Boutet de Monvel (1745-1811) escribió dramas y comedias para la Comédie Franjarse, de cuya *troupe* formaba parte como actor. Siguió escribiendo y actuando durante el período revolucionario. Entre sus títulos —*Julie, La stratagème découvert, Alexis et Justine, Sargines ou l'Élève de l'Amour*, etc.— no figuran sin embargo los que aquí cita Sade. <<

[71] Sade ha sustituido «del Alceste de Gluck» por este título que debe de remitir a una *Iphigénie en Tauride* del mismo compositor. Ghristoph Willibald Gluck (1714-1787) la estrenó en 1779, pero dos años más tarde también llevaba a la escena su argumento Niccoló Piccini (1728-1800), como resultado del enfrentamiento de dos estilos de ópera, la italiana, que recalcaba sobre todo los efectos vocales, y la

franco-alemana, partidaria de una mayor verosimilitud en la trama y los diálogos. <<

[72] Manuscrito: «Todo recuerda esa alegría celestial que es la felicidad de los ángeles y del Ser supremo y que en la tierra sólo nos está permitido gozar un instante para desear adquirir la virtud que un día nos permita participar de esa felicidad». <<

[73] El libreto de la ópera *Armide* fue escrito por Philippe Quinault (1635-1688); lo músico Jean-Bapdste Lully (1632-1687) en 1686; en el siglo siguiente sería Gluck (1714-1787) quien lo convertiría de nuevo en ópera diez años antes de su muerte. <<

[74] Manuscrito: «Al mismo tiempo todo el mundo se levanta, el hada hace su conjuro, el bosque desaparece y la decoración de la comida representa el campamento de Enrique IV bajo las murallas de París, cada hueco de almena es el sitio de un comensal y, al otro lado de ese muro, es decir, allá donde la vista se dirige, se encuentra el campamento de este gran rey dando órdenes y haciendo que los soldados lleven víveres a sus queridos súbditos, a los que tiene la desgracia de atacar.

Los partidarios de este buen príncipe, representados por niños de siete u ocho años, aplican escalas a las murallas y ofrecen a los parisienses cuencos llenos de pastas y de los más delicados manjares. Este pintoresco servicio, donde cada uno puede comer a sus anchas en su almena gozando del espectáculo de los actos de beneficencia tan apreciados por la nación, le parece tan ingenioso a la condesa que, dominada durante un instante por el entusiasmo, no puede dejar de gritar «¡Viva el rey Enrique!», grito tan familiar al alma de los franceses que al punto es repetido por todos los rincones de la reunión. Este decorado, que nadie esperaba, hizo derramar lágrimas a varias personas. En cuanto a la condesa, una vez pasado su momento de entusiasmo, como sentía más apetito que heroísmo, comió como un diablo, y cuando ya nada podía tentarla más, un golpe de varita mágica hizo desaparecer el decorado. <<

[75] Manuscrito: «Es tan dulce decir mientras se goza: he aquí el fruto de mi victoria. ¡Cuántos placeres da el recuerdo de las fechorías que cuesta! ¿Qué digo? Son las fechorías únicamente las que constituyen toda su excitación y me gusta tanto gozar de una ramera en una cárcel como de una mujer que se hubiera rendido a mí sin haberme dado el placer de alguna infamia primero.

Wilson. —¡Oh, milord! ¡Qué corrompido eres!

Granwel. —En verdad, este vino no vale nada. ¡Eh, que me traigan vino de Florencia! Así que pretendes, Wilson, que soy un corrompido. Nada en absoluto, amigo mío. Soy tal como me hizo la naturaleza, tal como ella quiso que yo fuese.

(Y golpeando en la frente de su amigo): Métete esto en la cabeza, débil cerebro, que la naturaleza siempre tendrá cierta cantidad de gente honrada y de malvados en razón de la necesidad que tiene de vicio y de virtud sobre la tierra, que como la base de sus leyes es el equilibrio más perfecto, todo se conserva y perpetúa en el mundo manteniendo siempre en proporción igual una y otra de esas formas de ser». <<

[76] Manuscrito: «… que le turba y que se ve en la situación tan deliciosa para un amante de acercarse a lo que ama sólo para serle útil. Granwel era un mal sujeto audaz, quizá no tengamos sino la ocasión de convencernos de ello, pero hay un tipo de corrupción que, por abominable que sea, no excluye sin embargo la delicadeza y que, nacido de una sensibilidad excesiva, no sólo no perjudica ningún placer del alma, sino que incluso hace disfrutar de ellos con más rebuscamiento. Los malvados imbéciles y brutales no conciben a menudo esta forma de ser, mucho más perversa que ellos y que los sobrepasa, sin dejar de ser delicada. Los crímenes pesados y groseros son su patrimonio, se entregan a ellos sin saber cómo ni por qué. Si los otros se cometen, no es al menos sin razonar y nunca sin que esa injuria a las leyes de la sociedad deba servir a su pasión, llegando a ser su resultado refinado o su vehículo necesario. Dios no quiera que hagamos aquí apología de esa especie de gente vulgar conocida en nuestros días con el nombre de *roués** Uno siempre es demasiado culpable y demasiado desdichado cuando se aparta de los caminos de la virtud, pero, en calidad de historiador y de poeta, que supone necesariamente un conocimiento exacto del corazón humano, estamos obligados tanto a pintar los diferentes vicios como a expresar las diferentes maneras en que el hombre se entrega a ellos en razón de la organización más o menos sólida que ha recibido de la naturaleza. Sea como fuere, Granwel entraba en el papel de *roué*. El exceso a que lo llevaba, anunciando al mismo tiempo los motivos que determinaban sus horrores, no puede dejarle gozar siquiera de esa especie de excusa de la que quizá aquí se jactan algunos otros menos desenfrenados que él, leyendo lo que acabamos de escribir, pero que renuncian a invocar esa excusa si se parecen a Granwel. Es de una especie demasiado horrible para que pueda impedirle haberse entregado a toda la indignidad pública».

* El término *roué* tiene una connotación más fuerte que su posible traducción

por *perverso, calavera*, *etc.* En principio indicó al «ejecutado por el suplicio de la rueda», que, según la *Enciclopedia*, se realizaba en un cadalso levantado en plaza pública, «donde después de haber atado al condenado a dos trozos de madera dispuestos en aspa en forma de cruz de san Andrés, el verdugo le descarga varios golpes con una barra de hierro en brazos, muslos, piernas y pecho; tras lo cual, lo coloca sobre una pequeña rueda de carroza, sostenida en el aire sobre un poste. El criminal tiene las manos y las piernas a la espalda, y la cara vuelta hacia el cielo para expirar en ese estado […] Esta pena sólo tiene lugar para crímenes atroces, como el asesinato, la muerte de un amo por su criado, el salteador de caminos, el parricida, la violación».<<

[77] «Cubrios ese seno que no podría ver» (Moliere, *Tartufo*, III, II). Verso célebre por la hipocresía de su intención; hacia 1630 se ponen de moda en Francia los grandes escotes en la indumentaria femenina. Los moralistas quedaron turbados por ellos, y desde los púlpitos se abogó por negar la absolución a quienes frecuentaran bailes y comedias, y «a las mujeres y jóvenes que llevan el seno descubierto, cuando han sido suficientemente avisadas del mal que hay en esa inmodesta forma de vestirse». Véase Moliere, *EL Tartufo, o el impostor*, ed. M. Armiño, Espasa, Austral, 1994, págs. 165-166; cito por la edición de 1999. <<

[78] Manuscrito: «Oh, virtud, ¿en qué te diferencias entonces del vicio, si los remordimientos que da son los mismos que los que nacen de los crímenes?» <<

[79] David Garrick (1717-1779), actor, dramaturgo y director de teatro inglés, el más célebre del siglo XVIII en toda Europa. Su éxito empezó en 1741, tras su interpretación de los papeles shakespeareanos de *Ricardo III, El rey Lear y Macbeth*. En 1747 compró el teatro londinense de Drury Lane —zona donde se concentraba la vida teatral de la capital inglesa—, que dirigió con gran éxito hasta 1776, duplicando la capacidad del aforo, prohibiendo la presencia de espectadores en escena, potenciando la iluminación y el decorado; introdujo además el telón de entreacto pintado. Escribió algunas obras de teatro, además de unas *Memorias* (1780) interesantes para la comprensión de la escena de la época. <<

[80] Sade elimina el primer párrafo que aparece en el manuscrito: «Ojalá la desventurada historia que va a leerse convenza a los padres y madres que tienen hijas por casar que no es en la fortuna ni en el nacimiento donde estriba la verdadera felicidad que una mujer debe esperar de su esposo, sino sólo en la conducta de ese esposo, en sus costumbres y en sus sentimientos. Tal debe ser, pues, el principal objetivo de su información o pesquisas si ( ) las hay. Pero, al menos, que por nada en el mundo se aventure la tranquilidad y la felicidad de una

desdichada joven por no tener informes sobre la persona a la que se la une. La verídica anécdota que se publica desarrolla la falta cruel que unos padres no deben perdonarse nunca». <<

[81] Pertenecen por tanto a la burguesía adinerada, cuya renta alcanzaba esa cantidad de 5.000 libras, de ahí que queden deslumbrados ante las rentas de Franlo: 45.000 libras que le renta el Vivarais, más un millón de herencia superando de este modo las rentas «nobles, cifradas en 40.000 libras anuales, y figurando entre las rentas principescas y de los grandes financieros que sobrepasan las 400.000 libras anuales» (Jean Sgard, «L'échelle des revenus», *Dix-huitième siècle*, XIV 1982). <<

[82] En la segunda mitad del siglo XVII, a partir del «romantic» inglés —equivalente de maravilloso, quimérico, novelesco—, entra en la lengua francesa el término «romantique», que, antes de convertirse en el siglo siguiente en definición de un movimiento literario, califica lugares, paisajes o cuadros que conmueven la sensibilidad; Rousseau lo emplea así en el 5º paseo de las *Ensoñaciones del paseante solitario* (1781, véase la edición de Alianza Editorial, 1979) para describir las riberas del lago Bienne. Sade lo utiliza, además, aplicado a personas virtuosas, sobre todo a heroínas, y caracteres, con la connotación de melancolía y propensión al sufrimiento, por ejemplo en *La Nueva Justine* aplicado a ésta. <<

[83] El teatro de los Comédiens Fraçais, o Comédie Française. <<

[84] De aquí al fin de párrafo Sade ha sustituido el manuscrito: «… es la de los antiguos franceses, es más sencillo que una parte de ciudadanos no se sometan al freno que los otros quieren reconocer y bajo el que consienten vivir. Nuestra ley es la ley de la naturaleza, no conocemos otra. La igualdad es el primero de sus principios. Ahora bien, este principio es destruido por la convención social, reparamos su energía haciendo pasar a nuestro lado mediante la violencia o mediante la astucia lo superfluo de los otros; pero, el crimen, me objetaréis, quizá no podría ser legitimado por las leyes de la naturaleza; de acuerdo, pero si nosotros no ( ), sí está en la naturaleza conservar a cualquier precio que lo pueda ser. El egoísmo es visiblemente la primera de todas las leyes y cumplimos esa ley conservando nuestra vida a expensas de las de otros. Que dejen de detener al ladrón, y el ladrón no volverá a matar nunca a nadie, siempre le repugnará el hecho de derramar la sangre de otro, se precisan razones tan fuertes como la conservación de la vida para decidirle a ello. Nunca veréis que se cometa un homicidio donde no nos veamos obligados por la más fuerte de las razones». <<

[85] En el manuscrito, desde «pero los sentimientos» el final de párrafo figura así: «… de que son capaces la gente de nuestra profesión no se ciegan nunca. Amamos a una mujer por nuestras necesidades, más allá de éstas no vemos en ella otra cosa que una esclava que debe ser sometida y que es la primera inmolada si es la primera en cometer una falta, bien por hábito, bien por espíritu de estado, bien por lo que vos queráis, no hay nada en el mundo que me cueste menos que un homicidio, ya fuisteis vos testigo en Lyon. Sobre esto tengo algunos principios que no entenderíais y que por consiguiente es inútil que os desvele, pero que me han familiarizado tanto con esa cruel parte de nuestro estado que la vida de los demás no es un premio más precioso a mis ojos que el de los animales que el carnicero inmola para nuestra subsistencia. Observadlos, pues, señora, os lo aconsejo, y no me obliguéis nunca a llegar con vos a extremos a los que me obligó aquella cuyo puesto ocupáis». <<

[86] Telémaco, hijo de Ulises y de Penélope, había salido en busca de su padre bajo la protección de Atenea, que más de una vez había adoptado la figura y los rasgos de Mentor —administrador de la casa de Ulises durante la participación de éste en la guerra de Troya y preceptor de Telémaco—; durante ese viaje se expuso a los peligros que suponían Calipso y sus ninfas. Esta ficción homérica fue muy fecunda en la literatura francesa, influyendo en *Les Aventures de Télémaque*, de Fénelon, y en *Télémaque*, del abate Barthélemy (1716-1795).

Calipso, por su parte, fue una diosa o ninfa de la mitología griega que vivía en la isla de Ogigia. Cuando Ulises fue llevado a ella por las aguas, lo retuvo durante siete años, prometiendo hacerle inmortal si aceptaba casarse con ella. Zeus tuvo que intervenir para que Calipso facilitara a Ulises materiales para fabricar su barca. <<

[87] Todo este párrafo es un añadido al manuscrito; «heroína gala» connota el amor cortés, que Sade conoce bien; entre los libros que pidió a su esposa durante su encierro figuran, por ejemplo, la adaptación francesa del *Amadís de Gaula* (mayo de 1781), y los *Fabliaux et contes des XII*^{e} *et XIII*^{e} *siècles,* de Legrand d’Aussay. <<

[88] Especie de tafetán grueso, elaborado en la ciudad de Tours. <<

[89] Don Rodrigo fue el último rey visigodo de España, convertido en leyenda persistente a lo largo de la literatura, desde todo un ciclo épico de romances a los dramas románticos y la novela contemporánea (*Reivindicación del conde don Julián*, de Juan Goytisolo, 1970), en los que comparte protagonismo con el conde don Julián y su hija. Los historiadores aún no han deslindado lo que hay de histórico y

de legendario en las noticias que sabemos de él. Elevado al trono en una revuelta contra los hijos de Witiza, éstos habrían recurrido a los recientes conquistadores musulmanes del Magreb; en 1711 una avanzadilla de tropas árabes llega probablemente a Gibraltar guiada por el conde don Julián o movida por otras razones. En la batalla de Guadalete derrotaron a las tropas de don Rodrigo, gracias a la traición de los hijos de Witiza y sus partidarios, que se pasaron al enemigo durante el combate. El rey pereció en la lucha, o huyó sin que volviera a saberse de él, o combatió en Lusitania para terminar muriendo oscuramente. Para explicar la derrota se forjó la leyenda de Florinda, hija del conde don Julián, de la que Rodrigo habría abusado; el conde, para vengarse, se habría puesto de acuerdo con los árabes, con los hijos de Witiza y con el obispo don Oppas. El ciclo épico sobre don Rodrigo es de origen mozárabe y pertenece al conjunto gestero más antiguo de la literatura castellana. <<

[90] En toda la literatura clásica el anillo es símbolo del sexo de la mujer. <<

[91] Muza parece ser un nombre genérico para soberanos árabes. <<

[92] El Ténaro es una de las regiones mitológicas del Infierno. <<

[93] En la mitología griega, eran siete las diosas que recibían el nombre de Pléyades. Hijas del titán Atlas y de Pléyone, fueron perseguidas por Orión y transformadas en su huida en constelación; es un grupo de siete estrellas que aparecen antes de la salida del sol a principios de mayo y se ponen justo antes de la salida del sol en noviembre. <<

[94] Manuscrito: «Rodrigo, violentamente, con la cabeza a resguardo bajo una peña, lanza invectivas contra el cielo, no se arrepiente. —¿Quién eres tú, exclama, que me tratas con tanta furia, si eres el amo del universo? ¿Olvidas que mis crímenes son obra tuya igual que mis virtudes, que no debes castigarme por los unos, igual que no debes recompensarme por las otras? Si querías que yo fuese mejor, bastaba con que me hubieras creado tal. El cielo irritado se aplaca sin embargo. Rodrigo se levanta, mira a su alrededor, se estremece ante los desastres que le rodean y ya no ve el camino». <<

[95] En el manuscrito, Sade ha tachado parte del título: «o el rival de su hija». Y ha rehecho los tres primeros párrafos varias veces. <<

[96] La familia florentina de los Médicis aparece en la historia en 1251. Dedicada al comercio, sus inmensas riquezas no tardaron en darle un ilimitado

poder político y religioso; entre sus miembros más notables figura Alejandro, a quien el emperador Carlos I dio el título de duque de Florencia por haber sitiado y conquistado su ciudad para él. Los excesos de este personaje, que despojó y asesinó a importantes ciudadanos y envenenó a su madre, acabaron cuando fue asesinado por Lorenzo, llamado Lorenzino, compañero de sus excesos (1510-1537). Otros miembros poderosos fueron Lorenzo el Magnífico, jefe de la República de Florencia desde 1469, árbitro de Italia, amigo de Miguel Ángel, de Pico de la Mirándola, de Poliziano, protector de artes y ciencias (1448-1492); Juan, Juan Ángel, Alejandro Octaviano y Julio fueron los cuatro Médicis que alcanzaron el papado de la Iglesia con los nombres de León X, Pío IV, León XI y Clemente VIII. Entre los miembros femeninos, Catalina de Médicis llegó a ser reina de Francia. Cosme el Viejo, duque de Florencia, fue desterrado en 1433; a su regreso al año siguiente, sin título particular alguno, ejerció una verdadera dictadura. <<

[97] El enfrentamiento entre los Médicis y los Strozzi es real: Felipe Strozzi encabezó una conjura contra sus enemigos y fue derrotado por Cosme de Médicis en Montemurlo, cerca de Bolonia; se suicidó en prisión. Sus hijos Pietro y León ayudaron a Francia contra los Médicis. Sade se toma con los Strozzi —y con el relato— libertades de autor de Ficción; ni Cario ni Luigi figuran entre los miembros relevantes de la familia Strozzi, ala que Cosme el Viejo (1389-1464) envió al exilio. <<

[98] Belona es una diosa romana de la guerra, mal definida, que terminó por identificarse con la diosa griega Enio. Su representación, guiando un carro de guerra con gestos horripilantes, la hacía parecerse a las Furias. <<

[99] Citerea es el sobrenombre de Venus. <<

[100] También enfrentados a los Médicis, los Pazzi pagaron con la vida de varios de sus miembros la derrota de la conjuración del 26 de abril de 1848, que habían urdido el papa Sixto IV, Jacopo Pazzi y el arzobispo de Pisa Francesco Salviati. <<

[101] El mejor pintor de la Antigüedad, Apeles, nació en Jonia en la primera mitad del siglo IV antes de nuestra era; trabajó en Corinto, en Atenas y en la corte de Macedonia, de cuyo rey, Alejandro Magno, fue el pintor favorito. Sólo nos quedan referencias de sus obras; los antiguos destacaban su finura, su gracia y la facilidad de la realización; se especializó en retratos; el más famoso fue el que hizo de Afrodita Anadiomena (Afrodita emergiendo del mar), escurriéndose el agua de su pelo, que el emperador Augusto compró por cien talentos. <<

[102] Hebe: hija de Zeus y de Hera que personifica la juventud en la mitología griega; es una diosa de rango menor que tiene entre sus funciones la de servir el néctar y la ambrosía a los dioses. Cuando Heracles/Hércules fue recibido en el Olimpo, se le asignó por esposa a Hebe, de la que tuvo dos hijos. <<

[103] La abadía benedictina de Vallombrosa fue fundada en 1040 por san Juan Gualberto. Se halla al noroeste de Florencia; arbolada por los benedictinos, cuenta con un bosque que pertenece al imaginario novelesco del marqués de Sade. <<

[104] Manuscrito: «Sentaos, le dice luego, sentaos, Lorenza, calmaos y escuchadme; temo, mi querida hija, dice aquel corazón depravado, temo que os hagáis una idea falsa del yugo del himeneo, ¿por qué tratar de hacerlo más pesado de lo que es? Toda promesa hecha al pie de los altares, si contraría las leyes de la naturaleza, es una convención odiosa de la sociedad, contra la que cada individuo puede reclamar con razón; yo os pregunto si hay en la naturaleza una mujer de vuestra edad, es decir, de la edad en que la pasión se expresa con más energía, que se consagre de forma voluntaria a la virginidad. Si vuestro esposo os ama realmente, ¿puede exigirla sin tiranía? Si estuviera aquí, si pudiera cumplir sus deberes, vuestra contención podría explicarse, pero en su ausencia es ridícula, digo más, repugna a los sentidos y ultraja al cielo. Quien os ha dado los deseos que sin duda sentís y que queréis apagar con una tiranía criminal, quien hizo del adulterio un crimen, ¿podía tener razón en caso de ausencia del marido? ¿Es natural que la mujer se prive de las mayores dulzuras de la vida porque unos negocios o unas pasiones alejen de ella a su esposo? No ha creado la naturaleza a la mujer para que pertenezca a un solo hombre. Es para ser común a todos los hombres, igual que lo son en todas las naciones lo bastante felices para no haber recibido aún el espantoso freno de la civilización, que deterioraría todo, que rompería todo el vínculo de la naturaleza para no formar entre ellos más que esclavos y tiranos. La civilización puede ser útil a los reyes, pero es siempre nociva para los súbditos. Nacido lleno de ardor y de ímpetu, el hombre quiere ser libre como el aire que respira, nunca se le encadena sin degradarle, sólo se le civiliza debilitándole.

Ciertas costumbres, ciertas convenciones puramente arbitrarias hicieron imaginar los nudos del matrimonio. Al inventarlos, no se dieron cuenta del horrible daño que se hacía a la especie humana. Al oponerse a una mezcla universal de los individuos, único medio de ( ), se le ponen trabas inevitablemente. En todos los pueblos donde las mujeres son del común, la especie de los hombres será infinitamente más bella; tal vez me digáis que el espíritu de familia que puede contribuir a la adopción de esos nudos absurdos es tan contrario a la política como la oposición a la mezcla universal lo es a la naturaleza. Ese espíritu peligroso en

todo gobierno sensato, en lugar de volver generales los intereses de los ciudadanos, los aísla, los concentra y resulta totalmente contrario a la patria. El cariño que sienten por ellos mengua el que deben al Estado, único padre real que conviene al hombre. Es absolutamente nocivo inspirar a un ciudadano otro amor, otro respeto que no sea el de la patria que le vio nacer, esto exigiría ( ) educación pública, ¿y quién duda de que, si se pusiera en práctica como antiguamente en Grecia, los ciudadanos llegarían a ser mejores? Quien lucha por los intereses de su propia familia, de la que recibe poco, ¿lucha como el que defiende al Estado, del que recibe todo?

En una palabra, como los nudos del matrimonio no están en la naturaleza y en esa ley de la naturaleza, como todas las mujeres deben ser comunes a todos, resulta imposible que el adulterio pueda ser un crimen. Lo que sirve a la naturaleza no puede ofenderla. El adulterio, por lo tanto, no es más que un delito moral, un delito de conveniencia reconocido por tal aquí, despreciado allí, conveniente en tal país, nocivo en el pueblo vecino, pero que nunca puede ser considerado en serio por cualquier ser razonable. El único que se vuelve contra el adulterio es el que comete un crimen con la naturaleza. Quien lo defiende, la sirve, no la ultraja. En las leyes de Solón había un artículo que ordenaba firmemente al pariente del esposo ausente o impotente cumplir por él los deberes conyugales. Los romanos se prestaban sus mujeres. Catón, que poseía una fecunda, la dio a ( ), esposo de una que no podía engendrar. Luego la recobró de las manos de ese amigo y tuvo otros hijos. En nuestras costumbres, nosotros hemos amado una infinidad de acciones que han sido consideradas criminales porque eran contrarias a la religión, pero las convenciones religiosas son nulas desde el momento en que se trata de considerar una acción relativa al bien del Estado, a las intenciones de la naturaleza y a los intereses de la sociedad. No hay que medir la moral por la religión cuando se quiere que frenos morales hagan la felicidad de los hombres, hay que pautarlos sobre la naturaleza que en todas partes es poco más o menos la misma, o cuyas diferencias no guardan proporción al menos con la distancia enorme que se encuentra por ejemplo entre ( ) y sobre este objeto y ( ) de Asia.

Por otro lado, el adulterio es un crimen moderno, incluso en nuestra religión. Fue Gregorio VIII quien, mediante un decreto, volvió indisolubles los vínculos del matrimonio, y desde ese instante hizo un crimen del adulterio, pero su plan sólo tenía por fundamento el odio que sentía hacia los soberanos de Europa; pretendía morigerarlos con el decreto e impedirles que repudiasen a sus mujeres como hacían a diario. Ved lo que una ley bárbara viene a costar recientemente a Inglaterra: Enrique VIII solicita su divorcio de Catalina de Aragón y quiere casarse con Ana Bolena, el papa se lo niega, la religión católica es abusivamente desterrada

de Gran Bretaña, pueblo filósofo y digno de la mayor prosperidad, que reconoce que una religión que se opone a las leyes de la naturaleza nunca puede convenir al hombre. Despojaos, pues, de los prejuicios atroces en que estáis sobre este punto, Lorenza. Las persecuciones de Urbano, de las que os quejáis, están autorizadas por mí, soy yo quien, como amigo vuestro, he hallado ese medio para armonizar vuestros deseos y vuestro temperamento con vuestro deber. Urbano tiene vuestra edad, su cara es encantadora, es de muy buena cuna, ha sido educado por mí con el mayor cuidado desde la edad de diez años y en mi palacio, no ha tenido otra mesa que la mía ni otra habitación que mis aposentos. Os respondo de su discreción y os absuelvo plenamente del mal que imaginaríais locamente cometer cediendo al ardor de su pasión. Sabe lo que debe hacer, se comportará con suficiente habilidad para que no tengáis que temer ninguna secuela molesta de la relación amorosa que os animo a formar con él, a menos que sea seguro que lleváis en vuestro seno pruebas de la pasión de vuestro marido; en tal caso, Urbano ya no frenaría la suya. Respecto a esa extraña lesión que teméis hacer a los sentimientos debidos a mi hijo, es nula, Lorenza, es quimérica, un mal que se ignora no afecta nunca. Basta con que os calléis. Vuestro marido ( ). Me replicaréis con el reproche que os hace vuestra conciencia, podía existir antes de que hubiera desvelado a vuestros ojos la nada de ese pretendido crimen; uno puede alarmarse ante algo que cree malo, o puede no alarmarse cuando la llama de la pasión ha destruido nuestro error. Vos me alegáis el amor. Pero la acción a la que os induzco, que bien entendida no es sino la simple satisfacción de una necesidad física de los sentidos, no ultraja para nada el sentimiento de vuestro amor. Esos sentimientos son puramente morales. La acción propuesta es física, por lo tanto no puede haber lesión del alma sobre la materia. Podéis cometer esa infidelidad física a vuestro marido sin cometer una moral, todo es cosa de intención. Entregad vuestro cuerpo a mi paje, que satisfará su necesidad, y que todo el sentimiento del amor sea siempre para Antonio. Si la imagen de este último se olvida, si las caricias del otro consiguen borrarla, sería un mal de consecuencias muy ligeras. Veréis que Antonio se consolará y que será el primero en deciros que la mayor de todas las locuras es cerrar deseos de voluptuosidad, que amplios, multiplicados, pueden, de dos cautivos voluntarios, formar la cosa más libre y más dichosa del mundo.

Cario se calló y dejó a Lorenza en un asombro tan profundo que apenas tenía fuerzas para responder. Como había acudido deprisa para ver a su padre, reinaba una especie de desorden tanto en su semblante como en sus ropas, lo cual, unido a la sorpresa que acababa de abrumarla, la volvía mil veces más bella y más interesante todavía. Strozzi, muy emocionado por las palabras que acababa de decir (nada inflama tanto como el sofisma cuando tiene por objetivo la seducción) y por los excitantes atractivos que se ofrecían a sus ojos, imaginó que era el

momento de dar el gran golpe: abre el gabinete. Urbano está allí, y Strozzi lo guía hasta Lorenza». <<

[105] Sade elimina buena parte del párrafo: «… dijo Cario. ¿Iremos a buscar jueces para publicar nuestra deshonra? Una mujer no es más que la esclava de su marido, tanto por las leyes de la sociedad como por las de la naturaleza. Ahora bien, ¿quién duda de que uno puede disponer de su esclavo cuando nos ha infamado con golpes tan sensibles? No midamos siempre nuestras acciones por nuestras fútiles costumbres, lancemos los ojos sobre el pueblo que nos rodea, el turco, el asiático, el africano: ¿vacilan éstos en deshacerse de la esposa que los ultraja o que les repugna? ¿Merece tantos miramientos esa vil porción de nuestra humanidad? Si uno de nuestros miembros estuviera gangrenado, ¿no lo harías cortar inmediatamente para salvar el resto del cuerpo? Esa comparación que pone en relación a una esposa con nuestros bienes debe convencerte de que hay que utilizarla y separarse de ella con el mismo valor. Una mujer que nos deshonra no merece de nosotros la más ligera piedad. Esos vínculos sólo existen para nuestra felicidad o para perpetuar nuestra raza. Cuando las circunstancias los privan de esas dos propiedades, ¿no tenemos derecho a romperlos? ¿Debemos algo a las que se han permitido todo para nuestra vergüenza y para nuestra desgracia? Los romanos, los griegos, los galos, todos los antiguos pueblos de Italia, los chinos todavía ahora, gozan del derecho de castigar con la muerte a su esposa infiel. Las leyes de Licurgo y de Rómulo autorizaban esas muertes y las legitimaban. César nos dice que encuentra establecida esa costumbre en los confines del mundo. Al crear a la mujer más débil que a nosotros, ¿no nos indica la naturaleza que su intención es que esté sometida a nosotros en todo y que sea sacrificada cuando nos ofende? ¿En cuántos serrallos basta una infidelidad para otorgar al marido el derecho a disponer del destino de su sultana? Basta una sola desobediencia para castigarla con la muerte. No elevemos ese pérfido y falso sexo demasiado por encima del rango que la naturaleza le ha asignado, así como las leyes de los pueblos más sabios, ni permitamos que el amor nos ciegue. En fin, hijo mío, ¿debo decírtelo? Yo tuve, como tú, una esposa infiel, pero no dudé como tú en deshacerme de ella: fue apuñalada sobre el cuerpo del que mancillaba mi frente». <<

[106] El pintor a quien Petrarca alude es Simone Martini (c. 1285-1344), que probablemente se formó en el taller del Duccio y fue la figura más importante de la escuela de Siena. Trabajó en Nápoles, en Siena, en Asís —frescos de la vida de san Martín—, en Florencia (*La Anunciación*, Uffizi, 1333, en colaboración con su cuñado Lippo Memmi), en Aviñón, al servicio de la corte papal, donde hizo el frontispicio de un manuscrito de Virgilio propiedad de Petrarca. Su retrato de Laura se ha

perdido, pero queda el testimonio de su existencia por este soneto del poeta.

Véanse las dos traducciones del soneto en la nota 108. <<

[107] Desde aquí hasta el final, el manuscrito detalla cuidadosamente la muerte de los protagonistas de la tragedia: «Semejante a un feroz león presto a devorar a la tímida oveja que le entrega el destino, se precipita sobre aquella infortunada… coge horribles besos en aquella boca que se aparta horrorizada, triunfa por la escasa fuerza que se le puede oponer y el bárbaro consigue ser feliz… si la felicidad puede nacer en el seno del crimen y del horror, si hay alma lo bastante cruel, lo bastante cobarde para osar encontrar delicias donde sólo se ven lágrimas, donde sólo se respira odio. Este monstruo se satisfizo durante dos días enteros. Durante dos días seguidos hace que la pobre mujer que no es más que un aliento y que no le presenta más que una momia, sirva todas las investigaciones de sus infames voluptuosidades, sin que el remordimiento rozase siquiera su alma de loco. Al final del tercer día, anuncia a Lorenza que sus males han acabado y que va a hacerle sufrir el género de muerte que ha sido pronunciado por su esposo.

Era un baño, no podía hacerse allí. Había que llevar a Lorenza a su antiguo aposento, donde todo estaba preparado para aquel tipo de muerte. Cario la arrastra hasta allí; cuando ella ve los preparativos de su muerte y aquel aposento donde había visto a Antonio por última vez, su corazón se parte y sus lágrimas todavía consiguen derramarse. Se atreve a preguntar si es cierto que su marido ha muerto. El cruel Strozzi no quiere siquiera dejarle abandonar el mundo con una idea consoladora. Le anuncia que Antonio ha expirado en el suplicio cuya horrible representación le ha ofrecido… A estas palabras, Lorenza corre hacia su baño, está dispuesta a ahogarse en él.

¡Qué inesperado estrépito! Las puertas se abren. Antonio aparece, se precipita en los brazos de Lorenza. Padre mío, exclama él lanzando furiosas miradas sobre Cario, oh, padre mío, me habéis engañado indignamente. —Ya no lo estáis —dice Carlos hundiendo su puñal en el corazón de Lorenza… La creías muerta, ya lo está. —Bárbaro, dice Antonio armándose contra su padre. —No hay que amenazar, hay que golpear —dice Cario, lanzando contra el pecho de Antonio el puñal ensangrentado que acaba de retirar del corazón de Lorenza—; muere, traidor, no abandones a la que amas puesto que no puedes separarte de ella, y vete a buscarla corriendo a los infiernos de monstruos más horribles que yo. Antonio cae sobre el cadáver de Lorenza, rinde los últimos suspiros buscando todavía con su boca los labios de la que idolatra. El mismo instante ve perecer a ambos.

(Por más lejos que un criminal pueda llevar el endurecimiento y la audacia, es muy raro que no se estremezca al verse en medio de sus víctimas. ¡Y cuán desdichado debe de ser si son tan preciosas! Al cabo de un momento de silencio, más parecido al embrutecimiento que a la reflexión, Cario se despierta de aquella horrible letargía. Todas las ilusiones del crimen se disipan. No ve más que los horrores… mira a su alrededor, no puede soportar el horrible espectáculo de su hijo y de su nuera degollados por su propia mano y muriendo uno en brazos del otro. Se hubiera dicho que desde aquellas olas de sangre con que está cubierto el malvado se lanzaban hasta su pecho serpientes dispuestas a devorarle). [*Sade ha tachado con una cruz este pasaje entre paréntesis]*.

—Desdichado Cario, grita lleno de furia, ¿qué fechoría acabas de cometer y qué víctima se ha inmolado a tu rabia?… Mira adónde te conducen las pasiones, mira lo que resulta de sus vergonzosos extravíos… ¿Qué va a ser de mí solo en la tierra… aislado… abandonado de todos, en el momento de una vejez espantosa, envenenada por mis remordimientos? ¿Quién sostendrá mis débiles años? ¿Qué mano cerrarán mis ojos? De la unión de estas dos queridas criaturas debía nacer toda la felicidad de mis últimos años. ¿Dónde encontraré ahora amigos? ¿Dónde los habrá para mí tan queridos y tan fieles? ¡Oh, hijo mío! ¡Mi querido hijo! ¡Acoge las lágrimas de mi dolor! Oye los agudos gritos de mi terrible desesperación. Perdóname, si puedes… Estas imágenes funestas me perseguirán hasta el final, me seguirán constantemente. ¡Ah!, prevengamos con este último golpe todos los males que me esperan… que este mismo fuego… oh, funesta cobardía del crimen… he debido emplear este hierro para destruir lo que debía serme más preciado en el mundo… Sombras tristes y queridas que ya estáis en los brazos del Eterno, pedid con tanta razón la justicia que con tanta justicia os es debida. Implorad a ese dios vengador, imploradle contra vuestro verdugo. Que os permita venir vosotros mismos a dirigir los golpes que mi débil brazo ( ) —luego, recorriendo como un insensato la estancia: Antonio… Antonio… Mi seno abierto se desgarra con mil dardos. Que mi horrible sangre derramada gota a gota satisfaga ( ) si puede. Me negáis esta última gracia. Bien… entonces seré yo solo quien os vengue… Acudid, criaturas sagradas… rodeadme en este horrible instante, que mis últimas miradas vayan una vez más hacia vosotros para reanimar mi valor y para aumentar mis remordimientos.

A estas palabras, Cario se atraviesa con varias puñaladas que lo tendieron sin vida a los pies de sus hijos.

No hubo necesidad de llevar estas funestas nuevas a Luigi Strozzi; su sobrino, al partir del campamento, había dejado una carta que no debía serle

entregada sino más tarde, en la que informaba a su tío de cuanto había sabido por Camila y le suplicaba ir a buscarle al castillo de su padre, donde probablemente le habría ocurrido una desgracia si ( ) esta carta entregada no estaba de vuelta en el campamento. Luigi acudió, derramó lágrimas muy amargas sobre el cuerpo de su sobrino lleno de valor y prudencia, única esperanza de su ambición. Su dolor, su tierno pesar se exhalaron asimismo sobre los restos de una mujer virtuosa y sensible, triste y miserable prueba de la desgracia que había amenazado a una huérfana que creía recuperar a sus parientes en la familia ajena adonde la conducía el himeneo, y que no encontró más que perseguidores. Pero Luigi Strozzi maldijo los crímenes de su hermano, quiso que ( ) se sintiera horror en su familia; había mandado colocar en el mismo ataúd a Lorenza y a Antonio, que fue transportado a la abadía de Vallombrosa, donde el viajero aún puede admirar el célebre monumento que se les consagró, cuyo diseño dio el mismo Rafael. Mandó arrojar a las alimañas feroces el cadáver de su indigno hermano a fin de que fuera pasto del monstruo al que había imitado en su vida.

Todos los reveses debían acelerar el final del desdichado Luigi Strozzi. A estos crueles dolores familiares sucedió la pérdida de su esperanza al trono de su patria, fue derrotado por ( ) en la batalla de ( ), obligado a huir… y sus bienes confiscados. Todo se calmó, sin embargo. Strozzi llegó a ser el segundo en Florencia. Al no tener posteridad, se vio forzado a contraer nuevo matrimonio, y de éste descienden los gentilhombres de esa famosa casa, que repararon el crimen de su antepasado con toda la virtud que adorna a la nobleza, y que todavía hacen en la actualidad el ornato y la delicia de Florencia. <<

[108] De hecho, en el *Cancionero* de Petrarca figura con el número 78. Traduzco literalmente la versión que da el texto sadiano, seguida una versión española, que selecciono de Petrarca: *Cancionero*, traducción, introducción y notas de Ángel Crespo, Bruguera, 1983:

«Cuando Simón a mi ruego *hace este retrato tan parecido,* si yo debiese la voz, el sentimiento *a esa imagen tan querida.* ¡Ah! ¡Cuántos suspiros y lágrimas me hubiera ahorrado! *En este retrato, mil encantos Laura desplegando,* me trata con dulzura a veces y me da la paz *si oso hablarle, creo ver en sus rasgos* que es sensible a mis lágrimas. *Para responderme, ¡ay de mí!,* ¡feliz Pigmalión!, mil veces recibiste *este favor por tu obra,* que una sola vez querría / obtener de mi querida imagen».

«Cuando Simón la inspiración sentía

que, en mi nombre, el pincel puso en su mano,

si hubiera dado al simulacro humano,

con la figura, voz y cortesía,

mi pecho de suspiros libraría,

que me muestran lo que otros aman en vano:

pues es su aspecto tan humilde y llano

que le promete paz al alma mía.

Que parece, si le hablo, que quisiera

benignamente recibir mis preces,

si a mis palabras responder supiera.

Justo es que Pigmalión se envaneciera

de su imagen de mármol, pues mil veces

tuvo lo que una sola mi alma espera». <<

[109] Pigmalión, rey legendario de Chipre, se enamoró de la estatua de una bella joven, esculpida por él mismo según Ovidio. Rogó a Afrodita que le diera una esposa igual que la estatua, y Afrodita infundió vida al mármol. El mito fue visitado a menudo en el siglo XVIII; por ejemplo por Jean-Jacques Rousseau, que en 1762 escribió la escena lírica con ese título, *Pygmalion*. <<

[110] El primer párrafo del manuscrito, elogioso hacia la monarquía, fue eliminado: «Devorado por el deseo de ver una región tan admirable hoy por las virtudes del príncipe que la rige, por las cualidades celestiales de este monarca que supo asentar sólidamente su poder sobre las ruinas de la autoridad quimérica de una multitud de rivales subalternos, imagen en cierto modo de esas compañías despóticas y peligrosas que con los mismos proyectos de ambición no encontraron como en Suecia reyes lo bastante nerviosos para derribarlos, queriendo contemplar ese reino tan famoso hoy por ese soberano ídolo de su pueblo como lo fue antaño por los Gustavo Vasa, las Cristina y los Carlos XII…» <<

[111] Alarico I, rey visigodo desde el año 398, invadió Tracia, Macedonia y

Tesalia, y saqueó roma en el año 410, dos antes de su muerte en Calabria. Había nacido en 370.

Atila, rey de los hunos en 445, sometió a tributo al emperador de Bizancio; asoló el Oriente y el Occidente del Imperio romano, saqueó las Galias; su derrota en los Campos Cataláunicos, cerca de Troyes, ante Meroveo, Teodorico y el general romano Aecio, no le impidió pasar a Italia, saquear Milán y exigir tributo del Papa León I. Se retiró entonces a orillas del Danubio, donde fundó la ciudad de Buda y donde murió repentinamente (410-453).

Teodorico el Grande, rey ostrogodo, a quien se debe la fundación en Italia del mayor de los reinos bárbaros creados sobre los restos del Imperio Romano. Se reconoce como su mayor gloria haber reconciliado a las iglesias romana y griega. <<

[112] Cristina, reina de Suecia desde los seis años de edad, se hizo con la práctica del gobierno desde fecha muy temprana. Rodeada de favoritos, de sabios y de literatos, en 1653 abdicó en Carlos Gustavo y abjuró del protestantismo, según Voltaire porque prefería conversar con sabios que reinar sobre un pueblo de soldados. En 1660 trató de recuperar su trono, y en 1668 conseguir el de Polonia; su fracaso la llevó a fijar su residencia en Roma, donde fundó la Academia literaria de Arcadia (1626-1682).

Carlos XII, rey de Suecia, tras unas victorias iniciales frente a daneses, rusos y polacos, fue derrotado por las tropas de Pedro el Grande de Rusia en Poltava (1709); refugiado en Turquía, regresó a Suecia en 1711, se reconcilió con el zar, y de nuevo trató de conquistar Noruega; en el sitio de Frederikshald murió de un disparo de arcabuz (1682-1718). <<

[113] Véase la nota 42 de Notas del editor. Entre obras técnicas y de viajes, Prévost publicó en 1736 un artículo: «Aventure íntéressante des mines de Suéde». <<

[114] Cneo Cornelio Cinna, hijo de Lucio Cornelio, el cuñado de César y biznieto del gran Pompeyo, se puso de parte de Antonio frente a Augusto, contra quien conspiró. Antonio no sólo le perdonó, sino que le confirió la dignidad de pontífice. Cónsul en el año 4 (a. d. c.), su historia sirvió a una tragedia de Séneca, imitada por Corneille. <<

[115] De «Ernestina» sacará Sade una obra de teatro que tiene a Oxtiern por

protagonista: *Oxtiern, ou les Malheurs du libertinage*, drama en tres actos y en prosa, única de sus obras teatrales que subió a las tablas en vida del autor (1791). Son notables las diferencias, a favor de la novela, entre «Ernestina» y *Oxtiern*, drama con final sentimental, en el que Oxtiern es castigado con mayor dureza. <<

[116] Poltava, ciudad de Ucrania en cuyos alrededores Pedro I el Grande de Rusia consiguió derrotar a Carlos XII de Suecia en 1709. <<

[117] Véase la nota 98 de «Lorenza y Antonio». <<

[118] Luis XI había arrebatado al duque de Borgofia Felipe el Bueno las ciudades ribereñas del río Somme. Fueron recuperadas por su hijo Charles, conde de Charoláis, aliado al duque de Bretaña, y la conquista fue ratificada por el tratado de Conflans, en 1467. Pese a lo firmado, Luis XI volvió a ocupar la zona tres años más tarde, en una guerra que sirve al marqués de Sade de fondo para la acción, que se sitúa entre 1470 y 1474, año este último en que el conde de Sancerre perdió la vida en el sitio de Beauvais. <<

[119] Hacer nudos *[nœuds]* de cintas para los vestidos de aparato por medio de una lanzadera se convirtió durante el siglo XVII en ocupación de moda con la que las mujeres de las clases aristocráticas y altas sustituyeron la costura, el bordado o la tapicería, consideradas como demasiado antiguas. Este pasatiempo tenía para un espíritu libertino connotaciones de otro tipo, dado que el término *nœud* también significaba *glande*. <<

[120] «Llorad amantes, como os amaron, / sin que por ello el himeneo los reúna; *con hermosos nudos ambos se unieron* y la venganza nunca los rompió». <<

[121] El primer párrafo del manuscrito es distinto; «La ligereza, tal vez censurable, con que nos hemos permitido bromear sobre el incesto en algunos cuentos alegres anteriores, nos ha inducido a transmitir al público una aventura por desgracia demasiado cierta, cuyos nombres no disfrazamos, y que va a probar que si este crimen, fruto primero de un desprecio o del azar, como hemos visto en la ( ), pudo tener su efecto sin más obstáculo que la lesión de las convenciones sociales, entonces tiene sin duda pocos peligros, en cambio, si una multitud de delitos, o secuelas de éste o necesidad, viene a agravar las circunstancias, como no ocurre sino demasiadas veces, indudablemente en este caso a nuestros sofistas les costará gran esfuerzo hacer desaparecer su horror. Así pues, ésta es la cara bajo la que vamos a ofrecer el relato siguiente. <<

[122] En el manuscrito continúa el párrafo: «… de los deberes sociales relativos a uno mismo y a aquellos con los que hemos de vivir, ni ninguno de aquellos que nos educan en el ser supremo, nos enseñan la influencia de esa divinidad sobre nosotros y el culto sagrado que les debemos. Franval, de espíritu tan firme como agudo, había hecho increíbles progresos incluso desde su infancia, con dieciséis años había respondido a los primeros artículos que sólo la moral del hombre debía tender a hacerle feliz sobre la tierra, a expensas de lo que fuera; que la naturaleza no grababa en su corazón más ley que la del placer, y que para gozarlo o refinarlo se volvían legítimos todos los medios; a los segundos afirmaba descaradamente que un ser creador de todo lo que ven nuestros ojos no era más que una ilusión con la que en el nacimiento de la sociedad el más fuerte se había propuesto asustar al más débil, quimera absurda que éste, siempre tembloroso, había aceptado con tanta mayor avidez cuanto que veía en ella una fuente de consuelo a sus males; de esa primera fábula habían nacido todos los demás frenos con los que se intentaba cautivar al hombre, fruto de la impostura de una parte y de la credulidad de otra». <<

[123] Manuscrito: «… y ese dios y esa eternidad fantasiosa, y muchos males de los que habláis, señora, dice el conde, no podría ser desgraciada, pues si existe un dios, es más que cierto que no castiga la ignorancia. Por eso, con esta conducta, habré liberado a mi hija del fondo de quimeras que sólo sirven para turbar la tranquilidad de ( ). Si no hay Dios, no le habré hecho más que bien sin el más ligero temor del mal, y si lo hay, no lo habría privado yo del bien y le habría evitado mucho mal». <<

[124] Manuscrito: «El hombre llama virtud, hija mía, le decía él en una de aquellas conferencias dadas hacia los trece años de Eugénie, a toda manera de ser que, obligándole a vencer la naturaleza, le hace preferir la felicidad de los demás a la suya propia. Bajo cualquier aspecto que consideremos las virtudes humanas, veréis, Eugénie, que la base de todo es el principio que acabo de deducir, pero semejantes modificaciones contrarían demasiado el objetivo de la naturaleza. Hay que adoptar absolutamente un justo medio entre la virtud y la manera de ser opuesta que se denomina vicio, pues si una de esas cualidades debe contribuir a la felicidad del prójimo, y la otra está hecha por desgracia para deleitarnos soberanamente, no es justo inmolar todo lo que puede agradarnos a lo que sólo interesa a otro». <<

[125] Desde «¡Temblemos!…» hasta «resultarle desconocido», en la página siguiente, el fragmento figura en el manuscrito; la autocensura del marqués de Sade ha sido corregida por las ediciones recientes que incluyen el fragmento

dentro del cuerpo de la novela. <<

[126] El manuscrito incluye aquí un fragmento: «¿Cómo?, querido ángel, ¿es de tu madre de quien hablas así? —¿Y qué me importan los títulos comparados con los lazos que me encadenan a ti? ¿No son aún más poderosos? Debo despreciar soberanamente unos si se abusa de ellos para alterar los otros. El pudor, la reserva de las mujeres perjudica mucho más de lo que ellas creen a los sentimientos que exigen de aquellos que sacan a la luz, pues en última instancia el deseo de dar la existencia procede del padre. A él es a quien solicita la esposa, ésta no hace más que ( ). Por tanto, si la obligación de la vida es uno de los motivos que deben fundamentar el amor filial, sólo al padre debemos gratitud; sólo él ha deseado dar vida al niño. ¿No sé yo suficiente física y anatomía para estar muy segura de que el embrión sólo se forma de la semilla del padre? La de la madre no coopera en nada. No crea nada. Por tanto, sólo tú me has formado, querido amigo. Sólo contigo estoy en deuda, y a esa mujer que quiere perturbar nuestros amores, y a la que tú amas demasiado en mi opinión, la detestaré si trabaja por destruir o volver sospechoso el culto que quiero rendirte eternamente». <<

[127] Aunque el nombre de Valmont pueda remitir al protagonista de *Las relaciones peligrosas* de Choderlos de Lacios, fue nombre de protagonista novelesco empleado por varios autores antes de Lacios. <<

[128] Sobrino de Abraham que, según Génesis 19, se hallaba en Sodoma cuando dos ángeles le aconsejaron abandonar la ciudad con todos sus familiares, porque la ciudad iba a ser destruida y él era el único justo de Sodoma. Su esposa fue convertida en sal por mirar hacia atrás, contraviniendo los consejos del ángel: a espaldas de los que huían las ciudades de Sodoma y Gomorra sobre las que Yahveh hacía llover azufre y fuego. Lot se instaló en una cueva en el monte, y, ya viejo, sus dos hijas, tras emborracharle, se acostaron con él; el tema del incesto de las hijas de Lot fue muy apreciado por el Renacimiento, el Manierismo y el Barroco por sus connotaciones eróticas. <<

[129] Para Pigmalión véase más arriba nota 109. <<

[130] Elemento clave del libertinaje, la *petite-maison* se pone de moda entre los grandes señores y financieros; situadas en calles discretas de París o en los alrededores —Passy, Saint-Cloud—, no tenían nada de «pequeñas»: palacetes con salones, tocadores y cámaras, estaban amueblados con lujo y toda clase de decoraciones, hasta el punto de que esa descripción es objeto de una novela de Jean-François de Bastide titulada *La Petite Maison* (puede verse la traducción en

Cuentos y relatos libertinos, Siruela, 2008, donde la *petite-maison* aparece una y otra vez en los relatos). La más famosa de todas quizá fue la que poseía el duque de Richelieu en la calle de Clichy, donde daba famosas comidas «adánicas», en las que los invitados participaban completamente desnudos. <<

[131] El Manuscrito continúa: «No pienses, sobre todo, que te abandono, Eugénie, renunciaré a todo antes que concederte eso. Cede un poco a tus pretensiones, quizá yo relaje mis derechos. Y al cabo de un momento de reflexión… Bien, caballero, te haré ver a Eugénie desnuda, estarás a seis pies de su cuerpo, yo permaneceré oculto entre ella y tú. Se tomarán las disposiciones de manera que sólo puedas gozar con los ojos. Los demás medios te estarán prohibidos. Pero, bien situado frente a ella, harás lo que quieras, ningún obstáculo a los impulsos de tu imaginación, menos todavía a esas voluptuosidades solitarias que un amante saborea animando con sus deseos la estatua de la que adora… pero yo estaré allí y tú no podrás adorarla. Es inútil que discutas este plan o trates de obligarme a otros. Es cuanto puedo hacer, o esto, o nada. Hay celosos igual que malos pagadores, dice el caballero. Con uno y otro hay que contentarse con lo que dan. Acepto, ahora todo depende de ti». <<

[132] En el manuscrito hay un párrafo eliminado, con una anotación del autor en el margen: «Suavizad esta broma». El párrafo es éste: «De todas las pérdidas imaginables, la más sensible que puede hacer una devota es con toda seguridad la del eclesiástico que la dirige» [su director espiritual]. <<

[133] A continuación viene un párrafo autocensurado por Sade, desde «Allí, en una sala decorada» hasta «Cae una gasa, debe retirarse», y que las ediciones actuales insertan dentro del texto. Hay además, dentro de ese párrafo, una primera redacción tachada por Sade y reescrita: «y su homenaje se lanza a los pies del dios al que no se le permite incensar de otra forma», líneas eliminadas, con una anotación en el margen del manuscrito: «y el incienso vuela a los pies del dios cuyo santuario le está prohibido». <<

[134] La Comédie Française. <<

[135] Manuscrito: «Estos lazos de la sangre son un error que no os engaña, presumo de ello; para nosotros eso no es más que una madre que trabaja dándonos la vida, es por su único placer, y una vez fuera de su seno, ya no la respetamos más que al árbol nacido en la llanura de Flandes traído por el viento ( ). Los animales, mucho más cerca de la naturaleza porque están muy corrompidos, ¿nos dan ejemplo de esos sentimientos filiales que nos atrevemos a considerar como los

primeros de nuestros deberes? Desde el momento en que el acto de generación es una ley de la naturaleza que no depende en absoluto de nosotros, cuanto resulta de él no nos debe nada. Este lazo imaginario del niño con sus autores no es más que una quimera social, cuyo objeto fue asegurar a los viejos unos socorros en su postrera edad, y esa ley hecha por esos viejos puede ser discutida por los jóvenes, puede incluso ser eliminada por ellos porque ese motivo quedaba infinitamente más al descubierto que la voz de la naturaleza, la cual, sin interesarse más por los que van a dejar la tierra que por los que llegan, no puede con toda seguridad ( ) en el fondo de nuestros corazones. Como los individuos a quienes sus enfermedades están a punto de hundir en la tumba deben tener un valor menor a ojos de la naturaleza que los que ella misma acaba de producir, es imposible que ordene a éstos molestarse o forzarse por los otros. Hay incluso naciones enteras donde los niños precipitan por piedad el fin de quienes les dieron la vida y que, como veis, convierten en deberes lo que nosotros debemos mirar como crímenes. No obstante, si se une a esos lazos frívolos un sentimiento que, o les presta fuerza, o los estrecha, entonces sin duda pueden resultar valiosos para nosotros. Si, por el contrario, alimentan motivos de odio y venganza, con toda seguridad deben serlo menos que cualquier otro. El primer caso es aquel en que los lazos de la existencia, muy débiles por sí mismos, se unen al sentimiento amoroso que nos encadena para siempre. Así pues, debemos querer más que en una ( ) en que la misma sangre no corra por nuestras venas. El segundo caso es aquel en el que os encontráis con vuestra madre, parece no haberos dado la luz sino para haceros desgraciada; puesto que abusa de sus derechos, debéis odiarla más y maltratarla peor que si ese enemigo de vuestra felicidad sólo fuera un ser ordinario, puesto que ese ser no cometería con vos más que un error y ella comete visiblemente dos. Nos apoyaremos, pues, en el primero, me parece demasiado bien asentado en vos para que haya necesidad de volver sobre él. Pasemos ahora a los motivos que deben induciros a cortar despiadadamente el hilo de los días de una criatura que se vuelve tan peligrosa para vos». <<

[136] El manuscrito continúa: «… encierra la muerte que pondrás en los alimentos de tu madre, no te asusten las secuelas, serán horribles, una muerte dulce no me hubiera vengado suficiente, quiero que sea larga y que sea horrible, quiero que cada uno de sus dolores y de sus angustias le recuerde los golpes con que la pérfida ha querido traspasar mi corazón. Quiero que se sienta morir y que sea desgarrada mil veces antes de cerrar los ojos, quiero que goces con sus estremecimientos y sus palpitaciones, quiero que tú me los describas, quiero gozar, quiero… Eugénie coge la caja: Querido amigo, ¿no basta con que muera? ¿Qué oigo, Eugénie? ¿La más absurda piedad haría vacilar ya tu corazón? No, Franval, que muera, lo he prometido, lo cumpliré. Morirá, nosotros nos reuniremos, pero

¿por qué hacerla sufrir? Bien, dice Franval, devuélveme esa caja, aquí tienes otra, un veneno cuyos efectos te asustarán menos, y Eugénie coge la nueva caja. Te apruebo, hija mía, prosigue el conde, esos refinamientos de horror son inútiles. Sólo quiero reservarlos para mí, Eugénie. Si la condesa no expira por tu mano, los efectos de este polvo que te da miedo utilizar serán sólo para mí, y gracias a ellos me vengaré de tu debilidad. <<

[137] El manuscrito continúa: «… en medio de horribles dolores… Habéis engañado a Eugénie… Provisto de dos venenos, convenciéndola de que le dabais el más débil, le habíais dejado el más violento… ese detalle es horrible, señor, ninguna pasión lo justifica, sólo tiene su fuente en la depravación más odiosa… en la más desenfrenada». <<

Notas de Sade

[1] La primera edición de *Los crímenes del amor* apareció en cuatro volúmenes, presididos cada uno de ellos por cuatro epígrafes del poeta inglés Young, que Sade conocía por la traducción francesa de Letourneur (1769), que retoca.

Edward Young (1683-1765) empezó dedicándose a la poesía con composiciones laudatorias a los poderosos; en 1719 se vuelve hacia el teatro, y poco más tarde hacia la sátira. En 1727 se convierte en pastor de la Iglesia de Inglaterra, y se habría dedicado al cultivo de la poesía neoclásica de no haberse producido la muerte de su esposa y de la hija de ésta, que le sumieron en el dolor y la soledad. De ese clima salieron *Lamentación, o Pensamientos nocturnos sobre la Vida, la Muerte y la Inmortalidad*, más conocido como *Las Noches* (1742-1745): medita en ellas sobre la vanidad de las cosas del mundo y defiende la fe en la inmortalidad del alma como único fundamento posible de la moral. Sus diez mil versos blancos están repartidos en nueve partes que tratan temas relacionados con la muerte: el Tiempo, los espejismos del Placer, la Amistad, la Redención, el Consuelo, la Eternidad. Algo melodramático, el poemario supo influir en toda la literatura europea con su potencia emotiva y su paisajismo nocturno, su amor por las ruinas y la voluptuosidad de las lágrimas, que lo convierten en antecedente del romanticismo. <<

[2] Hércules es un nombre genérico, compuesto por dos palabras célticas, *Her-Coule*, que quiere decir señor Capitán [Esa etimología es, por supuesto, fantástica. Sade sigue a Pelloutier, *Histoire des Celtes, et plus particulièrement des Gaulois et des Germains*, París-La Haya, 1741 (reedición aumentada por Chiniac, 1770-1771). Según Pelloutier, los romanos confundieron a Hércules con *Carlo Kerl*, nombres que los germanos daban a todos sus valientes.]; Hércules era el nombre del general del ejército, lo cual multiplicó infinitamente los Hércules; la fábula atribuyó luego a uno solo las acciones maravillosas de varios (véase *Historie des Celtes*, por Pelloutier). <<

[3] ¡Cuántas lágrimas se derraman durante la lectura de esta deliciosa obra! ¡Cómo está descrita en ella la naturaleza, cómo se mantiene el interés, cómo aumenta gradualmente! ¡Cuántas dificultades vencidas! ¡Cuánta filosofía en haber hecho surgir todo ese interés por una muchacha perdida! ¿Parecería excesivo asegurar que esta obra tiene derecho al título de nuestra mejor novela? Fue en ella donde Rousseau vio que, pese a imprudencias y tonterías, una heroína todavía era capaz de pretender enternecernos, y quizá sin Manon Lescaut jamás hubiéramos tenido *Julie*. <<

[4] Parece que el nombre de este historiador, desconocido por los especialistas a los que hemos preguntado, debería leerse más probablemente así: *Abul-selim-terif-ben-tariq*. <<

[5] Esta anécdota es la que inicia Brigandos en el episodio de la novela de *Aline et Valcourque* tiene por título *Sainville et Léonore*, y que interrumpe la circunstancia del cadáver hallado en la torre. Los imitadores de este episodio, al copiarlo palabra por palabra, no han dejado de copiar también las cuatro primeras líneas de esta anécdota puesta en boca del jefe de los gitanos. Es, pues, tan esencial en este momento, tanto para nosotros como para quienes compran novelas, prevenir que las obras que se venden en Pigoreaux y Leroux, bajo el título de *Valmor et Lydia*, y en Cérioux y Moutardier bajo el de *Alzonde et Koradin* no son sino la misma cosa, y las dos literalmente copiadas, frase por frase, del episodio de *Sainville et Leonore*, que forma aproximadamente tres volúmenes de mi novela *Aline et Valcour* [De ese episodio central de *Aline et Valcour* acababan de aparecer esos dos plagios: *Valmor et Lydia*, firmada por Mennegaud (en tres volúmenes), y *Alzonde et Koradin* (en dos volúmenes)].<<

[6] El duque Francisco de Guise, en su contrato de matrimonio con Anne d'Este, hija del duque de Ferrara y de Renée de Francia, lo que le convertía en tío del rey, adquiere la cualidad de duque de Anjou fundándose en la pretensión que esa casa tenía de descender de Yolande, hija de René de Anjou; este mismo del que aquí se trata es el que fue asesinado delante de Orléans; fue el tallo de la rama de Mayenne, extinguida en 1621, y padre de Henri, asesinado en Blois; el hijo de Henri, llamado Charles, fue padre de Henri, duque de Guise, el que sublevó la ciudad de Nápoles, y que no tuvo hijos. La posteridad de sus hermanos terminó en 1675 (véase Thou e Hinault).

[Henri I de Lorena, tercer duque de Guise (1550-1588) y príncipe de Joinville, fue asesinado en el castillo de Blois por orden de Enrique III]. <<

[7] Fue muerto por un paje del joven Pardaillan; habiéndole encontrado éste en el bosque de Château-Renaud, corrió hacia él, pistola en mano; La Renaudie traspasó dos veces con su espada el cuerpo de Pardaillan, de quien era primo. El paje descarga en el acto su arcabuz sobre La Renaudie y lo derriba sobre el cuerpo de su amo. El cadáver de La Renaudie fue llevado a Amboise y atado a una alta horca en medio del puente con esta inscripción: «La Renaudie, llamado La Forêt, jefe de los rebeldes».<<

[8] He ahí cómo germinaban ya en esas almas altivas las primeras semillas de

la libertad. <<

[9] El hecho de que Henri de Guise, uno de los hijos de Anne d'Este, fuera asesinado en Blois, ¿no convertía esta queja tan auténtica en una especie de predicción? <<

[10] Raunai habla aquí del episodio de 1358, cuando Carlos V era regente del reino, durante la prisión del rey Juan tras la batalla de Poitiers Los descontentos de la capital, con Etienne Marcel, preboste de los mercaderes, a la cabeza, mataron en la habitación misma del Delfín regente, y a sus pies, a Robert de Clermont, mariscal de Normandía, y a Jean de Conflans, mariscal de Champagne. Fue este Marcel quien, ese mismo año, quiso entregar París a los ingleses; pero cuando éstos avanzaban hacia la Porte Saint-Antoine, Maillard, fiel ciudadano, cuya estatua debería alzarse sobre ese mismo lugar, salvó a la ciudad y mató al traidor de un hachazo. Hemos construido muchas iglesias después, pero ni un miserable pedestal a este hombre célebre. [Étienne Marcel (c. 1316-1358), preboste de los comerciantes de París, jugó un importante papel en la asamblea de los Estados de la lengua de oíl que se reunió en París al mes siguiente del desastre de Poitiers, en octubre de 1356. Con el obispo de Laon animó una comisión de diputados que exigió del Delfín Carlos, duque de Normandía, la revocación de los consejeros del rey y un nuevo Consejo elegido entre los diputados de los Estados. Marcel terminaría obligando al Delfín a aceptar diversas ordenanzas. El rey de Navarre, Carlos el Malo, se dirige a París donde fue recibido por el pueblo sencillo, que desconfiaba de Marcel y de la oligarquía comunal. Marcel organiza entonces una revuelta sangrienta y, al frente de las gentes de los oficios, penetra el 22 de febrero de 1358 en el Palais de la Cité, irrumpe en la cámara del Delfín y permite el asesinato de dos de sus consejeros, Jean de Conflans, mariscal de Champagne, y Robert de Clermont, mariscal de Normandía. Cuando Carlos el Malo vuelve a París, Marcel induce al Delfín a proclamarse regente del reino durante el cautiverio de Juan el Bueno; pero el Delfín consigue escapar y reconstituir un ejército, rechazando todas las ofertas de conciliación. Mientras, Marcel, aislado y sin el apoyo del rey de Navarre, instituye en París una verdadera dictadura de guerra que no puede hacer frente a la sublevación de los parisienses, hambrientos y partidarios del Delfín por cansancio de la dictadura. Marcel fue asesinado el 31 de julio en la Bastille Saint-Antoine en condiciones misteriosas: no se sabe si pretendía entregar la ciudad a los ingleses, o a los navarros, o incluso al Delfín, en cuyo caso habría sido muerto por Jean de Maillard y Pépin des Essarts, correligionarios suyos que se oponían a la entrega de la ciudad al Delfín.] <<

[11] El consejo de guerra, presidido por el mariscal de Saint-André, así lo

había decidido. <<

[12] Poco antes de estos disturbios se habían producido secuestros de niños que no tenían la religión por causa; en los campos se veía a madres desconsoladas huir apretando a sus hijos contra su pecho; otras los ocultaban en agujeros, en matorrales, adonde iban a buscarlos después; la desolación era general. Nunca se llegó a saber completamente el verdadero motivo de tales raptos: se produjeron en cuatro épocas diferentes en los anales secretos de la monarquía: una vez bajo la primera estirpe, luego bajo Luis XI, bajo Francisco II y bajo Luis XV. Se dudó de su existencia, pero por error: ocurrieron con total seguridad en cada una de esas épocas. <<

[13] El duque de Nemours. <<

[14] Así se llamaban *[pucelles]* las muchachas vinculadas a los Grandes; las damas de honor cumplieron ese papel hasta el reinado de Luis XIV; pero, por haber abusado este monarca de esa especie de serrallos, las reinas consiguieron que no hubiera más *pucelles* en la corte. <<

[15] Era la costumbre. Véanse las novelas de caballería. <<

[16] Expresión consagrada: es decir, que todos justaban a la vez. <<

[17] Sería de desear que los iluminadores de los jardines destinados a fiestas en París adoptasen este método y, sobre todo, que no iluminasen nunca por abajo; deslumbran con este procedimiento y no iluminan. ¿Cómo esperar triunfos alejándose tanto de la naturaleza? ¿Es de abajo de donde parten los rayos del astro que ilumina al mundo? <<

[18] Titanes o Teutos, habitantes de los alrededores del Vesubio, en la Campania. Se pretendía que empleaban ese volcán como arma para atacar al Cielo; cerca de allí libraron una famosa batalla en la que fueron derrotados: tal es el origen de la conocida fábula. Esta idea de que atacaban al Cielo procedía de su extremada impiedad y de sus perpetuas blasfemias contra los dioses. Una vez vencidos, estos pueblos pasaron a Alemania, y tomaron el nombre de Teutones. Su alta estatura hizo que durante mucho tiempo se les tomara por una raza de gigantes. <<

[19] 13ª Noche. <<

[20] Prisión de Londres. <<

[21] Célebre castrado italiano. <<

[22] Asilo para mujeres de mala vida. <<

[23] Los sueños son movimientos secretos a los que no se da suficiente importancia; la mitad de los hombres se burlan de ellos, la otra mitad los cree; no habría ningún inconveniente en escucharlos, y en plegarse a ellos incluso, en el caso que voy a contar. Cuando esperamos el resultado de un acontecimiento cualquiera, y cuando la forma en que debe sucedemos nos preocupa durante todo el día, soñamos en él con toda seguridad; ahora bien, entonces nuestro espíritu, ocupado únicamente de su objeto, nos hace ver casi siempre una de las caras de ese acontecimiento en la que con frecuencia no habíamos pensado durante la víspera, y en tal caso, ¿qué superstición, qué inconveniente, qué pecado contra la filosofía habría finalmente en clasificar entre el número de los resultados del acontecimiento esperado que el sueño nos ha ofrecido, y actuar en consecuencia? Me parece que no sería sino un aumento de prudencia; porque, en fin, tal sueño es, sobre el resultado del acontecimiento en cuestión, uno de los esfuerzos del espíritu, que nos abre e indica una cara nueva en el acontecimiento; que este esfuerzo se haga durmiendo o en vela, ¿qué importa? Siempre será una de las combinaciones halladas, y cuanto hagáis en razón de ella nunca puede ser una locura y jamás debe ser acusada de superstición. La ignorancia de nuestros padres los llevaba, sin duda, a grandes absurdos; pero ¿se cree que la filosofía no tiene también sus escollos? A fuerza de analizar la naturaleza, nos parecemos al químico que se arruina para hacer un poco de oro. Podemos, pero no aniquilemos todo, porque hay en la naturaleza cosas muy singulares y que nosotros no adivinaremos jamás. <<

[24] *Oh, amigo mío, no trates nunca de corromper a las personas que amas, eso puede ir más lejos de lo que se piensa*, decía un día una mujer sensible al amigo que quería seducirla. Adorable mujer, déjame citar tus propias palabras; describen tan bien el alma de la que, poco después, salvó la vida a ese mismo hombre, que quisiera grabar estas palabras conmovedoras en el templo de la Memoria, donde tus virtudes te aseguraban un lugar. <<

[25] Que no se olvide la expresión *Una mujer desconocida para mí,* para no confundirse, Florville tiene todavía que sufrir algunas perdidas, antes de que el velo se levante y le haga conocer a la mujer que veía en sueños. <<

[26] 24ª Noche. <<

[27] Se necesitarían veinticinco años en una bola de cañón para recorrer el mismo espacio; pero todo esto se halla en el sistema de Newton, quien, como se sabe, encuentra hoy día muchos contradictores; porque, si no sabemos nada, se necesita tener al menos apariencia de saber más que quienes nos precedieron. <<

[28] Aquí se trata de León X, de la casa de Médicis. <<

[29] De 1528 a 1537. <<

[30] Carlos Quinto. <<

[31] No debe olvidarse que, en la época, estos pajes, procedentes de las familias más importantes, eran con frecuencia parientes de sus amos. <<

[32] Especie de abeto común en los Alpes y en los Apeninos, singularmente triste y sombrío. <<

[33] Esta morada no está sacada del país de las quimeras: el autor la vio y describió sobre el terreno; está a cuatro millas al norte de Vallombrosa, en el mismo bosque; ya no pertenece a los Strozzi. <<

[34] Fue a Lorenzo de Médicis, padre de Alejandro, primer duque de Florencia, a quien Maquiavelo dedicó su obra, titulada *El Príncipe*, libro del que se trata aquí. <<

[35] Capítulo III. <<

[36] Capítulo IV. <<

[37] Este retrato de la bella Laura fue hecho por el célebre Simón de Siena, discípulo del Giotto, al que puede considerarse, después de Cimabue, como el restaurador de la pintura en Florencia; uno y otro fueron los primeros que hicieron florecer de nuevo en Italia este arte, desconocido desde los bellos siglos de Roma, Para complacer a su amigo Petrarca, Simón multiplicó mucho los retratos de Laura; la pintó en Aviñón, en la iglesia de Nuestra Señora de los Dones; ahí esté representada con un atuendo de color verde, y liberada del dragón por san Jorge. Se la ve asimismo en Florencia, en la iglesia de Santa Maria Novella; una pequeña llama le sale del pecho, está vestida también de verde, con flores tachonando su ropa, y entre cierto número de mujeres que representan las voluptuosidades de este mundo. Simón la pintó además en Siena: allí la representa de virgen, y esto hizo decir a algunos imbéciles que el objeto celebrado por Petrarca era la Santa

Virgen, mentira absurda, sobradamente desmentida en nuestros días; no era a la Virgen a quien Petrarca celebraba, sino a Laura bajo los rasgos de la Virgen.<<

[38] Este femenino se refiere a la imagen, y no a Laura, a quien Pretraarca se dirigía; no se he querido cambiar nada en el texto. <<

[39] *Mémoires pour la vie de Pétrarque*, tomo I, pág. 400. (Obra del abate de Sade, tío del marqués.)<<

[40] Gustavo Vasa, tras haber visto que el clero romano, déspota y sedicioso por naturaleza, ganaba terreno sobre la autoridad real y arruinaba al pueblo con sus vejaciones ordinarias cuando no se lo controlaba, introdujo el luteranismo en Suecia, después de haber hecho entregar al pueblo los inmensos bienes que le hablan sido arrebatados por los curas. <<

[41] Conviene recordar aquí que, durante esa revolución, el rey era del partido popular, y que los senadores estaban contra el pueblo y el rey. <<

[42] Es esencial advertir que en los nombres del Norte se pronuncian todas las letras, que no se dice de manera descuidada: Herman, Sanders, Scholtz, sino que hay que decir como si hubiera una *e: Herman-e, Sanders-ce, Scholtz-ce, etc.* <<

[43] Nordkoping es una ciudad absolutamente comercial, donde, por lo tanto, una mujer como *Mme.* Scholtz, al frente de una de las firmas comerciales más ricas de Suecia, debía ocupar el primer rango. <<

[44] En Suecia, el ducado vale unos cuantos sueldos menos que nuestro gran escudo. <<

[45] 6ª Noche. <<

[46] Pierre de Brezé, gran senescal de Normandía; mandaba la vanguardia de Luis XI en esa jornada en que perdió la vida. <<

[47] Era la costumbre de la época: el centinela apostado en la garita del castillo hacía sonar una trompa a cada hora. <<